

P. JESUS SIMON, S. J.

EL CRISTIANISMO ORIGENES



APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

IMPRIMI POTEST:
VICTOR BLAJOT, S. I.
Praep. Prov. Tarragon.

NIHIL OBSTAT:

El Censor,
DR. CIPRIANO MONTSERRAT, Canónigo
Prelado Doméstico de S. S.

Barcelona, 18 de marzo de 1958

IMPRIMASE:

† GREGORIO, Arzobispo-Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Rvma.,
Dr. ALEJANDRO PECH, Pbro..
Canciller-Secretario

Con Licencia eclesiástica

Depósito Legal: M-15.296-1988
ISBN: 84-7770-124-5
Impreso en España
Gráficas FUTURA, S.C.L.
Villafranca del Bierzo, 23.
Fuenlabrada (Madrid)

AL LECTOR

Leemos en la vida de San Pablo, primer ermitaño, este emotivo episodio.

Era ya más que centenario, cuando un dia vió interrumpida la augusta soledad de su secular retiro con la visita inesperada de otro solitario del desierto.

Era el gran Antonio, padre del Monacato de Egipto.

Ambos ancianos convivieron unas horas en insaciable plática de Dios y al fin se despidieron.

Antonio volvió a los suyos, pero volvió impresionadísimo, arrebatado de admiración hacia el gran anacoreta, confundido de la grandeza de su espíritu, de su santidad que tuvo por angelica...

¡Ay de mí, miserable pecador!, exclamaba; ¡ay de mí que llevo, sin merecerlo, el nombre de solitario! ¡He visto a Elias, he visto a Juan en el desierto, he visto a Pablo en el Paraíso...!

¿Sería exagerado decir que algo parecido nos sucede a los cristianos de hoy cuando leemos los anales de la Iglesia primitiva? Es la época de los Apóstoles, de aquellos egregios varones para quienes vivir fué Cristo y el morir una ganancia...

El tiempo de los mártires que amaron a Dios hasta la efusión de su sangre: Ignacio y Policarpo, Perpetua y Felicitas, Cipriano y Fructuoso, Lorenzo e Inés...

Es el tiempo de los héroes del desierto, de los centenares y miles de anacoretas, inmolados al amor de Dios en aras de la más espantosa penitencia...

¡Qué fe la de aquellos hombres! ¡Qué caridad tan acendrada! ¡Qué desprendimiento el suyo de todo lo material y terreno! ¡Qué ausencia de egoísmos y de ambiciones! ¡Qué combates tan esforzados en medio de la mayor simplicidad e inocencia!

En verdad que, si nos comparamos con ellos, no merecemos el nombre de cristianos.

UN SEGUNDO PENSAMIENTO viene también a nuestra mente al leer la historia de los primeros siglos cristianos: la verdad incombustible y a toda prueba de nuestra religión.

Nada que pueda comparársele ha aparecido jamás en el mundo. Sus orígenes son tan abiertamente sobrehumanos y de milagro que nadie que los conozca puede dejar de reconocerlo.

De milagro, si: el Cristianismo es, a todas luces, obra de Dios: viene de El y lleva su sello, su marchamo inconfundible.

Su aparición en el mundo es el hecho más trascendente y sobrehumano de la Historia. Su conservación, a pesar de tan arduos obstáculos, de tan sangrientas y seculares persecuciones; su propagación y consiguiente conquista de la humanidad con medios insuficientes e inadecuados; el reguero de santidad y de luz que ha venido dejando en pos de sí en su paso sobre la tierra..., son todos fenómenos inexplicables que están por encima de las leyes que rigen la historia humana; suponen manifiestamente la inequívoca asistencia de Dios, un milagro duradero.

La religión cristiana, en consecuencia, no puede ser falsa; es necesariamente sobrenatural y divina, como la fuerza que ha venido acompañándola y escoltándola desde su nacimiento hasta el presente.

Y esta es, amable lector, la idea que dió origen a estas páginas que te presento.

No son puramente estudios históricos sobre los orígenes de la Iglesia: quieren más bien ser esencialmente apologeticos, con la máxima, inmensa fuerza apologetica de lo sobrenatural y divino. Si no lo consiguen no será ciertamente por debilidad e ineficacia del asunto sino por la torpeza de la pluma que los traza.

OFREZCO este libro a todos los hombres de buena voluntad, creyentes y atormentados por la duda, y les pido una cosa solamente: que mediten con atención y sinceridad sobre los hechos ciertos e incontestables que van a proponérseles, y que, después, saquen sin prejuicios, lealmente, las debidas consecuencias.

INDICE DE MATERIAS

Págs.

AL LECTOR	VII
---------------------	-----

PARTE PRIMERA

ERA APOSTOLICA

I. <i>El reino mesiánico</i> Su preparación y presencia en la Historia. — La reprobación de Israel.	3
II. <i>Nacimiento sobrenatural de la Iglesia</i> El primer Pentecostés cristiano. — Transformación de los Apóstoles. — Discurso de Pedro y conversiones en masa. — El don de lenguas. — El tullido del Templo. — Testigos de la Resurrección	13
III. <i>En presencia del Concilio</i> «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.» — «No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído.» — Un prudente consejo	21
IV. <i>Bautismo de sangre</i> Institución del Diaconado. — El Protomártir Esteban	25
V. <i>Bajo la tiranía de Herodes</i> Martirio de Santiago. — Encarcelamiento y liberación de Pedro	33
VI. <i>Primera expansión cristiana</i> Persecución general y dispersión de los fieles. — Samaria, Lida y Jope. — Antioquía .	37
VII. <i>La conversión de San Pablo</i> Algunos datos biográficos. — Tarso y Jerusalén. — Camino de Damasco. — Conversión y cambio repentino	43

VIII. <i>La conversión de San Pablo ante la crítica</i>	
Importancia apologética de la conversión del gran Apóstol. — Explicaciones racionalistas: Paulus, Holsten, Pfleiderer, Renán.	50
IX. <i>Universalidad del cristianismo</i>	
El Centurión Cornelio y la visión de Jope. — Los gentiles llamados al Evangelio. — ¿Obligatoriedad de la Ley? — El Concilio de Jerusalén.	55
X. <i>Los Apóstoles y su obra (I)</i>	
La expansión del Cristianismo al finalizar la Era Apostólica. — Nombres y campo de operaciones. — Héroes anónimos.	62
XI. <i>Los Apóstoles y su obra (II)</i>	
El Príncipe de los Apóstoles. — Su vocación y carácter. — Jefe supremo de la Iglesia. — Su martirio	68
XII. <i>Los Apóstoles y su obra (III)</i>	
Pablo, heraldo de Jesucristo. — Su corazón e inteligencia. — Dinamismo apostólico. — Prisiones en Roma y martirio	77
XIII. <i>Los Apóstoles y su obra (IV)</i>	
El amado discípulo. — Su llamamiento al apostolado. — Fiel hasta la muerte. — Mártir, Evangelista y Profeta.	88
XIV. <i>Los Apóstoles y su obra (V)</i>	
Santiago el Mayor. — Los hijos del Zebedeo. — Decapitado por Cristo. — Sus restos y Santiago de Compostela	94

PARTE II

PADRES APOSTÓLICOS

I. *Noticia preliminar*

Breve recensión de escritos y de nombres . .	105
Escasos datos biográficos. — Tercer sucesor de San Pedro. — Destierro y martirio. — Carta a los corintios.	110

	Pág.
III. <i>San Ignacio, mártir</i> Discípulo de Pedro y Pablo. — Gran Obispo de Antioquía. — Delación y condena. — «Molido por los dientes de las fieras»	116
IV. <i>San Policarpo</i> Discípulo de San Juan y consagrado por él Obispo de Esmirna. — Su gran combate por la fe. — De la pira a Cristo	123
V. <i>Las notas de la Iglesia naciente (I)</i> Unicidad y Jerarquía. — Testimonios unánimes de Cristo, los Apóstoles y Padres apostólicos.	129
VI. <i>Las notas de la Iglesia naciente (II)</i> La caridad. — El gran precepto y su cumplimiento en la primitiva Iglesia. — La caridad en el paganismo. — Herculano y Pompeya	135
VII. <i>Las notas de la Iglesia naciente (III)</i> La oración. — Enseñanzas y ejemplos del Maestro. — Apóstoles y primeros creyentes	142
VIII. <i>Las notas de la Iglesia naciente (IV)</i> Institución de la Eucaristía. — La fe en la presencia real en los primeros siglos. — La Misa primitiva	151

PARTE III

EL CRISTIANISMO HEROICO Y MILITANTE

I. <i>Las persecuciones romanas</i> Datos generales. — Nerón, Domiciano y Trajano. — Marco Aurelio. — Decio. — Valeriano. — Diocleciano. — El número de mártires	161
II. <i>El martirio y sus tormentos (I)</i> . El destierro y las minas Idea general de los mismos. — Eusebio y Fieles. — El destierro. — Canteras y minas. — Fenos: el lector Juan. — Numidia, San Cipriano	171

	Págs.
III. <i>El martirio y sus tormentos</i> (II). Al filo de la espada San Justino y sus compañeros. — Soldado de Jesucristo. — Fileas y Filoromo	178
IV. <i>El martirio y sus tormentos</i> (III). La hoguera Terribilidad del suplicio. — San Fructuoso y sus Diáconos. — Felipe y Hermes. — Afra la merecrista. — Liberto por el martirio	184
V. <i>El martirio y sus tormentos</i> (IV). Las fieras En el Circo Máximo de Nerón. — Atados a un poste. — Otros suplicios	191
VI. <i>El martirio y sus tormentos</i> (V). Heroísmo materno Los 40 mártires de Sebaste. — En el martirio de San Román.	197
VII. <i>Palmas y Coronas</i> (I) Santa Perpetua y Felicitas y compañeros mártires de Cartago. — Actas martiriales. — La suprema tragedia del amor. — El anillo empapado en sangre	201
VIII. <i>Palmas y Coronas</i> (II) Los mártires de Lión. — Cumbres de heroísmo. — Póntico y Blandina. — El final de la tragedia	206
IX. <i>Palmas y Coronas</i> (III) El Diácono San Lorenzo. — Breve noticia de su vida y martirio. — El himno de Prudencio. — Los tesoros de la Iglesia. — En las parrillas rusientes. — La oración por Roma	213
X. <i>Palmas y Coronas</i> (IV) Santa Inés. — Pureza y energía. — Panegírico de San Ambrosio.	219
XI. <i>Palmas y Coronas</i> (V) Santa Eulalia de Mérida. — Virginidad intrépida. — Himno de Prudencio	223

	Págs.
XII. Las causas de las persecuciones	
Insuficiencia de las explicaciones históricas. —	
Causas invisibles	227
XIII. Valor apologético del martirio	
Cumplimiento de la profecía de Cristo. — El	
gran milagro moral. — Testimonio de la ver-	
dad del Cristianismo	232
XIV. El triunfo del Cristianismo	
Constantino y Majencio. — «Con esta señal	
vencerás.» — Batalla del Puente Milvio. — El	
Edicto de Milán. — Nuevos favores a la Iglesia.	235
XV. La muerte del paganismo	
Teodosio. — Su ascensión al trono de los césa-	
res. — Victorias contra Máximo y Eugenio .	240

PARTE IV

EL ASCETISMO CRISTIANO

I. La perfección evangélica	
La vida religiosa delineada por el Salvador. —	
Los dos estamentos de la sociedad cristiana.	
— «Tomar en serio el Evangelio.» — Vida y	
gloria de la Iglesia.	247
II. El Monacato de Oriente (I)	
San Pablo, primer ermitaño. — Huyendo de la	
persecución. — Cien años de vida en el de-	
síerto. — Visita de San Antonio. — La muerte.	254
III. El Monacato de Oriente (II)	
San Antonio Abad; notas sobre su vida. — En	
la inmensidad del desierto. — Padre de un	
nuevo pueblo. — Siguiendo el camino de los	
Padres	261
IV. El Monacato de Oriente (III)	
Discípulos del gran Antonio. — Ammón y Ma-	
cario. — Siria y Palestina. — San Hilarión y	
sus austeridades. — Huye de la gloria vana.—	
Su muerte	268

V. <i>El Monacato de Oriente (IV)</i>	
La evolución del Monacato. — San Pacomio; su conversión y primeros años. — A los pies de Palemón. — El primer Cenobio. — La regla. — Su muerte	274
VI. <i>El Monacato de Oriente (V)</i>	
San Basilio. — Primeros estudios y crisis que lleva a Díos. — Su Monasterio junto al Isis. — La nueva Regla monástica. — Obispo de Cesárea	281
VII. <i>Juicio sobre el Monacato de Oriente</i>	
Es conforme al Evangelio y muestra la vitalidad y santidad del Cristianismo. — Ejemplo sublime contra la molicie y ambición del mundo. — Impresión en los contemporáneos. — Conclusión.	286
PARTE V	
EL DEPÓSITO DE LA FE	
I. <i>Las primeras herejías</i>	
Celo y vigilancia de la Iglesia por la pureza de la fe. — Apóstoles y Padres Apostólicos. — San Ireneo y su regla de fe	297
II. <i>Los Concilios (I)</i>	
Nicea. — Arrio y su herejía. — Divinidad de Jesucristo y su consubstancialidad con el Padre. — La solemne definición. — Muerte de Arrio	304
III. <i>Los Concilios (II)</i>	
Éfeso. — Nestorio y su doctrina. — Repercusión entre los monjes de Egipto. — El Papa San Celestino. — La Divina Maternidad. — Procesión de antorchas	312

PARTE VI

LAS GRANDES FIGURAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA

Págs.

I. <i>Tertuliano</i>	
Algunos datos biográficos. — Su carácter. — Sus obras. — El Apologético	321
II. <i>Orígenes</i>	
Datos biográficos. — Director de la Escuela Catequística de Alejandría. — Persecuciones y triunfos. — Cesárea. — Sus obras. — Su mar- tirio	327
III. <i>San Juan Crisóstomo</i>	
La obra de una madre. — De anacoreta a Presbítero de Antioquía. — Patriarca de Cons- tantinopla. — Eutropio. — El destierro. — Su muerte.	336
IV. <i>San Jerónimo</i>	
Literato y clasicista. — En el desierto de Cal- cис. — Antioquía, Constantinopla, Roma. — El insigne escripturista. — Fundador de Cenobios.	345
V. <i>San Ambrosio</i>	
De Gobernador a Obispo. — Actividades pas- torales. — Orador y poeta. — Un gran carácter al servicio de la Iglesia	354
VI. <i>San Agustín</i>	
Por los caminos del error. — La conversión. — Obispo de Hipona. — Sus obras	362
VII. <i>Prudencio</i>	
El gran poeta cristiano. — Datos biográficos. — Sus obras: Apotheosis, Hamartigenia, Psyco- machia, Contra Símaco, Cathamarinon, Peris- tephanon	372
ÉPÍLOGO	, ,
BIBLIOGRAFÍA	387
INDICE ALFABÉTICO.	389

PARTE PRIMERA

ERA APOSTOLICA

I

EL REINO MESIANICO

Su preparación y presencia en la Historia. — La reprobación de Israel.

Leemos en el capítulo segundo de Daniel un interesante y significativo pasaje.

Se encontraba el Profeta en el cautiverio de Babilonia, cuando he aquí que Nabucodonosor, rey de la misma, tuvo por la noche un sueño que le dejó perturbado, pero que no pudo recordar cuando despertó por la mañana.

Llamó a todos los adivinos, magos, hechiceros y sabios de Babilonia para que se lo adivinaran, pero ninguno supo hacerlo. El Rey se disponía a hacerles morir a todos, cuando Daniel, incorporado con sus compañeros a la clase de los sabios y que no había asistido al requerimiento regio, pidió una corta dilación al monarca en la ejecución de su cruel decreto. Púsose en oración y Dios le reveló el secreto en una visión nocturna.

Presentóse después al monarca y le dijo:

«El arcano que el Rey desea descubrir no se lo pueden declarar los sabios, ni los magos, ni los adivinos, ni los arúspices.

Pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios y éste te ha mostrado, oh Rey, las cosas que sucederán en los últimos tiempos. He aquí tu sueño y las visiones que has tenido en tu lecho:

Tú, oh Rey, estabas en tu cama cuando te pusiste a pensar en lo que sucedería en los tiempos venideros; y aquel que revela lo oculto te hizo ver lo que ha de venir.

A mí también se me ha revelado ese arcano, no por una sabiduría que en mí haya más que en cualquier otro hombre mortal, sino a fin de que el rey tuviese una clara interpretación y para que reconocieras los pensamientos de tu espíritu.

Tú, oh Rey, tuviste una visión y te pareció que veías como una grande estatua y esta estatua, grande y de elevada altura, estaba derecha enfrente de ti y su presencia era espantosa. La cabeza era de oro finísimo; el pecho, empero, y los brazos, de plata; el vientre y muslos de cobre, y de hierro las piernas; y una parte de los pies era de hierro y la otra, de barro.

Así la veías tú, cuando, sin que mano alguna la moviese, se desgajó del monte una piedra, la cual hirió la estatua en sus pies de hierro y de barro.



Cristo Mesías en medio de los cuatro Profetas mayores y de los cuatro evangelistas

(Miniatura del siglo IX)

y los desmenuzó. Pero la piedra que había herido a la estatua se hizo una gran montaña y llenó toda la tierra.

Tal es el sueño y diremos también en tu presencia, oh Rey, su significación:

Tú eres rey de reyes, y el rey del cielo te ha dado a ti reino y fortaleza e imperio y gloria... Tú, pues, eres la cabeza de oro. Y después de ti se levantarán otro reino menor que el tuyo, que será de plata y después otro tercer reino que será de cobre, el cual mandará toda la tierra. Y el cuarto reino será como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas así este reino destrozará y desmenuzará a todos los demás. Pero en el tiempo de aquellos reinos, el rey del cielo levantará un reino que nunca jamás será destruido y este reino no pasará a otra nación, sino que quebrantará y aniquilará todos estos reinos y él subsistirá eternamente... El gran Dios ha mostrado al rey las cosas futuras y el tal sueño es verdadero y es fiel su interpretación.»

«Entonces el Rey Nabucodonosor, prosigue el sagrado texto, postróse en tierra sobre su rostro y adoró a Daniel... y dijo: Verdaderamente que vuestro Dios es el Dios de los dioses y el Señor de los Reyes y el que revela los arcanos, pues has podido descifrar éste.»

Los pueblos se mueven, pero... Dios los agita

La interpretación tradicional, ve señalados en los cuatro reinos del sueño del Rey de Babilonia los cuatro grandes imperios que habían de sucederse en el mundo desde aquella fecha hasta la venida del reino mesiánico. El *caldeo-babilónico*, el *medo-persa*, el *macedónico* y el *romano*.

Imperio Caldeo-babilónico

Fué fundado por Nabopolasar hacia el año 600 antes de nuestra era. Este gran monarca agregó Asiria a Babilonia, creando así el mayor poder de su tiempo. Su hijo y sucesor fué el Nabucodonosor de la Biblia, que puso fin al Reino de Judá, llevándose cautivo a su pueblo y destruyendo a Jerusalén. Con Nabucodonosor llega el imperio a su mayor apogeo. En tiempo de sus indignos sucesores fué acentuándose cada vez más la decadencia, hasta que el último de ellos, Baltasar, conocido por su famoso convite, lo deshizo por completo.

El Profeta da a este imperio el nombre de oro, no precisamente por su extensión territorial sino por su magnificencia verdaderamente asiática.

Babilonia, su capital, dícese que estaba contenida dentro de un doble recinto de murallas de cien metros de altura por quince de grueso, formando un gigantesco cuadrilátero de cien kilómetros de largo por ochenta de ancho. El río Eufrates la atravesaba diametralmente y más de cien puertas, de bronce

todas, se abrían en sus murallas flanqueadas por doscientas cincuenta torres. En el centro del cuadrilátero se levantaba la ciudad regia, como vasta agrupación de fortalezas, de palacios y de templos, juntamente con los afamados pensiles o jardines colgantes atribuidos a Semíramis.

El imperio babilónico fué efímero. No duró ni siquiera un siglo. Le puso fin el rey de los persas, Ciro el Grande, que penetró de improviso en la ciudad por el cauce del Eufrates, durante la noche, mientras Baltasar celebraba el gran festín con sus concubinas y grandes del reino, y profanaba los vasos del templo de Jerusalén arrebatados por su padre y mandados traer por él para el servicio del convite.

Imperio Medo-persa

Es consignado con el nombre de plata.

No fué tan espléndido en boato como el anterior, pero más duradero y, sobre todo, inmensamente más vasto. Su fundador fué Ciro, el genio militar de su tiempo. Después de haber sometido los diversos pueblos de la Ariana y tribus del Cáucaso y Asia Menor hasta el río Alís, venció en Timbrea a Creso, Rey de Lidia, con lo que cayeron en su poder todos los extensos territorios de esta comarca, incluso las colonias griegas. Para ser dueño de toda el Asia no le faltaba más que el dominio de Asiria y, en efecto, puso sitio a Babilonia y la conquistó tambié. Siguióse la posesión de Siria, de Fenicia y de Palestina.

Sus sucesores, Ciro II y Cambises, llevaron el Imperio al ápice de la gloria sometiendo a Egipto y venciendo a Darío.

Imperio Macedónico

Su fundador fué Filipo, primero gran general y después astuto y hábil polftico. Empezó sometiendo a Tracia e Iliria para apoderarse después de toda Grecia. En vano el orador ateniense Demóstenes se esforzó en incuicar a sus compatriotas el inminente peligro que corría la patria, pues sólo cuando era ya tarde, se decidieron los helenos a oponerle resistencia. Fueron vencidos en Queronea.

A Filipo, asesinado poco después de estos acontecimientos, le sucedió su hijo Alejandro, uno de los genios guerreros más extraordinarios de todos los tiempos. Acabó de dominar a los griegos y, reunido un ejército de 35.000 combatientes, marchó contra Persia, en donde reinaba Darío; pasado el Helesponto se encontró con un poderoso ejército persa en las orillas del

Gránico, y lo puso en fuga. Con ello cayó en su poder el Asia Menor. Darío en persona le salió al encuentro en Iso, pero fué derrotado.

El poder del afortunado monarca aumentaba por momentos: Siria, Chipre y Fenicia le quedaron sometidas, lo mismo que Tiro y Gaza. Conquistó a Pelusio, primera ciudad de Egipto, y de allí a Heliópolis, Memfis y Canopo. Fundó Alejandría y se dirigió al corazón mismo de Persia contra Darío, a quien venció en Arbelas. Se apoderó de Babilonia, Persépolis y Susa, las tres capitales del imperio persa, y llegó hasta el Hidaspis, en la India, en donde venció a Poro... Aquí se eclipsó su fortuna. Sus soldados se rebelaron y le obligaron a volverse. Regresó a Babilonia y allí murió, poco después, a los 32 años de edad.

¡Prodigioso conquistador! El oriente casi por completo quedó unido bajo su mando. Con ello había traído grandes bienes al progreso de la humanidad. Las tribus humanas separadas hasta entonces en tan varias naciones, gobiernos y costumbres, empezaron a mezclarse entre sí y a conocerse. Una lengua oficial, la griega, fué el verbo de la civilización y de la unidad de los inmensos territorios dominados.

Imperio Romano

Y llegamos a la cumbre.

Imposible seguir los pormenores de las conquistas del coloso. Bástenos saber que a la muerte de Augusto, el Imperio romano se extendía por espacio de 3.000 km., desde la Celedonia o Escocia actual, y Dacia, situada al norte del Danubio, entre el Teis y el Dníster hasta el Atlas y el trópico de Cáncer. Por el oriente era aún mayor su extensión: desde el Atlántico hasta el Éufrates, 3.500 km., ocupando una mayor superficie que la de toda Europa. Los límites eran, por tanto: Al norte, el Ponto Euxino, el Danubio y el Rin; al oeste, el Atlántico; al este, el Asia Menor, la Cólida y Armenia, Siria, el Éufrates y la Arabia; y en África, el Atlas, el desierto de Libia y los que separan a Egipto de Etiopía.

El reino mesiánico

Aunque silenciado en la Historia profana, el reino mesiánico, quinto en la visión de Daniel, es el más importante de todos y algo vital y céntrico en el mundo.

Por su excepcional transcendencia fué objeto de los más

augustos vaticinios y toda la Historia humana ha venido moviéndose en los tiempos antiguos en torno suyo, preparando, por especiales designios sapientísimos de Dios, su venida.

Ya indica suficientemente el nombre lo que se entiende por él. Es el reino que debía instituir el Mesías prometido y más concretamente, el reino fundado por la persona de Jesucristo, Mesías e Hijo de Dios: el Cristianismo, la Iglesia.

Nada más preparado y previsto que él. Necesitábbase ante todo para su rápida y universal difusión por el mundo, cierta unidad humana llevada a cabo por la compenetración entre sí de los distintos pueblos y civilizaciones y a ello tendió y lo obtuvo plenamente la sucesión descrita de los imperios por el Profeta. Nótese el hecho providencial.

En los primeros períodos históricos no aparecen en las diversas regiones más que ciudades independientes, en forma de pequeños Estados, sin conexión mutua ninguna y más bien hostiles unos de otros, con sus propios dioses, leyes y lenguas.

¡Qué difícil hubiera sido en esas condiciones la predicación del Evangelio!

Se imponía la obra de unión y de enlace de unos pueblos con otros para que tan múltiples fronteras y discrepancias no fueran fosos infranqueables. Dios supo hacerlo diestramente como suele.

Empezó por la región mesopotámica, país originario y cuna de nuestra especie o, por lo menos, uno de los territorios que antes llegaron a la civilización. Hacia el año 2200 antes de Cristo se impone allí la prepotencia de Babilonia. Todas las ciudades quedan sujetas a su yugo y surge el primer imperio. Los dioses de la capital obtienen la primacía en el nuevo orden de cosas, mientras los de las otras, o entran en el culto nacional, o se eclipsan.

Era el primer paso hacia la unión humana, decisivo y de gigante. Algun tiempo después no existía ya en toda Mesopotamia y Asiria más que un pueblo unido con vínculos morales, civiles y religiosos y regido por leyes tan sabias como las del admirable Código de Hamurabi.

Sigue el *imperio Medo-Persa* que ensancha considerablemente la unidad: Ya no es sólo Mesopotamia; es casi toda el Asia con Fenicia y Palestina la que entra en el enlace.

Sucede el *Macedónico* que estrecha casi todo el oriente y establece como lengua universal el griego; por fin termina la gran obra el *Imperio romano* uniendo bajo su cetro casi toda la tierra conocida.

El hecho patente en sí está lleno de hondos significados para la Filosofía de la Historia. Durante milenios había venido mo-

viéndose la humanidad de una manera natural y aun, diríase, fortuita, pero, en realidad, empujada y dirigida por una mano y mente invisible, la mano y sabiduría de Dios.

Ni siquiera pudo ocultarse el hecho a la perspicacia de las inteligencias paganas.

Tito Livio dice al comienzo de su Historia:

«La fundación del más grande Imperio que ha existido sobre la tierra no puede ser sino obra del destino y particular voluntad de los dioses» (Libr. I, n. 33).

Plutarco añade: «El curso feliz de los negocios y la elevación de Roma a tan alto grado de poder y acrecentamiento muestran muy claramente a los que saben ver las cosas, que todo ello no ha sido conducido por manos, consejos y deseos de hombres sino por designio divino» (De Fort. Rom., n. 33).

Polibio, finalmente, el más antiguo de los historiadores romanos: «Los acontecimientos llevan al mundo a una cierta unidad.»

Ya lo ve el lector.

Era la unidad pretendida y, por fin alcanzada por Dios, con toda la serie ininterrumpida de sus arcanas providencias.

Tres cosas, diremos resumiendo, dividían a los pueblos de la antigüedad y se oponían, por consiguiente, a la propagación universal del Evangelio: la multiplicidad de naciones que se trataban hostilmente entre sí; la diversidad de lenguas que les impedía entenderse y las fronteras de unos y otros Estados que dificultaban las comunicaciones.

Y ¡cosa singular!

La triple barrera acababa de caer precisamente cuando apareció Jesucristo. La primera la derriba Ciro reuniendo bajo su centro los pueblos del Oriente, y Alejandro con el establecimiento de la monarquía universal. La segunda desaparece cuando Roma impone su idioma al Occidente: La tercera cae también cuando los ejércitos del gran imperio construyen las grandes vías de comunicación que, partiendo de Roma, su centro, llegan a todos los ámbitos del Imperio. Se ha dicho, y no sin razón, que las legiones romanas fueron los *zapadores* del Evangelio y que la palabra de la paz siguió los caminos trazados por la guerra. Es la ley providencialista de la Historia: Los pueblos se mueven, pero Dios los agita. Roma, y lo mismo podemos decir proporcionalmente de los otros imperios, preparó el reino de Jesucristo en el tiempo de una manera material y mediata como el Bautista lo hiciera inmediata y espiritualmente.

La reprobación de Israel

¿Qué se hizo del pueblo judío, el pueblo de Dios y de las promesas y cuál fué su relación con el reino mesiánico?

He aquí la pregunta obvia que se habrá hecho el lector. La respuesta es triste, pero cierta también y anunciada paladianamente por Cristo varias veces en el evangelio. Aunque parezca extraño hay que decir que fué rechazado por Dios y despuesto, a causa de su incredulidad y malas obras.

Dice el evangelio de San Mateo en el capítulo VIII :

«Entrando un día en Cafarnaum se le acercó un Centurión y le dijo en son de súplica: Señor, mi siervo yace en casa paralítico y gravemente atormentado. Respondió Jesús: Yo iré y le curaré. A lo que respondió el Centurión "lleno de fe y de humildad encantadora": Señor; yo no soy digno de que entres en mi morada; dí tan sólo una palabra y mi siervo sanará; porque yo soy un hombre subordinado, pero bajo mí tengo soldados y digo a éste ve y va y al otro ven y viene y a mi esclavo: haz esto y lo hace. Oyendo esto Jesús se maravilló y dijo a los que le seguían: En verdad en verdad os digo que ni en Israel he hallado tanta fe. Por eso os digo que del oriente y del occidente vendrán y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos mientras que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores donde será el llanto y crujir de dientes.»

Más trágicamente aún lo señala y anuncia el mismo Salvador en la parábola de los viñadores:

«Había un padre de familia que plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó en ella un lagar, edificó una torre y la arrendó a unos viñadores, partiendo luego a tierras extrañas. Cuando se acercaba el tiempo de los frutos, envió a sus criados a los viñadores para percibir su parte, pero éstos cogieron a los siervos y a uno le atormentaron, a otro le mataron, a otro le apedrearon. De nuevo les envió otros siervos en mayor número que los primeros e hicieron con ellos lo mismo. Finalmente les envió a su hijo diciendo: siquiera respetarán que es mi hijo; pero los viñadores cuando vieron al hijo se dijeron: Es el heredero; ¡ea!, matémosle y tendremos su herencia, y cogiéndole le sacaron fuera de la viña y le mataron. Cuando venga, pues, el dueño de la viña ¿qué hará con esos viñadores? Le respondieron: hará perecer de mala suerte a los malvados y arrendará su viña a otros que le entreguen los frutos a su tiempo. Jesús los respondió: ¿no habéis leído alguna vez en las Escrituras: la piedra que los edificadores habían rechazado fué hecha cabeza de ángulo? El Señor hizo esto y es admirable a nuestros ojos. Por eso os digo que os será quitado a vosotros el reino de Dios y entregado a un pueblo que rinda sus frutos. Y el que cayere sobre esta piedra se quebrantará y aquel sobre quien ella cayere será pulverizado.»

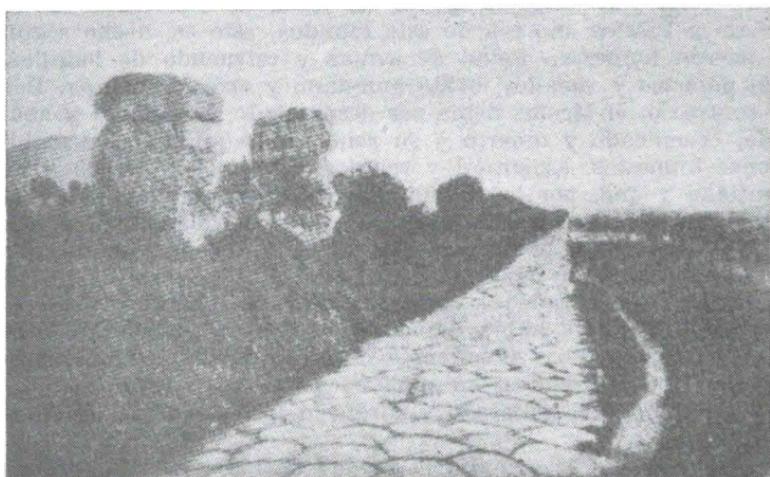
Oyendo los principes de los sacerdotes y los fariseos estas palabras entendieron que de ellos hablaba y quisieron apoderarse de él para apedrearlo, pero temieron al pueblo porque le tenía por un Profeta» (Mt. XXI, 33).

Manifiesta solución del enigma.

El pueblo judío debía de ser, por derecho propio, el usufructuario nato del reino mesiánico. Era el pueblo a quien se hi-

cieran las Promesas, y los Profetas hablaron para él principalmente. Pero hízose indigno de tan excelsas prerrogativas por su soberbia y mala vida, hasta el punto de rechazar abierta y obstinadamente al Mesías ya enviado y aun darle muerte en un patíbulo.

Ciertamente que fué una obcecación, una aberración funesta, pero fué también, a todas luces, culpable. «Si yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado, pero ahora no tienen ninguna excusa.» Dijo el mismo Señor. (In. 15.22.)



La Vía Appia en Terracina. Véase la pavimentación de las mismas

El mero hecho de permanecer insensibles, llenos de escepticismo y aun de odio, respecto de la gran figura de Cristo, el exelso Profeta que habló como nadie había hablado en el mundo y obró los prodigios que nadie jamás obrara, es ya un pecado inexcusable.

Su soberbia y egoísmo les había impedido del mismo modo comprender, en su sentido recto, los vaticinios mesiánicos. Atento sólo a sus propias ventajas materiales y patrióticas había desfigurado la verdadera imagen del Mesías y de su reino dibujada tan claramente por los Profetas. Echando por la borda todo lo humillante, de dolor y de fracaso que aquellos señalaran, se habían acogido exclusivamente a los rasgos gloriosos y magníficos, creando así, en su delirio, un reino mate-

rial, espléndido y de fantasía, más brillante y poderoso que el de David y Salomón y cualquier otro de la Historia. Su ansiada aparición daría pábulo a todas sus ambiciones terrenales, al mismo tiempo que satisfaría sus prolongados deseos de venganza y de desquite por las vejaciones e injusticias milenarias de las gentes.

Dios pondría a las odiadas naciones gentílicas como escabel de las plantas de su Mesías y él, el pueblo de Israel, sería el árbitro del mundo.

Se equivocaban, sin embargo.

El reino mesiánico no podía ser nada de eso. Como Cristo señaló a Pilatos «no era de este mundo», esto es, hecho según el patrón humano: Reino de armas y estruendo de batallas, con palacios y vasallos, brillo mundano y exterior pompa. Por el contrario, el Mesías debía ser despreciado, humillado y abatido, crucificado y muerto y su reino, inasequible a las ambiciones humanas, espiritual y religioso; reino de justicia y de santidad y que, por lo mismo, no podía ser en modo alguno, patrimonio exclusivo del judaísmo sino extenderse al mundo entero, a todos los hombres de buena voluntad, pues todos eran igualmente hijos de Dios.

Se había realizado el traspaso doloroso y terrible para el pueblo judío. Éste había dejado de ser ya el pueblo de Dios y de las promesas y su herencia inapreciable la recibía el cristianismo constituido en su máxima parte por gentiles.

La Sinagoga se eclipsaba y surgía la Iglesia en los designios del Altísimo.

Una vez más se cumplía la verdad de los versos inmortales del poeta:

*«Para verdades el tiempo
y para justicias, Dios»* (Zorrilla).

NACIMIENTO SOBRENATURAL DE LA IGLESIA

El primer Pentecostés cristiano. — Transformación de los Apóstoles. — Discurso de Pedro y conversiones en masa. — El don de lenguas. — El tullido del templo. — Testigos de la resurrección.

El gran libro de los orígenes cristianos es el de *Los Hechos de los Apóstoles*, escrito por el evangelista San Lucas, testigo fiel y ocular de casi todo cuanto afirma.

El será nuestro guía en el emocionante recorrido de los acontecimientos.

El primer Pentecostés cristiano

Leemos en el primer capítulo de *Los Hechos* (I, 4) que antes de su ascensión a los cielos había mandado el Salvador a los discípulos que no marcharan de Jerusalén, sino que esperaran en ella la *Promesa del Padre*, o, como dice el tercer evangelio, «hasta que fueran revestidos de la virtud de lo alto» (XXIV, 78).

Así lo habían cumplido ellos puntualmente. Retirados a la soledad del Cenáculo permanecían reunidos en oración con María, Madre de Jesús, en espera de lo anunciado por el Maestro.

No fué larga la demora.

Un día, el décimo después de la partida, estaban todos orando cuando se percibió súbitamente un grande y singular estruendo que puso en conmoción toda la casa como si un viento impetuoso se precipitara sobre ella y la llenara; al mismo tiempo aparecieron unas como lenguas de fuego, separadas, que vinieron a posarse sobre cada uno de los presentes.

Era «la virtud de lo alto» de que les hablara Jesús y que de una manera tan ostensible comenzaba la gran obra y abría la nueva era del mundo... Los congregados eran unos ciento veinte y «todos fueron llenos del Espíritu Santo», como constata el sacerdotal texto.



La venida del Espíritu Santo

Acababa de nacer la Iglesia.

Pentecostés era su anuncio dinámico y exultante. Recordemos con veneración que unos treinta y tres años antes había descendido el mismo Espíritu sobre María y que por obra suya había ella concebido al Hijo de Dios en sus entrañas. Hoy descende de nuevo más ampliamente sobre la Virgen y sobre los Apóstoles y discípulos, primicias de la Iglesia, cuerpo místico de aquél... En adelante ya no apartará de ella su tutela y acción vivificante. Él que es fortaleza y luz inextinguible, la inspira, la defiende. Su efusión sobre el Centurión Cornelio y otros gentiles es señal inequívoca para Pedro de su llamamiento a la fe (Act. X, 47) y a los recién convertidos samaritanos impone el mismo Apóstol y San Juan las manos para que también lo reciban (Act. VIII, 17).

La transformación de los Apóstoles

Es el primer efecto visible del sobrenatural acontecimiento.

Los discípulos encerrados en el Cenáculo se lanzaron todos a la calle impulsados por la fuerza incoercible del Espíritu que les avasallaba y publicaban a grandes voces y con la mayor convicción y valentía las grandezas de Dios y de Cristo, su Mesías, enviado al mundo para salvarlo, muerto por los Príncipes de Israel, pero resucitado realmente, según lo anunciaron los Profetas, y ascendido triunfalmente a los cielos.

El cambio no podía ser más radical y grandioso.

Hasta aquel preciso momento todos se habían mostrado inactivos y cobardes. Durante la pasión especialmente, habían dado mezquina cuenta de sí. Uno de ellos, el más decidido, Pedro, negó tres veces al Maestro; los otros anduvieron huidizos y aterrados. En el Calvario y junto a la Cruz no se encontró en la hora suprema más que uno, Juan, acompañando a su Madre y a las piadosas mujeres. Es verdad que la resurrección de Cristo y las repetidas apariciones habían conseguido levantar los ánimos y hecho reverdecer las marchitas ilusiones; pero su optimismo no se mostraba aún activo y emprendedor. Se contentaban con el gozo del espíritu. Las reuniones íntimas, la oración y la fracción del pan llenaban sus días. Nada de obra de apostolado, del proselitismo incansable que desplegaron después y que es tan propio de las grandes ideas y convicciones...

Pero llegó Pentecostés y con él la más completa y repentina metamorfosis.

Todos quedaron transformados en otros. Ya eran valientes e intrépidos y ni los peligros ni la muerte misma les arredraba.

El discurso de Pedro

El primero de los Apóstoles fué también el más decidido...

Nadie hubiera podido reconocer en él al que negara a Cristo en el atrio del Pontífice. Lleno de decisión e impetuoso, lánzase a la calle a arengar a la muchedumbre congregada ante el Cenáculo por la novedad de los sucesos. Hasta parece temerario al recriminarla, lo mismo que a sus jefes, las autoridades de Israel, de la muerte del gran Profeta, enviado de Dios y Mesías...

«Varones israelitas..., vosotros mismos disteis muerte por manos de los infieles, alzándolo en la cruz, a Jesús de Nazaret, hombre acreditado por Dios en obras poderosas, milagros y señales que hizo por su medio. Pero él le resucitó anulando los dolores de la muerte puesto que era imposible que fuera por ella dominado... El patriarca David, cuyo sepulcro se conserva hasta el día de hoy entre vosotros, siendo Profeta y sabiendo que le había Dios jurado solemnemente que un fruto de sus entrañas se sentaría sobre su trono, le vió de antemano y habló de su resurrección...

A este Jesús le resucitó Dios de lo cual todos nosotros somos testigos... Sepa, pues, toda la casa de Israel, que Dios ha hecho Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado» (Atc. II, 22 s.).

Mientras el Apóstol peroraba, movía el Espíritu Santo los corazones de los oyentes:

«En oyéndole, se sintieron compungidos de corazón y dijeron a Pedro y a los demás Apóstoles: ¿Qué hemos de hacer, hermanos? Pedro les contestó: Arrepentíos y bautízaos en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo, porque para vosotros es esta promesa y para vuestros hijos, y para todos los de lejos, cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro. Y con otras muchas palabras atestiguaba y los exhortaba diciendo: Salvaos de esta generación perversa. Ellos, pues, recibieron su palabra y se bautizaron, y se convirtieron aquel día unas tres mil almas. Y perseveraban en oír la enseñanza de los Apóstoles, y en la unión en la fracción del pan y en la oración» (Act. Ib. 37-42).

El don de lenguas

Nuevo singular prodigo.

Los improvisados predicadores hablaban todos la lengua vulgar nativa del país, el arameo, pero ¡cosa extraña!: los forasteros les comprendían perfectamente y aun les oían cada uno en su propio idioma. De nuevo el relato de los Hechos.

«Y había en Jerusalén, judíos, varones piadosos, de cuantas naciones hay debajo del cielo y habiéndose corrido la voz, se juntó una muchedumbre que se quedó confusa al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Y estupefactos de admiración decían: todos estos que hablan ¿no son galileos? pues

¿cómo nosotros los oímos cada uno en su propia lengua en la que hemos nacido? ¿Cómo partos, medos, elamitas, los que habitan la Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y el Asia, Frigia y la Libia, de enfrente de Cirene y los forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes los oímos hablar en nuestras propias lenguas las grandes de Dios?» (Act. II, 1-13).

No es extraño que se enumeren aquí tantos extranjeros. Eran los judíos de la llamada diáspora o dispersión venidos con ocasión de la Pascua.

Afirma Flavio Josefo que no había región conocida de la tierra donde no hubieran fijado su asiento los judíos; Filón añade más particularmente que se hallaban en todas las ciudades del imperio, lo mismo en los continentes que en las Islas: en Europa, en África y en Asia, dondequiera que florecía el comercio.

Su número sobrepasaba en mucho incluso a los de Palestina, pues frisaba en los cuatro millones, cuando en ésta llegaba apenas a uno.

Aunque diseminados por el mundo, gustaban los judíos de la dispersión, visitar, cuantas veces podían, la madre patria en las grandes solemnidades nacionales, para estar más en contacto con ella y vigorizar su espíritu religioso en la ciudad santa, en presencia del gran templo, de los sacrificios y funciones litúrgicas, al par que oyendo las sabias explicaciones de los grandes Doctores de Israel.

Esta había sido la causa humana de tanta afluencia de gentes aquellos días. En los planes de la Providencia había entrado también, sin duda, otra: la diseminación pronta del Evangelio por los diversos países de donde procedían los peregrinos. Muchos de ellos, en efecto, vueltos a sus patrias respectivas, llevaron consigo la gran nueva juntamente con los prodigios presenciados, siendo así los primeros predicadores y heraldos de la nueva religión en la gentilidad.

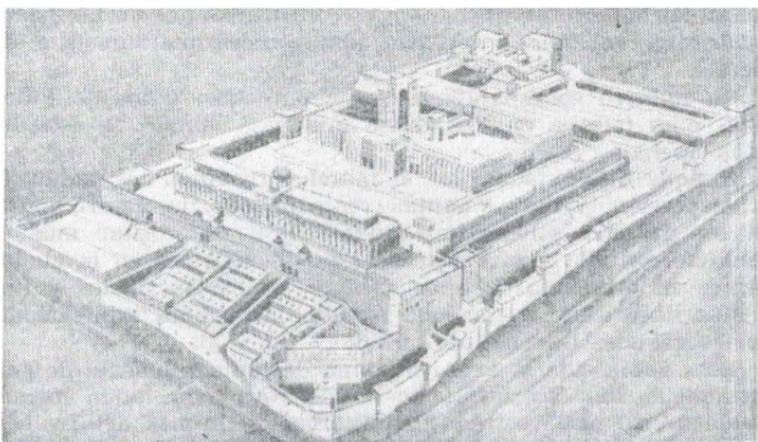
El tullido del templo

Los recién convertidos a la fe cristiana, lo mismo que los Apóstoles y antiguos discípulos de Jesús, seguían frecuentando el templo y participando, como buenos israelitas, del culto judío en el gran Santuario nacional.

Un día, poco después de los sucesos referidos y a eso de las tres de la tarde, subían Pedro y Juan juntos para orar en el templo, cuando, a la entrada en el mismo y en la puerta llamada «especiosa» se ofreció a sus ojos un espectáculo ordinario entonces y en todos los tiempos. Era un tullido o baldado de

nacimiento, al que traían todos los días allí para que pidiese limosna. El desgraciado dirigió hacia los Apóstoles sus ojos suplicantes, al mismo tiempo que extendía la mano pidiéndoles una limosna.

Algo extraordinario debió experimentar Pedro en su interior. Obedeciendo a un impulso súbito, incoercible, se acercó al enfermo y le dijo con decisión: «Míranos a nosotros»; el cojo clavó su mirada en ellos creyendo que iba a recibir una limosna. *"No tengo oro ni plata"*, le dijo con frase inspirada el apó-



Vista panorámica del templo de Jerusalén en el tiempo de Jesucristo
La parte señalada con dos cruces es el pórtico de Salomón, lugar del discurso
de San Pedro

tol, *"pero te doy lo que tengo: en el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda."*

El milagro se había realizado. El tullido sintió correr por su cuerpo algo así como una corriente eléctrica que lo vigorizaba y lo ponía en tensión: sus piernas y sus pies tomaron consistencia; dió un salto y se puso en pie y empezó a andar perfectamente y exteriorizando los mayores transportes de júbilo entró con sus bienhechores en el templo, alabando y bendiciendo a Dios.

Era natural que la noticia de lo sucedido se extendiera como una exhalación por la ciudad. Poco después ya se reunía una gran muchedumbre ante el pórtico de Salomón, esperando la

salida del agraciado y de los taumaturgos. Al enfrentarse Pedro con ella creyó oportuno hacer otra vez uso de la palabra, y le dirigió un discurso en el mismo tono y convicción sincera e idéntica valentía que en la jornada de Pentecostés:

«Varones israelitas: ¿Por qué os maravilláis de esto y ponéis los ojos en nosotros como si con nuestro poder hubiéramos hecho andar a éste? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a Jesús a quien vosotros entregasteis y negasteis ante Poncio Pilato, cuando él juzgaba que debía quedar libre. Vosotros negasteis al Santo y al Justo mientras reclamasteis gracia para un homicida. Matasteis al autor de la vida. Pero sépalo todo el pueblo de Israel: Dios le ha resucitado de entre los muertos, de lo cual somos testigos nosotros. Por la fe en él, se ha dado a éste, completa salud en presencia de todos. Yo sé que obrasteis por ignorancia al igual que vuestros Príncipes, pero Dios se valió de eso para que se cumpliera lo que antes había anunciado por boca de todos los Profetas, que su Cristo o Mesías habría de padecer... Así que arrepentíos y convertíos para que se borren vuestros pecados» (Act. III, 12-19).

Dos mil nuevas conversiones vinieron a engrosar las filas del cristianismo. Ya eran *cinco mil* los adeptos, número que había de ir ascendiendo sin cesar.

Testigos de la resurrección

Habrá notado el lector la seguridad de la palabra de Pedro y la insistencia y firmeza con que apela a la resurrección de Jesucristo.

Es el gran hecho fundamental del cristianismo.

Sin la fe en la resurrección, dice el mismo racionalista Harnack, no hubiera sido posible la fundación de la Iglesia. El gran prodigo se imponía con fuerza avasalladora a los Apóstoles: Ellos habían visto a Cristo muerto, crucificado, enterrado en el sepulcro y tres días después, resucitado y glorioso. No podían dudar.

Era un hecho pleno y de certeza inapelable. No tenían fe de él, sino evidencia. Eran *testes resurrectionis*, testigos oculares de la resurrección, del acontecimiento más portentoso de la historia...

Una advertencia para terminar el capítulo.

Quizás haya podido parecer a alguno excesiva tanta copia de milagros como hemos observado en las aducidas relaciones. De hecho no han faltado quienes, dejándose llevar del escepticismo ante ella, lo han echado todo por la borda, considerándolos como fantasías y nimias credulidades de los cristianos primitivos.

Ni que decir tiene que nosotros no opinamos así.

A nosotros no nos asusta la manifestación de lo sobrenatural en la historia y a más de ello nos tranquiliza el pensamiento de que los prodigios relatados son auténticos y seguros con la máxima autenticidad y certeza que nos ofrece el libro de los *Hechos*, uno de los más auténticos libros de la Historia.

Por lo demás, había motivo suficiente para la profusión de lo sobrenatural observada. No olvidemos la circunstancia imprescindible. Nos encontramos en los comienzos de la Iglesia: se inicia la nueva era del mundo, la aparición del reino mesiánico tan anunciado por los vaticinios proféticos y objeto de las esperanzas humanas durante milenios en el pasado.

Era, pues, necesario darlo a conocer, llamar poderosamente la atención sobre él a los hombres con el único argumento que entiende y convence al pueblo, especialmente al de la época y al israelita: esto es, la manifestación de lo sobrenatural y divino, el milagro.

III

EN PRESENCIA DEL CONCILIO

«Hay que obedecer antes a Dios que a los hombres». — «No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oido». — Un prudente consejo.

El fundador del Cristianismo había profetizado y puesto como señal indefectible y nota característica de su religión, la de que sería perseguida y maltratada del mundo.

«Si el mundo os aborrece, dijo a sus discípulos, sabed que me aborreció a mí primero que a vosotros... Acordaos de la palabra que yo os dije: no es el siervo mayor que su Señor; si me persiguieron a mí también a vosotros, os perseguirán» (Jn. XV, 18, s.). — «Esto os lo he dicho para que no os escandalicéis: os echarán de la sinagoga, pues ha llegado el momento en que todo el que os quite la vida pensará prestar un servicio a Dios» (Jn. XVI, 1, s.). — «Pondrán en vosotros las manos y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y metiéndos en prisiones, conduciéndos ante los reyes y gobernadores, por causa de mi nombre... Seréis entregados aun por los padres y por los hermanos, por los parientes y por los amigos y harán morir a muchos de vosotros y seréis aborrecidos de todos por mi causa» (Lc. XXI, 12, s.).

No había terminado aún Pedro su discurso en el templo, con ocasión del milagro del tullido, cuando se presentaron los sacerdotes que en aquella hora se encontraban de ministerio en él, acompañados de un grupo de saduceos y, pretextando que era una temeridad culpable hablar al pueblo en el atrio de la Casa de Dios sin tener misión para ello de la autoridad jerárquica, tomaron presos a los indefensos y benéficos predicadores y los llevaron a la cárcel para presentarlos al otro día, pues era ya tarde entonces, ante el tribunal de juicio.

La escena que se sucedió en la siguiente jornada fué de una grandeza moral emocionante.

El mismo tribunal que poco antes había condenado a muerte al Salvador se reunía ahora nuevamente para juzgar a los discípulos...

Pedro y Juan comparecen ante el Sanedrín en pleno y éste les pregunta: «¿Con qué potestad y en nombre de quién habéis hecho esto?» Es la vez primera que los Apóstoles, hombres sin ilustración e iliteratos, se encontraban ante la magna asamblea a lo más granado de Israel. Sin embargo, no se advirtie-

ron en ellos titubeos ni encogimiento. Pedro, más decidido que nunca, levantó la cabeza y dirigiendo una mirada humilde, pero entera y firme a los jueces, les dijo estas palabras dignas del orador más elocuente y consumado:

«Príncipes del pueblo y ancianos de Israel. Nos interrogáis acerca del beneficio que hemos hecho a un pobre enfermo. Queréis saber en nombre de quién le hemos sanado. Pues bien: sabedlo vosotros y que ello sea patente a todo el pueblo, que ha sido en nombre de Jesucristo Nazareno, al que vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos. Esta es la piedra por vosotros rechazada, pero que ha sido escogida por Dios para cabeza del ángulo, porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos.»

Desconcertados y llenos de asombro debieron quedar los miembros del Consejo de lo que veían con sus propios ojos. Nunca habían presenciado tanta entereza, al par que tanta sabiduría y elocuencia en hombres sin letras y del vulgo.

Los *Hechos* nos siguen relatando que, sobre cogidos los sanderitas de la actitud de los apóstoles y viendo al tullido sano junto a ellos, no sabían qué replicar. Mandaronles salir fuera del Consejo y confirieron entre sí sobre el caso. Al fin optaron por soltarlos, mandándoles no hablar más en adelante de Jesús.

¡No hablar más de Jesús!

¡Vano intento! Era previsible la reacción de Pedro. Quien había mostrado valor y serenidad para echar en cara al Sanderín la muerte del gran Profeta crucificado por ellos, pero resucitado por Dios y constituido por el mismo cabeza de un mundo nuevo y única salvación de la humanidad, lo tendría también para protestar y oponerse abiertamente a una decisión tan injusta como arbitraria. De nuevo levantó sus ojos y clavándolos, no sin indignación, en los circunstantes, exclamó con firmeza:

«Vosotros mismos podréis juzgar si es justo que os obedezcamos a vosotros antes que a Dios.»

Y a continuación el sublime *"non possumus"* que ha atravesado las edades pronunciado con entusiasmo por millones de voces en parecidas circunstancias: «Nosotros *"no podemos"* menos de hablar de lo que hemos visto y oído» (Act. IV, 19, s.).

La reacción de la Iglesia

Continúan los *Hechos* la narración del gran encuentro con estas palabras: Despedidos de ellos los Apóstoles, se fueron a los suyos. Les comunicaron cuanto les habían dicho los Pontífices y los ancianos...

Siguióse, como no podía ser menos, un momento de vivo pesar e indignación en los discípulos por las trabas que tan injustamente se ponían al evangelio. Pero fué una reacción a lo divino: nada de violencias, de imprecaciones y amenazas. Arriba estaba el que podía remediarlo y los corazones de todos se volvieron hacia él. Hasta las palabras de su fervida oración se nos han conservado:

«Ellos, en oyéndoles, levantaron a una la voz y dijeron: Señor; tú que hiciste el cielo, el mar y cuanto en ellos hay, que por boca de tu siervo David dijiste: ¿Por qué braman las gentes y los pueblos meditan cosas vanas? Los Reyes de la tierra han conspirado y los Príncipes se han federado contra el Señor y contra su Cristo...

Se han juntado en esta ciudad contra tu Santo siervo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y el pueblo de Israel, para ejecutar cuanto tu mano y tu consejo habían decretado de antemano que sucediese.

Y ahora, Señor, mira sus amenazas y concede a tus siervos poder hablar con toda libertad tu palabra extendiendo tu mano para realizar curaciones, señales y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús. Después de la oración tembló el lugar en que estaban reunidos y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban la palabra de Dios con alborozo» (Act. IV, 23 s.).

Fué, como se ve, un segundo Pentecostés, la solemne confirmación en el día de la prueba. La conducta de Pedro y de los Apóstoles al no sujetarse a la prohibición del Sanedrín quedaba aprobada plenamente por el cielo. No se podía sujetar la voluntad y providencia de Dios al capricho de los hombres.

Un prudente consejo

Los Apóstoles y discípulos siguieron predicando como antes el evangelio. Dios acompañaba sus esfuerzos con grandes manifestaciones sobrenaturales. Dicen los Actos:

«Eran muchos los milagros y prodigios que se realizaban en el pueblo por manos de los Apóstoles... Y crecían más y más los creyentes en gran muchedumbre de hombres y de mujeres, hasta el punto de sacar a las calles los enfermos y ponerlos en los lechos y camillas para que llegando Pedro, siquiera su sombra los cubriese. Y concurrían de las ciudades vecinas a Jerusalén trayendo enfermos y atormentados por los espíritus impuros y todos eran curados.»

Se presagiaba de nuevo la tormenta y vino, en efecto, sin tardanza.

El Sumo Pontificado lo ocupaba aún, o mejor lo detentaba, el que había condenado a Cristo, Caifás, pero había resignado su ejercicio en su suegro Anás, el viejo ladino que también intervino en la pasión. Unidos a los dos estrechamente habían

sobrevenido sus dos parientes Alejandro y Juan. Eran todos intrigantes ambiciosos y hombres sin entrañas y contemplaban con desazón el crecimiento constante de la comunidad cristiana. Sobre todo, se sentían poseídos de terror ante los numerosos milagros que por medio de aquellos hombres se obraban (Act. II, 43).

Lo mismo acontecía a no pocos herodianos y fariseos. Se formó, pues, una sorda coalición que terminó por apoderarse de ellos y encarcelarlos...

Pero ¡qué inútiles son las intrigas de los hombres cuando está de por medio Dios! «El Ángel del Señor, atestiguan los *Hechos*, abriendo las puertas de la cárcel y sacándolos de ella, les dijo: Id y hablad en el templo todas las palabras de vida.»

Nuevo pánico y nerviosismo en el Sanedrín y nueva detención de los Apóstoles. Son llevados atropelladamente al Consejo y el Príncipe de los sacerdotes les interroga airado: «¿No os prohibimos rigurosamente que enseñarais en este nombre? Sin embargo habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre.»

Nada consiguieron tampoco. Pedro y los Apóstoles permanecieron incombustibles y les respondieron con la misma serenidad y energía: *"Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres."*

Se había terminado ya todo posible aguante.

Llenos de rabia y fuera de sí por estas palabras trataban de matarlos, pero entonces providencialmente se puso de por medio un fariseo, de grande prestigio ante ellos, Doctor de la Ley y venerable a todo el pueblo, Gamaliel. Este hombre de grato recuerdo en los anales cristianos, mandó que sacaran afuera a los Apóstoles, y les dió el siguiente consejo:

«Vosotros israelitas; mirad lo que vais a hacer con estos hombres. Yo os aconsejo que desistáis. Si esta obra es de los hombres, ella se destruirá por sí misma, pero si es de Dios no la podréis deshacer. No queráis correr la suerte de haber combatido contra Dios.»

Les pareció bien el consejo y se aquietaron. Mandaron, pues, azotar a los incorregibles propagandistas y los dejaron libres con nuevas y terminantes prohibiciones.

Así terminó por entonces el asunto.

Los Apóstoles por su parte, nos refieren los Actos, *"partieron gozosos de aquel juicio porque habían sido dignos de padecer afrentas por el nombre de Jesús y todos los días en el templo y por las casas no cesaban de enseñar a predicar a Jesucristo"* (Act. V, 17-42).

IV

BAUTISMO DE SANGRE

Institución del Diaconado. — El Protomártir Esteban

En el capítulo segundo de los *Hechos* nos encontramos con esta página casi de idilio:

«Y perseveraban los discípulos en ofr las enseñanzas de los Apóstoles y en la unión de la fracción del pan y en la oración. Se apoderó el temor de todos a la vista de los muchos prodigios y señales que hacían los Apóstoles; y todos los que creían vivían unidos teniendo todos sus bienes en común; pues vendían sus posesiones y haciendas, y las repartían entre todos según la necesidad de cada uno. Todos acordes acudían con asiduidad al templo, partían el pan en las casas y tomaban su alimento con alegría de corazón, alabando a Dios en medio del favor general del pueblo. Y cada día el Señor iba incorporando a los que habían de ser salvos.»

Un poco más abajo repite con permenores el hecho y añade:

«La muchedumbre de los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma... Los Apóstoles atestiguaban con gran poder, la resurrección del Señor Jesús y todos los fieles gozaban de grande estima: No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido y lo depositaban a los pies de los Apóstoles y cada uno recibía lo que se le repartía según su necesidad» (Act. II, 32-35).

Se dió, pues, entre los cristianos primitivos de Jerusalén una especie de comunismo voluntario y espontáneo nacido del despego de los bienes de la tierra y del más hermoso y sincero amor a sus hermanos, pero a nadie se oculta que este comunismo nada tiene que ver con el de nuestros días, ateo y no nacido de la virtud precisamente. En todo caso la vida de la Comunidad jerosolimitana era la realización más acabada y auténtica del gran ideal evangélico que el mismo Hijo de Dios propuso en el sermón de la montaña:

«Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los mansos porque poseerán la tierra...; bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt. V, 3 s.).

Institución del Diaconado

Los Apóstoles eran los administradores de los bienes allegados de la aportación común y en ese plan tenían intensísimo trabajo en la distribución de los alimentos a los necesitados, cuyo número, como el de los cristianos, iba en perpetuo crecimiento. Con ello quedaban demasiado atareados y en la imposibilidad de entregarse a la predicación, a la conquista de nuevos adeptos y dilatación del reino de Jesucristo.

No podía evidentemente prolongarse tal situación. La predicación urgía, la buena nueva del Evangelio de la salud pedía extenderse y llegar hasta los confines de la tierra; la mies era mucha, inmensa; los campos blanqueaban para la siega: judíos y gentiles esperaban la salvación y no permitían la demora...

Tal fué la causa de la creación del diaconado:

He aquí la relación del documento oficial:

«Habiendo los doce convocado la multitud de los discípulos, dijeron: No parece bien que nosotros, dejando a un lado la palabra de Dios nos empleemos en servir a las mesas. Elegid, pues, hermanos, a siete varones de entre vosotros, bien reputados, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría a quienes pongamos al frente de este servicio: nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra. Y pareció bien lo propuesto a los ojos de la multitud y escogieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolao prosélito antioqueno; a los cuales presentaron ante los Apóstoles y haciendo oración les impusieron las manos. Y la palabra de Dios iba creciendo y se multiplicaba asombrosamente el número de los discípulos en Jerusalén y gran muchedumbre de sacerdotes se sometían a la fe» (Act. VI, 2-7).

La ocupación de los nuevos diáconos o servidores, que eso significa el nombre, consistiría, como ya queda dicho, en distribuir a los pobres y especialmente a las viudas y a los huérfanos, los alimentos comprados por las aportaciones de los ricos. Administraban también el bautismo (VIII, 38) y aún se daban a la predicación (VII, 2-53).

El Protomártir Esteban

Todos llenaban plenamente su cometido, pero ninguno como Esteban.

El poder irresistible de su palabra y los grandes y frecuentes milagros que realizaba, le habían valido los más amplios triunfos entre las multitudes que se agolpaban alrededor de su persona.



El Diácono San Esteban acusado de blasfemo en la Sinagoga
(Juan de Juanes. Museo del Prado)

Pronto surgió, como era de prever, la contradicción y la lucha por parte de los enemigos de la naciente y ya temida y odiada secta. Esteban no se arredraba por ello. De carácter ardiente y batallador, de palabra cálida y elocuente, destruía todas las intrigas y razonamientos de sus adversarios y los reducía al silencio. Los *Hechos* dicen textualmente que «no podían resistir a la sabiduría y espíritu con que hablaba». ¿Qué hacer en tales circunstancias?

Lo de siempre. La maldad carece de escrúpulos y tiene muchos recursos.

Vencidos en el terreno de la razón, acudieron los adversarios al innoble procedimiento de la calumnia. Sobornaron a algunos para que afirmaran haberles oído proferir palabras injuriosas y blasfemias contra Moisés y contra Dios.

La intriga tuvo presto el efecto deseado y Esteban, apresado atropelladamente, fué conducido a juicio.

Ante el Sanedrín

El rencor y mal disimulado encono fué la nota saliente de la gran asamblea. Los falsos testigos dieron comienzo a sus indignas inculpaciones acusando a Esteban de blasfemo.

«Este hombre, dijeron, no cesa de proferir palabras contra el lugar santo y contra la ley y aún le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar y mudará las costumbres que nos dió Moisés» (VI, 13.14).

Sucedió entonces algo extraordinario que consignan particularmente los *Hechos* (VI, 15). La alegría y paz imperturbable que reflejaba Esteban en medio de la ira y rostros descompuestos de los acusadores llenos del más vil apasionamiento, era tan visible y tan amable que se transparentaba radiante y luminosa en su semblante: Su rostro apareció ante jueces y acusadores como transfigurado.

«Todos los que asistían al Concilio, puestos en él los ojos, vieron que su rostro era como el de un ángel» (VII, 15).

«¿Es verdad lo que éstos dicen?», le preguntó el Sumo Sacerdote, Presidente del Sanedrín.

La contestación de Esteban fué aplastante, pero dura y tremenda.

¡Prodigo de serenidad y de valentía!

Nada le habían impuesto, ni la acerbadidad e injusticia de sus enemigos, ni las amenazas y odio concentrado que observaba a su alrededor, ni el evidente peligro de una muerte segura.

que le acechaba, ni la majestad del Sanedrín y del acto. Sintiéndose en la posesión de la verdad, lejos de intimidarse se creció y agigantó como nunca. Tomó la palabra y pronunció el más fuerte discurso de defensa, no de sí propio sino de la verdad sobre Jesucristo a quien predicaba y de condenación de la protervia y maldad de los judíos.

Empezó, como era de rúbrica entre sus connacionales, resumiendo a grandes rasgos la Historia del pueblo de Israel.

Abraham, llamado por Dios del gentilismo y objeto de las promesas y fundador del pueblo de Dios... Isaac y Jacob con los doce Patriarcas, quienes por envidia hacia José le vendieron para Egipto. El crecimiento del pueblo judío en este país; la elección de Moisés para librarle de la opresión faraónica... El tránsito del Mar Rojo... David y Salomón, que edificó el templo...

Después el encomio, la exaltación fervorosa y elocuente del Mayor de los Profetas que acababa de ser crucificado por ellos en la misma Jerusalén... La elocuencia e intrepidez del diácono se hacía cada vez más fogosa e incisiva... No es extraño que el gran Profeta y Mesías venido al mundo haya sido ajusticiado por Israel. Esa ha sido siempre la conducta de este pueblo durante los siglos.. Por fin el reproche, la invectiva suprema:

«Oh duros de cerviz e incircuncisos de corazón: vosotros habéis resistido siempre al Espíritu Santo. Como vuestros Padres así también vosotros. ¿A quién no persiguieron vuestros Padres? Ellos dieron muerte a los que anunciaron la venida del Justo y vosotros acabáis de crucificarle.

Vosotros recibisteis por ministerio de los ángeles la ley y no la guardasteis» (VIII, 51 s.).

El Martirio

Imposible que la soberbia farisaica pudiera aguantar tan tremendas invectivas.

El fogoso diácono se había jugado la vida irremediablemente.

«Al oír esto, dicen los *Hechos*, se llenaron de rabia sus corazones y rechinaron los dientes contra él.»

De nuevo un caso extraordinario.

En medio del gran tumulto suscitado en la asamblea por el discurso, el candidato al martirio permanecía aún sereno y clavados sus ojos en el cielo parecía arrobadó en éxtasis. Así era en verdad. Una magnífica visión le enajenaba y le daba alientos en el duro trance. En su gozo se atrevió a manifestarlo:

«Veo, dijo, los cielos abiertos y al Hijo del Hombre en pie a la diestra de Dios.»

Había llegado el momento decisivo.

Cual si hubieran escuchado una gran blasfemia se agitaron todos como víboras y prorrumpiendo en horrendo vocerío, al mismo tiempo que se tapaban los oídos, se arrojaron tumultuosamente sobre él, y a rastras le sacaron del Concilio y de la ciudad.

¿A dónde le llevaban?

Había proferido una gran blasfemia al afirmar que Jesús, como participante de la soberanía divina, estaba sentado a la diestra de Dios... Era necesario, por tanto, lapidarle sin clemencia en cumplimiento de la ley:

Allí estaban ellos para hacerlo.

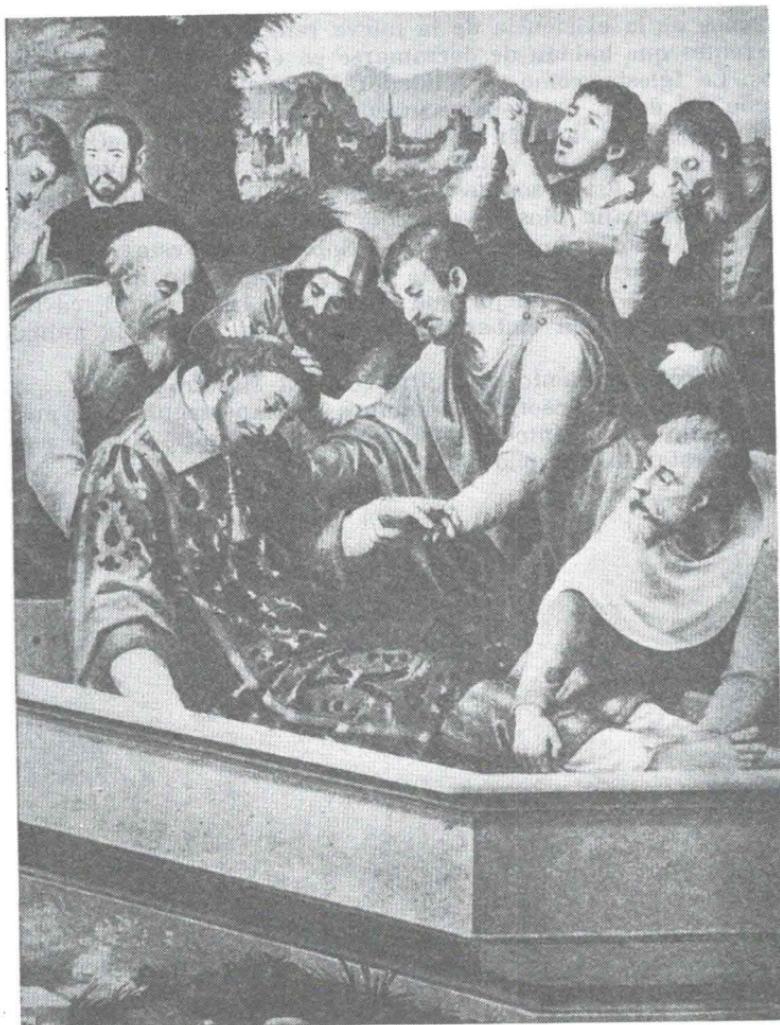
Los amotinados, ya fuera de la ciudad, colocaron a la víctima en medio de una hoyo o depresión del terreno, atado de pies y manos para que la huída fuera imposible y, quitados sus vestidos exteriores, para mayor comodidad y agilidad en sus movimientos, cogiendo grandes piedras, se las arrojaron con sus propias manos sin clemencia.

La horrenda granizada arreciaba por momentos y el mártir se sentía morir, pero ¡rasgo sublime! Esteban se acordó de la muerte del Maestro: El había entregado su espíritu rogando por los propios enemigos y crucificadores. El diácono quiso seguir su ejemplo: «Y mientras le apedreaban, dicen los *Hechos*, Esteban oraba diciendo: "Señor, no les imputes este pecado." En un esfuerzo supremo se puso de rodillas y en esta postura gritó con fuerte voz, como Cristo: "Señor Jesús, recibe mi espíritu", y, en diciendo esto se durmió en el Señor.»

La voz de la sangre

No cabe duda que es sublime el espectáculo. Muertes como ésta no podían menos de alentar, e infundir el máximo entusiasmo.

Jamás se habían visto tales hombres que parecían de un mundo y de una raza y temple superiores. Entre los fieles servían tales ejemplos también de enardecimiento para el martirio. Era el contagio del heroísmo. Dijo Tertuliano en plena era de las persecuciones, que «la sangre de los mártires era semilla de nuevos cristianos»: se comprende, aun aparte de la gracia de Dios, por reacción psicológica. La sangre derramada por Cristo tan noble, tan valerosamente, tenía su voz que clamaba como la de Abel.



Entierro de San Esteban

(Juan de Juanes. Museo del Prado)

Con Esteban se había derramado la primera, en los albores mismos de la existencia de la nueva religión, prenuncio de los torrentes que habían de derramarse en el decurso de los tiempos. La Iglesia, como su fundador Jesucristo, nacieron bajo el signo del dolor, de la persecución, de la sangre. «Si a mí me han perseguido también os perseguirán a vosotros.» «Os llevarán a los tribunales, a las cárceles y os darán la muerte por mi causa...» Estos son los designios de Dios incomprensibles para la humana filosofía. *"Sectae huic ubique contradicitur"*, dijo ya en los primeros años, el Gobernador Festo. «Todo el mundo la persigue.» ¿Por qué así? ¿Por qué tan irreconciliable enemiga? Nada mejor que el cristiano, más moral, caritativo, religioso; sin embargo solo su nombre excita la animosidad.

Es el cumplimiento de la Profecía del Maestro:

«Pondrán en vosotros las manos y os perseguirán..., pues ha llegado el momento en que todo el que os quite la vida pensará prestar un servicio a Dios.»

BAJO LA TIRANIA DE HERODES

El martirio de Santiago. — Encarcelamiento y liberación de Pedro

Después de la persecución general suscitada a raíz de la lapidación del Protomártir Esteban siguióse un período de absoluta calma para los cristianos. Los *Actos* la describen con estas palabras:

«Por toda Judea, Galilea y Samaria gozaba de paz la Iglesia y se fortalecía y andaba en el temor del Señor llena de los consuelos del Espíritu Santo» (Act. IX, 31 s.).

No duró mucho, sin embargo, el tiempo bonancible. Una nueva tormenta amenazaba, más peligrosa que las ya sufridas por cuanto se dirigía proterva y solapada a la cabeza de la nueva religión, a sus maestros y dirigentes.

Venía de un gentil, aunque por causa también de los judíos: de Herodes Agripa.

Los Herodes

Tres personajes interesantes desde el punto de vista cristiano han llegado hasta nosotros con este nombre. El primero es Herodes, llamado el Grande, Rey de Judea desde el año 38 antes de Jesucristo hasta el 4 de nuestra era. Fué escéptico en materia religiosa, pero a pesar de eso muy estimado por los judíos porque a él le debieron la construcción del grandioso templo de Jerusalén, gloria y orgullo de la nación. Fué el Herodes de la muerte de los inocentes y de crueldad proverbial que ejerció hasta contra los propios parientes.

El segundo Herodes fué el llamado Antipas, hijo segundo del Grande y rey de Galilea. Es el Herodes de la degollación de San Juan Bautista y de la Pasión del Salvador, a quien éste fué presentado de parte de Pilatos y por él despreciado. Finalmente Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande, muerto el año 44 de nuestra era. Es el que en este punto de la historia especialmente



El martirio de Santiago. (J. Fernández Navarrete, *El Escorial*)

nos interesa. El Emperador Calígula había decretado la restauración del reino de Israel y Herodes había sido el afortunado elegido. En consecuencia de ello había obtenido el mando de todo el pueblo judío.

El martirio de Santiago

El nuevo monarca advirtió pronto la malquerencia no disimulada que las autoridades religiosas y los más influyentes de Jerusalén abrigaban contra los cristianos.

Cualquier cosa que hiciera contra ellos sería bien recibida por los mismos y nada mejor para ganarles la voluntad que perseguirlos. Se determinó, pues, a darles gusto el adulón y desaprensivo Rey aunque fuera pasando por encima de la caridad y de la justicia. «Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?», debió decirse también y puso manos a la obra.

La primera víctima escogida fué el Apóstol Santiago el Mayor. ¿Por qué fué objeto de sus preferencias? Quizás creía que era el principal en la comunidad cristiana. Al menos es cierto que «el hijo del trueno» era uno de los más celosos predicadores de la fe, respondiendo a su carácter fogoso y ardiente en el amor y defensa de Jesucristo que diera ocasión a su nombre.

El golpe, pues, era certero.

No se han conservado los pormenores y circunstancias de su muerte, pero consta que fué decapitado.

Era el primero de los Apóstoles que sellaba con su sangre el testimonio del Maestro. El había respondido a la pregunta de Jesús, que estaba dispuesto a beber su cáliz, y le había llegado la hora. No podemos dudar un momento de que sería digno de sí en el supremo trance. Las palabras del gran Maestro de que «si a él le habían perseguido no perdonarían a los discípulos» y, sobre todo, la esperanza de verlo y de estar con Él en su reino, le animaron.

Encarcelamiento de Pedro

Otra víctima codiciada tenía el tirano en el pensamiento; era Pedro, de cuyos milagros y predicación había oído discutir frecuentemente. Si la muerte de Santiago había sido grata a los judíos, no lo sería menos la de él. Mandó, pues, prenderle sin escrúpulos y por la única razón de que era rey, de que tenía la fuerza, y lo guardaba en la prisión para ejecutarle pasados los días de la Pascua.

¡Tremenda catástrofe la que parecía cernerse inevitable so-

bre la pobre y apenas nacida religión cristiana! ¿La permitiría su divino fundador? Los *Hechos* nos refieren que en aquellos días azarosos, «la Iglesia oraba continuamente por él».

Pedro, a quien había Jesús constituido piedra fundamental y jerarca supremo de la Iglesia, parecía imprescindible en los comienzos de la misma y no podía faltar. No faltó, en efecto. Cristo conjuró el peligro interviniendo milagrosamente.

Era la noche trágica del día en que debía de ser ejecutado. El Apóstol estaba vigilado incesante y severamente por cuatro compañías de soldados que se relevaban a cada una de las respectivas velas de la noche. Para mayor seguridad le habían atado incluso con cadenas a los mismos que le custodiaban. Así esperaba el inmediato término de sus días con plena paz y resignación en las manos del Señor; estaba dispuesto a libar su sangre en sacrificio por aquel que tanto le había amado y preferido, cuando he aquí que una luz repentina llenó de improviso la cárcel. Pedro vió ante sí un personaje desconocido que le dijo: «Levántate presto.» Inmediatamente cayeron de sus manos las esposas y quedó libre. Tenía en su presencia un ángel enviado por Dios para librarse. El espíritu celeste le invitó a seguirle y precediéndole él mismo le condujo a la puerta de la prisión que se abrió por sí misma espontáneamente.

Salidos fuera, el ángel siguió acompañándole por algunas calles y desapareció.

La providencia de Cristo por su soldado era manifiesta y Pedro sintió sin duda el escalofrío de lo sobrenatural que tan claramente había palpado.

¿A dónde dirigirse entonces?

A una casa bien conocida por él: tal vez al Cenáculo u otra en donde se reunían los cristianos para su culto y oraciones; quizás la de María, madre de Marco.

La escena acaecida a su llegada a ella es un verdadero idilio encantador, tan ingenuo, bello y real que está delatando por sí misma su plena historicidad. Pedro tocó a la puerta de la casa en que aún se estaba en vela, quizás en oración por él. Salió al balcón una criada llamada Rode para saber quién era el que llamaba y reconoció al Apóstol. La joven, sin atender a abrirle, transportada y loca de entusiasmo se fué a los demás de la casa para anunciarles la gran nueva. Nadie quería creerla y la tenían por visionaria, pero ella insistía porfiadamente.

Pedro permanecía a todo esto en la calle y seguía llamando. Abierta, por fin, la puerta entró el Apóstol y contó el milagro acaecido...

La prudencia exigía que se guardara en adelante y así lo hizo marchando a «otro sitio», según la frase de los *Hechos*.

VI

PRIMERA EXPANSION CRISTIANA

Persecución general y dispersión de los fieles. — Samaria, Lida y Jope. — Antioquía.

Terminan los *Hechos* la relación del martirio del Diácono Esteban con estas palabras:

«Aquel día comenzó una gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén y todos, a excepción de los Apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y de Samaria. Y los que se habían dispersado iban por todas partes predicando la palabra» (Act. 8, 1-4).

Era la consecuencia natural de la reinante efervescencia. Desfogada la rabia de los judíos contra el mártir; triunfantes y convencidos de que habían realizado un acto de celo por la religión y gloria de Dios, extendieron a todos los cristianos sus iras. ¿No tenían todos, por ventura, las mismas ideas que Esteban? Todos eran blasfemos y dignos, por tanto, de ser aniquilados.

¡Pero sabía providencia!

La dispersión subsiguiente, aunque penosa para los fieles, fué altamente beneficiosa para la causa general del evangelio. La nueva religión se vió impelida a salir de la cuna de su infancia y expandirse por el mundo. Los pueblos de Judea, de Galilea y de Samaria fueron el lugar de refugio de la mayoría de los dispersos, pero otros pasaron mucho más lejos, hasta Tiro y Sidón y aun Antioquía y, en general, a las regiones mediterráneas. A todos estos sitios llevaron los cristianos de Jerusalén su fe, su entusiasmo religioso y su ardiente proselitismo. Lo que había sido, pues, un acto de tiranía debido al deseo de aniquilamiento, lo convirtió Dios en su providencia, en un medio eficaz de propaganda. Había sido el huracán que esparciera la semilla a los cuatro vientos.

Una novedad inesperada.

En esta persecución general contra la Iglesia naciente se

distinguió como el que más, uno que había de ser pronto el más grande los apóstoles, San Pablo. Fanático en su celo por la ley y las tradiciones patrias, era entonces el más dinámico y terrible enemigo del nombre cristiano. «Y Saulo, dicen los *Hechos*, devastaba la Iglesia y entrando en las casas arrastraba a hombres y mujeres y los hacía encarcelar» (Act. VIII, 3).

Recordemos algunos hechos más salientes de la labor de los dispersos por las divérsas regiones que visitaron.

Samaria

Poco conocida es la historia de este interesante pueblo. Ocupa, como se sabe, la región situada en medio de la tierra santa, al sur de Galilea y al norte de Judea. En los tiempos de Cristo y comienzos de la Iglesia, eran los habitantes que la poblaban algo así como una raza híbrida, mezcla de la de los israelitas más pobres que habían quedado en el lugar durante el cautiverio de Asiria y de paganos allí emigrados.

El verdadero y puro Israel lo despreció cruelmente al volver del destierro juzgándolo indigno de pertenecer al pueblo de Dios y rechazándolo del templo y de sus sacrificios.

Los samaritanos desechados se construyeron por su parte un templo en el monte Garizim, donde sacrificara Abraham en otro tiempo, cerca de Siquen, pero los judíos malévolos y despiadados lo destruyeron en una noche de tormenta. Desde entonces vivían los desgraciados samaritanos sin altar, sin sacerdotes ni sacrificios, aunque fieles a la esperanza del Mesías y tradiciones antiguas, odiados por los judíos y en constante enemistad y guerra con los mismos.

El Salvador les mostró un especial cariño: Los visitó tres veces, en una de las cuales recordemos el incomparable episodio de la Samaritana, de tan honda y grata memoria, juntamente con la grandiosa acogida que tuvo aquel día entre ellos, por su causa. En presencia de la muchedumbre que salió a aclamarle, fué cuando el divino Redentor, viendo en ella uno como símbolo de las futuras conversiones, dijo las memorables palabras tan conocidas: «La mies es mucha y pocos los operarios. Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su viña.»

De los diez leprosos curados juntamente, uno, el agradecido precisamente, que volvió a darle las gracias, era de este pueblo, y en la bella parábola del *buen samaritano* pintó a éste tan benévolamente lleno de caridad y amor al prójimo, cuidando generosamente al que había caído en manos de ladrones, abandonado por el sacerdote y el levita. No es extraño que Samaria,

pueblo rudo, pero noble y bueno, fuera llamado a la fe. Era digno de ella por su humilde piedad y honradez y Cristo quiso galardonarle.

El primero que se la llevó fué el diácono Felipe y con resultados felicísimos. «La muchedumbre, dicen los *Hechos*, escuchaba atentamente y con el mayor entusiasmo la buena nueva que les venía de parte de Dios para su salvación y la abrazaba jubilosa. Cooperó eficazmente Dios obrando las mayores maravillas por medio del predicador que acreditaban más sus palabras y el buen pueblo samaritano se volcó de todo corazón y se convirtió en masa a la fe de Jesucristo» (Act. VIII).

Los mismos Apóstoles se conmovieron en Jerusalén ante tan halagüeñas noticias. Pedro y Juan se trasladaron allá para cooperar con su trabajo y recolectar la gran cosecha.

El Ministro de Candaces

Tierno y edificante episodio. El Ángel del Señor, dice la narración, habló a Felipe diciéndole:

«Levántate y marcha hacia el mediodía por el camino que baja del desierto a Gaza desde Jerusalén.»

Era la generosa Providencia que quería premiar con el mayor de los dones, la piedad, hombría de bien y buenas obras de un buen gentil. El aludido era un alto dignatario, lo que, en términos modernos podríamos llamar ministro de Hacienda, «intendente de todos los tesoros» de la Reina de Etiopía. Era prosélito de la puerta, esto es, simpatizante con el judaísmo y deseoso de ser admitido en esta religión.

El piadoso ministro había ido a Jerusalén a adorar en el templo y, una vez satisfecha su piedad, volvía de nuevo a su patria. El texto sagrado nos lo describe montado en su coche y leyendo en alta voz, a lo que parece, el libro del Profeta Isaías, en este preciso pasaje mesiánico:

«Como oveja llevada al matadero y como un cordero ante el que lo traspila enmudeció y no abrió la boca. En su humillación fué su causa atropellada: su generación ¿quién la contará? porque su vida fué arrebatada de la tierra» (Is. LIII, 7 s.).

Una súbita inspiración ilustró al Diácono. «Acércate, le dijo una voz interior, y llégate al coche.» Aceleró el paso Felipe y oyendo lo que leía se introdujo en conversación con él:

«¿Entiendes lo que vas leyendo?, le dijo el diácono. ¿Y cómo voy a entenderlo si alguno no me guía?, repuso el etíope, y rogó a Felipe que subiera y se

sentara a su lado. ¿De quién dice esto el Profeta, de sí mismo o de otro?, preguntó el Ministro. Entonces tomó Felipe la palabra y comenzando por esta escritura, le evangelizó a Jesús.»

Quedó plenamente convencido de la verdad que se le predicaba y anheloso de ser cristiano. Había sonado la hora de Dios para el buen prosélito.

«Y como siguiesen su camino, llegaron a un sitio de agua, y dijo el Eunuco: aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado? Dijo Felipe: si crees de todo corazón es posible. El respondió: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Y mandó se parara el coche y bajando entrabmos al agua, Felipe le bautizó. Así que subieron del agua el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y ya no le vió más el Eunuco, quien siguió gozoso su camino» (Act. VIII, 26-40).

Eneas y Tabita

Salimos ya de las fronteras de Israel. El Evangelio ha entrado triunfante en la paganía que, como el macedonio de la visión de Pablo, lo estaba esperando ansiosa.

Trasladémonos en pos de él a la costa mediterránea, a las ciudades de *Lida* y de *Jope*, la actual *Jafa*. Ambas son memorables en los Anales cristianos por dos señalados prodigios obrados por San Pedro en aquellos mismos días.

«Y sucedió que discurriendo Pedro por toda la región, visitó también a los santos que moraban en Lida. Allí había un hombre por nombre Eneas, tendido en una camilla desde hacía ocho años, que estaba paralítico. Y díjole Pedro: Jesús el Mesías te sana; levántate y toma tu camilla. Al punto se puso en pie. Y viéronle todos los que moraban en Lida y en el Sarón, los cuales se convirtieron al Señor» (Act. IV, 32-35).

Más llamativo aún y extraordinario fué el milagro de Jafa. Estaba cerca de Lida y era el puerto famoso en que se había embarcado Jonás cuando, no queriendo obedecer a Dios que le enviaba a predicar penitencia a Nínive, quiso huir de su presencia y se dirigía a Tarsis.

«Y en Jope había una discípula por nombre Tabita, que, traducido, se dice *Dorcas* o *Gacela*. Esta estaba llena de buenas obras y de limosnas que hacía. Y sucedió por aquellos días que, habiendo enfermado, murió. Y después de lavada la pusieron en la estancia superior. Y como Lida estaba cerca de Jope, los discípulos, en oyendo que Pedro estaba allí, despacharon a él dos hombres, suplicándole: «No tardes en llegarte a nosotros.» Levantándose Pedro se fué con ellos; al cual, así que llegó, le subieron a la estancia superior, y se le presentaron todas las viudas llorando y mostrando sus túnicas y mantos, que, mientras vivía, les labrara Dorcas. Pedro, habiendo hecho salir a todos e hincando las rodillas, hizo oración y, vuelto hacia el cadáver, dijo: «Tabita, levántate.» Ella abrió sus ojos, y viendo a Pedro, se incorporó. Y dándole la mano, la levantó. Y llamando a los santos y a las viudas, se la presentó viva.»

Antioquía

Un paso más en la conquista.

Con la ciudad nombrada llegamos ya casi al corazón del paganismo.

Antioquía era, en los primeros tiempos de nuestra era, una de las más importantes y bellas ciudades del Oriente y quizás la de más prestigio y nombradía mundiales después de Roma, Alejandría y Atenas. Era capital de Siria y residencia del Gobernador romano, gran sede del comercio y, sobre todo, ciudad de placer, llena de sumptuosos palacios y jardines.

Residía en ella una numerosísima colonia judía que habitaba, como acostumbraba en todas partes, en un barrio aparte y casi independiente. Se dijo de él que era «una ciudad dentro de otra ciudad».

A ella llegó también el evangelio en su impulso conquistador. ¿Quiénes fueron los primeros que la llevaron? Los *Hechos* nombran a unos simples fieles procedentes de Chipre y de Cirene. Quizás habrían sido de los que presenciaron los acontecimientos de Pentecostés en Jerusalén o de los salidos de ella en el éxodo de la persecución general ya mencionada.

Los esfuerzos de estos *buenos "hermanos"*, como les apellida el texto, dieron magníficos resultados. La mano del Señor, se dice allí también, estaba con ellos y un gran número se convirtió y creyó en el Señor. La conquista empezaría, como era de costumbre, por el barrio judío, pero pronto rebasó sus límites e invadió la ciudad pagana con los mejores auspicios.

Fué ésta una gratísima nueva para los Apóstoles y fieles de Jerusalén, quienes sin pérdida de tiempo enviaron allá uno de los suyos de plena confianza, Bernabé, «varón lleno de Espíritu Santo y de fe», que éste es el elogio con que nos lo presenta el sagrado texto. El nuevo predicador estuvo a la altura de su misión. Conoció de cerca la realidad y supo apreciar las inmensas perspectivas y esperanzas prometedoras que se abrían, pero hombre también inteligente y de ambiciones apostólicas se percató de lo que más convenía.

La mies era mucha, y los operarios pocos: para que tan halagüeña floración no se malograra era de todo punto necesario llamar otros trabajadores; y se dió a la obra.

El espíritu de Jesús fué, sin duda, el que le puso en la mente al hombre incondicional del momento: era Pablo de Tarso, el recién convertido que había tenido ya sus primeros escarceos apostólicos, pero que entonces estaba retirado en su ciudad

natal esperando que Cristo le indicara lo que había de «padecer por su nombre».

A Tarso, pues, marchó Bernabé en buena hora, para traerse al misionero. Saulo, por su parte, el gran Apóstol destinado por el fundador de la Iglesia a la evangelización de los gentiles, reconoció en la invitación de Bernabé para Antioquía, la voz y los designios de Cristo y cedió inmediatamente a la propuesta. Marchó a la gran ciudad asiática lleno de deseos e ilusiones.

Era el año 43, el año de Dios y de gracia para ella y en general para el mundo pagano. En él se abrió paso la luz del evangelio a través de las tinieblas. El paganismo entraba de lleno en el reino mesiánico; su conquista para Cristo, supremo anhelo del Apóstol, era ya un hecho que avanzaba. Dentro de poco la misma Jerusalén sería eclipsada y la luz llegaría hasta la cima del Capitolio.

Pablo trabajó incansablemente y fueron tantas las conversiones y creció tanto la comunidad cristiana que llegó a atraer la atención por su número y prestancia aun de los mismos gentiles, quienes empezaron a llamar por primera vez a los fieles con el nombre de «cristianos».

Antioquía quedó ya consagrada en el cristianismo naciente y por la misma fuerza de las cosas convertida en centro impulsor del mismo en el mundo gentil; venía a ser capital de la nueva religión para la gentilidad, como Jerusalén para los convertidos del judaísmo.

Para San Pablo particularmente fué la ciudad predilecta, como para Cristo lo había sido Cafarnaum; en ella inició su carrera de heraldo incansable de Jesucristo y a ella la hizo centro de sus portentosas excursiones, de sus viajes apostólicos de que hablaremos después y que quedaron para siempre inmortalizados entre las más grandes hazañas de la Historia.

VII

LA CONVERSION DE SAN PABLO

Algunos datos biográficos. — Tarso y Jerusalén. — Camino de Damasco, conversión y cambio repentino.

La conversión de San Pablo es quizás el acontecimiento cumbre de la Historia de la Iglesia naciente después del día de Pentecostés. Por eso debemos detenernos en él y poner de relieve toda su transcendencia.

Lleva además en sí y en las circunstancias que le rodean tan claro e inconfudible el sello de lo sobrenatural, que basta por sí sola para creditar de divina la nueva religión que le ganó para sí y fué, en recompensa, la feliz usufructuaria de sus grandes talentos e inmenso dinamismo.

Datos biográficos

El mismo Apóstol nos suministra los principales en sus cartas y discursos.

Según ellos es:

"Hebreo, hijo de hebreos."

No se recata Pablo de este nombre y descendencia. Por el contrario, la acentúa. En su carta a los Filipenses (c. III) se llama paladinamente, «circunciso al tercer día», «de la raza de Israel», «de la Tribu de Benjamín»...

Y de ello se gloria como de la mejor suerte que podía caberle. Más aún, como israelita de corazón siente inmensamente en el alma la incredulidad y obcecación de su pueblo.

«En lo que cualquier otro pueda gloriarse, dice a los Corintios (II, XI, 21-22), lo digo con desatino, me atrevo también yo: ¿Son ellos hebreos? Pues también lo soy yo. ¿Son israelitas? También yo. ¿Son linaje de Abraham? También yo...»

Y a los romanos:

«Os digo la verdad en Cristo; no miento, y conmigo da testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo; que siento una gran tristeza y un incesante dolor en mi corazón. Pues desearía yo ser anatema por parte de Cristo

en bien de mis hermanos según la carne, los israelitas cuya es la adopción y la gloria y la alianza y la legislación y el culto y las promesas: cuyos son los Patriarcas y de quienes, según la carne, es Cristo que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos» (IX, 1 s.).

Por razón de este amor y profundo aprecio de su raza tan privilegiada y favorecida por Dios, se mostraba celosísimo de ella y

«aventajaba, como él mismo lo consigna (Gál. I, 14), en el judaísmo, a muchos de su edad y su linaje, siendo excesivamente celador de las tradiciones de sus padres».

Era también fariseo (Fil. III) y conforme a su propio testimonio en el discurso ante el Sanedrín en Jerusalén, «hijo de fariseos».

Tarso y Jerusalén

Son éstas las dos ciudades en que se desenvolvió la infancia y toda la vida de Pablo hasta el momento de su conversión.

Tarso está situado en Cilicia, de la que fué un día capital.

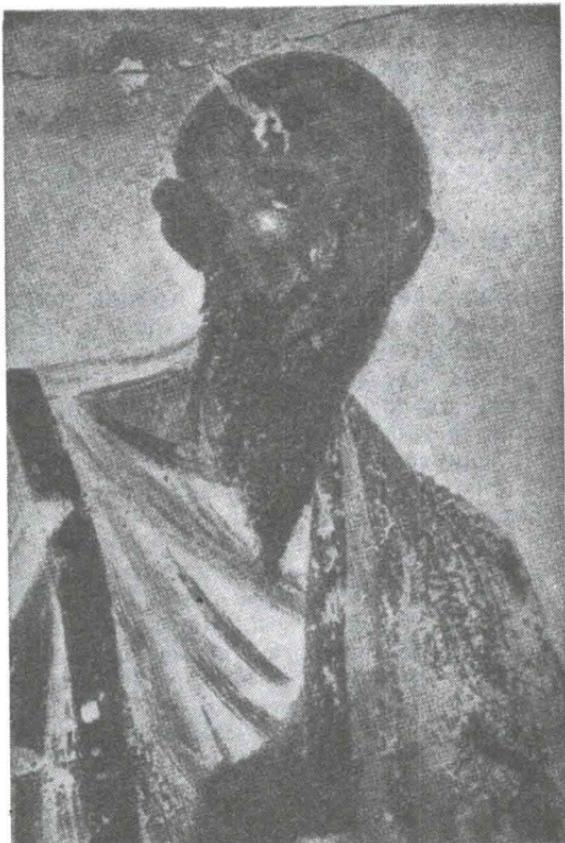
Hoy es una ciudad turca pobre y sin importancia, de unos 20.000 habitantes, pero no era así en el primer siglo de la era cristiana. Rica y rodeada de fértiles llanuras se asentaba sobre una de las últimas estribaciones de la cordillera del Tauro, atravesada por el río Cidno, que al presente se encuentra algo distante. Era ciudad cosmopolita y emporio del comercio, al par que un gran centro de cultura comparable, en algunos aspectos, con Atenas y Alejandría.

En este lugar, pues, relativamente cercano a Palestina, nació Saulo en una fecha aún no suficientemente puntualizada, pero que debió estar comprendida entre el año primero y quinto de nuestra era.

El futuro gran apóstol fué, en consecuencia, no sólo contemporáneo de Cristo sino aún casi de su misma edad. De él oyó hablar, sin duda, muchas veces, pero nos testifica en su carta a los Corintios (II, V, 16) que no llegó a conocerle personalmente.

Tarso era ciudad romana o gozaba del derecho de ciudadanía del Imperio, y Pablo, ciudadano romano verdadero, en virtud de ello, prerrogativa muy estimada entonces y gracias a la cual pudo evitar ser azotado en Jerusalén por mandato del tribuno ante el alboroto de los judíos.

He aquí cómo nos cuentan los *Hechos* este singular acontecimiento:



SAN PABLO

(Fresco en las catacumbas de San Pedro y Marcelino)

«Hasta aquí le prestaron atención, pero luego levantando su voz dijeron al tribuno: Quita a ese de la tierra pues no merece vivir, y tiraban sus mantos y lanzaban polvo al aire. En vista de esto ordenó el tribuno que le introdujeran en el cuartel y le azotaran y dieran tormento a fin de conocer por qué causa gritaban contra él. Así que le sujetaron para azotarle dijo Pablo al Centurión que estaba presente: «¿Os es lícito azotar a un romano sin haberle oído?» Al oír esto el Centurión se fué al tribuno y se lo comunicó diciendo: «Qué ibas a hacer? porque éste es un hombre romano. El Tribuno se le acercó entonces y le dijo: «Eres romano tú? A lo que contestó afirmativamente. El Tribuno entonces contestó: «Yo adquirí esta ciudadanía por una gran suma.» Pues yo la tengo por nacimiento, contestó Pablo. Al instante se apartaron de él los que le iban a dar tormento, lo mismo que el Tribuno.»

Los primeros estudios

A los cinco años comenzó el futuro Apóstol, conforme a las costumbres judías, lo que llamaríamos hoy la primera enseñanza y que consistía en aprender a deletrear las primeras palabras de la Biblia hebrea. Al mismo tiempo aprendía también, según la usanza, un oficio manual con que el día de mañana pudiera ganarse la vida. El oficio escogido fué el de fabricador de tiendas de campaña, del cual hizo uso aun siendo Apóstol y con el que pudo «subvenir a sus propias necesidades y a las de sus compañeros» (Act. XX, 34).

Hacía los trece años se trasladó a Jerusalén para darse en ella a los estudios mayores; quizás ambicionaba llegar a ser Doctor de la Ley, gloria suprema a que podía aspirar el judío. El maestro escogido fué el famoso (Rabí) Gamaliel, altamente venerado y de singular renombre y competencia. Tres o cuatro años pasó bajo su magisterio «a los pies de Gamaliel», según la frase usual; después se ausentó de la capital judía, para regresar a Tarsos, aunque volvía a ella frecuentemente y estaba en contacto íntimo con el Sanedrín.

Perseguidor de la Iglesia

Fué ésta la nota triste y la continua pesadilla de su vida.

En la carta a los Gálatas (II, V, 16) se llama a sí mismo: «indigno de ser apóstol porque persiguió sañudamente la Iglesia de Dios».

No era extraño en él tal enemiga contra los discípulos de Jesús. En el cristianismo naciente veía con ojo certero el fariseo celoso, una secta maligna, de tendencias y doctrinas de mal género que podía acarrear, si se le permitía la libre expansión, las más trágicas consecuencias para el judaísmo. La secta crecía y se multiplicaba con ritmo alarmante, por una

continua afluencia de hombres buenos y piadosos, pero engañados y sorprendidos en su buena fe. Había que acabar con ello a todo trance y con la máxima energía. Saulo se aprestó a ello con todo el tesón y fanatismo de su carácter.

La persecución parece haberla empezado en la misma Jerusalén, en donde ya los adeptos se contaban por millares exasperando sus iras... Una de sus primeras víctimas fué el Protomártir Esteban, como ya queda indicado en otro capítulo; no sólo dió su voto para la lapidación del valiente diácono sino que estuvo presente en la misma y aun tomó parte activa en ella «guardando las vestiduras de todos» (Act. VII, 57).

Ni se circunscribió su celo a Jerusalén. El Cristianismo rebasaba los linderos israelíticos y se extendía pujante por el mundo. ¿Cómo cruzarse de brazos y dejarlo extenderse como un cáncer dañino por la diáspora?

Saulo determinó ir en su seguimiento y atajar su marcha arrolladora. En su propia patria Tarso había contemplado con dolor su progreso y más aún en la gran ciudad de Damasco: a ella quiso encaminarse sin demora... Para el feliz éxito de su empresa pidió y obtuvo de los Príncipes de los Sacerdotes cartas para las autoridades de las Sinagogas de Damasco, que le autorizaban para poder llevar a Jerusalén, arrastrándolos como prisioneros, a cuantos cristianos, fueran hombres o mujeres, pudiera alcanzar, para proceder contra los mismos en la capital judía, juzgándolos, no según las leyes del Imperio, sino conforme a la judaica, como apóstatas y blasfemos.

Con tales preparativos y armas y, sobre todo, con saña tan desmedida, se dispuso para el viaje memorable. Los *Hechos* (IX, 1) nos lo describen en todo su trágico furor «respirando ira y amenazas de muerte».

Camino de Damasco

Nos encontramos en el momento cumbre de la vida de Saulo, próximos al acto último de la tragedia.

En tres lugares distintos nos cuentan los *Hechos* el gran desenlace. En el capítulo IX lo expone San Lucas históricamente, como autor del libro; en el XXII es el mismo Pablo el que lo refiere defendiéndose de los judíos contra él amotinados en el templo, y en el XXVI repite el mismo discurso ante el Procurador romano Porcio Festo.

Imaginémonos al fogoso fariseo en movimiento ya hacia la presa codiciada. Va en compañía de una pequeña escolta de gente asalariada o que alimenta sus mismas ideas de extremismo...

Damasco dista de Jerusalén unos 250 kilómetros y en llegar a ella tardaría la comitiva algo más de una semana.

Por fin apareció allá a lo lejos. Estaba situada al borde del desierto y flanqueada por la parte del norte, por las estribaciones del Antilibano. Era grande y rica, centro político y comercial. Después de Antioquía, la capital, el más importante de Siria. Aparecía rodeada de amenísimos jardines y huertos exuberantes en medio de la gran llanura de El Ghutáh atravesada por el río Barada, el Chrysóroas de los griegos. La colonia judía era allí numerosísima; constaba de muchos miles, y en ella se había desarrollado el gran contagio cristiano que va él a conjurar... Difíase que es una *verdadera marcha* contra la ciudad helenojudía en la que acariciaba grandes servicios en pro del judaísmo. Un autor la compara a la salida orgullosa y confiada del «*Titánic*» en el viaje en que encontró su tumba.

Pero ¡cosas de Dios! La marcha contra Damasco se convirtió en marcha decisiva contra el judaísmo y contra el paganismo decadente.

Había sonado la hora de Dios y contra su voluntad nadie puede.

Si suponemos, como se cree, que era entonces el verano, podemos reconstruir la escena.

Pablo, sudoroso y fatigado, bajo los ardorosos rayos del sol que caen implacables sobre él y sus acompañantes cual encendidas puntas de fuego, camina lentamente, a eso del medio-día, entre el pequeño grupo que le escolta subiendo la calzada descubierta que introduce en la ciudad. De repente queda envuelto en una nube blanca y fulgurante que le deslumbra y ciega por completo. Lleno de pánico y fuera de sí de terror, consternado como ante la presencia de la divinidad, cae en tierra desvalido; entonces oye una voz que le dice en arameo: "*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*" El aturdimiento del interpelado fariseo llega a su colmo. "*Quién sois, Señor?*" dice temblando, y Él le contesta: "*Yo soy Jesús a quien tú persigues. Duro te será revolverte contra el agujón.*"

Los acompañantes oyeron la voz del que le hablaba aunque no vieron a nadie. "*¿Qué quieres de mí, Señor?*" "*Levántate y entra en la ciudad y allí se te dirá lo que has de hacer.*"

Levantóse Saulo de la tierra y aunque tenía abiertos los ojos nada veía, estaba aún deslumbrado y ciego. Lleváronle de la mano y le metieron en Damasco y allí permaneció tres días sin comer ni beber, como anotan los *Hechos*.

Ananías

Nuevas intervenciones providenciales.

«Y había en Damasco, prosigue el texto, un discípulo de nombre Ananías a quien dijo el Señor en visión. ¡Ananías! El contestó: Heme aquí Señor. Y el Señor a él: levántate y ve a la calle llamada Recta y busca en casa de Judas a Saulo de Tarso que está orando...: Señor, he oido a muchos de este hombre cuántos males ha hecho en Jerusalén y que viene aquí con poder de los Príncipes de los sacerdotes para prender a cuantos invoquen tu nombre. Pero el Señor se reafirmó diciendo: Ve, porque es para mí vaso de elección, esto es, le he escogido para mí, para que lleve mi nombre ante las naciones y los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré cuántas cosas habrá de padecer por mi nombre. Fué Ananías y entró en la casa e, imponiéndole las manos, le dijo: Hermano Saulo; el Señor Jesús que se te apareció en el camino me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Al punto se le cayeron de los ojos unas como escamas y recobró la vista y levantándose fué bautizado; tomó alimento y se repuso» (Act. IX).

Había terminado el gran acontecimiento: la sublime conquista de Jesucristo y la magna adquisición de la Iglesia.

Saulo es ya otro hombre; había sido tinieblas y ahora es luz en el Señor.

En adelante Cristo será para él la vida, y la muerte por su causa una ganancia.

Cristo hoy y ayer y por los siglos.

VIII

CONVERSION DE S. PABLO ANTE LA CRITICA

Importancia apologética de la conversión del Gran Apóstol. — Explicaciones racionalistas: Paulus, Holsten, Pfeiderer. Renán.

Como ya indicamos en el capítulo pasado, aparece tan milagrosa y llena de destellos sobrenaturales la conversión de San Pablo que basta de por sí para acreditar de divina la religión cristiana.

En ella no podemos menos de ver la intervención especial de Jesucristo que quiso atraer a sí, para la causa de su Iglesia, a un gran corazón e inteligencia. Le hacía falta para el bien de su obra y lo conquistó aún haciendo alarde de sus prodigios.

Explicaciones racionalistas

¿Cuál es la postura de la incredulidad ante ella?

Baur llegó a afirmar que ningún análisis psicológico o dialéctico podría jamás resolver ese problema.

Tenía razón. Prescindiendo de lo sobrenatural, de la intervención milagrosa de lo alto, ni se ha podido ni se podrá nunca dar explicación razonable a los hechos.

He aquí las principales tentativas que se han realizado hasta el presente, de explicación natural humana. Todas son, como advertirá el lector, infortunadas, meras hipótesis sin consistencia.

Al leerlas no puede menos de sonreír el hombre sincero e imparcial y convencerse de que se necesita muchas veces más fe para ser incrédulo que para creer.

Paulus

La primera explicación propuesta es ya antigua, data del siglo xix: La de Paulus; simplista y a priori como casi todas las suyas.

Oigala para su regocijo el lector.

Según él, Cristo no resucitó nunca ni podía resucitar porque, en realidad, no había muerto. Fué puesto en el sepulcro en estado de muerte aparente no real, de la que salió gracias al reposo del sepulcro y a los excitantes aromas del entierro... Logró evadirse de la tumba sin ser advertido de la guardia y en esta nueva situación de resucitado aparente, se apareció a sus discípulos...

Un día llegó su turno al exaltado fariseo. La ocasión no podía ser más oportuna y propicia para los efectos pretendidos; cuando se acercaba a Damasco meditando sus planes persecutorios, Cristo se le cruzó en el camino, miró con ira a su fanático perseguidor y le increpó con la mayor aspereza. Saulo quedó aterrado ante la vista del odiado Profeta y su reprimenda... y se convirtió...

Que el lector enjuicie por sí mismo la flamante hipótesis.

Si esto es historia y sano criterio, ignoramos lo que significan esas palabras y estamos seguros además de que si hubiera sido la Iglesia la patrocinadora de la misma se hubiera desbordado el desprecio y aun la indignación contra ella.

Holsten, Pfleiderer

Estos autores proponen explicaciones psicológicas.

Las estábamos esperando porque son las más obvias. La actual psicología, por ser una ciencia que se encuentra aún en sus comienzos, es vaga e imprecisa y por lo mismo, sufrida y fácil acogedora de ensayos y teorías.

Los autores arriba mencionados, aunque dispares en sus explicaciones, coinciden ambos en que lo sucedido camino de Damasco no fué más que la solución repentina y brusca de un drama interno y psicológico oculto hacía tiempo en el corazón de Pablo.

Para Holsten es «una crisis intelectual en un sujeto predispuesto».

Pablo era, afirma él, un *epileptoide*, de sensibilidad extremada y «propenso a trasladar a una esfera de éxtasis y visiones las impresiones intelectuales que recibía. Tras un oscuro período de pasiva expectación respecto de la religión judía, su espíritu despertó de improviso, se irguió sobre sí mismo y razonando las ideas antiguas forjó una visión intelectual completamente nueva.

Fué la liberación de su mente del pasado, al par que la primera visión de Cristo, a la que seguiría toda una serie de otras

visiones neuro-extáticas..., hasta llegar al acto inmanente de su espíritu que constituye su conversión»...

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo...?

No hay para qué detenernos en su refutación.

Todo lo que dice Holsten tiene más visos de cavilación que de una seria hipótesis. ¿De dónde saca el racionalista «el período obscuro de expectación respecto de la religión judía» en que nos sitúa a Saulo?

Nosotros hubiéramos dicho más bien todo lo contrario. Su adhesión incondicional y fanatismo por dicha religión rezuma abundante de todo cuanto de él sabemos. Precisamente iba a Damasco con proyectos terroríficos de aniquilamiento contra los cristianos que, a su parecer, se oponían a ella...

Nos parece también irreverente y el autor debiera haberlo pensado más antes de escribirlo, el epíteto de *epileptoide* que aplica tan desenfadadamente a uno de los hombres más grandes, geniales y tenaces que han existido en la humanidad.

Pfleiderer

La explicación de *Pfleiderer* se reduce a la anterior, aunque con términos y suposiciones menos hirientes.

«Pablo, nos dice, había quedado muy impresionado por la muerte tranquila y serena de Esteban que él había contemplado, con sus propios ojos. Después de ella empezó a sentir continuos remordimientos mientras afloraban a su alma secretos impulsos de afecto hacia la nueva religión...

Por otra parte, le parecía cada vez más insuficiente la ley para llevar al hombre la liberación. ¿Quién sabe, se preguntó, si esta liberación no podría venir en efecto, de aquel Jesús muerto en la cruz y tan semejante al justo doliente por el bien de los demás de que hablan las escrituras?

Añádase, continúa, que el carácter de Pablo era impulsivo y predispuesto a pasar en un instante, de uno a otro extremo... ; súmese el cambio repentino del paisaje, de las muchas pistas solitarias del desierto al de los jardines que rodean la ciudad..., y se verá que no es extraño que el conjunto de todas estas causas hiciera que el perseguidor se derrumbara en el momento de iniciar su persecución y que de enemigo se convirtiera en amigo.»

Suponemos que tampoco estos razonamientos habrán convencido mucho al lector. Meras suposiciones, hipótesis expuestas más o menos brillantemente, pero sin consistencia ni fundamento en los documentos que del hecho poseemos...

Menos mal que tampoco el mismo autor está del todo convencido de lo que dice, cuando deja aún margen a «una revelación religiosa en él realizada en el sentido estricto de la palabra.»

Renán

Y llegamos a la más divertida de todas las soluciones: la del novelista de la *Vida de Jesús*, Renán.

Como casi todas las suyas es de tipo poético y fantástico en que es gran maestro.

He aquí con qué insustancialidad tan galana y florida y apta para deslumbrar nos la propone:

«Pablo, dice, se acercaba a Damasco para iniciar la persecución, pero, como todas las almas fuertes, estaba próximo a amar lo que odiaba... Había oído hablar de las apariciones de Jesús y a veces le pareció ver el dulce rostro del Maestro que le miraba con aire de piedad y de suave reproche. Por otra parte, su oficio de verdugo se le hace, cada vez, más odioso. Está cansado también del camino; tiene los ojos hinchados tal vez por un principio de oftalmía y ahora, al fin del viaje, pasa de la llanura devorada por el sol a las sombras frescas de los jardines... Todo esto determina un acceso febril en el organismo enfermizo y gravemente perturbado del fanático viajero; porque las fiebres perniciosas acompañadas de reflejos cerebrales son completamente súbitas en aquella región...»

Probablemente, continúa, estalló al punto un temporal, porque las laderas del Hermón son lugares donde se forman truenos de violencia tan incalculable que las almas más frías no atraviesan sin emoción aquellas espantosas lluvias de fuego...

Ya adivina el lector la solución.

Pablo, en su acceso febril pernicioso, confunde un rayo de la tormenta con la aparición del dulce Maestro, su voz con un trueno...

Ciertamente, si para negar la verdad de nuestros libros sagrados se ha necesitado llegar a tales desvaríos, podemos estar seguros de ellos como de ningún otro del mundo.

Habrá notado el lector las osadías y arbitrariedades, por no decir las mentiras acumuladas en esta narración. Empieza por el principio de oftalmía padecido por Saúl y sigue «el acceso febril..., las fiebres perniciosas acompañadas de reflejos cerebrales que son completamente subitáneas en aquella región..., la tempestad oportuna en las laderas del Hermón donde se forman truenos de violencia incalculable; las espantosas lluvias de fuego propias también de la región...»

¿De dónde ha sacado todos estos datos Renán? Ni la geografía ni los habitantes del país saben nada de todo eso...

Pero, sobre todo, la identificación de un rayo con la aparición del Maestro y del trueno con su dulce voz... Es el colmo de la osadía, de las afirmaciones no ya sólo gratuitas sino mentirosas a sabiendas...

Con toda esa sinceridad y buen sentido histórico se procede.

Suerte que la verdad habla por sí y, al menos a la larga, se abre camino.

Es satisfactorio constatar de nuevo que no son pocos los eruditos racionalistas que rechazando resueltamente todo intento de explicación psicológica, afirman que la conversión de Pablo es, y seguirá siendo un problema insoluble.

Sí, tienen razón. Un problema insoluble para el racionalismo y la incredulidad. Pero no, por fortuna, para el creyente.

Para éste es obvio y fácilmente explicable el hecho y ya lo apuntamos al principio.

Cristo, que velaba por su Iglesia, vió en Saulo de Tarso, el corazón, la inteligencia y el dinamismo que él necesitaba y lo atrajo, lo conquistó para sí con los medios sobrenaturales y milagrosos de que dispone.

IX

UNIVERSALIDAD DEL CRISTIANISMO

El Centurión Cornelio y la visión de Jope. — Los gentiles llamados al Evangelio. — ¿Obligatoriedad de la ley? — El Concilio de Jerusalén.

Leemos en el capítulo décimo del tantas veces citado libro de los orígenes cristianos, los siguientes interesantes episodios:

«Había en Cesarea un varón llamado Cornelio el cual era centurión de la cohorte llamada Itálica, hombre religioso y temeroso de Dios con toda su familia, y que daba muchas limosnas al pueblo, y hacía continua oración a Dios: éste, pues, a eso de la hora de nona, en una visión vió claramente a un ángel del Señor entrar en su aposento, y decirle: Cornelio. Y él, mirándole, sobrecogido de temor, dijo: ¿Qué queréis de mí, Señor? Respondiéle: Tus oraciones y tus limosnas han subido hasta arriba en el acatamiento de Dios haciendo memoria de ti. Ahora, pues, envía a alguno a Jope en busca de un tal Simón, por sobrenombrado Pedro: el cual está hospedado en casa de otro Simón, curtidor, cuya casa está cerca del mar: éste te dirá lo que conviene hacer.»

El buen militar, tan pronto como desapareció el ángel, llamó a dos de sus domésticos y a un soldado también piadoso, de sus asistentes y contándoles el suceso, los envió con el mensaje a Pedro.

El Apóstol había tenido su visión complementaria. A la hora misma de la de aquél y estando orando en la casa de su huésped, se apoderó de él un éxtasis profético: En él vió el cielo abierto, y bajar algo así como un mantel grande, que, pendiente de sus cuatro puntas, se descolgaba del cielo a la tierra, en el cual había todo género de animales cuadrúpedos, y reptiles de la tierra, y aves del cielo. Y oyó una voz que le decía:

«Pedro, levántate; mata, y come. Dijo Pedro: No haré tal, Señor; pues jamás he comido cosa profana e inmunda. Replicóle la misma voz: Lo que Dios ha purificado, no lo llames profano. Esto se repitió por tres veces: y luego el mantel volvió a subirse al cielo» (Act. XII, 11-16).

Estaba Pedro indeciso pensando en lo que significaba la visión cuando llamaron a la puerta los hombres enviados por Cornelio. Les acogió y hospedó benignamente y partió con ellos a Cesarea. Al llegar ya le estaba esperando el piadoso militar «convocados sus parientes y amigos más íntimos», como refiere expresamente el texto. Cornelio se postró a los pies del Apóstol haciendo una profunda reverencia, pero éste le levantó diciendo: «Alzate que yo no soy más que un hombre como tú.» Siguióse de parte del militar la relación de todo lo sucedido y terminó con estas palabras: «Ahora pues, todos nosotros estamos aquí en tu presencia para escuchar cuanto el Señor te haya mandado decirnos...» Pedro, emocionado, comenzó entonces a hablarles de Jesús:

«Verdaderamente acabo de conocer, dijo, que Dios no hace acepción de personas: sino que cualquier nación, el que le teme, y obra bien, merece su agrado. Lo cual ha hecho entender Dios a los hijos de Israel, anunciándoles la paz por Jesucristo el cual es el Señor de todos. Vosotros sabéis lo que ha ocurrido en toda Judea: habiendo principiado en Galilea, después que predicó Juan el bautismo, la manera con que Dios ungíó con el Espíritu Santo y su virtud, a Jesús de Nazaret, el cual ha ido haciendo beneficios por todas partes por donde ha pasado, y ha curado a todos los que estaban bajo la opresión del demonio, porque Dios estaba con El. Y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en el país de Judea y en Jerusalén y cómo, no obstante, le quitaron la vida colgándole en una cruz. Pero Dios le resucitó al tercer día y dispuso que se dejase ver, no de todo el *pueblo*, sino de los predestinados de Dios para testigos: de nosotros que hemos comido y bebido con él después que resucitó de entre los muertos. Y nos mandó que predicásemos y testificásemos al pueblo que él es el que está por Dios constituido juez de vivos y de muertos» (Act. XII, 34 s.).

Quedaban descifrados los enigmas y descorridos los velos de las visiones pasadas.

Dios llamaba abiertamente a los gentiles a la fe; las observancias y ritos antiguos estaban abolidos por el sacrificio de Cristo; la ley de Moisés se eclipsaba ante la nueva de la que no había sido otra cosa que heraldo y precursora; y, como legítima consecuencia de todo «derribado ya el muro de separación», no había más que una humanidad regenerada, el nuevo pueblo de Dios que abarcaba el universo entero.

Pedro instruyó al Centurión convenientemente en las verdades de la fe y después de ello, en medio del mayor júbilo del honrado militar, le bautizó con todos los de su casa.

Había dado el paso decisivo cumpliendo la voluntad manifestada por Cristo. La nueva religión no tenía acepción de personas: el judío, el griego y el bárbaro, lo mismo que el esclavo y el libre, significaban lo mismo para ella: era, según los claros designios de su divino fundador, universal, católica en toda la extensión de la palabra.

Escándalo y Protestas

¡Cosa extraña!

A pesar de las palabras terminantes del Maestro que envió a sus discípulos «al universo mundo», a «predicar el evangelio a toda criatura», todavía es lo cierto que las miras estrechas y egoístas de algunos fieles de Jerusalén habían concebido un cristianismo meramente nacional judío, como una continuación del pasado...

¿No era el Mesías, israelita?, opinaban: ¿El Rey magnífico prometido por Dios a su pueblo en un designio de amor hacia él, mayor que David y Salomón, para levantarla a la cumbre de la gloria, sojuzgando y poniendo como escabel de sus plantas a todas las naciones? Su reino, pues, debía ser también judío, del pueblo de la alianza y de las promesas y en modo alguno de paganos, gente apartada y lejana, objeto del desprecio y aun de las iras de Dios.

Ya prevé el lector escisión y lucha de pareceres.

Los sucesos de la conversión de Cornelio y su bautismo y solemne agregación a la Iglesia, llegaron muy pronto a Jerusalén levantando el consiguiente revuelo. Apenas volvió Pedro a la Capital, de sus excursiones apostólicas, se sintió acometido hostilmente por no pocos. Los de la circuncisión, dicen los *Hechos*, reprocharon su modo de proceder. ¿Por qué has estado con los incircuncisos?, le dijeron. ¿Por qué has comido con ellos?

El Apóstol hizo frente a la tormenta contando cuanto había acontecido. Les expuso la visión profética habida en la terraza de su huésped en Jope, la aparición del ángel al Centurión y la venida del Espíritu Santo sobre él aun antes de recibir el bautismo... Al fin concluyó con decisión y valentía:

«Si Dios ha dado a los gentiles el mismo don que a nosotros que hemos creído en Cristo, ¿quién era yo para estorbarlo?»

El argumento, como ve el lector, era tajante y consiguió acallar por entonces la voz de los desidentes. Nada podían replicar pero la idea quedaba dentro muy fija y pertinaz en su mente, especialmente en el grupo de los sacerdotes y fariseos convertidos y dispuesta a aflorecer de nuevo de una manera o de otra, tan pronto la ocasión se presentase, cosa que no tardó mucho, como veremos.

¿Obligatoriedad de la ley?

Fué el inmediato asidero de los judaizantes.

Dado que el evangelio se abría a los gentiles, ¿se debía admitir a éstos sin más, por sólo el bautismo y su fe en Cristo, o era necesario que se sujetaran a la ley de Moisés y sus prescripciones, especialmente a la circuncisión, como los israelitas?

Cuestión difícil de resolver en aquellas circunstancias y de no escasa trascendencia.

Miremos a un lado y a otro.

La ley de Moisés era para los fieles procedentes del judaísmo, como para todo buen israelita, algo imprescindible y esencial. Había sido dada por el mismo Dios a su pueblo entre los relámpagos y truenos del Sinaí, y en ella se cifraba el pacto, todo el Antiguo Testamento, de cuya observancia provinieran las bendiciones de Yahvé, así como de su quebrantamiento todas sus desgracias. La ley, la *Toráh*, juntamente con el templo y a par de él, era lo más santo e intangible para el judío y no pocos la llevaban siempre ante sus ojos en las típicas filacterias...

Los cristianos debían observarla también escrupulosamente como la había observado el mismo Cristo que dijo además de sí que «no había venido a derogar la ley, sino a cumplirla».

Tal era la posición, fuerte ciertamente, al menos en apariencia, de los judíos cristianos.

La de los fieles procedentes del gentilismo no lo era menos. Ellos no sentían ni podían sentir el cariño y el apego a la ley de Moisés que profesaban los judíos. Más aún, y ello era lo principal: la ley mosaica contenía observancias y prescripciones no sólo antipáticas sino insopportables para ellos. La circuncisión especialmente era un muro infranqueable y la tenían innata repugnancia. Si a más de eso, se habían de observar los rigores exagerados del descanso sabático, la pureza de los alimentos y evitar el contacto con los paganos, era de prever la rotunda resistencia de parte del mundo infiel y aun quizás la desbandada de los ya convertidos.

Sería la mayor catástrofe para la Iglesia. En aquellos días precisamente se recibían las más halagüeñas noticias de conversiones sin cuento. Los Apóstoles Pablo y Bernabé habían extendido su predicación por el Asia, con los resultados más felices. Nuevas cristiandades se levantaban por doquier. El evangelio se abría paso aceleradamente en el gentilismo. Los infieles dejaban sus idolatrías y las tinieblas del error y jubi-

losos abrazaban la fe de Cristo. ¡Hermoso y magnífico porvenir! Los corazones de todos se explayaban en ilusiones y sueños de conquista. El mundo entero para Cristo... ¿podía haber ambición más legítima, anhelo más embriagador y divino?

«Si no os circuncidáis conforme a la ley de Moisés no podéis salvaros,»

Tales fueron, según los *Hechos* (XV, 1) las palabras tajantes y crueles que una delegación jerosolimitana, procedente como ella decía de aquella Iglesia Madre, intimó a los fieles de Antioquía que habían pertenecido, en casi su totalidad, al paganismos. No venían de parte de ninguna Iglesia: era un grupo de fanáticos judaizantes que se arrogaban ese título, pero la desazón y pánico sembrado fué angustioso.

Quedaba abierta la herida y había que cerrarla. Se imponía una intervención autoritaria decisiva y a ella se aprestó el

Concilio jerosolimitano

Los dos apóstoles de Antioquía, Pablo y Bernabé, habían sido los más afectados en el incidente desagradable, pero reaccionando enérgica e inmediatamente, determinaron ir en persona a Jerusalén para consultar a las supremas autoridades de la Iglesia y alcanzar de ellas una norma válida y segura para siempre en los puntos discutidos.

El viaje lo hicieron probablemente por tierra a través de Fenicia y de Samaria, en el año cincuenta de nuestra era.

En la capital de Israel, gozoso y entusiasta recibimiento. Todo lo merecían los héroes del apostolado en Asia... Luego la *Magna Asamblea* en la que tomaron parte no sólo los Apóstoles y los Presbíteros, sino aun los simples fieles, como atestiguan expresamente los *Hechos* (XV, 6)

Se discutió largamente, pero todo terminó con el triunfo de los delegados antioquenos y de la tendencia favorable a los gentiles. Hicieron uso de la palabra, dirimiendo rotundamente el litigio, los mismos apóstoles jerosolimitanos. Pedro recordó paladinamente que la evangelización de los gentiles había comenzado ya hacía mucho tiempo, desde la conversión del Centurión Cornelio de la que él mismo había dado explicación a su debido tiempo. El militar y toda su familia habían recibido los carismas del Espíritu Santo aun cuando no observaban la ley. Declaró que la ley de Moisés había sido un yugo molesto e intolerable para los mismos judíos y que no podía imponerse a los

gentiles convertidos. La gracia de Jesucristo era la única que podía dar la salvación a los paganos y a los judíos y en consecuencia, ella sola había de imperar en adelante, en la nueva era del mundo, del reino mesiánico, del cual la ley no había sido más que un mero precursor que preparaba sus caminos.

Estaba dilucidada la cuestión. Ante palabras tan acertadas y llenas de autoridad del primero de los apóstoles ya nadie osó seguir en el debate.

«Toda la muchedumbre calló, dice la relación del texto y oyó a Pablo y a Bernabé que referían cuántas señales y prodigios había hecho Dios entre las gentes por su medio.»

Nueva autoridad y luz en el asunto.

Estaba presente también en Jerusalén el llamado hermano del Señor Santiago y quiso terciar en la solución del importante problema: gozaba de grande prestigio entre los fieles por su calidad de pariente del Señor, austeridad de vida y piedad manifestada en la asidua frequentación del templo. Parece que en él habían puesto su confianza los partidarios de la tesis de la ley, pero se equivocaron.

Santiago se sumó a la opinión de Pedro. Declaró abiertamente que los paganos que se convertían, no debían ser molestados con prescripciones judaicas; bastaba la fe y la gracia de Jesucristo.

Una salvedad tan sólo. Juzgó que los gentiles conversos debían tener alguna consideración frente a los cristianos procedentes del judaísmo absteniéndose de ciertas prácticas a las que ellos no daban importancia, pero que molestaban grandemente a los judíos; a saber, comer de las carnes inmoladas a los ídolos, la fornicación y la sangre.

Había llegado a su fin el litigio.

En paz y concordia se había esclarecido el más trascendental problema surgido en el naciente cristianismo. Sin duda que la solución final no había sido del gusto de todos, pues la tendencia judaizante persistió muchos años en algunos pero, en general, pudieron afirmar los *Hechos* que pareció bien a todos. Escogieron, pues, a algunos de entre ellos, a Judas llamado Bárabas y a Silas, varones principales entre los hermanos, para enviarlos a Antioquía juntamente con Pablo y Bernabé, para dar la grata nueva de la decisión final a aquellos buenos cristianos que con ansiedad aguardaban la solución del problema.

El escrito de que les hicieron portadores decía así:

«Los apóstoles y ancianos, hermanos, a sus hermanos de la gentilidad que moran en Antioquía, Siria y Cilicia, salud: Habiendo llegado a nuestros

oídos que algunos de entre nosotros, sin que nosotros los hubiéramos mandado, os han turbado con palabras y han agitado vuestras almas; de común acuerdo nos ha parecido enviaros varones escogidos en compañía de nuestros hermanos Bernabé y Pablo, hombres que han expuesto sus vidas por el nombre del Señor Jesucristo, a Judas y a Silas para que os refieran de palabra estas cosas. Porque ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros, no imponeros ninguna otra carga más que estas necesarias: que os abstengáis de las carnes inmoladas a los ídolos, de sangre y de desgarro y de la fornicación, de lo cual haréis bien en guardaros» (XV, 22 s.).

Ahora sí que podía decirse que la puerta del Evangelio, de la nueva salvación, se había abierto a los gentiles. La idea quedaba plenamente iluminada. La ley de Moisés había sido el precursor, el pedagogo que llevara a los hombres hasta Cristo. Venido éste debía desvanecerse. El Viejo Testamento cedía al Nuevo, la Ley a la gracia. El cristianismo era la nueva y única salvación de los hombres. El viejo judaísmo nada suponía ya en los planes providenciales de Dios para la santificación del mundo. Había sido rechazado por inútil, arrumbado como un vestido roído por la polilla. En lugar suyo se levantaba la Iglesia, la depositaria del nuevo pacto o Testamento, el reino messiánico prometido y tantas veces anunciado en las sagradas Escrituras.

X

LOS APOSTOLES Y SU OBRA (I)

La expansión del cristianismo al finalizar la era Apostólica. — Nombres y campo de operaciones. — Héroes anónimos.

Una mirada de conjunto a los héroes y a su obra.

Hacia el fin del primer siglo de nuestra era se encontraba ya sólidamente arraigado el cristianismo casi en todas las regiones del orbe entonces conocido.

En Jerusalén aparecía llena de pujanza la que podía llamarse Iglesia Madre de todos los cristianos provenientes del judaísmo. Al subir el fundador a los cielos se enumeraban solamente unos seiscientos fieles, de los que ciento veinte eran asiduos en su asistencia al Cenáculo, según el testimonio de los *Hechos*. Ese número creció rápidamente en la gran jornada de Pentecostés y en la siguiente de la curación del tullido del templo, por los discursos de Pedro. Ya eran más de cinco mil los seguidores de la nueva religión y cada día se multiplicaban las adhesiones, hasta el punto de alamar a las autoridades judías.

De la metrópoli de Israel fué llevado el evangelio a *Samaria* por ministerio de los fieles dispersos de Judea a raíz de la persecución iniciada con el martirio de Esteban y, sobre todo, por la ardiente palabra del diácono Felipe, que obraba allí grandes maravillas y conversiones en masa.

De Samaria penetró triunfalmente en Lida, Jope y Cesárea, y remontando el litoral mediterráneo, en Tolemaida, Tiro y Sidón, regiones del todo paganas y en las que ya, el año cuarenta, encontramos importantes núcleos cristianos.

Siria, más afortunada aún, vió multiplicarse la fe rápidamente en todos sus confines, máxime en las dos ciudades más importantes: Damasco y la capital Antioquía. En la primera florecía ya una Iglesia llena de fervor y dinamismo antes de la

conversión de Pablo y en la segunda eran innumerables los fieles.

La gran Isla de *Chipre* había sido recorrida de parte a parte por San Pablo, quien se detuvo en ella y particularmente en Pafos y Salamina casi tres años. De la misma manera fueron recorridas por el apóstol y sus acompañantes, Pisidia, Licaonia, Capadocia, Frigia, Ponto, Galacia, Paflagonia, Bitinia, Tróade...

A *Europa* llegó el evangelio por Grecia y por el mismo apóstol de las gentes. Filipos y Tesalónica fueron las primeras en recibir la predicación y en ambas quedaron constituidas las dos Iglesias que habían de recibir asimismo sus primeras cartas. Luego Atenas, Corinto, Macedonia...

En la *capital del Imperio* fueron, a lo que parece, los judíos de la colonia convertidos en Jerusalén los que introdujeron la fe: creció tan rápidamente que ya en los tiempos de Nerón nos habla el historiador romano Tácito de «ingens multitudo», de una muchedumbre ingente de cristianos sacrificados por este monstruo Emperador, con los suplicios más refinados.

Además de *Roma*, sabemos que existían otras cristiandades en Italia, especialmente la de Putéolos, que recibió con tanto agasajo a Pablo a su paso por ella.

A *España* trajo el evangelio el mismo apóstol y, siguiendo la tradición, antes que él, otro apóstol no menos ilustre, el hijo del trueno, Santiago el Mayor, quien pasó un año en los confines hespéricos.

En *Africa*, finalmente, aparecen cristiandades en las ciudades más principales ya a los comienzos del segundo siglo.

En resumen:

Aun antes de la muerte del último de los apóstoles, San Juan, esto es, en el lapso de poco más de cincuenta años, puede muy bien decirse que la religión cristiana se había extendido por casi todo el inmenso territorio abarcado por el imperio romano, en especial en el Oriente.

Había sido la mayor conquista espiritual que jamás pudiera ambicionar ninguna institución humana, y dadas las inmensas dificultades superadas, el mayor éxito de la Historia.

¿Quiénes fueron los hombres gigantes que lo alcanzaron?

Nadie pudiera sospecharlo. Unos cuantos pescadores, rudos y sin letras, sin elocuencia, inermes, en la situación de corderos en medio de lobos, perseguidos sañudamente por casi todos los poderosos del mundo... El hecho es inexplicable en la Filosofía de la Historia, un verdadero milagro.

Para dar razón de él es preciso levantar los ojos por encima de las causas meramente humanas y acudir a fuerzas y

leyes superiores con las que no suele contar la Historia de los hombres.

Cristo había prometido a sus Apóstoles que no les dejaría huérfanos y solos, que estaría con ellos hasta la consumación de los siglos... y ésta es la única explicación. La ayuda de Jesús fué la que realizó el prodigo. Ella transformó en otros hombres a los Apóstoles, antes medrosos y cobardes, y los convirtió en héroes sin segundo, de temple de acero capaz de enfrentarse con los poderes de la tierra y vencerlos. Ella iluminó sus mentes con sabiduría y elocuencia inexplicables en rudos e ignorantes pescadores; ella allanó y superó los obstáculos, rebatió los poderes del infierno, el demonio y sus secuaces, hasta coronar la empresa.

Nombres y campo de Apostolado

Consignemos siquiera sus nombres.

Los denominados Apóstoles propiamente fueron los elegidos directa y personalmente por el mismo Salvador: los doce, como dice frecuentemente el Evangelio. San Mateo los consigna con el siguiente orden:

«El primero Simón apellidado Pedro y Andrés su hermano; Santiago el de Zebedeo y Juan su hermano; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el Publano; Santiago el de Alfeo y Tadeo; Simón el Celador y Judas Iscariote que le traidorón» (Mat. X, 2 s.).

El número de doce debió ser para los apóstoles algo sagrado, cuando una de las primeras providencias después de la Ascensión fué la de nombrar un sustituto al prevaricador Judas.

«En aquellos días, nos refieren los Actos (I, 15 s.), se levantó Pedro en medio de los hermanos que eran en conjunto unos ciento veinte y dijo: Hermanos, era preciso que se cumpliese la escritura que por boca de Daniel había predicho el Espíritu Santo acerca de Judas que fué guía de los que prendieron a Jesús; y era contado entre nosotros... Ahora, pues, conviene que de entre todos los varones que nos han acompañado en todo el tiempo en que vivió entre nosotros el Señor Jesús, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que fué tomado de entre nosotros, uno de ellos sea testigo de su resurrección. Y fueron presentados dos: José por sobrenombre Bárbara llamado Justo y Matías. Y orando dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones, muestra a cuál de estos dos escoges para ocupar el lugar de este ministerio y apostolado de que prevaricó Judas para ir a su lugar. Y echaron suertes sobre ellos y cayó la suerte sobre Matías que quedó agregado a los doce apóstoles» (Act. I, 18 s.).

El simbólico número fué incrementado después por la agregación del que puede ser llamado el apóstol por excelencia,

Pablo, elegido personalmente también por Cristo, como él mismo repetidas veces lo consigna.

«Pablo por la voluntad de Dios llamado a ser apóstol de Cristo Jesús», dice de sí en su segunda Carta a los Corintios: y a los gálatas:

«Pablo apóstol no de parte de los hombres sino por Jesucristo y por Dios Padre que le resucitó de entre los muertos.»

Otros recibieron también, aunque en sentido más lato, tan apreciada denominación y con todo merecimiento, pues cumplieron con gloria la misión de éstos contribuyendo eficaz y laboriosamente a la sobrenatural empresa. Tales fueron en general, los discípulos que presenciaron la Ascensión del Señor a los cielos y perseveraron en la fracción del pan, en el Cenáculo y fueron llenos juntamente con los once del Espíritu Santo el día de Pentecostés y algunos otros: a saber: los siete Diáconos con el invicto Protomártir Esteban a la cabeza: *Lucas*, médico antioqueno, redactor del tercer evangelio y de los *Hechos*; *Marcos*, autor del segundo evangelio; *Bernabé*, el justo, chipriota, y *Silas*, compañeros de Pablo; *Tito* y *Timoteo*, grandes conquistas del mismo.

Todos ellos y otros cuyos nombres no se consignan expresamente, son sagrados en los Anales del Cristianismo. Fueron los sembradores abnegados de la fe, que entregaron sus almas al evangelio y que en compañía de los primeros realizaron la obra cumbre de la humanidad, la conversión del mundo e implantación de la Iglesia.

El campo de operaciones

¿En dónde trabajaron?

De varios de ellos ya queda consignado en las anteriores páginas; de otros, los más principales y de cuya actuación han llegado documentos ciertos hasta nosotros, diremos en capítulos aparte; de los restantes apenas tenemos noticias ciertas.

Según la tradición, se repartieron entre sí el mundo conocido para evangelizarlo.

A *Santo Tomás* nos dice Eusebio que se confió el país de los partos y según San Jerónimo también la Persia. Rufino nos refiere que fué enterrado en Edesa y de su sepulcro hace mención San Juan Crisóstomo como uno de los pocos que se conocen de los Apóstoles. Según otra tradición fué la India el cam-

po de la predicación de este Apóstol y el lugar de su martirio, pero quizás haya que entender por este nombre las regiones situadas más allá de las fronteras orientales y meridionales del imperio romano, regiones a las que se denominaba con el vago nombre de India. El Martirologio romano dice de él que fué traspasado a lanzadas por orden de un rey perseguidor y su cuerpo transportado de allí a Edesa.

Mayor incertidumbre aún existe respecto a las naciones que evangelió *San Mateo*.

Clemente de Alejandría nos dice que después de haber predicado el evangelio a los hebreos durante más de quince años se fué a convertir a los paganos. San Gregorio el Grande y el historiador Sócrates especifican más la región afirmando que fué Etiopía, tradición aceptada por el martirologio romano.

Sobre *San Matías* nos dice una tradición muy vaga y poco segura que murió apedreado en Judea por los judíos, si bien otra más verosímil enseña que predicó en Etiopía, en donde padeció el martirio.

San Bartolomé fué, según la opinión aceptada por el Breviario Romano, el apóstol de Armenia, y en ella desollado vivo y crucificado por orden de Astiages, a cuyo hermano Polimio, rey de Armenia, había convertido.

A *San Simón y Judas*, ambos llamados hermanos del Señor, les asigna el Breviario la misión de Mesopotamia, en donde murieron martirizados.

San Andrés se encaminó a la misteriosa Escitia, al norte del Ponto Euxino, del Don y del Danubio, en donde desaparece en la noche del mundo bárbaro, iniciando sin ruido en la fe cristiana las provincias meridionales de Rusia. Cumplida allí su misión entra por Grecia en el mundo grecorromano para descender a través de Macedonia y el Epiro hasta Acaya.

Encarcelado y condenado a muerte en el centro de Grecia, en Patras de Acaya, cerca del Golfo de Lepanto, Andrés vió levantarse delante de sí la cruz que se le había preparado para su muerte. Al divisarla la saludó y quebró con palabras enternecedoras que la Iglesia ha puesto en su liturgia:

«¡Oh cruz amable, oh cruz ardientemente deseada! Nunca me separaré de ti a fin de que aquel que por ti me rescató muriendo en tus brazos me reciba en ti y me posea eternamente en su amor» (1).

(1) Para todas estas citas Cfr. *Historia General de la Iglesia*, por F. MOURRET, vers. esp., tom. I.

Héroes anónimos

¡Cosa lamentable, como se ha comentado muchas veces! La Historia, que tantas cosas inútiles y aun indignas de memoria nos conserva, apenas tiene un recuerdo para aquellos grandes héroes que cambiaron la faz del mundo y realizaron en él la más grande metamorfosis.

Son verdaderos anónimos. Sus sacrificios inmensos, sus gestas dignas de ser contadas en epopeyas, sólo Dios las sabe: No importa, sin embargo; escritas quedan en el libro de la vida.

Sabemos que todos ellos se mostraron fieles a su vocación y recorrieron una carrera de gigantes; ni uno solo se desminió a sí mismo entre las mil contrariedades que les cerraban el camino: Desafiaron y vencieron todos los obstáculos y llenos de fe y de esperanza, encendidos de un inmenso amor a Dios y de una caridad sin medida hacia los hombres, ninguno se mostró débil ante los peligros del mar y de la tierra: ninguno flaqueó en las cárceles o cadenas o en presencia de los jueces, de los tormentos, del fuego, de las hachas, de las cruces. Y lo que no es menos maravilloso, comunicaron esta incombustible firmeza a sus discípulos y éstos a los suyos de modo que el evangelio se propagó por el mundo y siguió propagándose a través de las edades en todas las Provincias, ciudades, sexos y condiciones.

XI

LOS APOSTOLES Y SU OBRA (II)

El principio de los Apóstoles. — Su vocación y carácter. — Jefe supremo de la Iglesia. — Su martirio.

San Pedro fué el discípulo más distinguido de Jesús, el primero indiscutiblemente aun en la tríada de los que podríamos llamar preferidos del Maestro.

Su mismo llamamiento al apostolado, sencillo y evocador, parece denotar ya los altos designios que sobre él había formado el gran Profeta. San Juan nos lo describe con todos los pormenores.

«Al día siguiente, otra vez estaba allí Juan con dos de sus discípulos y fijando la vista en Jesús que pasaba, dijo: he ahí el Cordero de Dios. Los dos discípulos que le oyeron siguieron a Jesús, el cual vuelto a ellos y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Dijeronles ellos: Rabbi, que quiere decir Maestro, ¿dónde moras? Venid y ved, les respondió. Fueron, pues, y vieron dónde moraba y permanecieron con él aquel día. Sería como la hora décima. Era Andrés, uno de los que oyeron a Juan y le siguieron. Encontró él luego a su hermano Simón y le dijo: Hemos encontrado al Mesías que quiere decir el Cristo y le condujo a Jesús. Este mirándole le dijo: Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú serás llamado Cefas que quiere decir piedra o Pedro» (Jn. I, 35 s.).

Carácter del Apóstol

¿A qué se debió la preferencia del Salvador por San Pedro? Aparte de otros motivos secretos que pudiera tener en su providencia, podemos asegurar que lo distinguió el Maestro, a causa de las preclaras dotes de carácter y bellas cualidades que le adornaban. Pedro era sencillo y afable, ponderado y sincero, al par que dinámico y emprendedor, de recto juicio y gran corazón. Por otra parte, era el discípulo que más fuerte y entrañablemente le amaba.

El Evangelio está lleno de rasgos inconfundibles suyos.

Era el día de la transfiguración. Sobre la cumbre del monte



Los Apóstoles San Pedro y San Pablo
(*El Greco, Museo de Barcelona*)

aparece repentinamente Jesús como una visión de belleza. Su rostro se vuelve blanco y esplendente y sus vestidos de un candor extremado como la nieve. Al uno y al otro lado, los dos más conspicuos personajes del Antiguo Testamento, Elías y Moisés. Los tres Apóstoles a quienes ha llevado Jesús consigo para hacerles testigos de su gloria, despiertan en lo más grandioso de la escena y ven el maravilloso espectáculo. Es un momento de cielo; todos están fuera de sí y contemplan extáticos y gozosos. Especialmente a Pedro le entusiasma la gloria del Maestro y ya no es dueño de sí. Mientras los otros admirán enmudecidos de asombro, a él le da audacia el amor y exclama en medio del respeto sagrado y solemnidad del momento:

«Señor, qué bien se está aquí! Hagamos tres tabernáculos: uno para ti, otro para Elías y otro para Moisés y estémonos aquí eternamente» (Luc. IX).

Otro episodio revelador.

El gran Profeta caminaba hacia el huerto de Getsemaní con el corazón oprimido, y dice desahogando su pecho:

«Todos vosotros os escandalizaréis en mí en esta noche porque escrito está: heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas.»

Todos protestan de semejantes palabras mostrándole fidelidad y amor, pero Pedro se distingue entre todos: Dirigiéndose a Cristo y clavando en él la ardiente mirada, le dice con energía: Señor, ninguno te abandonará, pero has de saber que aunque todos lo hicieran yo jamás he de abandonarte. Pedro hablaba lo que sentía: estaba dispuesto a todo por Jesús. Cristo le recalca su afirmación primera, pero él *amplius loquebatur*, se afirmaba más y más:

«Aunque fuere necesario morir contigo yo jamás te negaré.»

En la misma noche y en idéntico lugar. Ha llegado el instante del prendimiento y se abalanzan sobre Jesús para prenderle: Pedro se siente alarmado y quiere defender a Cristo: jamás permitirá que pongan la mano sobre él. Saca, pues, la espada en su defensa y hiere al primer osado que se acerca a prenderle...

Y junto al mar de Tiberíades:

Después de esto, dice San Juan, se apareció Jesús a los discípulos junto al mar de Tiberíades y se apareció así: Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo; Natanael el de Caná de Galilea y los del Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Dijoles Simón Pedro: Voy a pescar: los otros le dijeron: vamos también contigo nosotros. Salieron y entraron en la barca y en aquella noche no cogieron nada. Llegada ya la mañana se hallaba Jesús en

la playa: sin embargo los discípulos no lo conocieron. Díjoles, pues, Jesús: «Muchachos: no tenéis nada que comer?» Le respondieron negativamente. El les dijo: «echad la red a la derecha de la barca... y ya no podían arrastrarla por la muchedumbre de los peces cogidos. Dijo a Pedro, aquel discípulo a quien amaba Jesús: «es el Señor! Así que lo oyó Simón se cñó su túnica, pues estaba desnudo, y se arrojó al mar para ir antes a él» (Jn. XXI, 1. s.).

Jefe supremo de la Iglesia

Es, sin duda, su más excelsa prerrogativa. San Pedro fué designado por Cristo jefe de su Iglesia, sucesor y representante suyo en la tierra.

Estaba un día el Maestro en los términos de Cesárea de Filipos y preguntó a sus discípulos:

«¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre?» Ellos contestaron: «unos que Juan el Bautista, otros Elías, otros Jeremías u otro de los Profetas. ¿Y vosotros quién decís que soy yo?» Tomando la palabra Pedro le dijo: «Tú eres el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Bienaventurado eres Simón hijo de Jonás, le respondió Jesús, pues no es la carne ni la sangre la que te ha revelado eso sino mi Padre que está en los cielos: Y yo te digo a ti: tú eres Pedro y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos y cuanto ataques en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos» (Mt. XVI, 13, s.).

Por las palabras: «El reino de los cielos» entiende aquí el Salvador, como en otros sitios, la Iglesia, el reino mesiánico que vino a fundar en la tierra.

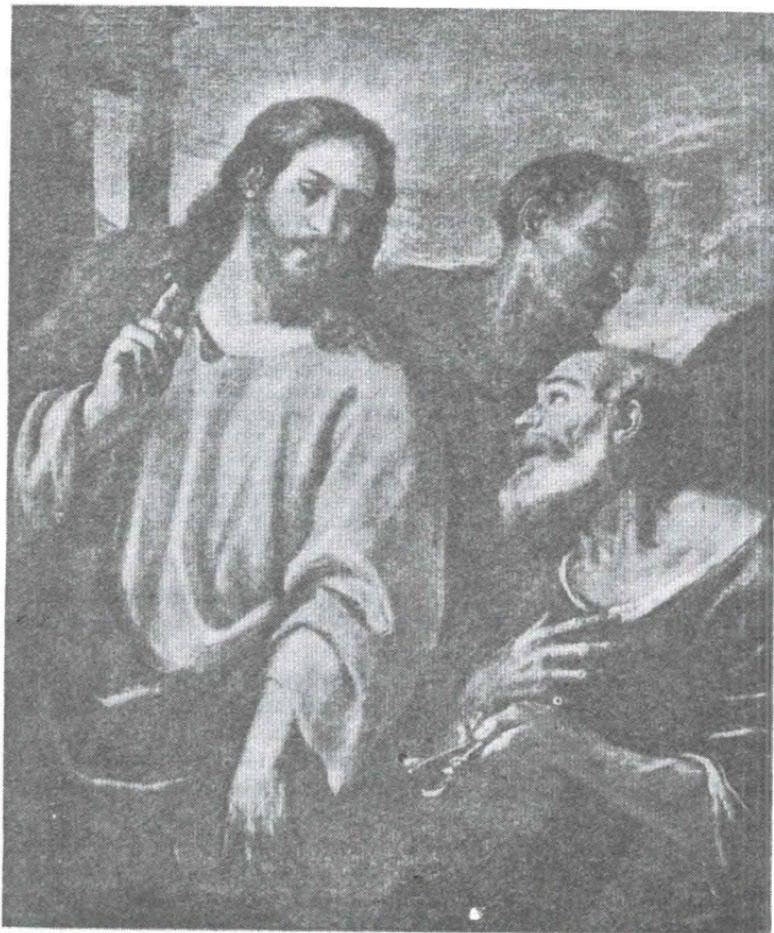
Cristo destina, por tanto, a Pedro a ser fundamento de su Iglesia, la roca granítica sobre la que había de edificarse toda ella.

Le da la investidura de la misma haciéndole suprema autoridad y dándole todas sus facultades: el poder real y legislativo.

A la Promesa del Primado correspondió la solemne entrega.

Era la mañana del día de la pesca milagrosa. Jesús ya resucitado está entre los apóstoles junto a la orilla y delante de la red llena de peces.

«Después que hubieron comido, dijo Jesús a Simón Pedro: «Simón hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» El le dijo: «Sí, Señor: tú sabes que te amo.» Díjole: «apacienta mis corderos. Por segunda vez le dijo: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Pedro respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te amo.» Jesús le dijo: «apacienta mis corderos. Por tercera vez le dijo, Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Pedro se puso triste de que por tercera vez le preguntase ¿me amas? y le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo:» díjole Jesús: «apacienta mis ovejas» (Jn. XXI, 15-19).



Jesús enfrega las llaves de su Iglesia al Apóstol S. Pedro
(Siglo XVII, Catedral de Murcia)

Con el nombre de ovejas y corderos significaba Cristo a toda su grey, la Iglesia, tanto a las autoridades como a los súbditos. A todos los ponía, pues, bajo su mando y a todos le encargaba apacentar.

Después de Pentecostés

La actuación de Pedro, o su obra de apostolado propiamente dicha, desde el día de Pentecostés, la hemos podido apreciar ya en los capítulos precedentes.

El lleva la iniciativa en todo en los comienzos de la Iglesia. Los evangelios ponen invariablemente su nombre en cabeza, en las recensiones de los doce. El propone la elección del que había de sustituir al traidor Judas; él arenga a la muchedumbre el día de Pentecostés y en el templo con ocasión de la curación del tullido; él se encara con el Sanedrín cuando es conducido juntamente con Juan para dar cuenta de sus actividades y de toda la nueva secta.

Encarcelado y azotado no desiste de predicar. El *non possumus* lanzado a la cara del Sanedrín, «*hay que obedecer a Dios antes que a los hombres*», es la síntesis de su conducta y de su apostolado subsiguiente. Valiente y decidido no teme a nadie ni a nada. Se siente impelido por una fuerza divina a predicar el evangelio y no puede ceder en la empresa.

Los *Hechos de los Apóstoles* nos lo muestran primero en Jerusalén ejerciendo el ministerio de la palabra y de la caridad y estableciendo la organización de la naciente Iglesia. Después rebasa las fronteras de Israel y lo vemos en Samaria, en Lida y en Jope. Su paso por estos sitios va acompañado de los grandes prodigios ya narrados de la curación del paralítico Eneas y de la resurrección de Tabita, y por la conversión del Centurión Cornelio.

Vuelto a Jerusalén preside el Concilio apostólico y es encarcelado para la muerte por el rey Herodes Agripa. Liberado de las garras del tirano por la intervención del ángel, nos vuelven a decir los *Hechos* que marchó a otro lugar.

¿A dónde?

Incierto queda todavía, pero desde luego se trata de una salida de Jerusalén y aun de Palestina, a un sitio muy lejano, quizás a la gentilidad. ¿A Antioquía? ¿A Roma?

Es cierto que estuvo en ambas el Príncipe de los Apóstoles. La Iglesia celebra en su liturgia la Cátedra de San Pedro en Antioquía y respecto de la ciudad eterna, afirma el historiador Eusebio, apoyándose en Clemente alejandrino y en Papías, que

el Apóstol predicó el evangelio en la capital del imperio; San Clemente Romano y San Ignacio Mártir lo insinúan y San Ireneo asegura que el Príncipe de los Apóstoles fundó la Iglesia de Roma. La cronología es, sin embargo, incierta. Parece que hacia el año 63 ó 64 escribió ya desde la ciudad eterna su primera carta a las Iglesias del Asia Menor, y el 67 la segunda.

Parece también seguro que la estancia de San Pedro en Roma coincidió con la primera gran persecución cristiana desencadenada por Nerón. Fueron aquellos días terroríficos y de prueba para la naciente Iglesia y cuenta una tradición antigua que amedrentado el Santo Apóstol nor la violencia del huracán se dispuso a abandonar la ciudad pagana inundada en sangre. Ya lo ponía en práctica cuando el mismo Redentor le salió a su encuentro en la huída, cargado con su cruz. — «¿A dónde vas, Señor?», le dijo el fugitivo discípulo. — «Voy a Roma», le contestó, «para ser de nuevo crucificado en ella.»

La tradición podrá ser una leyenda meramente, pero es, sin duda significativa y bella. El Salvador señalaba al Príncipe de los Apóstoles su sitio de honor en Roma, del cual no podía desertar en aquellos momentos en que más que nunca necesitaba su grey, en días de tribulación, ser alentada y confirmada con el ejemplo y la palabra del pastor.

Estaba también de por medio la Providencia. Pedro era ya anciano. Se acercaba la hora en que, según la predicción del Maestro «otro había de cefírle y llevarle a donde él no quería». Debía glorificar a Cristo en la muerte como lo hiciera con la predicación e incansable trabajo durante la vida; pero aquella había de acaecer en Roma, en la Capital del Mundo, escogida en los designios de Dios para sede de su Iglesia. Roma, heredera de su sepulcro, lo sería también de su autoridad suprema y universal en sus sucesores, constituyendo así el centro de unidad y de mando del reino de Cristo sobre la tierra.

El Martirio

Y llegamos al punto culminante de la vida del Apóstol.

Cristo le había llevado a la capital del mundo no sólo para que predicara en ella el evangelio y fundara aquella Iglesia que por él había de ser la primera de toda la cristiandad y sede del Papado, sino también para que la ilustrara con la púrpura de su sangre.

El hecho tuvo lugar probablemente el año 67 de nuestra era, el 14 del reinado de Nerón, y si es cierta la afirmación de San Jerónimo, el 29 de junio.



El martirio de San Pedro
(A. Van Dyck)

Se nos habla también del lugar de su prisión: la cárcel mamertina al pie del Capitolio. El instrumento, el más apreciado, sin duda y deseado de él: el mismo del Maestro, el suplicio de la cruz.

Nos añade, sin embargo, la tradición de que se hacen eco los Padres, especialmente Tertuliano y Orígenes, San Jerónimo y otros, un emotivo y tierno episodio. El Apóstol sintióse indigno de morir como el divino Salvador *y* pidió humildemente y obtuvo ser crucificado cabeza abajo.

Hermoso rasgo de veneración a Cristo y término glorioso de una vida consagrada del todo a su gloria y propagación de su reino.

El lugar del suplicio, siguiendo también la tradición, fué el Circo Máximo de Nerón y junto al obelisco, en el medio: *inter duas metas*.

Su sagrado cuerpo fué inhumado por los cristianos cerca del lugar del suplicio, pero más tarde, hacia el año 258, en los tiempos de la gran persecución de Valeriano, trasladado a la Catacumba de San Sebastián, en la Vía Apia, a pocos kilómetros de los muros de Roma, hasta que nuevamente exhumados por el Emperador Constantino, fueron restituídos al lugar de su tumba primitiva. Sobre ella construyó el piadoso Emperador una suntuosa Basílica en memoria suya, la que desaparecida, dió lugar, en el siglo quince, al grandioso templo actual trazado por Miguel Angel y convertido en la verdadera Catedral del mundo.

XII

LOS APOSTOLES Y SU OBRA (III)

Pablo heraldo de Jesucristo. — Su corazón e inteligencia. — Dinamismo Apostólico. Prisiones en Roma y martirio.

San Pablo es uno de los hombres más extraordinarios que han existido. Un gran genio en la naturaleza realzado y sublimado por la gracia.

Tres cualidades vemos sobresalir en él, especialmente: una grande inteligencia, un corazón todo ternura y un dinamismo avasallador.

La Inteligencia

La muestra poderosa y exuberante el Doctor de las gentes en toda su vida y obra, pero nosotros la vemos brillar particularmente en sus incomparables cartas. Estas son catorce en conjunto, dirigidas a las dististas cristiandades o Iglesias, casi todas por él fundadas. Dos a los *tesaloníquenses*, dos a los de *Corinto*, una a los *gálatas*, otra a los *romanos*, una a los de *Filipos*, de *Efeso*, de *Colosos*, a *Filamón*, dos a *Timoteo*, una a *Tito* y otra a los *hebreos*.

En todas ellas aparece como el gran teólogo iluminado del Cristianismo. Nadie ha hablado tan original y tan profundamente como él acerca de los misterios de Dios y de su Hijo Jesucristo; de la redención, de la gracia y el pecado; de la ley mosaica y de la nueva libertad de hijos de Dios; de la Iglesia, de la justicia, de la caridad. Todo ese magnífico conjunto pasa por su mente con arrebatos y vislumbres de genio y de vidente. «Su estilo, dice un autor contemporáneo, a primera vista nos desconcierta, su pensamiento nos deslumbra, su lógica confunde nuestra lógica mesurada, prudente, fría, acostumbrada a pasar de un concepto conocido a otro concepto conocido. El piensa a manera de explosión. Es incapaz de circunscribirse:

cada pensamiento, cada palabra suya irradia una luz, que se amplía, que se aleja, indefinidamente» (1).

No es extraño que a las veces aparezca obscuro y aun ininteligible. San Juan Crisóstomo, uno de los que con mayor asiduidad y cariño lo ha estudiado, llegó a decir que lo entendía menos cuanto más lo meditaba y San Pedro confiesa ingenuamente: «En los escritos de Pablo, nuestro hermano carísimo, hay cosas difíciles de entender.» En frase del autor antes citado es «la obscuridad de la mina que encierra grandes tesoros».

No menos grande fué su *corazón*.

Dijo de sí él mismo que «su vida era Cristo». Porque vivía en él y para él; podemos también afirmar nosotros que vivía en los demás y para los demás. Sus alegrías y, sobre todo, sus tristezas, eran las de los fieles. A los de Corinto les dice:

«¿Quién desfallece que no desfallezca yo?, ¿quién se escandaliza que yo no me abrase?» (II, Cor. XI, 29 s.).

A los gálatas escribe: «Hijitos míos por quienes siento nuevamente dolores de parto, ¿quién me diera estar cerca de vosotros en esta hora?» (Gál. IV, 19 s.). «Me alegro, sí, me alegro con vosotros, alegraos también vosotros y regocijaos conmigo.»

Y a los Corintios: «Os abrimos, oh Corintios, nuestra boca ensanchamos nuestro corazón; no estáis al estrecho en nosotros, estáis en nuestras entrañas: pues para corresponder de igual modo, como a hijos os hablo; ensanchaos también vosotros» (II, Cor. VI, 11 s.). Y algo más abajo: «Acogednos en vuestros corazones: a nadie hemos agraviado; a nadie hemos perjudicado, a nadie hemos explotado. No os lo digo para condenaros, que ya antes os he dicho cuán dentro de nuestro corazón estáis para vida y para muerte. Tengo mucha confianza en vosotros, estoy lleno de consuelo, abundo de gozo en todas nuestras tribulaciones» (c. VII).

Si a todos amaba Pablo entrañablemente, guardaba los más exquisitos perfumes de su caridad sincera para los suyos, sus colaboradores en el apostolado. Los epítetos con que los nombraba parecen a veces hasta excesivos: a *Timoteo* le llama «hijo de sus entrañas»; a *Lucas* «médico carísimo»; a *Onésimo* «su hijito».

Ni se olvida del pueblo judío a pesar de los increíbles sufrimientos y persecuciones de que le hicieron objeto; por el contrario, su incredulidad y apostasía le llega al alma. En la carta a los romanos dice:

«Os digo la verdad en Cristo; no miento y conmigo da testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo, que siento una gran tristeza y un dolor conti-

(1) *S. Pablo Apóstol de las gentes*, por FR. JUSTO PÉREZ DE URBEL, Madrid, 1940, cap. 28.



San Pablo escribiendo una de sus admirables epístolas (*Rembrandt*)

nuo en mi corazón porque desearía yo mismo ser anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carne, los israelitas, cuya es la adopción y la gloria y la alianza y la legislación y el culto y las promesas; cuyos son los Patriarcas y de quienes, según la carne, procede Cristo que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos» (Rom. IX).

Dinamismo Apostólico

Ésta es, a pesar de todo lo dicho, la característica indiscutible de Pablo.

Asombra lo que aquel hombre, a pesar de su natural poco fuerte y aun enfermizo, trabajó y sufrió por el evangelio. Desde la fecha de su conversión el 33 ó el 34 de la era cristiana, hasta su muerte, acaecida probablemente el 67, van más de 30 años de apostolado. En ellos no se dió punto de reposo. Siguiendo su vocación de Apóstol de los gentiles fué a ellos con todo el afán e impetu de un ambicioso conquistador. Conquistador, sí; ansió conquistar el mundo para Cristo y no perdonó para ello ni a la carne ni a la sangre; más aún, sentía el acuciamento, el deber apremiante e ineludible de ello. «¡Ay de mí, si no evangeliizare!»

Después de los trascendentales acontecimientos de la conversión nos refieren los *Hechos* (IX, 19) que pasó unos días con los discípulos en Damasco y que luego inmediatamente empezó a predicar en las sinagogas en medio de la mayor estupefacción de cuantos antes le conocieron:

«Saulo cobraba cada día más fuerzas y confundía a los judíos de Damasco demostrándoles que Cristo era el Mesías.»

No podían éstos permanecer impasibles e inactivos y efectivamente pronto reaccionaron. Recobrados de su primera sorpresa y furiosos por la contundente oratoria del tránsfuga del farisaísmo, determinaron, incluso, quitarle del medio y al efecto espiaban la ocasión propicia para apoderarse de él y consumar sus criminales intentos: hasta guardaban de día y de noche las puertas de la ciudad para que no huyese y escapase de sus manos. Apercibidos los fieles le salvaron descolgándole en una espuma durante la noche por la muralla.

Pablo marchó entonces a Arabia, en donde permaneció cosa de un año. Era el retiro a que le llamaba el espíritu de Jesús y que había de ser como el noviciado del Apóstol. Allí templó sus armas y recibió soberanas ilustraciones sobre los misterios de Cristo, de la redención y economía de la gracia. Luego, vuelta de nuevo al campo de batalla, a Damasco, donde prosiguió su incansable propaganda.

A los tres años de su conversión, sabemos por su propio testimonio que pasó a Jerusalén, en la que permaneció quince días con Pedro (Gal. I, 18).

Tampoco aquí descansó el fogoso misionero.

«Estaba con los discípulos, dice el texto, yendo y viniendo dentro de Jerusalén predicando con valor el nombre del Señor.»

Quieren matarle aquí también, pero percatados de ello los hermanos, le envían a Cesárea y de allí a Tarso, su ciudad natal que convierte en centro de apostolado unos meses, hasta que, reclamado por Bernabé, pasa con él a Antioquía.

Los Viajes Apostólicos

Constituyen la cumbre del heroísmo de este portentoso misionero y quedarán grabados con letras de oro en los anales de la naciente Iglesia, como gestas inauditas.

Fueron tres y en ellos recorrió a pie generalmente casi toda el Asia Menor: Asiria, Cilicia, Capadocia, el Ponto, Pisidia, Galacia, Frigia y aun parte de Europa mediterránea, Grecia con sus islas, Italia y España...

Los trabajos y sufrimientos que tuvo que soportar fueron increíbles. El mismo Apóstol enumera algunos de ellos en su carta a los Corintios (XI, 23-28):

«En muchos trabajos, dice: en muchas prisiones, en muchos azotes, en peligros frecuentes de muerte. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno: Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces sufri naufragio estando un día y una noche en los abismos del mar: muchas veces en viajes me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros en los falsos hermanos, peligros y miserias en prolongadas vigías, en hambre y en sed, en ayunos frecuentes, en frío y en desnudez...»

¡Treinta años en viajes continuos sin darse tregua ni reposo, predicando incansable y fundando Iglesias, innumerables cristiandades, primicias de la conversión del mundo! ¡Una extensión mayor que media Europa recorrida a pie y cruzada varias veces, teniendo que trabajar, frecuentemente para ganarse el alimento, escribiendo por las noches en los míseros parajes en que se hospedaba, a la pálida luz de alguna vela, las admirables cartas que dirigió a sus neófitos!

Creemos que nada mejor podrá darnos idea del carácter del apostolado de Pablo que la copia de algunas páginas del

libro de los *Hechos*. Ellas serán, al mismo tiempo, una prueba fehaciente de su autenticidad. Narraciones como éstas no pueden ser inventadas.

Iconio y Listra

«Estando ya en Iconio, entraron juntos en la Sinagoga de los judíos, y hablaron en tales términos, que se convirtió una gran multitud de judíos y de griegos. Pero los judíos que se mantuvieron incrédulos, conmovieron y provocaron a ira los ánimos de los gentiles contra los hermanos. Sin embargo, se detuvieron allí mucho tiempo, trabajando llenos de confianza en el Señor, que confirmaba la palabra de su gracia con los prodigios y milagros que hacía por sus manos.

De suerte que la ciudad estaba dividida en dos bandos: unos estaban por los judíos, y otros por los Apóstoles. Pero habiéndose amotinado los gentiles y judíos con sus jefes para ultrajar a los Apóstoles y apedrearlos, ellos, sabido esto, se marcharon a Listra, y Derbe, ciudades también de Licaonia, recorriendo toda la comarca, y predicando el Evangelio.

Había en Listra un hombre cojo desde su nacimiento, que por la debilidad de las piernas estaba sentado, y no había andado en su vida. Éste oyó predicar a Pablo, el cual, fijando en él los ojos, y viendo que tenía fe de que sería curado, le dijo en alta voz: Levántate y mantente derecho sobre tus pies. Y al instante saltó en pie, y echó a andar. *Las gentes, viendo lo que Pablo acababa de hacer, levantaron el grito, diciendo en su idioma licaónico: Dioses son éstos que han bajado a nosotros en figuras de hombres.* Y daban a Bernabé el nombre de Júpiter, y a Pablo el de Mercurio: por cuanto era el que llevaba la palabra. Además de eso, el sacerdote de Júpiter, cuyo *templo* estaba al entrar en la ciudad, trayendo toros adornados con guirnaldas delante de la puerta, intentaba, seguido del pueblo, ofrecerles sacrificios. Lo cual, apenas entendieron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgando sus vestiduras rompieron por medio del gentío, clamando: y diciendo: Hombres, ¿qué es lo que hacéis?: también somos nosotros de la misma manera que vosotros, hombres mortales que venimos a predicaros que, dejadas esas vanas deidades, os convertíais al Dios vivo, que ha criado el cielo, la tierra, el mar, y todo cuanto en ellos se contiene: que si bien en los tiempos pasados permitió que las naciones echaran cada cual por su camino no dejó con todo de dar testimonio de quién era, haciendo beneficios desde el cielo, enviando lluvias y los buenos temporales para los frutos, dándonos abundancia de manjares, y llenando de alegría nuestros corazones. Aun diciendo tales cosas, con dificultad pudieron recabar del pueblo que no les ofreciese sacrificios.

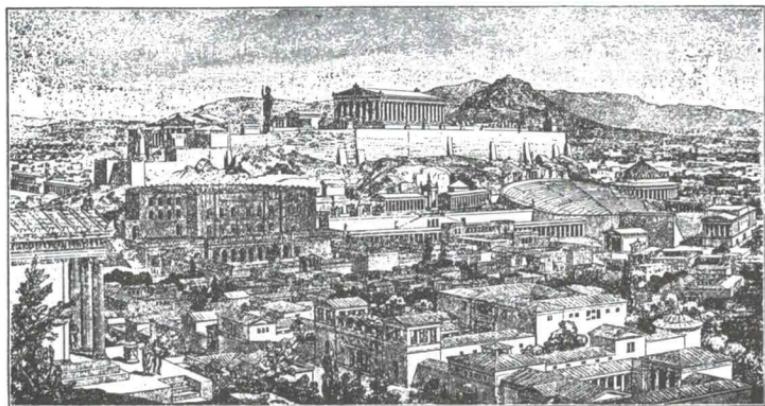
Después sobrevinieron de Antioquía y de Iconio ciertos judíos: y habiendo ganado al populacho, apedrearon a Pablo, y le sacaron arrastrando fuera de la ciudad, dándole por muerto. Mas amontonándose alrededor de él los discípulos, levantóse curado milagrosamente, y entró en la ciudad, y al día siguiente marchó con Bernabé a Derbe.

Y habiendo predicado en esta ciudad el Evangelio, e instruido a muchos volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, para corroborar los ánimos de los discípulos y exhortarlos a perseverar en la fe: haciéndoles entender que es preciso pasar por medio de muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios. En seguida, habiendo ordenado sacerdotes en cada una de las iglesias, después de oraciones y ayunos, los encomendaron al Señor, en quien habían creído.

En Atenas

Los que acompañaban a Pablo le condujeron hasta la ciudad de Atenas, y recibido el encargo de decir a Silas y a Timoteo que viniesen a él cuanto antes, se despidieron.

Mientras que Pablo los estaba aguardando en Atenas, se consumía interiormente su espíritu, considerando aquella ciudad entregada toda a la idolatría. Por tanto, disputaba en la sinagoga con los judíos, y prosélitos, y todos los días en la plaza con los que allí se le ponían delante.



Atenas

También algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos armaban con él disputas; y unos decían: ¿Qué quiere decir este charlatán? Y otros: Éste parece que viene a anunciarlos nuevos dioses: porque les hablaba de Jesús y de la resurrección.

Al fin, cogiéndole en medio, le llevaron al areópago, diciendo: ¿Podremos saber qué doctrina nueva es ésta que predicas? Porque te hemos oído decir cosas que nunca habíamos oído: y así deseamos saber a qué se reduce eso. Es de advertir que todos los atenienses, y los forasteros que allí vivían, en ninguna otra cosa se ocupaban, sino en decir o en oír algo de nuevo.

Puesto, pues, Pablo en medio del areópago, dijo: Ciudadanos atenienses, echo de ver que sois casi nimios en todas las cosas de religión. Porque al pasar, mirando yo las estatuas de vuestros dioses, he encontrado también un altar con esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Pues ese Dios que vosotros adoráis sin conocerle es el que yo vengo a anunciaros. El Dios que creó al mundo, y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no está encerrado en templos fabricados por hombres, ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviese menesteroso de alguna cosa, antes bien Él mismo está dando a todos la vida, y el aliento, y todas las cosas: El es el que de uno solo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres, para que habitase la vasta extensión de la tierra, fijando el orden de los tiempos y los límites de la habitación de cada pueblo, queriendo

con esto que buscasen a Dios, por si rastreando, y como palpando, pudiesen por fortuna hallarle, como quiera que no está lejos de cada uno de nosotros. Porque dentro de Él vivimos, nos movemos, y existimos: y como algunos de vuestros poetas dijeron: Somos del linaje del mismo Dios. Siendo, pues, nosotros del linaje de Dios, no debemos imaginar que el Ser divino sea semejante al oro, a la plata o al mármol, de cuya materia ha hecho las figuras el arte o industria humana. Fero Dios, habiendo disimulado o *cerrado los ojos* sobre los tiempos de esta ignorancia, íntima ahora a los hombres que todos en todas partes hagan penitencia, por cuanto tiene determinado el día en que ha de juzgar al mundo con rectitud, por medio de aquel varón constituido por Él, dando de esto a todos una prueba cierta, con haberle resucitado de entre los muertos.

Al oír mentar la resurrección de los muertos, algunos se burlaron de él, y otros le dijeron: Te volveremos a oír otra vez sobre esto. De esta suerte, Pablo salió de en medio de aquellas gentes. Sin embargo, algunos se le juntaron, y creyeron, entre los cuales fué uno Dionisio el areopagita, y cierta mujer llamada Damaris, con algunos otros.

El Motín de Efeso

Durante este tiempo fué cuando acaeció un no pequeño alboroto con ocasión del camino del Señor o *del Evangelio*. El caso fué, que cierto Demetrio, platero de oficio, fabricando de plata templitos de Diana, daba no poco que ganar a los demás de este oficio: a los cuales, como a otros que vivían de semejantes labores, habiéndolos convocado, les dijo: Amigos, bien sabéis que nuestra ganancia depende de esta industria: y veis también, y oís cómo ese Pablo, no sólo en Efeso, sino en casi todo el Asia, con sus persuasiones ha hecho mudar de *creencia* a mucha gente, diciendo: Qué no son dioses, los que se hacen con las manos. Por donde, no sólo esta profesión nuestra correrá peligro de ser desacreditada, sino, *lo que es más*, el templo de la Gran Diana perderá toda su estimación, y la majestad de aquella a quien toda el Asia y el mundo entero adora, caerá por tierra.

Oído esto, se enfurecieron y exclamaron, diciendo: *Viva la gran Diana de los efesios*. Llenóse luego la ciudad de confusión, y corrieron todos impetuoso-
samente al teatro, arrebatando consigo a Gayo y a Aristarco, macedonios, compañeros de Pablo. Quería éste salir a presentarse en medio del pueblo, mas los discípulos no se lo permitieron. Algunos también de los principales del Asia, que eran amigos suyos, enviaron a rogarle que no compareciese en el teatro: por lo demás, unos gritaban una cosa, y otros otra: porque todo el concurso era un tumulto: y la mayor parte de ellos no sabían a qué se habían juntado. Entre tanto, un tal Alejandro, habiendo podido salir de entre el tropel, ayudado de los judíos, pidiendo con la mano que tuviesen silencio, quería informar al pueblo. Mas luego que conocieron ser judíos, todos a una voz se pusieron a gritar por espacio de casi dos horas: *Viva la gran Diana de los efesios*.

Al fin el secretario o *síndico*, habiendo sosegado al tumulto, les dijo: Varones efesinos, ¿quién hay entre los hombres que ignore que la ciudad de Efeso está dedicada al culto de la gran Diana, hija de Júpiter? Siendo, pues, eso tan cierto que nadie lo puede contradecir, es preciso que os soseguéis, y no procedáis inconsideradamente. Estos hombres que habéis traído aquí, ni son sacrilegos, ni blasfemadores de vuestra diosa. Mas si Demetrio, y los artífices que le acompañan, tienen queja contra alguno, audiencia pública hay, y procónsules; acúsenle y demanden contra él. Y si tenéis alguna otra pretensión, podrá ésta decidirse en legítimo ayuntamiento. De lo contrario, estamos

a riesgo de que se nos acuse de sediciosos por lo de este día: no pudiendo alegar ninguna causa para justificar esta reunión. Dicho esto, hizo retirar a todo el concurso.»

A Jerusalén y a Roma

Después del motín de Efeso referido, un impulso sobrenatural lleva a Pablo a Jerusalén. El lo presiente y lo declara:

«Y ahora, dice (Act, XX 22 s.), encadenado por el Espíritu voy a Jerusalén sin saber lo que allí me sucederá, sino que en todas las ciudades el Espíritu Santo me advierte diciendo que me esperan cadenas y tribulaciones; pero yo no tengo ninguna estima de mí vida con tal de poner fin a mi carrera y al ministerio que recibí del Señor Jesús de anunciar el evangelio de la gloria de Dios...»

En viaje ya a la capital judía pasa por Cesárea, en donde recibe el más tremendo presagio:

«Había allí, refieren los *Hechos* (XXI, 10 s.), un profeta llamado Agabo, el cual llegándose a nosotros tomó el cinto de Pablo y atándose los pies y las manos con él exclamó: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al varón cuyo es este cinto y lo entregarán al poder de los gentiles. Cuando vimos esto, tanto nosotros como los del lugar, le instamos a que no subiese a Jerusalén. Pablo entonces respondió: ¿qué hacéis con llorar y quebrantar mi corazón? Pues pronto estoy, no sólo a ser atado sino a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús.»

En Jerusalén es acusado por los judíos que piden su muerte... Apela al César y es conducido a Roma, a la que llega tras una penosísima navegación en la que padece naufragio cerca de Malta. En la capital del imperio permanece dos años enteros, pero con prisión atenuada y suave y viviendo en una casa de alquiler.

Ni aun aquí se olvidó de su proselitismo apostólico: recibía a todos los que venían a él:

«predicando el reino de Dios y enseñando con toda libertad y sin obstáculo lo tocante al Señor Jesucristo» (Act. XXVIII).

Es absuelto de las acusaciones formuladas contra él y de nuevo peregrina por el mundo el heraldo de Cristo. Va al Oriente, parte a España y vuelve, por segunda vez, a Roma para ya no salir más de ella.

El martirio

Había llegado definitivamente la hora de Dios y el cumplimiento también de su anhelo de ser desatado del cuerpo para estar con Cristo.



San Pablo al ser degollado

(Por Villalvilla)

Es acusado de nuevo y metido en la cárcel.

El Santo presiente que ya no hay para él esperanza humana. Desde su última prisión escribe con el pesimismo del condenado a muerte, pero lleno de entereza, a su gran discípulo Timoteo (II Tim. IV, 8).

«En cuanto a mí a punto estoy de ser derramado en libación, pues es inminente el tiempo de mi partida...»

«He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Ya me está preparada la corona de la justicia que me otorgará aquel día el Señor, Justo Juez, y no sólo a mí sino a todos los que aman su venida.»

Era el canto de victoria, el inmortal epinicio que entonaba el gran atleta próximo al galardón. En verdad que tenía motivos para llenarse de alborozo y esperar en Cristo.

Había recibido cinco talentos de Dios y había negociado magníficamente con ellos. Todos sus egregias facultades, sus energías todas, las había empleado en el evangelio. Ni un momento siquiera había pensado en sí ni propuestose su provecho: sólo Cristo, la Iglesia, la salvación de las almas, la conversión del mundo...

El Santo pide a Timoteo que vaya a visitarle y a estar con él. No tenía más que al fiel Lucas, el médico carísimo.

Como ciudadano romano no podía morir crucificado como Pedro, sino al filo de la espada. Esta se estaba afilando apresuradamente.

Una antigua tradición nos señala el lugar: un valle desierto a tres millas de los muros de Roma y no lejos de la Vía Ostiense... Los preparativos fueron rápidos. Le velan los ojos y es atado a un poste; después, a una señal del Centurión del piquete encargado de llevarle al suplicio, se acerca impasiblemente el verdugo y de un tajo le corta la cabeza...

A los ojos de la Roma profana el caso no tenía importancia. Era la simple ejecución de uno de tantos condenados a muerte. Para el mundo nuevo que alborreaba, para la humanidad y para Dios la tenía mucha. Acababa de morir, dando su sangre por Cristo y como prueba de la divinidad de su religión, uno de los hombres más grandes, trascendentales y geniales de la Historia.

XIII

LOS APOSTOLES Y SU OBRA (IV)

El amado discípulo. — Su llamamiento al apostolado. — Fiel hasta la muerte. — Mártir, evangelista y profeta.

La vocación de San Juan al seguimiento de Cristo va entrelazada con la de Pedro y Andrés y la de Santiago su hermano.

«Caminando, Jesús junto al mar de Galilea vió a dos hermanos, Simón que se llama Pedro y Andrés, los cuales estaban echando la red, pues eran pescadores, y les dijo: "Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres". Ellos dejaron al instante las redes y le siguieron... Y pasando más adelante, vió a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y Juan que componían sus redes en la barca, con Zebedeo, su padre y los llamó. Ellos, dejando luego la barca y a su padre, se fueron con él» (Mt. IV, 15 s.).

El evangelista Juan fué, por tanto, uno de los primeros venturosos discípulos reclutados por el Salvador.

Ya desde el principio quedó incondicionalmente unido a él, con cariño y amor filial y especialísimo. El Maestro, por su parte, correspondió con otro recíproco que mostró también en muchas ocasiones. El Apóstol, consciente de ello, llegó a llamar a sí mismo, no sin fruición y orgullo, «el discípulo amado de Jesús», «a quien amaba Jesús».

Especiales distinciones

Juan perteneció a la terna de los predilectos del Salvador y, como tal, fué testigo de su transfiguración y de su agonía en la noche triste del huerto de los olivos, pero, además recibió otras delicadezas suyas. En la noche de la última Cena estaba recostado a la mesa junto a él y tenía reclinada su cabeza sobre el pecho del mismo. El hecho era índice de su confianza y filial amor a Cristo.

Consternados los Apóstoles por la tremenda noticia que aca-

baba de darles el Salvador de que uno de ellos le entregaría, Pedro hizo una señal al discípulo amado para que le preguntase quién era el traidor. Jesús se lo manifestó, aunque en voz baja: «Es aquel a quien yo diere un bocado de pan», y dicho esto mojó el pan en la salsa y lo entregó a Judas.

La segunda distinción de Jesús fué más fina todavía. Junto a la cruz estaba su madre anegada en un mar de lágrimas y anudada la voz a la garganta. Jesús iba a morir y tenía que hacer testamento. ¿Testamento? ¿De qué? Ya no poseía nada. Incluso de sus vestidos le habían despojado...

Pero sí, le quedaba algo: le quedaba la madre dolorida. Ella no tenía otro hijo que pudiera atenderla y Cristo quiso prepararle el porvenir.

«Y volviéndose Jesús a María le dijo:

“Mujer, he ahí a tu hijo” señalándole a S. Juan. Luego al discípulo: “He ahí a tu madre”. Y añade el apóstol en su Evangelio: “Y desde aquel momento la recibió en su casa”.

En Efeso

Después de Pentecostés Juan fué uno de los Apóstoles más activos. Intervino junto a Pedro en la curación del paralítico de la Puerta Especiosa y compareció con el mismo ante el Sanedrín y fué azotado como él.

No sabemos la fecha de la muerte de la Madre de Jesús: unos piensan que acaeció en Jerusalén, otros en Éfeso. Lo cierto es que Juan no se apartó de María mientras le duró la vida...

A fines del primer siglo le vemos en la precitada ciudad. Han muerto ya, derramando su sangre por Cristo, todos los demás Apóstoles y queda sólo él como único testigo ocular del Salvador, que escuchará sus palabras de vida y recibiera de cerca sus divinas inspiraciones.

Es el mayor representante de la Iglesia, dominando con el poder de su palabra y el prestigio de su autoridad... Desde Éfeso rige las Iglesias del Asia y vela por las buenas costumbres y la santidad cristiana de los fieles, lo mismo que por la conservación de la fe contra los herejes insurgentes.

Patmos

Ni la muerte ni la saña implacable del tirano se había cerrido sobre él. Llegó a una edad más que centenaria. En algunos se renovó quizás la idea que, en otro tiempo intrigara a los

Apóstoles, de que no moriría antes de la venida del Señor. Pero no fué así; llegó también para él la hora de la prueba.

De parte del Emperador Domiciano se le comunicó la obligación de sacrificar a los dioses del Imperio. Juan se negó a hacerlo y por ello fué conducido a Roma y metido, según la tradición, en una caldera de aceite hirviendo, de la que salió ilesio.

Desterrado a la isla rocosa y solitaria de Patmos, pasó allí varios años entregado a la meditación y al amor a Jesucristo. En ellos escribió el misterioso libro de sus revelaciones, el «divino Apocalipsis». Al fin de su vida volvió a Efeso, en donde compuso su Evangelio y en donde murió.

A estos últimos años se refiere la tradición de que se hace eco la Iglesia en su liturgia. Siendo ya muy anciano, repetía incesantemente a sus discípulos que le veneraban: «Hijitos míos, amaos los unos a los otros.» Maravillados de tanta insistencia le dijeron ellos un día: «Maestro, ¿por qué nos dices siempre lo mismo?» El respondió esta sentencia digna de Juan, como dice San Agustín: «Porque éste es el mandamiento del Señor.»

Evangelista y Profeta

Ambos títulos merece con toda justicia, además del de mártir: El primero por su Evangelio, y el segundo por el Apocalipsis.

El Evangelio. Es indiscutiblemente el más elevado y sublime de los cuatro. Hoy se pone en el cuarto lugar porque fué el último en aparecer, pero en algún tiempo se colocó el primero, debido a la dignidad del autor y a la alteza de su contenido.

Fué redactado en griego y en Efeso, como queda indicado, en los años últimos del primer siglo de nuestra era. Es más cronológico que los otros evangelios, pero menos completo, pues casi se limita a la actuación de Jesús en Judea y con preferencia a las discusiones y discursos con los del Sanedrín.

Fué escrito particularmente contra los errores heréticos que ya entonces empezaron a pulular y particularmente contra los gnósticos y ebionitas. Su propósito, la demostración de la divinidad de Cristo como él mismo lo indica en el capítulo veinte:

«Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios y para que creyendo tengáis vida en su nombre.»

En el prólogo, lleno de majestad sublime, expone la eterna preexistencia del Verbo en el seno del Padre.

«En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por él y sin él no se ha hecho nada de cuanto ha sido hecho. En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres...»

Luego el misterio de la Encarnación; la unión de la divinidad y de la humanidad en Jesús.

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad.»

Conforme al fin propuesto, escoge preferentemente de entre las obras maravillosas y enseñanzas del gran Profeta y taumaturgo, lo que más hace a su propósito.

Es un Evangelio apológetico.

Cristo es el Hijo de Dios, pero con esta afirmación no significa él meramente que es el Mesías, Hijo por adopción del Altísimo; sino Hijo verdadero, consustancial con el Padre, engendrado por él eternamente.

«Tanto amó Dios al mundo, dijo Jesús a Nicodemos en su visita nocturna, que le entregó a su Unigénito Hijo para que todo el que cree en él no perezca sino que tenga la vida eterna» (III, 16 s.).

En la discusión con los judíos sobre el sábado les dice a su vez:

«Mi Padre sigue obrando todavía y por eso obro yo también. Por eso los judíos buscaban con más ahínco matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado sino que llamaba a Dios su Padre, haciéndose igual a Dios» (V, 18 y 19).

La curación del ciego de nacimiento es otra prueba para Juan de la divinidad de Jesús. En ella se da abiertamente a sí mismo Cristo, los nombres de luz del mundo, como en otros sitios, «el camino, y la verdad»; al fin del episodio se encuentra con el ciego y le dice:

«¿Crees tú en el hijo de Dios? ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Y Jesús le dijo: Le estás viendo y es el que habla contigo. Creo, Señor, y se postró ante él para adorarle» (IX).

En la resurrección de Lázaro dice de sí que es la resurrección y la vida y en la oración sacerdotal al Padre hace mención expresamente de su preexistencia y eternidad.

«Y ahora, oh Padre, glorifícame cerca de ti mismo, con la gloria que tuve cerca de ti antes de que existiera el mundo» (XVII, 5 s.).

Profeta

Dijimos que San Juan merece este título por el Apocalipsis. Así es, en efecto. Todo él es una profecía, una revelación, como lo indica el nombre.

Lo escribió en Patmos, pequeña isla de las Cícladas, en donde había sido confinado.

Es el último libro canónico de la Biblia, pero de autenticidad fuera de todo litigio.

El estilo exuberante y lleno de grandiosa solemnidad. Dice en el encabezamiento :

«Juan a las siete Iglesias que hay en el Asia: con vosotros sean la gracia y la paz de parte del que es, del que era y del que viene, y de los siete espíritus que están delante de su trono y de Jesucristo el testigo veraz, el primogénito de los Maestros, el príncipe de los reyes de la tierra.

El que nos ama y nos ha absuelto de nuestros pecados por la virtud de su sangre y nos ha hecho reino y sacerdotes de Dios su Padre. a él la gloria por los siglos de los siglos.»

Luego el objeto y el motivo del escrito :

«Yo Juan vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la paciencia, en Jesús, hallándome en la isla llamada Patmos por la palabra de Dios y por el testimonio de Jesús, fui arrebatado en espíritu el día del Señor, y oí tras de mí una voz fuerte como de trompeta que decía: Lo que vieres escríbelo en un libro y envíalo a las siete Iglesias, a Efeso, a Esmirna, a Teatira, a Sardes, a Filadelfia, y a Laodicea...»

A cada una le expone a continuación por separado las comunicaciones recibidas de parte de Dios.

A la de Efeso, la más antigua y como la madre de las otras, la alaba y exhorta a ser fiel y a combatir la herejía nicolaita :

«Conozco tus obras, tus trabajos, tu paciencia... pero tengo contra ti una cosa y es que dejaste la primera caridad. Considera, pues, de dónde has caído y arrepíentete y práctica las obras de antes, de lo contrario vendré a ti y removeré de su lugar tu candelabro, si no te arrepientes.»

A la Iglesia de *Esmirna* le predice una próxima tribulación, pero la anima :

«No temas por lo que tienes que padecer... Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida.»

A *Pérgamo* y a *Tiatira*, les reprende y amenaza por su descuido en reprimir la idolatría y a los herejes. A la de *Sardes* le da el tremendo reproche de tener el nombre de viva estando muerta. Para la de *Filadelfia* tiene palabras de aliento y de recompensa; a la de *Laodicea*, en cambio, la echa en cara su tibiaza :

«Conozco tus obras y no eres ni fría ni caliente, mas porque eres tibia..., estoy para vomitarte de mi boca...»

Lo restante y lo más del libro es una visión o profecía del porvenir del mundo y de la Iglesia hasta el juicio final. El vidente asiste a la lucha del mal contra los que permanecen fieles a Jesucristo, la lucha entre el cielo y el infierno que terminará con el triunfo de la Iglesia.

Enseñanzas doctrinales

El Apocalipsis encierra indudablemente páginas obscuras e ininteligibles a la humana capacidad y hasta ahora nadie ha podido dilucidarlo plenamente. En cambio, en el orden doctrinal brillan en él esplendorosas enseñanzas.

Podemos decir que se encuentra en él una brillante teología cristiana.

Dios aparece descrito con todas sus deslumbrantes perfecciones: «Es el anciano de días, el eterno, el alfa y la omega, el que es, el que era y el que ha de venir: El Hacedor de todo lo criado.»

Sus juicios son perfectos e inescrutables; reinará por siempre y juzgará a los príncipes del mundo. Se asienta en el cielo como rey en su trono y recibe los homenajes de todas las criaturas, debidos a su santidad y omnipotencia. Al fin de los tiempos juzgará al linaje humano y nada puede suceder sin su voluntad soberana.

Cristo y su Iglesia tienen, como se deja entender, especialísima importancia.

El mismo Jesús es el que se muestra a Juan ; le revela el porvenir, mostrándose como Dios y como hombre. Es el Mesías prometido que tiene las llaves de la muerte y del infierno; el Príncipe de los reyes de la tierra, igual a Dios porque es Dios él mismo. Es el Cordero de Dios sacrificado por el mundo; el que lavó nuestros pecados con su sangre; el que venció a Sátanas y recompensa a los que han vencido con él y como él.

Fundó su Iglesia para aplicar los frutos de la redención a los hombres. La base fundamental de la misma son los doce Apóstoles y reemplaza a la antigua Jerusalén.

Los judíos que no se encuentran en su seno pertenecen a la Sinagoga de Satán. Representa al verdadero Israel con sus doce tribus y a la humanidad entera por la multitud de naciones y de razas que entran en ella.

LOS APOSTOLES Y SU OBRA (V)

Santiago el mayor. — Los hijos del Zebedeo. — Decapitado por Cristo. — Sus restos y Santiago de Compostela.

Santiago fué hermano de Juan y ambos hijos del Zebedeo y de Salomé.

Eran, a lo que parece, de posición acomodada dentro del oficio de pescadores, pues su padre era dueño de la barca y tenía a su servicio jornaleros.

Antes de allegarse a Jesús había sido también, juntamente con Juan, discípulo del Bautista.

Como rasgo distintivo de ambos hermanos y en especial de Santiago, tenemos el sobrenombre que les dió el Salvador. Un día, al pasar por Samaria, vieron que los naturales no quisieron recibir al Maestro. Su amor a Cristo y el alto concepto en que le tenían hizo que llevaran con indignación el desacato y llenos de ira dijeron a Jesús: «¿Señor, quieres que pidamos que baje fuego del cielo y los consuma?»

El Maestro, más ecuánime y comprensivo que ellos, les respondió:

«No sabéis de qué espíritu sois» (Lc. IX, 54).

Quizás por esta impetuosidad, tan espontánea como irreflexiva, los llamó el Salvador «Boanerges», esto es, hijos del trueno o rayos (Mc. II, 17).

Otro episodio también característico relata el Evangelio.

Salomé, satisfecha del amor a toda prueba que sus hijos mostraban al Gran Profeta y del celo que por su causa desplegaban, creyó que por ello merecerían ambos una recompensa y con ímpetu también espontáneo, pero atrevido, se acercó decidida a Jesús, a quien tenía por Mesías, y cuya entronización como Rey de Israel aguardaba, y le pidió, no sin protesta de los demás discípulos, que cuando llegara el gran momento se acordara de ellos y les diera los primeros puestos de su reino;

o, dicho más popularmente: que «se sentaran uno a la derecha y otro a la izquierda» del Salvador.

A esta petición, excusable en el egoísmo de una madre, contestó Jesús. «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que he de beber yo?» «Sí podemos», respondieron ellos. «Pues



El Duque de Gandia (S. Francisco de Borja) de Caballero de Santiago

bien; mi cáliz lo beberéis, pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es mío dároslo a vosotros, sino de mi Padre que está en los cielos.»

Después de la resurrección de Jesucristo parece que el nombre de Santiago se esfuma, en los relatos evangélicos y de los *Hechos*. No aparece más que en el capítulo XII de estos últimos, en su martirio, como ya queda anotado anteriormente.

Fué el primero de los Apóstoles que dió su sangre por Cristo hacia el año 42 ó 44. Su verdugo, queda dicho también que fué Herodes Agripa y la espada el instrumento de su martirio.

Entre la Ascensión del Señor y la muerte del Apóstol habían transcurrido unos diez años que él empleó en predicar y dilatar la fe con el espíritu y ardor que le caracterizaba. Su celo lo desplegó, según parece, en Palestina, pero ¿se ciñó exclusivamente a esta región o se extendió también a otros países? He aquí la pregunta a que puede responder adecuadamente quizás...

La tradición española

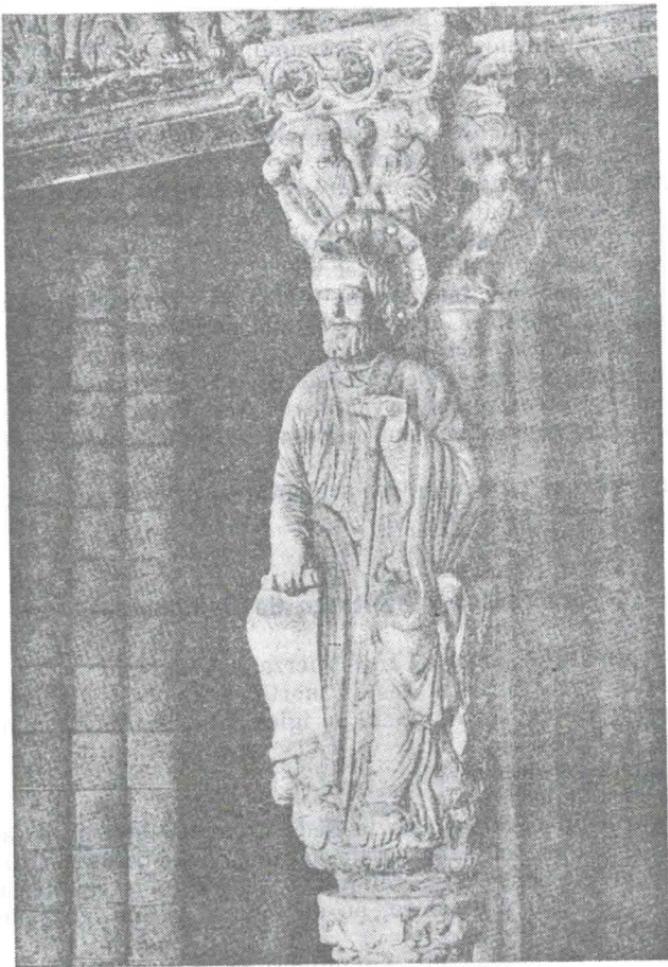
Esta, arraigadísima y entrañable en toda la nación, asegura que Santiago vino a predicar a España el Evangelio y que lo efectuó con todo el celo e ilusión del Apóstol, pero con escasísimo fruto. Prosigue la tradición que estando a orillas del Ebro en Zaragoza orando, apenado y abatido por el fracaso, recibió la visita de la Virgen María, que aún vivía en carne mortal. La Madre de Jesús consoló y animó al Apóstol y le indicó que levantara allí un templo en el cual sería honrada muy especialmente por los fieles hasta el fin de los siglos. Vuelto a Jerusalén recibió poco después el martirio, pero sus restos fueron trasladados a España por ministerio de sus discípulos.

No es este el sitio de entrar en discusión sobre una materia tan debatida y remitimos al lector a la *Historia Eclesiástica de España*, del Padre Zacarías García Villada, en donde se estudia la cuestión con toda competencia y rigor histórico.

Observemos tan sólo dos hechos innegables y que están por encima de toda crítica.

El primero es que la personalidad del Apóstol está íntimamente unida a la formación y desarrollo de la nacionalidad e historia de España. Santiago ha dado el nombre a una hermosa ciudad en la Península y a otras en Hispano-América: Santiago de Chile, Santiago de Cuba, Santiago del Estero... Su sepulcro fué, a través de la Edad Media, un foco excepcional de atracción de peregrinos nacionales y extranjeros, en parte subsistente todavía. A través del camino de Santiago conservó España, durante todo el largo período de la Edad Media, su comunicación y contacto con los pueblos de allende el Pirineo.

Santiago, en fin, se presenta ante los ojos de todo español, como el defensor de su religión y de su suelo; el Caudillo de sus ejércitos en los siglos de incesante lucha con el Islam y su «santo y seña» en las batallas: «Santiago y cierra España».



El apóstol Santiago en la columna del Parteluz de la Catedral de Compostela

¿A qué se debe este hecho plenamente histórico y cómo explicarlo? Parece que una influencia tan notoria y constante debe enraizar en algo positivo. Si se admite la verdad de la tradición, al menos, en lo principal, la realidad del hecho, todo tiene su explicación obvia y lógica y, por el contrario, si se la descarta por completo.

El gran argumento de la negación es la carencia de documentos en los primeros siglos.

Así es en verdad; el primero y más antiguo que sobre el asunto poseemos data tan sólo del siglo IV, de Dfdimo el Ciego, nacido en 310; el segundo de San Jerónimo, en el V; después el de San Isidoro y otros, en el VII.

No negamos que tenga aquí fuerza el argumento negativo, pero son tan notables, a veces, lo que podríamos llamar caprichos de la historia en ese respecto, que podemos muy bien decir que la dificultad no es perentoria. El mismo silencio observan Prudencio y otros sobre la venida de San Pablo a España que podría ponerse también en pleito si el mismo Apóstol no lo indicara.

Son extrañas para nosotros semejantes raras anomalías, pero ahí están bien patentes.

Los restos y Santiago de Compostela

El segundo hecho es de más fuerza y positivo.

Parece cierto que los restos mortales del hijo del Zebedeo descansan en su sepulcro en la iglesia de Santiago de Compostela.

He aquí los datos.

Era el año 1883.

El Cardenal arzobispo de la Sede Compostelana quiso saber de cierto lo que podía haber de verdad en la tradición unánime de la existencia de las reliquias del Apóstol y sus dos compañeros Atanasio y Teodoro, en su famoso y tan venerado sepulcro del gran templo.

Al efecto designó a dos canónigos de la Basílica para que estuvieran al frente de las excavaciones e hicieran de ellas una relación exacta.

Como peritos arqueólogos fueron nombrados D. Aurelio Fernández Guerra y el P. Fidel Fita, S. I., ambos de la Real Academia de la Historia, y para el análisis de las reliquias, los Profesores de Medicina, D. Antonio Casares, D. Francisco Freire y D. Timoteo Sánchez Freire.

Después de varios meses de trabajos subterráneos llevados a cabo en el Presbiterio y ábside de la Basílica, se encontró debajo del altar mayor una cripta rectangular en que aparecían dos compartimientos.

En uno de ellos estaba la *cella* donde debió ser sepultado el Apóstol, y en el otro los sepulcros de sus discípulos.

Examinada por los peritos la contextura de la fábrica dedujeron que el monumento era indudablemente de la época romana...

Los indicios favorables no podían ser mejores. Pero vino el desengaño. Al abrir la *urna* vieron que se hallaba desprovista de restos humanos... Allí no estaba depositado el cuerpo del Santo Apóstol como decía la tradición.

No estaba todo perdido, sin embargo.

Paralela a la tradición escrita ya mencionada existía otra oral, la cual afirmaba que las sagradas reliquias del Apóstol y sus discípulos habían sido ocultadas en el ábside detrás del altar mayor por el Arzobispo Sanclemente, en el año 1579, para librirla de una posible profanación de las tropas inglesas.

En vista de tales datos se procedió a romper el pavimento en el sitio preciso en donde estaba la estrella de mosaico...: al poco tiempo se halló una cavidad con la urna...

Se estaba en presencia de lo buscado.

Procediendo al examen del interior de la urna, se hallaron, en efecto, unos huesos que fueron analizados detenidamente por los tres profesores nombrados de medicina, los cuales juzgaron, después de prolífico estudio, que los restos pertenecían a tres individuos, del sexo masculino, y de tal antigüedad que nada impedía hacerlos remontar al primer siglo del Cristianismo, no siendo, por tanto temerario la creencia de que pudieran pertenecer a los cuerpos del Santo Apóstol y a sus discípulos.

En vista de ello el Cardenal dió un decreto declarando la autenticidad de las reliquias del Santo en su sepulcro secular compostelano. Deseoso, no obstante, de que su declaración obtuviera una mayor autoridad, elevó el proceso al Papa León XIII para que lo examinara y pronunciara la sentencia definitiva. Su Santidad nombró una Comisión de cardenales y prelados presididos por el Cardenal Bartolini, Prefecto de la Congregación de Ritos. Estos, estudiado escrupulosamente todo el proceso, juzgaron, el 29 de marzo del año siguiente, que había en él varias dificultades que debían solventarse. Comisionaron a Monseñor Agustín Caprara, Promotor de la Fe, para que pasara por Pistoya y examinara la reliquia de Santiago allí existente, para ir después, continuando el viaje, a Compostela.



BULARIO DE LA ORDEN DE SANTIAGO

Llegado a la ciudad gallega, revisó minuciosamente las excavaciones hechas, la Cripta, la cueva o transsagrario, la urna, los huesos allí alojados.

Terminada la investigación partió para Roma pasando por Madrid para conferenciar con los peritos arqueólogos del Proceso. Éstos fueron de parecer, como lo habían sido los que en Compostela habían intervenido en el asunto, que habiendo sido todo examinado tan cuidadosamente, podía ser muy bien confirmado por el Papa, el Decreto del Cardenal compostelano.

Partió para Roma el Cardenal Caprara: En 1884, el 19 de julio, se reunió la Congregación particular en la sala Vaticana para fallar en el asunto: y los Eminentísimos Cardenales y los Prelados oficiales, después de larga, severa y docta discusión, respondieron: «Afirmativamente» o que debía ser confirmada la sentencia. El Papa la ratificó por medio de un decreto el 25 de julio de 1884, que quiso que se leyese públicamente en la Misa Mayor de la iglesia de Montserrat en Roma. Más aún: Queriendo el Romano Pontífice sellar de una manera definitiva la sentencia pronunciada y comunicar a todo el orbe católico tan fausto acontecimiento, expidió el 1.^o de noviembre de 1884 la Bula *Deus Omnipotens*, en que dice textualmente:

«Nos también desaparecidas todas las dudas y terminadas todas las controversias, aprobamos y confirmamos de ciencia cierta y por nuestra propia iniciativa y en virtud de nuestra autoridad, la sentencia de nuestro Venerable Hno. el Cardenal de Compostela sobre la identidad de los sagrados restos del Apóstol Santiago el Mayor y de sus santos discípulos Atanasio y Teodoro y ordenamos que esta sentencia tenga perpetuamente fuerza y valor.»

Conclusión

Terminemos ya resumiendo nuestra impresión.

Parece cierto, repetimos, que los restos de Santiago están en su sepulcro de Compostela. Allá fueron llevados en la época romana. ¿Por qué razón? Ciertamente que no es un argumento absoluto, pero creemos que no carece de fuerza.

Si Santiago había estado en España predicando en ella el Evangelio se explica todo perfectamente. Es natural suponer que sus discípulos, quizás españoles, habían traído a la Patria sus restos mortales.

Si ello no fué así parece quedar incontestada la pregunta.

PARTE SEGUNDA
PADRES APOSTOLICOS

I

NOTICIA PRELIMINAR

Breve recensión de escritos y de nombres

Señalamos con el nombre de Padres Apostólicos un grupo exiguo de escritores de los comienzos de la Iglesia, todos del primer siglo o principios del segundo, que fueron contemporáneos de los Apóstoles y sus inmediatos sucesores y discípulos.

Son, por ello, el enlace natural en el tiempo y en el espíritu, de la era apostólica con la inmediata posterior, como aquélla lo había sido con la del Fundador del Cristianismo.

El valor y significación de los Padres Apostólicos es por esa causa incalculable, como universalmente se reconoce. En sus escritos alienta el primitivo y auténtico espíritu evangélico en toda su frescura y fragancia incomparable: las costumbres, las acendradas prácticas religiosas, la caridad no vista hasta entonces en el mundo, la oración, los dogmas de los nuevos hombres aparecidos en la humanidad, floración espontánea de la divina religión que venía a transformar la tierra...

Glosando las palabras de un autor (1), podemos muy bien decir que los orea y vivifica a todos un hálito de sobrenaturalidad tan íntima y confortante que nos vigoriza aun hoy día a la distancia de veinte siglos. Al leerlos nos parece sorprender la vida cristiana de los primeros elegidos; asistir a sus reuniones, a la liturgia sencilla y fervida del día del Señor en las Catacumbas, en Jerusalén o en alguna Iglesia doméstica de Antioquía, de Alejandría o Esmirna.

Apologéticamente son aún de un valor más decisivo.

Al aparecer el insurgente Protestantismo, dió como razón potísima de su apostasía de la Iglesia la pretendida desviación

(1) Daniel Ruiz Bueno, B A C, t. 65, p. 6.

del catolicismo del verdadero evangelio. La Iglesia romana, dijeron, ha traicionado la verdad apartándose del cauce evangélico; hay que volver a él, *remontar de nuevo a las fuentes del cristianismo...*

Herederos de ese mismo espíritu, los protestantes llamados liberales y los racionalistas de hoy se han venido dando con ahínco denodado, desde hace más de cincuenta años, a remover con predilección esas fuentes cristianas para encontrar en ellas la desviación anunciada. Pero todo en vano. Las piedras saltaron contra ellos. Cuanto más ahondaban en el conocimiento de los documentos primitivos más pudieron persuadirse de que las enseñanzas, el espíritu, la constitución esencial de la Iglesia primitiva con su jerarquía, su liturgia y su dogma, era idéntica a la católica. Harnack llegó a decir en un momento de sinceridad, *que habían estado los racionalistas trabajando incansablemente durante cincuenta años para sacar sillares macizos que sirvieran de base el Catolicismo.*

Recensión

¿Cuántos y cuáles son los llamados Padres Apostólicos?

Hagamos un breve recuento de ellos, en conjunto, para determinos después en los más principales.

San Clemente Romano

Comencemos por la gran tríada de los orígenes cristianos, después de los apóstoles: S. Clemente, Ignacio y Policarpo.

Clemente fué el tercero de los Papas después de S. Pedro, martirizado en la persecución de Domiciano en el primer siglo de nuestra era.

Fué asimismo discípulo de los apóstoles Pedro y Pablo y a él atribuyen Orígenes, Eusebio y San Jerónimo la redacción de la epístola a los Hebreos, del Gran Apóstol. Como principal escrito indubitablemente suyo, se le asigna una larga y precisa carta a los fieles de la Iglesia de Corinto alzados y revueltos, por causa de unos pocos ambiciosos, contra sus legítimas autoridades, y de la que haremos después especial mención.

San Ignacio Mártir

Es quizás la figura más egregia y saliente personalidad cristiana del siglo I.

Era Obispo de Antioquía cuando fué hecho prisionero y con-

ducido a Roma para ser arrojado a las fieras y servir así de regocijo público en el Anfiteatro, en las grandes fiestas dadas por Trajano con ocasión de su triunfo sobre los belicosos dacios, a principios del segundo siglo.

Trató, sin duda, personalmente con los Apóstoles, pero de ello no tenemos constancia por ningún documento escrito.

Nos dejó siete magníficas cartas dirigidas a diversas Iglesias especialmente del Asia, en agradecimiento al gran afecto que en todas partes le mostraron en su paso hacia la capital del Imperio, cargado de cadenas. Fueron redactadas en el camino y constituyen los más sublimes y emocionantes documentos de los primeros tiempos de la Iglesia.

San Policarpo

Gran figura también de la época. Fué discípulo de San Juan evangelista y consagrado por él mismo obispo de *Esmirna*. Su martirio tuvo lugar en esta misma ciudad hacia el año 150, siendo ya muy anciano.

El único escrito que de él se nos conserva es una carta a los fieles de Filipos.

Poseemos también, sobre cada uno de los tres santos referidos, el llamado *Martyrium*, esto es, una corta biografía, con la relación especial de su último combate por la fe. Su valor como documentos históricos es vario, pues mientras el de San Policarpo es una verdadera joya literaria, escrita por un testigo presencial piadosa pero sabiamente, el de San Ignacio ya no merece tanta fe y el de San Clemente es, en gran parte, legендario.

La «Didaché»

Después de los mencionados existen otros cinco escritos más, cuyos autores entran también en la denominación de Padres Apostólicos y son los siguientes:

El autor de la *Epístola de Bernabé*, atribuída con poco fundamento al Apóstol de este nombre y que debió ser escrita a principios del segundo siglo.

En ella se propugna claramente la idea de que no se debe exigir a los cristianos la observancia de la antigua ley cuyas prescripciones y ritos de la circuncisión, sacrificios y custodia del sábado deben entenderse de una manera espiritual y simbólica puramente.

La *Declaración de las palabras del Señor*, de Papías Obispo de Hierápolis, discípulo del Apóstol San Juan. De este escrito,

que debió ser extenso, no nos quedan más que fragmentos insignificantes.

El Pastor de Hermas, escrito, según parece, del año 140 al 154, por un hermano del Papa Pío I, y contiene exhortaciones a las buenas obras y a la penitencia.

La Epístola a Dioguetos, escrita en el siglo II, en forma de apología contra el paganismo y el judaísmo.

Y finalmente, el más importante de todos: *La Didaché* (pronúnciase *Didajé*), o Doctrina de los doce Apóstoles.

Es el más antiguo de los escritos de los Padres Apostólicos y por ello sólo, ya venerable en sí y digno de todo aprecio. La fecha de su composición hay que ponerla indudablemente en el primer siglo de nuestra era, entre los años 80 y 90, si no es que haya que adelantarla, como parece probable, a los tiempos anteriores, a la ruina misma de Jerusalén, en el año 70. Es incluso anterior a algunos escritos del N. T. y por su piedad y bello contenido, fué reputado por algunos Padres y escritores antiguos, como libro inspirado.

Después dejó de circular entre los fieles, no sabemos por qué causa, y quedó oculto y como desaparecido, hasta el año 1875 en que fué descubierto en la Biblioteca del Hospital del Santo Sepulcro de Constantinopla por el arzobispo griego Filoteo Bryennios.

Se ha llegado a decir de la *Didaché* que es «una piedra preciosa de la literatura cristiana primitiva y el hallazgo más valioso de los tiempos modernos.»

En realidad, su significación como documento histórico para conocer el cristianismo en sus orígenes, en la segunda mitad del primer siglo, es inapreciable.

En ella vemos la importancia del *bautismo* como regeneración a la vida de la gracia y puerta de la Iglesia: su fórmula y ritos, la preparación catequística necesaria para él y los diversos modos de administrarlo. La recomendación del *ayuno* y de la *penitencia*, medios ascéticos universales, necesarios para alcanzar el perdón de los pecados... La *oración* que ha de practicar el cristiano tres veces al día, dirigiéndose, con afecto y confianza filial al Padre y con la fórmula enseñada por el Señor... *La Eucaristía* que ya entonces ocupaba, como hoy, en el catolicismo el centro vital de la piedad cristiana... La *presencia real* de Jesucristo en el pan y vino consagrados, de los que no pueden participar más que los cristianos, para no «dar lo santo a los perros» y que exigen tal pureza en los que los reciben que es necesario antes de acercarse a ellos reconciliarse con su hermano al que haya tenido con él alguna diferencia.

La *Eucaristía* es además en su celebración según la *Didaché*,

un verdadero sacrificio, el sacrificio puro de que habla Malasquías y que se ofrece en todas partes a Dios, desde donde sale el sol hasta donde se pone.

Se habla también de la *Confesión* en la que el cristiano que está sujeto a la fragilidad humana, puede purificarse de sus faltas. De la *celebración del día del Señor*, el *domingo* en que deben reunirse los fieles para partir el pan eucarístico... De la *jerarquía* legal ya establecida: los *presbíteros*, los *Obispos* y los *diáconos* que han de ser «dignos del Señor, hombres mansos y desinteresados, probados y verdaderos»... De los dogmas de la *Trinidad*, de la *divinidad de Cristo*, de la *Unicidad de la Iglesia*; de su *santidad y catolicidad*...

Todo esto que constituye la medula de la nueva religión y que, tan visiblemente persiste en lo esencial, en la Iglesia católica, se encuentra en este breve escrito de unas cuantas páginas nada más, redactado por mano anónima, casi a la mitad del primer siglo del cristianismo, recién salido éste de las manos de los Apóstoles y cuando aún vivía con toda certeza, el amado discípulo, evangelista y Profeta San Juan.

CONFERENCIA CATÓLICA

En la conferencia católica de la Sociedad de la Iglesia Católica, que se celebró en la ciudad de Valencia, el 10 de junio de 1909, se trataron los siguientes puntos:

1.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

2.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

3.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

4.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

5.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

6.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

7.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

8.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

9.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

10.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

11.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

12.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

13.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

14.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

15.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

16.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

17.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

18.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

19.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

20.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

21.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

22.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

23.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

24.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

25.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

26.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

27.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

28.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

29.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

30.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

31.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

32.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

33.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

34.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

35.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

36.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

37.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

38.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

39.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

40.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

41.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

42.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

43.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

44.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

45.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

46.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

47.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

48.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

49.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

50.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

51.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

52.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

53.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

54.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

55.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

56.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

57.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

58.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

59.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

60.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

61.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

62.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

63.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

64.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

65.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

66.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

67.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

68.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

69.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

70.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

71.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

72.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

73.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

74.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

75.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

76.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

77.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

78.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

79.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

80.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

81.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

82.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

83.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

84.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

85.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

86.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

87.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

88.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

89.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

90.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

91.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

92.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

93.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

94.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

95.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

96.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

97.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

98.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

99.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

100.º) La necesidad de la existencia de la Iglesia Católica.

II

SAN CLEMENTE ROMANO

Escasos datos biográficos. — Tercer sucesor de San Pedro. — Destierro y martirio. — Carta a los Corintios.

Es la segunda mitad del primer siglo cristiano y corren los tiempos heroicos de la cruenta persecución neroniana...

En estos días trágicos se presenta por vez primera, San Clemente, al lado de los dos grandes apóstoles Pedro y Pablo, en la capital del Imperio.

Lástima que de esta gran figura de la Iglesia primitiva que tanto se prestó por su excepcional relieve a la leyenda, apenas tengamos datos concretos y seguros. Nos hemos de contentar con los que nos proporciona su *Martyrium*, documento posterior, como ya queda indicado, y de escasa solvencia histórica.

Datos biográficos

Ante todo, fué discípulo inmediato de los dos referidos Apóstoles y quizás una de sus mejores conquistas en la ciudad eterna. Algunos Padres y escritores antiguos, entre los que se cuentan Orígenes, Eusebio y San Jerónimo, incluso quisieron identificarlo con el Clemente de que nos habla San Pablo en su epístola a los filipenses (IV, 3) como compañero y colaborador suyo en la fundación de la Iglesia de Filipos y de quien el mismo Santo hace el más cumplido elogio:

«Juntamente con Clemente y los demás colaboradores míos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida.»

También le emparentaron otros, aunque sin motivo suficiente, con el cónsul Tito Flavio Clemente, primo del Emperador Domiciano, a quien éste mandó martirizar por el *crimen de ateísmo*, esto es, por no querer adorar a los dioses romanos.

Es desconocida la fecha de su ascensión al Sumo Pontificado

y aunque ésta es cierta queda la duda respecto del lugar que ocupa en la lista de los Papas. Según San Ireneo, Clemente es el tercer sucesor de San Pedro.

«Así, pues, dice, que los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, hubieron echado los fundamentos y edificado la Iglesia de Roma, encomendaron el servicio del Episcopado a Lino, de quien hace mención Pablo en sus cartas a Timoteo; a Lino le sucede Anacleto y después de éste, en el tercer lugar, hereda el Episcopado Clemente, el cual había visto a los bienaventurados apóstoles y tratado con ellos, y conservaba aposentada todavía en sus oídos la predicación de los mismos» (1).

Cuál fuera su actuación al frente de tan elevado cargo lo podemos deducir del encomio que de él hace el documento referido que, en este sitio, presenta visos de verdad.

Dice así:

«El tercero que presidió la Iglesia de Roma fué Clemente quien habiendo seguido la ciencia del Apóstol Pedro, de tal manera sobresalía por el ornamento de sus costumbres que logró hacerse grato a los judíos, a los gentiles y a todos los pueblos cristianos.

Le querían los gentiles porque no abominando, sino con razones, les demostraba, tomándolo de sus propios libros e iniciaciones, dónde habían nacido y qué principios tuvieron los por ellos tenidos y adorados como dioses: y qué hazañas habían realizado y de qué modo, en fin, habían terminado. Todo ello se lo hacía ver con las más potentes demostraciones y dándoles esperanzas juntamente de que podrían obtener perdón de Dios con tal que se apartaran de aquellos ídolos.

La gracia de los judíos se la ganaba demostrándoles que sus padres fueron amigos de Dios, y afirmando ser su ley santa y sacratísima y que ellos heredaran el primer lugar ante Dios si guardaban los mandamientos e instituciones de su propia ley y no negaban que la promesa hecha a Abraham esté cumplida en Cristo, pues en la descendencia de aquel Patriarca prometió Dios que serían bendecidas todas las naciones; y lo que dijo David que "del fruto de su seno pondría sobre su trono"; y otra vez por Isaías Profeta: "La Virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo y se llamará su nombre Emmanuel".

De los cristianos, en fin, era particularmente querido porque tenía lista de los pobres de cada región de Roma y no consentía que quienes había él iluminado con la santificación del bautismo, tuvieran que acudir a la pública mendicidad. Y en la predicación cotidiana amonestaba a las gentes de posición media y a los ricos que no toleraran que los iluminados tuvieran que tomar públicamente su comida de manos de judíos y de gentiles y que, una vida que había sido purificada por la consagración del bautismo se manchara con las donaciones de los gentiles.»

Destierro y martirio

Fuera de estas noticias generales ya nada más sabemos de la actuación de San Clemente como Pontífice de Roma.

El *Martyrium* entreteje toda una fronda exuberante de mi-

(1) *Adv. haer.* III, 3, 3.

lagros, algunos no poco raros y extraños, con los que atendiendo más el autor a su piadosa credulidad que a la puntual exactitud histórica, quiso exornar abigarradamente la figura de su héroe...

El procedimiento no pudo ser más torpe y desgraciado, al mismo tiempo que nocivo para la causa misma del santo, dando a sus páginas el carácter de leyenda en la que resulta imposible discernir lo verdadero de lo inventado.

Según él fué el Papa Clemente un apóstol extraordinario de la fe cristiana en Roma, convirtiendo innumerables paganos al evangelio.

Ello fué la causa de que se procediera contra él.

«Por aquel tiempo, dice, el Conde de los oficios Publio Torcuciano, viendo la muchedumbre innumerable que se había convertido a la fe de Cristo, congregó a todos los Presidentes de barrios en Roma, y habiéndoles repartido dinero, les persuadió que promovieran un tumulto contra el nombre cristiano.»

La intriga obtuvo el efecto deseado.

Pronto estalló la sedición del pueblo contra el obispo Clemente. Pero, ¡caso extraño!

«Confundidos todos los manifestantes, los unos clamaban una cosa, los otros otra, y aun algunos contrarreplicaban. ¿Qué mal ha hecho, gritaban, o qué beneficio no ha cumplido? Todo enfermo por él visitado alcanzó la salud; el que a él llegó triste marchó consolado. A nadie jamás hizo daño; a todos favoreció...

Otros por el contrario, decían, agitados por el espíritu diabólico: Todo eso lo hace por artes de magia, y destruye el culto a nuestros dioses. De Zeus dice que no es Dios; de Hércules nuestro guardián, afirma que es un espíritu inmundo; a Afrodita la Santa la llama una ramera. Contra Vesta blasfema diciendo que hay que pegarle fuego; y del mismo modo calumnia a Atenea santísima, y a Artemis y a Hermes, sin perdonar ni a Cronos ni a Ares.

O sacrificie a nuestros dioses o sea exterminado.»

Ante semejante situación el Emperador Trajano le pone en la alternativa de sacrificar a los dioses o sufrir un penoso destierro más allá del Ponto Euxino, en el desierto que se extiende ante la ciudad de Quersón.

Mamertino, el encargado de la ejecución de la sentencia, lleno de simpatía hacia él, se esfuerza en persuadirle que sacrifique para librarse del destierro; Clemente, por el contrario, trabaja por atraer a Cristo a Mamertino.

Al fin éste, viendo la irreductibilidad del santo, le dice, entre sollozos:

«El Dios a quien tú incesantemente sirves él te ayudará en las penas del destierro.»

Le prepara una nave y cargando sobre ella todo lo necesario para el viaje, le despide. Muchos hombres piadosos le acompañaron.

La llegada a Quersón constituye una página emotiva.

«Había allí, dice, más de dos mil cristianos castigados por larga condena a los trabajos de las minas de mármol. Apenas éstos vieron al Santo y venerable Pontífice, todos a una corrieron a él entre gemidos y lamentos, diciéndole: "Ruega por nosotros, oh Santo Sumo Sacerdote, para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo".

Conociendo Clemente que eran desterrados también por Dios, exclamó arrasados en lágrimas sus ojos: "No sin motivo me ha traído aquí el Señor, sino para que, hecho partícipe de vuestros sufrimientos, os procure también un vislumbre de consuelo y de paciencia".

El celoso Obispo, sigue en los inhóspitos parajes del desierto su celo y actividad apostólica: se da con ahínco al servicio espiritual de los cristianos y también a la conversión de los gentiles. Son innumerables los que con sus predicaciones gana para el evangelio.

Un fervor religioso inusitado brota en el desierto de Quersón.

Valiéndose de los materiales de templos gentílicos abandonados y de la madera de los bosques, edifica iglesias y establece el culto cristiano.

Fué algo así como una generación espontánea. El lugar antes idólatra se convierte en una ciudad de verdaderos adoradores de Dios y aun de bellos templos.

De nuevo estalla la persecución que esta vez es la última y decisiva.

Se da cuenta al Emperador con «relación envidiosa», dice el *Martyrium*, de que en Quersón había crecido el pueblo cristiano en muchedumbre incontable y es enviado allá al General Anfíadiano quien da muerte a muchos fieles con diferentes tormentos; mas viendo que todos marchaban gozosos al martirio, cede a la muchedumbre contentándose con obligar sólo a Clemente a sacrificar a los dioses.

Inútil tentativa. El santo Obispo permanece firme en el Señor y se niega rotundamente a hacer lo mandado. Entonces Anfíadiano da orden a los verdugos: Tomadlo y llevadlo al medio del mar y atada al cuello un áncora de hierro, arrojadle al fondo para que no puedan los cristianos recoger su cuerpo y venerarle en lugar de Dios.

Toda la muchedumbre presencia conmovida el hecho cruel, cuando dos de los cristianos allí presentes, llamados Cornelio y Fabo, discípulos predilectos del gran Pontífice, gritan inspirados de Dios a la muchedumbre: «Oremos todos unánimes para que el Señor muestre el cadáver de su santo mártir.»

Todavía oraba el pueblo, cuando el mar se retiró y recogió en su propio seno por espacio de casi tres millas. Entró por tierra seca todo el pueblo, se dice allí, y halló una habitación en forma de templo marmóreo dispuesto por Dios a honra de su mártir, y allí tendido el cuerpo de Clemente y el ánchora con que se había sumergido, puesta a su lado.

La Carta a los Corintios

Es la única intervención que conocemos de San Clemente como Papa y el documento más auténtico y seguro, quizás el único, de su vida, pero es en realidad digno de él y el que más le ha acreditado ante la historia.

Es suficiente por sí solo para poner de manifiesto de una manera terminante, no sólo la existencia de la jerarquía eclesiástica ya legalmente constituida en los primeros años de la Iglesia, sino también la indiscutible autoridad y preponderancia del Pontífice romano sobre todas las otras Iglesias.

Desde estos puntos de vista, la carta Clementina es de imponentable valor apologetico.

La ocasión de la misiva la ofreció «una sublevación no pequeña», como dijo San Ireneo, acaecida en la Iglesia de Corinto.

Esta Comunidad cristiana fundada por el mismo Apóstol de las gentes, había sido siempre ejemplar y fervorosa. El santo alaba «su fe firme y adornada de toda virtud», «su piedad sensata y templada».

Pero entraron en ella por desgracia el malestar y la discordia.

Unos cuantos de entre sus mismos fieles, «gentes arrojadas y arrogantes», en frase del Pontífice de Roma, se habían sublevado contra sus legítimas autoridades y depuéstolas ante sí y de por sí, por meras rivalidades y envidias.

No sabemos si fueron los atribulados fieles de Corinto los que acudieron al Obispo de Roma en demanda de auxilio y de paz o si fué el mismo San Clemente el que por propia autoridad e iniciativa abordó el asunto.

Lo cierto es que nuestro santo intervino y eficacísimamente en el litigio por medio de una carta preciosa, tan llena de caridad y amor como de autoridad y energía.

Volvió la paz y concordia a la atribulada iglesia de Corinto, mientras que la carta del Pontífice romano, *grande y maravillosa* como le llamó Hegesipo, alcanzó tanta estima y veneración en toda la Cristiandad que como los libros santos, era leída públicamente en muchas iglesias en las reuniones de los fieles.

Entresaquemos de ella algunos párrafos para ver la fuerza de su espíritu y su estilo.

«A causa de las repentinias y sucesivas calamidades y tribulaciones que nos han sobrevenido, creemos, hermanos, que hemos vuelto algo tardíamente nuestra atención a los asuntos debatidos entre vosotros. Nos referimos, carísimos, a la sedición extraña y ajena a los elegidos de Dios, abominable y sacrilega que unos cuantos sujetos, gentes arrojadas y arrogantes han encendido hasta tal punto de insensatez que vuestro nombre venerable y celebrísimo y digno del amor de todos los hombres ha venido a ser gravemente ultrajado.»

«Acordémonos, sobre todo, de las palabras que nos dijo el Señor Jesús para enseñarnos la equidad... Cristo es la herencia de los espíritus humildes y no de aquellos que tratan de alzarse por encima de los otros cristianos. Jesucristo cetro de Dios no vino, aunque hubiera podido hacerlo, con aires señoriales y altivos, sino armado de humildad... El Soberano Creador y Dueño del Universo ha querido que todos los seres guarden paz y concordia porque de Él reciben todos el bien, y nadie como nosotros que lo recibimos en exceso, podemos recurrir a su misericordia mediante Nuestro Señor Jesucristo a quien sea dada la gloria y la majestad por los siglos de los siglos...»

He aquí, queridos míos, el camino de nuestra salvación, Jesucristo, el Sumo Sacerdote de nuestras oblaciones y la fuerza de nuestra flaqueza. Por él clavamos nuestros ojos en lo alto de los cielos; por él vemos, como en un espejo el rostro mayestático de Dios; por él abrió sus ojos el corazón; por él quedó bañada en luz nuestra inteligencia, aprisionada hasta entonces en obscura mazmorra; por él, nuestro Maestro, hemos podido gustar la ciencia de la inmortalidad; por él, que siendo la irradiación de la majestad de Dios fué ensalzado sobre todos los ángeles y se le dió un nombre superior a todo nombre» (XXXVI, 1-2).

«Juntaos, pues, con los buenos y justos porque ellos son los elegidos de Dios. ¿A qué vienen entre vosotros contiendas y riñas, banderías y escisiones y guerra? ¿Es que no tenemos un solo Dios y un solo Cristo y un solo Espíritu de gracia que fué derramado sobre nosotros? ¿No es uno solo nuestro llamamiento en Cristo? ¿A qué fin desgarrarnos y despedazarnos los miembros de Cristo y nos sublevamos contra nuestro propio cuerpo llegando a tal vesania que nos olvidamos de que somos los unos miembros de los otros? Acordaos de las palabras de Jesús Señor Nuestro: El dijo: ¡Ay de aquel hombre! más le valiera no haber nacido que escandalizar a uno de mis elegidos. Mejor le fuera que le colgásen una piedra de molino al cuello y lo hundieran en el mar que no extraviar a uno de mis escogidos. Vuestra escisión extravió a muchos, desalentó a muchos, hizo dudar a muchos, nos sumió en tristeza a todos nosotros» (XLVI).

III

SAN IGNACIO MARTIR

Discípulo de Pedro y Pablo. — Gran Obispo de Antioquía. — Delación y condena. — «Molido por los dientes de las fieras».

San Ignacio mártir es una de las figuras más admirables y sublimes en los Anales del Cristianismo.

Nació el 35 de nuestra era en Antioquía, pocos años después como se ve de la muerte del Divino Redentor. Fué, por tanto, contemporáneo de los Apóstoles, de los cuales trató con dos, por lo menos, con San Pedro y con San Pablo, como afirma expresamente San Juan Crisóstomo.

Ignoramos el tiempo de su ingreso en la Iglesia, aunque suponemos que debió ser de los primeros convertidos a la fe en la capital de Siria y uno de los fundadores de su ferviente y numerosa cristiandad.

¿Conoció y trató también al Discípulo Amado?

Es muy posible, pues fueron coetáneos mucho tiempo, pero de ello no poseemos ningún documento histórico que lo acredite. Una cosa sí que podemos afirmar y es que espiritualmente, al menos, fué discípulo del Discípulo del Amor. Un autor le llama *alma joánica*. Como Juan, es de espíritu ardiente y contemplativo, de familiaridad íntima con Cristo y de una suavidad y dulzura de carácter muy parecida a la de aquel apóstol.

Los datos de la vida del gran mártir comienzan para nosotros hacia el año 70 del primer siglo en que, según Eusebio, fué creado Obispo de Antioquía en tiempos de Vespasiano, cargo que desempeñó hasta el 107, décimo del Imperio de Trajano, en que recibió el martirio.

San Crisóstomo añade que fué consagrado Obispo de manos de los Apóstoles Pedro y Pablo, de donde deduce el Patriarca de Constantinopla, las grandes virtudes y dotes de espíritu de que debió estar adornado.

Tampoco tenemos noticias ciertas y fidedignas de sus actuaciones episcopales, aunque debemos dar por supuesto que respondieron en un todo al gran celo y santidad que exigía su elevado cargo y de las cuales dió muestras tan admirables en el año en que mejor le conocemos, el anterior a su muerte.

Delación y condena

Inesperadamente y en medio de su actividad episcopal, aunque en edad avanzada ya, vino para él la palma-del martirio.

El motivo próximo del mismo fué una delación al Gobernador de Siria. Esa era la triste suerte en que se encontraba el cristianismo en aquellos azarosos tiempos. Aparentemente había paz para los fieles tanto en Roma como en las Provincias, pero esa paz podía romperse de un momento a otro por una simple delación a la autoridad.

El *Institutum neronianum*, lanzado por aquel monstruo y en que se decretaba que «no era lícito ser cristiano», persistía aún y pendía traidor como una espada de Damocles sobre los afiliados a la nueva religión, amenazando de un momento a otro caer sobre sus cabezas. Cualquier particular podía proceder contra el cristiano aunque no fuera más que por enemistad, por odio, o por soborno. El gran Tertuliano lo caracterizó muy bien diciendo que: *"todo cristiano era un verdadero candidato al martirio."*

Una de esas delaciones o quizás una pública revuelta en Antioquía fué la causa de la condena del Santo Obispo. La acusación tuvo éxito particularmente por circunstancias propicias del momento.

Era a principios del año 107. «Pio felice triunfador Trajano», como dijo el poeta, acababa de obtener una brillante victoria sobre los indomables Dacios que durante muchos años habían sido la pesadilla de Roma. Ya habían quedado definitivamente aniquilados. La noticia había llevado el júbilo a todo el Imperio y el héroe quería añadir a la pública alegría, regocijos y espectáculos en el Circo, tan bien acogidos siempre y tan delirantemente celebrados por el pueblo del «panem et circenses».

El regocijo supremo había de ser una lucha de hombres y de fieras. Para ello servirían los dacios hechos prisioneros, pero se añadirían también reos de diversas procedencias condenados a muerte y que serían conducidos para el efecto a la ciudad de los Césares.

La denuncia contra Ignacio fué oída al punto.

Se necesitaba carne humana para las bacanales futuras y era preciso aprovechar todas las ocasiones.

Se presentan los esbirros para prender al Santo Obispo y comunicarle la sentencia y... ¡rasgo sublime! Nos cuenta su *Martyrium* que Ignacio, lleno más bien de alborozo que de espanto, como ante una noticia por largo tiempo deseada, exclamó:

«Gracias, Señor, porque te dignaste honrarme con perfecta caridad para contigo atándome juntamente con tu Apóstol Pablo, con cadenas de hierro...»

¡Nueva y desconocida psicología!

Era la humanidad nueva que traía el Cristianismo al mundo. «Quedas condenada a muerte, se le intimó a Santa Felícitas, y ella contesta en su alborozo: "Deo gratias", y San Cipriano: vas a morir al filo de la espada, y el mártir repite sin vacilar: "Deo gratias"....»

Jamás se había visto tal en el mundo.

Nada de espasmos y de terror ante la suerte suprema, nada de protestas por la injusticia e iniquidad con ellos cometida. Sólo la acción de gracias a Dios...

Es que el martirio en el Cristianismo es la suprema gracia. La fe se ha sobrepuerto al horror natural e instintivo y ha convertido al mártir en héroe sobrehumano.

Camino de Roma

Acompañemos ahora al condenado a muerte a la Capital del Imperio donde debe ser inmolado. Va en compañía de otros dos clérigos que han de ser partícipes de su suerte.

El trayecto es largo y penoso, lleno de incomodidades y sufrimientos tales como no podemos imaginar siquiera, en nuestros tiempos de refinado confort.

Lo hizo en su máxima parte por tierra, pero también algo por mar.

Por tierra cruzó casi toda el Asia Menor, desde Cilicia hasta Filipos en Tracia, y desde Filipos a Durazzo. Por mar atravesó el golfo de Alejandreta y todo el Adriático y costeó Italia hasta Ostia Tiberina...

Iba cargado de cadenas, y lo que constituía su mayor molestia, custodiado por un pelotón de diez soldados que le hicieron no poco que sufrir con sus malos y groseros tratos y que, según las palabras del mismo Santo, «se hacían peores cuanto más les favorecía».

Tuvo también sus consuelos.

En muchos sitios fué su paso una verdadera marcha triun-

fal, apoteósica. El Clero y los cristianos le salían al encuentro en todas partes y besaban emocionados sus cadenas, le agasajaban y confortaban con la caridad cristiana primitiva la más sincera y grande que se ha conocido en el mundo.

En Filadelfia le salió a recibir toda su ferviente cristiandad, los «hermanos» que se desvivieron por agasajarle.

Después Troas... pero, sobre todo, *Esmirna*.

Regía aquella floreciente Iglesia el gran Obispo San Policarpo, de que hablaremos, y que poco más tarde había de ser también mártir glorioso de Jesucristo.

¡Emotivo encuentro el de aquellas dos grandes almas!

Policarpo salió a su encuentro con inmenso júbilo en compañía de todos sus cristianos esmirniotas...

«Le recibieron, dicen los documentos, no como a un pasajero ni como a un embajador de Cristo sino como al Señor mismo...»

Besaron enardecidos sus cadenas, felicitaron y alentaron, llenos de envidia, al invicto mártir de Cristo...

Ni fueron solos Policarpo y sus fieles... También las Iglesias vecinas, al enterarse de su paso por Esmirna, fueron desfilando llenos de caridad y veneración, por delante de él: Éfeso, Magnesia, Trales y otras, a las que correspondió el Santo con sendas cartas de agradecimiento, que han sido conservadas como un gran tesoro de la primera Iglesia...

Escribió también a los romanos.

¿Cuál fué el motivo?

¡Nuevo rasgo inconfundible de la fisonomía de Ignacio y de su ansia por el martirio!

Había podido enterarse de que algunos fieles de la ciudad eterna, influyentes ante las autoridades de allá, estaban dispuestas a gestionar su liberación o conmutación de la pena.

Fué aquello un verdadero toque de alarma para él: el martirio, la tan suspirada gracia de dar su sangre por Cristo, se le alejaba de las manos...

Ignacio tomó entonces la pluma y escribió a los fieles romanos en general, porque no sabía los nombres de los gestores, la carta maravillosa, de características y contenido únicos en el mundo.

Copiamos algunos párrafos y el lector verá que no es hipérbole el encomio.

Dice después de un solemne y cariñosísimo saludo :

«Por fin, a fuerza de oraciones a Dios, he podido conseguir ver vuestros rostros divinos y de tal suerte lo he conseguido que me ha sido dado más de lo que pedía. En efecto; encadenado por Cristo tengo esperanza deiros a saludar si fuere voluntad del Señor de hacerme la gracia de llegar hasta el fin... Y es que temo justamente vuestra caridad, no sea ella la que me perjudique.

Porque a vosotros, en verdad, fácil cosa es hacer lo que pretendéis; a mí, en cambio, si vosotros no tenéis consideración conmigo, me va a ser difícil alcanzar a Dios...

¡Bello es que el sol de mi vida, saliendo del mundo, trasponga en Dios a fin de que amanezca en él!

...Lo único que para mí habéis de pedir es fuerza, tanto interior como exterior, para que no sólo hable sino esté también decidido...

Por lo que a mí toca, escribo a todas las Iglesias y a todas las encarezco que yo estoy pronto a morir de buena gana por Dios con tal que vosotros no me lo impidiáis. Yo os lo suplico: no mostréis para conmigo una benevolencia importuna. Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios. Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo... Cuando el mundo no vea ya ni mi cuerpo entonces seré verdadero discípulo del Señor. Suplicad a Cristo por mí, para que por esos instrumentos logre ser sacrificado para Dios.

No os doy yo mandatos como Pedro y Pablo: Ellos fueron Apóstoles, yo no soy más que un condenado a muerte: Ellos fueron libres; yo hasta el presente soy un esclavo, mas si lograra sufrir el martirio quedaré libre de Jesucristo y resucitaré libre con El...

Ojalá goce yo de las fieras que están destinadas para mí y hago votos que se muestren rápidas conmigo. Yo mismo las azuzaré para que me devoren rápidamente y no como a algunos, a quienes amedrentadas no osaron tocar. Y si ellas no quisieren al que de grado se les ofrece yo mismo las forzaré.

Perdonadme; yo sé lo que me conviene. Ahora empiezo a ser discípulo; que ninguna cosa visible ni invisible se me oponga, por envidia, a que yo alcance a Jesucristo. Fuego, cruz, y manadas de fieras; quebrantamientos de mis huesos, descouyamientos de miembros, trituraciones de todo mi cuerpo, tormentos del diablo..., vengan sobre mí, a condición de que yo alcance a Jesucristo... De nada me aprovecharán los confines del mundo ni los reinos todos de este siglo. Para mí mejor es morir en Jesucristo que ser rey de los términos de la tierra. A aquel quiero que murió por nosotros...

Perdonadme, hermanos: no me impidáis vivir; no os empeñéis en que ya muera. No entreguéis al mundo al que sólo anhela ser de Dios: No tratéis de engañarme con lo terreno; dejadme contemplar la luz pura. Llegado allá, seré de verdad hombre. Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios. Si alguno le tiene dentro de sí, que comprenda lo que yo quiero y si sabe lo que a mí me apremia, que haya lástima de mí.

Mi amor está crucificado y no queda ya en mí fuego que busque alimentarme de materia; sí, en cambio, un agua viva que murmura dentro de mí y desde lo íntimo me está diciendo: "Ven al Padre".

No siento placer por la comida corruptible ni me atraen los deleites de esta vida. El pan de Dios quiero que es la carne de Jesucristo, del linaje de David; su sangre quiero por bebida que es amor incorruptible...

Rogad por mí para que llegue a la meta. No os he escrito según la carne, sino según la mente y sentir de Dios. Si sufriere el martirio me habéis amado, si fuere rechazado me habéis aborrecido...» (III-IX).

El martirio

Reanudando su viaje, llegó la comitiva de los condenados a muerte por Jesucristo a Tróade, él y dos clérigos más.

Nueva espera y nuevos agasajos a los mártires, al par que nuevas cartas de Ignacio.

Esta vez van dirigidas: una a la Iglesia de Filadelfia, otra a la de Esmirna y la tercera a su Obispo, el «Fidelísimo» Policarpo...

Ultimas etapas del pesado y largo viaje...

Por fin, Roma a la vista; Roma, «la gran meretriz», la que «se embriaga con la sangre de los mártires», y en cuyo anfiteatro ha de ser molido su cuerpo por los dientes de las fieras.

Un horrible escalofrío debió apoderarse de Ignacio y de sus compañeros, candidatos también al martirio, pero el gozo de ver cumplidos sus deseos y el ansia de estar con Cristo se sobrepuso.

No era para él un cadalso, sino su trono, el trono en que empezaría a reinar con Cristo.

Roma ardía entonces en las grandes fiestas.

Como todas sus semejantes eran espléndidas y duraderas. En aquel inmenso pueblo de vagos que no pedía más que pan y juegos del Circo, era frecuente protraerlas meses y meses. Esta vez duraron nada menos que 123 días.

Era el año 107. Diez mil gladiadores murieron en ellas entre los aplausos y regocijo exultante del populacho embrutecido y ahito de sangre.

Fantásticas y trágicas cazas de fieras. Perecieron 12.000 de éstas, sin que nos haya sido conservado el número de las humanas víctimas, pues eso no interesaba...

Llegó el gran día para Ignacio. Los ruegos que había hecho en su Carta a los romanos de que no estorbaran su inmolación por Cristo, habían tenido su efecto. Nadie se había querido oponer a tan ardientes y heroicos deseos, que parecían proceder de un imperativo divino.

Ignacio iba a ser una de tantas víctimas brutalmente sacrificadas.

Antes de las sangrientas cazas era costumbre arrojarles, como aperitivo, algunos desgraciados condenados a muerte; indefensos, inermes, eran pronto descuartizados por las bestias salvajes en medio del público regocijo del pueblo, que se gozaba

de ver el espanto, las contorsiones de los desgraciados entre las garras de los feroces animales.

El 18 de diciembre murieron de esta manera los dos compañeros de Ignacio, Zósimo y Rufo, los dos clérigos de Antioquía dignos del fervor y santidad de aquella gran Iglesia.

Dos días después les siguió el Obispo.

¡Espectáculo fuerte y tremendo, pero al mismo tiempo confortador!

Entre el grupo de los infelices echados al redondel para el último suplicio, se veía a un anciano. No llevaba ninguna insignia de su cargo, pero era el Obispo de Antioquía y uno de los hombres más grandes de su época y de todos los tiempos. Ha salido y avanza radiante por el Circo en busca del león o del tigre que le ha de despedazar o moler entre sus garras, como trigo de Dios...

No tuvo necesidad de azuzarles: la bestia hambrienta se lanzó sobre él y de unos zarpazos le deshizo.

Era el 20 de diciembre.

Su gran alma se remontó al cielo a estar, con Cristo, a gozar para siempre de su vista, a recibir el premio de los atletas esforzados: su cuerpo allá aparecía desgarrado, convertido en piltrafas que arrastraban y se disputaban las fieras...

Los cristianos recogieron con religiosa veneración los huesos triturados, y depositándolos en una caja los transportaron a Antioquía como sagradas reliquias y los colocaron en el Santuario de la puerta llamada de Dafne, en donde aún pudo venerarlas y exaltarlas San Juan Crisóstomo. Más tarde fueron trasladadas por Teodosio el joven al templo de la Fortuna, que cambió de nombre y se llamó en adelante Basílica de San Ignacio.

IV

SAN POLICARPO

**Discípulo de San Juan y consagrado por él Obispo de Esmirna.
— Su gran combate por la fe. — De la pira a Cristo.**

San Policarpo es la tercera gran figura del Cristianismo primitivo postapóstolico.

Como los dos anteriores es contemporáneo de los Apóstoles, con quienes trató personalmente, en particular con San Juan Evangelista.

Nació hacia el año 70 de nuestra era y ya de edad fué consagrado Obispo de su ciudad natal, Esmirna.

La tradición, de la que se hace eco Tertuliano, nos refiere que fué el mismo vidente de Patmos el que le consagró. San Jerónimo afirma también lo mismo y hace resaltar su importancia con estas palabras. «Policarpo, discípulo de San Juan Apóstol y ordenado por él Obispo de Esmirna, fué el principal de toda el Asia.»

De su fama y santidad de costumbres nos hablan también San Ireneo su discípulo, y San Ignacio mártir.

El gran Obispo de Antioquía le llama: «digno de Dios», «objeto de la vigilancia inmediata del Padre y del Señor Jesucristo» y «glorifica a Dios por haberle otorgado la gracia de ver el rostro de su amigo, del cual, ojalá, dice, me fuera dado gozar siempre».

No menos expresivas son las frases de la carta que le dirigió el gran Santo y de que ya hicimos mención:

«Te exhorto, le dice, por la gracia de que estás revestido, a que te apresures más en la carrera y los amonestes a todos a fin de que se salven. Desempeña tu cargo con toda diligencia en el cuerpo y en el espíritu. Cuida de la unidad que es el mayor de los bienes. Llévalos a todos sobre ti como a ti te lleva el Señor. Sopórtalos a todos con caridad, conforme lo haces. Vaca asiduamente a la oración. Pide mayor inteligencia aún de la que tienes. Está alerta con espíritu que desconozca el sueño. A los fieles particulares háblales a la manera de Dios. Lleva sobre ti las enfermedades de todos como perfecto atleta. Donde la fatiga es mayor, allí es también más grande el premio.»

La carta sigue apostólica y elevada y serfa necesario transcribirla toda:

«Debes anhelar a Dios con el ansia con que el piloto busca los vientos y el navegante sorprendido por la tormenta, el puerto. Sé sobrio como un atleta de Dios... Ante la herejía debes permanecer firme como el yunque bajo el martillo.» «Nada importa perder la vida si al fin se vence.»

Le aconseja, sobre todo, que gobierne con autoridad, que mande, y le da la sabia regla:

«Nada se haga sin tu consentimiento, pero nada hagas tú tampoco sin el de Dios.»

Y, finalmente, su obsesión continua, la caridad, la unión:

«Trabajad juntos los unos por los otros, luchad juntos, corred a una sufrid unidos, dormid y levantaos a la par, como administradores de Dios, como sus comensales y servidores.»

El segundo testimonio nos lo ofrece San Ireneo, como dijimos. El mismo declara con orgullo haber sido discípulo suyo siendo joven, y escuchado de sus labios autorizados las enseñanzas que le quedarán indeleblemente grabadas.

Dice en una carta a Florino, presbítero romano que se había desviado de la fe ortodoxa y caído en la herejía de los Gnósticos:

«Estas doctrinas, Florino, para decirlo suavemente, no corresponden a un sano sentir; no están acordes con la Iglesia y precipitan a quienes las siguen en la más grande impledad: ni siquiera los herejes que están fuera de la Iglesia se atrevieron a lanzarlas a la luz pública. Estas doctrinas no las trasmisieron, los ancianos anteriores a nosotros que convivieron con los apóstoles. Porque yo te vi cuando todavía era un niño, en el Asia interior junto a Policarpo, desempeñando brillante papel en la corte imperial y tratando, a la par, de ganarte la estimación de aquel.

Y es así que de lo de entonces ocurrido me acuerdo mejor que de lo que ayer mismo aconteciera, como quiera que lo que de niños aprendemos crece juntamente con el alma y se hace una cosa con ella. De tal suerte que puedo decir hasta el lugar en que el bienaventurado Policarpo se sentaba para dirigirnos la palabra; cómo entraba en materia y cómo terminaba sus instrucciones; su género de vida, la forma de su cuerpo, las pláticas que dirigía a la muchedumbre. Cómo contaba su trato con Juan y con los demás que habían visto al Señor, ya sobre sus milagros ya sobre su doctrina: todo lo cual como lo había recibido de quienes fueron testigos de vista de la vida del Verbo, Policarpo lo relataba de acuerdo con las Escrituras. Todas estas cosas no sólo las escuché entonces diligentemente por la misericordia que Dios usó conmigo, archivándolas no precisamente en el papel sino en mi propio corazón; sino que siempre, por la gracia de Dios las sigo auténticamente rumiando. Y así puedo atestiguar delante de Dios que si aquél bienaventurado y apostólico anciano hubiera oido algo de esto, hubiera lanzado un grito y tapándose los oídos y exclamando como lo tenía de costumbre ¡Oh Dios mío!, ¡para qué tiempos me has guardado!; ¡que tenga que soportar estas cosas! Y aun se hubiera escapado del lugar en que sentado o de pie hubiera escuchado los discursos...»

El último combate

Constituye indudablemente la gloria incomparable del gran Obispo de Esmirna, como lo había constituido en San Ignacio y debemos detenernos en él.

El documento que lo transmite hasta nosotros es plenamente auténtico y seguro y de autor contemporáneo al hecho: El *Martyrium*. Bello escrito merecedor de todo encomio.

Si aun ahora nos emociona y hace vibrar nuestro espíritu la sublime fortaleza demostrada por el mártir en el trance supremo de dar su vida por Cristo, lo debemos en gran parte, al benemérito escritor de quien procede, que sin pretensiones de ninguna clase, tan sobria y piadosamente supo dejarnos una narración maravillosa de todo, que será siempre una joya imperecedera en la literatura cristiana primitiva.

Puede llamarse en verdad *acta de martirio*, si bien está redactada en forma de carta que envía la Iglesia de Esmirna a las demás Iglesias para la mutua edificación.

He aquí su comienzo bello y solemne, como era de costumbre en semejantes cartas de entonces:

«La Iglesia de Dios que habita como forastera en Esmirna, a la Iglesia de Dios que vive forastera en Filomelio, y a todas las comunidades, peregrinas en todo lugar, de la santa y universal Iglesia:

Que en vosotras se multiplique la misericordia, la paz y la caridad de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo...»

A continuación da razón de la carta y señala los antecedentes del martirio.

Once cristianos de Filadelfia han sido conducidos a Esmirna para sufrir allí el martirio. Entre todos ha descollado por su valor un joven llamado *Germánico*, quien hasta azuzaba a la fiera en el anfiteatro para que se arrojara pronto contra él porque «quería cuanto antes verse libre de una vida tan sin justicia y sin ley como la que llevaban los paganos».

La muchedumbre se exasperó ante la valentía inaudita y desprecio de la muerte del cristiano y prorrumpió en alaridos: «¡Mueran los ateos! ¡A buscar a Policarpo...!»

El Procónsul Quinto Estacio Cuadrato cede a la presión de la turba y da orden de que se indague el paradero de la víctima para detenerle.

El anciano permanece sereno ante la trágica noticia; obedece, sin embargo, al apremio de los suyos, que le obligan a salir de la ciudad y ponerse a salvo.

Se retira a una granja contigua y allí se entrega el día entero a la oración, resignado en la voluntad divina.

Cedamos la palabra al *Martyrium*, pues difícilmente supliremos la unción y sublimidad sobria del relato.

«Y como persistieran las pesquisas para dar con él tuvo que trasladarse a otra finca, y momentos después se presentó la policía. Como no le hallaran, prendieron a dos esclavos, y uno de ellos, sometido a tormento, declaró su paradero. Era ya de todo punto imposible seguir oculto, una vez que los que le traicionaban pertenecían a los domésticos mismos. Por su parte, el jefe de la policía, que, por cierto, llevaba el mismo nombre que el rey de la pasión del Señor, Herodes, tenía prisa por conducir a Policarpo al estadio, para que éste alcanzara su suerte, hecho partícipe de Cristo, y los que le habían traicionado sufrieran su merecido, es decir, el castigo del mismo Judas.

Llevando, pues, consigo al esclavo, un viernes, hacia la hora de comer, salieron los pesquisidores — todo un escuadrón de caballería —, armados con las armas del caso, como si salieran tras un bandido. Y llegados que fueron, a hora ya tardía, hallaronle acostado ya en una habitacioncilla del piso superior. Todavía hubiera podido Policarpo escaparse a otro escondrijo, pero se negó diciendo: Hágase la voluntad de Dios.

Conociendo, pues, por el ruido que se oía debajo, que habían llegado sus perseguidores, bajó y se puso a conversar con ellos. Maravilláronse, éstos, al verle, de su avanzada edad y de su serenidad, y no se explicaban todo aquél aparato y afán por prender a un viejo como aquél. Al punto, pues, Policarpo dió órdenes de que se les sirviera de comer y beber en aquella misma hora cuanto apetecieran, y él les rogó, por su parte, que le concedieran una hora para orar tranquilamente. Permitiéronselo ellos, y así, puesto en pie, se puso a orar tan lleno de gracia de Dios que por espacio de dos horas no le fué posible callar. Estaban maravillados los que le oían, y aun muchos sentían remordimiento de haber venido a prender a un anciano tan santo.

Una vez que, finalmente, terminó su oración, después que hubo hecho en ella memoria de cuantos en su vida habían tenido trato con él — pequeños y grandes, ilustres y humildes, y señaladamente de toda la universal Iglesia esparsa por la redondez de la tierra —, venido el momento de emprender la marcha, le montaron sobre un pollino, y así le condujeron a la ciudad, día que era de gran sábado.

Topáronse con él en el camino el jefe de policía Herodes y su padre Nicetas, los cuales, haciéndole montar en su coche y sentándole a su lado, trataban de persuadirle, diciendo: «Pero qué inconveniente hay en decir: «César es el Señor», y sacrificar y cumplir los demás ritos y con ello salvar la vida?»

Policarpo, al principio, no les contestó nada; pero como volvieran a la carga, les dijo finalmente: «No tengo intención de hacer lo que me aconsejáis.»

Ellos, entonces, fracasados en su intento de convencerle por las buenas, se desataron en palabras injuriosas y le hicieron bajar precipitadamente del coche, de suerte que, según bajaba, se hirió en la espinilla. Sin embargo, sin hacer caso de ello, como si nada hubiera pasado, caminaba ahora a pie animosamente, conducido al estadio. Y era tal el tumulto que en éste reinaaba, que no era posible entender a nadie.

Al tiempo que Policarpo entraba en el estadio, una voz sobrevino del cielo que le dijo: «Ten buen ánimo, Policarpo, y pórtate varonilmente». Nadie vió al que esto dijo; pero la voz la oyeron los que de entre los nuestros estaban presentes. Seguidamente, según le conducían al tribunal, levantóse un gran tumulto al correrse la voz de que habían prendido a Policarpo. Venido, en fin, a presencia del procónsul, preguntóle éste si era él Policarpo.

Respondiendo el mártir afirmativamente, trataba el procónsul de persuadirle a renegar de la fe, diciéndole:

— Ten consideración a tu avanzada edad — y otra cosas por el estilo, según es costumbre suya decir, como: "Jura por el genio del César. Muda de modo de pensar; grita ¡Mueran los ateos!"

A estas palabras, Policarpo, mirando con grave rostro a toda la chusma de paganos sin ley que llenaban el estadio, tendiendo hacia ellos la mano, dando un suspiro y alzando sus ojos al cielo, dijo:

— Sí, ¡mueran los ateos!

— Jura y te pongo en libertad. Maldice de Cristo.

Entonces Policarpo dijo:

— Ochenta y seis años hace que le sirvo y ningún daño he recibido de El; ¿cómo puedo maldecir de mi Rey, que me ha salvado?

Como nuevamente insistiera el procónsul, diciéndole:

— Jura por el genio del César.

Respondió Policarpo:

— Si tienes por punto de honor hacerme jurar por el genio, como tú dices, del César y finges ignorar quién soy yo, óyelo con toda claridad: Yo soy cristiano. Y si tienes interés en saber en qué consiste el cristianismo, dame un día de tregua y escúchame.

Respondió el procónsul:

— Convence al pueblo.

Y Policarpo dijo:

— A ti te considero digno de escuchar mi explicación, pues nosotros profesamos una doctrina que nos manda tributar el honor debido a los magistrados y autoridades, que están por Dios establecidas, mientras ello no vaya en detrimento de nuestra conciencia; mas a ese populacho no le considero digno de oír mi defensa.

Dijo el procónsul:

— Tengo fieras a las que te voy a arrojar si no cambias de parecer.

Respondió Policarpo:

— Puedes traerlas, pues un cambio de sentir de lo bueno a lo malo, nosotros no podemos admitirlo. Lo razonable es cambiar de lo malo a lo justo.

Volvió a insistirle:

— Te haré consumir por el fuego, ya que menosprecias las fieras, como no mudes de opinión.

Y Policarpo dijo:

— Me amenazas con un fuego que arde por un momento y al poco rato se apaga. Bien se ve que desconoces el fuego del juicio venidero y del eterno suplicio que está reservado a los impíos. Mas, en fin, ¿a qué tardas? Trae lo que quieras.

Mientras estas y otras muchas cosas decía Policarpo, veíanle lleno de fortaleza y alegría, y su semblante irradiaba tal gracia que no sólo no se notaba en él decaimiento por las amenazas que se le dirigían, sino que fué más bien el procónsul quien estaba fuera de sí y dió, por fin, orden a su heraldo, que, puesto en la mitad del estadio, diera por tres veces este pregón:

— ¡Policarpo ha confesado que es cristiano!

Apens dicho esto por el heraldo, toda la turba de gentiles, y con ellos los judíos que habitaban en Esmirna, con rabia incontenible y a grandes gritos, se pusieron a vociferar:

— Ese es el maestro del Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, el que ha inducido a muchos a no sacrificarles ni adorarlos.

En medio de este vocero, gritaban y pedían al asiarcá Felipe que soltara un león contra Policarpo. Mas el asiarcá les contestó que no tenía facultad para ello, una vez que habían terminado los combates de fieras. Entonces dieron todos en gritar unánimemente que Policarpo fuera quemado vivo. Y es

que tenía que cumplirse la visión que se le había manifestado sobre su almohada, cuando la vió, durante su oración, abrasarse toda, y dijo proféticamente, vuelto a los fieles que le rodeaban: "Tengo que ser quemado vivo".

La cosa, pues, se cumplió en menos tiempo que el que cuesta contarla, pues al punto se lanzó el populacho a recoger de talleres y baños madera y leña seca, dándose, sobre todo, los judíos manos a la labor con el singular fervor que en esto tienen de costumbre.

Preparada que fué la pira, habiéndose Policarpo quitado todos sus vestidos y desechidose el cinturón, trataba también de descalzarse, cosa que hubiera podido hacer antes, cuando todos los fieles tuvieran empeño en prestarle este servicio, porfiando sobre quién tocaría antes su cuerpo. Porque, aun antes de su martirio, todo el mundo le veneraba por su santa vida.

En seguida, pues, fueron colocados en torno a él todos los instrumentos preparados para la pira. Mas como se le acercaran también con intención de clavarle en un poste, dijo:

— Dejadme tal como estoy, pues el que me da fuerzas para soportar el fuego, me la dará también, sin necesidad de asegurarme con vuestros clavos, para permanecer inmóvil en la hoguera.

Así, pues, no le clavaron, sino que se contentaron con atarle. El entonces, con las manos atrás y atado como un carnero egregio, escogido de entre un gran rebaño preparado para holocausto acepto a Dios; levantados sus ojos al cielo, dijo:

“Señor Dios omnipotente:

Padre de tu amado y bendecido siervo Jesucristo, por quien hemos recibido el conocimiento de ti; Dios de los ángeles y de las potestades, de toda la creación y de toda la casta de los justos, que viven en presencia tuya:

Yo te bendigo, — porque me tuviste por digno de esta hora, — a fin de tomar parte, contado entre tus mártires, — en el cáliz de Cristo — para resurrección de eterna vida, en alma y cuerpo, — en la incorrupción del Espíritu Santo: — ¡Sea yo con ellos recibido hoy en tu presencia — en sacrificio pingüe y aceptable, — conforme de antemano me lo preparaste — y me lo revelaste y ahora lo has cumplido, — Tú, el infalible y verdadero Dios. — Por lo tanto, yo te alabo por todas las cosas, — te bendigo y te glorifico, — por mediación del eterno y celeste Sumo Sacerdote, — Jesucristo, tu siervo amado, — por el cual sea gloria a Ti con el Espíritu Santo, ahora y en los siglos por venir. Amén.”

De la pira a Cristo

Apenas hubo enviado al cielo su amén y concluida su súplica, los ministros de la pira prendieron fuego a la leña. Y en aquel punto, levantándose una gran llamada, vimos un prodigo aquellos a quienes fué dado verlo; aquellos, por lo demás, que hemos sobrevivido para poder contar a los demás lo sucedido.

El caso fué que el fuego, formando una especie de bóveda, como la vela de un navío henchida por el viento, rodeó por todos lados como una muralla el cuerpo del mártir, y estaba en medio de la llama no como carne que se asa, sino como pan que se cuece o cual oro y plata que se acendra al horno. Y a la verdad, nosotros percibimos un perfume tan intenso cual si se levantara una nube de incienso o de cualquier otro aroma precioso.»

V

LAS NOTAS DE LA IGLESIA NACIENTE (I)

Unidad y jerarquía. — Testimonios unánimes de Cristo, los Apóstoles y Padres apostólicos. — El Primado romano.

Detengámonos un instante para contemplar por dentro y en mirada de conjunto, la gran sociedad cuyo desenvolvimiento, seguro y avasallador, hemos venido admirando a través de estas páginas.

Cristo, su fundador, la llamó aun antes de nacer, *Iglesia* y ese es el nombre que prevaleció y se perpetuó después.

Podemos definirla: «La reunión o corporación de todos los fieles», o mejor, «la Sociedad de los creyentes en Cristo, seguidores de sus enseñanzas y de su espíritu».

De esta Iglesia así constituida dice San Pablo que es «columna y firmamento de la verdad» (I Tim. III, 15) y también un cuerpo místico cuya cabeza es él mismo y tan amada de El, que por su causa «se entregó a sí mismo a la muerte para hacerla toda hermosa, sin mancha y sin arruga» (Efes. V, 27).

Una de sus notas más características y esenciales es la

Unidad

Nada más patente que ella en el evangelio y en la tradición. Cristo habla a Pedro y le dice:

«Tú eres Pedro y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia.»
«...Mi Iglesia, no mis Iglesias; no muchas sino una...»

De la misma manera se nos habla en todo el Nuevo Testamento:

«Saulo perseguía sobremanera a la Iglesia»,

dicen los *Hechos* y hablando de sí el Apóstol añade:

«Yo soy el último de los Apóstoles y aun indigno de ser llamado apóstol porque persegui la Iglesia de Dios.» «Varones, amad a vuestras esposas como Cristo a su Iglesia.»

Y mientras Pedro estaba preso en la cárcel nos dicen los *Hechos* que «se hacía oración por él sin intermisión en la Iglesia.»

Ni sentido hubiera tenido siquiera la pluralidad de Iglesias, en los orígenes de la religión cristiana.

Se nos habla sí, de la «Iglesia de Jerusalén, de Antioquía, de Esmirna, de Laodicea, de las siete Iglesias del Asia...», pero a nadie se le ocurrió pensar que se trataba de diversas Iglesias en el pleno sentido de la palabra. Era una misma, idéntica Iglesia que habitaba en diferentes lugares: La Iglesia de Dios que moraba en Roma, en Efeso, en Corinto, pero con la misma doctrina, los mismos sacramentos, idénticos fines e ideales.

El sentir, o mejor, la fe de las primeras Comunidades cristianas es la misma.

Ya vimos cómo se encabezaba la epístola de San Clemente Romano a los corintios:

«La Iglesia de Dios que habita como forastera en Roma, a la Iglesia de Dios que habita como forastera en Corinto.»

Y San Ignacio mártir:

«Ignacio por sobrenombrado portador de Dios... a la Iglesia... que está en Efeso, mi saludo cordialísimo.» Y S. Policarpo: «Policarpo y los Presbíteros que están con él, a la Iglesia de Dios que habita como forastera en Filipo.»

¿Qué hubieran dicho los Apóstoles, o los primitivos cristianos, ante el laberinto de Iglesias de hoy? Iglesia Rusa, Iglesia Griega ortodoxa, y sobre todo las mil protestantes, enemigas las unas de las otras.

Y muchas con distintos credos, con dogmas totalmente opuestos, aun en los puntos más esenciales, como la divinidad de Cristo, la jerarquía, el régimen de la misma.

Sin duda que hubieran quedado perplejos y escandalizados, al par que llenos de la más honda tristeza. Se repetía, pero con infinita más gravedad, el caso de los Corintios:

«Yo soy de Apolo, yo de Cefas, yo de Pablo... ¿Por ventura se ha dividido Cristo?»,

gritarían angustiados.

«Una sola fe, un solo bautismo, un solo Cristo» (Efes. IV, 5).

Nuestros pecados han traído la indigna y funesta división. Las pasiones humanas han hecho fracasar, si se permite la palabra, a Cristo. El rogó al Padre en su oración sacerdotal en la noche de la última Cena:

«Para que fuesen todos los que habían de creer en su palabra *una misma cosa*, y llegaran a la *consumación de la unidad*; añadió que en eso se había de conocer que éramos cristianos en sí nos amábamos mutuamente....»

Los primitivos cristianos eran uno; «tenían un solo corazón y una sola alma»; los Apóstoles anatematizaban las escisiones, las contenciones, los cismas... ¿Qué hemos hecho?

El maligno es el que ha sembrado la cizaña.

¡Ay del mundo por causa de los escándalos! pero ¡ay! sobre todo, de aquellos por quienes el escándalo ha venido! ¡Ay de aquellos que por pasiones inconfesables, por su soberbia y mala vida, han escindido la fe, el cuerpo místico de Cristo, apartándose de la única y verdadera Iglesia.

La jerarquía

No aparece menos clara en todo el Nuevo Testamento y en los primeros cristianos.

Ya desde el comienzo se presenta la Iglesia en forma de Sociedad perfectamente constituida, con sus jefes y autoridades, que mandan, enseñan y dirigen. Estos son los Apóstoles en primer término y después los Obispos, presbíteros y diáconos elegidos por ellos inmediatamente o por la comunidad de fieles, y «puestos por el Espíritu Santo, en frase de San Pablo, para regir y gobernar a su Iglesia».

Más particularmente aún: podemos distinguir entre ellos un jefe superior, a quien todos, apóstoles y fieles reconocen como autoridad suprema: Este es San Pedro a quien Cristo por sí mismo da la gran investidura.

Los demás Apóstoles trabajan también incansablemente y tienen autoridad en su línea y predicar y esparcen la buena nueva por el mundo. Fruto de su labor y su celo, surgen nuevas cristianidades, en Samaria, en Jope, en Lida, en Antioquía, en toda el Asia Menor, en Chipre, en Efeso, en Corinto, en Roma, en España... La mayor parte de las veces marchan a otras ciudades a «predicar la palabra» después de fundar las Iglesias, pero no las dejan acéfalas, sin gobierno. Tomando como modelo, en

parte al menos, la organización de las Sinagogas judías, nombran una especie de Senado, el *Presbiterio*, junta jurídica de gobierno, al frente del cual ponen a un Presidente o Intendente principal, el *Obispo*, a las órdenes del cual y para la administración de los asuntos materiales y obras de caridad y aun para el ministerio de la palabra y asistencia litúrgica, crean otro cuerpo de gran utilidad y prestancia, el de los *diáconos* o ministros.

A todas esas autoridades nombradas directamente por los Apóstoles o mandadas elegir por las Iglesias, ordena San Pablo a los fieles de Corinto: «*Obedeced a vuestros superiores, pues ellos velan por vosotros como quienes han de dar cuenta de vuestras almas*». Y a Tito y a Timoteo, creados por él Obispos, les manda *predicar, corregir y castigar a los desobedientes y discolos*.

Los Padres Apostólicos

De nuevo acudimos a ellos y no lo extrañará el lector consciente de su importancia en la materia.

Todos son verdaderos campeones de la obediencia y respeto a las autoridades constituidas en las Iglesias.

En *San Clemente* nos acordamos de la rebelión de Corinto ya mencionada y de su famosa carta a aquella Iglesia en que llama la sedición ocurrida allí «abominable e impía» y a los que la suscitaron «temerarios y arrogantes, gentes soberbias a quienes no pertenece Jesucristo».

Pone la subordinación del ejército como modelo y preconiza el origen divino de la jerarquía con palabras tan sabias como terminantes».

«El Señor Jesucristo, dice, nos envió a sus Apóstoles como mensajeros de la buena nueva: Jesucristo fué enviado por el Padre: luego Cristo viene de Dios y los Apóstoles, de Cristo; ambas misionesemanan armoniosamente de la voluntad de Dios. Los Apóstoles, adoctrinados por Nuestro Señor Jesucristo y plenamente convencidos por su resurrección, alentados por la palabra de Dios y asistidos por el Espíritu Santo, lánzanse a predicar el Evangelio, el advenimiento del reino de Dios. Después de haber predicado por campos y ciudades, eligieron las primicias, santificados por el Espíritu Santo para confiarles los cargos de Obispos y de diáconos de los futuros creyentes» (XLII).

«Supieron nuestros Apóstoles por revelación del Señor Jesús que se suscitarían querellas en razón de la dignidad episcopal, y por esa presciencia perfecta, instituyeron a los que acabamos de decir y establecieron luego la norma de que, al morir aquéllos, otros hombres probados les sucederían en el ministerio. No podemos, pues, despojarles de su dignidad a los que fueron instituidos por los apóstoles o por hombres eminentes, con la aprobación de toda la Iglesia» (XLIV).

«Obedezcamos, por tanto, a su santísimo y glorioso nombre, para no incurrir en las amenazas predichas por la Sabiduría contra los inobedientes.. Aceptad nuestro consejo y no os arrepentiréis.. Mas si algunos desobedecieren a las amonestaciones que por nuestro medio os ha dirigido el mismo, sepan que se harán reos de no pequeño pecado y se exponen a grave peligro» (LIX).

San Ignacio mártir

Parece inútil querer insistir.

En casi todas sus cartas repite encarecidamente y aun machaconamente, la obediencia y sumisión de los fieles a sus respectivas autoridades eclesiásticas.

No podemos detenernos en todas, pero es preciso mencionar el famoso pasaje de la carta a los de Filadelfia.

Estando en esta ciudad, de paso hacia Roma para su martirio, fué sorprendido en su buena fe y llevado al conventículo de unos cuantos sediciosos, rebelados contra su obispo y autoridades.

Al enterarse de lo que se trataba en él, no pudo callar sino que protestó enérgicamente, dando incluso un fuerte grito.

«Porque si es cierto, dice, que algunos quisieron engañarme, según la carne, mas el Espíritu no se extravía como quiera que procede de Dios, porque él sabe de dónde viene y a dónde va y arguye hasta lo escondido.

Así, estando en medio de ellos de un grito, clamé con fuerte voz, con voz de Dios. "Atención a vuestro obispo, al Colegio de los Presbíteros y a los diáconos". Clerto que hubo quien sospechó que yo lo dije por saber de antemano la escisión de alguno de ellos, pero pongo por testigo a aquel por quien llevo estas cadenas, que no lo supe por hombre; fué más bien el Espíritu el que dió este pregón: "Sin el Obispo nada hagáis. Guardad vuestra carne como templo de Dios. Amad la unión; huid las escisiones. Sed imitadores de Jesucristo como también El lo es de su Padre"» (VII, 1-2).

El Primado romano

Es, como bien se sabe, el punto culminante de la Jerarquía de la Iglesia.

Los católicos lo admitimos sin vacilar por una razón histórica, ante todo: San Pedro, el poseedor nato de la autoridad suprema, otorgada por el mismo Cristo, terminó su vida en la capital del Imperio con glorioso martirio; es natural, pues, que sus sucesores en aquella sede, heredaran la gran prerrogativa.

Lo aceptamos también por otro motivo evidente de razón. El Papado es una necesidad absoluta en la Iglesia. Sin él no puede darse ni unidad ni buen gobierno en toda ella, como lo están demostrando, a las claras, las mil sectas disidentes protestantes y la triste situación de los cismáticos.

¿En dónde, pues, encontrarlo?

Sólo en el Obispo de Roma.

El gran San Ireneo, cuya autoridad hemos aducido tantas veces, es en la Iglesia primitiva, el que más clara y terminantemente nos ha dejado constancia del hecho.

Recordemos el principio básico sobre el que apoya toda su argumentación contra las novedades de los herejes: *La tradición.*

«Los Apóstoles, dice, son los que recibieron la verdad evangélica de los labios mismos del divino fundador del Cristianismo. Ellos aceptaron de parte del mismo el encargo y mandato apremiante de predicar la palabra por el mundo, como lo hicieron puntualmente esparciéndose por la tierra y padeciéndolo infinitas penalidades...

Sólo puede ser regla de fe, por tanto, lo que ellos enseñaron de palabra o por escrito, o lo que traspusieron los primeros cristianos en las Iglesias fundadas por los mismos. A esos cristianos, a esas Iglesias hay que dirigirse para saber la verdad...

No es posible ni necesario traer las listas episcopales de todas las Iglesias apostólicas: Bástanos aducir una: la más grande y antigua y fundada por los apóstoles Pedro y Pablo: La Iglesia romana.

Los fundadores de esta Iglesia dejaron, al morir, el gobierno de ella a Lino; a éste sucedió Anacleto; el tercero en el episcopado, después de los Apóstoles, quien los vió y convivió con ellos y oyó su predicación, fué Clemente, a quien sucedió Evaristo, Alejandro, Sixto, Telesforo, Higinio, Pío, Aniceto, Sotero. Finalmente Eleuterio que tiene hoy el Episcopado de Roma y es el Duodécimo sucesor de los Apóstoles...

Esta sucesión es el canal por donde la tradición de la Iglesia y el anuncio de la verdad ha llegado hasta nosotros.»

Y concluye: «la Iglesia de Roma, en consecuencia, gloriosa entre todas es la norma a la cual todos deben sujetarse a causa de su más poderosa principalidad.»

Bien claro es el testimonio.

El que está con la Iglesia de Roma, con su Obispo, con el Papa, está con la tradición, con la vena de la verdad derivada por sucesión pura y legítima de sus orígenes; el que de ella se aparta se aparta de la verdadera fe y cae en el error.

Los Pontífices romanos, por su parte, y las diversas Iglesias, tienen conciencia de ello. Por eso es llamado o se inmiscuye por propia autoridad, en la rebelión de la Iglesia de Corinto y le escribe su carta fuerte y autoritaria; por eso San Policarpo acude a Roma a tratar con el Papa San Sotero la cuestión de la fecha de la Pascua y, aunque es de contrario parecer, se acomoda a la decisión del Pontífice que se impone a todas las Iglesias del Asia.

LAS NOTAS DE LA IGLESIA NACIENTE (II)

La caridad. — El Gran Precepto y su cumplimiento en la primitiva Iglesia. — La caridad en el paganismo. — Herculano y Pompeya.

Una de las notas que más distinguieron al Cristianismo en sus comienzos, fué la de la caridad.

El paganismo no conocía el verdadero amor al prójimo. Se amaba en él al pariente, al amigo; se amaba por simpatía, por egoísmo, pero no con el amor desinteresado cristiano; al hombre por el hombre y por Dios.

El «homo homini lupus», el hombre es un lobo para otro hombre, vigía en toda su crudeza aterradora, cubriendo con un velo trágico y feral las relaciones humanas.

Platón llegó a desterrar al pobre de su ideal república; Aristóteles afirmaba que era necesario perseguirle como a un perro sarnoso; Cicerón expresó su desprecio del mismo con aquella sangrienta frase que tan poco le acredita: «detrás de un mostrador o en un taller, ¿puede haber algo digno?» Y Séneca, finalmente, llegó al extremo de llamar a la compasión y misericordia «una debilidad y vicio del alma».

Cristo y la caridad

El fundador del Cristianismo venía a renovar la faz de la tierra en este punto, como en tantos otros, y lo realizó plenamente.

Jamás había hablado nadie de la gran virtud en el mundo como él.

Un día estaba predicando a las turbas cuando un doctor le preguntó:

«Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna? Dijole Jesús: ¿Qué es lo que se halla escrito en la Ley?, ¿qué es lo que en ella lees? Respondió él: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente: y al prójimo, como a ti mismo. Replicóle Jesús: Bien has respondido: haz eso y vivirás. Mas él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?

Entonces Jesús, tomando la palabra, dijo: Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, que le despojaron de todo, le cubrieron de heridas y se fueron, dejándole medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote; y aunque le vió, pasóse de largo; igualmente un levita y a pesar de que se halló vecino al sitio, y le miró, siguió también su camino. Pero un pasajero de nación samaritano llegóse adonde estaba, y viéndole, movióse a compasión. Y arrimándose, vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino: y subiéndole en su cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos denarios y dióslos al mesonero, diciéndole: Cúdame este hombre; y todo lo que gastares de más, yo te lo abonaré a mí vuelta.

«Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues anda, dijole Jesús y haz tú otro tanto» (Lc. X, 30 s.).

Carta magna de la caridad se ha llamado a esta parábola y nada hay, en efecto, más completo y significativo en la materia.

En ella simbolizó maravillosamente Cristo la importancia, la esencia y la extensión de la caridad. Es juntamente con el amor a Dios lo primero y más sustancial de la ley.

Consiste no precisamente en palabras ni en estériles miradas y sentimientos, sino en obras, en el ejercicio y práctica de la misericordia con el prójimo y abraza no sólo al pariente y al amigo, sino a la humanidad entera. Todos los humanos somos prójimos unos de otros; basta ser hombre, tener nuestra naturaleza, nuestra carne, para ser ya hijo de Dios y hermano nuestro, digno, por tanto, de nuestro amor. No se excluye al extranjero ni al enemigo.

El buen Samaritano no vió en el que había caído en manos de ladrones, a un judío enemigo de su religión y de su patria; vió a un prójimo, a un hombre como él y esto bastó para que se moviera a ayudarle y socorrerle.

No menos significativo y profundo es el pasaje del juicio universal. En él llega el Salvador a hacer del pobre representante especialísimo suyo y, en cierto modo, como a reencarnarse en él.

«Cuando venga, dice, el Hijo del hombre con toda su majestad y acompañado de todos sus ángeles, se sentará en el trono de su gloria y hará comparecer delante de él a todas las naciones, y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos: y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda. Entonces el rey dirá a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que

os está preparado desde el principio del mundo. Porque yo tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: era peregrino, y me hospedasteis: estaba desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; encarcelado, y vinisteis a verme y consolarme. A lo cual los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino, y te hospedamos; desnudo, y te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y fuimos a visitarte? Y el rey, en respuesta, les dirá: En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis. Al mismo tiempo dirá a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo, y sus ángeles: porque tuve hambre, y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; era peregrino, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y encarcelado, y no me visitasteis. A lo que replicarán también los malos: ¡Señor! ¿Cuándo te vimos hambriento, o sediento, o desnudo, o enfermo, o encarcelado, y dejamos de asistirte? Entonces les responderá: Os digo en verdad: siempre que dejasteis de hacerlo con alguno de estos pequeños dejasteis de hacerlo conmigo. Y en consecuencia irán éstos al eterno suplicio y los justos a la vida eterna» (Mt. XXV, 31, 3).

¡Hermosas palabras, jamás oídas en el mundo! ¡El pobre, lugarteniente de Dios!

En el fundador del Cristianismo advertimos ya desde el principio una jerarquía de valores distinta de la del mundo.

Entonces, como siempre, se estimaba entre los hombres, al rico, al poderoso, a los grandes en dignidad; por el contrario, se desdeñaba al pobre, al humilde, a la turba: Cristo lo estima todo eso de opuesta manera:

«Bienaventurados los pobres, dice, porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los mansos, los misericordiosos, los que padecen persecución por la justicia.»

Quiso nacer de una Madre pobre, en un establo, vivir y trabajar en un taller como hijo de un carpintero... Escogió como compaños y confidentes a pobres y rudos pescadores; sus auditórios de predicación fueron asimismo, los humildes hijos del pueblo, los trabajadores a quienes amaba entrañablemente y de quienes entrañablemente también fué correspondido. Realizó sus grandes milagros mayormente con los desvalidos, los ciegos, los paralíticos, los leprosos... A la viuda de Naím le resucitó al hijo único, conmovido de sus lágrimas cuando le llevaban a enterrar; a las turbas, que infatigables le habían seguido tres días, les dió de comer en el desierto, compadecido de ellas; mientras condenó al infierno al rico Epulón por su inclemencia con el pobre y enfermo Lázaro.

La caridad en el Cristianismo

Es natural que los discípulos siguieran al Maestro y que su gran obra, el Cristianismo, fuera heredero de su espíritu.

Así apareció ya desde el comienzo.

Jamás se viera en el mundo una tal floración de caridad.

Dos hechos sobresalen y se imponen por sí solos: La *vida común* entre los primeros cristianos y la *perfecta solidaridad* que reinó entre ellos.

Acerca de lo primero nos dicen los *Hechos* (IV, 32 s.) estas palabras ya citadas en otra parte:

«Toda la multitud de los fieles tenía un mismo corazón, y una misma alma: ni había entre ellos quien considerase como suyo lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.

Los apóstoles con gran valor daban testimonio de la resurrección de Jesucristo, Señor nuestro; y en todos los fieles resplandecía la gracia con abundancia.

Así es que no había entre ellos persona necesitada; pues todos los que tenían posesiones o casas, vendiéndolas, traían el precio de ellas, y lo ponían a los pies de los apóstoles, el cual después se distribuía según las necesidades de cada uno.

De esta manera José, a quien los apóstoles pusieron el sobrenombre de Bernabé (esto es, hijo de consolación, o consolador), que era levita y natural de la isla de Chipre, vendió una heredad que tenía, y trajo el precio, y lo puso a los pies de los apóstoles.»

No conocemos en la Historia ningún hecho semejante a éste, que parece estar aun por encima de las posibilidades de la naturaleza humana y sus apetencias y egoísmo.

Un nuevo mundo renacía, una humanidad de nuevas miras y sentimientos.

La *solidaridad* fué más notable todavía por haber sido más universal y duradera.

Es lo que más asombraba a los gentiles.

El gran amor que los cristianos se tenían mutuamente los hacía mirarse todos como de familia, pero de familia ideal con perfecta unión y ayuda recíproca.

Los judíos de la diáspora la habían tenido también con sus correligionarios, pero el Cristianismo la superó inmensamente, llevándole la ventaja, en que el socorro prestado era de corazón y con la espontaneidad y amor de hermanos.

La *hospitalidad* era una de las formas típicas y recomendadas: «acoger al hermano peregrino». La *Didaché*, lo mismo que San Pablo y todo el Nuevo Testamento, habla de ello repetidas

veces, hasta quedar grabada en la conciencia de todos como una de las más bellas obras de misericordia.

Luego, la *limosna*. El judaísmo la tenía en gran aprecio y fué predicación continua de los Profetas en contra del apego desmedido al dinero y el amor al lucro tan típico de la raza.

Pero también en esto fué superado por la nueva religión.

Los *Hechos* nos hablan de las *colectas* de Antioquía y de otros sitios para los hermanos pobres en general y particularmente para los de Jerusalén. Las diversas Iglesias tenían una caja en la que los fieles, según las posibilidades de cada uno, daban el domingo para subvenir las necesidades de los otros. San Pablo, en su carta a los Corintios (I, XVI, 12), las recomienda expresamente.

Las Iglesias ricas tenían la obligación de ayudar a las más pobres y el Apóstol insiste también en ello.

«Instad en la oración, dice a los romanos, socorred a los santos en sus necesidades» (XII, 13).

Hermosa caridad cristiana que hizo exclamar al mismo Harnack: «¡Qué continuidad de relaciones recíprocas entre las comunidades, qué unidad tan grande de corazones, qué solidaridad tan fraternal! Los subsidios en dinero ocupaban un lugar secundario al lado de los testimonios de la reciprocidad personal que unía entre sí a comunidades enteras y las hacía consolarse y auxiliarse unas a otras y compartir sus dolores y sus gozos.»

De los gentiles es la frase aplicada a los cristianos: «He ahí cómo se aman» y Juliano el Apóstata los ponía como ejemplo que los gentiles debían imitar en su generosidad y largueza en socorrer a los pobres y ayudarse mutuamente.

Surgió lo que era natural, la más espléndida y espontánea germinación de obras de misericordia que jamás se haya visto. Un río que inundó toda la tierra y la hizo cambiar de faz.

Herculano y Pompeya

Conocida es en la historia la catástrofe del epígrafe.

Eran dos ciudades florecientes, con bellas fincas de recreo, en las faldas del Vesubio, pertenecientes a la aristocracia romana.

Un día, el año 73 de nuestra era, sintieron sus habitantes, de improviso, trepidar el suelo bajo sus pies; eran los fatídicos prenuncios de una erupción, la más espantosa de su historia. Instantes después pudieron ver despavoridos, una densa y obs-

cura nube de humo, surcada de líneas rojas, que subía ininterrumpida hacia el firmamento.

Llegada a lo más alto se expandió en forma de palmera, y los miles de toneladas de lava negra que llevaba en su seno, empezaron su pavoroso descenso.

Pocos minutos bastaron para la hecatombe más tremenda.

Ambas ciudades quedaron sepultadas bajo el horrible sudario de cenizas, sin que quedara en la vasta extensión ni siquiera rastro de las mismas.

En 1748 aparecieron unas estatuas y ellas fueron el punto de partida de grandes excavaciones subsiguientes.

Removidos los estratos de lava que, en algunos sitios llegaban hasta nueve metros de espesor, aparecieron las ruinas de las ciudades infortunadas, de las que ya no se tenía ni siquiera memoria: el trazado de sus calles, el foro, muchos y grandes monumentos. Parecían sombras del pasado que se levantaban de su tumba en donde habían yacido más de quince siglos y se asomaban a la vida y civilización moderna...

Pues bien y es lo que más hace a nuestro caso. Entre los escombros removidos aparecieron termas, teatros, templos y palacios en gran número...

Una cosa faltaba, sin embargo, la huella de la beneficencia pagana: Ni un Asilo, ni un Hospital, ni una casa de Misericordia...

La cosa se presta a las más hondas reflexiones.

Si el día de hoy sucediera una catástrofe semejante, aparecerían sí en nuestras ciudades, templos, palacios y cines, pero también y en proporciones notables, monumentos de caridad y valimiento al pobre: Orfanatos, Hospitales, casas de Beneficencia.

En Herculano y Pompeya no aparecen porque sencillamente no los había.

En el paganismismo era exótica la flor de la caridad.

San Juan Crisóstomo fundó en Constantinopla el primer Hospital de que se tiene memoria: imitóle el Papa y erigió varios en la ciudad eterna. Fueron los primeros impulsos que se propagaron a toda la cristiandad.

Los Lazaretos, Orfanatos, Casas de Misericordia y Beneficencia. Asilos para ancianos y para niños, Leproserías...: obras son todas de ella.

Ni nos contentemos con mirar por fuera la magnificencia de los edificios; veamos también y sobre todo, a los que los sirven: Todo un ejército de héroes y de heroínas de la religión, verdaderos ángeles de caridad, de vírgenes consagradas al servicio de

Dios en sus pobres. La lista es interminable. Hermanos de San Juan de Dios u Hospitalarios, Camilos, Hijas de la Caridad... Hermanitas de los ancianos... He aquí lo que podría constituir una magnífica exposición de la Iglesia.

¿Qué sociedad, qué institución ha hecho jamás en el mundo una centésima parte de lo que ha hecho ella por el pobre, por el desvalido, por el enfermo? *Curam illius habe*, ten cuidado de él, del pobre, del necesitado: Es la voz de Cristo que repercute continuamente en sus oídos y la alienta y le da nuevos bríos y heroísmos.

Todo lo que hay de beneficencia y caridad en la sociedad moderna, o es obra cristiana netamente, o inspirada en ella y resonancia de su espíritu.

VII

LAS NOTAS DE LA IGLESIA NACIENTE (III)

La oración. — Enseñanzas y ejemplo del Maestro. — Apóstoles y primeros creyentes.

Nada más recomendado por el fundador del Cristianismo que la comunicación con Dios, con el Padre que está en los cielos, por la oración.

De Él es la sentencia de que:

«Conviene orar siempre y nunca desfallecer» (Lc. XVIII, 9).

El enseñó hasta la fórmula de la oración, el «Padre Nuestro», la más sublime que jamás se haya pronunciado en la tierra (Mt. VI, 9).

El prescribe como disposición del alma del que ora, la humildad, la verdad sincera en contraposición de los fariseos hipócritas que oran para que les vean:

«Asimismo cuando oráis, no habéis de ser como los hipócritas, que de propósito se ponen a orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, al contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre, y tu Padre, que ve lo secreto, te premiará» (Mt. VI, 15 s.).

El expuso la confianza con que se ha de orar a Dios, como a verdadero Padre:

«Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad, y os abrirán. Porque todo aquel que pide, recibe: y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Hay por ventura alguno entre vosotros que, pidiéndole pan un hijo suyo, le dé una piedra? ¿O que si le pide un pez, le dé una culebra? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos: ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las pidan?» (Mt. VII, 7 s.).

La insistencia en la oración nadie la ha expresado más gráfica y hermosamente que Él en la incomparable parábola del huésped importuno:

«Dijoles también: Si alguno de vosotros tuviese un amigo y fuese a él a medianoche y le dijese: Amigo, préstame tres panes, porque otro amigo mío acaba de llegar de viaje a mi casa y no tengo nada que darle. Aunque aquél desde adentro le respondía: No me molestes: la puerta está cerrada y mis criados están como yo acostados; no puedo levantarme a dártelos. Si el otro porfiaba en llamar y más llamar, yo os aseguro que cuando no se levantase a dárselos por razón de su amistad, a lo menos por librarse de su impertinencia, se levantaría al fin, y le daría cuantos hubiere menester. Así os digo yo: Pidid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad, y se os abrirá» (Lc. XI, 5-9).

No menos gráfica y significativa es la del fariseo y del publicano, en que tan magistralmente expone la primera cualidad que ha de tener toda oración dirigida a Dios por el hombre peca dor: la *contrición* y la *humildad*.

«Dijo, asimismo, a ciertos hombres, que presumían de justos y despreciaban a los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios!, yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros: ni tampoco como este publicano: ayuno dos veces a la semana: pago los diezmos de todo lo que poseo. El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo: sino que se daba golpes de pecho, diciendo: Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador. Os aseguro, pues, que éste volvió a su casa justificado, mas no el otro: porque todo aquel que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado» (Lc. XVIII, 9-14).

Ni enseñó sólo con la palabra el gran Maestro, sino que precedió con el más cumplido ejemplo.

Nadie más piadoso que Él en su comunicación con el Padre.

Antes de comenzar su vida pública se retira al desierto, en donde permanece por espacio de 40 días entregado a la oración y al ayuno, práctica que repite durante todo su ministerio, pues es frecuente en Él, como lo vemos en el evangelio, acudir a la soledad, a la paz de los montes y lugares solitarios para pasar la noche en la oración (Lc. VI, 12).

Los más grandes acontecimientos de su vida se realizan cuando ora.

El día de su bautismo en el Jordán desciende sobre Él el Espíritu Santo en forma de una paloma que se le posa encima mientras está absorto en la oración al Padre y se oye la voz del cielo que dice:

«Este es mi Hijo muy amado en quien tengo puestas mis complacencias» (Mt. III, 17).

La escena se repite aún más solemne en el Tabor, a donde ha subido a orar con los tres apóstoles (Mt. XVII, 15 s.). Pero, sobre todo, en la última Cena.

¡Página incomparable y conmovedora ésta!

Antes de partir para la pasión y la muerte, en los momentos más trágicos y de mayor opresión de espíritu en su vida, es la oración, la comunicación con el Padre, el tónico que le fortifica y alienta.

Es el Sumo y eterno Sacerdote y va a entrar en el punto culminante de su Sacrificio. Pero se acuerda, con entrañable amor de los suyos y dirige su emocionante oración sacerdotal:

«Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre la hora es llegada: Glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a Ti: pues que le has dado poder sobre todos los hombres para que dé la vida eterna a todos los que me has señalado...

«Por ellos ruego yo: no ruego por el mundo, sino por éstos que me diste: porque tuyos son: y todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mis y en ellos he sido glorificado. Yo ya no estoy más en el mundo, pero éstos quedan en el mundo: yo estoy de partida para ti. ¡Oh Padre santo!, guarda en tu nombre a éstos que tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa por la caridad, así como nosotros lo somos en la naturaleza. Mientras estaba yo con ellos, yo los defendía en tu nombre. Guardado he los que tú me diste, y ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de la perdición, cumpliéndose así la Escritura. Mas ahora vengo a ti: y digo esto estando todavía en el mundo, a fin de que ellos tengan en sí mismo el gozo cumplido que tengo yo. Yo les he comunicado tu doctrina, y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Ellos no son del mundo, como ni yo tampoco soy del mundo. Santíficalos en la verdad. La palabra tuya es la verdad, así como tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también a ellos al mundo. Y yo por amor de ellos me sacrifico a mí mismo, con el fin de que ellos sean santificados en la verdad» (In. XVII, 1-19).

Después del gran acto del Cenáculo sale afuera, camino de Getsemaní, al Huerto de los Olivos, al que acudiera frecuentemente y allí, de rodillas y aun postrado su rostro en tierra, ora durante una hora mortal, en medio de las más horrendas luchas de espíritu que le hacen sudar sangre, pero también con la resignación más heroica:

«Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc. XXII, 41). ...

Finalmente, muere en la cruz, después de tres horas de agonía y las últimas palabras que sellan sus labios son de oración:

«Y Jesús, dando una gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, y diciendo esto expiró» (Lc. XXIII, 46).

Los Apóstoles y la primitiva Iglesia

Era natural que los Apóstoles siguieran las normas y directrices del Maestro.

La oración es también el arma y la práctica ordinaria de la naciente Iglesia.

Nos dicen los *Hechos* (I, 12 s.) que descendidos del monte de los Olivos todos cuantos habían presenciado la Ascensión del Salvador, entraron en la ciudad y subieron a una habitación alta... (el Cenáculo), en donde animados de un mismo espíritu perseveraban juntos en la oración con las mujeres y con María la madre de Jesús y sus parientes».

Pocos días después quieren completar el número de los doce llenando el vacío que dejara el traidor Judas y propuestos los dos candidatos, Barsabas y Matías,

«haciendo oración, dijeron: ¡Oh Señor!, tú que ves los corazones de todos, muéstranos cuál de estos dos has destinado a ocupar el puesto de este ministerio, y apostolado, del cual cayó Judas por su prevaricación para irse a su lugar» (Act. I, 24.25).

La institución del Diaconado no sólo la hacen con la oración, sino que se propone para que ellos, los Apóstoles, queden más libres para poderse dedicar a la *oración* y a la predicación de la palabra (Act. VI, 1, 3).

«Todos los discípulos asistían con asiduidad al templo, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón alabando a Dios en medio del favor general del pueblo» (Act. VI, 14).

Pedro es liberado milagrosamente de la cárcel y de la muerte mientras :

«La Iglesia incessantemente hacia oración por él» (Act. XII, 5).

Y realiza los grandes prodigios en Jope y en Lida, la curación de Eneas el paralítico y la resurrección de Tabita, orando postrado de rodillas.

En la actuación del Apóstol de las gentes vemos también el mismo recurso a Dios.

El encarga a los fieles que perseveren e insten en la oración :

«Perseverad, dice a los Colosenses (IV, 2-4), en la oración, velando en ella y acompañándola con acciones de gracias: orando juntamente por nosotros, para que Dios nos abra la puerta de la predicación, a fin de anunciar el

misterio de Cristo (por cuya causa estoy todavía preso), y para que yo le manifieste de la manera con que debo hablar de El.»

A los romanos les afirma que ruega incesantemente por ellos:

«Dios, a quien sirvo con todo mi espíritu en la predicación del evangelio de su Hijo, me es testigo de que continuamente hago memoria de vosotros pidiéndole siempre en mis oraciones que, si es de su voluntad, me abra finalmente algún camino favorable para ir a veros» (I, 9).

Reclama las oraciones de sus hijos en la fe (Rom. XV, 30; II Cor. I, 11; Fil. I, 19; Tesal. V, 25) y promete las suyas (Efes. I, 16).

Especialmente la encarga a los pastores espirituales (Col. I, 3, 9; II Tes. I, 11). Quiere que se ruegue por los reyes y príncipes aun idólatras (I Tim. 11, 12), lo mismo que por los perseguidores, como lo hiciera Cristo en la Cruz y San Esteban en su martirio (Rom. XII, 14; Mt. V, 44; Act. VII, 60).

Idéntica ideología y práctica vemos en

Los Padres Apostólicos

Dos son las cualidades que especialmente caracterizan su oración: la humildad y la Catolicidad.

Leemos en la *Didaché*:

«Tampoco debéis orar a la manera de los hipócritas, sino tal como el Señor lo mandó en el evangelio así oraréis:

«Padre nuestro que estás en el cielo — Santificado sea tu nombre, — Venga tu reino, — Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. — El pan nuestro de nuestra subsistencia — dánoslo hoy y perdónanos nuestra deuda — así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores y no nos lleves a la tentación. — mas libranos de mal; porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.»

«Acuérdate, Señor, de tu Iglesia para libraria de todo mal y hacerla perfecta en tu amor, y reúnela de los cuatro vientos santificada en el reino tuyo que has preparado, porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.»

«Como este fragmento (de pan) estaba disperso sobre el monte y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder por Jesucristo eternamente» (VIII, X, IX).

De San Policarpo nos cuenta su *Martyrium* este encantador y sublime pasaje del que ya hicimos mención:

«Retiróse, pues, a una finca que no distaba mucho de la ciudad y allí pasaba el tiempo con unos pocos fieles, sin otra ocupación, día y noche que orar por todos, y señaladamente por las Iglesias esparcidas por toda la tierra, cosa que, por lo demás, tenía siempre de costumbre» (V)



ORANTE CRISTIANO CON LOS BRAZOS TENDIDOS

(Catacumbas de Domitila, siglo IV)

Y más abajo:

«Conociendo, pues, por el ruido que oía, que habían llegado sus perseguidores, descendió y se puso a conversar con ellos... El les rogó, por su parte que le concedieran una hora para orar reposadamente. Permitiéronselo ellos, y así puesto en pie, se puso a orar tan lleno de la gracia de Dios que por espacio de dos horas no le fué posible callar. Estaban maravillados los que le oían y aun los que venían por él sintieron remordimiento de haber venido a prender a un anciano tan santo» (VII).

Terminemos con

Dos cuestiones complementarias

¿Cuál era la posición propia del cristianismo primitivo en la oración y con qué frecuencia oraba?

La posición ordinaria era la tradicional y antiquísima en el pueblo judío: de pie, con la cabeza descubierta los hombres y velada las mujeres, los ojos clavados en el cielo y elevadas las manos hasta la altura de los ojos con las palmas vueltas al exterior.

De esta postura nos hablan varias veces las letras Sagradas.

Tal fué la de Moisés cuando subió al monte a orar por el pueblo que peleaba con los amalecitas (Éxodo XVIII, 11-13). Cuando él tenía levantadas las manos al Señor vencían los suyos, mientras que por el contrario, eran vencidos cuando las bajaba.

Así oró Jesús también, «levantadas las manos, y puestos los ojos en el cielo», el día de la multiplicación de los panes (Mc. VI, 41 y Lc. IX, 16); así en la resurrección de Lázaro (In. XI, 41), y en la noche de la última Cena en su oración Sacerdotal (In. XVII, 1).

A veces se cambia la posición de los brazos extendiéndolos en forma de cruz a imitación de Cristo en el momento sublime de la redención del mundo.

A este respecto dijo Tertuliano (*De Orat.*, c. XIV):

«Nosotros no sólo levantamos las manos sino que las extendemos también imitando la actitud del Señor en la Pasión.»

La segunda postura era de mayor humillación y reverencia: *hincadas las rodillas en el suelo*:

De esta manera dice el libro II de los Reyes (VIII, 22) que oró el Rey Salomón, ante el altar del Señor en la inauguración del gran templo de Jerusalén, lo mismo que Esdras (I, IX, 5) «llorando las transgresiones de su pueblo» y Jeremías en sus

lamentaciones (I-17). Esta fué la postura de San Pedro en la resurrección de Tabita (Act. IX, 36) y la del mismo divino Redentor en el Huerto de los Olivos:

«Y apartándose de ellos como la distancia de un tiro de piedra, hincadas las rodillas hacia oración diciendo: Padre mío; si es de tu agrado aleja de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc. XXII, 41, 42).

La tercera reviste ya los caracteres de trágica: Postrado en el suelo con el rostro en tierra.

Era la posición especial de los penitentes y se adoptaba, por lo común, en los momentos más decisivos y angustiosos para implorar más eficazmente la misericordia divina.

Así oró Judit antes de su gloriosa hazaña de la muerte de Holofernes (Jud. IX, 1), así Daniel (IX, 18), así Tobías (XII, 22), así los Macabeos (II, X) y así también y, sobre todo, el Hijo de Dios en el Huerto, cuando arreciando más el terror y la agonía, cambió la primera postura de rodillas y se prosternó:

«Entretanto, llegó Jesús con ellos a una granja llamada Getsemaní, y les dijo: Sentaos aquí, mientras yo voy más allá y hago oración. Y llevándose consigo a Pedro y a los dos hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, empezó a entristecerse y angustiarse. Y les dijo entonces: Mi alma siente angustias mortales; aguardad aquí y velad conmigo.

Y adelantándose algunos pasos, se postró en tierra caído sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase lejos de mí este cáliz» (Mc. XIV, 22).

¿En qué tiempos y con qué frecuencia oraban los cristianos?

La *Didaché* no suministra sobre este particular más que palabras generales:-

«Así oraréis tres veces al día» (VIII, 3).

Pero esto se ha de entender como tasa mínima, pues siempre quedaba en pie la recomendación del Maestro, de la frecuencia y aun asiduidad en la misma:

«Conviene orar siempre y nunca desfallecer.»

Ya desde el comienzo de la Iglesia, el fervor cristiano introdujo la costumbre de consagrar a Dios las primicias del día, esto es, desde el canto del gallo hasta el amanecer y luego al final de la jornada, a la puesta del sol y venida del crepúsculo. Prudencio tiene un precioso himno para recitarlo «al canto del gallo» y otro «a la mañana» que la Iglesia ha incorporado a su Liturgia: lo mismo también dos, «para cuando se encienden las lámparas» y «para antes del sueño».

Fueron las dos fechas fundamentales y se llamaron más tarde *maitines* y *vísperas*.

Los rezos se fueron ampliando después considerablemente.

Algunos fieles, dice el P. García Villada, recordando que Damiel oraba tres veces al día (Dan. VI, 2), que los Apóstoles se reunieron el día de Pentecostés a la hora de tercia, que San Pedro subió a orar al piso superior de la casa de su huésped en Jope, a la hora de sexta y que, a la de nona, acudieron Pedro y Juan al templo por lo mismo (Act. II, 15), aconsejaron a los fieles a que imitaran esta costumbre.

Al fin, las Constituciones apostólicas prescribieron al cristiano orar al romper el alba, hora *prima* y a las horas *tercia, sexta y nona*, esto es a las nueve, doce y tres de la tarde.

Ya se ve aparecer aquí en germen, el oficio divino que, aceptado primero por los monjes y ascetas habría de imponerse, más tarde, como obligatorio a todo el clero.

Además de los rezos privados de los fieles hechos individualmente o en el seno de la familia, se celebraban otros públicos. Eran verdaderos oficios divinos diurnos y nocturnos en los templos y se celebraban en común los domingos, miércoles y viernes, además de las fiestas del año.

En el siglo IV se introdujo en la Iglesia de Milán, en tiempo de San Ambrosio el canto sagrado que tanto emocionaba y hacía derramar lágrimas a San Agustín y que pronto se propagó por toda la Iglesia, de occidente, dando increíble atractivo y aumentando el gusto y devoción al culto y funciones sagradas.

He aquí cómo nos cuenta el Santo, en sus *Confesiones*, el episodio que dió origen al mismo.

Eran los días de su conversión y dice:

«Cuánto lloré en vuestros himnos y cánticos frecuentemente conmovido por las voces de vuestra Iglesia que suavemente cantaba. Entraban aquellas voces en mis oídos y vuestra verdad se derretía en mi corazón, y con eso se inflamaba el afecto de piedad y corrían las lágrimas y me iba bien con ellas.»

«No mucho antes, continúa, la Iglesia de Milán había comenzado a celebrar esta manera de consolación y exhortación con gran entusiasmo de los hermanos que cantaban con las voces y con los corazones.

Ello fué un año antes o poco más.

Justina, madre del Emperador Valentiniano todavía niño, perseguía al varón vuestro Ambrosio por causa de su herejía con que le habían reducido los arríanos. Velaba el pueblo piadoso en la Iglesia dispuesto a morir con su Obispo vuestro siervo. Allí mi madre y sierva vuestra, la primera en la solicitud y en las vigilias, vivía de oraciones. Nosotros todavía tibios sin el calor de vuestro espíritu, nos sentíamos, sin embargo, conmovidos, viendo la ciudad atónita y turbada. A esta sazón, para que el pueblo no se consumiera de tedio y de tristeza, se instituyó que los fieles cantaran himnos y salmos, según la costumbre de las regiones orientales, práctica conservada desde entonces hasta ahora, imitándola ya muchas y casi todas las Iglesias por lo restante del mundo» (Libr. IX, cc. 6 y 7, nn. 14 y 16).

VIII

LAS NOTAS DE LA IGLESIA NACIENTE (IV)

Institución de la Eucaristía. — La fe en la presencia real en los primeros siglos. — La Misa primitiva.

La Eucaristía constituye la parte más esencial y noble de la oración del cristiano y al mismo tiempo el punto culminante de su culto.

Cuatro veces hallamos en los libros del N. T. el relato expreso de su institución por Cristo: en los tres evangelios sinópticos y en la primera carta a los Corintios de San Pablo.

San Mateo dice así (XXVI, 26-28):

«Mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, y lo bendijo, y partió y dióselo a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo.

Y tomando el cáliz dió gracias, lo bendijo y dióselo diciendo: Bebed de él todos porque ésta es mi sangre del Nuevo Testamento que será derramada por muchos para remisión de los pecados.»

San Marcos (XIV, 22-24):

«Durante la cena, tomó Jesús pan y, bendiciéndole, lo partió y dióselo. Y cogiendo el cáliz, dando gracias, se lo alargó: y bebieron todos de él. Y al dárselo, dijóles: «Ésta es la sangre mía, del nuevo testamento, la cual será derramada por muchos.»

San Lucas (XXII, 19-20):

«Después tomó el pan, dió gracias, lo partió, y dióselo, diciendo: Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros: haced esto en memoria mía. Del mismo modo tomó el cáliz, después que hubo cenado, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derramará por vosotros.»

San Pablo (I Cor. XI, 23-26) :

«Porque yo aprendí del Señor lo que también os tengo enseñado, y es que el Señor Jesús la noche misma en que había de ser traidoramente entregado, tomó el pan, y dando gracias lo partió, y dijo: Tomad, y comed: éste es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: haced esto en memoria mía. Y de la misma manera el cáliz después de haber cenado diciendo: este cáliz es el nuevo testamento es mi sangre: haced esto, cuantas veces le bebiereis, en memoria mía. Pues todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis este cáliz: anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga.»

LA FE EN LA PRESENCIA REAL

De las palabras citadas creemos que se deduce con evidencia la presencia real de Cristo en la Sagrada Eucaristía.

Se cuenta del célebre O'Connell que estando hablando un día en el Parlamento inglés con ciertos anglicanos, uno de ellos se atrevió a decirle: «Se necesita ser un imbécil para creer que Jesucristo está en el pan consagrado». O'Connell no se inmutó. Miró con calma al que acababa de proferir palabras tan hirientes para él y se contentó con decirle. ¿Qué se necesita ser imbécil para creer eso? Pues entonces pídale usted cuentas a Jesucristo».

Hablabla la verdad serena por él.

El católico no cree porque así lo diga la razón, ni porque lo atestiguan los sentidos, ni porque así lo enseñe la humana Filosofía... Todas estas se callan aquí y enmudecen ante el misterio. Cree porque así lo afirmó Cristo y esto le basta.

El dijo abiertamente: este es mi cuerpo», «este es el cáliz de mi sangre». Ciertamente: Si Cristo no lo hubiera afirmado tan categóricamente ni los católicos ni nadie lo creyera jamás. Es algo tan extraordinario y nuevo que nunca se nos ocurriera... Pero él ha hablado y ante su palabra nos inclinamos.

Si es irracional, si es de imbéciles creer en la Eucaristía, el primer irracional e imbécil sería el mismo Salvador. ¿Se atreverán a tanto los negadores?

La fe de los primeros cristianos

La primitiva Iglesia es, como no podía ser menos, eco fiel de las enseñanzas de los Apóstoles.

Todos los documentos que han llegado hasta nosotros de aquellos remotos tiempos y que, de una manera o de otra, se refieren a la materia, o suponen manifiestamente, la presencia real y ello es lo ordinario, o positivamente la afirman.

San Ignacio Mártir habla de los herejes llamados docetas que atribuían a Jesucristo un cuerpo aparente, fantasmagórico, no real y físico y los refuta precisamente por el dogma eucarístico :

«Se apartan de la Eucaristía, dice, y de la oración porque no confiesan que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador, la que padeció por nuestros pecados, la que resucitó el Padre» (Carta a los de Esmirna, VII, 1).

A los *filadelfios* añade :

«Esforzaos, por tanto, por usar de una sola Eucaristía, pues una sola es la carne de Nuestro Señor Jesucristo y uno solo es el cáliz para unirnos con su sangre; un solo altar como un solo Obispo junto con el Presbiterio y con los Diáconos consiervos míos; a fin de que cuanto hagáis, todo lo hagáis según Dios» (c. IV).

Y a los *romanos*.

«No siento placer por la comida corruptible, ni por los deleites de esta vida: el pan de Dios quiero que es la carne de Jesucristo del linaje de David, y por bebida quiero su sangre que es caridad incorruptible» (VII).

La Didaché dedica, en su brevedad, dos capítulos, a la Eucaristía, el noveno y el décimo. El primero es algo así como una preparación para comulgar y el segundo una acción de gracias después de la comunión. Manda que *"nadie coma ni beba de aquel manjar sino los bautizados en el nombre del Señor, pues dicho está: No deis lo santo a los perros"*.

En el capítulo catorce, incluso habla de ella como del único sacrificio del cristianismo :

«Reuníos cada día del Señor, el Domingo, para partir el pan y dar gracias después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro.

Todo aquel empero que tenga contienda con su prójimo, no se junte con vosotros hasta tanto que no se haya reconciliado a fin de que no se profane vuestro sacrificio.

Porque éste es el sacrificio del que dijo el Señor: En todo lugar y en todo tiempo se me ofrece un sacrificio puro porque yo soy rey grande, dice el Señor y mi nombre es admirable entre las naciones» (XIV, 1.2.3).

San Justino. Es un gran apologista del que más abajo haremos especial mención. En la persecución de Marco Aurelio (163-267) fué detenido por ateo y llevado ante el tribunal con algunos de sus discípulos. Todos confesaron valientemente a Cristo y murieron gloriosamente por él.

La acusación de *ateísmo*, muy extendida entre los gentiles, estribaba en la obstinada negativa de los fieles a adorar y ofrecer sacrificios a los dioses paganos. La de *crueldad* tenía su origen precisamente en las reuniones o *ágapes* fraternos de los

cristianos en donde celebraban la Eucaristía y participaban de la comunión del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Mezclando ideas incoherentes y confundiendo torpemente las cosas, se había extendido la voz entre los gentiles de que los cristianos comían carne humana en las referidas reuniones. Por eso las llamaban convites de Tieste, aludiendo a la fábula conocida de Atreo, rey de Argos, quien por vengarse de aquel héroe mitológico le había presentado en un banquete los miembros de sus dos hijos descuartizados.

Nos interesa de un modo particular la refutación hecha por el gran apologista de esta última calumnia porque en ella es cabalmente donde nos da las más preciosas noticias sobre la Eucaristía y liturgia cristiana en aquellos remotos tiempos.

Dos pasajes aduciremos: En el primero nos describe lo que podríamos llamar la *Misa bautismal* y en el segundo la *dominical*. En la primera habla abierta y categóricamente de la Eucaristía como verdadera participación del cuerpo y de la sangre de Cristo, y en la segunda, nos expone las ceremonias y ritos litúrgicos de la misma *Misa*, en su tiempo, de la que es continuación evidente la nuestra de hoy.

Helos aquí:

Misa bautismal

«Hecha la ablución (el bautismo) del que confesó su fe adhiriéndose a nuestras doctrinas, le conducimos al lugar en que se hallan reunidos aquellos a quienes damos el nombre de hermanos. Entonces recitamos en común frases fervientes por los allí congregados, por el neófito y por todos los otros en cualquier lugar en que se hallen, con el deseo de alcanzar, lo primero el conocimiento de la verdad y después la gracia de practicar la virtud y de guardar los mandamientos, a fin de obtener la salud eterna. Una vez concluidos los rezos nos damos el ósculo de paz.

Acto seguido preséntase al que preside la asamblea, el pan y la copa del agua y del vino. Los toma en sus manos y alaba y glorifica al Padre del Universo por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y hace una larga eucaristía (acción de gracias), por estos dones que de él hemos recibido. Al final de las preces y de la acción de gracias, responde todo el pueblo a una voz: Amén. Amén significa en hebreo: así sea.

Cuando el que preside ha realizado la Eucaristía y todo el pueblo ha contestado, los ministros que llamamos diáconos distribuyen a todos los asistentes el pan, el vino y agua consagrados y lo llevan a los que están ausentes.

Nosotros damos a esta comida el nombre de Eucaristía, de la cual no puede participar el que no crea en la verdad de nuestra doctrina, ni haya recibido el baño de regeneración y remisión de los pecados y no vive según los preceptos de Cristo. Porque esta comida no es para nosotros la de un pan ordinario ni la bebida es como las otras; sino que al modo como nuestro Salvador Jesucristo, encarnado por la virtud del Verbo de Dios asumió la carne y la sangre por nuestra salvación, así el alimento consagrado por la

oración formada con palabras de Cristo, ese alimento que por asimilación debe nutrir nuestra sangre y nuestra carne, es la carne y la sangre de Jesús encarnado. Esta es nuestra doctrina. Y en efecto: los Apóstoles en sus Memorias, llamadas Evangelios, refieren que Jesús les dió estas instrucciones: Tomó el pan y después de dar gracias dijo: "Haced esto en memoria de mí: éste es mi cuerpo" Tomó asimismo la copa y después de dar gracias dijo: "Esta es mi sangre" y a ellos solos les dió» (LXV y LXVI).

Habrá advertido, sin duda, el lector la importancia excepcional del pasaje referido. Recordemos que está escrito a mediados del siglo II de nuestra era, esto es, cuando aún vivía probablemente San Policarpo y algún otro de los discípulos directos e inmediatos de los Apóstoles.

En él se expresa claramente y sin distingos, la fe cristiana de la primitiva Iglesia respecto de la Sagrada Eucaristía: *"el alimento consagrado por la oración formada con palabras de Cristo es la carne y la sangre de Jesús encarnado"*.

"Esta es nuestra doctrina", añade el apologeta y da la razón de ella: *No es la ciencia, ni la perspicacia del ingenio, ni la filosofía o el testimonio de los hombres como dijimos al principio, el que nos lo hace creer así, son las palabras inequívocas, las enseñanzas de Jesús que nos transmitieron los Apóstoles y que lo afirman expresamente: "Este es mi cuerpo", "esta es mi sangre", "haced esto en memoria mía."*

Nada de metáforas ni de epiqueyas; la palabra de Dios sin restricciones ni glosas.

La Misa dominical

Es el oficio litúrgico de los fieles de la época, en la celebración del día del Señor de que nos habló la Doctrina de los doce Apóstoles (XIV).

Dice así:

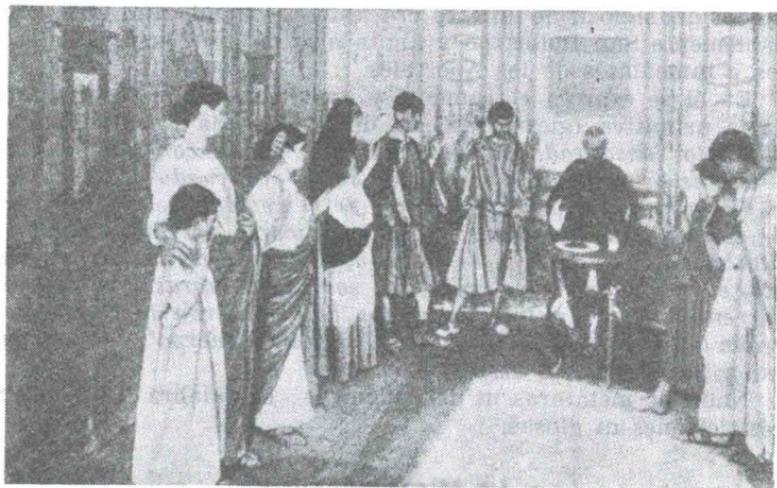
«En el llamado día del sol, suelen congregarse en un mismo lugar todos los vecinos de las ciudades y de las campañas cercanas. Se leen las *memorias* de los Apóstoles y los escritos de los profetas, según el tiempo de que se dispone. Terminada la lectura, el que preside hace un comentario a los fieles para invitarlos a imitar tan bellas enseñanzas. Luego nos ponemos todos de pie y en oración. Una vez acabadas nuestras preces, se trae pan, vino y agua. El que preside eleva al cielo oraciones y eucaristías con todo fervor: y el pueblo responde a coro: amén.

Acto seguido se procede a la distribución de los dones consagrados entre todos los asistentes y se hace participar, mediante los diáconos, aun a los que están ausentes» (LVII, 3).

¡Hermoso y providencial documento! Gracias a él estamos en la posesión de la clave que nos abre, al menos, en sus rasgos generales, el secreto de la liturgia eucarística primitiva.

Tres partes podemos distinguir según él, en la Misa de los primeros cristianos y que, como se verá, responden abiertamente a la nuestra.

1.^a Comienzo y preparación para el gran acto: Lectura en presencia de los fieles, de las memorias de los Apóstoles, esto es



Celebración de la Eucaristía en una casa particular
(Reconstrucción escénica de *"Los amigos de las Catacumbas"*)

el Evangelio, y de los escritos de los Profetas. Era lo que andando el tiempo y con las pequeñas variaciones que imponían las circunstancias y las costumbres de las diversas Iglesias, había de cristalizar en la Epístola y el Evangelio de las Misas de nuestros tiempos.

A la lectura seguía la alocución, la predicación, como también se hace ahora: una homilía de exhortación, «para incitar a los fieles, dice San Justino, a imitar tan bellas enseñanzas.»

2.^a Entrada en la verdadera liturgia eucarística. Se presentan el pan y el vino y el agua. Es nuestro ofertorio llamado en griego *andáfora*.

«El que preside, esto es, el Celebrante, eleva al cielo plegarias y, acciones de gracias».

Parece que no existía aún fórmula concreta y oficial para todos, sino que cada sacerdote improvisaba sus plegarias en las que dominaba la alabanza a Dios y la gratitud por sus beneficios. En nuestras Misas responden a ello el prefacio y las restantes oraciones de antes de la Consagración.

3.^a La parte más esencial del Sacrificio. Palabras y acciones sacramentales sobre el pan y el vino ofrecido, como lo hiciera el Salvador en la última Cena, la Consagración; y finalmente, el convite eucarístico y sacrificial, la participación del pan y del vino consagrados, tanto por parte del Celebrante como de los fieles, o sea, la Comunión.

Como se ve, nada en lo esencial se ha cambiado ni omitido. Es sustancialmente la imagen, el facsímil como ha podido decirse, de la Cena del Redentor con sus Apóstoles en la noche última antes de su Pasión y que él mismo mandara repetir a sus Apóstoles, exornada, a través del tiempo con oportunos aditamentos, para preparar y realzar más el gran acto, cumbre del culto y de la liturgia cristiana.

PARTE TERCERA

EL CRISTIANISMO HEROICO
Y MILITANTE

I

LAS PERSECUCIONES ROMANAS

Datos generales. — Nerón. — Domiciano y Trajano. — Marco Aurelio. — Decio. — Valeriano. — Diocleciano. — El número de los mártires.

Las persecuciones romanas son la prueba más sangrante y trágica a que se ha podido sujetar a religión alguna sobre la tierra.

El Cristianismo puede decirse que fué durante ellas, esto es, en el largo trago de tres siglos, un condenado a muerte vitalicio o, según la acertada frase ya mencionada de Tertuliano, «un candidato al martirio».

Demos una breve noticia de ellas para detenernos después en las confortantes páginas, plenas de heroísmo sobrenatural y divino en que las Actas de algunos de ellos nos transmitieron sus hazañas.

Datos generales

La era martirial romana se extiende desde la persecución de Nerón hasta Constantino quien dió, por fin y definitivamente, la paz a la Iglesia. Duró por tanto, como queda indicado, tres siglos: los tres primeros siglos de existencia de la nueva religión, angustiosos y tremendos y que hubieran acabado con cualquiera otra institución que no hubiera sido divina, pero que a ella la enraizaron más hondamente en la vida y la hicieron mostrar su temple sobrehumano.

Respecto del número de las persecuciones hay diferencias entre los autores. Generalmente suelen indicarse diez, pero nosotros las reduciremos a siete principales: Las de los Emperadores Nerón, Domiciano y Trajano, Marco Aurelio, Décio, Valeriano y Diocleciano.

Nerón

Era el año 64 de nuestra era.

Un vastísimo incendio declarado repentinamente en Roma la había destruído en gran parte; diez de las catorce en que estaba dividida.

¿A qué se debió el siniestro?

La voz pública señalaba como causante al propio Emperador en persona a quien disgustaba la fealdad de la antigua urbe, con sus callejas estrechas y tortuosas y abrigaba el designio de construir otra a medida de su gusto y a la que pudiera legar su nombre.

Algunos afirmaban incluso haber visto al caprichoso magnate, extasiado ante el espectáculo y cantando como un segundo Homero el incendio de la Nueva Troya en llamas.

La desesperada situación del pueblo sin hogar y en la miseria se levantaba cada vez más amenazadora contra el déspota, pero él, ladino y sin escrúpulos, supo soslayarla acusando a los inofensivos cristianos, del maleficio.

Inmediatamente se dió comienzo a la venganza más despiadada y sin tino. Un gran número de fieles, gente la mejor y más pacífica de la ciudad, fueron arrastrados de sus hogares a las prisiones públicas de donde no habían de salir si no para la muerte y los suplicios más refinados.

Había que ganar la voluntad del populacho, proporcionándole los tradicionales juegos a que era tan aficionado y a ello dirigió Nerón todas las iniciativas de su ingenio.

Cuatro menciona el historiador Tácito en sus *Annales* (XV).

Empezó por la llamada *caza de fieras*. El público ahíto de sangre ocupaba ansioso el gran Circo construido por el Emperador rápidamente en sustitución del antiguo devorado por las llamas, cuando en vez de expertos cazadores, vió salir del cubículo al redondel, una tropa de seres extraños cubiertos de pieles y semejantes a sátiro que llegados al centro se arrodillaron en la arena, juntos los unos a los otros y alzaron sus manos suplicantes al cielo...

Eran los primeros cristianos que salían al martirio.

La mansedumbre de aquellos hombres, mujeres y niños no era del agrado de los espectadores, pero pronto tuvieron el plato fuerte que anhelaban. Una feroz jaurfa de perros salvajes y gigantescos traídos del Pirineo, de Hibernia, del Peloponeso, salió de sus cubiles y azuzados por el hambre se lanzaron contra la

indefensa turba... Luego leones y tigres y panteras de Libia y de la India... Subía a las gradas el olor acre de la sangre, los gritos de angustia y de terror de los desgraciados... Se veían piltrafas de cuerpos humanos arrastrados por las fieras... ; pero todo ello constituía el frenesí del pueblo...

Segundo espectáculo no menos fuerte.

El circo aparece lleno de un verdadero bosque de cruces, y en ellas clavados hombres, mujeres y hasta ancianos, y niños en los espasmos horribles del dolor...

El Emperador y el pueblo, dignos el uno del otro, se solazan y ríen viendo los contorsiones de las pobres víctimas.

El tercer espectáculo es el más novedoso de todos : la representación al vivo de algunos cuadros mitológicos de invención del propio monstruo coronado.

Un simulacro del Etna y sobre su cráter un cristiano haciendo de Hércules abrasándose en fuego vivo; la muerte de Dédalo y de Icaro, con dos cristianos lanzados a lo alto para venir a estrellarse caídos sobre la arena; Sacerdotisas de Ceres y de Cibeles, las Danaidas, Dirce y Pasifae, imitadas por doncellas crisianas descuartizadas por caballos salvajes. Otro cristiano imita a Lucio Escévola y se le obliga a sostener la mano extendida sobre la crepitante llama hasta quedar aquella quemada por completo...

Nueva decoración del escenario.

El circo, los paseos e incluso los jardines de Nerón se llenan de postes plantados en la tierra : en cada poste hay atados sendos cristianos vestidos con la llamada «túnica molesta», empapada en pez y resina ardiente todo él, sirviendo de antorchas vivientes en las tinieblas de la noche y en holocausto a la brutalidad más espantosa.

Los suplicios y el refinamiento en ellos fueron tales que la plebe, siempre insaciable de diversiones y sangre, llegó a sentir ya compasión, y en voz pública se decía, como refiere Tácito (XV) que ya «eran demasiados hombres los inmolados, no a la utilidad pública sino a la残酷 de uno solo».

Entre los mártires más señalados en esta persecución, se cuentan, además de los príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo, los santos Proceso y Martiniano y Santa Anastasia y Tecla.

Domiciano y Trajano

A Nerón le siguieron en el trono del Imperio, Vespasiano y Tito.

El gobierno de estos Emperadores se señala en los fastos judíos como uno de los más funestos de la historia, porque ellos llevaron a cabo la conquista y destrucción de Jerusalén y de su templo en el año setenta.

El Cristianismo, por el contrario, gozó de paz, durante los doce años de su reinado, del 69 al 81.

No fué más que un respiro, sin embargo, y pronto estalló de nuevo el furor persecutorio con el advenimiento al poder de Domiciano. Quince años duró la tormenta, en que fueron martirizados personajes tan conspicuos como Flavio Clemente, sobrino del Emperador y cónsul, con su esposa Domitila y otras varias de la nobleza romana. El hecho muestra el furor ciego de las persecuciones, al mismo tiempo que los grandes progresos de la fe aun en las familias más distinguidas. Algunas inscripciones de este tiempo en las catacumbas, citan ya los nombres de descendientes de los Cornelios, Ceciliós, Emiliós y Barrios y otros de la principal nobleza de la metrópoli.

¡Hasta Trajano!

¿Quién lo dijera? Fué éste uno de los Emperadores más afortunados y, sobre todo, más nobles y ecuánimes de todos los tiempos. Se le llegó a llamar «delicias del género humano».

No obstante, ésta fué la triste realidad.

Permanecía aún flotante en el ambiente la enemiga implacable contra la nueva religión juntamente con el «instituto neroniano» que prohibía, como crimen digno de muerte, el ser cristiano, «Christians esse non licet», y no sólo no tuvo valor para oponerse a la gran injusticia y crueldad, o dejarla incumplida como Nerva, su antecesor, sino que aún le dió nuevos alientos.

Su persecución fué de las más terribles. Eusebio dice que «llameaba como un incendio». Fué además general en Roma y en Provincias.

El año 112, en los días más recios de la tormenta, escribía Plinio el Joven, Gobernador de Bitinia, al Emperador pidiéndole instrucciones prácticas sobre lo que debía hacer en las circunstancias por las que atravesaba su Provincia. El Cristianismo se había extendido allí de tal modo que llevar a la muerte a todos los encartados hubiera sido sacrificar a la mayor parte

del pueblo. Trajano le contestó taxativamente: «No hay que investigar quién es o no cristiano y aun se deben rechazar las acusaciones anónimas, pero hay que destinar al suplicio a todos los convictos si no niegan su condición de cristianos».

Poco honran, ciertamente, estas palabras al pío Emperador, delicias del linaje humano, y el número de los mártires debió de ser grande en estas condiciones. Bastaba una delación, como anotamos en el caso de San Ignacio mártir, o un tumulto por parte de los gentiles contra alguno de los cristianos, para que éste fuera ya llevado al suplicio. Que, a pesar de todo ello, el Cristianismo no sucumbiera sino que, por el contrario, se expandiera rápidamente y aun invadiera y conquistara en pocos años el imperio, aparece, a todas luces, como un hecho tan extraordinario y prodigioso que no cabe bajo las leyes ordinarias de la historia.

Marco Aurelio

A Trajano le suceden en el trono Adriano (117-138) y António Pío (138-161), quienes se muestran benévolos para con los cristianos y les permiten cerca de cincuenta años de paz; pero muertos éstos, nueva persecución y *nueva sorpresa*.

El perseguidor es el que ha llegado a la posteridad con el nombre de «Emperador filósofo», Marco Aurelio, hombre, por otra parte, benigno y de indubitable talento.

Reacciones violentas del paganismo moribundo.

Marco Aurelio se propuso, al parecer, por meros impulsos sentimentales, restablecer a ultranza el culto de los dioses del Imperio y ya se prevé el conflicto. Al encontrarse con el Cristianismo irreductible y firme como una roca, vino el choque inevitable y sangriento.

El mismo dió el santo y seña en contestación a una pregunta dirigida desde las Galias: «Todo el que persista en la confesión de su fe cristiana ha de morir a cuchillo». Conforme a esta consigna puede calcularse la magnitud del desastre. En Roma rindió el tributo de su sangre a Cristo, entre otros, el gran apologista San Justino con seis discípulos suyos; además Santa Cecilia, Tiburcio y Valeriano y en las Galias los mártires de Lión: Potino, Santo, Atalo, Blandina y Póntico.

Decio

Omitimos la persecución de Septimio Severo, en que encontraron la palma del más glorioso martirio las Santas Perpetua y Felicitas en África, San Leónidas, padre del gran Orígenes.

en Egipto; Santa Potamiena, con Marcela, su madre, en Alejandría; San Ireneo con muchos otros en Lión y el Papa San Víctor en Roma, y pasamos a la de Decio.

Fué indudablemente una de las más graves y siniestras por la maldad y redomada malicia con que fué concebida y ejecutada.

El decreto o decretos con que la proclamaba el ladino Emperador los llama Eusebio «vere horrificum», y San Cipriano «edicta feralia». La idea que presidía en ellos no era tanto matar los cuerpos cuanto las almas, hacer apostatar de su fe a los cristianos. A ese fin los atormentaba varios días seguidos en el ecúleo y el potro para vencer su resistencia y hacerlos flaquear; a otros les incitaba a la luxuria y les ofrecía premios insidiosos. Los Obispos y el Clero le merecían interés especialísimo por lo que podía arrastrar su apostasía; por eso les encarcelaba y les atormentaba sin piedad y de continuo con hambre y sed y variedad de refinados suplicios.

Tan mal intencionada persecución tuvo efectos lastimosos.

No fueron pocos los cristianos que aterrados desfallecieron, consintiendo unos en ofrecer incienso a los dioses, los llamados «sacrificati»; otros procurándose un falso documento de haber sacrificado, «libelatici», o inscribiendo sus nombres entre los apóstatas.

No faltaron, sin embargo, quienes resistieron intrépidos, «cual inquebrantables columnas», en frase de Eusebio.

El martirologio enumera entre la pléyade de gloriosos mártires de ese feroz período a Santa Agata en Sicilia, al gran Orígenes, muerto a causa de los gravísimos tormentos infligidos en la cárcel. San Abdón y Senén y San Cristóbal en Roma. En España los Santos Facundo y Primitivo en Galicia, Marcelo y Nona con sus tres hijos en León, Acisclo y Victoria en Córdoba, San Fermín, Obispo de Pamplona, Emeterio y Celedonio en Calahorra, Santa Marta en Astorga, las Santas Justa y Rufina en Sevilla.

Valeriano

Fué quizás, y si cabe, el más encarnizado enemigo del nombre cristiano.

Dos decretos a cual más perniciosos promulgó. Por medio del primero prohibía, bajo pena de muerte, a los cristianos reunirse, y ni aun visitar sus cementerios, Iglesias o lugares de culto, añadiendo la pena de destierro a todos los obispos, presbíteros y diáconos que se negaran a sacrificar a los dioses. El segundo,

promulgado el año 258, extendía a todo el Clero las penas del anterior. A los nobles les privaba de sus haciendas y, si persistían, los condenaba a muerte; a las mujeres les privaba asimismo de sus bienes y las arrojaba al destierro.

No es extraño que la cosecha de mártires fuera copiosa. Entre ellos se cuentan como más distinguidos los Papas Esteban y Sixto; el gran San Lorenzo, diácono, San Cipriano, Obispo de Cartago y lumbre de la Iglesia; los ciento cincuenta y tres mártires de Utica, llamados «Massa Cándida» por haber sido enterrados vivos en la cal; San Fructuoso, Obispo de Tarragona, con sus dos diáconos Augurio y Eulogio.

Diocleciano

Han pasado ya más de dos siglos de continuos forcejeos entre los dos poderes que luchan por el dominio de la humanidad y su civilización: el Paganismo y el Cristianismo.

El primero se siente en la posesión y ha visto lleno de recelos y de presentimientos fatales acercarse al que acabará, al fin, por derrocarle. En su inquietud ha desplegado brutalmente la represión. La sangre del adversario ha corrido a torrentes, pero todo inútil: no ha servido nada más que para infundirle nuevos alientos y ambiciones. El cristianismo ha ido en marcha siempre ascendente y amenaza inexorablemente apoderarse del Imperio.

Parece que ante la inutilidad de sus esfuerzos debiera el paganismo cambiar de procedimientos y de táctica o ceder el paso a la nueva avasalladora religión; sin embargo, nada de eso: sigue en su pertinacia y aun se diría que ha ido cobrando nueva violencia y más concentrada saña.

Tales son las ideas que vienen a la mente al entrar en la persecución de Diocleciano.

Tenía más que suficientes motivos este Emperador para reflexionar acerca del trato que debía dar al Cristianismo que era ya la religión de la mayor parte de las gentes que integraban su imperio; no obstante, es uno de los más furiosos y encarnizados perseguidores: su nombre ha pasado a la posteridad cristiana como el peor de sus tiranos.

Y, ¡cosa extraña!

Diocleciano no tuvo siempre malos sentimientos contra la nueva religión. Al principio de su reinado, incluso, la favoreció y tuvo en su gobierno ministros y servidores cristianos y lo que es más todavía, su esposa Prisca y su hija Valeria lo eran.

Permitía abiertamente a todos profesar el Cristianismo y aun en varias ocasiones, antepuso los cristianos a los infieles.

Fué todo obra de un cambio brusco efectuado hacia el año 295 y debido a la fuerte presión de los que le rodeaban.

Las hostilidades las rompió por el ejército. Un decreto aparecido en ese mismo año excluía de él a los cristianos; a los soldados que fueran tales les daba opción entre abandonar su fe o la milicia. Muchos abandonaron las armas.

Quizás indignado por este fracaso dió comienzo a la persecución sangrienta.

En breve intervalo de tiempo promulgó cuatro edictos a cuál más tiránico y vejatorio. Por el primero mandaba derruir las Iglesias o templos y entregar o quemar los libros sagrados, al par que despojaba a los fieles de todos los honores y derechos civiles. El segundo mandaba encarcelar a todos los clérigos. Las prisiones públicas se vieron tan abarrotadas de éstos que no había lugar siquiera para los criminales comunes.

Por el tercero mandaba dar libertad a cuantos quisieran sacrificar a los dioses del Imperio, y el cuarto, dado en 304, prescribía la pena de muerte a cuantos lo recusaran...

Eran las últimas sacudidas de la fiera. El decrépito paganismos presentía su fin y quiso despedirse con una de las más grandes brutalidades de la historia.

Son los primeros años del siglo IV, la víspera casi de la batalla del Puente Milvio y del decreto de Milán que señala el triunfo de la Iglesia.

Enumeremos entre los incontables paladines esforzados que entregaron su vida por Cristo, algunos de los más salientes: San Jorge y Dorotea en Capadocia, San Sebastián, Anastasia e Inés en Roma, Santa Lucía en Siracusa. En España fué más abundante aún la siega que en otros sitios, debido al rigor y残酷 del Prefecto Daciano: Santa Eulalia, Severo Obispo, Cucufate y Félix, en Barcelona; Poncio y Narciso, Obispos y los diáconos Víctor y Félix en Gerona. Santa Engracia y los innumerables mártires en Zaragoza; San Valero y Vicente en Valencia, Justo y Pastor en Alcalá; Leocadia en Toledo; Eulalia, Julia y otros 28 en Mérida; Zoilo y 19 más en Córdoba; Cirfaco y Paula en Málaga; Vicente, Sabina y Cristeta en Ávila...

Conclusión

Resumamos ya datos e impresiones.

Como acabamos de ver, la era de las persecuciones dura algo más de tres siglos, desde el 64 al 312.

Tres siglos de sangre irrestañable.

No fué, sin embargo, continua la persecución dentro de ese largo lapso de tiempo: tuvo sus intervalos de pausa y de respiro; varios Emperadores no participaron en la vesania de sangre que el día de hoy tanto nos extraña; pero después de ellos vinieron sucesores que se superaron a sí mismos.

Así podemos calcular con Paul Allard, que la Iglesia padeció 6 años de persecución en el primer siglo; 86 en el segundo; 24 en el tercero, y 13 en los comienzos del cuarto. Fué perseguida, por tanto, por espacio de 129 años; gozó de paz, en curiosa coincidencia, otros 129: 28 en el primer siglo, 15 en el segundo y 76 en el tercero. En ella tomaron parte la mayoría de los emperadores, pero especialmente Nerón, Trajano, Marco Aurelio, Septimio Severo, Daciano, Decio y Diocleciano.

El número de los mártires

¿Cuántos fueron, en definitiva, los héroes cristianos sacrificados a la intransigencia y brutalidad del paganismo en el Imperio?

En la solución de este problema se ha pecado, como dicen, por carta de más y por carta de menos. Algunos exagerando evidentemente la nota, han elevado la cifra a varios millones; otros, demasiado cautos, la han restringido injustamente a unas cuantas docenas.

El hecho nunca podrá averiguarse con certeza, pues carecemos de estadísticas fidedignas, pero creemos que ni lo uno ni lo otro. «In medio consistit virtus». El término medio prudente se impone aquí como en ninguna otra parte.

Conjeturamos que no son millones los mártires, pero sí muchos millares, quizás centenares de miles.

Algunos datos concretos darán firmeza a estas apreciaciones. De la persecución neroniana ya quedan anotadas las palabras de Tácito (Annal. XV, 44), en que llama a los sacrificados con ocasión del incendio de Roma, «ingente multitudo». El año 64 se estima que fueron inmolados cerca de mil que se conmemoró

ran el 29 de junio juntamente con los Apóstoles Pedro y Pablo. *Dión Casio* (Hist. Rom. 67, 14) habla de «otros muchos» reinando Domiciano. En muchísimos («valde multi») estima Eusebio los del tiempo de Trajano (H. E. III, 34). De la de Marco Aurelio dice el mismo (V, 1) que fueron «innumerables» en toda la tierra: persecución general. En la de Septimio Severo se derramó tanta sangre cristiana que se creyó en la próxima venida del Anticristo. Decio fué amado por Lactancio «execrable animal» que no perdonó edad, sexo ni condición. De los tiempos de Galo habla San Cipriano de «un innumerario pueblo coronado con el martirio» (De Mort., al fin), y de la de Valeriano añade Lactancio (De Mort. ners. V) que fué breve, pero que en poco tiempo derramó mucha sangre de mártires. De la de Diocleciano, larga y horrible, afirma Sulpicio Severo (Hist. Sacr. II, 6, 52) que durante diez años «destruyó el pueblo de Dios» y añade con énfasis oratorio que «las espadas quedaron embotadas» y los verdugos se vieron obligados a alternar por el cansancio. Sólo en Tebaida y Egipto se enumeran 10.000. sin contar las mujeres ni los niños.

Se nos habla también de martirios en masa:

En Egipto no era raro que en un mismo lugar fueran muertos 30, 60 y hasta 100 juntamente. En Nicodemia se acuchilla a una multitud apilada; a otra la hacen perecer en la hoguera; a otra la arrojan al mar.

En Sebaste reciben el martirio 40 soldados y en una ciudad de Frigia una muchedumbre es encerrada en la iglesia e incendiada.

Se habla asimismo de la *masa cándida* del tiempo de Valeriano y de la legión tebana en el de Maximiano.

Que el lector juzgue por sí mismo en presencia de los datos. Volvemos a repetir que podrá ser exageración contar los mártires por millones, pero, ¿lo será también por centenares de miles?

II

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (I)

(EL DESTIERRO Y LAS MINAS)

Idea general de los mismos. — Eusebio y Fileas. — El destierro. — Canteras y minas. — Fenos: el lector Juan. — Numidia, San Cipriano.

Los suplicios de los mártires marcan dos cumbres de la Historia: La cumbre de la crueldad, de los instintos sanguinarios y ferales del hombre y la cumbre de la grandeza moral, del heroísmo sobrehumano de que es capaz el mismo hombre asistido por la ayuda de Dios y bajo los estímulos religiosos.

Los relatos que de ellos nos han llegado reflejan ese mismo doble aspecto. Por una parte producen en nosotros verdaderos escalofríos de espanto ante la ferocidad e infrahumano sadismo de los perseguidores, pero, por otra, confortan nuestro espíritu y lo llenan de entusiasmo ante el heroísmo de las víctimas... Los primeros nos deprimen y hacen que nos avergonzemos incluso de ser hombres, los segundos, por el contrario, nos levantan y enorgullecen ante la consideración de la dignidad humana capaz de tan inconcebible grandeza.

Demos por vía de introducción algunos anticipos parciales de la gran tragedia para detenernos después en cada uno de sus actos.

Eusebio y Fileas

Ellos serán nuestros guías seguros. Ambos son historiadores, especialmente el primero, contemporáneos y testigos oculares de los hechos, en los tiempos de la gran persecución de Diocleciano, la última, pero la más terrible de todas. Eusebio fué Obispo de Cesarea y Fileas de Tmuis de Egipto.

Dice Eusebio dando una idea general de los de Egipto:

«Fueron millares y millares los hombres, mujeres y niños los que sufrieron los más diversos géneros de tormentos por mantenerse fieles a nuestro Salvador. Unos fueron quemados vivos después de haber sido torturados con garfios, caballetes, los más crueles azotes y tormentos innumeros e inauditos que causan horror al solo oírlos; otros sumergidos en el mar; otros presentaron generosamente sus cuellos para ser cortados: éstos morían en los tormentos, aquellos sucumbían, al fin, de hambre; los de más allá eran crucificados o según el modo usual de los malhechores, o de otra manera todavía peor, clavados con la cabeza hacia abajo, postura en que los dejaban hasta que morían en los mismos patibulos por consumación» (Hist. Ec. VIII, 8).

Fileas añade sobre los mártires de Antioquía estas tremendas torturas contempladas por él mismo:

«¿Quién podrá decir el valor y la virtud de que dieron muestra en cada uno de los tormentos? Porque, como estaba permitido a todos ultrajarles a mansalva, a unos les golpeaban con bastones, a otros con varas, a otros con azotes, a otros con correas, a otros con cuerdas. El espectáculo era variado y rebosaba maldad; a algunos suspendían de un palo con las manos atadas detrás, mientras especiales instrumentos les distendían los miembros: luego en la misma posición, los verdugos, conforme a las órdenes recibidas, les aplicaban no sólo a los costados, como solían hacerse con los ase-sinos, sino a todo el cuerpo, al vientre, a las piernas, a las mejillas, los artefactos del suplicio. Otros eran colgados de un pórtico por una sola mano y así, suspendidos en el aire quedaban por tiempo indefinido sufriendo el dolor más espantoso por la tensión insopportable de las junturas de los miembros. Otros eran atados a sendas columnas, unos frente a otros, sin poder apoyar los pies, de modo que las ataduras se apretaban más y más por el peso del cuerpo que gravitaba...

Y ellos sufrían todos estos suplicios no sólo durante el tiempo que el gobernador les interrogaba, sino casi un día entero... Cuando él pasaba a otros dejaba junto a los primeros a funcionarios, para el caso de que alguno, vencido por el tormento cediera... y para que después de morir les bajaran y arrastraran sus cadáveres por tierra...

A algunos después de estos tormentos, los metían en el cepo con ambas piernas distendidas hasta el cuarto agujero...

Otros arrojados por tierra, yacían bajo la violencia de los tormentos infligidos ofreciendo a los que los miraban un espectáculo más espantoso que la ejecución misma porque llevaban grabadas en sus cuerpos las huellas de los suplicios.

En tales condiciones, algunos morían durante los tormentos avergonzando con su constancia a los verdugos; otros, encerrados medio muertos en la prisión, después de algunos días, expiraban, oprimidos por los dolores. Los restantes, obtenido el restablecimiento mediante la cura aplicada con el tiempo y con la permanencia en la cárcel, se hacían más intrépidos. Cuando después se les mandaba que eligieran entre sacrificar a los dioses o la condena a muerte, sin ninguna vacilación marchaban alegremente a la muerte» (Carta a Eusebio, cit. Hist. Ec. VIII, 10, 4-14).

No menos espantable es el relato de los tormentos de los mártires de la Tebaida que nos transmite Eusebio.

«Superan toda ponderación, dice, los tormentos y dolores sufridos por ellos. Algunos eran desgarrados en todo el cuerpo con conchas en lugar de las uñas

de hierro, hasta que expiraban. Mujeres hubo a quienes ataban de un pie, y suspendidas con la cabeza abajo, y levantadas en alto, daban con su cuerpo completamente desnudo, a cuantos las miraban ese espectáculo torpísimo y cruelísimo y el más humillante de todos. Otros morían atados a árboles y troncos: con especiales aparatos se tiraba de las ramas más rígidas hasta unirlas en un mismo punto: a cada una de ellas ataban las piernas de los mártires y luego soltaban las ramas para que recobrasen su posición natural: inventóse este suplicio para dilacerar las junturas de los miembros de aquellos a quienes se aplicaba.

Y todos estos suplicios se practicaron no durante unos días o por breve tiempo, sino por un largo período de años enteros: muriendo a veces no menos de treinta y hasta setenta: y aun hubo ocasión en que en un solo día fueron muertos cien hombres con sus niños y mujeres, después de haber soportado varios y sucesivos suplicios.

Nosotros mismos, presentes en los lugares, vimos gran muchedumbre de personas morir en un solo día, unos decapitados, otros padeciendo el suplicio del fuego, de tal modo que el hierro homicida se embotaba y mellado producía contusiones y los mismos verdugos cansados iban turnándose.

Entonces contemplamos también el admirabilísimo ímpetu, la fuerza verdaderamente divina y la prontitud de los fieles.

Apenas pronunciada la sentencia de los primeros, avanzaban otros de otra parte ante el tribunal del juez, confesando ser cristianos, permaneciendo impasibles ante los peligros y tormentos: antes bien, intrépidamente hablaban con libertad, de la religión del Dios del Universo y con alegría, sonrisa y júbilo, recibían la sentencia suprema de muerte, de modo que cantaban himnos y rendían acciones de gracias a Dios hasta el último suspiro» (Hist. Ec. VIII, 1-5).

El destierro

Vengamos ya, como prometimos, a cada uno de los diversos géneros de martirio.

El destierro es el más suave de todos, pero aun así penoso y frecuentemente de características trágicas.

A las veces llevaba consigo, y era el caso ordinario, tratándose dé los cristianos, la confiscación de los bienes y la muerte civil o pérdida de los derechos ciudadanos.

Los lugares de deportación eran de los más inhóspitos y en ellos acababan generalmente los desterrados consumidos por la insalubridad del clima, por la tristeza y malos tratos como sucedió a San Ponciano.

San Juan Evangelista, fué, como sabemos, relegado a la isla rocosa de Patmos: las dos nobles matronas romanas Flavia y Domitilla, a las islas Pandataria y Poncia: San Clemente Papa al Ponto y a otros diversos sitios San Cornelio, Cipriano y Dionisio de Alejandría.

Canteras y minas

Constituyen el segundo de los suplicios en orden ascendente de crueldad, pero de sus múltiples y terribles penalidades

apenas podemos nosotros ahora hacernos cargo en nuestros tiempos.

La condena a trabajos forzados; en especial a las canteras y minas (*ad metalla*) era ya antigua en el Imperio romano y usada con frecuencia. Con ella quedaba beneficiado el Estado por el laboreo gratuito de aquellos centros de riqueza. El emplazamiento estaba situado en las más diversas regiones, pero se distinguían especialmente las minas de cobre de Feno en Palestina, al sur del mar Muerto; otras en Chipre: Canteras de pór-fido en Tebaida, otras de mármol en Sirmio, en Panonia y Cilicia; minas en Cartagena (España) y en Numidia.

A estas regiones eran, pues, conducidos los cristianos a trabajar como criminales en grupos y bajo la vigilancia y dirección de capataces.

Nada más deprimente que su marcha hacia ellas. Se les veía en largas filas como rebaños de prisioneros, pobres seres esqueléticos obligados a caminar centenares y aun miles de kilómetros, a través de lugares desiertos y quemados por los rayos del sol, bajo los látigos de inclementes inspectores. Muchos morían agotados en el camino y eran pasto de los chacales. Juntamente con los hombres iban también sus mujeres y niños (1).

Pues la vida en las minas era más penosa aún: un verdadero martirio prolongado.

La primera providencia que se tomaba con los desgraciados era mutilarlos bárbaramente. Por lo general se les cortaba el tendón del pie izquierdo para que no pudieran huir, o les metían ambos en sendas argollas de hierro unidas a una corta cadena remachada por un herrero de modo que no podían dar más que pequeños pasos. Luego se les sacaba con un puñal el ojo derecho y se les cauterizaba la herida con un hierro candente. A los jóvenes les castraban.

Fenos y Numidia

De dos de estas minas se ha conservado especial memoria: La de *Fenos* en Palestina y la de *Numidia*.

De la primera nos da Eusebio los datos más commovedores.

Era grande el número de los cristianos condenados a ellas procedentes de Palestina y de Egipto. Entre ellos había también numeroso clero, Obispos, Sacerdotes y Lectores. Los inspectores o superintendentes del trabajo, parece se habían mostrado benévolos con ellos y, terminada la jornada, les daban libertad para sus oraciones y culto. Improvisaron una choza que convirtieron

(1) Cfr. *La era de los Mártires*, Ricciotti, n. 88.

en iglesia y allí tenían sus reuniones, exhortaciones y lecturas confortando sus espíritus con los consuelos religiosos y la oración de Dios... Y ¡caso emocionante! El lector en las reuniones era un ciego. Llamábase Juan. Había llegado a la mina privado por completo de la vista en ambos ojos, pero aun así no se libró de que le cauterizaran el derecho con el consabido hierro candente. Juan tenía una memoria prodigiosa y se sabía de coro libros enteros de las Sagradas Escrituras, del Nuevo y Antiguo Testamento. Hele aquí, pues, lector nato en todas las asambleas. Eusebio escribe no sin visible emoción :

«Confieso que yo mismo me quedé asombrado cuando por primera vez vi a este hombre, de pie, en medio de mucha gente, en una reunión, recitando algunas partes de la divina Escritura. Mientras sólo podía oír su voz me llevaba la impresión de que era alguno que leía, como es costumbre en las reuniones, pero luego, acercándome vi lo que ocurría: Todos los demás que tenían sanos los ojos estaban en torno suyo formando círculo, y él, sirviéndose sólo de los ojos de la mente, hablaba sin artificio como un Profeta, superando en mucho a los vigorosos de cuerpos» (De Mart. Pat. XIII, 8).

Parecía demasiado cómoda y aun idílica la vida de los cristianos de Fenos. Dios quiso probarlos más aún y permitió que fuera el Gobernador en persona a inspeccionarlos. El Emperador Maximino, advertido, dió disposiciones que se cumplieron inmediatamente. Los cristianos fueron trasladados, parte a Chipre, parte al Líbano, parte a otros lugares de Palestina. Cuatro de los más eminentes fueron quemados vivos y entre ellos los Obispos Nilo y Peleo; otros treinta y nueve que, por sus condiciones físicas eran inhábiles para el trabajo y por esto vivían aparte dedicados a oraciones y ejercicios piadosos, fueron decapitados todos en un día. Entre éstos estaba, además del lector Juan, el Obispo Silvano.

Las minas de *Numidia* las inmortalizó San Cipriano con sus escritos.

Las componían, según podemos ver por ellos, un numeroso grupo de cristianos en que se encontraban también no sólo hombres, sino mujeres y niños y aun Obispos, sacerdotes y diáconos.

Vivían en las perpetuas tinieblas de los subterráneos solamente alumbrados por la molesta luz de las antorchas.

Apenas se alimentaban y temblaban de frío, pues iban casi desnudos por la carencia absoluta de vestidos. Tampoco tenían camas ni cosa que pudiera parecerse y se veían obligados a dormir en el húmedo desnudo suelo.

El mencionado San Cipriano mantuvo correspondencia epistolar con aquellos héroes y en sus cartas se muestra patético y confortador. Transcribamos parte de una de ellas, pues ade-

más de la belleza de sus conceptos demuestran una vez más, la gran caridad y solidaridad cristiana al mismo tiempo que la espantosa realidad de los padecimientos que sufrieron por Cristo nuestros hermanos en la fe.

«Exigía indudablemente vuestra gloria, beatísimos y amadísimos hermanos, que fuera yo mismo quien viniera a veros y abrazaros, si unos límites, de antemano trazados, de un lugar no me retuvieran también a mí, a causa de la confesión del nombre de Cristo. Sin embargo, de la manera que puedo, me hago presente a vosotros, y si no me es dado llegar hasta vosotros corporalmente y por mi propio paso, voy al menos por el amor y el espíritu, expresándoos por carta mi sentir íntimo, mi júbilo y alegría por esos actos de valor y gloria vuestros, y considerándome participe con vosotros, si no por el sufrimiento del cuerpo, sí por la unión de la caridad. ¿Es que podía yo callar, podía reprimir por el silencio mi voz, cuando tantas y tan gloriosas noticias me llegan de quienes me son carísimos y tanta gloria conozco con que os ha honrado la dignación divina? Parte de entre vosotros va ya delante, consumado su martirio, a recibir del Señor la corona de sus merecimientos; parte se halla aún detenida en los calabozos de las cárceles o en las minas y cadenas, dando por la misma dilación de los suplicios mayores documentos para fortalecer y armar a los hermanos, y adquiriendo más amplios títulos de merecimiento por la duración de los tormentos, pues habéis de tener tantas pagas en los premios celestes cuantos días contéis ahora en los castigos. Y no me sorprende, fortísimos y beatísimos hermanos, que todo ello os haya sucedido como corresponda al mérito de vuestro espíritu de piedad y fidelidad, y os haya el Señor levantado, con el honor de la glorificación que os concede, a la más alta cima de la gloria, a vosotros que mantuvisteis siempre en su Iglesia el vigor de una fe firmemente guardada, observando con fortaleza los divinos mandamientos, la inocencia en la sencillez, la concordia en la caridad, la modestia en la humildad, la diligencia en la administración, la vigilancia en ayudar a los necesitados, la misericordia en favorecer a los pobres, la constancia en defender la verdad, el rigor en la severidad de la disciplina. Y para que nada faltara en vosotros para ejemplo de buenas obras, también ahora, por la confesión de vuestra voz y el sufrimiento de vuestro cuerpo, provocáis las almas de los hermanos a los divinos martirios, presentándoos vosotros como capitanes en los hechos valerosos. Y así, siguiendo el rebaño a sus pastores e imitando lo que ve hacer a sus guías, recibirá del Señor la corona por merecimientos semejantes a los de ellos.

El hecho de que antes de entrar en la mina se os apaleara cruelmente, y que de este modo iniciarais la confesión de vuestra fe, no es para nosotros cosa execrable. Porque el cuerpo del cristiano no se espanta de los palos, cuando toda su esperanza la tiene puesta en un madero. El siervo de Cristo conoce el misterio de su salvación: redimido por el madero para la vida eterna, por el madero es levantado a la corona. ¡Y qué tiene de maravillar que vosotros, vasos de oro y plata, hayáis sido condenados a las minas, es decir, a la casa del oro y de la plata, si no es que ahora se ha cambiado la naturaleza de las minas, y los lugares que antes acostumbraban dar oro y plata han empezado ahora a recibirlas? Han puesto también trabas a vuestros pies, y los miembros felices que son templos de Dios los han atado con infames cadenas como si con el cuerpo se pudiera también atar el espíritu o vuestro oro pudiera mancharse al contacto del hierro. Para hombres dedicados a Dios y que dan testimonio de su fe con religioso valor, todo eso son adornos, no cadenas, y no atan los pies de los cristianos para infamarlos, sino que los glorifican para alcanzar la corona. ¡Oh pies dichosamente atados, que no se desatan por el herrero, sino por el Señor! ¡Oh pies dichosamente ata-

dós, que por camino de salvación se dirigen al paraíso! ¡Oh pies ahora en el mundo trabados, para estar siempre delante de Dios sueltos! ¡Oh pies que ahora vacilan en su paso, impedidos por trabas y cadenas, pero que van a correr velozmente hacia Cristo por glorioso camino! Que aquí la残酷, o envidiosa o maligna, os sujeté cuanto quiera con sus ataduras y cadenas; pronto, saliendo de esta tierra y de estos trabajos, habéis de llegar al reino de los cielos. No descansa el cuerpo, en las minas, sobre lecho y colchones; pero no le falta el alivio y consuelo de Cristo. Por tierra se tienden los miembros fatigados por el trabajo; pero no es pena estar tendido con Cristo. Sucios están los cuerpos por falta de baños, perdida su forma por la inmundicia del lugar; mas cuanto por fuera se mancha la carne, tanto por dentro se lava el espíritu. El pan es allí muy escaso; mas no de solo pan vive el hombre, sino de palabra de Dios (Luc. 4, 4). Os falta el vestido, con los miembros ateridos de frío; mas el que se reviste de Cristo, en él tiene abundante vestido y adorno. Vuestra cabeza, raída por mitad, infunde horror; mas como sea Cristo la cabeza del varón, en cualquier estado en que se halle, forzoso es sea hermosa la cabeza, que es gloriosa por el nombre del Señor. Toda esta fealdad, detestable y horrible para los gentiles, ¡con qué esplendores de gloria no será compensada! Esta breve pena del mundo, ¡con qué paga de glorio y eterno honor no se commutará, cuando, como dice el bienaventurado Apóstol, transformará el Señor el cuerpo de nuestra humildad, configurado al cuerpo de su claridad!» (Phil. 3, 21).

La mano de Dios

¿Cómo era posible que hombres tan desgraciados se conservaran fieles a su religión y aun practicaran la piedad?

Sin embargo, ese fué el hecho en verdad emocionante como llevamos observado. Prohibían a los clérigos poder celebrar los divinos misterios, pero a pesar de eso, ellos se reunían fraternalmente, se alentaban llenos de caridad y con verdadero espíritu de familia y aun formaban a escondidas sus capillas y oratorios en donde celebraban como podían sus cultos y sus rezos.

Su pensamiento estaba en Dios y vivían de la esperanza del cielo.

Ya en otra parte mencionamos el tiernísimo episodio acaecido al Papa San Clemente.

Al llegar este santo Pontífice a las cercanías de Quersón, en el Ponto, a donde iba deportado, encontró, en los trabajos de las minas de mármol, a más de 2.000 cristianos llevados allá en larga condena. Apenas éstos vieron al Santo y Venerable Clemente, todos a una, entre gemidos y lamentos, corrieron a él diciéndole: «Ruega por nosotros, Santísimo y Sumo Sacerdote, para que seamos declarados dignos de las promesas de Jesucristo.»

Conociendo Clemente que estaban desterrados por Dios, dijo: «No sin motivo me ha trasladado aquí el Señor, sino para que, hecho partícipe de vuestros padecimientos, os procure también un vislumbre de consuelo y de paciencia.»

III

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (II)

(AL FILO DE LA ESPADA)

San Justino y sus compañeros. — Soldado de Jesucristo. — Fileas y Filoromo.

La muerte por decapitación y al filo de la espada ha sido demasiado frecuente por desgracia en la despiadada humanidad para que nos tengamos que detener en describirla.

Solamente queremos entresacar algunos relatos martiriales de autenticidad indiscutible y típicos en la materia.

San Justino y sus compañeros

Es, como ya queda anotado más arriba, uno de los grandes apologistas cristianos del siglo II. Nació en Siquem de Samaria y llevado de su deseo de alcanzar la verdad recorrió todos los sistemas y escuelas filosóficas de su tiempo, pero en ninguna pudo aclimatarse. Por fin tuvo ocasión de conocer el Cristianismo que le llenó plenamente. Convertido a la fe, puso una cátedra de Filosofía en Roma con el propósito especialmente de enseñar la nueva religión que tanto le había impresionado. Escribió dos célebres apologías, hacia el año 150 y convirtió a la fe a varios que frecuentaban su escuela. En compañía de algunos de ellos fué martirizado en la persecución de Marco Aurelio del 163 al 167.

He aquí las actas de su martirio escuetas, pero sublimes.

«Martirio de los santos mártires Justino, Caritón, Caridad, Esvlpisto, Hierax, Peón y Liberiano.

En tiempo de los inicuos defensores de la ídolatría, publicábbase, por ciudades y lugares, impíos edictos contra los piadosos cristianos, con el fin de obligarles a sacrificar a los ídolos vanos. Prendidos, pues, los santos arriba citados, fueron presentados al prefecto de Roma, por nombre Rústico.

Venidos ante el tribunal, el prefecto Rústico dijo a Justino:

—En primer lugar, cree en los dioses y obedece a los emperadores.

Justino respondió:

—Lo irreprochable, y que no admite condenación, es obedecer a los mandatos de nuestro Salvador Jesucristo.

El prefecto Rústico dijo:

—¿Qué doctrina profesas?

—He procurado tener noticia de todo linaje de doctrinas; pero sólo me he adherido a las doctrinas de los cristianos, que son las verdaderas, por más que no sean gratas a quienes siguen falsas opiniones.

El prefecto Rústico:

—¿Con qué semejantes doctrinas te son gratas, miserable?

—Sí, puesto que las sigo conforme al dogma recto.

—¿Qué dogma es éste?

—El dogma que nos enseña a dar culto al Dios de los cristianos, al que tenemos por Dios único, el que desde el principio es hacedor y artífice de toda la creación, visible e invisible; y al Señor Jesucristo, por hijo de Dios, al que de antemano predicaron los profetas que había de venir al género humano, como pregonero de salvación y maestro de bellas enseñanzas.

Y yo, hombrecillo que soy, pienso que digo bien poca cosa para lo que merece la divinidad infinita, confesando que para hablar de ella fuera menester virtud profética, pues proféticamente fué predicido acerca de Éste de quien acabo de decirte que es hijo de Dios. Porque has de saber que los profetas, divinamente inspirados, hablaron anticipadamente de la venida de El entre los hombres.

—¿Dónde os reunís?

—Donde cada uno prefiere y puede, pues sin duda te imaginas que todos nosotros nos juntamos en un mismo lugar. Pero no es así, pues el Dios de los cristianos no está circunscrito a lugar alguno, sino que, siendo invisible, llena el cielo y la tierra, y en todas partes es adorado y glorificado por sus fieles.

—Dime dónde os reunís, quiero decir, en qué lugar juntas a tus discípulos.

—Sí, soy cristiano.

mi residencia todo el tiempo que he estado esta segunda vez en Roma. No conozco otro lugar de reuniones sino ése. Allí, si alguien quería venir a verme, yo le comunicaba las palabras de la verdad.

—Luego, en definitiva, ¿eres cristiano?

—Sí, soy cristiano.

El prefecto Rústico dijo entonces volviéndose a Caritón:

—Di tú ahora, Caritón, ¿también tú eres cristiano?

Caritón respondió:

—Soy cristiano por impulso de Dios.

El prefecto Rústico dijo a Caridad:

—¿Tú qué dices, Caridad?

Caridad respondió:

—Soy cristiana por don de Dios.

—¿Y tú quién eres, Evelpisto?

Evelpisto, esclavo del César, respondió:

—También yo soy cristiano, libertado por Cristo, y, por la gracia de Cristo, participo de la misma esperanza que éstos.

—¿También tú eres cristiano?, dijo el prefecto a Hierax.

Hierax respondió:

—Sí, también yo soy cristiano, pues doy culto y adoro al mismo Dios que éstos.

—¿Ha sido Justino quien os ha hecho cristianos?

Hierax respondió:

—Yo soy antiguo cristiano, y cristiano seguiré siendo.

Mas Peón, poniéndose en pie, dijo:

— También yo soy cristiano.

— ¿Quién te ha enseñado?

Peón respondió :

— Esta hermosa confesión la recibimos de nuestros padres.

Por fin el prefecto dijo a Justino :

— Escucha tú, que pasas por hombre culto y crees conocer las verdaderas doctrinas. Si después de azotado te mando cortar la cabeza, ¿estás cierto que has de subir al cielo?

— Si sufro eso que tú dices, espero alcanzar los dones de Dios; y sé, además, que a todos los que hayan vivido rectamente, les espera la dádiva divina hasta la conflagración de todo el mundo.

— Así, pues, en resumidas cuentas, te imaginas que has de subir a los cielos a recibir allí no sé qué buenas recompensas.

— No me lo imagino, sino que lo sé a ciencia cierta, y de ello tengo plena certeza.

— Vengamos ya al asunto propuesto, a la cuestión necesaria y urgente. Poneos, pues, juntos, y unánimemente sacrificad a los dioses.

— Nadie que esté en su cabal juicio se pasa de la piedad a la impiedad.

— Si no obedecéis, seréis inexorablemente castigados.

— Nuestro más ardiente deseo es sufrir por amor de nuestro Señor Jesucristo para salvarnos, pues este sufrimiento se nos convertirá en motivo de salvación y confianza ante el tremendo y universal tribunal de nuestro Señor y Salvador.

En el mismo sentido hablaron los demás mártires :

— Haz lo que tú quieras; porque nosotros somos cristianos y no sacrificamos a los ídolos.

El prefecto Rústico pronunció la sentencia, diciendo :

“Los que no han querido sacrificar a los dioses ni obedecer al mandato del emperador, sean, después de azotados, conducidos al suplicio, sufriendo la pena capital, conforme a las leyes.”

Los santos mártires, glorificando a Dios, salieron al lugar acostumbrado, y, cortándoles allí las cabezas, consumaron su martirio en la confesión de nuestro Salvador. Mas algunos de los fieles tomaron a escondidas los cuerpos de ellos y los depositaron en lugar conveniente, cooperando con ellos la gracia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.»

Soldado de Jesucristo

La narración nos lleva a Teveste de Numidia y a los tiempos de la persecución de Diocleciano, 12 de marzo del 295.

El protagonista es un joven llamado Maximiliano, hijo de un soldado pero que influido por las ideas rigoristas de Tertuliano de que estaba prohibida la milicia a los cristianos, no quiere en modo alguno pertenecer al ejército como le correspondía por causa de su padre.

El joven es llamado a alistarse cuando cumplía los 21 años. Se presenta ante el Procónsul con su padre y aquél, sabiendo su decisión, le interroga cuál es su nombre.

“¿Para qué quieres saberlo?, contesta él. A mí no me es lícito ser soldado porque soy cristiano.”

El Procónsul ordena que se le mida para saber si es apto para la milicia.

"No puedo ser soldado, dice; no puedo delinuir; soy cristiano."

El procónsul repite la orden de medirle. La orden se ejecuta. Un criado anuncia:

"Tiene cinco pies y diez pulgadas."

"Márquesele", añadió el procónsul. El recluta apto era marcado con una pequeña quemadura en la viel, producida por un hierro candente que llevaba las iniciales del emperador: y además se le colgaba del cuello un sello de plomo con la efigie imperial. Maximiliano replica:

"No puedo ser soldado." Maravillado de su obstinada resistencia, el procónsul le abrencia:

"Sé soldado, si no quieres perecer."

"No seré soldado. Córtame la cabeza; yo no milito para el siglo, sino que milito para mi Dios."

"Ouién te persuadió de ello?"

"Mi propia alma y El que me llamó." El procónsul se vuelve entonces al padre:

"Persuade a tu hijo." Mas el padre no quiere intervenir, aprobando ciertamente también él la resolución del hijo; y responde:

"Ya sabe él lo que ha de hacer; tiene criterio para discernir lo que le conviene." El procónsul hace una nueva tentativa con el hijo:

"Sé soldado: recibe el signo (del emperador)."

"No recibo el signo: va tenro el signo de Cristo que es mi Dios."

"Te mandaré inmediatamente a ese tu Cristo."

"Ojalá lo hicieras ahora mismo; va que ésa es mi gloria."

"Márquesele". Ordena el procónsul. Los criados agarran al joven, mas éste se resiste revolcándose y gritando:

"No recibo la marca del siglo. Y si me impone el signo (del Emperador), lo haré trizas porque nada vale. Soy cristiano; no me es lícito llevar al cuello la marca de plomo, porque llevo ya la señal salvadora de Cristo."

El procónsul insiste repetidas veces, y aduce también el ejemplo de muchos soldados cristianos:

"En la sacra comitiva de nuestros señores Diocleciano y Maximiano, Constantio y Máximo (es decir, Galerio) hay soldados cristianos, y prestan servicio."

"Ellos sabrán lo que les conviene; mas yo soy cristiano y no puedo hacer cosa mala."

"Qué mal hacen los que militan?"

"Bien sabes tú lo que hacen." Nuevas insistencias, con amenazas de muerte, no convuiven al recluta. Entonces el procónsul hace borrar su nombre del registro y volviéndose a él pronuncia la sentencia:

"Puesto que con *indóvito animo* has rechazado la milicia, recibirás la sentencia adecuada para ejemplo de los demás." Luego lee la tablilla con esta sentencia:

"Maximiliano, que se hizo culpable de insubordinación no aceptando el servicio militar, sea muerto a espada." Maximiliano responde:

"*Deo gratias.*"

Conducido inmediatamente al lugar de la ejecución, se volvió a los otros cristianos:

"Carísimos hermanos, con la mayor fuerza que pudiereis apresurarlos con ávido deseo a obtener la visión de Dios y a merecer semejante corona."

Luego, sonriente, pidió a su padre que diera al verdugo el nuevo vestido de recluta preparado para él.

Fué decapitado inmediatamente; una matrona, llamada Pompeya, hizo transportar en su propia litera el cadáver a Cartago, donde fué sepultado cerca de la tumba de San Cipriano. Su padre, Víctor, volvió a casa lleno de alegría y dando gracias a Dios por todo lo ocurrido."

Fileas y Filoromo

Dos mártires admirables.

Del primero ya hicimos mención por su descripción de los tormentos de los mártires en su tiempo y país, Egipto. Ahora hablaremos de él como de víctima. Fileromo fué un valiente que osó protestar delante del mismo juez contra las vejaciones de aquél.

Fileas, que es Obispo de Tréveris, casado con esposa pagana, según parece, y con hijos, comparece ante el juez Culciano. Hay grande concurrencia de personas distinguidas, amigos del futuro mártir que han acudido para ver de conseguir librarse de la muerte.

El juez le dirige la palabra:

«¿Puedes ya entrar en razón y echar de ti la locura que te ha venido? — Siempre he tenido la razón cabal y sigo teniéndola. — Sacrifica a los dioses. — No sacrifico. — ¿Por qué? — Porque las divinas Escrituras dicen: "Quien inmolare a otros dioses que al solo Dios será exterminado..." — Sacrifica ya. — No sacrifico. — ¿Lo haces por conciencia? — Así es. — Entonces ¿cómo es que no cumples los deberes de conciencia para con tus hijos y tu mujer? — Porque los deberes de conciencia respecto de Dios son superiores. Porque dice la Escritura: "Amarás al Señor Dios tuyo que te ha criado." — ¿Qué Dios? — Al Dios, respondió el Obispo, levantando las manos al cielo, que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos, al Creador y Autor de todas las cosas visibles e invisibles: al inenarrable, al que es solo y permanece por los siglos de los siglos. — Recuerda, prosigue el juez, que te he dado trato de honor pudiendo haberte humillado en tu ciudad propia. — Te doy gracias y ahora colma tu favor. — ¿Qué deseas? — Que hagas uso de tu autoridad y cumplas lo que te está mandado. — ¿Quieres morir sin motivo? — No sin motivo, sino por Dios y por la verdad.»

El juez, fracasado en sus intentos, se volvió con la mirada a los parientes y amigos del inculpado haciendoles ver que por su parte había hecho todo lo posible para salvarle.

Los abogados intervienen con una piadosa mentira, afirmando para librarse, que era inútil que Fileas sacrificara nuevamente, pues ya lo había hecho privadamente, pero el mártir lo niega al instante con toda resolución.

Tu desgraciada mujer, dice el juez, te está mirando ansiosa... El Salvador de todos nuestros espíritus, repuso el mártir, es el Señor Jesucristo a quien yo sirvo en estas cadenas. El que me ha llamado a la herencia de su gloria es poderoso para llamarla también a ella.

Otra estratagema de los abogados para salvarle. «Fileas pide dilación, dicen.» — «Te concedo dilación para que puedas re-

flexionar.» Pero Fileas contestó muy pronto: — «He reflexionado muchas veces y me he decidido a padecer por Cristo.»

Último acto patético para ablandarle. Los abogados, los oficiales del juez, los parientes y amigos, se apiñan ante el impermeable Obispo, y, abrazándole las rodillas y conjurándole le suplican que tenga piedad de su mujer y de sus hijos. Las actas dicen que permaneció incommovible como una roca que en vano azotan las olas. Tenía los ojos y el espíritu elevado al cielo y no veía más que a Dios.

En estos tan críticos momentos, continúan las actas, entró en escena el segundo mártir del epígrafe, Filoromo.

Había estado presente a los actos referidos y llevado del ímpetu de su espíritu, anheloso él también de la suerte que iba a tocar muy pronto al futuro mártir, exclamó en voz alta:

«¿Por qué tentáis vana e inútilmente la constancia de este hombre? ¿Por qué pretendéis hacerle infiel a él que es fiel a Dios? ¿Por qué queréis inducirle a que reniegue de Dios para dar contento a los hombres? ¿No veis que sus ojos no ven vuestras lágrimas, que sus oídos no perciben vuestras palabras? ¿Va a ser doblegado por las lágrimas terrenales aquel cuyos ojos contemplan la gloria de Dios?»

Todos se enfurecieron contra el entrometido que hacía imposible ya toda ulterior tentativa y pidieron para él la pena capital.

Ambos son condenados a muerte. Esta se iba a ejecutar al instante. Ya salían los reos hacia el lugar del suplicio cuando he aquí que se oye de nuevo una voz: «Fileas apela.» El que había lanzado el grito era el hermano del mártir, en el último recurso para librarse. El joven hace llamar al instante al condenado y le pregunta: — «¿Por qué has apelado?» Fileas respondió firme hasta el último momento: «No he apelado. No escuches a ese pobre desgraciado. Por mi parte, doy las más rendidas gracias a los Emperadores y al Presidente por llegar a ser coheredero de Jesucristo.»

En el lugar de la ejecución Fileas se acordó de su condición de obispo, predicador de la verdad, y dirigió una breve exhortación a los presentes. Luego, él y Filoromo fueron decapitados.

IV

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (III)

(LA HOGUERA)

Terribilidad del suplicio. — San Fructuoso y sus diáconos. — Felipe y Hermes. — Afra la meretriz. — Liberto por el martirio.

Sigamos adelante en el triste relato de crueidades humanas. Dijo Séneca, refiriéndose a las brutalidades del circo, que cuantas veces estuvo con los hombres en él volvió menos hombre. Nosotros podemos también decir, cambiando un poco la frase, que cuanto más removamos las persecuciones romanas más vergüenza sentimos de ser hombres.

La hoguera fué un suplicio bárbaro y terrible, pero frecuente. Su empleo dió comienzo en los tiempos de Nerón. Recordemos los muchos desgraciados que en el Circo Máximo y en los jardines del tirano fueron atados a postes vestidos con la «túnica molesta» rociada de pez y de resina y quemados vivos para que sirvieran sus cuerpos en llamas como de luminarias de la noche.

El escenario de la ejecución solía ser generalmente el estadio o el Anfiteatro.

Levantada en medio de él una gran pira de leña y colocada la víctima atada a un poste, o clavadas las manos al mismo, en lo más alto, a la vista del numeroso público que solía asistir al espectáculo, era pronto consumida por las llamas.

San Fructuoso y sus Diáconos

Las narraciones auténticas de martirios por la hoguera son abundantes y la dificultad está más bien en saber escoger los que pueden ser para el lector más instructivos e interesantes.

Comencemos por el gran Obispo de Tarragona San Fructuoso y sus compañeros.

Es el año 259 y bajo la persecución de Valeriano y Galieno.

Acaba de llegar a la capital de la España Citerior un legado Imperial o Gobernador, por nombre Emiliano. Se ha propuesto inaugurar su mandato con sacrificios y solemnes actos de culto a los dioses del Imperio.

El Obispo de la ciudad es Fructuoso y tiene dos diáconos de su plena confianza y dignos de su cargo, llamados Augurio y Eulogio.

El Gobernador manda que se presenten ante él, pues quiere dar un duro escarmiento a los desobedientes e impíos cristianos que se han negado a participar en los referidos cultos...

Dejemos la palabra a las actas y sigamos paso a paso los incidentes, dignísimos todos de memoria:

«Siendo Emperadores Valeriano y Gallieno, y Emiliano y Baso cónsules, el diecisiete de las calendas de febrero (16 de enero), un domingo, fueron prenudidos Fructuoso, obispo, Augurio y Eulogio, diáconos. Cuando el obispo Fructuoso estaba ya acostado, se dirigieron a su casa un pelotón de soldados de los llamados beneficiarios, cuyos nombres son: Aurelio, Festucio, Elio, Polencio, Donato y Máximo. Cuando el obispo oyó sus pisadas, se levantó apresuradamente y salió a su encuentro en chinelas. Los soldados le dijeron:

— Ven con nosotros, pues el presidente te manda llamar junto con tus diáconos.

Respondióles el obispo Fructuoso:

— Vamos, pues; o si me lo permitís, me calzaré antes.

Replicaron los soldados:

— Cálzate tranquilamente.

Apenas llegaron los metieron en la cárcel. Allí, Fructuoso, cierto y alegre de la corona del Señor a que era llamado, oraba sin interrupción. La comunidad de hermanos estaba también con él, asistiéndole y rogándole que se acordara de ellos.

Otro día bautizó en la cárcel a un hermano nuestro, por nombre Rogaciano.

En la cárcel pasaron seis días, y el viernes, el doce de las calendas de febrero (21 de enero), fueron llevados ante el tribunal y se celebró el juicio.

El presidente Emiliano dijo:

— Que pasen Fructuoso, obispo, Augurio y Eulogio.

Los oficiales del tribunal contestaron:

— Aquí están.

El presidente Emiliano dijo al obispo Fructuoso:

— ¿Te has enterado de lo que han mandado los emperadores?

FRUCTUOSO. — Ignoro qué hayan mandado; pero en todo caso, yo soy cristiano.

EMILIANO. — Han mandado que se adore a los dioses.

FRUCTUOSO. — Yo adoro a un solo Dios, el que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene.

EMILIANO. — ¿Es que no sabes que hay dioses?

FRUCTUOSO. — No lo sé.

EMILIANO. — Pues pronto lo vas a saber.

El obispo Fructuoso recogió su mirada en el Señor y se puso a orar dentro de sí.

El presidente Emiliano se volvió al diácono Augurio y le dijo:

— No hagas caso de las palabras de Fructuoso.

Augurio, diácono, repuso :

— Yo doy culto al Dios omnipotente.

El presidente Emiliano dijo al diácono Eulogio :

— ¿También tú adoras a Fructuoso?

Eulogio, diácono, dijo :

— Yo no adoro a Fructuoso, sino que adoro al mismo a quien adora Fructuoso.

El presidente Emiliano dijo al obispo Fructuoso :

— ¿Eres obispo?

FRUCTUOSO. — Lo soy.

EMILIANO. — Pues has terminado de serlo.

Y dió sentencia de que fueran quemados vivos.

Cuando el obispo Fructuoso, acompañado de sus diáconos, era conducido al anfiteatro, el pueblo se condolía del obispo Fructuoso, pues se había captado el cariño no sólo de parte de los hermanos, sino hasta de los gentiles. En efecto, él era tal como el Espíritu Santo declaró debe ser el obispo por boca de aquel vaso de elección, el bienaventurado Pablo, doctor de las naciones. De ahí que los hermanos que sabían caminaba su obispo a tan grande gloria, más bien se alegraban que se dolían.

De camino, muchos, movidos de fraterna caridad, ofrecían a los mártires que tomaran un vaso de una mixtura expresamente preparada; mas el obispo lo rechazó, diciendo :

— Todavía no es hora de romper el ayuno. Era, en efecto, la hora cuarta del día; es decir, las diez de la mañana. Por cierto que ya el miércoles, en la cárcel, habían solemnemente celebrado la estación. Y ahora, el viernes, se apresuraba, alegre y seguro, a romper el ayuno con los mártires y profetas en el parafso, que el Señor tiene preparado para los que le aman.

Llegados que fueron al anfiteatro, acercósele al obispo un lector suyo, por nombre Augystal, y, entre lágrimas, le suplicó le permitiera descalzarle. El bienaventurado mártir le contestó :

— Déjalo, hijo; yo me descalzaré por mí mismo, pues me siento fuerte y me inunda la alegría por la certeza de la promesa del Señor.

Apenas se hubo descalzado, un camarada de milicia, hermano nuestro, por nombre Félix, se le acercó también y, tomándole la mano derecha, le rogó que se acordara de él. El santo varón Fructuoso, con clara voz que todos oyeron, le contestó :

— Yo tengo que acordarme de la Iglesia católica, extendida de Oriente a Occidente.

Puesto, pues, en el centro del anfiteatro, como se llegara ya el momento, digamos más bien de alcanzar la corona inmarcesible que de sufrir la pena, a pesar de que le estaban observando los soldados beneficiarios de la guardia del pretorio, cuyos nombres antes recordamos, el obispo Fructuoso, por aviso juntamente e inspiración del Espíritu Santo, dijo de manera que lo pudieron oír nuestros hermanos :

— No os ha de faltar pastor ni es posible falle la caridad y promesa del Señor, aquí lo mismo que en lo por venir. Esto que estáis viendo, no es sino sufrimiento de un momento.

Habiendo así consolado a los hermanos, entraron en su salvación, dignos y dichosos en su mismo martirio, pues merecieron sentir, según la promesa, el fruto de las santas Escrituras. Y, en efecto, fueron semejantes a Ananías, Azarías y Misael, a fin de que también en ellos se pudiera contemplar una imagen de la Trinidad divina. Y fué así que, puestos los tres en medio de la hoguera, no les faltó la asistencia del Padre ni la ayuda del Hijo ni la compañía del Espíritu Santo, que andaba en medio del fuego.

Apenas las llamas quemaron los lazos con que les habían atado las manos, acordándose ellos de la oración divina y de su ordinaria costumbre, llenos de

gozo, dobladas las rodillas, seguros de la resurrección, puestos en la figura del trofeo del Señor, estuvieron suplicando al Señor hasta el momento en que funtos exhalaron sus almas.»

Felipe y Hermes

Cambiemos de tiempo y de lugar.

Nos encontramos en Adrianópolis y en los tiempos de la gran persecución de Diocleciano.

Felipe, obispo de Heraclea y Hermes, diácono, han sido conducidos a ella para ser juzgados por el Gobernador Justino, después de haber pasado varios meses en la cárcel.

El Gobernador interroga a Felipe.

«— ¿Qué has decidido al fin? Te he concedido esta dilación para que pudieras pensarlo bien y cambiar de parecer. Sacrifica, pues, si quieres salvarte.» El Obispo responde con entereza: «— Si hubiéramos estado por propia voluntad en la cárcel en que permanecimos hasta ahora, con razón podrías hablar de un favor, pero si fué más bien castigo que propia voluntad, ¿por qué consideras un favor el tiempo que concediste? Por lo que a mí toca ya lo dije antes: soy cristiano y te lo repetiré siempre que me interrogués.»

Es sometido a una tan cruel verberación que quedaron al descubierto los intestinos del valeroso anciano.

Tres días después son de nuevo puestos en presencia del Gobernador. Éste les reprocha ásperamente la temeridad de desobedecer al Emperador. «A los Emperadores, responde Felipe humildemente, pero con firmeza, he obedecido y me apresuro a obedecerles siempre que mandan cosas justas, porque la Escritura divina nos manda dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César... Ten presente las palabras que te he repetido varias veces y con las que me declaro cristiano y me niego a sacrificar a vuestros dioses.»

El Gobernador se vuelve a Hermes y le exhorta a que no imite a Felipe, anciano ya caduco, sino que sacrifique para poder gozar de los bienes de la vida.

Todas las tentativas resultan inútiles también en él. Entonces el Gobernador reúne desesperado su consejo y dicta sentencia de muerte. «Felipe y Hermes, dice ésta, se han hecho extraños al nombre de romanos al desobedecer al Emperador: mandamos, pues, que sean quemados vivos para que los demás conozcan con mayor facilidad cuánta ruina acarrea despreciar los mandatos imperiales.»

Los condenados son inmediatamente conducidos al suplicio. Felipe no tiene fuerzas a causa de su vejez y de los terribles

suplicios infligidos y es llevado en peso. Hermes le sigue a pie, muv lentamente también, pues apenas puede valerse.

Se excavan dos fosas en el suelo y al lado de cada una se pone un palo fijado en la tierra. A Felipe le colocan con los pies dentro de su fosa y fijan al palo las manos que llevaba atadas a las espaldas; luego llenan la fosa con tierra hasta las rodillas del condenado. A Hermes le mandan que baje por si mismo, pero a causa de la debilidad de sus piernas tiene que apoyarse en un bastón. El Santo mártir exclama sonriendo: «Ni siquiera aquí, diablo, puedes sostenerme.»

Amontonan leña en torno de las dos fosas, pero Hermes se ha acordado repentinamente de algo que le interesaba. Llama a un cristiano de los allí presentes antes de que enciendan el fuego y le encarga que vaya a su hijo y le recuerde que ha de restituir a cada uno su respectiva propiedad: es que como magistrado civil y como diácono había recibido en depósito varias sumas de personas particulares que tenían en él absoluta confianza.

«Eres joven, mandaba decir a su hijo, y debes ganarte la vida trabajando, como lo hizo tu padre.»

Fueron las últimas palabras del mártir.

Encienden el fuego y quedan asfixiados primero por el humo y luego alcanzados por las llamas.

De meretriz a mártir de Jesucristo

Se llama Afra y era natural de Augusta Vindelicorum, en Recia, la actual Ausburgo. Ignoramos la causa de su arrepentimiento y conversión de su mala vida. Lo cierto es que salió del pecado con las mayores ansias de expiarlo y de entregarse del todo a Dios.

El vicio le había proporcionado considerables riquezas que ella quiso repartir entre los pobres, pero ¡cosa notable!, si bien tan en consonancia con la pura religión cristiana, los fieles, aunque necesitados, se negaron a aceptarlas, porque las consideraron infames.

Son los principios del siglo IV, hacia el año 304. Afra es denunciada al juez como cristiana y arrestada. Se le invita a sacrificar a los ídolos, pero ella responde valientemente que le bastaban los pecados que llevaba cometidos cuando todavía no conocía a Dios y que no quería hacer otros nuevos:

«Ve al Capitolio de la ciudad, le aconsejó el juez y sacrificalo.» Afra replicó: «El mejor Capitolio es Cristo que yo tengo ante mis ojos; a él confieso

todos los días mis delitos y pecados.» Insiste Gayo: «Por lo que oigo eres meretriz; sacrifica, pues, ya que no puedes ser del Dios de los cristianos; pero ¡sabía respuesta la de aquella mujer admirable! «Mi Señor Jesucristo, dijo, que bajó del cielo por amor a los pecadores. Los evangelios testifican que una meretriz regó con lágrimas sus pies y recibió el perdón.»

«Sacrifica, repitió el juez; así serás bien recibida por tus amantes, como lo fuiste siempre y te darán mucho dinero.» La heroína le responde que ya se ha despojado de su dinero, el cual, añade, es tan oprobioso que algunos cristianos pobres no quisieron aceptarlo aun ofreciéndoselo ella con la recomendación de que rogasen a Dios por sus pecados. Gayo le afirma que no es digna de Cristo. «Sin fundamento dices que es tu Dios, le dice, desde el momento que él no te reconoce por suya: siendo meretriz no te puedes llamar cristiana.» «Así es, replica Afra: No merezco en realidad ser llamada cristiana, mas la misericordia de Dios, que juzga no conforme al mérito sifio a su piedad, me ha admitido para este nombre.»

«¿Y cómo sabes que te ha admitido para este nombre?»

«Comprendo que no soy rechazada de la faz de Dios porque se me ha admitido a la confesión gloriosa de su santo nombre, por lo cual creo que recibiré indulgencia de todos mis delitos.»

«Esas son fabulas: Sacrifica a los dioses y por medio de ellos obtendrás la salvación.»

«Mi salvación es Cristo, que pendiente de la cruz prometió los bienes del paraíso al ladrón que le confesaba.» «Sacrifica si no quieres que en presencia de tus amantes te haga flagelar.» «No me avergüenzo de nada, a excepción de mis pecados.»

«Acabemos; pues es indecoroso para mí discutir contigo tanto tiempo: si no sacrificas morirás.» «Es lo que deseo, aunque no lo merezca, para hacerme digna de hallar reposo.» «Te haré atormentar y quemar viva.» «Reciba tormentos el cuerpo con el cual he pecado, mas el alma no la mancharé con los sacrificios ofrecidos a los demonios.»

Al fin pronunció el juez la sentencia. Ésta decía así: «Afra, meretriz pública, que ha confesado ser cristiana y no ha querido participar de los sacrificios, mandamos que sea quemada viva.»

Era el 7 de agosto. La mujer extraordinaria fué conducida a una pequeña isla del río que pasaba cerca de la ciudad. La despojaron de sus vestidos y la ataron a un palo: ella oraba teniendo los ojos fijos en el cielo y lloraba. Se puso en torno suyo la leña y se le prendió fuego. Cuando las llamas le habían envuelto todo su cuerpo aún se oía la voz de Afra que daba gracias a Jesucristo y se ofrecía a él en holocausto.

Liberto por el martirio

Porfirio es un joven de unos 18 años de edad y natural de Berito, hoy *Beyrut*, en Fenicia. Es esclavo de un hombre suavemente erudito llamado Pánfilo, amigo de Eusebio y que llegó a ser Presbítero en Cesarea de Palestina. Pánfilo ha sido condenado a muerte con otros varios. Sale el grupo de futuros mártires hacia el lugar del suplicio cuando adelantándose de

entre la muchedumbre que le acompaña para presenciar el martirio, reclama un joven en alta voz que se conceda sepultura a los despojos mortales de los confesores de la fe.

Era el joven Porfirio fiel a su señor hasta el último momento.

El juez pregunta entonces si era cristiano el interpelante y él contesta afirmativamente. A la confesión de la fe sigue la más horrible carnicería. El joven es azotado hasta quedar descubiertos los huesos y las entrañas. El indigno juez se siente vencido por la fortaleza del muchacho, que ni ofrece resistencia ni despliega sus labios en ayes de dolor. Lleno de ira le condena el juez a ser quemado a fuego lento. Porfirio se encamina medio deshecho, pero sereno y con la mayor dignidad, al palo a que le habían de atar para el martirio, fijado en medio de un montón de leña y desde allí dirige la palabra a los amigos y curiosos presentes. Es atado al palo y encendido el fuego en su derredor; el invicto mártir vuelve a una y otra parte la cabeza para aspirar el aire inflamado y el humo que se desprende cual si quisiera acelerar su propio holocausto. Permaneció en profundo silencio mientras las llamas le envolvían y lamían con sus lenguas: Sólo invocaba a Cristo, el Hijo de Dios, por cuyo amor moría y con esta invocación en sus labios rindió su espíritu al Criador.

Afines a la hoguera fueron los suplicios de la *caldera de aceite hirviendo*, en la que fué metido el Evangelista San Juan, o de betún encendido, en que murió Santa Patamiena, la cal viva y la jaula o lecho de hierro candente del gran mártir San Lorenzo.

V

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (IV)

(LAS FIERAS)

En el Circo Máximo de Nerón. — Atados a un poste. — Otros suplicios.

Fué sin duda el más dramático y espectacular de los suplicios.

Y, ¡cosa significativa!, estuvo en vigor contra los cristianos desde los comienzos hasta el fin de la era martirial; desde Nerón hasta Diocleciano.

A veces venía la condena a esta atroz muerte por parte de la autoridad como castigo; otras para proporcionar fiestas y regocijos públicos a la degradada plebe que, embotada ya su sensibilidad humana, las reclamaba con frecuencia tumultuosamente, en momentos de vesania colectiva, por cualquier pretexto.

Por eso se dió tan repetidas veces.

Tertuliano lo recuerda en su Apologético: «Si el Tíber sube hasta las murallas, si el Nilo no llega hasta los campos que lo rodean, si el cielo se agota y deja de llover, si la tierra tiembla, si sobrevienen hambres y pestes..., al instante se grita: ¡Cristianos a los leones!»

De dos maneras se realizaba el horrendo espectáculo:

Primera, en grupos echados colectiva y gregariamente al redondel del Circo con plena libertad de movimientos y contra los cuales soltaban las fieras para que los devorases. Segunda, individual o colectivamente también, pero con las víctimas atadas a un poste o a un palo, sin posibilidad de huida ni de lucha.

La primera fué la empleada en los tiempos de Nerón.

Las escenas debieron ser de grandeza trágica sobrehumana,

al par que de ferocidad y crueldad horripilantes y de ellas ya hicimos alguna mención en uno de los capítulos anteriores. Sienkiewicz las ha descrito con realismo y arte insuperable en su famoso *Quo Vadis?* La narración tiene, a no dudarlo, rasgos e invenciones novelescas, pero está fundada en la realidad histórica de los hechos.

Algo muy parecido al menos debió de suceder.

Traslademos aquí algunas de sus fuertes pinceladas.

En el Circo Máximo de Nerón

«— ¡Los cristianos! ¡Los cristianos!

Apenas rechinaron las rejas en sus goznes, cuando de aquellos lóbregos antros salieron las acostumbradas voces de los mastigóforos, que decían:

— ¡A la arena!

Inmediatamente se vió el redondel invadido por una tropa de seres extraños, que parecían sátiros cubiertos de pieles, y que en precipitada carrera se dirigían hacia el centro, donde se arrodillaban unos junto a otros, alzando las manos al Cielo.

Imaginaron los espectadores que los cristianos imploraban misericordia y comenzaron a silbar, a patear y a lanzar sobre las víctimas cacharros, huesos roídos, cáscaras de frutas y otros desperdicios, gritando:

— ¡Las fieras! ¡Las fieras!

Pero súbitamente enmudecieron todas las voces ante un suceso imprevisto: de aquel grupo de figuras extravagantes, que parecían bestias, surgió un canto armonioso, y en el circo romano resonó por primera vez el himno de la nueva doctrina:

Christus regnat!

El pueblo quedó como atónito y paralizado: las víctimas, con los ojos elevados al velarium, cantaban tranquilamente, mientras sus rostros pálidos parecían irradiar una luz sobrenatural. Está perfectamente demostrado que aquellos hombres no pedían perdón, y que no se preocupaban ni siquiera veían el circo, ni el pueblo, ni al Senado, ni al César.

Aquel extraño canto, *Christus regnat!*, vibraba a cada instante más entusiasta, más intrépido, y de abajo arriba, en toda la extensión del anfiteatro; los espectadores se preguntaban quién era aquel Cristo cuyo nombre resonaba como un himno triunfal en los labios de unos miserables que en breve iban a morir.

Abrióse entonces una nueva reja, y se precipitó en el redondel una jauría de perros salvajes, gigantescos, molosos del Peloponeso, mastines de los Pirineos, sabuesos de Hibernia, todos hambrientos, con los ijares hundidos y los ojos inyectados de sangre; sus salvajes aullidos llenaron todo el anfiteatro. Los cristianos, después de haber terminado su himno, continuaban arrodillados, inmóviles, repitiendo con triste acento:

— *Pro Christo! Pro Christo!...*

Aunque los perros olfateaban la carne humana bajo las pieles con que se cubrían los cristianos, no se atrevían a acometerles, como si les asombrara el silencio y la inmovilidad de aquellos bultos; algunos perros retrocedían espantados; otros giraban sobre sí mismos como persiguiendo una presa invisible.

El público demostraba su impaciencia gritando desaforadamente, remendando algunos el rugido de las fieras, ladrandos otros como verdaderos mastines y azuzando a los animales en todos los idiomas del mundo. Los perros, completamente aturdidos, lanzaban gruñidos sordos, y continuaban alejándose de las víctimas; por fin, uno de ellos hundió sus uñas en la espalda de una mujer que estaba arrodillada en la delantera del grupo y en el mismo instante todos los demás animales se arrojaron sobre la presa, como si se tratara de un verdadero asalto. Calló entonces el pueblo, para mejor disfrutar del espectáculo. Entre los ladridos de los perros se oían algunas dolientes invocaciones:

— *Pro Christo! Pro Christo!...* — mientras rodaban por la arena los cuerpos despedazados, de donde brotaba la sangre a torrentes.

Los animales se disputaban entre sí rabiosamente los despojos humeantes; y el vaho de la sangre y de las entrañas desgarradas se dilataban por el inmenso recinto, sobreponiéndose a los balsámicos aromas de los pebeteros. Las pocas víctimas que de trecho en trecho aún permanecían vivas y arrodilladas fueron desapareciendo rápidamente entre aquella horrible masa informe y sanguinolenta...

Nuevas víctimas, destinadas a renovar el espectáculo.

Del mismo modo que las anteriores, se arrodillaron y se pusieron en oración; pero los perros, ahitos ya y fatigados, no se acercaron a ellas; solo alguno que otro se abalanzó a las que tenían más cercanas, mientras el mayor número se echaba en el suelo, comenzando a bostechar y a relamerse los hocicos sangrientos. Entonces el pueblo, insaciable en sus deseos de carnicería y ebrio de sangre, gritó furiosamente:

— ¡Los leones! ¡Los leones!... ¡Soltad los leones!

Se había pensado reservar los leones para el día siguiente; pero en el anfiteatro no había más ley que la voluntad del pueblo, que solía sobreponerse aun a la del mismo César. Sólo Calígula, tan audaz como voluble, había osado algunas, aunque pocas veces, resistir a los caprichos populares, mandando apalear a los más atrevidos, aunque casi siempre se había visto obligado a ceder.

Pero Nerón, que no conocía placer más deseable que el de ser aplaudido, jamás se oponía a semejantes exigencias; y en la ocasión presente accedía con tanto mayor gusto cuanto que se trataba de amansar a las muchedumbres exasperadas por el incendio de que se acusaba a los cristianos, sobre quienes había que echar toda la responsabilidad de la catástrofe.

Hizo, pues, señal de que se abriese el cubículo, y los que vociferaban se sosegaron inmediatamente. Abriéronse las rejas que guardaban a los leones, y saltaron éstos al redondel, grandes, poderosos, magníficos, irguiendo fieramente las cabezas meleadas y avanzando con paso lento hacia el centro del anfiteatro. A su vista espantáronse los perros, y corrieron a acurrucarse en el extremo opuesto, lanzando temerosos aullidos.

El mismo César volvió con interés su mirada hacia donde estaban los leones, y los contempló largo rato a través de su lente de esmeralda. Los augustales saludaban a aquellas hermosas fieras con entusiastas aplausos; los plebeyos las contaban con los dedos, y observaban con refinada crueldad la impresión que producían en los cristianos, los cuales, arrodillados en la arena, repetían sin cesar aquellas palabras: *Pro Christo! Pro Christo!...* que exasperaban a la multitud por lo mismo que no las comprendían.

A pesar de que los leones estaban hambrientos, no se apresuraron a lanzarse sobre la presa; la intensa luz rojiza que reflejaba la arena los deslumbraba, obligándoles a parpadear. Se habían detenido y estiraban perezosamente sus patas amarillas, o abrían la boca enorme para bostechar, como si quisieran enseñar sus afilados dientes a la multitud.

Por fin el olor de la sangre y la vista de los cadáveres destrozados que se amontonaban en la arena comenzaron a despertar sus feroces instintos; con las melenas erizadas, iban de acá para allá olfateando aquellas emanaciones, dilatando desmesuradamente las narices y lanzando a la vez gruñidos roncos; uno de ellos se lanzó sobre el cadáver de una mujer, y apoyando sus garras delanteras en el rostro destrozado, empezó a lamer la sangre coagulada; otro se acercó a un hombre que sostenía en brazos a un pequeño cubierto con una piel de gamo; el niño, lanzando gritos desgarradores a la vista de la fiera, se abrazaba convulsivamente al cuello de su padre, el cual procuraba desasirse de él para entregárselo a alguno de los que estaban detrás; pero el llanto de la criatura y los movimientos del padre irritaron al león, que, lanzando un espantoso rugido, deshizo al niño de un zarpazo y sepultó entre sus mandíbulas la cabeza del padre, que devoró inmediatamente.

Entonces comenzó el ataque general, y todos los leones se arrojaron sobre los cristianos. Los gritos de espanto, que algunas mujeres no podían reprimir, eran ahogados entre los frenéticos aplausos del pueblo, que bien pronto volvió a serenarse, ansioso de no perder el más leve incidente de aquella reñida carnicería.

El cuadro era espantoso: cabezas humanas que se hundían en las enormes fauces de las fieras; pechos y vientres abiertos de un solo zarpazo; vísceras extendidas por la arena; huesos que se rompían crujiendo entre las ferreas mandíbulas.

Algunos leones, agarrando a sus víctimas por los costados o por la espalda, emprendían desaforadas carreras y saltaban locamente por el redondel, como buscando algún lugar seguro donde devorar tranquilamente su presa; otros se disputaban las víctimas, levantándose sobre sus patas traseras y luchando como gladiadores, entre los delirantes aplausos de la muchedumbre.

Los circunstantes se hallaban ya poseídos de tan violenta excitación, que abandonaban sus asientos y bajaban a las galerías inferiores para ver mejor; hubiérase dicho que, embriagados por los vapores de la sangre, iban a saltar al redondel para acompañar a las fieras en aquel festín de carne humana.

A veces resonaban en el circo gritos de supremo dolor, que se mezclaban en confusión horrenda con rugidos de león, rechinar de dientes y aullidos espantosos, y en algunos instantes sólo se oían quejidos lastimeros... El César miraba de hito en hito a través de su esmeralda.»

Atados a un poste

La segunda manera debió de ser más cruel aún para los pacientes y moralmente más angustiosa.

Se comenzaba por exhibir al público que aplaudía frenéticamente la diversión que se le proporcionaba, a los reos que habían de morir. A este efecto se ordenaba con ellos una procesión macabra, la verdadera procesión de la muerte, por el redondel del anfiteatro, cuya arena había pronto de enrojecerse. Luego, subían a las víctimas a un estrado construido en el centro y elevado para que cómodamente pudiera ser observada la brutal carnicería. Allí las ataban a un poste y soltaban contra ellas las fieras, las cuales se acercaban primero cautias y recelosas, deslumbradas quizás por los reflejos de la

luz sobre la arena y, subiendo por las gradas o por el plano inclinado, se lanzaban sobre ellas.

Podemos imaginar el horror de aquellos momentos trágicos.

Las pobres víctimas, indefensas e imposibilitadas de moverse, veían merodear a su alrededor o acercarse a ellas en ademán de feroz acometida, siniestros y horribles, al tigre, la pantera, al león o al oso... Era el despiadado castigo a que Dante sujetó en su infierno a un malvado joven, condenado a convertirse en serpiente, quien, amarrado a un palo y desorbitados los ojos, miraba helado de espanto la fatídica culebra que se le echaba encima erguida sobre su cabeza y sibilante.

De este modo murieron muchos cristianos: los diez mártires de Filadelfia; los de Lión; Santa Perpetua y Felicitas y compañeros, en Cartago; Santa Tecla, Agapito y Adriano, en Cesarea; varios en Fenicia y muchos otros lugares.

¡Y qué actos de desprecio de la vida y de heroísmo que parece sobrehumano, no realizaron!

Hubo algunos, como el tantas veces mencionado San Ignacio, que ansiaron ser molidos como trigo de Cristo entre los dientes de las fieras. Otros las incitaban ellos mismos cuando las veían remisas, para que los descuartizaran cuanto antes; otros permanecían como insensibles, cual nos refiere Eusebio de cierto joven, que habiendo quedado desatado y libre para poder huir, no lo hizo, sino que aguardó inmutable y sereno en su sitio, endiosado y puestos en cruz los brazos, esperando la fatal acometida...

Copiamos el precioso documento eusebio referente a los mártires de Tiro, de los que él mismo fué testigo presencial. En él vemos también el hecho insólito de que había hablado ya, dos siglos antes, San Ignacio y que parece que se repitió con frecuencia, y es que las fieras no querían acercarse a los cristianos y aun huían de ellos como repelidas por una fuerza superior, aun revolviéndose y dando muerte a los gentiles que les azuzaban hacia ellos:

«Nosotros mismos, dice el citado historiador, asistimos a tales acontecimientos...; durante mucho tiempo, las fieras devoradoras de hombres, no osaban tocar ni acercarse siquiera a los cuerpos de los amigos de Dios; y lanzábanse, por el contrario, contra los otros, los paganos, que con agujones las excitaban; solamente a los santos atletas aunque estuvieran de pie y desnudos y con las manos les hicieron señas para atraerlas, no los tocaban las fieras. Y si acaso se lanzaban también hacia ellos, se veían repelidos como con una fuerza divina y volvían a retroceder. Este hecho duró mucho tiempo y causó no poca sorpresa a los espectadores; de manera que no habiendo hecho nada la primera fiera se echaba la segunda y una tercera contra el mismo mártir...»

Era cosa para quedarse atónitos el presenciar la impávida constancia de

aqueлlos santos y la resistencia inflexible de aquellos cuerpos jóvenes. Así se pudo ver a uno que apenas había cumplido los veinte años de edad, que sin cadenas y de pie, con los brazos extendidos en forma de cruz y con la mente imperturbable y tranquila se entretenía en dirigir con calma perfecta plegarias a Dios, no moviéndose ni retirándose de su lugar cuando osos y leopardoes que respiraban furor y muerte, casi le tocaban las carnes; pero, no sé de qué manera, por una fuerza celeste y arcaña, tenían las fauces como cerradas y luego, corriendo se volvían atrás. Es lo que sucedió con este mártir. Se podían ver otros, eran cinco en conjunto, expuestos a un toro furioso el cual, arrojando con sus cuernos al aire a los extraños que se adelantaban los dilaceraba, dejándolos medio muertos; en cambio, precipitándose con furia y amenaza contra los sagrados, solamente a ellos no podía aproximarse sino que pataleaba y embestía con los cuernos a una parte y a otra y, respirando furor y amenaza, por verse azuzado con hierros candentes, era empujado hacia atrás por la santa Providencia. De modo que no habiéndoles hecho mal alguno, eran lanzados contra ellos otras fieras. Por fin, después de estos terribles y diversos asaltos, los pasaron a todos a filo de espada y, en vez de entregarlos a la tierra y al sepulcro, fueron arrojados a las olas del mar. (Hist. Ecl., VIII, 7, 2-6).

Otros suplicios

Nombremos dos nada más para terminar este capítulo: la CRUCIFIXIÓN y la SUMERSIÓN.

La CRUCIFIXIÓN, el más sagrado de todos y santificado por el Divino Redentor, fué usado frecuentemente tanto en el pueblo judío como en Roma. Era infamante al par que cruel. No se daba más que a los grandes criminales y en el Imperio, sólo a los esclavos.

En él murió el Príncipe de los Apóstoles en el primer siglo; San Simeón, Obispo de Jerusalén, en el segundo; los Santos Teodulo Agrícola, Timoteo y otros muchos. En Egipto, y durante la persecución de Diocleciano, fueron varios los crucificados, según el testimonio de Eusebio, con la cabeza hacia abajo y dejados en el suplicio hasta acabar por agotamiento.

De la SUMERSIÓN afirma también el mismo historiador que, apenas publicado el primer edicto de Diocleciano, «innumerables fieles» fueron atados y conducidos en barcas a altas mar en donde les arrojaron a las olas. En Roma fueron precipitados en el Tíber, desde lo alto del puente, dos mártires en el año 304. Otros fueron arrojados al mar en Egipto y en Siria. En Palestina lo fué el mártir Ulpiano, metido en una piel de buey y en compañía de un áspid y de un perro. Era el feroz castigo impuesto antiguamente a los parricidas y ya en desuso, pero restablecido de nuevo contra los cristianos, con los cuales todo parecía lícito.

VIII

LAS NOTAS DE LA IGLESIA NACIENTE (IV)

Institución de la Eucaristía. — La fe en la presencia real en los primeros siglos. — La Misa primitiva.

La Eucaristía constituye la parte más esencial y noble de la oración del cristiano y al mismo tiempo el punto culminante de su culto.

Cuatro veces hallamos en los libros del N. T. el relato expreso de su institución por Cristo: en los tres evangelios sinópticos y en la primera carta a los Corintios de San Pablo.

San Mateo dice así (XXVI, 26-28):

«Mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, y lo bendijo, y partió y diósela a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo.

Y tomando el cáliz dió gracias, lo bendijo y diósela diciendo: Bebed de él todos porque ésta es mi sangre del Nuevo Testamento que será derramada por muchos para remisión de los pecados.»

San Marcos (XIV, 22-24):

«Durante la cena, tomó Jesús pan y, bendiciéndole, lo partió y diósela. Y cogiendo el cáliz, dando gracias, se lo alargó: y bebieron todos de él. Y al dárselo, dijoles: «Ésta es la sangre mía, del nuevo testamento, la cual será derramada por muchos.»

San Lucas (XXII, 19-20):

«Después tomó el pan, dió gracias, lo partió, y diósela, diciendo: Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros: haced esto en memoria mía. Del mismo modo tomó el cáliz, después que hubo cenado, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derramará por vosotros.»

San Pablo (I Cor. XI, 23-26) :

«Porque yo aprendí del Señor lo que también os tengo enseñado, y es que el Señor Jesús la noche misma en que había de ser traidoramente entregado, tomó el pan, y dando gracias lo partió, y dijo: Tomad, y comed: éste es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: haced esto en memoria mía. Y de la misma manera el cáliz después de haber cenado diciendo: este cáliz es el nuevo testamento es mi sangre: haced esto, cuantas veces le bebiereis, en memoria mía. Pues todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis este cáliz: anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga.»

LA FE EN LA PRESENCIA REAL

De las palabras citadas creemos que se deduce con evidencia la presencia real de Cristo en la Sagrada Eucaristía.

Se cuenta del célebre O'Connell que estando hablando un día en el Parlamento inglés con ciertos anglicanos, uno de ellos se atrevió a decirle: «Se necesita ser un imbécil para creer que Jesucristo está en el pan consagrado». O'Connell no se inmutó. Miró con calma al que acababa de proferir palabras tan hirientes para él y se contentó con decirle. ¿Qué se necesita ser imbécil para creer eso? Pues entonces pídale usted cuentas a Jesucristo».

Hablabla la verdad serena por él.

El católico no cree porque así lo diga la razón, ni porque lo atestiguan los sentidos, ni porque así lo enseñe la humana Filosofía... Todas estas se callan aquí y enmudecen ante el misterio. Cree porque así lo afirmó Cristo y esto le basta.

El dijo abiertamente: este es mi cuerpo», «este es el cáliz de mi sangre». Ciertamente: Si Cristo no lo hubiera afirmado tan categóricamente ni los católicos ni nadie lo creyera jamás. Es algo tan extraordinario y nuevo que nunca se nos ocurriera... Pero él ha hablado y ante su palabra nos inclinamos.

Si es irracional, si es de imbéciles creer en la Eucaristía, el primer irracional e imbécil sería el mismo Salvador. ¿Se atreverán a tanto los negadores?

La fe de los primeros cristianos

La primitiva Iglesia es, como no podía ser menos, eco fiel de las enseñanzas de los Apóstoles.

Todos los documentos que han llegado hasta nosotros de aquellos remotos tiempos y que, de una manera o de otra, se refieren a la materia, o suponen manifiestamente, la presencia real y ello es lo ordinario, o positivamente la afirman.

San Ignacio Mártir habla de los herejes llamados docetas que atribuían a Jesucristo un cuerpo aparente, fantasmagórico, no real y físico y los refuta precisamente por el dogma eucarístico :

«Se apartan de la Eucaristía, dice, y de la oración porque no confiesan que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador, la que padeció por nuestros pecados, la que resucitó el Padre» (Carta a los de Esmirna, VII, 1).

A los *filadelfios* añade :

«Esforzaos, por tanto, por usar de una sola Eucaristía, pues una sola es la carne de Nuestro Señor Jesucristo y uno solo es el cáliz para unirnos con su sangre; un solo altar como un solo Obispo junto con el Presbiterio y con los Diáconos consiervos míos; a fin de que cuanto hagáis, todo lo hagáis según Dios» (c. IV).

Y a los *romanos*.

«No siento placer por la comida corruptible, ni por los deleites de esta vida: el pan de Dios quiero que es la carne de Jesucristo del linaje de David, y por bebida quiero su sangre que es caridad incorruptible» (VII).

La Didaché dedica, en su brevedad, dos capítulos, a la Eucaristía, el noveno y el décimo. El primero es algo así como una preparación para comulgar y el segundo una acción de gracias después de la comunión. Manda que *"nadie coma ni beba de aquel manjar sino los bautizados en el nombre del Señor, pues dicho está: No deis lo santo a los perros"*.

En el capítulo catorce, incluso habla de ella como del único sacrificio del cristianismo :

«Reuníos cada día del Señor, el Domingo, para partir el pan y dar gracias después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro.

Todo aquel empero que tenga contienda con su prójimo, no se junte con vosotros hasta tanto que no se haya reconciliado a fin de que no se profane vuestro sacrificio.

Porque éste es el sacrificio del que dijo el Señor: En todo lugar y en todo tiempo se me ofrece un sacrificio puro porque yo soy rey grande, dice el Señor y mi nombre es admirable entre las naciones» (XIV, 1.2.3).

San Justino. Es un gran apologista del que más abajo haremos especial mención. En la persecución de Marco Aurelio (163-267) fué detenido por ateo y llevado ante el tribunal con algunos de sus discípulos. Todos confesaron valientemente a Cristo y murieron gloriosamente por él.

La acusación de *ateísmo*, muy extendida entre los gentiles, estribaba en la obstinada negativa de los fieles a adorar y ofrecer sacrificios a los dioses paganos. La de *crueldad* tenía su origen precisamente en las reuniones o *ágapes* fraternos de los

cristianos en donde celebraban la Eucaristía y participaban de la comunión del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Mezclando ideas incoherentes y confundiendo torpemente las cosas, se había extendido la voz entre los gentiles de que los cristianos comían carne humana en las referidas reuniones. Por eso las llamaban convites de Tieste, aludiendo a la fábula conocida de Atreo, rey de Argos, quien por vengarse de aquel héroe mitológico le había presentado en un banquete los miembros de sus dos hijos descuartizados.

Nos interesa de un modo particular la refutación hecha por el gran apologista de esta última calumnia porque en ella es cabalmente donde nos da las más preciosas noticias sobre la Eucaristía y liturgia cristiana en aquellos remotos tiempos.

Dos pasajes aduciremos: En el primero nos describe lo que podríamos llamar la *Misa bautismal* y en el segundo la *dominical*. En la primera habla abierta y categóricamente de la Eucaristía como verdadera participación del cuerpo y de la sangre de Cristo, y en la segunda, nos expone las ceremonias y ritos litúrgicos de la misma *Misa*, en su tiempo, de la que es continuación evidente la nuestra de hoy.

Helos aquí:

Misa bautismal

«Hecha la ablución (el bautismo) del que confesó su fe adhiriéndose a nuestras doctrinas, le conducimos al lugar en que se hallan reunidos aquellos a quienes damos el nombre de hermanos. Entonces recitamos en común frases fervientes por los allí congregados, por el neófito y por todos los otros en cualquier lugar en que se hallen, con el deseo de alcanzar, lo primero el conocimiento de la verdad y después la gracia de practicar la virtud y de guardar los mandamientos, a fin de obtener la salud eterna. Una vez concluidos los rezos nos damos el ósculo de paz.

Acto seguido preséntase al que preside la asamblea, el pan y la copa del agua y del vino. Los toma en sus manos y alaba y glorifica al Padre del Universo por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y hace una larga eucaristía (acción de gracias), por estos dones que de él hemos recibido. Al final de las preces y de la acción de gracias, responde todo el pueblo a una voz: Amén. Amén significa en hebreo: así sea.

Cuando el que preside ha realizado la Eucaristía y todo el pueblo ha contestado, los ministros que llamamos diáconos distribuyen a todos los asistentes el pan, el vino y agua consagrados y lo llevan a los que están ausentes.

Nosotros damos a esta comida el nombre de Eucaristía, de la cual no puede participar el que no crea en la verdad de nuestra doctrina, ni haya recibido el baño de regeneración y remisión de los pecados y no vive según los preceptos de Cristo. Porque esta comida no es para nosotros la de un pan ordinario ni la bebida es como las otras; sino que al modo como nuestro Salvador Jesucristo, encarnado por la virtud del Verbo de Dios asumió la carne y la sangre por nuestra salvación, así el alimento consagrado por la

oración formada con palabras de Cristo, ese alimento que por asimilación debe nutrir nuestra sangre y nuestra carne, es la carne y la sangre de Jesús encarnado. Esta es nuestra doctrina. Y en efecto: los Apóstoles en sus Memorias, llamadas Evangelios, refieren que Jesús les dió estas instrucciones: Tomó el pan y después de dar gracias dijo: "Haced esto en memoria de mí: éste es mi cuerpo" Tomó asimismo la copa y después de dar gracias dijo: "Esta es mi sangre" y a ellos solos les dió» (LXV y LXVI).

Habrá advertido, sin duda, el lector la importancia excepcional del pasaje referido. Recordemos que está escrito a mediados del siglo II de nuestra era, esto es, cuando aún vivía probablemente San Policarpo y algún otro de los discípulos directos e inmediatos de los Apóstoles.

En él se expresa claramente y sin distingos, la fe cristiana de la primitiva Iglesia respecto de la Sagrada Eucaristía: *"el alimento consagrado por la oración formada con palabras de Cristo es la carne y la sangre de Jesús encarnado"*.

"Esta es nuestra doctrina", añade el apologeta y da la razón de ella: *No es la ciencia, ni la perspicacia del ingenio, ni la filosofía o el testimonio de los hombres como dijimos al principio, el que nos lo hace creer así, son las palabras inequívocas, las enseñanzas de Jesús que nos transmitieron los Apóstoles y que lo afirman expresamente: "Este es mi cuerpo", "esta es mi sangre", "haced esto en memoria mía."*

Nada de metáforas ni de epiqueyas; la palabra de Dios sin restricciones ni glosas.

La Misa dominical

Es el oficio litúrgico de los fieles de la época, en la celebración del día del Señor de que nos habló la Doctrina de los doce Apóstoles (XIV).

Dice así:

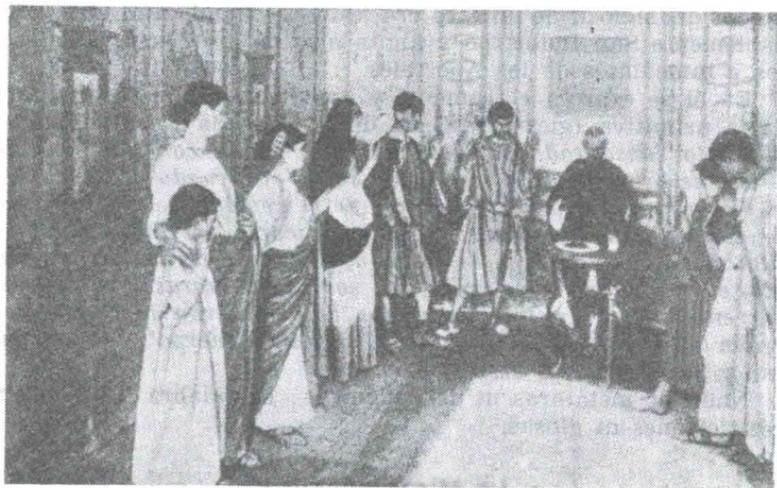
«En el llamado día del sol, suelen congregarse en un mismo lugar todos los vecinos de las ciudades y de las campañas cercanas. Se leen las *memorias* de los Apóstoles y los escritos de los profetas, según el tiempo de que se dispone. Terminada la lectura, el que preside hace un comentario a los fieles para invitarlos a imitar tan bellas enseñanzas. Luego nos ponemos todos de pie y en oración. Una vez acabadas nuestras preces, se trae pan, vino y agua. El que preside eleva al cielo oraciones y eucaristías con todo fervor: y el pueblo responde a coro: amén.

Acto seguido se procede a la distribución de los dones consagrados entre todos los asistentes y se hace participar, mediante los diáconos, aun a los que están ausentes» (LVII, 3).

¡Hermoso y providencial documento! Gracias a él estamos en la posesión de la clave que nos abre, al menos, en sus rasgos generales, el secreto de la liturgia eucarística primitiva.

Tres partes podemos distinguir según él, en la Misa de los primeros cristianos y que, como se verá, responden abiertamente a la nuestra.

1.^a Comienzo y preparación para el gran acto: Lectura en presencia de los fieles, de las memorias de los Apóstoles, esto es



Celebración de la Eucaristía en una casa particular
(Reconstrucción escénica de *"Los amigos de las Catacumbas"*)

el Evangelio, y de los escritos de los Profetas. Era lo que andando el tiempo y con las pequeñas variaciones que imponían las circunstancias y las costumbres de las diversas Iglesias, había de cristalizar en la Epístola y el Evangelio de las Misas de nuestros tiempos.

A la lectura seguía la alocución, la predicación, como también se hace ahora: una homilía de exhortación, «para incitar a los fieles, dice San Justino, a imitar tan bellas enseñanzas.»

2.^a Entrada en la verdadera liturgia eucarística. Se presentan el pan y el vino y el agua. Es nuestro ofertorio llamado en griego *andáfora*.

«El que preside, esto es, el Celebrante, eleva al cielo plegarias y, acciones de gracias».

Parece que no existía aún fórmula concreta y oficial para todos, sino que cada sacerdote improvisaba sus plegarias en las que dominaba la alabanza a Dios y la gratitud por sus beneficios. En nuestras Misas responden a ello el prefacio y las restantes oraciones de antes de la Consagración.

3.^a La parte más esencial del Sacrificio. Palabras y acciones sacramentales sobre el pan y el vino ofrecido, como lo hiciera el Salvador en la última Cena, la Consagración; y finalmente, el convite eucarístico y sacrificial, la participación del pan y del vino consagrados, tanto por parte del Celebrante como de los fieles, o sea, la Comunión.

Como se ve, nada en lo esencial se ha cambiado ni omitido. Es sustancialmente la imagen, el facsímil como ha podido decirse, de la Cena del Redentor con sus Apóstoles en la noche última antes de su Pasión y que él mismo mandara repetir a sus Apóstoles, exornada, a través del tiempo con oportunos aditamentos, para preparar y realzar más el gran acto, cumbre del culto y de la liturgia cristiana.

PARTE TERCERA

EL CRISTIANISMO HEROICO
Y MILITANTE

I

LAS PERSECUCIONES ROMANAS

Datos generales. — Nerón. — Domiciano y Trajano. — Marco Aurelio. — Decio. — Valeriano. — Diocleciano. — El número de los mártires.

Las persecuciones romanas son la prueba más sangrante y trágica a que se ha podido sujetar a religión alguna sobre la tierra.

El Cristianismo puede decirse que fué durante ellas, esto es, en el largo trago de tres siglos, un condenado a muerte vitalicio o, según la acertada frase ya mencionada de Tertuliano, «un candidato al martirio».

Demos una breve noticia de ellas para detenernos después en las confortantes páginas, plenas de heroísmo sobrenatural y divino en que las Actas de algunos de ellos nos transmitieron sus hazañas.

Datos generales

La era martirial romana se extiende desde la persecución de Nerón hasta Constantino quien dió, por fin y definitivamente, la paz a la Iglesia. Duró por tanto, como queda indicado, tres siglos: los tres primeros siglos de existencia de la nueva religión, angustiosos y tremendos y que hubieran acabado con cualquiera otra institución que no hubiera sido divina, pero que a ella la enraizaron más hondamente en la vida y la hicieron mostrar su temple sobrehumano.

Respecto del número de las persecuciones hay diferencias entre los autores. Generalmente suelen indicarse diez, pero nosotros las reduciremos a siete principales: Las de los Emperadores Nerón, Domiciano y Trajano, Marco Aurelio, Décio, Valeriano y Diocleciano.

Nerón

Era el año 64 de nuestra era.

Un vastísimo incendio declarado repentinamente en Roma la había destruído en gran parte; diez de las catorce en que estaba dividida.

¿A qué se debió el siniestro?

La voz pública señalaba como causante al propio Emperador en persona a quien disgustaba la fealdad de la antigua urbe, con sus callejas estrechas y tortuosas y abrigaba el designio de construir otra a medida de su gusto y a la que pudiera legar su nombre.

Algunos afirmaban incluso haber visto al caprichoso magnate, extasiado ante el espectáculo y cantando como un segundo Homero el incendio de la Nueva Troya en llamas.

La desesperada situación del pueblo sin hogar y en la miseria se levantaba cada vez más amenazadora contra el déspota, pero él, ladino y sin escrúpulos, supo soslayarla acusando a los inofensivos cristianos, del maleficio.

Inmediatamente se dió comienzo a la venganza más despiadada y sin tino. Un gran número de fieles, gente la mejor y más pacífica de la ciudad, fueron arrastrados de sus hogares a las prisiones públicas de donde no habían de salir si no para la muerte y los suplicios más refinados.

Había que ganar la voluntad del populacho, proporcionándole los tradicionales juegos a que era tan aficionado y a ello dirigió Nerón todas las iniciativas de su ingenio.

Cuatro menciona el historiador Tácito en sus *Annales* (XV).

Empezó por la llamada *caza de fieras*. El público ahíto de sangre ocupaba ansioso el gran Circo construido por el Emperador rápidamente en sustitución del antiguo devorado por las llamas, cuando en vez de expertos cazadores, vió salir del cubículo al redondel, una tropa de seres extraños cubiertos de pieles y semejantes a sátiro que llegados al centro se arrodillaron en la arena, juntos los unos a los otros y alzaron sus manos suplicantes al cielo...

Eran los primeros cristianos que salían al martirio.

La mansedumbre de aquellos hombres, mujeres y niños no era del agrado de los espectadores, pero pronto tuvieron el plato fuerte que anhelaban. Una feroz jaurfa de perros salvajes y gigantescos traídos del Pirineo, de Hibernia, del Peloponeso, salió de sus cubiles y azuzados por el hambre se lanzaron contra la

indefensa turba... Luego leones y tigres y panteras de Libia y de la India... Subía a las gradas el olor acre de la sangre, los gritos de angustia y de terror de los desgraciados... Se veían piltrafas de cuerpos humanos arrastrados por las fieras... ; pero todo ello constituía el frenesí del pueblo...

Segundo espectáculo no menos fuerte.

El circo aparece lleno de un verdadero bosque de cruces, y en ellas clavados hombres, mujeres y hasta ancianos, y niños en los espasmos horribles del dolor...

El Emperador y el pueblo, dignos el uno del otro, se solazan y ríen viendo los contorsiones de las pobres víctimas.

El tercer espectáculo es el más novedoso de todos : la representación al vivo de algunos cuadros mitológicos de invención del propio monstruo coronado.

Un simulacro del Etna y sobre su cráter un cristiano haciendo de Hércules abrasándose en fuego vivo; la muerte de Dédalo y de Icaro, con dos cristianos lanzados a lo alto para venir a estrellarse caídos sobre la arena; Sacerdotisas de Ceres y de Cibeles, las Danaidas, Dirce y Pasifae, imitadas por doncellas crisianas descuartizadas por caballos salvajes. Otro cristiano imita a Lucio Escévola y se le obliga a sostener la mano extendida sobre la crepitante llama hasta quedar aquella quemada por completo...

Nueva decoración del escenario.

El circo, los paseos e incluso los jardines de Nerón se llenan de postes plantados en la tierra : en cada poste hay atados sendos cristianos vestidos con la llamada «túnica molesta», empapada en pez y resina ardiente todo él, sirviendo de antorchas vivientes en las tinieblas de la noche y en holocausto a la brutalidad más espantosa.

Los suplicios y el refinamiento en ellos fueron tales que la plebe, siempre insaciable de diversiones y sangre, llegó a sentir ya compasión, y en voz pública se decía, como refiere Tácito (XV) que ya «eran demasiados hombres los inmolados, no a la utilidad pública sino a la残酷 de uno solo».

Entre los mártires más señalados en esta persecución, se cuentan, además de los príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo, los santos Proceso y Martiniano y Santa Anastasia y Tecla.

Domiciano y Trajano

A Nerón le siguieron en el trono del Imperio, Vespasiano y Tito.

El gobierno de estos Emperadores se señala en los fastos judíos como uno de los más funestos de la historia, porque ellos llevaron a cabo la conquista y destrucción de Jerusalén y de su templo en el año setenta.

El Cristianismo, por el contrario, gozó de paz, durante los doce años de su reinado, del 69 al 81.

No fué más que un respiro, sin embargo, y pronto estalló de nuevo el furor persecutorio con el advenimiento al poder de Domiciano. Quince años duró la tormenta, en que fueron martirizados personajes tan conspicuos como Flavio Clemente, sobrino del Emperador y cónsul, con su esposa Domitila y otras varias de la nobleza romana. El hecho muestra el furor ciego de las persecuciones, al mismo tiempo que los grandes progresos de la fe aun en las familias más distinguidas. Algunas inscripciones de este tiempo en las catacumbas, citan ya los nombres de descendientes de los Cornelios, Cecilios, Emilios y Barios y otros de la principal nobleza de la metrópoli.

¡Hasta Trajano!

¿Quién lo dijera? Fué éste uno de los Emperadores más afortunados y, sobre todo, más nobles y ecuánimes de todos los tiempos. Se le llegó a llamar «delicias del género humano».

No obstante, ésta fué la triste realidad.

Permanecía aún flotante en el ambiente la enemiga implacable contra la nueva religión juntamente con el «instituto neroniano» que prohibía, como crimen digno de muerte, el ser cristiano, «Christians esse non licet», y no sólo no tuvo valor para oponerse a la gran injusticia y crueldad, o dejarla incumplida como Nerva, su antecesor, sino que aún le dió nuevos alientos.

Su persecución fué de las más terribles. Eusebio dice que «llameaba como un incendio». Fué además general en Roma y en Provincias.

El año 112, en los días más recios de la tormenta, escribía Plinio el Joven, Gobernador de Bitinia, al Emperador pidiéndole instrucciones prácticas sobre lo que debía hacer en las circunstancias por las que atravesaba su Provincia. El Cristianismo se había extendido allí de tal modo que llevar a la muerte a todos los encartados hubiera sido sacrificar a la mayor parte

del pueblo. Trajano le contestó taxativamente: «No hay que investigar quién es o no cristiano y aun se deben rechazar las acusaciones anónimas, pero hay que destinar al suplicio a todos los convictos si no niegan su condición de cristianos».

Poco honran, ciertamente, estas palabras al pío Emperador, delicias del linaje humano, y el número de los mártires debió de ser grande en estas condiciones. Bastaba una delación, como anotamos en el caso de San Ignacio mártir, o un tumulto por parte de los gentiles contra alguno de los cristianos, para que éste fuera ya llevado al suplicio. Que, a pesar de todo ello, el Cristianismo no sucumbiera sino que, por el contrario, se expandiera rápidamente y aun invadiera y conquistara en pocos años el imperio, aparece, a todas luces, como un hecho tan extraordinario y prodigioso que no cabe bajo las leyes ordinarias de la historia.

Marco Aurelio

A Trajano le suceden en el trono Adriano (117-138) y António Pío (138-161), quienes se muestran benévolos para con los cristianos y les permiten cerca de cincuenta años de paz; pero muertos éstos, nueva persecución y *nueva sorpresa*.

El perseguidor es el que ha llegado a la posteridad con el nombre de «Emperador filósofo», Marco Aurelio, hombre, por otra parte, benigno y de indubitable talento.

Reacciones violentas del paganismo moribundo.

Marco Aurelio se propuso, al parecer, por meros impulsos sentimentales, restablecer a ultranza el culto de los dioses del Imperio y ya se prevé el conflicto. Al encontrarse con el Cristianismo irreductible y firme como una roca, vino el choque inevitable y sangriento.

El mismo dió el santo y seña en contestación a una pregunta dirigida desde las Galias: «Todo el que persista en la confesión de su fe cristiana ha de morir a cuchillo». Conforme a esta consigna puede calcularse la magnitud del desastre. En Roma rindió el tributo de su sangre a Cristo, entre otros, el gran apologista San Justino con seis discípulos suyos; además Santa Cecilia, Tiburcio y Valeriano y en las Galias los mártires de Lión: Potino, Santo, Atalo, Blandina y Póntico.

Decio

Omitimos la persecución de Septimio Severo, en que encontraron la palma del más glorioso martirio las Santas Perpetua y Felicitas en África, San Leónidas, padre del gran Orígenes.

en Egipto; Santa Potamiena, con Marcela, su madre, en Alejandría; San Ireneo con muchos otros en Lión y el Papa San Víctor en Roma, y pasamos a la de Decio.

Fué indudablemente una de las más graves y siniestras por la maldad y redomada malicia con que fué concebida y ejecutada.

El decreto o decretos con que la proclamaba el ladino Emperador los llama Eusebio «vere horrificum», y San Cipriano «edicta feralia». La idea que presidía en ellos no era tanto matar los cuerpos cuanto las almas, hacer apostatar de su fe a los cristianos. A ese fin los atormentaba varios días seguidos en el ecúleo y el potro para vencer su resistencia y hacerlos flaquear; a otros les incitaba a la luxuria y les ofrecía premios insidiosos. Los Obispos y el Clero le merecían interés especialísimo por lo que podía arrastrar su apostasía; por eso les encarcelaba y les atormentaba sin piedad y de continuo con hambre y sed y variedad de refinados suplicios.

Tan mal intencionada persecución tuvo efectos lastimosos.

No fueron pocos los cristianos que aterrados desfallecieron, consintiendo unos en ofrecer incienso a los dioses, los llamados «sacrificati»; otros procurándose un falso documento de haber sacrificado, «libelatici», o inscribiendo sus nombres entre los apóstatas.

No faltaron, sin embargo, quienes resistieron intrépidos, «cual inquebrantables columnas», en frase de Eusebio.

El martirologio enumera entre la pléyade de gloriosos mártires de ese feroz período a Santa Agata en Sicilia, al gran Orígenes, muerto a causa de los gravísimos tormentos infligidos en la cárcel. San Abdón y Senén y San Cristóbal en Roma. En España los Santos Facundo y Primitivo en Galicia, Marcelo y Nona con sus tres hijos en León, Acisclo y Victoria en Córdoba, San Fermín, Obispo de Pamplona, Emeterio y Celedonio en Calahorra, Santa Marta en Astorga, las Santas Justa y Rufina en Sevilla.

Valeriano

Fué quizás, y si cabe, el más encarnizado enemigo del nombre cristiano.

Dos decretos a cual más perniciosos promulgó. Por medio del primero prohibía, bajo pena de muerte, a los cristianos reunirse, y ni aun visitar sus cementerios, Iglesias o lugares de culto, añadiendo la pena de destierro a todos los obispos, presbíteros y diáconos que se negaran a sacrificar a los dioses. El segundo,

promulgado el año 258, extendía a todo el Clero las penas del anterior. A los nobles les privaba de sus haciendas y, si persistían, los condenaba a muerte; a las mujeres les privaba asimismo de sus bienes y las arrojaba al destierro.

No es extraño que la cosecha de mártires fuera copiosa. Entre ellos se cuentan como más distinguidos los Papas Esteban y Sixto; el gran San Lorenzo, diácono, San Cipriano, Obispo de Cartago y lumbre de la Iglesia; los ciento cincuenta y tres mártires de Utica, llamados «Massa Cándida» por haber sido enterrados vivos en la cal; San Fructuoso, Obispo de Tarragona, con sus dos diáconos Augurio y Eulogio.

Diocleciano

Han pasado ya más de dos siglos de continuos forcejeos entre los dos poderes que luchan por el dominio de la humanidad y su civilización: el Paganismo y el Cristianismo.

El primero se siente en la posesión y ha visto lleno de recelos y de presentimientos fatales acercarse al que acabará, al fin, por derrocarle. En su inquietud ha desplegado brutalmente la represión. La sangre del adversario ha corrido a torrentes, pero todo inútil: no ha servido nada más que para infundirle nuevos alientos y ambiciones. El cristianismo ha ido en marcha siempre ascendente y amenaza inexorablemente apoderarse del Imperio.

Parece que ante la inutilidad de sus esfuerzos debiera el paganismo cambiar de procedimientos y de táctica o ceder el paso a la nueva avasalladora religión; sin embargo, nada de eso: sigue en su pertinacia y aun se diría que ha ido cobrando nueva violencia y más concentrada saña.

Tales son las ideas que vienen a la mente al entrar en la persecución de Diocleciano.

Tenía más que suficientes motivos este Emperador para reflexionar acerca del trato que debía dar al Cristianismo que era ya la religión de la mayor parte de las gentes que integraban su imperio; no obstante, es uno de los más furiosos y encarnizados perseguidores: su nombre ha pasado a la posteridad cristiana como el peor de sus tiranos.

Y, ¡cosa extraña!

Diocleciano no tuvo siempre malos sentimientos contra la nueva religión. Al principio de su reinado, incluso, la favoreció y tuvo en su gobierno ministros y servidores cristianos y lo que es más todavía, su esposa Prisca y su hija Valeria lo eran.

Permitía abiertamente a todos profesar el Cristianismo y aun en varias ocasiones, antepuso los cristianos a los infieles.

Fué todo obra de un cambio brusco efectuado hacia el año 295 y debido a la fuerte presión de los que le rodeaban.

Las hostilidades las rompió por el ejército. Un decreto aparecido en ese mismo año excluía de él a los cristianos; a los soldados que fueran tales les daba opción entre abandonar su fe o la milicia. Muchos abandonaron las armas.

Quizás indignado por este fracaso dió comienzo a la persecución sangrienta.

En breve intervalo de tiempo promulgó cuatro edictos a cuál más tiránico y vejatorio. Por el primero mandaba derruir las Iglesias o templos y entregar o quemar los libros sagrados, al par que despojaba a los fieles de todos los honores y derechos civiles. El segundo mandaba encarcelar a todos los clérigos. Las prisiones públicas se vieron tan abarrotadas de éstos que no había lugar siquiera para los criminales comunes.

Por el tercero mandaba dar libertad a cuantos quisieran sacrificar a los dioses del Imperio, y el cuarto, dado en 304, prescribía la pena de muerte a cuantos lo recusaran...

Eran las últimas sacudidas de la fiera. El decrépito paganismos presentía su fin y quiso despedirse con una de las más grandes brutalidades de la historia.

Son los primeros años del siglo IV, la víspera casi de la batalla del Puente Milvio y del decreto de Milán que señala el triunfo de la Iglesia.

Enumeremos entre los incontables paladines esforzados que entregaron su vida por Cristo, algunos de los más salientes: San Jorge y Dorotea en Capadocia, San Sebastián, Anastasia e Inés en Roma, Santa Lucía en Siracusa. En España fué más abundante aún la siega que en otros sitios, debido al rigor y残酷 del Prefecto Daciano: Santa Eulalia, Severo Obispo, Cucufate y Félix, en Barcelona; Poncio y Narciso, Obispos y los diáconos Víctor y Félix en Gerona. Santa Engracia y los innumerables mártires en Zaragoza; San Valero y Vicente en Valencia, Justo y Pastor en Alcalá; Leocadia en Toledo; Eulalia, Julia y otros 28 en Mérida; Zoilo y 19 más en Córdoba; Cirfaco y Paula en Málaga; Vicente, Sabina y Cristeta en Ávila...

Conclusión

Resumamos ya datos e impresiones.

Como acabamos de ver, la era de las persecuciones dura algo más de tres siglos, desde el 64 al 312.

Tres siglos de sangre irrestañable.

No fué, sin embargo, continua la persecución dentro de ese largo lapso de tiempo: tuvo sus intervalos de pausa y de respiro; varios Emperadores no participaron en la vesania de sangre que el día de hoy tanto nos extraña; pero después de ellos vinieron sucesores que se superaron a sí mismos.

Así podemos calcular con Paul Allard, que la Iglesia padeció 6 años de persecución en el primer siglo; 86 en el segundo; 24 en el tercero, y 13 en los comienzos del cuarto. Fué perseguida, por tanto, por espacio de 129 años; gozó de paz, en curiosa coincidencia, otros 129: 28 en el primer siglo, 15 en el segundo y 76 en el tercero. En ella tomaron parte la mayoría de los emperadores, pero especialmente Nerón, Trajano, Marco Aurelio, Septimio Severo, Daciano, Decio y Diocleciano.

El número de los mártires

¿Cuántos fueron, en definitiva, los héroes cristianos sacrificados a la intransigencia y brutalidad del paganismo en el Imperio?

En la solución de este problema se ha pecado, como dicen, por carta de más y por carta de menos. Algunos exagerando evidentemente la nota, han elevado la cifra a varios millones; otros, demasiado cautos, la han restringido injustamente a unas cuantas docenas.

El hecho nunca podrá averiguarse con certeza, pues carecemos de estadísticas fidedignas, pero creemos que ni lo uno ni lo otro. «In medio consistit virtus». El término medio prudente se impone aquí como en ninguna otra parte.

Conjeturamos que no son millones los mártires, pero sí muchos millares, quizás centenares de miles.

Algunos datos concretos darán firmeza a estas apreciaciones. De la persecución neroniana ya quedan anotadas las palabras de Tácito (Annal. XV, 44), en que llama a los sacrificados con ocasión del incendio de Roma, «ingente multitudo». El año 64 se estima que fueron inmolados cerca de mil que se conmemoró

ran el 29 de junio juntamente con los Apóstoles Pedro y Pablo. *Dión Casio* (Hist. Rom. 67, 14) habla de «otros muchos» reinando Domiciano. En muchísimos («valde multi») estima Eusebio los del tiempo de Trajano (H. E. III, 34). De la de Marco Aurelio dice el mismo (V, 1) que fueron «innumerables» en toda la tierra: persecución general. En la de Septimio Severo se derramó tanta sangre cristiana que se creyó en la próxima venida del Anticristo. Decio fué amado por Lactancio «execrable animal» que no perdonó edad, sexo ni condición. De los tiempos de Galo habla San Cipriano de «un innumerario pueblo coronado con el martirio» (De Mort., al fin), y de la de Valeriano añade Lactancio (De Mort. ners. V) que fué breve, pero que en poco tiempo derramó mucha sangre de mártires. De la de Diocleciano, larga y horrible, afirma Sulpicio Severo (Hist. Sacr. II, 6, 52) que durante diez años «destruyó el pueblo de Dios» y añade con énfasis oratorio que «las espadas quedaron embotadas» y los verdugos se vieron obligados a alternar por el cansancio. Sólo en Tebaida y Egipto se enumeran 10.000. sin contar las mujeres ni los niños.

Se nos habla también de martirios en masa:

En Egipto no era raro que en un mismo lugar fueran muertos 30, 60 y hasta 100 juntamente. En Nicodemia se acuchilla a una multitud apilada; a otra la hacen perecer en la hoguera; a otra la arrojan al mar.

En Sebaste reciben el martirio 40 soldados y en una ciudad de Frigia una muchedumbre es encerrada en la iglesia e incendiada.

Se habla asimismo de la *masa cándida* del tiempo de Valeriano y de la legión tebana en el de Maximiano.

Que el lector juzgue por sí mismo en presencia de los datos. Volvemos a repetir que podrá ser exageración contar los mártires por millones, pero, ¿lo será también por centenares de miles?

II

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (I)

(EL DESTIERRO Y LAS MINAS)

Idea general de los mismos. — Eusebio y Fileas. — El destierro. — Canteras y minas. — Fenos: el lector Juan. — Numidia, San Cipriano.

Los suplicios de los mártires marcan dos cumbres de la Historia: La cumbre de la crueldad, de los instintos sanguinarios y ferales del hombre y la cumbre de la grandeza moral, del heroísmo sobrehumano de que es capaz el mismo hombre asistido por la ayuda de Dios y bajo los estímulos religiosos.

Los relatos que de ellos nos han llegado reflejan ese mismo doble aspecto. Por una parte producen en nosotros verdaderos escalofríos de espanto ante la ferocidad e infrahumano sadismo de los perseguidores, pero, por otra, confortan nuestro espíritu y lo llenan de entusiasmo ante el heroísmo de las víctimas... Los primeros nos deprimen y hacen que nos avergonzemos incluso de ser hombres, los segundos, por el contrario, nos levantan y enorgullecen ante la consideración de la dignidad humana capaz de tan inconcebible grandeza.

Demos por vía de introducción algunos anticipos parciales de la gran tragedia para detenernos después en cada uno de sus actos.

Eusebio y Fileas

Ellos serán nuestros guías seguros. Ambos son historiadores, especialmente el primero, contemporáneos y testigos oculares de los hechos, en los tiempos de la gran persecución de Diocleciano, la última, pero la más terrible de todas. Eusebio fué Obispo de Cesarea y Fileas de Tmuis de Egipto.

Dice Eusebio dando una idea general de los de Egipto:

«Fueron millares y millares los hombres, mujeres y niños los que sufrieron los más diversos géneros de tormentos por mantenerse fieles a nuestro Salvador. Unos fueron quemados vivos después de haber sido torturados con garfios, caballetes, los más crueles azotes y tormentos innumeros e inauditos que causan horror al solo oírlos; otros sumergidos en el mar; otros presentaron generosamente sus cuellos para ser cortados: éstos morían en los tormentos, aquellos sucumbían, al fin, de hambre; los de más allá eran crucificados o según el modo usual de los malhechores, o de otra manera todavía peor, clavados con la cabeza hacia abajo, postura en que los dejaban hasta que morían en los mismos patibulos por consumación» (Hist. Ec. VIII, 8).

Fileas añade sobre los mártires de Antioquía estas tremendas torturas contempladas por él mismo:

«¿Quién podrá decir el valor y la virtud de que dieron muestra en cada uno de los tormentos? Porque, como estaba permitido a todos ultrajarles a mansalva, a unos les golpeaban con bastones, a otros con varas, a otros con azotes, a otros con correas, a otros con cuerdas. El espectáculo era variado y rebosaba maldad; a algunos suspendían de un palo con las manos atadas detrás, mientras especiales instrumentos les distendían los miembros: luego en la misma posición, los verdugos, conforme a las órdenes recibidas, les aplicaban no sólo a los costados, como solían hacerse con los ase-sinos, sino a todo el cuerpo, al vientre, a las piernas, a las mejillas, los artefactos del suplicio. Otros eran colgados de un pórtico por una sola mano y así, suspendidos en el aire quedaban por tiempo indefinido sufriendo el dolor más espantoso por la tensión insopportable de las junturas de los miembros. Otros eran atados a sendas columnas, unos frente a otros, sin poder apoyar los pies, de modo que las ataduras se apretaban más y más por el peso del cuerpo que gravitaba...

Y ellos sufrían todos estos suplicios no sólo durante el tiempo que el gobernador les interrogaba, sino casi un día entero... Cuando él pasaba a otros dejaba junto a los primeros a funcionarios, para el caso de que alguno, vencido por el tormento cediera... y para que después de morir les bajaran y arrastraran sus cadáveres por tierra...

A algunos después de estos tormentos, los metían en el cepo con ambas piernas distendidas hasta el cuarto agujero...

Otros arrojados por tierra, yacían bajo la violencia de los tormentos infligidos ofreciendo a los que los miraban un espectáculo más espantoso que la ejecución misma porque llevaban grabadas en sus cuerpos las huellas de los suplicios.

En tales condiciones, algunos morían durante los tormentos avergonzando con su constancia a los verdugos; otros, encerrados medio muertos en la prisión, después de algunos días, expiraban, oprimidos por los dolores. Los restantes, obtenido el restablecimiento mediante la cura aplicada con el tiempo y con la permanencia en la cárcel, se hacían más intrépidos. Cuando después se les mandaba que eligieran entre sacrificar a los dioses o la condena a muerte, sin ninguna vacilación marchaban alegremente a la muerte» (Carta a Eusebio, cit. Hist. Ec. VIII, 10, 4-14).

No menos espantable es el relato de los tormentos de los mártires de la Tebaida que nos transmite Eusebio.

«Superan toda ponderación, dice, los tormentos y dolores sufridos por ellos. Algunos eran desgarrados en todo el cuerpo con conchas en lugar de las uñas

de hierro, hasta que expiraban. Mujeres hubo a quienes ataban de un pie, y suspendidas con la cabeza abajo, y levantadas en alto, daban con su cuerpo completamente desnudo, a cuantos las miraban ese espectáculo torpísimo y cruelísimo y el más humillante de todos. Otros morían atados a árboles y troncos: con especiales aparatos se tiraba de las ramas más rígidas hasta unirlas en un mismo punto: a cada una de ellas ataban las piernas de los mártires y luego soltaban las ramas para que recobrasen su posición natural: inventóse este suplicio para dilacerar las junturas de los miembros de aquellos a quienes se aplicaba.

Y todos estos suplicios se practicaron no durante unos días o por breve tiempo, sino por un largo período de años enteros: muriendo a veces no menos de treinta y hasta setenta: y aun hubo ocasión en que en un solo día fueron muertos cien hombres con sus niños y mujeres, después de haber soportado varios y sucesivos suplicios.

Nosotros mismos, presentes en los lugares, vimos gran muchedumbre de personas morir en un solo día, unos decapitados, otros padeciendo el suplicio del fuego, de tal modo que el hierro homicida se embotaba y mellado producía contusiones y los mismos verdugos cansados iban turnándose.

Entonces contemplamos también el admirabilísimo ímpetu, la fuerza verdaderamente divina y la prontitud de los fieles.

Apenas pronunciada la sentencia de los primeros, avanzaban otros de otra parte ante el tribunal del juez, confesando ser cristianos, permaneciendo impasibles ante los peligros y tormentos: antes bien, intrépidamente hablaban con libertad, de la religión del Dios del Universo y con alegría, sonrisa y júbilo, recibían la sentencia suprema de muerte, de modo que cantaban himnos y rendían acciones de gracias a Dios hasta el último suspiro» (Hist. Ec. VIII, 1-5).

El destierro

Vengamos ya, como prometimos, a cada uno de los diversos géneros de martirio.

El destierro es el más suave de todos, pero aun así penoso y frecuentemente de características trágicas.

A las veces llevaba consigo, y era el caso ordinario, tratándose dé los cristianos, la confiscación de los bienes y la muerte civil o pérdida de los derechos ciudadanos.

Los lugares de deportación eran de los más inhóspitos y en ellos acababan generalmente los desterrados consumidos por la insalubridad del clima, por la tristeza y malos tratos como sucedió a San Ponciano.

San Juan Evangelista, fué, como sabemos, relegado a la isla rocosa de Patmos: las dos nobles matronas romanas Flavia y Domitilla, a las islas Pandataria y Poncia: San Clemente Papa al Ponto y a otros diversos sitios San Cornelio, Cipriano y Dionisio de Alejandría.

Canteras y minas

Constituyen el segundo de los suplicios en orden ascendente de crueldad, pero de sus múltiples y terribles penalidades

apenas podemos nosotros ahora hacernos cargo en nuestros tiempos.

La condena a trabajos forzados; en especial a las canteras y minas (*ad metalla*) era ya antigua en el Imperio romano y usada con frecuencia. Con ella quedaba beneficiado el Estado por el laboreo gratuito de aquellos centros de riqueza. El emplazamiento estaba situado en las más diversas regiones, pero se distinguían especialmente las minas de cobre de Feno en Palestina, al sur del mar Muerto; otras en Chipre: Canteras de pór-fido en Tebaida, otras de mármol en Sirmio, en Panonia y Cilicia; minas en Cartagena (España) y en Numidia.

A estas regiones eran, pues, conducidos los cristianos a trabajar como criminales en grupos y bajo la vigilancia y dirección de capataces.

Nada más deprimente que su marcha hacia ellas. Se les veía en largas filas como rebaños de prisioneros, pobres seres esqueléticos obligados a caminar centenares y aun miles de kilómetros, a través de lugares desiertos y quemados por los rayos del sol, bajo los látigos de inclementes inspectores. Muchos morían agotados en el camino y eran pasto de los chacales. Juntamente con los hombres iban también sus mujeres y niños (1).

Pues la vida en las minas era más penosa aún: un verdadero martirio prolongado.

La primera providencia que se tomaba con los desgraciados era mutilarlos bárbaramente. Por lo general se les cortaba el tendón del pie izquierdo para que no pudieran huir, o les metían ambos en sendas argollas de hierro unidas a una corta cadena remachada por un herrero de modo que no podían dar más que pequeños pasos. Luego se les sacaba con un puñal el ojo derecho y se les cauterizaba la herida con un hierro candente. A los jóvenes les castraban.

Fenos y Numidia

De dos de estas minas se ha conservado especial memoria: La de *Fenos* en Palestina y la de *Numidia*.

De la primera nos da Eusebio los datos más commovedores.

Era grande el número de los cristianos condenados a ellas procedentes de Palestina y de Egipto. Entre ellos había también numeroso clero, Obispos, Sacerdotes y Lectores. Los inspectores o superintendentes del trabajo, parece se habían mostrado benévolos con ellos y, terminada la jornada, les daban libertad para sus oraciones y culto. Improvisaron una choza que convirtieron

(1) Cfr. *La era de los Mártires*, Ricciotti, n. 88.

en iglesia y allí tenían sus reuniones, exhortaciones y lecturas confortando sus espíritus con los consuelos religiosos y la oración de Dios... Y ¡caso emocionante! El lector en las reuniones era un ciego. Llamábase Juan. Había llegado a la mina privado por completo de la vista en ambos ojos, pero aun así no se libró de que le cauterizaran el derecho con el consabido hierro candente. Juan tenía una memoria prodigiosa y se sabía de coro libros enteros de las Sagradas Escrituras, del Nuevo y Antiguo Testamento. Hele aquí, pues, lector nato en todas las asambleas. Eusebio escribe no sin visible emoción :

«Confieso que yo mismo me quedé asombrado cuando por primera vez vi a este hombre, de pie, en medio de mucha gente, en una reunión, recitando algunas partes de la divina Escritura. Mientras sólo podía oír su voz me llevaba la impresión de que era alguno que leía, como es costumbre en las reuniones, pero luego, acercándome vi lo que ocurría: Todos los demás que tenían sanos los ojos estaban en torno suyo formando círculo, y él, sirviéndose sólo de los ojos de la mente, hablaba sin artificio como un Profeta, superando en mucho a los vigorosos de cuerpos» (De Mart. Pat. XIII, 8).

Parecía demasiado cómoda y aun idílica la vida de los cristianos de Fenos. Dios quiso probarlos más aún y permitió que fuera el Gobernador en persona a inspeccionarlos. El Emperador Maximino, advertido, dió disposiciones que se cumplieron inmediatamente. Los cristianos fueron trasladados, parte a Chipre, parte al Líbano, parte a otros lugares de Palestina. Cuatro de los más eminentes fueron quemados vivos y entre ellos los Obispos Nilo y Peleo; otros treinta y nueve que, por sus condiciones físicas eran inhábiles para el trabajo y por esto vivían aparte dedicados a oraciones y ejercicios piadosos, fueron decapitados todos en un día. Entre éstos estaba, además del lector Juan, el Obispo Silvano.

Las minas de *Numidia* las inmortalizó San Cipriano con sus escritos.

Las componían, según podemos ver por ellos, un numeroso grupo de cristianos en que se encontraban también no sólo hombres, sino mujeres y niños y aun Obispos, sacerdotes y diáconos.

Vivían en las perpetuas tinieblas de los subterráneos solamente alumbrados por la molesta luz de las antorchas.

Apenas se alimentaban y temblaban de frío, pues iban casi desnudos por la carencia absoluta de vestidos. Tampoco tenían camas ni cosa que pudiera parecerse y se veían obligados a dormir en el húmedo desnudo suelo.

El mencionado San Cipriano mantuvo correspondencia epistolar con aquellos héroes y en sus cartas se muestra patético y confortador. Transcribamos parte de una de ellas, pues ade-

más de la belleza de sus conceptos demuestran una vez más, la gran caridad y solidaridad cristiana al mismo tiempo que la espantosa realidad de los padecimientos que sufrieron por Cristo nuestros hermanos en la fe.

«Exigía indudablemente vuestra gloria, beatísimos y amadísimos hermanos, que fuera yo mismo quien viniera a veros y abrazaros, si unos límites, de antemano trazados, de un lugar no me retuvieran también a mí, a causa de la confesión del nombre de Cristo. Sin embargo, de la manera que puedo, me hago presente a vosotros, y si no me es dado llegar hasta vosotros corporalmente y por mi propio paso, voy al menos por el amor y el espíritu, expresándoos por carta mi sentir íntimo, mi júbilo y alegría por esos actos de valor y gloria vuestros, y considerándome participe con vosotros, si no por el sufrimiento del cuerpo, sí por la unión de la caridad. ¿Es que podía yo callar, podía reprimir por el silencio mi voz, cuando tantas y tan gloriosas noticias me llegan de quienes me son carísimos y tanta gloria conozco con que os ha honrado la dignación divina? Parte de entre vosotros va ya delante, consumado su martirio, a recibir del Señor la corona de sus merecimientos; parte se halla aún detenida en los calabozos de las cárceles o en las minas y cadenas, dando por la misma dilación de los suplicios mayores documentos para fortalecer y armar a los hermanos, y adquiriendo más amplios títulos de merecimiento por la duración de los tormentos, pues habéis de tener tantas pagas en los premios celestes cuantos días contéis ahora en los castigos. Y no me sorprende, fortísimos y beatísimos hermanos, que todo ello os haya sucedido como corresponda al mérito de vuestro espíritu de piedad y fidelidad, y os haya el Señor levantado, con el honor de la glorificación que os concede, a la más alta cima de la gloria, a vosotros que mantuvisteis siempre en su Iglesia el vigor de una fe firmemente guardada, observando con fortaleza los divinos mandamientos, la inocencia en la sencillez, la concordia en la caridad, la modestia en la humildad, la diligencia en la administración, la vigilancia en ayudar a los necesitados, la misericordia en favorecer a los pobres, la constancia en defender la verdad, el rigor en la severidad de la disciplina. Y para que nada faltara en vosotros para ejemplo de buenas obras, también ahora, por la confesión de vuestra voz y el sufrimiento de vuestro cuerpo, provocáis las almas de los hermanos a los divinos martirios, presentándoos vosotros como capitanes en los hechos valerosos. Y así, siguiendo el rebaño a sus pastores e imitando lo que ve hacer a sus guías, recibirá el Señor la corona por merecimientos semejantes a los de ellos.

El hecho de que antes de entrar en la mina se os apaleara cruelmente, y que de este modo iniciarais la confesión de vuestra fe, no es para nosotros cosa execrable. Porque el cuerpo del cristiano no se espanta de los palos, cuando toda su esperanza la tiene puesta en un madero. El siervo de Cristo conoce el misterio de su salvación: redimido por el madero para la vida eterna, por el madero es levantado a la corona. ¡Y qué tiene de maravillar que vosotros, vasos de oro y plata, hayáis sido condenados a las minas, es decir, a la casa del oro y de la plata, si no es que ahora se ha cambiado la naturaleza de las minas, y los lugares que antes acostumbraban dar oro y plata han empezado ahora a recibirlas? Han puesto también trabas a vuestros pies, y los miembros felices que son templos de Dios los han atado con infames cadenas como si con el cuerpo se pudiera también atar el espíritu o vuestro oro pudiera mancharse al contacto del hierro. Para hombres dedicados a Dios y que dan testimonio de su fe con religioso valor, todo eso son adornos, no cadenas, y no atan los pies de los cristianos para infamarlos, sino que los glorifican para alcanzar la corona. ¡Oh pies dichosamente atados, que no se desatan por el herrero, sino por el Señor! ¡Oh pies dichosamente ata-

dós, que por camino de salvación se dirigen al paraíso! ¡Oh pies ahora en el mundo trabados, para estar siempre delante de Dios sueltos! ¡Oh pies que ahora vacilan en su paso, impedidos por trabas y cadenas, pero que van a correr velozmente hacia Cristo por glorioso camino! Que aquí la残酷, o envidiosa o maligna, os sujeté cuanto quiera con sus ataduras y cadenas; pronto, saliendo de esta tierra y de estos trabajos, habéis de llegar al reino de los cielos. No descansa el cuerpo, en las minas, sobre lecho y colchones; pero no le falta el alivio y consuelo de Cristo. Por tierra se tienden los miembros fatigados por el trabajo; pero no es pena estar tendido con Cristo. Sucios están los cuerpos por falta de baños, perdida su forma por la inmundicia del lugar; mas cuanto por fuera se mancha la carne, tanto por dentro se lava el espíritu. El pan es allí muy escaso; mas no de solo pan vive el hombre, sino de palabra de Dios (Luc. 4, 4). Os falta el vestido, con los miembros ateridos de frío; mas el que se reviste de Cristo, en él tiene abundante vestido y adorno. Vuestra cabeza, raída por mitad, infunde horror; mas como sea Cristo la cabeza del varón, en cualquier estado en que se halle, forzoso es sea hermosa la cabeza, que es gloriosa por el nombre del Señor. Toda esta fealdad, detestable y horrible para los gentiles, ¡con qué esplendores de gloria no será compensada! Esta breve pena del mundo, ¡con qué paga de glorio y eterno honor no se commutará, cuando, como dice el bienaventurado Apóstol, transformará el Señor el cuerpo de nuestra humildad, configurado al cuerpo de su claridad!» (Phil. 3, 21).

La mano de Dios

¿Cómo era posible que hombres tan desgraciados se conservaran fieles a su religión y aun practicaran la piedad?

Sin embargo, ese fué el hecho en verdad emocionante como llevamos observado. Prohibían a los clérigos poder celebrar los divinos misterios, pero a pesar de eso, ellos se reunían fraternalmente, se alentaban llenos de caridad y con verdadero espíritu de familia y aun formaban a escondidas sus capillas y oratorios en donde celebraban como podían sus cultos y sus rezos.

Su pensamiento estaba en Dios y vivían de la esperanza del cielo.

Ya en otra parte mencionamos el tiernísimo episodio acaecido al Papa San Clemente.

Al llegar este santo Pontífice a las cercanías de Quersón, en el Ponto, a donde iba deportado, encontró, en los trabajos de las minas de mármol, a más de 2.000 cristianos llevados allá en larga condena. Apenas éstos vieron al Santo y Venerable Clemente, todos a una, entre gemidos y lamentos, corrieron a él diciéndole: «Ruega por nosotros, Santísimo y Sumo Sacerdote, para que seamos declarados dignos de las promesas de Jesucristo..»

Conociendo Clemente que estaban desterrados por Dios, dijo: «No sin motivo me ha trasladado aquí el Señor, sino para que, hecho partícipe de vuestros padecimientos, os procure también un vislumbre de consuelo y de paciencia..»

III

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (II)

(AL FILO DE LA ESPADA)

San Justino y sus compañeros. — Soldado de Jesucristo. — Fileas y Filoromo.

La muerte por decapitación y al filo de la espada ha sido demasiado frecuente por desgracia en la despiadada humanidad para que nos tengamos que detener en describirla.

Solamente queremos entresacar algunos relatos martiriales de autenticidad indiscutible y típicos en la materia.

San Justino y sus compañeros

Es, como ya queda anotado más arriba, uno de los grandes apologistas cristianos del siglo II. Nació en Siquem de Samaria y llevado de su deseo de alcanzar la verdad recorrió todos los sistemas y escuelas filosóficas de su tiempo, pero en ninguna pudo aclimatarse. Por fin tuvo ocasión de conocer el Cristianismo que le llenó plenamente. Convertido a la fe, puso una cátedra de Filosofía en Roma con el propósito especialmente de enseñar la nueva religión que tanto le había impresionado. Escribió dos célebres apologías, hacia el año 150 y convirtió a la fe a varios que frecuentaban su escuela. En compañía de algunos de ellos fué martirizado en la persecución de Marco Aurelio del 163 al 167.

He aquí las actas de su martirio escuetas, pero sublimes.

«Martirio de los santos mártires Justino, Caritón, Caridad, Esvlpisto, Hierax, Peón y Liberiano.

En tiempo de los inicuos defensores de la ídolatría, publicábbase, por ciudades y lugares, impíos edictos contra los piadosos cristianos, con el fin de obligarles a sacrificar a los ídolos vanos. Prendidos, pues, los santos arriba citados, fueron presentados al prefecto de Roma, por nombre Rústico.

Venidos ante el tribunal, el prefecto Rústico dijo a Justino:

—En primer lugar, cree en los dioses y obedece a los emperadores.

Justino respondió:

—Lo irreprochable, y que no admite condenación, es obedecer a los mandatos de nuestro Salvador Jesucristo.

El prefecto Rústico dijo:

—¿Qué doctrina profesas?

—He procurado tener noticia de todo linaje de doctrinas; pero sólo me he adherido a las doctrinas de los cristianos, que son las verdaderas, por más que no sean gratas a quienes siguen falsas opiniones.

El prefecto Rústico:

—¿Con qué semejantes doctrinas te son gratas, miserable?

—Sí, puesto que lasigo conforme al dogma recto.

—¿Qué dogma es éste?

—El dogma que nos enseña a dar culto al Dios de los cristianos, al que tenemos por Dios único, el que desde el principio es hacedor y artífice de toda la creación, visible e invisible; y al Señor Jesucristo, por hijo de Dios, al que de antemano predicaron los profetas que había de venir al género humano, como pregonero de salvación y maestro de bellas enseñanzas.

Y yo, hombrecillo que soy, pienso que digo bien poca cosa para lo que merece la divinidad infinita, confesando que para hablar de ella fuera menester virtud profética, pues proféticamente fué predicido acerca de Éste de quien acabo de decirte que es hijo de Dios. Porque has de saber que los profetas, divinamente inspirados, hablaron anticipadamente de la venida de El entre los hombres.

—¿Dónde os reunís?

—Donde cada uno prefiere y puede, pues sin duda te imaginas que todos nosotros nos juntamos en un mismo lugar. Pero no es así, pues el Dios de los cristianos no está circunscrito a lugar alguno, sino que, siendo invisible, llena el cielo y la tierra, y en todas partes es adorado y glorificado por sus fieles.

—Dime dónde os reunís, quiero decir, en qué lugar juntas a tus discípulos.

—Sí, soy cristiano.

mi residencia todo el tiempo que he estado esta segunda vez en Roma. No conozco otro lugar de reuniones sino ése. Allí, si alguien quería venir a verme, yo le comunicaba las palabras de la verdad.

—Luego, en definitiva, ¿eres cristiano?

—Sí, soy cristiano.

El prefecto Rústico dijo entonces volviéndose a Caritón:

—Di tú ahora, Caritón, ¿también tú eres cristiano?

Caritón respondió:

—Soy cristiano por impulso de Dios.

El prefecto Rústico dijo a Caridad:

—¿Tú qué dices, Caridad?

Caridad respondió:

—Soy cristiana por don de Dios.

—¿Y tú quién eres, Evelpisto?

Evelpisto, esclavo del César, respondió:

—También yo soy cristiano, libertado por Cristo, y, por la gracia de Cristo, participo de la misma esperanza que éstos.

—¿También tú eres cristiano?, dijo el prefecto a Hierax.

Hierax respondió:

—Sí, también yo soy cristiano, pues doy culto y adoro al mismo Dios que éstos.

—¿Ha sido Justino quien os ha hecho cristianos?

Hierax respondió:

—Yo soy antiguo cristiano, y cristiano seguiré siendo.

Mas Peón, poniéndose en pie, dijo:

— También yo soy cristiano.

— ¿Quién te ha enseñado?

Peón respondió :

— Esta hermosa confesión la recibimos de nuestros padres.

Por fin el prefecto dijo a Justino :

— Escucha tú, que pasas por hombre culto y crees conocer las verdaderas doctrinas. Si después de azotado te mando cortar la cabeza, ¿estás cierto que has de subir al cielo?

— Si sufro eso que tú dices, espero alcanzar los dones de Dios; y sé, además, que a todos los que hayan vivido rectamente, les espera la dádiva divina hasta la conflagración de todo el mundo.

— Así, pues, en resumidas cuentas, te imaginas que has de subir a los cielos a recibir allí no sé qué buenas recompensas.

— No me lo imagino, sino que lo sé a ciencia cierta, y de ello tengo plena certeza.

— Vengamos ya al asunto propuesto, a la cuestión necesaria y urgente. Poneos, pues, juntos, y unánimemente sacrificad a los dioses.

— Nadie que esté en su cabal juicio se pasa de la piedad a la impiedad.

— Si no obedecéis, seréis inexorablemente castigados.

— Nuestro más ardiente deseo es sufrir por amor de nuestro Señor Jesucristo para salvarnos, pues este sufrimiento se nos convertirá en motivo de salvación y confianza ante el tremendo y universal tribunal de nuestro Señor y Salvador.

En el mismo sentido hablaron los demás mártires :

— Haz lo que tú quieras; porque nosotros somos cristianos y no sacrificamos a los ídolos.

El prefecto Rústico pronunció la sentencia, diciendo :

“Los que no han querido sacrificar a los dioses ni obedecer al mandato del emperador, sean, después de azotados, conducidos al suplicio, sufriendo la pena capital, conforme a las leyes.”

Los santos mártires, glorificando a Dios, salieron al lugar acostumbrado, y, cortándoles allí las cabezas, consumaron su martirio en la confesión de nuestro Salvador. Mas algunos de los fieles tomaron a escondidas los cuerpos de ellos y los depositaron en lugar conveniente, cooperando con ellos la gracia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.»

Soldado de Jesucristo

La narración nos lleva a Teveste de Numidia y a los tiempos de la persecución de Diocleciano, 12 de marzo del 295.

El protagonista es un joven llamado Maximiliano, hijo de un soldado pero que influido por las ideas rigoristas de Tertuliano de que estaba prohibida la milicia a los cristianos, no quiere en modo alguno pertenecer al ejército como le correspondía por causa de su padre.

El joven es llamado a alistarse cuando cumplía los 21 años. Se presenta ante el Procónsul con su padre y aquél, sabiendo su decisión, le interroga cuál es su nombre.

“¿Para qué quieres saberlo?, contesta él. A mí no me es lícito ser soldado porque soy cristiano.”

El Procónsul ordena que se le mida para saber si es apto para la milicia.

"No puedo ser soldado, dice; no puedo delinuir; soy cristiano."

El procónsul repite la orden de medirle. La orden se ejecuta. Un criado anuncia:

"Tiene cinco pies y diez pulgadas."

"Márquesele", añadió el procónsul. El recluta apto era marcado con una pequeña quemadura en la viel, producida por un hierro candente que llevaba las iniciales del emperador: y además se le colgaba del cuello un sello de plomo con la efigie imperial. Maximiliano replica:

"No puedo ser soldado." Maravillado de su obstinada resistencia, el procónsul le abrencia:

"Sé soldado, si no quieres perecer."

"No seré soldado. Córtame la cabeza; yo no milito para el siglo, sino que milito para mi Dios."

"Ouién te persuadió de ello?"

"Mi propia alma y El que me llamó." El procónsul se vuelve entonces al padre:

"Persuade a tu hijo." Mas el padre no quiere intervenir, aprobando ciertamente también él la resolución del hijo; y responde:

"Ya sabe él lo que ha de hacer; tiene criterio para discernir lo que le conviene." El procónsul hace una nueva tentativa con el hijo:

"Sé soldado: recibe el signo (del emperador)."

"No recibo el signo: va tenro el signo de Cristo que es mi Dios."

"Te mandaré inmediatamente a ese tu Cristo."

"Ojalá lo hicieras ahora mismo; va que ésa es mi gloria."

"Márquesele". Ordena el procónsul. Los criados agarran al joven, mas éste se resiste revolcándose y gritando:

"No recibo la marca del siglo. Y si me impone el signo (del Emperador), lo haré trizas porque nada vale. Soy cristiano; no me es lícito llevar al cuello la marca de plomo, porque llevo ya la señal salvadora de Cristo."

El procónsul insiste repetidas veces, y aduce también el ejemplo de muchos soldados cristianos:

"En la sacra comitiva de nuestros señores Diocleciano y Maximiano, Constantio y Máximo (es decir, Galerio) hay soldados cristianos, y prestan servicio."

"Ellos sabrán lo que les conviene; mas yo soy cristiano y no puedo hacer cosa mala."

"Qué mal hacen los que militan?"

"Bien sabes tú lo que hacen." Nuevas insistencias, con amenazas de muerte, no convuiven al recluta. Entonces el procónsul hace borrar su nombre del registro y volviéndose a él pronuncia la sentencia:

"Puesto que con *indóvito animo* has rechazado la milicia, recibirás la sentencia adecuada para ejemplo de los demás." Luego lee la tablilla con esta sentencia:

"Maximiliano, que se hizo culpable de insubordinación no aceptando el servicio militar, sea muerto a espada." Maximiliano responde:

"*Deo gratias.*"

Conducido inmediatamente al lugar de la ejecución, se volvió a los otros cristianos:

"Carísimos hermanos, con la mayor fuerza que pudiereis apresurarlos con ávido deseo a obtener la visión de Dios y a merecer semejante corona."

Luego, sonriente, pidió a su padre que diera al verdugo el nuevo vestido de recluta preparado para él.

Fué decapitado inmediatamente; una matrona, llamada Pompeya, hizo transportar en su propia litera el cadáver a Cartago, donde fué sepultado cerca de la tumba de San Cipriano. Su padre, Víctor, volvió a casa lleno de alegría y dando gracias a Dios por todo lo ocurrido."

Fileas y Filoromo

Dos mártires admirables.

Del primero ya hicimos mención por su descripción de los tormentos de los mártires en su tiempo y país, Egipto. Ahora hablaremos de él como de víctima. Fileromo fué un valiente que osó protestar delante del mismo juez contra las vejaciones de aquél.

Fileas, que es Obispo de Tréveris, casado con esposa pagana, según parece, y con hijos, comparece ante el juez Culciano. Hay grande concurrencia de personas distinguidas, amigos del futuro mártir que han acudido para ver de conseguir librarse de la muerte.

El juez le dirige la palabra:

«*¿Puedes ya entrar en razón y echar de ti la locura que te ha venido? — Siempre he tenido la razón cabal y sigo teniéndola. — Sacrifica a los dioses. — No sacrifico. — ¿Por qué? — Porque las divinas Escrituras dicen: "Quien inmolare a otros dioses que al solo Dios será exterminado..." — Sacrifica ya. — No sacrifico. — ¿Lo haces por conciencia? — Así es. — Entonces ¿cómo es que no cumples los deberes de conciencia para con tus hijos y tu mujer? — Porque los deberes de conciencia respecto de Dios son superiores. Porque dice la Escritura: "Amarás al Señor Dios tuyo que te ha criado." — ¿Qué Dios? — Al Dios, respondió el Obispo, levantando las manos al cielo, que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos, al Creador y Autor de todas las cosas visibles e invisibles: al inenarrable, al que es solo y permanece por los siglos de los siglos. — Recuerda, prosigue el juez, que te he dado trato de honor pudiendo haberte humillado en tu ciudad propia. — Te doy gracias y ahora colma tu favor. — ¿Qué deseas? — Que hagas uso de tu autoridad y cumplas lo que te está mandado. — ¿Quieres morir sin motivo? — No sin motivo, sino por Dios y por la verdad.»*

El juez, fracasado en sus intentos, se volvió con la mirada a los parientes y amigos del inculpado haciendoles ver que por su parte había hecho todo lo posible para salvarle.

Los abogados intervienen con una piadosa mentira, afirmando para librarse, que era inútil que Fileas sacrificara nuevamente, pues ya lo había hecho privadamente, pero el mártir lo niega al instante con toda resolución.

Tu desgraciada mujer, dice el juez, te está mirando ansiosa... El Salvador de todos nuestros espíritus, repuso el mártir, es el Señor Jesucristo a quien yo sirvo en estas cadenas. El que me ha llamado a la herencia de su gloria es poderoso para llamarla también a ella.

Otra estratagema de los abogados para salvarle. «Fileas pide dilación, dicen.» — «Te concedo dilación para que puedas re-

flexionar.» Pero Fileas contestó muy pronto: — «He reflexionado muchas veces y me he decidido a padecer por Cristo.»

Último acto patético para ablandarle. Los abogados, los oficiales del juez, los parientes y amigos, se apiñan ante el impermeable Obispo, y, abrazándole las rodillas y conjurándole le suplican que tenga piedad de su mujer y de sus hijos. Las actas dicen que permaneció incommovible como una roca que en vano azotan las olas. Tenía los ojos y el espíritu elevado al cielo y no veía más que a Dios.

En estos tan críticos momentos, continúan las actas, entró en escena el segundo mártir del epígrafe, Filoromo.

Había estado presente a los actos referidos y llevado del ímpetu de su espíritu, anheloso él también de la suerte que iba a tocar muy pronto al futuro mártir, exclamó en voz alta:

«¿Por qué tentáis vana e inútilmente la constancia de este hombre? ¿Por qué pretendéis hacerle infiel a él que es fiel a Dios? ¿Por qué queréis inducirle a que reniegue de Dios para dar contento a los hombres? ¿No veis que sus ojos no ven vuestras lágrimas, que sus oídos no perciben vuestras palabras? ¿Va a ser doblegado por las lágrimas terrenales aquel cuyos ojos contemplan la gloria de Dios?»

Todos se enfurecieron contra el entrometido que hacía imposible ya toda ulterior tentativa y pidieron para él la pena capital.

Ambos son condenados a muerte. Esta se iba a ejecutar al instante. Ya salían los reos hacia el lugar del suplicio cuando he aquí que se oye de nuevo una voz: «Fileas apela.» El que había lanzado el grito era el hermano del mártir, en el último recurso para librarse. El joven hace llamar al instante al condenado y le pregunta: — «¿Por qué has apelado?» Fileas respondió firme hasta el último momento: «No he apelado. No escuches a ese pobre desgraciado. Por mi parte, doy las más rendidas gracias a los Emperadores y al Presidente por llegar a ser coheredero de Jesucristo.»

En el lugar de la ejecución Fileas se acordó de su condición de obispo, predicador de la verdad, y dirigió una breve exhortación a los presentes. Luego, él y Filoromo fueron decapitados.

IV

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (III)

(LA HOGUERA)

Terribilidad del suplicio. — San Fructuoso y sus diáconos. — Felipe y Hermes. — Afra la meretriz. — Liberto por el martirio.

Sigamos adelante en el triste relato de crueidades humanas. Dijo Séneca, refiriéndose a las brutalidades del circo, que cuantas veces estuvo con los hombres en él volvió menos hombre. Nosotros podemos también decir, cambiando un poco la frase, que cuanto más removamos las persecuciones romanas más vergüenza sentimos de ser hombres.

La hoguera fué un suplicio bárbaro y terrible, pero frecuente. Su empleo dió comienzo en los tiempos de Nerón. Recordemos los muchos desgraciados que en el Circo Máximo y en los jardines del tirano fueron atados a postes vestidos con la «túnica molesta» rociada de pez y de resina y quemados vivos para que sirvieran sus cuerpos en llamas como de luminarias de la noche.

El escenario de la ejecución solía ser generalmente el estadio o el Anfiteatro.

Levantada en medio de él una gran pira de leña y colocada la víctima atada a un poste, o clavadas las manos al mismo, en lo más alto, a la vista del numeroso público que solía asistir al espectáculo, era pronto consumida por las llamas.

San Fructuoso y sus Diáconos

Las narraciones auténticas de martirios por la hoguera son abundantes y la dificultad está más bien en saber escoger los que pueden ser para el lector más instructivos e interesantes.

Comencemos por el gran Obispo de Tarragona San Fructuoso y sus compañeros.

Es el año 259 y bajo la persecución de Valeriano y Galieno.

Acaba de llegar a la capital de la España Citerior un legado Imperial o Gobernador, por nombre Emiliano. Se ha propuesto inaugurar su mandato con sacrificios y solemnes actos de culto a los dioses del Imperio.

El Obispo de la ciudad es Fructuoso y tiene dos diáconos de su plena confianza y dignos de su cargo, llamados Augurio y Eulogio.

El Gobernador manda que se presenten ante él, pues quiere dar un duro escarmiento a los desobedientes e impíos cristianos que se han negado a participar en los referidos cultos...

Dejemos la palabra a las actas y sigamos paso a paso los incidentes, dignísimos todos de memoria:

«Siendo Emperadores Valeriano y Gallieno, y Emiliano y Baso cónsules, el diecisiete de las calendas de febrero (16 de enero), un domingo, fueron prenudidos Fructuoso, obispo, Augurio y Eulogio, diáconos. Cuando el obispo Fructuoso estaba ya acostado, se dirigieron a su casa un pelotón de soldados de los llamados beneficiarios, cuyos nombres son: Aurelio, Festucio, Elio, Polencio, Donato y Máximo. Cuando el obispo oyó sus pisadas, se levantó apresuradamente y salió a su encuentro en chinelas. Los soldados le dijeron:

— Ven con nosotros, pues el presidente te manda llamar junto con tus diáconos.

Respondióles el obispo Fructuoso:

— Vamos, pues; o si me lo permitís, me calzaré antes.

Replicaron los soldados:

— Cálzate tranquilamente.

Apenas llegaron los metieron en la cárcel. Allí, Fructuoso, cierto y alegre de la corona del Señor a que era llamado, oraba sin interrupción. La comunidad de hermanos estaba también con él, asistiéndole y rogándole que se acordara de ellos.

Otro día bautizó en la cárcel a un hermano nuestro, por nombre Rogaciano.

En la cárcel pasaron seis días, y el viernes, el doce de las calendas de febrero (21 de enero), fueron llevados ante el tribunal y se celebró el juicio.

El presidente Emiliano dijo:

— Que pasen Fructuoso, obispo, Augurio y Eulogio.

Los oficiales del tribunal contestaron:

— Aquí están.

El presidente Emiliano dijo al obispo Fructuoso:

— ¿Te has enterado de lo que han mandado los emperadores?

FRUCTUOSO. — Ignoro qué hayan mandado; pero en todo caso, yo soy cristiano.

EMILIANO. — Han mandado que se adore a los dioses.

FRUCTUOSO. — Yo adoro a un solo Dios, el que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene.

EMILIANO. — ¿Es que no sabes que hay dioses?

FRUCTUOSO. — No lo sé.

EMILIANO. — Pues pronto lo vas a saber.

El obispo Fructuoso recogió su mirada en el Señor y se puso a orar dentro de sí.

El presidente Emiliano se volvió al diácono Augurio y le dijo:

— No hagas caso de las palabras de Fructuoso.
 Augurio, diácono, repuso :
 — Yo doy culto al Dios omnipotente.
 El presidente Emiliano dijo al diácono Eulogio :
 — ¿También tú adoras a Fructuoso ?
 Eulogio, diácono, dijo :
 — Yo no adoro a Fructuoso, sino que adoro al mismo a quien adora Fructuoso.

El presidente Emiliano dijo al obispo Fructuoso :
 — ¿Eres obispo ?
FRUCTUOSO. — Lo soy.
EMILIANO. — Pues has terminado de serlo.
 Y dió sentencia de que fueran quemados vivos.

Cuando el obispo Fructuoso, acompañado de sus diáconos, era conducido al anfiteatro, el pueblo se condolía del obispo Fructuoso, pues se había captado el cariño no sólo de parte de los hermanos, sino hasta de los gentiles. En efecto, él era tal como el Espíritu Santo declaró debe ser el obispo por boca de aquel vaso de elección, el bienaventurado Pablo, doctor de las naciones. De ahí que los hermanos que sabían caminaba su obispo a tan grande gloria, más bien se alegraban que se dolían.

De camino, muchos, movidos de fraterna caridad, ofrecían a los mártires que tomaran un vaso de una mixtura expresamente preparada; mas el obispo lo rechazó, diciendo :

— Todavía no es hora de romper el ayuno. Era, en efecto, la hora cuarta del día; es decir, las diez de la mañana. Por cierto que ya el miércoles, en la cárcel, habían solemnemente celebrado la estación. Y ahora, el viernes, se apresuraba, alegre y seguro, a romper el ayuno con los mártires y profetas en el parafso, que el Señor tiene preparado para los que le aman.

Llegados que fueron al anfiteatro, acercósele al obispo un lector suyo, por nombre Augystal, y, entre lágrimas, le suplicó le permitiera descalzarle. El bienaventurado mártir le contestó :

— Déjalo, hijo; yo me descalzaré por mí mismo, pues me siento fuerte y me inunda la alegría por la certeza de la promesa del Señor.

Apenas se hubo descalzado, un camarada de milicia, hermano nuestro, por nombre Félix, se le acercó también y, tomándole la mano derecha, le rogó que se acordara de él. El santo varón Fructuoso, con clara voz que todos oyeron, le contestó :

— Yo tengo que acordarme de la Iglesia católica, extendida de Oriente a Occidente.

Puesto, pues, en el centro del anfiteatro, como se llegara ya el momento, digamos más bien de alcanzar la corona inmarcesible que de sufrir la pena, a pesar de que le estaban observando los soldados beneficiarios de la guardia del pretorio, cuyos nombres antes recordamos, el obispo Fructuoso, por aviso juntamente e inspiración del Espíritu Santo, dijo de manera que lo pudieron oír nuestros hermanos :

— No os ha de faltar pastor ni es posible falle la caridad y promesa del Señor, aquí lo mismo que en lo por venir. Esto que estáis viendo, no es sino sufrimiento de un momento.

Habiendo así consolado a los hermanos, entraron en su salvación, dignos y dichosos en su mismo martirio, pues merecieron sentir, según la promesa, el fruto de las santas Escrituras. Y, en efecto, fueron semejantes a Ananías, Azarías y Misael, a fin de que también en ellos se pudiera contemplar una imagen de la Trinidad divina. Y fué así que, puestos los tres en medio de la hoguera, no les faltó la asistencia del Padre ni la ayuda del Hijo ni la compañía del Espíritu Santo, que andaba en medio del fuego.

Apenas las llamas quemaron los lazos con que les habían atado las manos, acordándose ellos de la oración divina y de su ordinaria costumbre, llenos de

gozo, dobladas las rodillas, seguros de la resurrección, puestos en la figura del trofeo del Señor, estuvieron suplicando al Señor hasta el momento en que funtos exhalaron sus almas.»

Felipe y Hermes

Cambiemos de tiempo y de lugar.

Nos encontramos en Adrianópolis y en los tiempos de la gran persecución de Diocleciano.

Felipe, obispo de Heraclea y Hermes, diácono, han sido conducidos a ella para ser juzgados por el Gobernador Justino, después de haber pasado varios meses en la cárcel.

El Gobernador interroga a Felipe.

«— ¿Qué has decidido al fin? Te he concedido esta dilación para que pudieras pensarlo bien y cambiar de parecer. Sacrifica, pues, si quieres salvarte.» El Obispo responde con entereza: «— Si hubiéramos estado por propia voluntad en la cárcel en que permanecimos hasta ahora, con razón podrías hablar de un favor, pero si fué más bien castigo que propia voluntad, ¿por qué consideras un favor el tiempo que concediste? Por lo que a mí toca ya lo dije antes: soy cristiano y te lo repetiré siempre que me interrogués.»

Es sometido a una tan cruel verberación que quedaron al descubierto los intestinos del valeroso anciano.

Tres días después son de nuevo puestos en presencia del Gobernador. Éste les reprocha ásperamente la temeridad de desobedecer al Emperador. «A los Emperadores, responde Felipe humildemente, pero con firmeza, he obedecido y me apresuro a obedecerles siempre que mandan cosas justas, porque la Escritura divina nos manda dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César... Ten presente las palabras que te he repetido varias veces y con las que me declaro cristiano y me niego a sacrificar a vuestros dioses.»

El Gobernador se vuelve a Hermes y le exhorta a que no imite a Felipe, anciano ya caduco, sino que sacrifique para poder gozar de los bienes de la vida.

Todas las tentativas resultan inútiles también en él. Entonces el Gobernador reúne desesperado su consejo y dicta sentencia de muerte. «Felipe y Hermes, dice ésta, se han hecho extraños al nombre de romanos al desobedecer al Emperador: mandamos, pues, que sean quemados vivos para que los demás conozcan con mayor facilidad cuánta ruina acarrea despreciar los mandatos imperiales.»

Los condenados son inmediatamente conducidos al suplicio. Felipe no tiene fuerzas a causa de su vejez y de los terribles

suplicios infligidos y es llevado en peso. Hermes le sigue a pie, muv lentamente también, pues apenas puede valerse.

Se excavan dos fosas en el suelo y al lado de cada una se pone un palo fijado en la tierra. A Felipe le colocan con los pies dentro de su fosa y fijan al palo las manos que llevaba atadas a las espaldas; luego llenan la fosa con tierra hasta las rodillas del condenado. A Hermes le mandan que baje por si mismo, pero a causa de la debilidad de sus piernas tiene que apoyarse en un bastón. El Santo mártir exclama sonriendo: «Ni siquiera aquí, diablo, puedes sostenerme.»

Amontonan leña en torno de las dos fosas, pero Hermes se ha acordado repentinamente de algo que le interesaba. Llama a un cristiano de los allí presentes antes de que enciendan el fuego y le encarga que vaya a su hijo y le recuerde que ha de restituir a cada uno su respectiva propiedad: es que como magistrado civil y como diácono había recibido en depósito varias sumas de personas particulares que tenían en él absoluta confianza.

«Eres joven, mandaba decir a su hijo, y debes ganarte la vida trabajando, como lo hizo tu padre.»

Fueron las últimas palabras del mártir.

Encienden el fuego y quedan asfixiados primero por el humo y luego alcanzados por las llamas.

De meretriz a mártir de Jesucristo

Se llama Afra y era natural de Augusta Vindelicorum, en Recia, la actual Ausburgo. Ignoramos la causa de su arrepentimiento y conversión de su mala vida. Lo cierto es que salió del pecado con las mayores ansias de expiarlo y de entregarse del todo a Dios.

El vicio le había proporcionado considerables riquezas que ella quiso repartir entre los pobres, pero ¡cosa notable!, si bien tan en consonancia con la pura religión cristiana, los fieles, aunque necesitados, se negaron a aceptarlas, porque las consideraron infames.

Son los principios del siglo IV, hacia el año 304. Afra es denunciada al juez como cristiana y arrestada. Se le invita a sacrificar a los ídolos, pero ella responde valientemente que le bastaban los pecados que llevaba cometidos cuando todavía no conocía a Dios y que no quería hacer otros nuevos:

«Ve al Capitolio de la ciudad, le aconsejó el juez y sacrificalo: «El mejor Capitolio es Cristo que yo tengo ante mis ojos; a él confieso

todos los días mis delitos y pecados.» Insiste Gayo: «Por lo que oigo eres meretriz; sacrifica, pues, ya que no puedes ser del Dios de los cristianos; pero ¡sabía respuesta la de aquella mujer admirable! «Mi Señor Jesucristo, dijo, que bajó del cielo por amor a los pecadores. Los evangelios testifican que una meretriz regó con lágrimas sus pies y recibió el perdón.»

«Sacrifica, repitió el juez; así serás bien recibida por tus amantes, como lo fuiste siempre y te darán mucho dinero.» La heroína le responde que ya se ha despojado de su dinero, el cual, añade, es tan oprobioso que algunos cristianos pobres no quisieron aceptarlo aun ofreciéndoselo ella con la recomendación de que rogasen a Dios por sus pecados. Gayo le afirma que no es digna de Cristo. «Sin fundamento dices que es tu Dios, le dice, desde el momento que él no te reconoce por suya: siendo meretriz no te puedes llamar cristiana.» «Así es, replica Afra: No merezco en realidad ser llamada cristiana, mas la misericordia de Dios, que juzga no conforme al mérito sifio a su piedad, me ha admitido para este nombre.»

«¿Y cómo sabes que te ha admitido para este nombre?»

«Comprendo que no soy rechazada de la faz de Dios porque se me ha admitido a la confesión gloriosa de su santo nombre, por lo cual creo que recibiré indulgencia de todos mis delitos.»

«Esas son fabulas: Sacrifica a los dioses y por medio de ellos obtendrás la salvación.»

«Mi salvación es Cristo, que pendiente de la cruz prometió los bienes del paraíso al ladrón que le confesaba.» «Sacrifica si no quieres que en presencia de tus amantes te haga flagelar.» «No me avergüenzo de nada, a excepción de mis pecados.»

«Acabemos; pues es indecoroso para mí discutir contigo tanto tiempo: si no sacrificas morirás.» «Es lo que deseo, aunque no lo merezca, para hacerme digna de hallar reposo.» «Te haré atormentar y quemar viva.» «Reciba tormentos el cuerpo con el cual he pecado, mas el alma no la mancharé con los sacrificios ofrecidos a los demonios.»

Al fin pronunció el juez la sentencia. Ésta decía así: «Afra, meretriz pública, que ha confesado ser cristiana y no ha querido participar de los sacrificios, mandamos que sea quemada viva.»

Era el 7 de agosto. La mujer extraordinaria fué conducida a una pequeña isla del río que pasaba cerca de la ciudad. La despojaron de sus vestidos y la ataron a un palo: ella oraba teniendo los ojos fijos en el cielo y lloraba. Se puso en torno suyo la leña y se le prendió fuego. Cuando las llamas le habían envuelto todo su cuerpo aún se oía la voz de Afra que daba gracias a Jesucristo y se ofrecía a él en holocausto.

Liberto por el martirio

Porfirio es un joven de unos 18 años de edad y natural de Berito, hoy *Beyrut*, en Fenicia. Es esclavo de un hombre suavemente erudito llamado Pánfilo, amigo de Eusebio y que llegó a ser Presbítero en Cesarea de Palestina. Pánfilo ha sido condenado a muerte con otros varios. Sale el grupo de futuros mártires hacia el lugar del suplicio cuando adelantándose de

entre la muchedumbre que le acompaña para presenciar el martirio, reclama un joven en alta voz que se conceda sepultura a los despojos mortales de los confesores de la fe.

Era el joven Porfirio fiel a su señor hasta el último momento.

El juez pregunta entonces si era cristiano el interpelante y él contesta afirmativamente. A la confesión de la fe sigue la más horrible carnicería. El joven es azotado hasta quedar descubiertos los huesos y las entrañas. El indigno juez se siente vencido por la fortaleza del muchacho, que ni ofrece resistencia ni despliega sus labios en ayes de dolor. Lleno de ira le condena el juez a ser quemado a fuego lento. Porfirio se encamina medio deshecho, pero sereno y con la mayor dignidad, al palo a que le habían de atar para el martirio, fijado en medio de un montón de leña y desde allí dirige la palabra a los amigos y curiosos presentes. Es atado al palo y encendido el fuego en su derredor; el invicto mártir vuelve a una y otra parte la cabeza para aspirar el aire inflamado y el humo que se desprende cual si quisiera acelerar su propio holocausto. Permaneció en profundo silencio mientras las llamas le envolvían y lamían con sus lenguas: Sólo invocaba a Cristo, el Hijo de Dios, por cuyo amor moría y con esta invocación en sus labios rindió su espíritu al Criador.

Afines a la hoguera fueron los suplicios de la *caldera de aceite hirviendo*, en la que fué metido el Evangelista San Juan, o de betún encendido, en que murió Santa Patamiena, la cal viva y la jaula o lecho de hierro candente del gran mártir San Lorenzo.

V

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (IV)

(LAS FIERAS)

En el Circo Máximo de Nerón. — Atados a un poste. — Otros suplicios.

Fué sin duda el más dramático y espectacular de los suplicios.

Y, ¡cosa significativa!, estuvo en vigor contra los cristianos desde los comienzos hasta el fin de la era martirial; desde Nerón hasta Diocleciano.

A veces venía la condena a esta atroz muerte por parte de la autoridad como castigo; otras para proporcionar fiestas y regocijos públicos a la degradada plebe que, embotada ya su sensibilidad humana, las reclamaba con frecuencia tumultuosamente, en momentos de vesania colectiva, por cualquier pretexto.

Por eso se dió tan repetidas veces.

Tertuliano lo recuerda en su Apologético: «Si el Tíber sube hasta las murallas, si el Nilo no llega hasta los campos que lo rodean, si el cielo se agota y deja de llover, si la tierra tiembla, si sobrevienen hambres y pestes..., al instante se grita: ¡Cristianos a los leones!»

De dos maneras se realizaba el horrendo espectáculo:

Primera, en grupos echados colectiva y gregariamente al redondel del Circo con plena libertad de movimientos y contra los cuales soltaban las fieras para que los devorases. Segunda, individual o colectivamente también, pero con las víctimas atadas a un poste o a un palo, sin posibilidad de huida ni de lucha.

La primera fué la empleada en los tiempos de Nerón.

Las escenas debieron ser de grandeza trágica sobrehumana,

al par que de ferocidad y crueldad horripilantes y de ellas ya hicimos alguna mención en uno de los capítulos anteriores. Sienkiewicz las ha descrito con realismo y arte insuperable en su famoso *Quo Vadis?* La narración tiene, a no dudarlo, rasgos e invenciones novelescas, pero está fundada en la realidad histórica de los hechos.

Algo muy parecido al menos debió de suceder.

Traslademos aquí algunas de sus fuertes pinceladas.

En el Circo Máximo de Nerón

«— ¡Los cristianos! ¡Los cristianos!

Apenas rechinaron las rejas en sus goznes, cuando de aquellos lóbregos antros salieron las acostumbradas voces de los mastigóforos, que decían:

— ¡A la arena!

Inmediatamente se vió el redondel invadido por una tropa de seres extraños, que parecían sátiros cubiertos de pieles, y que en precipitada carrera se dirigían hacia el centro, donde se arrodillaban unos junto a otros, alzando las manos al Cielo.

Imaginaron los espectadores que los cristianos imploraban misericordia y comenzaron a silbar, a patear y a lanzar sobre las víctimas cacharros, huesos roídos, cáscaras de frutas y otros desperdicios, gritando:

— ¡Las fieras! ¡Las fieras!

Pero súbitamente enmudecieron todas las voces ante un suceso imprevisto: de aquel grupo de figuras extravagantes, que parecían bestias, surgió un canto armonioso, y en el circo romano resonó por primera vez el himno de la nueva doctrina:

Christus regnat!

El pueblo quedó como atónito y paralizado: las víctimas, con los ojos elevados al velarium, cantaban tranquilamente, mientras sus rostros pálidos parecían irradiar una luz sobrenatural. Está perfectamente demostrado que aquellos hombres no pedían perdón, y que no se preocupaban ni siquiera veían el circo, ni el pueblo, ni al Senado, ni al César.

Aquel extraño canto, *Christus regnat!*, vibraba a cada instante más entusiasta, más intrépido, y de abajo arriba, en toda la extensión del anfiteatro; los espectadores se preguntaban quién era aquel Cristo cuyo nombre resonaba como un himno triunfal en los labios de unos miserables que en breve iban a morir.

Abrióse entonces una nueva reja, y se precipitó en el redondel una jauría de perros salvajes, gigantescos, molosos del Peloponeso, mastines de los Pirineos, sabuesos de Hibernia, todos hambrientos, con los ijares hundidos y los ojos inyectados de sangre; sus salvajes aullidos llenaron todo el anfiteatro. Los cristianos, después de haber terminado su himno, continuaban arrodillados, inmóviles, repitiendo con triste acento:

— *Pro Christo! Pro Christo!...*

Aunque los perros olfateaban la carne humana bajo las pieles con que se cubrían los cristianos, no se atrevían a acometerles, como si les asombrara el silencio y la inmovilidad de aquellos bultos; algunos perros retrocedían espantados; otros giraban sobre sí mismos como persiguiendo una presa invisible.

El público demostraba su impaciencia gritando desaforadamente, remendando algunos el rugido de las fieras, ladran- do otros como verdaderos mastines y azuzando a los animales en todos los idiomas del mundo. Los perros, completamente aturdidos, lanzaban gruñidos sordos, y continuaban alejándose de las víctimas; por fin, uno de ellos hundió sus uñas en la espalda de una mujer que estaba arrodillada en la delantera del grupo y en el mismo instante todos los demás animales se arrojaron sobre la presa, como si se tratara de un verdadero asalto. Calló entonces el pueblo, para mejor disfrutar del espectáculo. Entre los ladridos de los perros se oían algunas dolientes invocaciones:

— *Pro Christo! Pro Christo!...* — mientras rodaban por la arena los cuerpos despedazados, de donde brotaba la sangre a torrentes.

Los animales se disputaban entre sí rabiosamente los despojos humeantes; y el vaho de la sangre y de las entrañas desgarradas se dilataban por el inmenso recinto, sobreponiéndose a los balsámicos aromas de los pebeteros. Las pocas víctimas que de trecho en trecho aún permanecían vivas y arrodilladas fueron desapareciendo rápidamente entre aquella horrible masa informe y sanguinolenta...

Nuevas víctimas, destinadas a renovar el espectáculo.

Del mismo modo que las anteriores, se arrodillaron y se pusieron en oración; pero los perros, ahitos ya y fatigados, no se acercaron a ellas; solo alguno que otro se abalanzó a las que tenían más cercanas, mientras el mayor número se echaba en el suelo, comenzando a bostechar y a relamerse los hocicos sangrientos. Entonces el pueblo, insaciable en sus deseos de carnicería y ebrio de sangre, gritó furiosamente:

— ¡Los leones! ¡Los leones!... ¡Soltad los leones!

Se había pensado reservar los leones para el día siguiente; pero en el anfiteatro no había más ley que la voluntad del pueblo, que solía sobreponerse aun a la del mismo César. Solo Calígula, tan audaz como voluble, había osado algunas, aunque pocas veces, resistir a los caprichos populares, mandando apalear a los más atrevidos, aunque casi siempre se había visto obligado a ceder.

Pero Nerón, que no conocía placer más deseable que el de ser aplaudido, jamás se oponía a semejantes exigencias; y en la ocasión presente accedía con tanto mayor gusto cuanto que se trataba de amansar a las muchedumbres exasperadas por el incendio de que se acusaba a los cristianos, sobre quienes había que echar toda la responsabilidad de la catástrofe.

Hizo, pues, señal de que se abriese el cubículo, y los que vociferaban se sosegaron inmediatamente. Abriéronse las rejas que guardaban a los leones, y saltaron éstos al redondel, grandes, poderosos, magníficos, irguiendo fieramente las cabezas meleadas y avanzando con paso lento hacia el centro del anfiteatro. A su vista espantáronse los perros, y corrieron a acurrucarse en el extremo opuesto, lanzando temerosos aullidos.

El mismo César volvió con interés su mirada hacia donde estaban los leones, y los contempló largo rato a través de su lente de esmeralda. Los augustales saludaban a aquellas hermosas fieras con entusiastas aplausos; los plebeyos las contaban con los dedos, y observaban con refinada crueldad la impresión que producían en los cristianos, los cuales, arrodillados en la arena, repetían sin cesar aquellas palabras: *Pro Christo! Pro Christo!...* que exasperaban a la multitud por lo mismo que no las comprendían.

A pesar de que los leones estaban hambrientos, no se apresuraron a lanzarse sobre la presa; la intensa luz rojiza que reflejaba la arena los deslumbraba, obligándoles a parpadear. Se habían detenido y estiraban perezosamente sus patas amarillas, o abrían la boca enorme para bostechar, como si quisieran enseñar sus afilados dientes a la multitud.

Por fin el olor de la sangre y la vista de los cadáveres destrozados que se amontonaban en la arena comenzaron a despertar sus feroces instintos; con las melenas erizadas, iban de acá para allá olfateando aquellas emanaciones, dilatando desmesuradamente las narices y lanzando a la vez gruñidos roncos; uno de ellos se lanzó sobre el cadáver de una mujer, y apoyando sus garras delanteras en el rostro destrozado, empezó a lamer la sangre coagulada; otro se acercó a un hombre que sostenía en brazos a un pequeño cubierto con una piel de gamo; el niño, lanzando gritos desgarradores a la vista de la fiera, se abrazaba convulsivamente al cuello de su padre, el cual procuraba desasirse de él para entregárselo a alguno de los que estaban detrás; pero el llanto de la criatura y los movimientos del padre irritaron al león, que, lanzando un espantoso rugido, deshizo al niño de un zarpazo y sepultó entre sus mandíbulas la cabeza del padre, que devoró inmediatamente.

Entonces comenzó el ataque general, y todos los leones se arrojaron sobre los cristianos. Los gritos de espanto, que algunas mujeres no podían reprimir, eran ahogados entre los frenéticos aplausos del pueblo, que bien pronto volvió a serenarse, ansioso de no perder el más leve incidente de aquella reñida carnicería.

El cuadro era espantoso: cabezas humanas que se hundían en las enormes fauces de las fieras; pechos y vientres abiertos de un solo zarpazo; vísceras extendidas por la arena; huesos que se rompían crujiendo entre las ferreas mandíbulas.

Algunos leones, agarrando a sus víctimas por los costados o por la espalda, emprendían desaforadas carreras y saltaban locamente por el redondel, como buscando algún lugar seguro donde devorar tranquilamente su presa; otros se disputaban las víctimas, levantándose sobre sus patas traseras y luchando como gladiadores, entre los delirantes aplausos de la muchedumbre.

Los circunstantes se hallaban ya poseídos de tan violenta excitación, que abandonaban sus asientos y bajaban a las galerías inferiores para ver mejor; hubiérase dicho que, embriagados por los vapores de la sangre, iban a saltar al redondel para acompañar a las fieras en aquel festín de carne humana.

A veces resonaban en el circo gritos de supremo dolor, que se mezclaban en confusión horrenda con rugidos de león, rechinar de dientes y aullidos espantosos, y en algunos instantes sólo se oían quejidos lastimeros... El César miraba de hito en hito a través de su esmeralda.»

Atados a un poste

La segunda manera debió de ser más cruel aún para los pacientes y moralmente más angustiosa.

Se comenzaba por exhibir al público que aplaudía frenéticamente la diversión que se le proporcionaba, a los reos que habían de morir. A este efecto se ordenaba con ellos una procesión macabra, la verdadera procesión de la muerte, por el redondel del anfiteatro, cuya arena había pronto de enrojecerse. Luego, subían a las víctimas a un estrado construido en el centro y elevado para que cómodamente pudiera ser observada la brutal carnicería. Allí las ataban a un poste y soltaban contra ellas las fieras, las cuales se acercaban primero cautias y recelosas, deslumbradas quizás por los reflejos de la

luz sobre la arena y, subiendo por las gradas o por el plano inclinado, se lanzaban sobre ellas.

Podemos imaginar el horror de aquellos momentos trágicos.

Las pobres víctimas, indefensas e imposibilitadas de moverse, veían merodear a su alrededor o acercarse a ellas en ademán de feroz acometida, siniestros y horribles, al tigre, la pantera, al león o al oso... Era el despiadado castigo a que Dante sujetó en su infierno a un malvado joven, condenado a convertirse en serpiente, quien, amarrado a un palo y desorbitados los ojos, miraba helado de espanto la fatídica culebra que se le echaba encima erguida sobre su cabeza y sibilante.

De este modo murieron muchos cristianos: los diez mártires de Filadelfia; los de Lión; Santa Perpetua y Felicitas y compañeros, en Cartago; Santa Tecla, Agapito y Adriano, en Cesarea; varios en Fenicia y muchos otros lugares.

¡Y qué actos de desprecio de la vida y de heroísmo que parece sobrehumano, no realizaron!

Hubo algunos, como el tantas veces mencionado San Ignacio, que ansiaron ser molidos como trigo de Cristo entre los dientes de las fieras. Otros las incitaban ellos mismos cuando las veían remisas, para que los descuartizaran cuanto antes; otros permanecían como insensibles, cual nos refiere Eusebio de cierto joven, que habiendo quedado desatado y libre para poder huir, no lo hizo, sino que aguardó inmutable y sereno en su sitio, endiosado y puestos en cruz los brazos, esperando la fatal acometida...

Copiamos el precioso documento eusebio referente a los mártires de Tiro, de los que él mismo fué testigo presencial. En él vemos también el hecho insólito de que había hablado ya, dos siglos antes, San Ignacio y que parece que se repitió con frecuencia, y es que las fieras no querían acercarse a los cristianos y aun huían de ellos como repelidas por una fuerza superior, aun revolviéndose y dando muerte a los gentiles que les azuzaban hacia ellos:

«Nosotros mismos, dice el citado historiador, asistimos a tales acontecimientos...; durante mucho tiempo, las fieras devoradoras de hombres, no osaban tocar ni acercarse siquiera a los cuerpos de los amigos de Dios; y lanzábanse, por el contrario, contra los otros, los paganos, que con agujones las excitaban; solamente a los santos atletas aunque estuvieran de pie y desnudos y con las manos les hicieron señas para atraerlas, no los tocaban las fieras. Y si acaso se lanzaban también hacia ellos, se veían repelidos como con una fuerza divina y volvían a retroceder. Este hecho duró mucho tiempo y causó no poca sorpresa a los espectadores; de manera que no habiendo hecho nada la primera fiera se echaba la segunda y una tercera contra el mismo mártir...»

Era cosa para quedarse atónitos el presenciar la impávida constancia de

aquejlos santos y la resistencia inflexible de aquellos cuerpos jóvenes. Así se pudo ver a uno que apenas había cumplido los veinte años de edad, que sin cadenas y de pie, con los brazos extendidos en forma de cruz y con la mente imperturbable y tranquila se entretenía en dirigir con calma perfecta plegarias a Dios, no moviéndose ni retirándose de su lugar cuando osos y leopardo que respiraban furor y muerte, casi le tocaban las carnes; pero, no sé de qué manera, por una fuerza celeste y arcaña, tenían las fauces como cerradas y luego, corriendo se volvían atrás. Es lo que sucedió con este mártir. Se podían ver otros, eran cinco en conjunto, expuestos a un toro furioso el cual, arrojando con sus cuernos al aire a los extraños que se adelantaban los dilaceraba, dejándolos medio muertos; en cambio, precipitándose con furia y amenaza contra los sagrados, solamente a ellos no podía aproximarse sino que pataleaba y embestía con los cuernos a una parte y a otra y, respirando furor y amenaza, por verse azuzado con hierros candentes, era empujado hacia atrás por la santa Providencia. De modo que no habiéndoles hecho mal alguno, eran lanzados contra ellos otras fieras. Por fin, después de estos terribles y diversos asaltos, los pasaron a todos a filo de espada y, en vez de entregarlos a la tierra y al sepulcro, fueron arrojados a las olas del mar. (Hist. Ecl., VIII, 7, 2-6).

Otros suplicios

Nombremos dos nada más para terminar este capítulo: la CRUCIFIXIÓN y la SUMERSIÓN.

La CRUCIFIXIÓN, el más sagrado de todos y santificado por el Divino Redentor, fué usado frecuentemente tanto en el pueblo judío como en Roma. Era infamante al par que cruel. No se daba más que a los grandes criminales y en el Imperio, sólo a los esclavos.

En él murió el Príncipe de los Apóstoles en el primer siglo; San Simeón, Obispo de Jerusalén, en el segundo; los Santos Teodulo Agrícola, Timoteo y otros muchos. En Egipto, y durante la persecución de Diocleciano, fueron varios los crucificados, según el testimonio de Eusebio, con la cabeza hacia abajo y dejados en el suplicio hasta acabar por agotamiento.

De la SUMERSIÓN afirma también el mismo historiador que, apenas publicado el primer edicto de Diocleciano, «innumerables fieles» fueron atados y conducidos en barcas a altas mar en donde les arrojaron a las olas. En Roma fueron precipitados en el Tíber, desde lo alto del puente, dos mártires en el año 304. Otros fueron arrojados al mar en Egipto y en Siria. En Palestina lo fué el mártir Ulpiano, metido en una piel de buey y en compañía de un áspid y de un perro. Era el feroz castigo impuesto antiguamente a los parricidas y ya en desuso, pero restablecido de nuevo contra los cristianos, con los cuales todo parecía lícito.

VI

EL MARTIRIO Y SUS TORMENTOS (V)

(HEROÍSMO MATERNO)

Los 40 mártires de Sebaste. — En el martirio de San Román

Un filósofo pagano exclamó una vez, impresionado ante la grandeza moral de la mujer cristiana primitiva: «¡Qué mujeres tienen los cristianos!»

En realidad esa ha sido siempre, y lo fué de un modo particular en la edad primera, una de sus notas características. La prudencia de las mujeres cristianas en el aprecio y enjuiciamiento de las cosas, sus respuestas a los jueces llenas de la más alta sabiduría y, sobre todo, su valor invicto, su heroísmo ante el dolor y los tormentos, nada superior se conoce en la Historia.

Perpetua y Felicitas, Blandina, Inés y Eulalia, dejaron la más honda impresión aun en los tiranos más encarnizados.

Expongamos algunos casos de heroísmo materno. Podríamos prodigar los ejemplos, pero nos bastan dos que nos servirán como de muestra.

Los 40 mártires de Sebaste

Son ya tiempos de paz para la Iglesia, unos años después del Edicto de Milán.

Constantino lo había cumplido exactamente y aun mostrado grandes simpatías por el Cristianismo y héchole los más apreciables beneficios, pero no así el otro augusto signatario, el impío Licinio.

Llevado de su animosidad contra el triunfador del Puente Milvio, empezó a hostilizar a los cristianos. La persecución la llevó hasta el ejército, al cual quiso obligar a ofrecer sacrificios a los dioses del Imperio,

Se encontró, como era de prever, con la oposición de muchos, especialmente con la de la Legión benemérita llamada *Fulminata*, de brillante historia militar, y en la que había algunos cristianos.

Cuarenta soldados son condenados a muerte por su obstinada negativa al cumplimiento del imperial mandato, pero a una muerte de残酷 refinada, a la congelación. Los presuntos mártires redactan por su propia mano el testamento, que es un bellísimo documento cristiano. Casi todos son jóvenes. Uno saluda a su mujer e hijito, otro a su novia, los demás jóvenes solteros exhortan a sus padres a prescindir de los bienes deleznables de la vida y pensar en los eternos...

En una noche de frío intenso de invierno, los mártires son conducidos a un estanque helado e introducidos en él completamente desnudos. Allí pasan toda la noche con heroísmo insuperable hasta la muerte...

Para mayor refinamiento de malicia, contiguo al estanque frío han puesto un depósito de agua caliente procedente de las termas. Era una tentación continua y tremenda que invitaba a la apostasía.

Sin embargo, uno sólo de los cuarenta flaqueó y vencido por los horribles espasmos del suplicio, se arrastró hacia el agua caliente... Pero ¡terrible desgracia! No había hecho más que penetrar en el agua tibia cuando expiró súbitamente.

Una reacción inesperada se sucedió entonces. Venía del mismo vigilante.

Conmovido hondamente ante el maravilloso espectáculo de fortaleza de los más y de la cobardía del desgraciado, él mismo determinó llenar el puesto vacante y al efecto, declarando enardecidamente ser cristiano y quitándose los vestidos, se arrojó al estanque y en él murió gloriosamente mártir como ellos.

El número de 40 se había conservado intacto como habían pedido encarecidamente a Dios los mártires en su oración en el suplicio.

El sol naciente pudo iluminar los cadáveres de los valientes que habían sabido ser héroes no sólo en la milicia terrena sino también en la espiritual cristiana...

Uno sólo había sobrevivido, aunque aletargado por el hielo: era el más joven de todos... Su madre había acudido gozosa creyendo poder abrazar a un hijo mártir, la ilusión máxima de su vida, y se sintió visiblemente contrariada...

Viene el carro que se ha de llevar los cadáveres y dejan al superviviente en tierra. Entonces ella, la madre extraordinaria, sublime, coge al hijo en sus brazos y corriendo tras el carro logra subirlo a él y dejarlo entre el montón de los mártires. Ya

éste era en toda realidad uno de ellos... El joven había expirado en aquellos precisos momentos, en brazos aún de su madre.

En el martirio de San Román

El emocionante episodio nos lo cuenta Prudencio en su grandioso himno o poema en honor de San Román.

Este gran mártir hace la apología de la religión cristiana ante el juez pagano Asclepíades. Al fin, inspirado de Dios, le dice decidido: «Ya que no admires razones profundas, consultemos documentos más asequibles. Pregunta el parecer sencillo de la naturaleza no contaminada aún: haz que salga un árbitro que no sepa de engaño. Saca a un niño de siete años o menos que no conozca la adulación ni odie a nadie ni lleve en su alma vicio alguno y aprueba lo que él propone.»

El juez acepta la proposición; escoge de entre los niños allí presentes uno especialmente candoroso.

«Pregúntale lo que quieras», le dice el juez a Román. El mártir entonces interroga: «¿Qué te pare a ti, oh niño? ¿Se ha de adorar solamente a Cristo y en Cristo al Padre o postrarse ante la diversidad de dioses de los gentiles?» Sonríe el niño y responde sin demora: «Digan lo que quieran los hombres es necesario que Dios sea único... Cristo es el único verdadero Dios. Que haya muchas razas de dioses no lo creen ya ni siquiera los niños.»

El tirano se enfurece y vacila en aplicar todo el rigor de las leyes a una criatura tan pequeña, pero tampoco le consiente su furor embravecido dejar impune al que así le parecía blasfemar.

«¿Quién te ha enseñado esas cosas?», le pregunta. «Mi madre», responde el niño, «y a mi madre Dios...» «Pues que salga la madre al momento», replica el tirano, «y que la impía y desaprensiva maestra vea el triste fin de su enseñanza... Sea atormentada con los azotes del hijo, para que llore la muerte del que corrompió y maleó con sus doctrinas». Dicho esto, ordena que levanten en alto al niño y que le azoten. «¿Qué peñasco, exclama el poeta, puede soportar tal espectáculo, qué insensibilidad de bronce o de acero? Cuantas veces las varas tocaban su cuerpecito, los tiernos miembros se teñían de blanquecina sangre... Lloran los mismos que le azotan, lo mismo que la presente plebe... Sólo la madre permanece como insensible, sin dar muestras de dolor. Hay en el corazón de los fieles, añade Prudencio, una piedad que con el amor de Cristo se hace más fuerte que los dolores y robustece el heroísmo...»

El niño, desangrado, exclama que tiene sed: El ardor de la vida que se abrasaba exigía un sorbo de agua. Pero la madre se muestra severa y mirándole con semblante triste le reprocha: «Paréceme, hijo mío, que te turba un miedo cobarde y que te vence la violencia del dolor. No prometí yo al Señor que sería así el hijito de mis entrañas ni te engendré para la esperanza de esta gloria dimitida dejándote renacer del miedo de la muerte... Pides un sorbo de agua cuando pronto vas a llegar a la fuente misma de las aguas vivas que siempre corren... y hacen partícipes de la eternidad a los que beben... Pronto llegarás a esa fuente si en tu corazón y en tus venas hierve el deseo de ver a Cristo... Ahora, hijo mío, tienes que beber este cáliz que bebieron tantos niños pequeñitos en Belén. Esfuérzate con su ejemplo y sé valiente y orgullo de tu madre. El Padre celestial dispuso que todas las edades fueran capaces de la virtud... Ya sabes, pues te lo conté muchas veces cuando jugabas junto a mí y aprendías las letras, que Isaac era el hijo único de su padre y viendo el ara y el cuchillo con que debía ser inmolado, ofreció voluntariamente el cuello al anciano sacrificador. También te relaté aquel noble y memorable combate que sostuvieron siete jóvenes criados por una misma madre: eran niños en la edad, pero varones fuertes en los hechos, porque exhortándoles su madre a arrostrar con denuedo la muerte, derramaron generosamente su sangre por el Señor.»

Alegre ya el niño con la canción de la madre, se refa de los azotes crepitantes y del dolor de las heridas. Ordena el juez que se encierre al niño en la cárcel... después es conducido al lugar de la muerte. La madre lleva al hijito en sus brazos y pegado a su mismo seno. Hubiérase dicho que presentaba una primitiva ofrenda para consagraria a Dios en la canastilla del santo Abel, escogida de lo más puro del rebaño...

El verdugo pide el niño. La madre se lo presenta al instante sin perder el tiempo en vanos lloros. Le da un tierno beso y le dice: «Adiós, hijo dulcísimo y cuando entres en el reino de Cristo ya como bienaventurado, acuérdate de tu madre, transformado ya de hijo en protector.»

«Dijo», termina Prudencio. Luego el verdugo hiere con la espada la tierna cerviz del niño. La madre entonces, convertida en hábil cantora, entona un himno del Salterio de David: «Preciosa es la muerte de los santos en el acatamiento del Señor. Señor; él es tu siervo, siervo tuyó e hijo de tu esclava.» Entrelazando versos, despliega un lienzo y extiende sus manos debajo de la herida y de la sangre para recoger el arroyo que fluía de las venas manantes y aprisionar, si podía, el aliento último de su corazón palpitante. Lo recoge y lo aplica a su propio corazón.

VII

PALMAS Y CORONAS (I)

Santa Perpetua y Felicitas y compañeros mártires de Cartago. — Actos martiriales. — La suprema tragedia del amor. — El anillo empapado en sangre.

Trasladémonos a los comienzos del tercer siglo de nuestra era y a la ciudad púnica de Cartago.

Africano es también el Emperador que rige los destinos del mundo y que ha dado muestras sobrantes de ser un auténtico perseguidor del Cristianismo y de los más crueles y sanguinarios, Septimio Severo.

Los mártires son seis, en conjunto, que la «passio» nos presenta de este modo :

«Dos adolescentes catecúmenos, Revocato y Felicidad, ésta compañera suya de servidumbre: Saturnino y Secundulo, Vibia Perpetua, de noble nacimiento, instruida en las artes liberales, legítimamente casada, con padre, madre y dos hermanos, uno de ellos catecúmeno como ella, y un niño pequeñito que está criando a sus pechos: tiene sólo 22 años.»

Nosotros podemos añadir que ella fué la verdadera heroína del gran drama y al mismo tiempo su cronista, en parte al menos, pues escribió por su propia mano en la cárcel «todo el orden de su martirio», como dicen las Actas.

A los cinco hay que agregar el catequista Sáturo que, si bien no constaba en el número de los que iban a recibir el martirio, lleno de fe y anheloso de la corona, se presentó espontáneamente a los perseguidores para correr la misma suerte.

Los confesores de Cristo son delatados y detenidos y llevados a la prisión. Cuál fuera ésta nos lo expresa la mártir :

«Al cabo de pocos días, dice, me metieron en la cárcel. Yo sentí pavor, pues jamás había experimentado tinieblas semejantes. ¡Qué día aquel tan terrible! El calor era sofocante por el amontonamiento de tanta gente. Los

soldados nos trataban brutalmente; yo además me sentía atormentada por la angustia de mi niño.

Entonces, continúa, Tercio y Pomponio diáconos bendecidos, que nos asistían, lograron a peso de oro, que se nos permitiera por unas horas salir a respirar a un lugar mejor de la cárcel. Saliendo entonces de la cárcel cada uno atendía a sus propias necesidades y yo aproveché aquellos momentos para dar el pecho a mi niño medio muerto ya de inanición. Llena de angustia por él, hablaba a mi madre, animaba a mi hermano y les encendía a mi hijo.»

Unos días después son llamados los mártires a comparecer en juicio ante el Procurador Hilariano. Son conducidos al foro o plaza pública y se les hace subir al estrado. Se ha reunido también una «muchedumbre inmensa», dicen las Actas. Todos son interrogados y responden valientes y firmes en su fe; le llega el turno a Perpetua y en aquellos momentos se ofrece un espectáculo emocionante. Súbitamente aparece ante el tribunal su padre con el niño de la heroína en sus brazos. ¡Espectáculo sublime! Una madre, una hija ante el llamamiento de todo lo más querido en el mundo y el imperativo de Dios, de la vida futura, de su religión:

«Compadécete, hija mía, de mis canas, le dice el anciano: Compadécete de tu padre, si es que merezco ser llamado por ti con ese nombre. Si con estas manos te he llevado hasta esa flor de tu edad, si te he preferido a todos tus hermanos, no me entregues al oprobio de los hombres. Mira a tus hermanos; mira a tu madre y a tu tía materna, mira a tu hijito que no ha de poder sobrevivirte.»

«Yo estaba transida de dolor, prosigue, por el caso de mi padre, pues era el único de toda mi familia que no había de alegrarse de mi martirio, por ser aún pagano.»

El Procurador mismo, Hilariano, se suma a los ruegos del atribulado anciano y le dice:

«Ten consideración a las canas de tu padre y mira la tierna edad del niño; sacrificalo por la salud de los Emperadores.»

Ni en las tragedias de Esquilo o de Sofocles es dado ver escenas tan patéticas. ¿Qué hará la atribulada cristiana?

«No sacrifico.» Tal fué su única respuesta.

Estaba echada la suerte.

«Luego ¿eres cristiana?», la dijo el Procurador. «Y yo, dice ella misma, respondí: «Sí, soy cristiana.» Y como mi padre persistiera en convencerme, Hilariano dió orden de que se le echara de allí y aun le dieron de palos.»

Hilariano pronunció sentencia contra todos, condenándolos a las fieras. «...y bajamos jubilosos a la cárcel», dice la misma.

Los días siguientes y anteriores al martirio, son días de sueños proféticos y de manifiestas providencias divinas, si no se

quieren llamar milagros. *Perpetua* y Sáturo ven un antícpo de su martirio y de su glorioso triunfo.

En cuanto a Felicidad, estaba embarazada y en el mes octavo; viendo, pues, la inminencia del espectáculo, se hallaba sumida en tristeza temiendo se difiriera su suplicio en razón de su estado...

«Lo mismo que ella, añaden las actas, sucedía a sus compañeras de martirio, pues estaban profundamente afligidas de pensar que habían de dejar atrás a tan excelente compañera, como caminante solitaria por el camino de la común esperanza. Juntando, pues, en uno los gemidos de todos hicieron oración al Señor tres días antes del espectáculo. Terminada la oración sobre cogieron inmediatamente a Felicidad los dolores del parto.»

Sintió dolor y se quejó.

Uno de los oficiales de la prisión le dijo entonces: «Tú que así te quejas ahora, ¿qué harás cuando seas arrojada a las fieras?»

Ella respondió: «Ahora soy yo la que padezco, mas allá habrá otro que padecerá por mí, pues también yo he de padecer por él.»

El martirio

Nos creemos en la obligación de transcribir el relato de las Actas. En realidad es insustituible y difícilmente lo haríamos nosotros ni más bellamente ni con más piedad y realismo que ellas.

Dice así el admirable documento.

«Brilló, por fin, el día de su victoria y salieron de la cárcel al anfiteatro, como si fueran al cielo, radiantes de alegría y hermosos de rostro, si comovidos, acaso, no por el temor, sino por el gozo. Seguía Perpetua con rostro iluminado y paso tranquilo, como una matrona de Cristo, como una regalada de Dios, obligando a todos, con la fuerza de su mirada, a bajar los ojos. Felicidad iba también gozosa de haber salido bien del alumbramiento para poder luchar con las fieras, pasando de la sangre a la sangre, de la partera al gladiador, para lavarse después del parto con el segundo bautismo.

Cuando llegaron a la puerta del anfiteatro, quisieron obligarles a vestirse, a los hombres de sacerdotes de Saturno y a las mujeres de sacerdotisas de Ceres. Mas la noble constancia de los mártires lo rechazó hasta el último momento. Y alegaban esta razón: "Justamente hemos llegado al punto presente de nuestra libérrima voluntad, a fin de que no fuera violada nuestra libertad; si hemos entregado nuestra alma, ha sido precisamente para no tener que hacer nada semejante. Tal ha sido nuestro pacto con vosotros." Reconoció la injusticia la justicia y el tribuno autorizó que entraran simplemente tal como venían. Perpetua cantaba himnos pisando ya la cabeza del egipcio; Revocato, Saturnino y Sáturo increpaban al pueblo que los miraba. Luego, cuando llegaron ante la tribuna de Hilariano, con gestos y señas empezaron a decirle:

— Tú nos juzgas a nosotros; a ti te juzgará Dios.

Exasperado el pueblo ante esta actitud, pidió los hiciera azotar desfilando ante los venatores. Ellos, a la verdad, se felicitaron de que les cupiera alguna parte de los sufrimientos del Señor.

Mas el que dijo: Pedid y recibiréis, dió a cada uno, por haberla pedido, la forma de muerte que había deseado. Y, efectivamente, si alguna vez conversaban entre sí del martirio que cada uno quisiera, Saturnino afirmaba que estaba dispuesto a ser arrojado a todas las fieras sin excepción, para llevar más gloriosa corona. Y fué así que, al celebrarse el espectáculo, él y Revocato, después de experimentar las garras de un leopardo, fueron también atacados por un oso sobre el estrado. Sáturo, en cambio, nada abominaba tanto como el oso; pero ya de antemano presumía que había de terminar con una dentellada de leopardo. Así, pues, como le soltaran un jabalí, no le hirió a él, sino al venator que se lo había echado, y con tan fiera dentellada de la fiera que a los pocos días después del espectáculo, murió; a Sáturo no hizo sino arrastrarlo. Entonces le ligaron en el puente o tablado para que le atacara un oso, pero éste no quiso salir de su madriguera. Así, pues, por segunda vez Sáturo fué retirado ileso.

Mas contra las mujeres preparó el diablo una vaca bravísima, comprada expresamente contra la costumbre, emulando, aun en la fiera, el sexo de ellas...

La primera en ser lanzada en alto fué Perpetua, y cayó de espaldas; mas apenas se incorporó sentada, recogiendo la túnica desgarrada, se cubrió el muslo, acordándose antes del pudor que del dolor. Luego, requerida una aguja, se ató los dispersos cabellos, pues no era decente que una mártir sufriera con la cabellera esparrida, para no dar apariencia de luto en el momento de su gloria. Así compuesta, se levantó, y como viera a Felicidad tendida en el suelo, se acercó, le dió la mano y la levantó. Y ambas juntas se sostuvieron en pie y vencida la dureza del pueblo, fueron llevadas a la puerta Sanavaria. Allí, recibida por cierto Rústico, a la sazón catecúmeno, íntimo suyo, como si despertara de un sueño (tan absorta en el Espíritu y en éxtasis había estado), empezó a mirar en torno suyo, y con estupor de todos, dijo:

— ¿Cuándo nos echan esa vaca que dicen?

Y como le dijeron que ya se la habían echado, no quiso creerlo hasta que reconoció en su cuerpo y vestido las señales de la acometida. Luego mandó llamar a su hermano, también catecúmeno, y le dirigió estas palabras:

— Permaneced firmes en la fe y amaos los unos a los otros y no os escandalicéis de nuestros sufrimientos.

El anillo empapado en sangre

Sáturo, por su parte, junto a otra puerta, estaba exhortando al soldado Pudente, a quien le decía:

— En resumen, ciertamente, como yo presumí y predije, ninguna fiera me ha tocado hasta el momento presente. Y ahora ¡ojalá creas de todo corazón! Mira que salgo allá y de una sola dentellada del leopardo voy a ser acabado. E inmediatamente cuando ya el espectáculo tocaba a su fin, se le arrojó un leopardo, y de un solo mordisco quedó bañado en tal cantidad de sangre que el pueblo mismo dió testimonio de su segundo bautismo, diciendo a gritos: ¡Buen baño! ¡Buen baño! Y baño, efectivamente, de salvación había recibido el que de este modo se había lavado. Entonces le dijo al soldado Pudente:

— Adiós, y acuérdate de la fe y de mí, y que estas cosas no te turben, sino que te confirmen.

Al mismo tiempo pidió a Pudente un anillo del dedo y, empapado en la propia herida, se lo devolvió en herencia, dejándoselo como prenda y recuerdo de su sangre. Luego, exánime ya, cayó en tierra junto con los demás para ser degollados en el lugar acostumbrado. Mas como el pueblo reclamó que salieran al medio del anfiteatro para juntar sus ojos, compañeros del homicidio, con la espada que había de atravesar sus cuerpos, ellos espontáneamente se levantaron y se trasladaron donde el pueblo quería. Antes se besaron unos a otros, a fin de consumar el martirio con el rito solemne de la paz. Todos, inmóviles y en silencio, se dejaron atravesar por el hierro; pero señaladamente Sátiro, como fué el primero en subir la escalera y en su cúspide estuvo esperando a Perpetua, fué también el primero en rendir su espíritu. En cuanto a ésta, para que gustara algo de dolor, dió un grito al sentirse punzada entre los huesos. Entonces ella misma llevó a la propia garganta la diestra errante del gladiador novicio. Tal vez mujer tan excelsa no hubiera podido ser muerta de otro modo, como quien era temida del espíritu inmundo, si ella no hubiera querido.

¡Oh fortísimos y beatísimos mártires! ¡Oh de verdad llamados y escogidos para gloria de nuestro Señor Jesucristo! El que esta gloria engrandece y honra y adora, debe ciertamente leer también estos ejemplos, que no ceden a los antiguos, para edificación de la Iglesia, a fin de que también las nuevas virtudes atestigüen que es uno solo y siempre el mismo Espíritu Santo el que obra hasta ahora, y a Dios Padre omnipotente y a su hijo Jesucristo, Señor nuestro, a quien es claridad y potestad sin medida por los siglos de los siglos. Amén. (XVIII-XXI).

VIII

PALMAS Y CORONAS (II)

Los mártires de Lión. — Cumbres de heroísmo. — Póntico y Blandina. — El final de la tragedia.

Es algo más de la mitad del siglo II de nuestra era, el año 177.

Ocupa el trono de los Césares el Emperador filósofo Marco Aurelio y los acontecimientos se desarrollan en Lión, que juntamente con Viena eran los puentes del Cristianismo en las Galias.

Del martirio de los héroes nombrados tenemos una narración plenamente histórica y auténtica, escrita por contemporáneos de los sucesos. Es la preciosa carta dirigida por los fieles de las dos ciudades mencionadas, a los cristianos del Asia y de Frigia que nos ha sido conservada para edificación del mundo por el historiador de la Iglesia primitiva, Eusebio (1).

La causa próxima del martirio se debió a un tumulto popular, cuyo origen ignoramos, aunque en nada nos extraña por la condición de los tiempos. El ambiente estaba saturado de calumnias contra los cristianos y el más leve incidente podía ser causa del estallido del incendio.

Hecha la delación se decreta la prisión de un grupo de cristianos, todos, primicias de la Iglesia recién fundada en Lión. Tiene lugar una primera audiencia pública en el foro ante las autoridades de la ciudad, y allí, en presencia de una gran muchedumbre que se agolpaba ante el tribunal, los cristianos aprehendidos, confiesan todos valientemente su fe.

Llegado el Gobernador que estaba ausente, se inicia el proceso de los detenidos con todas las ilegalidades e injusticias que era frecuente usar contra los cristianos. Ello provoca la protesta

(1) H. E. V. I, 3-63).

viril y fogosa de otro cristiano allí presente, pero no encartado entre los presentados delincuentes, que se ofrece a defenderlos contra los falsos crímenes alegados. La protesta no es oída, ni aceptada la defensa, pero le vale a Vetic Epágato, que así se llamaba el valiente, la suerte de los mártires.

El desfile de los héroes

He aquí la viva relación de las actas:

«Llegado éste (el Gobernador), fueron llevados ante su tribunal y tratados por él con la más refinada crueldad. Había entre los hermanos uno, por nombre Vetic Epágato, hombre lleno hasta rebosar de la plenitud de la caridad de Dios y del prójimo; de tan ajustada conducta, que, no obstante su juventud, había merecido el testimonio de alabanza que se tributa al viejo Zacarías (Lc. 1, 67). El hecho es que Epágato había caminado siempre intachable en todos los mandamientos y justificaciones del Señor e incansable en todo servicio que hubiera de prestarse al prójimo, poseido como estaba del celo de Dios e hirviendo en el Espíritu. Hombre de este temple, se comprende que no pudiera soportar en silencio la manera sin razón de proceder contra nosotros, sino que, irritado sobre toda ponderación, reclamó se le concediera también a él la palabra, para defender a sus hermanos y demostrar que no hay entre nosotros sombra de ateísmo ni de impiedad alguna. Pero la chusma que rodeaba el tribunal rompió a gritos contra él (pues era persona distinguida), y el gobernador no quiso acceder a la demanda, por más que era de toda justicia. Limitóse a preguntarle si también él era cristiano, y Epágato respondió con la más sonora voz que sí lo era. Ello bastó para que fuera también agregado a la suerte de los mártires, con el mote de "Paráclito o abogado de los cristianos". La verdad es que él tenía al verdadero Paráclito dentro de sí, aquel mismo Espíritu de Zacarías, como lo demostró por la plenitud de su caridad, jugándose la vida por la defensa de sus hermanos. Y es que Epágato fué — y ahora lo es para siempre — legítimo discípulo de Cristo, que sigue al Cordero doquiera va» (Apoc. 14, 4).

Los encarcelados son: *Potino*, Obispo de la ciudad; *Santo*, el diácono originario de Viena; *Maturo*, recientemente bautizado, pero que era ya un generoso atleta; *Atalo*, oriundo de Pérgamo y que había sido «columna de nuestra Iglesia», dice el Acta; *Blandina*, en la que «quiso mostrar Cristo cómo lo que entre los hombres parece vil, informe y despreciable alcanza de Dios grande gloria»; *Biblis*, una de las que habían primero apostatado, pero que vuelta en sí, fué digna de corona inmarcesible, y *Póntico*, jovencito de unos quince años, pero del valor del atleta más esforzado, y *Alejandro*.

El primero en recibir la palma es el Obispo Potino. ¡Hermoso elogio el que se hace de él! :

«El bienaventurado Potino, especialmente, que tenía encomendado el ministerio del episcopado en Lión, cuando sobrepasa la edad de sus noventa

años, y muy enfermo, respirando apenas por la enfermedad corporal que le aquejaba, pero fortalecido en la prontitud de su espíritu por el ardiente deseo del martirio que le obsesionaba, fué también arrastrado ante el tribunal, con su cuerpo deshecho por la vejez y la enfermedad, mas llevando dentro un alma que parecía guardada con el solo fin de que Cristo triunfase por ella. Llevado, pues, al tribunal por un piquete de soldados y escoltado por las autoridades y por todo el pueblo, que lanzaba todo linaje de gritos contra él, como si fuera Cristo mismo, dió su buen testimonio. Interrogado, entre otras cosas, por el gobernador, quién era el Dios de los cristianos, respondió Potino: "Si fuieres digno, lo conocerás". En aquel momento le arrastraron desconsideradamente por el suelo y descargaron sobre él una lluvia de golpes. Los que estaban cerca, cometían con él toda suerte de insolencias, a bofetadas y puntapiés, sin respeto alguno a su edad; los de más lejos, le disparaban lo que cada cual hallaba a mano, y todos hubieran pensado cometer un grave pecado — y pecado de impiedad — si se hubieran quedado a la zaga en los desatatos contra el anciano, pues de esta manera creían ellos vengar a sus dioses. El obispo, sin aliento apenas, fué nuevamente arrojado a la cárcel, donde a los dos días expiró.»

Contemplemos, siguiendo paso a paso las Actas, las espantosas, pero confortantes escenas.

La segunda fué Blandina:

«Y así fué, dice el precioso documento, que temiendo nosotros, y angustiada señaladamente su señora según la carne — la cual formaba también como una luchadora más en las filas de los mártires —, que por la debilidad de su cuerpo no tendría Blandina fuerzas para dar libremente la confesión de su fe, llenóse ella de tan maravillosa fortaleza, que sus verdugos, aun relevándose unos a otros y atormentándola con toda suerte de suplicios de la mañana a la tarde, llegaron a fatigarse y rendirse, y ellos mismos se confesaron vencidos, sin tener ya a mano tortura que aplicarle, y se maravillaban de que aún permaneciera con aliento, desgarrado y abierto todo su cuerpo. Uno solo de aquellos tormentos, según su testimonio, era bastante para quitarle la vida; no digamos tales y tantos. Mas la bienaventurada esclava se rejuvenecía en la confesión de su fe, y era para ella un alivio y refrigerio y calma en el dolor de los tormentos el solo repetir: "Soy cristiana y nada malo se hace entre nosotros".

También Santo, con valor sobre toda ponderación y sobre las fuerzas humanas, soportó todos los tormentos que los verdugos le infligieron, con la esperanza por parte de los sin ley, de que por la duración y violencia de los tormentos lograrían arrancarle alguna palabra de las que no debe un cristiano pronunciar. Mas él salió con tal ánimo a la batalla contra ellos, que no declaró ni su propio nombre, ni el de la nación y ciudad de su origen, ni su condición de libre o esclavo. A cuantas preguntas se le hacían respondía en lengua latina: "Soy cristiano".

Esto confesaba sucesivamente en lugar de nombre, de ciudad, de nación y de todo lo demás, y ninguna otra palabra lograron oír de su boca los gentiles. De ahí vino una porfía y como puntilllo de honor del gobernador y de los verdugos en atormentarle, y así, cuando ya no sabían qué más hacer con él, finalmente le aplicaron láminas de bronce rusientes en las partes más delicadas de su cuerpo. Sus miembros, sí, se abrasaban; mas él seguía inflexible y entero, firme en la confesión de su fe, rociado y fortalecido por la celeste fuente de agua de vida que brota de las entrañas de Cristo. Su pobre cuerpo era testimonio vivo de lo que con él se había hecho: todo él era una llaga y tumor, contraído y sin forma exterior de hombre. Mas sufriendo en él Cristo, cumplía grandes hechos de gloria, aniquilando al adversario, y demostrando, para ejemplo de los demás, que nada hay espantoso donde reina la caridad del Padre, ni doloroso donde brilla la gloria de Cristo. Y fué así que cuando, días después, los sin ley tendieron otra vez al mártir sobre el potro y pensaban habían de vencerle aplicándole los mismos tormentos del primero, con las heridas aún frescas e inflamadas, que no soportaban ni el más leve contacto de la mano, no sólo no sucedió nada de lo que ellos pensaron, sino que, contra todo lo que humanamente era de esperar, su pobre cuerpo se reanimó y enderezó en la tortura segunda, y *Santo* recobró su forma normal y uso de los miembros, de suerte que el potro, esta segunda vez, no fué para él, por la gracia de Cristo, tortura, sino curación.

Digamos también cómo *Biblis*, una de las que habían primero apostatado, y a la que ya creía el diablo habérsela conquistado definitivamente, queriéndola también condenar por pecado de calumnia, hizo que la sometieran a tormento, con el fin de obligarla a declarar las impiedades consabidas contra nosotros, cosa que tenía por fácil, como quebrantada y cobarde que se había mostrado. Mas ella, puesta en el tormento, volvió en su acuerdo y despertó, por así decir, de un profundo sueño, y viniéndole a las mientes, por el tormento temporal, el eterno castigo en el infierno, dió un mentís a los rumores calumniosos, diciendo: "¿Cómo se pueden comer a los niños gentes a quienes no es lícito tomar ni aun la sangre de los animales irracionales?" Y desde este momento se confesó cristiana y fué añadida a la suerte de los mártires.»

Maturo, Santo, Blandina y Atalo son expuestos a las fieras para público y general espectáculo, cebo de la inhumanidad de los gentiles, dándose expresamente «un día de juegos a costa de los nuestros».

«*Maturo* y *Santo*, como si nada hubieran sufrido antes, tu-

vieron que pasar otra vez en el anfiteatro por toda la escala de torturas; o, por mejor decir; como habían ya vencido a su adversario en una serie de combates parciales, libraban ahora el último sobre la corona misma. Restallaron, pues, otra vez los látigos sobre sus espaldas, tal como allí se acostumbra; fueron arrastrados por las fieras, y sufrieron, en fin, cuanto una plebe enfurecida ordenaba con su gritería resonante de unas y otras graderías. El último tormento fué el de la silla de hierro rusiente, sobre la que dejaron socarrar los cuerpos hasta llegar a los espectadores el olor a carne quemada. Mas ni aun así se calmaba aquella chusma, antes se enfurecía más y más, empeñados en vencer a todo trance la paciencia de los mártires. Mas ni con toda su rabia y empeño lograron oír de labios de Santo otra palabra que la que estuvo repitiendo desde que empezó a confesar su fe. Así, pues, estos dos, como, no obstante el largo combate sostenido, aun seguían con vida para mucho rato, finalmente fueron degollados, hechos aquel día espectáculo al mundo, llenando ellos solos todo el vario programa de otros combates de gladiadores.

En cuanto a *Blandina*, colgada de un madero, estaba expuesta para presa de las fieras, soltadas contra ella. El solo verla así colgada en forma de cruz y en fervorosa oración, infundía ánimo a los combatientes, pues en medio de su combate contemplaban en su hermana, aun con los ojos de fuera, al que fue crucificado por ellos, a fin de persuadir a los que en El creen que todo el que padeciere por la gloria de Cristo ha de tener eternamente participación con el Dios viviente. Mas como ninguna de las fieras soltadas la tocó por entonces, fué bajada del madero y llevada nuevamente a la cárcel, guardada para otro combate, a fin de que, vencedora en variedad de encuentros, por un lado hiciera inexorable la condenación de la torcida serpiente, y por otro incitara a sus hermanos en la lucha, ella, la pequeña y débil y despreciable que, revestida del grande e inmenso atleta Cristo, venció en singulares combates al enemigo y se coronó por el último la corona de la inmortalidad.

También *Atalo*, reclamado a grandes gritos por la muchedumbre, como persona distinguida que era, entró en el anfiteatro con el paso firme de un atleta adiestrado, apoyado en el testimonio de su conciencia, pues se había legítimamente ejercitado en la milicia cristiana y había sido siempre entre nosotros un testigo de la verdad. Se empezó por hacerle dar la vuelta al anfiteatro con un letrero delante que decía en latín: "Este es el cristiano Atalo." Cuando el pueblo lanzaba gritos de furor contra él, se enteró el Gobernador que Atalo era ciudadano romano, y dió orden de que le volvieran a la cárcel con los de-

más de su condición, sobre cuyo destino había escrito al César y estaba esperando su respuesta.»

El final de la tragedia

Es ya el último día. Queda agotada la resistencia del lector y sin embargo faltan aún páginas sangrientas.

Habíamos nada más que nombrado a *Alejandro*.

Era éste frigio de nación y de profesión médico, establecido desde hacía muchos años en las Galias y conocido, puede decirse que por todo el mundo, por su amor a Dios y por su franqueza de palabra, pues no era ajeno al carisma apostólico; estando junto al tribunal, incitaba por señas a los mártires a confesar su fe, hasta el punto de dar la impresión a la gente en torno, de estar, como si dijéramos, sufriendo dolores de parto. La chusma, que estaba ya irritada porque los antes renegados habían confesado la fe, rompieron a gritos contra Alejandro, achacándole ser causante del hecho. Paró en ello mientes el Gobernador; preguntóle quién era y contestó Alejandro: «Un cristiano», y, en puro arrebato de ira, le condenó a las fieras.

Al día siguiente entraba Alejandro, juntamente con Atalo, en el anfiteatro, pues también a Atalo, por complacer a las muchedumbres, le entregó de nuevo el Gobernador para las fieras. Ambos mártires hubieron de pasar por toda la serie de instrumentos inventados para tortura en el anfiteatro, y, después de sostener durísimo combate, fueron también ellos, finalmente, degollados. En todo su martirio, Alejandro no dió un gemido ni exhaló un ¡ay! de queja, sino que, recogido en su corazón, estaba absorto en su conversación con Dios. Atalo, puesto sobre la silla de hierro rusiente y socarrándose todo en torno, cuando el vapor de grasa quemada subía a las narices de los espectadores, dijo en latín a la chusma de las graderías: «Esto, esto sí que es comerse a los hombres, lo que vosotros estáis haciendo; mas nosotros, ni nos comemos a nadie ni hacemos otro mal alguno.» Preguntáronle qué nombre tenía Dios, y el mártir contestó: «Dios no tiene nombre, como si fuera un hombre.»

Después de todos éstos, el último día ya de los combates de gladiadores, fué llevada otra vez al anfiteatro Blandina, junto con Pótico, muchacho de unos quince años. Uno y otro habían sido ya diariamente llevados allí para que contemplaran los suplicios de los otros mártires, y trataban de forzarlos a jurar por sus ídolos. Viéndolos permanecer firmes y cómo menosprecian semejantes simulacros, la turba se enfureció contra ellos y, sin lástima a la tierna edad del muchacho ni miramiento al

sexo de la mujer, los sometieron a toda clase de sufrimientos y les hicieron pasar por todo el ciclo de torturas, tratando a cada uno de arrancarles el sabido juramento, pero sin lograrlo jamás. Porque Póntico, animado por su hermana — y ello era tan patente que aun los gentiles se dieron cuenta de que ella era la que le incitaba y sostenía —, después de sufrir generosamente todas las torturas, exhaló su espíritu. En cuanto a la bienaventurada Blandina, la última de todos, cual generosa matrona que ha exhortado a sus hijos y los ha enviado delante de sí vencedores, al rey, se apresuraba a seguirlos recorriendo también ella sus mismos combates, jubilosa y exultante ante la muerte, como si estuviera convidada a un banquete de bodas y no condenada a las fieras. Después de los azotes, tras las dentelladas de las fieras, tras la silla de hierro rusiente, fué finalmente encerrada en una red, y soltaron contra ella un toro bravo, que la lanzó varias veces a lo alto. Mas ella no se daba ya cuenta de nada de lo que se le hacía, por su esperanza y aun anticipo de lo que la fe le prometía, absorta en íntima conversación con Cristo. También ésta fué finalmente degollada, teniendo que confesar los mismos paganos que jamás entre ellos había soportado mujer alguna tales y tantos suplicios.»

IX

PALMAS Y CORONAS (III)

El diácono San Lorenzo. — Breve noticia de su vida y martirio. — **El himno de Prudencio.** — Los tesoros de la Iglesia. — En las parrillas rusientes. — La oración por Roma.

Muy poco sabemos de los primeros años de San Lorenzo.

Fué español, «natiōne hispanus», como dice expresamente el Libro Pontifical, y según la tradición, natural de Huesca, en donde se le venera como Patrono de la ciudad y al que se le ha consagrado una hermosa y bien decorada Basílica.

No sabemos por qué razón se encontraba a mediados del siglo III en la ciudad eterna en los tiempos de San Sixto II, ejerciendo el cargo de Arcediano o primer diácono al que estaba encomendada la custodia de las limosnas de la Iglesia y su distribución entre los pobres.

Sufrió el martirio el 10 de agosto del año 258, en la persecución de Valeriano.

Dos cosas típicas y que retratan a maravilla su espíritu y la reciedumbre de su carácter han llegado hasta nosotros: La ironía con que trató al emisario de la autoridad gentil que le pedía los tesoros de la Iglesia y la fortaleza aterradora con que soportó los más horrendos suplicios. En este punto apenas tiene similar en la historia y hay que atribuirle sin reticencias la palma del heroísmo cristiano.

Un día se le presenta el Prefecto de la ciudad pidiendo los tesoros de la Iglesia. Le había alucinado el hecho de que ésta alimentaba a un verdadero ejército de pobres, huérfanos y viudas, y había visto además que en la celebración de sus ritos usaban vasos de oro y de plata. Debía de ser una religión acaudalada y esperaba llenar con su despojo las arcas exhaustas del erario.



San Valero y San Lorenzo

(Escuela Aragonesa, Palacio Arzobispal, Zaragoza)

El diácono accede a la demanda, pero pide al Prefecto le dé tres días de plazo para poder reunirlo todo. Concédéselos éste e inmediatamente se lanza Lorenzo por sótanos y buhardillas en busca de los indigentes socorridos. Llegado el día tercero los coloca a todos en largas filas, primero a los ciegos, luego a los cojos, tercero a los leprosos y así sucesivamente.

Era el momento oportuno para llamar al Prefecto.

Acude éste presuroso a ver la exposición de los valiosos objetos de oro y plata y los apilamientos de las monedas.

Lorenzo le presenta el espectáculo y dirigiendo hacia ellos el gesto de su mano, le dice lleno de ironía, las palabras que se han hecho célebres: «Estos son los tesoros de la Iglesia.»

El Prefecto se cree burlado soezmente y se irrita contra el atrevido diácono. Al instante dicta contra él pena de muerte y hace que se cumpla sin demora.

El suplicio es más que horrible, macabro y sólo recordarlo produce escalofríos.

Es condenado a ser asado vivo sobre láminas candentes.

Apresúranse los preparativos. Traen grandes hierros en forma de parrillas; los calientan poniendo fuego debajo y sobre ellos colocan al Santo diácono, asegurándole que allí acabará tostado a menos que declare los bienes verdaderos que esconde.

Lorenzo parece de un templo y condición sobrehumana. Cual si nada sintiera en el horrendo suplicio, dialoga y aun bromea con los verdugos. Por fin queda consumido el cuerpo y el gran mártir expira dirigiendo a Dios una ferviente plegaria por la conversión de Roma y aun profetizándola para un plazo no lejano.

El himno de Prudencio

No es extraño que el gran poeta cristiano dedicase un himno a su memoria celebrando sus inauditas hazañas.

En un viaje a Roma visitó con emoción la Basílica elevada sobre el lugar del martirio, y recogió toda la tradición sobre él.

La descripción de Prudencio es poética y nada más natural que dé en ella pábulo a su fantasía con pormenores y recursos poéticos de propia invención, pero es fiel por entero al hecho fundamental, del que estaba bien informado. Es, por lo demás, magnífico y grandioso, de pinceladas tan realistas como fuertes. Si en alguno de sus poemas mereció nuestro poeta el título que le otorga Menéndez Pelayo de «cantor del cristianismo heroico y militante, de los ecúleos y los garfios», es ciertamente aquí.

Entresaquemos algunos fragmentos del mismo tomados de la traducción en verso castellano debida a la castiza y valiente pluma del P. Juan M.º Solá, S. J.

Los tesoros de la Iglesia

«Recorriendo la ciudad — tres días Lorenzo pasa,
 buscando enjambres de enfermos — y mendigos por las plazas.
 Aquí encuentra un cieguecito — que con pies trémulos anda,
 cóncavos ;ay! ambos ojos, — con un palo el suelo palpa.
 Allí cojos y tullidos, — éste la pierna quebrada,
 aquél las rodillas rotas — o el pie desigual arrastra.
 Hay llagado a quien los miembros — corrupta podre le manan,
 hay de nervios contraídos, — hay manos paralizadas.
 A esos busca por las calles — y harto los conoce y ama,
 pues suele darles el pan — de la Iglesia madre santa.
 Uno por uno los cuenta, — nota sus nombres, y manda
 que en larga hilera se pongan — del santo templo a la entrada.
 Pasó el plazo de tres días; — el juez avaro de rabia
 rugía porque Lorenzo — su pacto en cumplir tardaba.
 Entonces el mártir : "Ven, — dice, verás las alhajas,
 las riquezas infinitas — que Dios en sus santos guarda.
 Verás que en el atrio ingente — brillan vasijas doradas,
 verás por los anchos pórticos — los montones de oro y plata."
 Sigue sin recelo el juez, — llega a la puerta sagrada,
 do en pie las turbas de pobres — con su sordidez espantan.
 Se oye rumor de oraciones, — el juez se horroriza y pasma :
 vuelto a Lorenzo le mira — con ojos que fuego lanzan.
 "¿Por qué te azoras? Lorenzo — dice, ¿qué te desagrada?
 ¿por ventura esos harapos — son dignos de tales náuseas?
 El oro que hambriento buscas — de vil terruño se saca,
 y con sudores y afanes — sale de la ruda masa;
 o en las revueltas arenas — el río o fuente lo arrastra,
 y es menester que su escoria — se purifique en las llamas.
 El oro viola el pudor — y el limpio tálamo mancha;
 el oro rompe las leyes, — la faz turba, la fe mata.
 ¿Por qué, pues, tanto encareces — esa gloria emponzofiada?
 Si anhelas oro acendrado, — veslo en Cristo, lumbre clara;
 veslo en esos pobres, hijos — de la luz, a quien quebranta
 el dolor porque la mente — no se engría en carna sana.
 Cuando el cuerpo está postrado, — más fuerte se siente el alma.»

En las parrillas rusientes

«¿Te burlas? gritó, bramando — de coraje el cruel prefecto;
 ¿así con tales embustes — me engafía? ¿y vive ese necio?

• • • • • • • • • • •

— No hay en la ley consular — contra la audacia un decreto?
— O ha embotado las segures — la blandura sin consejo?
Dirás: yo muero con gusto, — ser mártir es mi deseo;
ya lo sé, que a esto os arrastra — vuestro fanatismo ciego.
Mas no obtendrás lo que pides — que es morir en un momento,
y con muerte apresurada — llegar al dichoso término.
Yo iré alargando tu vida — con suplicio vario y lento,
y la muerte prolongada — prolongará tus tormentos.
Echadle en brasas templadas — porque no le acabe el fuego,
ni llegue la llama al rostro — ni cunda en su duro pecho.
Que lentamente el calor — le vaya tostando el cuerpo;
templad, templad los ardores — de sus requemados miembros.

Ea, sube a las parrillas, — descansa en tu digno lecho.
después dirás si Vulcano — es o no dios verdadero."
Dijo, y atroces verdugos — desnudan a San Lorenzo,
sus puros miembros sujetan — y le extienden sobre el fuego.

Cuando hubo ya consumido — un costado el fuego lento,
así desde la catasta — increpa el Santo al prefecto:
"Ya está esta parte quemada, — vuélveme del lado inverso;
a tu fogoso Vulcano — verás cuán poco le temo."
Manda el juez que lo revuelvan. — "Ya estoy cocido, Lorenzo
dice, prueba si es mejor — crudo o asado mi cuerpo;"
Esto por donaire dijo; — mas después mirando al cielo,
llanto vierte sobre Roma — y exclama con hondo acento:

Oración por Roma

"Oh Cristo Dios, fortaleza — y esplendor del Padre Eterno,
oh Hacedor del mundo todo — y Autor del romuleo asiento,
que del mando en la alta cumbre — pusiste de Roma el cetro,
y a las armas de Quirino — sujetaste el universo,
para altar con unas leyes — idiomas, ritos, ingenios,
usos, vanas observancias — de los pueblos más diversos:
ya todo el mortal linaje — se humilla al yugo de Remo,
ya los ritos se unen todos — en un solo sentimiento.
Esto tu mente dispuso — porque tu ley y derecho
en lazo común juntasen — cuanto cerca el mar inmenso.
Concede, oh Cristo, a tu Roma — pues en ella estuvo el centro
del paganismos, que sea — de tu culto el mejor templo.

Confédérence las gentes — todas en un solo credo ;
rendido el orbe, se rinda — la cabeza del imperio.
Vea ya que a una fe vienen — de los polos más opuestos ;
crea Rómulo, y el mismo — Numa por fin diga : Creo.
Aun reina el error troyano — de la Curia en el consejo ;
aun se adoran los penates — frigios en hogar secreto.
Aun veneran nuestros cónsules — al bifronte Jano, a Estérculo,
al viejo Saturno, ¡oh monstruos — de Roma, al nombraros tiem-
[blo!]

Quita, oh Cristo, este baldón — y envía a tu arcángel luego ;
la errante estirpe de Eneas — conozca al Dios verdadero.
Ya prendas de esta esperanza — fidelísimas tenemos ;
que aquí vienen, aquí reinan — los apóstoles primeros.
Es el uno de las gentes — el celestial pregonero,
y otro en la sede primaria — abre o cierra el reino eterno.
Aparta, adulterio Jove, — manchado en estupro horrendo ;
deja en libertad a Roma, — deja de Jesús el pueblo.
Pablo te arroja de aquí, — de aquí la sangre de Pedro ;
la que urdiste obra sangrienta — de Nerón hundió tu imperio.
Veo ya al futuro Príncipe, — al fiel ministro ya veo,
quien prohibirá que Roma — se enrolde más en el cieno.
Él cerrará con cerrojos — de bronce los viejos templos ;
él los nefandos dinteles — con cerraduras de hierro.
Entonces limpios los mármoles — de sangre inmunda, con nuevo
brillo lucirán y el bronce — que es hoy un dios del averno."
Aquí el mártir a sus preces — y a su vida puso término ;
y tras la voz ascendió — su libre espíritu al cielo..."

PALMAS Y CORONAS (IV)

Santa Inés. — Pureza y energía. — Panegírico de San Ambrosio.

Santa Inés ha sido siempre considerada como una de las heroínas cristianas más populares y de universales simpatías.

Lástima que apenas poseamos datos concretos sobre su vida, pues las actas de su martirio son poco de fiar. Los más fide dignos testimonios pertenecen a bien entrado el siglo IV y principios del V.

San Ambrosio habla de ella extensamente y relata con los más vivos colores y emocionante entusiasmo su martirio en el libro de las Vírgenes (I, c. 2) y en el de *Officiis* (I, c. 41). San Agustín le dedica férvidas alabanzas. El Papa San Dámaso compuso un epigrama en su honor que grabó en mármol y Prudencio le dedicó un precioso himno en el *Peristephanon* (XIV).

De los datos que nos suministran estos autores sacamos los rasgos y hechos principales de su vida que, aunque pocos, son lo suficientes para admirar la característica de su espíritu y lo relevante de su figura.

Sufrió el martirio el año 305 y fué sepultada en una cripta de la Vía Nomentana. Sobre su tumba hizo construir la hija de Constantino el Grande una Basílica en agradecimiento de haber sido milagrosamente curada por la Santa. Basílica que más tarde (624-638) restauró y amplió el Papa Honorio I.

Pureza y energía

Es la romá de los comienzos del siglo IV, de Diocleciano y de sus sangrientas persecuciones; el año último de las mismas, pues el maléfico Emperador se retiró en él del gobierno y de la política para morir, notable coincidencia o ironía de la historia, dos lustros más tarde desesperado y medio loco en Salona, el

mismo año precisamente en que Constantino daba la paz a la Iglesia en el edicto de Milán y con él extendía, puede decirse, la papeleta de defunción del paganismo.

Inés, virgen cristiana de trece años nada más, vivía en la ciudad de los Césares como lirio flagrante en medio de una charca cenagosa.

Llena de sobrenatural espíritu y amor a Jesucristo le había consagrado a él su virginidad y ello fué la causa de su martirio. Un joven que la pretendía, despechado y lleno de ira ante la inutilidad de sus incesantes requerimientos, determinó denunciarla villanamente de cristiana a la autoridad.

Estaba dado el paso decisivo en el camino del martirio. En aquellos aciagos días bastaba una simple acusación para decidir inmediatamente de la vida de los fieles.

Es conducida al Prefecto de la ciudad, quien despliega para reducirla todos los medios a su alcance: le amenaza con horribles suplicios, le acaricia con halagos, le hace espléndidas promesas, le propone alhajas, fiestas y goces en sus lucidos desposorios.

Inés resiste a todo con la fortaleza y sensatez de una mujer de muchos años.

«Sería una injuria para mi esposo, contesta, querer agradar a otro que a él solo.»

La virgen se refería, como ya habrá pensado el lector, a Cristo, al amante divino a quien había consagrado su virginidad.

La decisión es irrevocable.

El Prefecto cree que es necesario aterrirla y la amenaza con los más horrendos tormentos; pero Inés le deja atónito con su respuesta: hasta parece que le incita y provoca a ello.

«¿Qué te detiene oh verdugo?, dice; perezca este cuerpo que puede ser amado por ojos que detesto.»

El juez pronuncia entonces una palabra terrible, la que más podía impresionar a la castísima doncella: el prostíbulo. La amenaza con que la llevaría a un lupanar y allí la expondría inexorablemente a la desenfrenada lujuria de los hombres... Pero, ni aun eso la impresiona.

«Haz lo que quieras, le responde, pero te prevengo que Cristo no se olvida de los tuyos. No pretendas asustarme pues tengo conmigo un ángel del Señor que custodiará la pureza de mi cuerpo. Hundirás el hierro en mi pecho, pero no mancharás mis miembros con el pecado.»

Jamás había presenciado el Prefecto tal decisión y valentía que le deja aturdido. Cambiado ya su semblante por la ira concentrada, lleva a ejecución su criminal proyecto...

En el lupanar

Bajo las arcadas del Estadio de Alejandro Severo había una casa de prostitución. Allá es conducida la Virgen y expuesta públicamente a la lascivia. En ese mismo sitio se eleva en nuestros días la iglesia de Santa Inés.

El Papa San Dámaso escribe que los cabellos extendidos a lo largo del cuerpo cubrieron con pudor los miembros desnudos de la Virgen.

Prudencio añade: «que sólo un pagano se atrevió a acercarse procazmente a Inés y no dudó en mirar con ojos desenfrenados a la Virgen. Pero he aquí que un rayo, a semejanza de un pájaro de fuego, vibró ardiente e hirió sus pupilas. Ciego por el resplandor cayó al suelo y se revolcó en el polvo de la calle. Lo recogieron medio muerto sus compañeros y se lo llevaron ya con palabras exequiales, mientras triunfante la Virgen entonaba al Padre y a Cristo un cántico sagrado porque le había conservado incólume su castidad aun en el lugar inmundo.

Hay quienes dicen, prosigue el poeta, que indicándole algunos que pidiera a Cristo devolviera la vista al desgraciado, a su ruego le devolvió el hálito de la vida y la claridad de los ojos juntamente.»

Al filo de la espada

Dice Prudencio que el prostíbulo había sido el primer paso de la Virgen hacia el cielo: luego siguióse otro porque el furor excitó al sanguinario enemigo: «Me vence», dijo gimiendo; «ve soldado, desenvaina la espada y cumple los decretos del Emperador.»

La niña ha oído la sentencia.

Va a ser decapitada; sin embargo nada de espasmos ni de lágrimas.

«Más alegría siento, dice, señalando al verdugo, que venga éste con la espada desenvainada, loco de rabia, cruel, airado, que si viniera amoroso y tierno joven bañado en aromas para perderme, con la muerte del pudor. Éste, éste amante, lo confieso, ya me gusta, saldré al paso del que llega y no retardaré sus sanguinarios intentos. Recibiré todo su puñal en mi pecho y experimentaré en mi corazón toda la fuerza de la espada. Así hecha esposa de Cristo, dejaré atrás las tinieblas de la tierra y me remontaré a lo más alto

del cielo. ¡Eterno Señor; abre ya las puertas del alcázar de tu gloria, cerradas antes, a los mortales y llama a ti, oh Cristo, al alma que te sigue por la virginidad y el martirio!»

El momento es de emoción intensa para todos.

«Miradla, dice San Ambrosio: está de pie, firme, serena. No se hubiera dado tanta prisa para ir a su tálamo conyugal, la desposada como ésta se apresura a la muerte. Todos lloran; ella permanece sin proferir un gemido... Es el testigo de la divinidad... Hubieráis visto temblar al mismo verdugo como si él fuera el condenado a morir; vacilar la diestra del que iba a herirla, palidecer el rostro de los espectadores... La virgen, en cambio, ora con la cabeza inclinada y espera el tajo...»

Por fin cae el hierro; un solo golpe basta para tronchar la cabeza y la muerte llega aún antes que el dolor.»

Prudencio escribe también estrofas inmortales.

He aquí lo que nos dice en las últimas estrofas de su himno a la Santa:

«El espíritu ya desnudo del cuerpo, dice, resplandece por sí mismo y vuela libre por los aires. Los ángeles le forman la corte por el blando camino y desde arriba contempla al orbe de la tierra bajo sus pies y las tinieblas que lo envuelven... Goza viendo desde las alturas al sol dando vueltas a la tierra, y a todo el mundo girando constantemente en precipitado torbellino, porque la volubilidad de las cosas lo arrebata todo: Los reyes, los tiranos, los imperios, las magistraturas, las pompas de los honores que tan neciamente hinchan a los hombres: las arcas de plata y de oro repletas buscadas con insaciable sed y que a tantos crímenes llevan por conseguirlos; los palacios adornados con esplendor, las vanidades e ilusiones del color de los vestidos; la ira, el temor, los peligros, la prolongada tristeza, el breve gozo, los rostros ahumados de la envidia con la que se ennegrece aun la esperanza y dignidad de los hombres, y lo que es el más tétrico de los males, las negras nubes del gentilismo...»

Todo esto lo tiene ya Inés bajo sus plantas y su pie pisa con el calcañar la cabeza de la serpiente que contamina todo lo humano con su veneno y arrastra al hombre a los infiernos. Ahora oprimido por la planta virginal abate sus crestas ígneas y no se atreve, de vergüenza, a levantar la cabeza. Dios mientras tanto ciñe las sienes de la mártir virginal con una doble corona. La una la consiguió su perpetua virginidad llevada incolmada durante sus trece años, la otra el martirio que le devolvió el ciento por uno.»

Y termina el vate con esta plegaria fervorosa que el lector hará sin duda suya también.

«¡Oh Virgen bienhadada, oh nueva gloria, nueva habitante de la ciudad celeste! Vuelve a nuestras miserias e inmundicias tu faz radiante, ornada con doble corona, a quien concedió el Omnipotente purificar el mismo luponar. Yo quedare purificado con el resplandor de tu rostro si tú llenas de pureza mi corazón. Nada hay impuro si tú te dignas visitarlo y purificarlo a lo menos con el contacto de tu pie.»

PALMAS Y CORONAS (V)

Santa Eulalia de Mérida. — Virginidad intrépida. — Himno de Prudencio.

La narración nos lleva a la Mérida del siglo iv. Es, según el testimonio de Prudencio, «ciudad rica y populosa», llena de monumentos, de termas, de templos y de palacios:

«Aun en el día de hoy atestiguan las augustas ruinas que por doquier se levantan, como hitos mudos de los tiempos que pasaron, su espléndida magnificencia en la época romana». Un anfiteatro, un amplísimo teatro, un circo capaz para treinta mil personas: dos acueductos...

Es ciudad privilegiada por Augusto, la capital de Vetonía. Pero sobre todo, nos indica el cantor de los mártires, es gloriosa por haber sido patria y el lugar del esclarecido combate por la fe, de la angelical niña Eulalia.

Datos biográficos

Son los años últimos de las persecuciones: La feroz de Diocleciano con la que se despidió el paganismo despechado ante el arrollador avance de la religión cristiana.

Eulalia es de noble sangre y niña aún: solo doce años cuenta su amable virginidad y su fortaleza invicta.

Es amante de la justicia y cristiana de corazón y no puede ver, sin indignación profunda, los indecibles atropellos cometidos contra sus hermanos y los bárbaros suplicios a que tan iniduamente se les sujetan.

Es, por otra parte, la santa niña de serio y grave carácter, de rasgos enérgicos y decididos; parece una mujer ya formada. Prudencio añade que hasta desdeñaba las chucherías de la edad.

Ya varias veces había acontecido que no pudiendo contener su indignación ante la brutalidad de la persecución, había manifestado el deseo de ir ella misma en persona al Gobernador a reprenderle su conducta. Sus padres, temerosos de que pusiera un día en práctica sus deseos, se vieron obligados a apartarla de la ciudad y llevarla a una finca del campo en donde, lejos de las tremendas escenas de los frecuentes martirios, se calmara su espíritu, y no se expusiera a sí misma y a la familia al gran peligro.

Pero, todo fué inútil.

La niña en la soledad del campo sigue con su indignación y deseos incontenibles: Se siente obligada a salir en defensa de sus hermanos, de los fieles perseguidos y no descansa ni aun en la soledad y sosiego de la bella naturaleza que se extiende exuberante ante su vista.

Una noche, por fin, estalla. Burla la vigilancia de las mujeres que la guardan, abre sigilosamente las puertas de la casa, atraviesa la cerca, y, en medio de las tinieblas avanza decidida hacia la ciudad. Prudencio dice poéticamente que «la guía el Padre de la luz y que un cortejo de ángeles la acompañan.»

Ha llegado al Pretorio y se encuentra en presencia de los magistrados.

¡Increíble osadía la de la niña!

Se dirige a ellos y les dice: «¿Por qué derramáis cruelmente la sangre de los cristianos? Si es que vuestrlos insaciables dioses lo desean, aquí estoy yo; pueden beber mi sangre. Los detesto y estoy dispuesta a pisotearlos: Ni Isis, ni Venus, ni Apolo, ni vuestro Emperador son nada...»

El juez quiere hacerla recapacitar sobre lo que dice; la exhorta a que mire por sí, por su juventud y la nobleza de su familia... No le pide más que tome con el extremo de sus dedos un poco de sal y unos granos de incienso para ofrecerlos a esos dioses que ella tan inconsideradamente ultraja...

¡Sacrificar a los dioses gentiles, a esos dioses por cuya causa se derrama tanta sangre cristiana!

Llena, por el contrario, de indignación, arroja por los suelos de un golpe a un ídolo que tenía delante y aun añade Prudencio que escupió al Pretor...

Ha llegado el momento del martirio, pero antes el tormento para hacerla entrar dentro de sí y arrancarla, si es posible, el consentimiento deseado.

Dos hombres la sujetan, la extienden en el potro rompiendo su túnica de seda. Los garfios abren surcos sangrientos en los costados de la Virgen. Eulalia contempla con sus propios ojos

los surcos abiertos en su propia carne. No llora, no tiembla... Poseída de un entusiasmo divino, de la gracia que Dios da en el martirio, cuenta las heridas y en medio de los suplicios canta:

«Señor: yo soy un libro en que están escribiendo tu nombre: ¡Qué hermosos, oh Cristo, son estos caracteres que nos hablan de tu victoria.»

Acercan las teas ardientes a los costados de la niña ya arados: las lenguas de fuego se retuercen entre los brazos y pechos y chisporrotea la sangre recalentada... Empieza a arder la larga y perfumada cabellera que desciende sobre el cuerpo como un velo pudoroso; la llama crepitante revolotea en torno de su rostro... La niña bebe sus ardores y con los ardores... la muerte.

Se amortiguan los fuegos: cuelga exánime la cabeza virginal y los atormentadores huyen como agitados por los remordimientos del crimen...

Himno de Prudencio

De nuevo el gran poeta cristiano cantor de los combates de los mártires.

En el presente caso hay motivos más especiales aún para dar crédito a sus versos. El autor del *Peristephanon* es casi contemporáneo de la santa, pues ella fué martirizada el año 304 y Prudencio nació el 348. Llevado de su devoción a la mártir meritense hizo una visita expresamente a su templo y oró ante su sepulcro, al par que recogió con diligencia los datos que le proporcionaron los documentos y la tradición encarnada especialmente en personas quizás coetáneas de la santa y que conservaban fresca aún la memoria de la misma.

He aquí cómo describe el *martirio* y la *muerte* de la valiente virgen, en el bello himno que le dedica y del que hemos tomado ya varias expresiones:

«No se hacen esperar; sendos verdugos le arrancan sus pechos gemelos y el garfio horrible abre de una y otra parte sus costados y llega hasta los huesos mientras Eulalia cuenta tranquilamente las heridas.

Señor, escriben tu nombre en mi cuerpo: ¡cómo me agrada leer estas letras que van redactando tus victorias! Y la púrpura de la sangre derramada va deletreando el nombre sagrado de Cristo.

Alegre y animosa, decía todo esto al Señor sin lágrimas ni suspiros. No llega el dolor al alma, y los miembros, ungidos con la reciente sangre, lavan la piel a un nuevo borboteo de la fuente.

La aplican luego el último tormento; no son los azotes desgarradores, ni recuestan su lacerada carne en las parrillas, sino que le aproximan por doquier teas encendidas a los costados y al vientre.

Su cabellera olorosa bajaba ondeante por el cuello y volaba suelta sobre los hombros para cubrir la pureza angelical; toda ella quedaba oculta tras el velo interpuesto.

La llama vuelta chirriando hacia la cara y se nutre con la abundante cabellera; se enciende lo más alto de su cabeza, y la virgen, deseosa de morir sobre el fuego con su boca.

De sus labios sale rauda una paloma, que, dejando el cuerpo de la virgen más blanco que la nieve, se dirigió a las estrellas; era el alma de Eulalia, tier necita como la leche, rápida, incontaminada.

Inclina su cuello al salir del alma y se apaga la hoguera de fuego; se dejan en paz los restos exánimes. Juega el cefirillo haciendo fiestas en el aire, y rápido, se dirige a los eternos alcázares.

El verdugo mismo contempló estupefacto la palomita salida de la boca de la virgen, y atónito, se detuvo y se arrepintió de sus actos. El lictor huyó también con la impresión en el alma.

El invierno frío lanza una capa de nieve y cubre todo el foro; cubre también el cuerpecito de Eulalia, dejado a la intemperie, como un sudario de lienzo.

Retirese el amor de los hombres compasivos, que suelen tributar el último homenaje; no se la entierre con llantos. Los mismos elementos, por disposición divina, celebran tus funerales, tier necita virgen.

Su sepulcro está en Mérida, ciudad esclarecida de la Vetonia bañada por el famoso Guadiana, que, rápido, lame sus muros con aguas fértiles.

Aquí donde el mármol pulido ilumina los grandes atrios con resplandores exóticos están depositadas en tierra santa las reliquias y las cenizas sagradas de la mártir.

Los resplandecientes techos brillan siempre con sus antorchas de oro y el pavimento aparece combinado de manera que lo creyeras un prado en que se mezclan las flores y las rosas.

Coged purpúreos alhelíes, haced ramilletes de sangrientos azafranes; no carece de ellos el invierno fecundo, pues el aura tépida despierta los campos para llenar los canastillos de flores.

Virgencitas y donceles, traed estos trenzados regalos, y yo, en medio de vuestro círculo, aportaré con pie dactílico una guirnalda entretejida, humilde, lacia, pero festiva.

Así, conviene adorar sus huesos, sobre los que se ha levantado un ara. Ella, a los pies de Dios, atiende nuestros votos y, propicia por nuestros cánticos, favorece a sus pueblos.»

XII

LAS CAUSAS DE LAS PERSECUCIONES

Insuficiencia de las explicaciones históricas. — Causas invisibles

Es sabido que Roma y más particularmente bajo el imperio, fué siempre indulgente y acogedora de los cultos extranjeros.

Puede decirse que en su suelo generoso tuvieron la más amplia hospitalidad todos los dioses del mundo. En ella se veneraban no sólo las innumerables divinidades del Olimpo griego que habían suplantado incluso, a los viejos dioses indigetas, sino se ofrecían especiales y ostentosos cultos aun a los de los países más lejanos y exóticos: a Cibeles Frigia, a Astarté Fenicia, a Isis y Serapis egipcias, a Mitra persa..., amén de los misterios no sólo de Eleusis, de Baco y Hécate, sino y, sobre todo, los Sabazios, el antiguo dios solar de los tracios, las *taurobolias* y *criobolias*, verdadera moda del tiempo.

Cibeles, la gran madre, como se la llamaba, gozaba de popularidad espléndida. Sus sacerdotes, eunucos, recorrían toda Italia, de pueblo en pueblo, vistiendo su especial atuendo femenino, cantando y tocando el tamboril y azotándose hasta hacerse sangre.

La misma popularidad y quizás más atracción aún ejercieron Isis y Serapis. Los mismos Emperadores se hacían sacerdotes de Isis y se pudo ver al propio César Cómodo, vestido a la usanza de los sacerdotes de la diosa, y rapado, asistir en persona a las procesiones de su culto ostentando la cabeza del perro anubis y detrás de la imagen de la diosa llevada en un carro.

Los misterios de *Mitra*, habían conquistado a casi toda la nobleza y aun a los soldados y se han descubierto en nuestros tiempos no pocos de los llamados *mitreos*, o pequeñas grutas, en donde se rendía culto a esta divinidad, en cuyo fondo aparece un joven vestido con el traje de los frigios hundiendo el cuchillo en el cuello de un toro inmolado en sacrificio.

Una excepción notable: el cristianismo. Ya lo hemos podido ver en las páginas anteriores. Contra él desplegó todas sus iras a través de tres siglos consecutivos y, si no logró su extinción como pretendiera, lo sujetó ciertamente a pruebas inauditas que ninguna otra institución humana pudiera superar.

¿A qué se debió el hecho inusitado? Ello sorprendió vivamente a los primeros apologistas, San Justino, Arístides, Cuadrato y Tertuliano. Omnímoda tolerancia para con las demás, templos y cultos; favor a todas las religiones de la tierra y odio mortal, opresión y trato sin compasión, despótico, a la cristiana...

Varias explicaciones se proponen, pero ninguna resuelve adecuadamente el problema.

Los judíos

No cabe duda que ellos contribuyeron a las persecuciones con su odio irreconciliable al nombre cristiano. La nueva religión había salido de Israel, siendo por tanto, una apóstata, tránsfuga de sus filas, despreciadora de su ley y culto. Era natural, dada la índole de aquel pueblo y su apego incondicional a lo suyo, que procurara hacer la guerra de cuantos modos pudiera a la siniestra secta naciente que con su empuje arrollador amenazaba suplantarla.

De hecho fueron los judíos los primeros perseguidores del Cristianismo. En Jerusalén, ellos aprehendieron a los Apóstoles y los llevaron al Concilio, los azotaron y prohibieron predicar: dieron muerte a Esteban y por su causa fué decapitado Santiago por Herodes y encarcelado San Pedro.

En la diáspora siguieron la misma trayectoria.

Ellos revolvieron a los gentiles en Antioquía de Pisidia contra Pablo y Bernabé (Act. XII, 44 s.). Lo mismo hicieron en Tesalónica y en Berea (Act. XVII, 1-14); en Iconio, en donde los apedrearon (Act. XIV, 5 s.), y en Licaonia, en donde dejaron al gran Apóstol medio muerto (Act. XIV, 18 s.).

De una manera general afirma Tertuliano que «los judíos eran los inexhaustos manantiales de las persecuciones».

Los sacerdotes paganos

También estos contribuyeron a la magna injusticia.

Heridos en sus propios intereses y en la misma dignidad de

su cargo, procuraron desacreditar y calumniar al Cristianismo cuyas filas aumentaban incesantemente, mientras ellos y sus templos se quedaban desiertos.

Propalaron contra ellos el reproche de ateísmo y el de «odio al linaje humano». Les llamaron enemigos del Imperio, «hostes publici». Su amor al prójimo lo proponían como incestuoso; de la Eucaristía afirmaban que eran cenas de Tiestes, en las que mataban a un niño y se lo comían, mezclando otros actos libidinosos.

Todo era reprobable y vitando para ellos en los cristianos: Hasta esparcieron la idea de que adoraban a un asno. Si los fieles se mostraban constantes en los tormentos, en la pira o bajo el hacha del verdugo o garras de los leones, lo atribuían a la magia. Y lo que les acarreaba mayores hostilidades: la idea propalada de que los dioses, irritados por ellos, exteriorizaban su ira con públicas calamidades.

El pueblo es siempre fácil de persuadir y pronto se enfurece. Tertuliano se lo echaba en cara con escarnio: «Si el Tíber, dice, rompe las murallas, si se desborda; si el Nilo no riega los campos; si el cielo se para, si la tierra se mueve, si viene la peste, el hambre... luego se oye el grito: "¡Cristianos a los leones!"» (Oct. 9).

Causas invisibles

A pesar de todo, no creemos que las causas expuestas resuelvan adecuada y plenamente el problema de las persecuciones.

Tales causas pueden explicar alguna que otra revuelta del populacho, y más que todo, el desprecio y prevención contra el Cristianismo, pero en modo alguno, las cruelezas y martirios inauditos a que se vió sujeto durante tres siglos.

El hecho de que se hiciera de él una excepción tan flagrante en medio de la general aceptación de todos los dioses y religiones del mundo será siempre, humanamente, un enigma indescifrable.

El estado mismo psicológico del paganismo estaba en contra.

La religión en Roma hacía ya mucho tiempo que se hallaba en interior descomposición con la mayor bancarrota de sus diosidades. Continuaba ciertamente el antiguo culto porque estaba aliado con el Estado, pero interiormente nadie se sentía adicto ni con fe en los antiguos y caducos dioses. Estos habían muerto ya mucho antes. En su puesto reinaba la más desoladora incredulidad.

Así tenía que suceder, por desgracia. ¿Cómo era posible, en efecto, creer en ellos? ¿En un Júpiter, cuyos adulterios se representaban en la escena? ¿En Juno, vengativa y rencorosa y de una soberbia femenil desenfrenada? ¿En Venus, la diosa de la Lujuria? ¿En Mercurio, Apolo... prototipos de todas las pasiones y bajezas humanas?

La religión, repetimos, estaba en plena bancarrota. Nadie que tuviera algo de cultura se preocupaba de ella.

En este clima, pues, de apatía, de desengaño, de verdadera teocracia o mezcla informe de dioses, ¿cómo es posible que el Imperio romano que siempre se distinguiera por el equilibrio sesudo de su gobierno, desencadenara tan implacable y pertinaz saña contra una religión que venía a vigorizar los espíritus caídos y a la que daban sus nombres constantemente los mejores y más morales de sus ciudadanos?

No nos cabe, pues, la menor duda.

Hubo de haber otras causas superiores e invisibles.

Las reclaman la razón y la filosofía de la historia.

Estaban de por medio el cielo y el infierno, Dios y el mismo Satanás.

Satanás, porque preveía en el avance arrollador del cristianismo, el derrumbamiento de su imperio en el mundo y la implantación del reino de Dios y quería cerrarle el paso a todo trance, ahogarlo en su propia sangre en la cuna, y Dios, que lo permitía todo y dejaba obrar al maligno, por los bienes que su obra de persecución había de acarrear.

Ella serviría a maravilla para purificar a su Iglesia, para hacerla brillar con resplandores sobrenaturales de virtud y de heroísmo y amor, para enraizarla más en la vida.

El dolor es siempre un gran artífice de santidad y saludable al hombre y a las instituciones. En él se acerca y adhiere más a Dios y se afirma en él. Peores males trajo siempre la demasiada paz y bonanza. En ella se enmohecen los ánimos, se pierden sus aceros, quedan demasiado apegados a los bienes y felicidades de la vida y se afeminan. La santidad evangélica supone temple de héroes y con él dicen mejor los combates que la ociosidad y las delicias.

Y ¡qué bien lo consiguió el invisible artífice! El cristiano aprendió en la persecución a desasirse del mundo, de sus goces y de sus bienes, a ser fuerte como un atleta, a tener temple de acero. Llegó a vivir un clima de heroísmo, pero de un heroísmo nuevo, desconocido hasta entonces en la tierra; y ello no sólo en los que tenían que descender a la arena para conquistar la pal-

ma, sino también en los otros. Todos tenían que estar preparados, todos eran candidatos al martirio. Las Actas de los mártires, además, se leían en todas las Iglesias y recorrían así la tierra provocando estremecimientos de admiración y de entusiasmo increíble por él.

Aun ahora tienen vivas resonancias y hacen vibrar. Son la historia de la religión más grande del mundo, los Anales escritos con sangre y con oro en que el cristiano lee conmovido y entusiasmado las gestas inauditas de sus mayores que le precedieron llevando invicto el signo de la fe.

XIII

VALOR APOLOGETICO DEL MARTIRIO

Cumplimiento de la profecía de Cristo. — El gran milagro moral. — Testimonio de la verdad del Cristianismo.

Por tres capítulos podemos apreciar la obra apologética del martirio: Por ser el cumplimiento maravilloso de la profecía de Jesús; un milagro del orden moral y un testimonio irrebatible de semejante predicción.

Cristo había predicho abiertamente y repetidas veces a sus Apóstoles las persecuciones de que fué objeto la Iglesia.

«Mirad que yo os envío, dice por San Mateo (X), como ovejas en medio de lobos. Por tanto, habéis de ser prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Mas recataos de tales hombres. Pues os delatarán a los tribunales, y os azotarán en sus sinagogas; y por mi causa seréis conducidos ante los gobernadores y los reyes, para dar testimonio de mí a ellos, y a las naciones. Si bien, cuando os hicieren comparecer, no os dé cuidado el cómo o lo que habéis de hablar: porque os será dado en aquella misma hora lo que hayáis de decir: puesto que no sois vosotros quienes hablarán entonces, sino el espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros. Entonces el hermano entregará a su hermano a la muerte, y el padre al hijo: y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir; y vosotros vendréis a ser odiados de todos por causa de mi nombre; pero quien perseverare hasta el fin, éste se salvará.»

Admirable es ciertamente la precisión de estas palabras y la exactitud de su cumplimiento. Ningún ejemplo tomado de la historia pudo dar al fundador de la religión cristiana la idea de semejante predicción.

«Bienaventurados los que padecieren persecución por la justicia», había dicho Cristo. Bienaventurados seréis siempre que os injurien y persigan... (Mt. V, 10-12).

Así lo entendieron los Apóstoles y los cristianos venidos en pos de ellos. Por eso, según los *Hechos* (Act. V), «salían gozosos de la presencia del Concilio porque habían sido dignos de pade-

cer contumelias por el nombre de Jesús»: Por eso los mártires recibían la sentencia de su muerte con hacimiento de gracias, o bajaban alegres a la cárcel y al suplicio.

La historia de la Iglesia se abre por la persecución de la Sinagoga y los *Hechos* contienen ya las más auténticas y antiguas actas martiriales.

Es el cumplimiento, repetimos, de la profecía de Jesús y sólo ello acredita de sobrenatural al cristianismo.

Un milagro moral

El martirio es, en segundo lugar, un auténtico milagro en el orden moral más estupendo que los del orden físico.

Hemos visto en repetidos capítulos las torturas indecibles, bárbaras y, muchas veces, continuadas a que sujetaron a los mártires. ¿Cómo pudieron soportarlas sin desfallecer? Parece que eso supera abiertamente las fuerzas de la débil naturaleza. Una sola palabra hubiera bastado para sacar a San Lorenzo de sus parrillas rusientes, o a San Vicente del cepo y del potro y las horrendas tinieblas del calabozo, o a Perpetua y Felicidad y Blandina, Saturo, Atalo y Alejandro, del descuartizamiento entre las garras de las fieras. Sin embargo, allí permanecieron firmes, sin una queja, sin una señal de debilidad, plenos de la alegría del espíritu, sin soberbias ni majezas...

Eso es algo sobrenatural a todas luces: no hay fuerzas humanas para tanto. Es la fortaleza de Dios que transforma en héroes sobrehumanos a los mártires.

El prodigo sube de punto si consideramos en tan adversas circunstancias las continuas conquistas del Cristianismo.

Harnack calcula en 1.600 las diócesis constituidas con sus correspondientes Obispos, clero y fieles, al dar Constantino la paz a la religión cristiana...

¡Mil seiscientas diócesis repartidas por todo el Imperio desde Roma hasta el África y la Numidia, desde el Danubio hasta Germania y Gran Bretaña! Un vastísimo territorio casi tan grande como toda Europa, habitado por los pueblos más diversos en raza, en costumbres y en lengua, y todos conquistados para la fe en años de catacumba, contemplando a su alrededor afilar las espadas y encender las hogueras, estando ella, podemos decir gráficamente, en capilla...; eso es, ciertamente, milagroso, humanamente inexplicable.

El testimonio de los mártires

Es el tercer capítulo a que hicimos referencia. Mártir quiere decir testigo y eso es en realidad: testigo y testigo de sangre de la religión cristiana.

Esa es la apología suprema del cristianismo. Se apoya en un hecho inconmovible: en la divinidad de Jesucristo demostrada por sus milagros y profecías y, sobre todo, por su resurrección de entre los muertos.

Los Apóstoles fueron testigos oculares. Ellos le vieron muerto y resucitado; con él convivieron durante cuarenta días después del maravilloso suceso, el mayor y único en la historia.

No podían ni siquiera dudar y llenos del proselitismo de la verdad, se lanzaron a la calle a dar testimonio de la misma. Fueron, como ellos mismos se decían, *testes resurrectionis*, testigos de la resurrección; no podían dejar de predicar lo que habían visto y oido y al fin sellaron con su sangre el testimonio predicado.

Les siguieron otros y otros, a través de los siglos, pero a todos transmitieron su seguridad incommovible, su persuasión inquebrantable.

Ciertamente, de hombres así no podemos menos de fiarnos. Su testimonio es seguro. No lo ha dado ni la conveniencia ni la vanidad, ni las miras humanas. Son el fruto sazonado de la convicción interna y sincera de la verdad.

XIV

EL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO

Constantino y Majencio. — «Con esta señal vencerás.» — **Batalla del Puente Milvio.** — **El edicto de Milán.** — **Nuevos favores a la Iglesia.**

Han pasado los tres interminables siglos de la persecución romana. La religión proscrita sale de ellos bañada en su propia sangre, pero fuerte, pujante, conquistadora.

Ha pasado el invierno y tiene que venir la primavera.

También esto entraba en los planes de Dios.

Debía dársele tiempo a la gran Institución para reorganizarse convenientemente, para establecer su culto, su dogma, su jerarquía... Y esto es lo que iba a venir en adelante.

Constantino

El triunfo de la religión cristiana está vinculado a un nombre de feliz recordación en sus Anales: al gran Constantino.

Pocas veces se verá tan palpable como en él la intervención de lo sobrenatural en la historia.

Hacía unos años nada más que abdicara el sanguinario Diocleciano en 305 y después de las múltiples intrigas y cambios consiguientes, habían quedado dueños del Imperio de Occidente dos rivales incompatibles. El uno se llamaba Majencio, hombre duro y de costumbres disolutas y enemigo del Cristianismo, el otro Constantino, hijo de Constancio y de Santa Elena, la mujer buena y fuerte a la que la Iglesia estará eternamente agradecida.

El choque inevitable se produjo, al fin, entre los dos soberanos, por culpa de Majencio. Constantino era superior a su adversario en poder y como General; no obstante fué tan insem-

sato Majencio que le provocó abiertamente mandando derribar sus estatuas en Constantinopla y aun preparando un ejército contra él, que se hallaba en las Galias.

No tuvo más remedio Constantino que preparar a su vez, apresuradamente el suyo y dirigirlo con rapidez contra Roma.

Momentos peligrosos e inciertos aquéllos.

¿Le seguirían los soldados o se negarían, como los de Galerio, a luchar contra la metrópoli? Los generales, por su parte, no le animaban tampoco; hallaban demasiado atrevida la expedición y los adivinos declaraban que sería contra la voluntad de los dioses.

¿Qué hacer? Podemos imaginarnos las perplejidades y dudas que asaltaron su espíritu en tan decisivos momentos.

Pero vino Dios a auxiliarle y de una manera ostensible.

El mismo Constantino declaró después confidencialmente a Eusebio (Vit. Const. II, 14-16) que cuando solícito y meditabundo sobre su apurada situación y la magnitud de la empresa se dirigía contra Majencio, vió que sin auxilio superior, con sólo el ejército que llevaba no podía contar con la victoria.

Era pagano aún, aunque su madre le había inspirado los mejores sentimientos religiosos.

Determinó invocar el auxilio de lo alto: pero, ¿a cuál de los dioses dirigirse?

Entonces, prosigue él mismo, se le mostró una visión prodigiosa en el cielo. A eso del mediodía, cuando el sol comenzaba a declinar, vió con sus propios ojos la imagen de la cruz formada por luz más brillante aún que la emitida por el astro rey y como inscrita en su disco. Junto a ella se lefan unas letras que decían: «Con esta señal vencerás».

El prodigo no lo presenció él solo, sino todo el ejército que conducía. Todos quedaron sobrecogidos de asombro y Constantino especialmente incierto y perplejo del alcance del fenómeno.

La noche vino a descifrar los enigmas.

El mismo Cristo, según su propio testimonio, se le apareció en sueños con la misma cruz que viera resplandecer en los cielos y le encargó hacer una imitación de ella y llevarla como estandarte en la batalla.

Constantino quedó convencido plenamente de lo sobrenatural del caso y al levantarse por la mañana comunicó a sus amigos el suceso misterioso y dió orden de fabricar la enseña.

He aquí otro curioso documento de procedencia pagana, con nuevos e interesantes pormenores.

«Andaba de boca en boca, dice Nazarius en su panegírico de Constantino, en todas las comarcas de la Galia, que se vieron ejércitos los cuales anuncia-

ban ser enviados por Dios en defensa del Caudillo. Y aunque raras veces, prosigue el orador, se ofrece algo celestial a los ojos humanos, porque la mirada obscura y débil del hombre no conoce la sustancia simple y sin mezcla de las naturalezas, no obstante, se dejaron ver y oír aquellos tus auxiliares, atestiguando tus méritos y no rehusando el contacto de la humana vista.

Un brillo espantoso centelleaba en sus escudos; la luz de las celestes armas ardía terriblemente, mientras se oía decir: "Vamos a Constantino; corremos a auxiliar a Constantino..."

Habían descendido del cielo y héchose tus guerreros» (Naz. Pan. 14).

La batalla

No había tiempo que perder. El providencial Caudillo hizo poner inmediatamente el nombre de Cristo en la insignia imperial: Era el *Lábaro* tan famoso desde entonces y consistente en una alargada lanza con un travesaño sobre el cual se fijaba un paño cuadrado, resplandeciente, con grabados de oro y de piedras preciosas. En él estaba la imagen de oro del Emperador y en la punta de la pétiga las letras del nombre de Cristo.

No hay que decir el efecto que tales prenuncios y visiones produjeron en el corazón de todos y especialmente en Constantino.

Quedó seguro de la victoria y sin pérdida de tiempo pasó los Alpes. Al llegar a Turín derrotó con facilidad a los generales de Majencio, que estaban desprevenidos y días más tarde, el 26 de octubre, se encontraba ya a las puertas de Roma.

Majencio quedó deslumbrado y en su aturdimiento abandonó la línea de defensa por extremo favorable que le ofrecía el otro lado del Tíber dejando como única retirada el puente Milvio...

La batalla quedó decidida pronto.

La caballería de Constantino envolvió a la de Majencio, cuyo ejército todo, lleno de pánico, se dispersó en ciega y desbaratada huída corriendo hacia el puente. Para colmo de desgracia, éste se hundió a su paso y el mismo Majencio cayó y pereció en sus aguas.

Era el 28 de octubre del año 312, día memorable y de júbilo eterno para el Cristianismo.

El héroe de la gran batalla hizo su entrada solemne en la ciudad en medio del delirio de la muchedumbre. La fe en Cristo y en su religión habían surgido espontáneamente en su alma. Su corazón rebosaba y sentía en sí algo de terror sagrado. Se sentía instrumento de Dios en sus designios.

Agradecido a su bienhechor se hizo representar con la cruz en la mano derecha y con la inscripción:

«Por esta saludable señal, símbolo de la verdadera fortaleza, libré a vuestra ciudad del tirano y restitúi al senado y al pueblo su antiguo esplendor» (Euseb. H. E. IX, 9).

El edicto de Milán

Había llegado, por fin, el día de la liberación:

El edicto de Milán fué el documento político, el acta de la victoria de la religión cristiana.

Lo redactaron reunidos en la ciudad de este nombre, Constantino y Licinio emperador del Oriente en enero del 313.

En él se consignaba, ante todo, la más amplia tolerancia religiosa y se permitía a los cristianos el público y libre uso de su religión sin que pudieran ser molestados por nadie. Asimismo la restitución incondicional de sus bienes confiscados y el derecho de dejar legados a las Iglesias.

Nuevos favores completaron, en años sucesivos, los ya otorgados.

En 315 se concedió la exención de tributos ordinarios a los bienes eclesiásticos. Fué borrada de entre las penas, la muerte de cruz en atención y respeto al suplicio del Redentor. Se prohibió marcar con hierro candente el rostro de los hombres, pues no se podía deformar y profanar la imagen de Dios. Quedaron prohibidos los juegos gladiatorios y los criminales condenados se debían emplear en el laboreo de las minas para que, sin derramamiento de sangre, se les hiciera reconocer sus delitos.

Una nueva era, como se ve, comenzaba para el mundo. Surgía un nuevo derecho de gentes, fruto de la suavidad y humanidad cristianas. La religión proscrita, y anatematizada, impónía su espíritu a la nueva sociedad.

No obstante, sus buenos servicios y convicción no quiso Constantino recibir el bautismo hasta poco antes de su muerte porque le parecía no poder permanecer libre de pecados.

Victoria sobre Licinio

Licinio era, como ya sabe el lector, Emperador del Oriente.

Contra lo pactado en el decreto de Milán no sólo no dió paz a los cristianos de su jurisdicción sino que, lleno de mala voluntad hacia ellos, siguió hostigándoles en cuanto pudo.

Por fortuna para la religión vino otra vez el choque entre los dos agustos y la victoria de Constantino.

Todo el imperio quedaba ya bajo el mando único del afor-

tunado hombre providencial y el Cristianismo cosechó nuevos favores.

Desde esta última victoria, el 323, hizo desaparecer de las monedas todos los símbolos paganos.

En un edicto especial se declaró cristiano y expresó su deseo de que todos sus súbditos le imitaran.

Puso en los sitios de mayor confianza a los fieles de esta religión y confió a Lactancio la educación de Crispo, su hijo y heredero. Más aún: apoyado en que los templos paganos eran focos de corrupción prohibió, en edictos correspondientes, los cultos inmorales como el de Venus, el Ephaka en Fenicia y el de Esculapio en Egea.

Finalmente, lleno de munificencia y devoción regaló a los Papas el Palacio de Letrán y construyó la gran Basílica de San Pedro, de proporciones gigantescas, lo mismo que la de San Pablo y San Lorenzo extramuros, las de Santa Inés y Marcelino.

Desde el año 313 había tomado como consejero y confidente al gran Obispo de Córdoba, Osio, a quien confió la ejecución de todas sus disposiciones religiosas.

XV

LA MUERTE DEL PAGANISMO

Teodosio. — Su ascensión al trono de los Césares. — Victorias contra Máximo y Eugenio.

Si Constantino fué el artífice de la liberación y paz de la Iglesia y la hizo religión del Estado, Teodosio fué el que consumó la gran obra y dió el golpe de muerte al paganismo.

Algunos datos sobre el nuevo hombre enviado por Dios en sus altos designios providenciales.

Nació en Cauca, hoy Coca, en la provincia de Segovia, en España, el año 347. Su padre era Magister Militum y en su compañía luchó en Britania y Norte del Africa. A la muerte de él se retiró a su patria y allí llevaba vida privada hasta que el Emperador Graciano, que guardaba de él los mejores recuerdos, le llamó en ayuda suya.

En el trono de los Césares

Es, como su padre, nombrado Magister Militum y alcanza una brillante victoria contra los sármatas en Panonia. Graciano le nombró «Augusto» y le encomienda Oriente e Iliria. Teodosio da muestras de ser un gran militar al mismo tiempo que hábil político. Combate contra los godos, alanos y hunos que ya irrumpían sobre el imperio y los rechaza hacia el Danubio. Un año más tarde, en 380, obliga, asimismo, a los visigodos a retirarse a los Balcanes.

Muerto Graciano, vence en Aquileya, en una decisiva batalla, al usurpador Máximo y entra apoteósicamente en Roma. Es ya el único dueño del imperio. En su misma entrada triunfal en

la capital del mundo, exhortó elocuentemente al pueblo a abandonar el paganismo y a hacerse cristiano. Ello es indicio de su arraigada convicción religiosa y prenuncio, al mismo tiempo, de lo que sería su reinado.

Su antecesor Graciano había dejado ya el título de Pontífice Máximo que conservara Constantino y sacado definitivamente del Senado la famosa estatua de la Victoria. Era el símbolo de la caída del paganismo.

Teodosio no sólo conservó lo hecho sino que prosiguió con mano firme la obra antipagana.

En el año 385 publicó la orden de que nadie se atreviera a esculpir las entrañas de las víctimas para averiguar supersticiosamente las cosas presentes o futuras, según la arraigada costumbre pagana de las adivinaciones.

Todos los súbditos del Imperio debían profesar la fe que el Príncipe de los Apóstoles San Pedro había, desde el principio, transmitido a los romanos.

En 391 promulgó un edicto contra los sacrificios de los templos gentílicos y aun contra la entrada en los mismos bajo la sanción de 15 libras de oro... Al siguiente impuso la pena de desa majestad a los que participaran en el culto pagano.

Eran, como se ve, medidas aniquiladoras contra aquél.

Con ellas quedaban no sólo vacíos los templos sino aun inútiles.

Por desgracia y, por una reacción lamentable, pero que fácilmente nos explicamos, fueron incluso demolidos algunos de ellos notables por su magnificencia y antigüedad.

El Obispo Teófilo, de Alejandría, hizo cerrar el de *Dyonisos*, de aquella capital y para poner en ridículo y a la pública vergüenza, a los paganos su superstición, mandó exponer los fallos que se habían hallado en él.

Más sensacional fué la destrucción del gran santuario de *Serapis*, de la misma ciudad, consagrado a aquella divinidad egipcia.

Llegó a haber verdaderos combates en las calles entre cristianos y gentiles. Cuando la lucha se hubo calmado, el *Serapeion*, uno de los más espléndidos edificios del mundo antiguo al par del Capitolio, fué destruido hasta los cimientos. Los paganos creían que una injuria inferida a la veneranda imagen de *Serapis* tendría por consecuencia el hundimiento del cielo y que la tierra se volvería al caos; pero, triste desengaño para los mismos: Un soldado cristiano deshizo de un golpe, osadamente la cabeza del gran ídolo sin que pasara nada.

¡Lección demoladora!

Se había visto la impotencia de los antiguos dioses y ello

constituyó una positiva propaganda para abrazar el Cristianismo.

Por el mismo modo fueron destruidos los templos de Arabia y de Palestina. Los de Damasco y Baalbek fueron conservados y consagrados en cristianos por orden del Emperador.

En 394 se celebraron, por última vez, los juegos olímpicos y la estatua de Zeus de Fidias fué llevada a Constantinopla en donde pereció en el gran incendio de los tiempos de León Isáurico.

En Roma cesó por completo el culto de los ídolos. Los sacerdotes fueron expulsados y abandonado el mismo Capitolo. La herrumbre y las telarañas lo invadieron todo...

Se habían ido los antiguos dioses y comenzaba una nueva era, la era de la religión en espíritu y en verdad, la era del Cristianismo.

Victoria contra Máximo y Eugenio

Todavía restaban glorias y méritos al gran general y Emperador Cristiano.

Argobastro, soberbio y atrevido gelo, había ante sí y de por sí, adornado con la púrpura imperial a su amigo, el retórico Eugenio.

Como el Clero de Milán, al frente del que se hallaba San Ambrosio, se negase a dar la comunión a Eugenio, exclamó Argobastro en su altivez: «Si vuelvo vencedor haré de la Iglesia un establo para mis caballos y convertiré en soldados a los clérigos.»

Se entablaba una nueva lucha con el espíritu pagano.

Teodosio salió rápidamente con su ejército contra él.

Era el año 394.

Eugenio fué sorprendido por la rápida llegada de Teodosio, el cual se apoderó de los pasos alpinos.

A Argobastro le alentó el número de sus soldados, mayor que el de Constantino y confiaba en la victoria.

En 5 de septiembre se dió la primera batalla junto a Wippach que quedó indecisa.

Sus generales aconsejaron a Teodosio que se retirara y esperara refuerzos, pero él contestó:

«No, la cruz no puede retirarse ante los ídolos», y ordenó el ataque para el día siguiente.

Pasó la noche en oración en una capilla improvisada, llegando a humedecer sus vestidos con las lágrimas. Finalmente le venció el sueño y vió en él señales favorables y oyó voces que le anunciaban la victoria.

Con toda seguridad dió al día siguiente y con la cruz la señal del ataque. Dios estaba con él.

Apenas comenzada la lucha recibió el mensaje de un caudillo enemigo, que, si le concedía su gracia, se pasaría a él en la batalla. «Hoy se verá, dijo Teodosio, lo que puede el Dios de los Cristianos.»

Al poco ya se inclinó la batalla en su favor.

Eugenio no había sospechado siquiera el peligro en que se encontraba y preguntó a unos soldados que encontró en la revuelta lucha si «estaba ya encadenado Teodosio». Ellos, sin contestarle, le ataron rápidamente las manos y los pies y le presentaron a Teodosio. «Tu Hércules, le dijo, el cristiano Emperador, en son de mofa, te ha dejado ser cogido prisionero; invócale ahora a ver si te ayuda.»

Eugenio se arrodilló ante Teodosio y quiso emplear sus artes para alcanzar misericordia del vencedor, pero uno de los guerreros, sin esperar orden de nadie, le cortó de un golpe la cabeza, que en seguida fué llevada por el campo de batalla.

Argobastro huyó y se quitó la vida con su propia espada.

Teodosio anunció desde el mismo campo de la lucha la victoria al Obispo de Milán, San Ambrosio, quien le contestó lleno de emoción.

«Yo puse tu carta en el altar y la he tenido en mi mano mientras ofrecía el Santo Sacrificio para que tu fe hablara por mi boca.» Verdaderamente, Dios mira con misericordia el Imperio Romano, pues le da un Príncipe cuyas virtudes y humildad alcanzan tal altura que no las sobrepuja ningún Emperador ni sacerdote. ¿Qué me queda que desear? Todos mis deseos se han cumplido en ti.»

Luego le exhorta a usar de blandura en el triunfo, consejo que fué seguido al pie de la letra. A ninguno de los vencidos se le hizo daño... Argobastro y Eugenio fueron las únicas víctimas. En la Iglesia de Milán se fijó la promesa de una amnistía general. Los hijos de Eugenio y Argobastro que, aunque paganos, habían buscado un asilo en la Iglesia, fueron tratados benignamente y conservaron su hacienda paterna.

Tal dulzura ganó hasta los corazones de los vencidos.

El júbilo fué indescriptible. Sólo el vencedor estaba grave cuando entró en triunfo en Milán al lado de San Ambrosio.

¿Le asaltó el pensamiento de la muerte? De hecho se había ésta de cumplir pronto.

El gran Emperador murió en Milán el año siguiente de la victoria.

El dolor fué general y rayano en la desesperación. San Ambrosio hizo su oración fúnebre.

PARTE CUARTA

EL ASCETISMO CRISTIANO

I

LA PERFECCION EVANGELICA

La vida religiosa delineada por el Salvador. — Los dos estamentos de la sociedad cristiana. — Tomar en serio el Evangelio. — Vida y gloria de la Iglesia.

Los tres evangelios sinópticos relatan unánimes (Mat. XIX, 16 s.; Mac. X, 15 s.; Lc. XVIII, 18 s.) y con todo lujo de pormenores, el interesante episodio del joven rico.

Era el día mismo en que el divino Profeta acariciara tan paternalmente a los niños, aun reprendiendo a sus Apóstoles que lo estorbaban: «Dejad que los niños vengan a mí y no se lo prohibáis, pues de los tales es el reino de los cielos.»

Ya se despedía de ellos e iba su camino, cuando he aquí que un joven de familia distinguida y rico se acercó a él y saludándole cortésmente, hincada la rodilla en tierra, le dijo: «Maestro, ¿qué es lo que debo hacer para obtener la vida eterna?»... Jesús le respondió como con indiferencia y evasivamente: «Si quieres entrar en la vida, si quieres salvarte, guarda los mandamientos.»

«Y ¿qué mandamientos son esos?», repuso el joven creyendo que el Salvador se refería a algo tal vez por él desconocido. Cristo, sin embargo, aludió simplemente, a los mandamientos del decálogo. Por eso hizo un breve resumen de los mismos: «No adulterarás, no matarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre.»

Al oír estas palabras sintióse halagado el joven por el testimonio de su propia conciencia porque era, en realidad, virtuoso y bueno. Levantó confiadíos sus ojos, aquellos ojos por los que toda su alma se transparentaba, y clavándolos en el Profeta, añadió: «Señor, esos los he guardado yo desde mi infancia»; y, a continuación e insistentemente: «¿qué me falta todavía?»

Algo extraordinario debió de pasar entonces por la mente

del Señor. Hasta aquel instante parecía haber estado poco explícito y reservado, pero al oír las últimas palabras cambió repentinamente... El Evangelio nos dice que le miró...; le miró con interés y «de hito en hito», «intuitus eum»...

¡Soberana mirada aquella de Cristo con que penetró todas las honduras del espíritu y del corazón del mancebo!... Vió que, en efecto, así era; quizás un alma especialmente pura y digna de grandes, de los más elevados destinos y soñó en llamarla a ellos...

Frase hermosa la que usa el Evangelio:

«Y Jesús, poniendo en él los ojos, le amó»; esto es, le mostró especial afecto y simpatía...

«Una sola cosa te falta», prosiguió el Maestro: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo y ven y ségueme.»

Era, como se ve, el llamamiento a la vida de sus íntimos confidentes y amigos; la mejor vocación que podría haber en el mundo, la vocación de Apóstol...

Pero, ¡triste condición humana y malhadado apego a las riquezas!

Lo que empezó por un idilio, termina en el mayor desencanto y aun en tragedia.

Continúa la narración evangélica diciendo que el joven noble bajó la cabeza ante las palabras del Maestro, y, nublado de tristeza su semblante, se despidió de él... Es que era muy rico, tenía muchas posesiones y era demasiado ardua para él la renuncia de todo.

¡Acababa de rechazar la mayor gracia de su vida!

Ante tan súbito y rápido desenlace, Jesús, volviéndose a sus Apóstoles, les dijo: «En verdad os digo que es difícil que entren los ricos en el reino de los cielos.»

Los dos estamentos del Cristianismo

A nadie se oculta la trascendencia del referido episodio.

Cristo echó en él los fundamentos de la vida de perfección o religiosa, al mismo tiempo que la esbozó en sus líneas generales.

Claramente distingue aquí los dos que podríamos llamar estamentos de su Iglesia.

El llano y ordinario, al que pertenecen la mayoría inmensa de los cristianos: los que se contentan simplemente con ir al cielo, con salvarse: el estado *secular*; y el otro más elevado,

el de los que quieren o aspiran a ser perfectos: el de aquellos que no contentos con salvarse desean alcanzar un puesto más alto en el cielo.

A los primeros propone únicamente el Maestro, como camino necesario, la guarda de los mandamientos: ellos bastan para salvarse y son el camino de la vida. A los otros, supuesta la observancia de los mandamientos, les exige también la de los llamados consejos evangélicos: la pobreza voluntaria y renunciamiento de todos los bienes terrenos por el amor de Dios y por la vida eterna: la vida apartada del mundo y consagrada a él, a su gloria y exclusivo servicio; la continencia, el ejercicio de la caridad y del apostolado.

Los que pertenecen a esta clase señera de los que «más se quieren afectar en servicio y amor de su rey universal», en frase de San Ignacio, gozan consecuentemente de mayor participación y más íntima en la vida espiritual cristiana, más abundante plenitud sobrenatural del Evangelio. «Yo vine, dijo Cristo, para que tengan vida y la tengan más abundante.»

Su premio es un gran tesoro en el cielo y aun el ciento por uno en la tierra: la paz, el dominio de sí mismo, la liberación de las grandes concupiscencias que consumen las mayores actividades humanas y que son las que precisamente más alejan de la felicidad.

Tomar en serio el Evangelio

Grande es, sin duda, la excelencia del estado religioso y excepcional la estima en que lo tiene Cristo, pero no es obligatorio para nadie: no se impone por la fuerza sino que es plenamente voluntario: «si vis», dijo el Salvador; «si quieres»; pero esto sí: lo propone como el ideal, como la meta más alta de la vida cristiana. Una sola cosa te falta: si quieres ser perfecto, llegar a la cumbre, a la plena posesión del espíritu evangélico...

Es en Inglaterra y al fin de una cuaresma.

Un misionero católico, terminada ya su tarea, se dirige a su casa en Londres. En el tren se encuentra con un matrimonio protestante. La señora se percata pronto de quién es el nuevo compañero de viaje y se siente acuciada por la curiosidad.

«Dispense, Padre, le dice, abordándole, al poco de llegar éste. ¿Usted es religioso, verdad?» «Para servirla, señora», le contesta el misionero. «Siempre he deseado saber lo que me parece un enigma: ¿y qué pretenden ustedes, los religiosos, al abandonar sus bienes y familia para entrar en un convento?» «Que

¿qué pretendemos? Pues, señora, tomar en serio el Evangelio...»
 ¡Profunda y eficaz respuesta!

Cristo preconizó la pobreza en su Evangelio; el desprendimiento de los bienes terrenales: «Bienaventurados los pobres de espíritu, dijo, porque de ellos es el reino de los cielos. En consecuencia con ello, vivió pobre y no tuvo al morir dónde reclinar su cabeza...

A pesar de ello, a la vista tenemos el resultado en la inmensa mayoría de los cristianos. Tan apegados están a la riqueza, a los bienes y negocios de la vida, que en ninguna otra cosa sueñan. Para ellos la vida es el lucro, los millones a los que tienen que doblegarse, mal que les pese, los intereses superiores del espíritu y aun los mismos mandamientos...

Es evidente que los tales, no toman en serio el Evangelio.

Era necesario, pues, que hubiera hombres esforzados, de verdadero espíritu evangélico, que pusieran a éste por encima de todo y amasen y escogiesen la pobreza, siguiendo el consejo e ideal propuesto por el Maestro...

Esos son los religiosos y eso es lo que se proponen.

Dígase lo mismo de la *castidad*, de la vida de *obediencia*, de la dedicación a la predicación del Evangelio, al ejercicio de la caridad, de la enseñanza como medio de apostolado, del culto y alabanza de Dios... y tendremos explicado el enigma de la señora protestante y comprenderemos el arranque generoso de un San Pablo y San Antonio ermitaños, el de San Benito y de sus ejércitos de monjes, el de Santo Domingo y los suyos, de San Francisco de Asís, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, de San José de Calasanz y San Ignacio, de San Vicente de Paúl y San Juan de Dios y tantos otros...

No es la religión un *modus vivendi* fácil y cómodo ni creo que pueda escogerse por esas miras. Sería la más rastrera y equivocada empresa.

Las heroicas virtudes por los religiosos practicadas; la pobreza, la castidad y sujeción, el servicio de la humanidad doliente o necesitada... no presenta atractivos a la comodidad, a la felicidad material de la vida. Es arduo, heroico, el camino, y lleno de espinas que punzan sin cesar... y sólo por Dios y por la vida eterna puede emprenderse...

Vida y gloria de la Iglesia

Era natural que constituyendo la vida de perfección el ideal del Evangelio, apareciera en la Sociedad cristiana desde sus primeros tiempos.

Así fué en realidad y ello entraba en los planes de la divina Providencia.

Aun en la era apostólica surgió vigorosa la práctica de los consejos evangélicos. No se retiraban entonces ciertamente al desierto, pero en sus propias casas se vieron hombres y mujeres consagrados del todo a Dios y entregados al ejercicio de la oración y de la penitencia o a la práctica de la caridad y del amor al prójimo.

Era el preludio de lo que había de venir después.

El gran apogeo de la vida religiosa comienza en la segunda mitad del siglo III y llena todo el IV y el V. Viene después de la era martirial y es fruto espontáneo de la vitalidad de la Iglesia. La palabra de Jesús: «Vende todo cuanto tienes... y ven y sígueme», mueve poderosamente los corazones y los arrastra. Son exuberantes manifestaciones del espíritu del Cristianismo que tiende, a través de los tiempos, a rejuvenecerse, a manifestar la savia interior que lo vivifica. El día en que faltaran habría que pensar en su decrepitud y en su muerte.

Es también la vida de perfección o religiosa la gloria y el esplendor de la Iglesia.

Un gran tribuno moderno, D. Juan Vázquez de Mella, afirmaba hace unos años en un discurso admirable en defensa de las Ordenes religiosas en España, que suprimirlas era suprimir la historia de la patria.

No es exagerado el concepto y el orador lo probó con un brillante recorrido por toda ella.

Las Ordenes religiosas, con sus monasterios y sus monjes y sus frailes, están enraizadas intimamente en la vida nacional e intervienen como portaestandartes en todas las gestas de la Península. De ellos salen los primeros héroes de la reconquista; de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll, de San Juan de la Peña, de San Millán de la Cogulla, de San Pedro de Cerdeña y de la Virgen de Covadonga... De ellos, los Monjes-Soldados de las Ordenes Militares que resisten como una muralla de acero todo el empuje musulmán y llegan con Don Jaime y con San Fernando hasta el Guadalquivir y Algeciras... De ellos la portentosa legión de apóstoles, de santos y de mártires que interrumpe con sus predicaciones el sueño de la barbarie, que atraviesa las selvas americanas iluminándolas con la luz del Evangelio..., abriendo camino con la cruz que llegan a colocar en todas las cumbres de los Andes...; de ellos la sabiduría de nuestras Universidades de Alcalá y de Salamanca; la pléyade de nuestros literatos y poetas.

Si suprimimos las Ordenes religiosas suprimiríamos la historia de España.

¿Podremos afirmar lo mismo extendiéndolo a toda la Iglesia?
Creemos que sí, sin grandes alardes de optimismo.

Si suprimimos las Ordenes religiosas, habremos suprimido, por lo menos su floración más espléndida: las legiones más lucidas de su santidad.

Nadie ignora que después de la época de los mártires, las mayores figuras de la Iglesia o fueron religiosos o fundadores de religiones, desde San Pablo, primer ermitaño y San Antonio Abad, hasta Santa Teresita y San Juan Bosco.

¡Y qué nombres!

Vienen a los puntos de la pluma, innumerables y aun los más populares en el pueblo cristiano.

San Agustín, San Jerónimo, San Benito, San Bernardo, Santo Domingo con su pléyade de santos y de sabios, San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino; San Francisco de Asís con su otro ejército no menos poderoso, San Antonio, San Buenaventura, Santa Clara, San Ignacio con el gran apóstol del oriente, San Francisco Javier, el gran despreciador del mundo San Francisco de Borja y los tres Santos jóvenes, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, las cumbres más altas de la mística, San Juan de Dios, San Vicente de Paúl...

Quitemos las Ordenes religiosas y habremos de suprimir también el ejercicio heroico de la Caridad en el mundo: No habrá Hermanos de San Juan de Dios y de San Camilo de Lelis, ni Hermanitas de los pobres, ni Hijas de Caridad, ni de ancianos desamparados, ni Leproserías, ni Lazaretos, ni Siervas que velen a los enfermos...

Quitemos las Ordenes religiosas y habrá desaparecido casi por completo la enseñanza católica. ¡Cuántos Institutos religiosos a ella consagrados! Escolapios, Jesuítas, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Maristas, Marianistas... Congregaciones femeninas: Sagrado Corazón, Esclavas, Teresianas, Carmelitas...

Aún podemos añadir más.

Quitemos las Ordenes religiosas y habremos suprimido, casi del todo también los misioneros. Más de cincuenta mil se enumeran actualmente esparcidos por las naciones paganas, en lugares inhóspitos muchos de ellos, condenados al sufrimiento, lejos de la patria y de los suyos; allí están por amor a Jesucristo y a las almas. Son los valientes, y... casi todos religiosos.

En la gran Basílica de San Pedro, en Roma, centro de la católica unidad y sede principal del Cristianismo, puede ver el peregrino en grandes y preciosas estatuas colocadas en las grandes columnas o pilastres laterales de la nave central de

la catedral del mundo, la efigie de los Patriarcas fundadores de las grandes Ordenes religiosas.

Es el exponente magnífico de su importancia y del aprecio y respeto en que les tiene nuestra religión.

Muchos y los mejores...

Bien merecida tienen esa gloria.

Son los padres y jefes de las beneméritas familias religiosas, prez y ornamento de la Iglesia.

II

EL MONACATO DE ORIENTE (I)

San Pablo, primer ermitaño. — Huyendo de la persecución. — Cien años de vida en el desierto. — Visita de San Antonio. — La muerte.

El monacato de oriente constituye, después del martirio, la segunda gran manifestación del espíritu y vitalidad sobrenatural del Cristianismo primitivo.

Fuerte y confortante había sido ciertamente el espectáculo de los héroes de la fe entre los ecúleos y las garras de las fieras, pero no fué menos precioso ante el acatamiento del Señor y de la humanidad consciente, el de los atletas de la penitencia, del sacrificio heroico, de la oración y de la virtud, que hicieron célebres y evocadores para los contemporáneos y para todos los tiempos, durante más de dos siglos, los desiertos de Tebaida, de Nitria, de Palestina y del Sinaí.

Al martirio de los cuerpos había sucedido el incruento, pero no menos difícil, del espíritu. A las rosas purpúreas de la sangre, las menos llamativas, pero más finas y policromadas del más sublime ascetismo que se haya visto jamás sobre la tierra.

Los representantes genuinos de la nueva floración, fueron: San Pablo y San Antonio, fundadores de la vida anacorética en Egipto; San Hilarión, en Palestina; San Pacomio, creador del Cenobio, y San Basilio, legislador y reformador del monacato.

Dediquemos unas páginas a las gestas nunca suficientemente admiradas de estos verdaderos caballeros del espíritu.

San Pablo, primer ermitaño

(235-340)

Es la primera mitad del siglo III y en la ciudad legendaria de Tebas, en Egipto.

Aún aparecen por doquier las ruinas de los antiguos templos grandiosos de Karnak y de Luxor de los Faraones de la XIX dinastía, consagrados al dios Amon-Ra...

Es el pueblo constructor de las pirámides, el pueblo, en frase de Hesíodo, «más religioso de la tierra».

A las antiguas divinidades indígenas se habían seguido las de importación y ahora se ha extendido notablemente el Cristianismo.

Es también el tiempo de las grandes persecuciones romanas.

Decio ha lanzado sus inexorables decretos de exterminio del nombre cristiano y llegan a Tebas sin cesar las más tremendas noticias. En Roma, en Alejandría, en todo el imperio, son innumerables los fieles que mueren martirizados en medio de refinados suplicios.

La tormenta ha llegado también a Tebas y puesto en pie de guerra a los cristianos de allí.

Pero, cosa natural. No todos tienen vocación de mártires.

El valor heroico demostrado por los confesores de la fe despierta en muchos deseos y aun enardecimiento por dar su sangre por Cristo...; en otros, por el contrario, domina el terror, el sobresalto continuo que hace insopportable la existencia.

Entre éstos está ¿quién lo dijera?, el que había de ser una de las figuras más recias del Monacato, San Pablo.

Tenía a la sazón 17 años.

Vivía con una hermana casada con un pagano y llevaba vida acomodada, pero ¡bajezas de los hombres! El propio cuñado, anheloso de apoderarse de los bienes del joven, cometió la traición de denunciarle a la autoridad pública como cristiano.

Ya le buscaban para apresarle cuando él, que apreciaba su fe por encima de todo, pero que temía no ser suficientemente fuerte para defenderla en el tormento, no tuvo otro remedio que huir.

Abandonó, pues, cuanto tenía y sin declarar a nadie sus intenciones, se encaminó hacia el interior del desierto circundante.

Parece que su primer proyecto, había sido ocultarse un tiempo hasta que pasara el peligro, pero era Dios el que guiaba

sus pasos y disponía de su vida para futuros planes providenciales.

Ya que no le llevaba el ánimo al derramamiento de su sangre, quería de él un sacrificio incruento, el martirio prolongado de la austeridad y la penitencia. Se acercaban los tiempos de paz y el fervor cristiano que tan espléndidas muestras diera de sí en las persecuciones iba a emprender nuevas rutas. Dios quería poner a Pablo como hito del nuevo camino y para ello le llamaba a la soledad.

Tres días anduvo sin rumbo fijo y a la deriva por entre incultos y abrasados arenales, hasta que al fin divisó a lo lejos una montaña blanquecina y hacia ella dirigió sus pasos.

Una cueva y cerca una pequeña fuente, a cuya humedad habían crecido unas palmeras...

Este será el lugar de mi descanso, se dijo, y allí se instaló definitivamente.

Era el desierto de la Tebaida que podía exultar de gozo. Jamás se había visto tan honrado.

Cien años en el desierto

Un siglo había de vivir allí el joven huésped y la gruta y las cimbreantes palmeras serían testigos de sus proezas inauditas...

El cielo se trasladaba al yermo.

Vida angélica apartada del mundanal ruido; lejos de la ambición que todo lo afea entre los hombres: sin anhelos de fama, sin soberbia entumecida, ni trato siquiera humano...

Rezar, hacer penitencia, alabar a Dios, cantarle himnos, meditar sus grandezas, su sabiduría, su poder, su providencia; gozar de él, de las delicias del espíritu en medio de la salvaje solemnidad y calma de los páramos interminables...

Nada nos dice la vida del gran anacoreta, especialmente, de los carismas y dones místicos de que debió ser objeto durante sus cien años de estancia más angélica que humana en la soledad, pero podemos suponerlos por lo que sabemos de otros.

Los solitarios fueron, ante todo, hombres de Dios que se elevaron a las más altas regiones de la unión con él y sintieron en toda su plenitud la presencia de lo sobrenatural en las almas. De uno de ellos refiere Paladio que eran tan continuos sus éxtasis que vivía más del lado de Dios que del mundo, y el Abad de Palusio, Isidoro, confiesa que se sentía con frecuencia muy lejos espiritualmente de sí y enajenado en lo que veía...

Otros poseían el don de lágrimas.

«El intenso amor de Dios, refiere Teodoreto de Ciro (*Hist.*

relig.), les arrancaba lágrimas continuamente y encendía su espíritu en ansias de contemplarle ya en definitiva y salir del mundo.»

De San Macario tenemos, a su vez, este pasaje incomparable. «Terminados los ejercicios piadosos de costumbre, dice, surgió en mi alma el deseo de permanecer cinco días con las potencias y los cinco sentidos, sumidos totalmente en Dios.

Cerré la puerta de mi celda para quedar completamente incomunicado... Dos días llevaba cuando oí en el fondo de mí una voz que decía: Macario, no bajes del cielo ya: aquí tienes a los ángeles, a las virtudes, querubines y serafines y al mismo Dios que ha creado todas las cosas.»

¡Dichosos hombres, si es que podemos llamar así a los que llevaron una vida más que humana! ¡El despegó de todo lo terreno y el amor puro de Dios les conquistaron aun en la tierra la felicidad del cielo!

De ellos dijo San Agustín la frase que se ha hecho inmortal: «Surgunt indocit et arripiunt regnum Dei». No fueron doctos en la ciencia y artes humanas de los hombres, pero fueron doctísimos en las divinas, hasta penetrar en los secretos insondables de Dios...

Cuando se le cayó hecho pedazos el vestido que llevaba y que había sido lo único que librara de la rapaz codicia del cuñado, se hizo una túnica singular: un burdo trenzado de hojas de palmera.

Su comida, las hierbas que podía recoger en el pequeño oasis, algunos dátiles y el agua cristalina del arroyo...

Y así, uno, veinte, cincuenta años, cerca de una centuria. Había llegado a los 17 años y murió a los 105.

¡Qué ejemplo para el mundo!

San Jerónimo, que escribió su vida en elegante latín, se siente filósofo ante el gran anacoreta y exclama: «A los que poseen grandes fortunas yo les pregunto: ¿qué es lo que ha faltado a este anciano despegado de todo? Vosotros bebéis en copas adornadas de piedras preciosas; él saciaba la sed con el cuenco de la mano; vosotros buscáis telas recamadas de oro, él iba peor vestido que el ínfimo de vuestros esclavos... Pero el cielo se abrió para este pobre y toda vuestra opulencia no podrá impedir que vosotros seáis arrojados al infierno. Aunque desnudo, él conservó la blanca vestidura de su bautismo; vosotros, en cambio, la habéis perdido con vuestras vestiduras fastuosas. Por mi parte prefiero la túnica de Pablo a la púrpura de los reyes.»

La visita de San Antonio

Un episodio encantador y de idilio.

Llegaba ya a su fin la vida del gran solitario cuando un día vió repentinamente sorprendida su soledad por la visita de un ser humano.

Era quizás la segunda que recibía en veinte lustros.

La primera había sido la de un peregrino que pasara casualmente por allí. El ermitaño le acogió con cariño y le hizo sus preguntas:

“¿Hay todavía hombres debajo del sol? ¿Todavía se construyen casas y se declaran guerras...?”

La de ahora era de otro solitario de fama también y nombre imperecedero: San Antonio Abad, quien contaba, a su vez, noventa años.

Los dos ancianos se abrazaron con efusión.

La providencia les unía dando así la nota patética y de poesía intensa que inmortalizara en su gran cuadro el pincel de Velázquez.

Ambos conversaron de Dios largamente y comieron también juntos al amor de la fuente y bajo el dosel flotante de las palmeras.

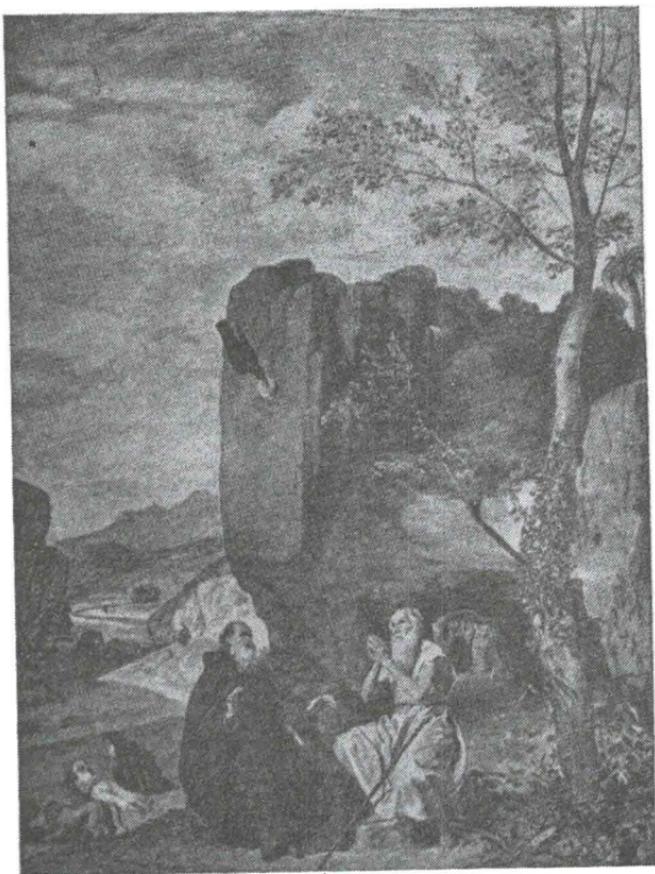
¡Y qué convite aquel!

Los consabidos dátiles, unas hierbas cocidas sin aceite y... lo principal, lo refiere emocionado San Jerónimo..., un cuervo ha aparecido repentinamente y les ha traído en su pico un pan...

Pablo sonrió amablemente ante tan delicada caricia de la divina Providencia; tomó el pan con agradecimiento del negro simpático visitante y dijo a su comensal: «Mira, hermano: hace sesenta años que Dios me envía de esta misma manera que tú ahora contemplas, medio pan diariamente, pero hoy ha duplicado Dios, piadoso y providente, el sustento a sus soldados.»

La anécdota podrá no ser rigurosamente histórica y aun imaginamos la sonrisa maliciosa de algunos críticos a quienes parece que ofende toda manifestación sobrenatural en la historia, pero comprendemos que es perfectamente del estilo de Dios y encaja de lleno en su condición amable y cariñosa.

Cuando el divino Salvador vivió en el mundo lo dejó todo lleno de delicadezas y ternuras. ¡Qué bondad para con la viuda de Naím, el ciego de Jericó, el buen ladrón y tantos otros! ¡Cómo galardonaba generosamente los más pequeños servicios! Para con sus amigos tuvo aún mayores delicadezas: Sus apóstoles, el Régulo y sobre todo Lázaro y sus hermanas Marta y María.



San Antonio Abad en la visita a San Pablo, primer ermitaño
(Velázquez)

¿Por qué ha de haber cambiado de condición ahora en el cielo? Los santos son amigos especiales de Dios y nada es de extrañar que les trate con el cariño y atenciones singulares que la amistad requiere.

Pablo y Antonio habían enterrado su vida en el desierto por amor suyo: dignos eran de esta pequeña recompensa.

La muerte

Va a llegar el desenlace.

En el ambiente idílico del incomparable episodio parece oírse un coro de ángeles que cantan las palabras del Evangelio. «Ea siervo bueno y fiel... entra en el gozo de tu Señor».

Pablo da a Antonio la noticia.

«Has de saber, hermano, que mi última hora se acerca. Siempre he estado unido con Jesucristo y no me queda más que la corona de justicia. Ruégote, pues, que vayas a buscar el manto del gran Atanasio y vuelvas para enterrarme con él, pues quiero morir en su fe.

Antonio se dió prisa en cumplir el encargo y volvió de nuevo a sus discípulos, pero iba arrebatado de admiración del gran anacoreta: «¡Ay de mí, miserable pecador!», exclamaba: «¡ay de mí que llevo sin merecerlo el nombre de solitario! He visto a Elías, he visto a Juan en el desierto, he visto a Pablo en el paraíso.»

Después de una corta ausencia ya estaba de vuelta y entraba de nuevo en la cueva del asceta llevando consigo el manto solicitado, pero ¡triste sorpresa! Acababa de expirar. El cadáver del anciano aparecía de rodillas, con la cabeza erguida y abiertos los ojos y clavados en el cielo. Parecía habersele salido el alma de un deliquio mientras miraba ansioso a las alturas.

El buen viejo lavó el cuerpo, le cubrió con el manto del Patriarca debelador del arrianismo y rezando salmos le sepultó bajo la sombra de la palmera. Tornó después Antonio a los suyos, llevando consigo dos tesoros: el recuerdo imborrable del ángel penitente del desierto y la túnica de hojas de palmera que en adelante se puso invariablemente todos los años en las fiestas solemnes de la Pascua y Pentecostés.

III

EL MONACATO DE ORIENTE (II)

San Antonio Abad; notas sobre su vida. — En la inmensidad del desierto. — Padre de un nuevo pueblo. — Siguiendo el camino de los Padres,

Es un apuesto joven, nacido en el país de las Pirámides, en la segunda mitad del tercer siglo, de padres nobles y ricos, pero, sobre todo cristianos.

En Comán, su ciudad natal en el alto Egipto, le llaman Antonio, nombre que él legará a la posteridad como uno de los más famosos de la historia.

En plena primavera de la vida y en posesión de no escasas heredades, le ofrecía el mundo el más risueño porvenir de felicidad y de honores, pero Dios le quería para más altos destinos y se apresuró a llamarlo a ellos.

Un día entró en la Iglesia como tenía de costumbre, cuando se lefan precisamente el pasaje y las palabras de Cristo al joven rico: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo y ven y ségueme».

Era el toque de la gracia.

Antonio se persuadió al instante de que aquellas palabras no las oía casualmente sino que se dirigían a él.

No se contristó como el joven del Evangelio, ni le pareció dura la respuesta.

Vuelto a casa vendió su pingüe patrimonio, lo repartió entre los pobres, se despidió de una hermanita pequeña a quien amaba tiernamente y salió para siempre de su tierra y de los suyos.

La voz de la soledad

¿A dónde dirigió sus pasos?

Primero se puso bajo la dirección de un solitario que llevaba vida eremítica de penitencia en un paraje cercano. Luego, de-

seoso de mayor incomunicación, se retiró a un antiguo sepulcro excavado en una montaña más lejana...

Comenzó para él entonces la verdadera soledad en que había soñado, pero ¡qué terrible, qué espantosa la resultó!

Los primeros años mayormente, sabemos que fueron trágicos.

Dice San Atanasio, su biógrafo, que «se desencadenaron en lo íntimo de su alma, verdaderas tormentas de pensamientos que con ímpetu aterrador pretendían desvanecer sus buenos propósitos».

Era la tentación que llamaba a su puerta y que Dios permitía para probar a su soldado bisoño aún e inexperto y, puesto que le destinaba a ser maestro de otros, hacerle consumado estratega en las lides del espíritu.

Podemos imaginarnos lo que fué su campo de batalla.

Antonio estaba aún en el ardor y en la ilusión de la vida. Hasta hacía poco había sido rico: estaba acostumbrado a las alegrías sociales, diversiones y pasatiempos...

Ahora se encontraba casi de repente, lejos, muy lejos de todo ello. Desnudos peñascales, árida y áspera campiña le rodeaba; no tenía nada ni a nadie que elevara su espíritu, le diera aliento y confortara en la depresión... Vivía en un sepulcro por casa, sin más alimento que hierbas; flaco, macilento, denegrido por los rayos implacables del sol del desierto...

¿Y así había de vivir cuento de vida le restaba? ¿Y ya no tendría más ni amigos, ni solaces, ni comida siquiera propia de hombres?

El novel anacoreta sentía algo así como una fuerza misteriosa que ponía en movimiento sus pies para la fuga...; le parecía estar atado a una cadena de la que tiraban con fuerza hercúlea hacia el mundo... Sobre todo, el tierno afecto a su hermanita le atormentaba.

¡Terrible situación aquella!

¿Quién vencerá en la porfía?

¡Qué admirable es Dios en sus santos!

Antonio resistió con constancia y tesón de héroe y allí permaneció sin ceder un palmo de terreno, día tras día, año tras año.

¡Qué equivocados están los que se imaginan la vida anacoreética poco menos que un idilio; fué ardua y heroica como ninguna y a veces, humanamente insopportable.

De ella en particular podemos afirmar lo que Frundsberg, jefe de ejército, dijo un día de la vida religiosa en general: «¡Frailecito, frailecito! A ti se te ordena llevar una existencia tal que muchos jefes como yo no la hemos llevado ni en las más terribles batallas. Si te guía la vocación divina y una inten-

ción recta, sigue adelante, en nombre de Dios y acuérdate de que él nunca abandona».

Comentando estas palabras dice Walter Nigg: «Nunca ha sido el camino del monacato ni fácil ni agradable. Es un sendero estrecho que conduce a las cumbres luminosas llenas de claridad; pero junto a sus márgenes se abren abismos profundos y espantables. Para recorrerlos se necesita ánimo sereno y aun osado» (El secreto de los M., p. 21).

En la inmensidad del desierto

Quince años pasó Antonio en el sepulcro mencionado.

Al fin de ellos, un día empuñó de nuevo el bordón de peregrino y despidiéndose de los ásperos parajes se retiró de ellos decidido.

Cualquiera hubiera pensado que, vencido al fin, se volvía al mundo... Pero era todo lo contrario. Su rumbo lo dirigió hacia el verdadero desierto que comenzaba allí imponente y sombrío.

Era, como se ve, quemar las naves..., cerrarse la retirada.

El desierto suena ahora para nosotros como algo romántico: la ruta ilusionadora de aventurero turismo.

Su majestad y grandiosidad imponente nos fascina.

Pero no era ese el efecto que producía en los antiguos: más bien sentían ante él terror y pánico. Era el gran sudario de la silente y muerta naturaleza cuyo hálito deletéreo llegaba en ráfagas de arena que resecaba la garganta y sofocaba...

Atreverse a adentrarse en él era sólo de locos o temerarios...

Pues, allá se dirigió Antonio. ¿Buscaba tal vez más amplios, infinitos horizontes para alabar a Dios, o mejor quizás, pretendía extinguirse por él en la inmensidad como un granito de arena?

Varios días caminó atravesando dunas abrasadoras, asfixiándose y tostando su rostro con los rayos de un sol implacable... Al fin divisó una montaña allá a lo lejos, cerca del histórico Mar Rojo, y a ella se encaminó. En un pequeño oasis sombreado por algunas palmeras y surcado por un insignificante regatuelo de agua cristalina. Edificóse una choza de menos dos metros en cuadro, y se dispuso a convertirlo en su morada definitiva para más de cincuenta años que había de vivir aún.

¡Cincuenta años en pleno desierto! Exclamará el lector; y ¿en qué se ocupó en ellos?

Enigma indescifrable para nuestro siglo que parece no reconocer más trabajo posible que el mecánico o, el de la industria y el comercio...

Cuatro actividades enumera San Atanasio.

“La *primera*, la más esencial en el monacato, la oración. “Pernoctabat in oratione saepissime”: Pasaba muchísimas noches, la mayor parte de las noches, en oración. No había tenido bastante con la continua del día y aprovechaba también el mayor sosiego, la calma majestuosa nocturna para elevarse a Dios, para cantar sus maravillas... alma mística, endiosada, se sentía atraída al Creador como ‘el hierro por el imán. Los rayos del sol naciente venían a sorprender al solitario en su éxtasis divino. “Oh sol exclamaba, ¿tan pronto otra vez sobre la tierra? ¿Por qué vienes a distraerme con tus resplandores? Me robas la claridad de la verdadera luz...”

La *segunda* ocupación fué la de la penitencia. Horrorizan sus rigores a la molicie, y al confort modernos. Comía una sola vez al día, puesto ya el sol, y aún con frecuencia pasaba dos y tres y aun cuatro días sin llevar nada a su boca: y cuando lo hacía, no era otra cosa su alimento que pan y sal, quizás unas hierbas cocidas con sola agua o crudas, y como gran regalo, unos dátiles.

Dormía también muy poco sobre unos mimbres y vestido del áspero cilicio que nunca se quitaba. Y así, uno, cincuenta años...

Luchaba también, y esta fué su *tercera* ocupación. ¿De nuevo las tentaciones de su vida en el sepulcro? Sí; pero ahora no le venían ya tanto del mundo, de la nostalgia del bien pasado, cuanto del enemigo nato del hombre, del propio Lucifer. El en persona, digámoslo así, quiso habérselas con el irreductible anacoreta.

Pocos santos han experimentado tan crueles e incesantes sugerencias del maligno como él. El mismo demonio se le aparecía para aterrarse, unas veces bajo la forma de fieras espantosas, de tigres, de chacales, de culebras monstruosas que le acometían queriendo devorarle...

Otras, astuto, halagador, se presentaba bajo la imagen de mujeres lascivas que le incitaban al placer, otras y frecuentemente, incluso le apaleaban con crueldad y fiera.

Un día, después de una de esas luchas formidables yacía posado en tierra, sin fuerza para sostenerse en pie, cubierto de heridas, ensangrentado y magullado todo el cuerpo...

El cuerpo, decímos; que el espíritu aún permanecía entero y retador...

“Heme aquí, decía: soy Antonio; no huyo de vuestros combates, aunque sean mayores todavía; ninguno de ellos me separará de Cristo”...: y entonaba el salmo de los valientes: “Aunque se levanten contra mí ejércitos no temerá mi corazón”.

Termina el biógrafo con esta página confortante:

"Otro día, rendido de la lucha vió que de lo alto de la montaña se abría el cielo dejando escapar una grande claridad. ¿En dónde estabas, Jesús mío?, exclamó el solitario; ¿por qué no acudiste a la refriega, a curar, al menos, mis heridas?..."

De entre la nube luminosa salió una voz que le dijo: Contigo estaba, Antonio; asistía a tu combate; no temas que esos monstruos no volverán a causarte el menor daño".

Finalmente, la cuarta ocupación: el trabajo manual.

Se iniciaba en él lo que había de perpetuarse como institución importantísima en el monacato oriental y más tarde, en el de occidente.

El monje no debía estar nunca ocioso, pues, la ociosidad es madre de todos los vicios y hormiguero de tentaciones.

El trabajo de Antonio fué el de la agricultura.

El idilio unido a la tragedia.

Cerca del sitio de su morada, murmuraba, como ya indicamos, un arroyuelo cristalino, salido de las entrañas del monte y que proporcionaba la suficiente humedad a las palmeras. Antonio cavó varias porciones de tierra con cariño y derivando hacia ellas el agua, las había convertido casi en fértil huerto. Hasta llegó a formar un pequeño estanque para tener el agua a su disposición para los riegos convenientes."

Padre de un nuevo pueblo

Pero ¡qué atractiva es la santidad y cuán poco puede estar oculta!

La fama del gran solitario de Egipto empezó a extenderse pronto por todas partes: Llegó a Roma, a Constantinopla, a Alejandría y fué objeto y pábulo de todas las conversaciones.

La pobre choza del ermitaño fué, desde entonces, lugar de peregrinaciones incessantes. Acudían aun de países remotos incluso filósofos paganos... Iban a ver al hombre de Dios, a contemplar el prodigo de su santidad y penitencia, a consultarle.

San Atanasio cuenta en su vida del Patriarca, el diálogo sostenido un día con algunos de estos visitantes: «Os habéis molestado, oh filósofos, en venir a ver a un mentecato.» «No hubiéramos venido, contestaron ellos, si te tuviéramos por tal: muy al contrario, creemos que la sabiduría ha descendido sobre tu mente...» «Pues, si me llamáis sabio, añadió con agudeza Antonio, debéis imitarme.»

Llegó también a su choza Dídimo, el ciego, el famoso sabio cristiano de Alejandría. «¿Estás triste, le dijo el solitario, por haber perdido la vista?» Respondió Dídimo sinceramente que sí.

Antonio le dió entonces una lección de santidad y de consuelo al mismo tiempo:

«Es increíble que hombre tan sensato como tú eche de menos los ojos del cuerpo que nos son comunes con las moscas, gozando de la luz divina de los Apóstoles y los santos.»

El mismo Emperador Constantino le escribió humildemente pidiéndole sus oraciones por el Imperio.

Mas, sobre todo, conmovió su fama de santidad y celestial sabiduría a los otros anacoretas. Eran éstos muchos, esparcidos por las más diversas partes de aquellas vastas soledades. Vivían todos, a semejanza de San Pablo y del mismo Antonio, en chozas, en sepulcros antiguos, o en cuevas, entregados a sus penitencias y oraciones, pero separados los unos de los otros, sin trato ni comercio humano entre sí, como estrellas solitarias del desierto. Y ¡providencia manifiesta de Dios!

El impulso que arrastraba a los demás, les llevaba también a ellos a visitarle y... ya no podían apartarse de él.

Por ello determinaron muchos trasladar su morada al derredor de la suya, y como por ensalmo se vieron las cercanías pobladas por centenares de chozas. Antonio era tenido por todos como Padre y director experto de sus almas y aun se establecieron reuniones periódicas de todos con él para oír de sus labios provechosas enseñanzas.

Había aparecido con esto una nueva modalidad en la vida eremítica. Se perfeccionaría más con el Cenobio de San Pacomio, pero el primer paso estaba ya dado. Las estrellas solitarias empezaban a acercarse ya, a entrelazar sus rayos.

¡Y cuántas y cuán resplandecientes eran!

Allí muy cerca, y en la más rústica choza, se veía al famoso *Sísoes*, tan lleno de espíritu y unión con Dios que pasaba las noches al borde de un precipicio orando y alabando a Dios en voz alta hasta que el sol, subiendo por el horizonte, le suplía en las alabanzas del Creador... Más allá moraba *Benjamín*, el Job de los anacoretas. Padecía una enfermedad monstruosa que él llevaba no sólo con la resignación del Patriarca de Idumea, sino aun con visible regocijo y cantando agradecido al cielo...

El tercero se llamaba *Moisés* el negro. De él se contaba que sorprendido una vez por cuatro bandoleros los desarmó y los llevó a su choza y les enseñó a alabar a Dios...

El gran *Arsenio* era otro de los discípulos... Había brillado en la corte imperial por su poder y prudencia, pero lo había abandonado todo para ponerse a los pies de Antonio y oír sus enseñanzas... Más lejos, *Poimén*, y *Apolo* y muchos otros que no es posible enumerar...

A todos guiaba el mismo anhelo: ser santos y perfectos bajo la dirección del maestro que Dios en su providencia les deparaba.

Eran, según afirman los documentos, varios miles y de ellos se llenó el monte en donde residía el Patriarca...

Podríamos llamarles «los elegidos»: el «nuevo pueblo de Dios», de los «pobres de espíritu» y que «tenían sed de la justicia», nacido en el monte de las bienaventuranzas al impulso de las palabras de Jesús; los que participaban más abundantemente del espíritu y de la vida, que él vino a traer a la tierra.

El Camino de los Padres

El capítulo 58 de la Vita, lo dedica San Atanasio a referirnos la muerte del gran Patriarca.

«Preciosa es en el acatamiento del Señor la vida de sus santos», dice la Escritura y en pocos se ha cumplido tan bien como en Antonio.

Cuando ya por la vejez no podía valerse de sus miembros, llamó a los Hermanos y les dijo despidiéndose de ellos: «Yo, Hermanos míos dilectísimos, siguiendo las expresiones de la Sagrada Escritura, comienzo el camino de los Padres; ya Dios me invita: ya deseo ver las cosas celestiales. A vosotros ¡oh entrañas mías!, os aviso, que no perdáis repentinamente el trabajo de tanto tiempo. Pensad que es hoy el día primero de vuestra vocación y fervor y crecerá la fortaleza de vuestra voluntad. Ya visteis las múltiples asechanzas del demonio, sus impetus feroces y fuerzas afeminadas. Suspirad por Dios...

Evitad el veneno de los herejes y cismáticos e imitad mi odio hacia ellos porque son enemigos de Cristo.

Observad solícitamente los preceptos del Señor y después de vuestra muerte os recibirán los santos, como amigos, en los eternos tabernáculos.

No bajéis a Egipto mis restos mortales, antes sepultadlos en la tierra. Confío en Dios que en el día de la resurrección, este cuerpecillo se levantará incorrupto...

Y adiós ¡entrañas mías! Antonio comienza su peregrinación y ya no estará más con vosotros en el presente siglo.»

Terminadas estas palabras besáronle emocionados sus discípulos y él quedó alegre esperando la muerte, de modo que por su rostro se manifestaba la presencia de los Santos Angeles que habían bajado a llevar su alma. Mirándolos a éstos como amigos, exhaló su espíritu y fué añadido a los Padres, según el oráculo divino.»

IV

EL MONACATO DE ORIENTE (III)

Discípulos del Gran Antonio. — Ammón y Macario. — Siria y Palestina. — San Hilarión y sus austeridades. — Huye de la gloria vana. — Su muerte.

La influencia de San Antonio fué duradera y universal en todo oriente.

A la muerte del Patriarca quedaban pobladas de colonias de anacoretas solamente las regiones de la parte superior de Egipto, pero pronto fueron rebasados esos límites.

Las multitudes de solitarios crecieron como por ensalmo en los años posteriores, por obra, sobre todo, de sus discípulos.

Ammón, uno de ellos, se dirigió hacia Nitria, región abrasada y pantanosa del Bajo Egipto, colindante con el desierto líbico, llena de nitró y desolada, en una vasta zona de 50 km. de largo por 15 de ancho. Allí fundó la famosa colonia de este nombre, célebre por sus rigores y que pronto pudo contar unos 5.000 solitarios.

Otros, como Pambo y Macario, Poimén y Moisés el etfope, erigieron la no menos renombrada de *Escete*, cerca de los montes que separan el delta del Nilo de la Libia.

Saltó después el monacato antoniano las fronteras de Egipto.

En *Siria* se nos habla de numerosos ascetas en los desiertos de los alrededores de Antioquía, de Berea y de Calcis.

Allí aparecieron por primera vez los estilitas, así llamados por su extraño género de vida.

El más conocido de todos fué Simeón, el estilita por antonomasia. Moraba al principio con otros monjes, pero corrió la fama de sus inauditas austeridades y eran innumerables los que iban a visitarle. El a su vez, ansioso de la soledad, se retiró a la cumbre de una montaña y construyó una verdadera cerca que encerraba por completo su retiro.

Todo fué inútil sin embargo.

Las muchedumbres que le visitaran se enteraron del escondrijo y corrieron a él. Arbitró entonces otro medio para librarse del asedio, y un día se pudo ver al solitario elevado sobre un alto pedestal o columna de un metro de circunferencia, en el centro mismo de su acotado albergue, de pie y extático, clavados los ojos en el cielo... Pareció a los otros solitarios raro y extravagante aquel género de penitencia y determinaron prohibírselo; pero antes quisieron probar si procedía de Dios o de su capricho, acudiendo a la piedra de toque de la humildad y obediencia.

Le enviaron, pues, una comisión de monjes especialmente respetables por la santidad de su vida, a intimarle la orden de bajar de su columna. Apenas habían acabado éstos de hablar, ya Simeón, obediente a lo mandado, se dispuso a descender sin objetar palabra.

El acto fué reconocido como señal inequívoca de virtud y de que todo era de Dios y le exhortaron a continuar su camino.

Treinta años estuvo San Simeón sobre la columna, casi siempre de pie e inmóvil.

Pasaba rezando las noches y al amanecer dormía doblado sobre sí mismo, hecho un ovillo y tocando casi la cabeza con los pies.

Desde su alta atalaya atendía a las gentes que venían a visitarle, predicando y aconsejando y aun curando sus enfermos.

Por fin quedó agotada su resistencia y una mañana apareció rígido, inmóvil en su sitio. Había sido llamado por Dios a recibir el premio de su heroísmo.

El criterio de los Padres del yermo al tener por raro, al principio, el género de penitencia de Simeón estilita fué compartido también en aquel tiempo por otros y después a través de la Historia, respecto a los rigores de los anacoretas en general.

No queremos vindicarlos a todos.

Habría casos, sin duda, en que se mezclaba la vanidad, el deseo de llamar la atención, de distinguirse, pero ciertamente no somos nosotros los llamados a enjuiciarlos, mosotros, digo, cuyo sublime ideal, es quizás, una vida confortable y regalona.

¡Aun en sus desviaciones fueron heroicos aquellos hombres!

Especialmente respecto de San Simeón hemos de acordarnos de que ha sido reconocido por la Iglesia como Santo.

Teodoreto de Ciro dice en su Historia Religiosa: «Estoy seguro de que el estilita no escogió tal género de vida sin la orden de Dios; por eso exhorto a los cristianos a que refrenen y cohiban su lengua» (c. 26).

Del desierto de *Calcis*, en la misma Siria, nos habla también San Jerónimo, que hizo en él algo así como su noviciado anacorético, y cuya terrible vida nos describe él mismo con colores espantables: «Pálido por los ayunos, llorando todo el día, golpeándome el pecho con una piedra, ennegrecida la piel cual la de un etíope» (Ep. XXII).

De allí era también *Abraham Kidunaja*, de gran fama de santidad y cuya muerte y entierro conmovió los lugares vecinos.

En *Persia* se distinguió *San Afrates*, primer abad del Monasterio de Martien, al este de Mosul y más adelante, en la costa de Edesa, *Julidán Sabbas*, de quien se dijo que no tenía más que huesos bajo su piel...

En *Mesopotamia*, *Acnés* y el Patriarca *Nersés*, en *Armenia*.

San Hilarión

Y llegamos a una de las cumbres más inaccesibles del Monaquismo, aunque todos, como hemos visto, parecen serlo.

Al comenzar a escribir la vida de este varón extraordinario, nos dice, no sin énfasis, San Jerónimo... «Alejandro Magno el macedonio... al llegar al sepulcro de Aquiles dijo: Dichoso tú ¡oh joven! que tuviste a un pregonero digno de tus hazañas: Se refería a Homero. A mí me ha tocado trazar las hazañas y la vida de un tan gran hombre que el mismo Homero o envidiara la materia o sucumbiera en la empresa.»

Sigamos los rasgos más característicos de su vida según el referido biógrafo contemporáneo suyo.

Fué originario de Tabata, ciudad distante unos diez kilómetros de Gaza en Palestina.

Enviado por sus padres, que eran paganos, a estudiar a Alejandría, no tardó en dar muestras inequívocas de su talento y gran carácter.

Se convirtió en esta ciudad al Cristianismo y la vida cambió desde entonces para él de significado y de rumbo. Ya no ejercieron en su ánimo el más mínimo atractivo, ni los delirios del Circo, ni los sangrientos juegos gladiatorios, ni las lascivias del teatro. Sólo le atraían los actos de piedad y las reuniones cristianas.

En una de éstas llegó a sus oídos la fama de San Antonio. Su vida y penitencias le entusiasmaron tanto que quiso hacerle una visita y lo realizó, en efecto. Marchó a través de los desier-

tos en su busca y estuvo en su compañía unos meses observando su vida y aprendiendo de él las virtudes y santidad monacales.

Regresó después a su tierra llevando consigo algunos monjes, con los cuales se proponía implantar en ella la vida de perfección. Sus padres habían muerto ya y quedando él libre en el mundo, puso en práctica el consejo evangélico. Repartió sus bienes entre sus hermanos y los pobres, sin reservarse nada para sí y se internó en el desierto.

Un manto de piel de cabra que le regalara San Antonio al despedirse y un sayo de aldeano cubrían el delicado enjuto cuerpo del joven.

Fijó su morada en una vasta y espantosa soledad entre el mar y las marismas y allí vivió años y años.

También como a Antonio le asaltaba Satanás con las fuertes tentaciones, especialmente carnales; pero ¡increíble tesón y energía la de su carácter! A sus instigaciones respondía él con decisión tremenda: «Yo haré, decía, dirigiéndose a su cuerpo, yo haré ¡oh asnillo!, que no recalcitres. No te alimentaré con cebada sino con paja; te agotaré de hambre y de sed; te cargaré pesada carga y te llevaré por hielos y calores para que pienses más en el alimento que en la lascivia.»

De esta manera llegó a ser un verdadero pasmo de penitencia.

Desde los 21 años hasta los 27 no comió más que unos pocos higos secos cada tres o cuatro días. De los 27 a los 30 se sustentó solamente con raíces y hierbas silvestres. De los 31 a los 35, de seis onzas de pan de cebada con unas verduras cocidas sin aceite.

No es extraño que comenzara a perder la vista y que su cuerpo se contrajera, según su biógrafo, como una manzana arrugada y descolorida. Para evitar el completo aniquilamiento, añadió a las verduras un poco de aceite, y así permaneció hasta los 63 años.

A los 64 se sintió tan desfallecido que creyó próxima su muerte, pero el férreo asceta, lejos de aflojar en sus fervores, los redobló más bien como si entonces comenzara el servicio de Dios. Le impusieron, no obstante, la comida sus discípulos: una especie de sémola sin gusto ninguno, hecha de harina y de aceite que apenas llegaba a las seis onzas.

Ni en las mayores festividades ni en lo más fuerte de su enfermedad quebrantó el ayuno...

Y a todo esto oraba continuamente, regía a miles de monjes y aun trabajaba con sus manos. A imitación de los monjes de Egipto, se ocupaba también en tejer cestos y espuertas.

Afirma San Jerónimo que Hilarión levantó en Palestina monasterios numerosos. Estos eran, al modo de San Antonio, colo-

nias de monjes que vivían independientes entre sí y cada uno en su propia choza, pero con la diferencia de que las cabañas de Palesina estaban más unidas y dentro de una cerca común que las protegía a todas. Recibieron un nombre especial, y se llamaron Lauras.

Había colonias de ermitas a todo lo largo de la costa de los Filisteos y el número total de sus discípulos ascendía a seis o siete mil.

Huye de la gloria vana

La fama de las austeridades del gran anacoreta, corrió muy pronto, como era natural, por todos los contornos.

Algunos le presentaron enfermos y los curó, lo que fué un nuevo incentivo a las visitas.

Estas aumentaron increíblemente.

Ya no eran los enfermos; el pueblo en masa deseaba ver al hombre de Dios y recibir su bendición, y con el pueblo, letrados, sacerdotes y obispos, magistrados y grandes del mundo.

Era una ininterrumpida romería.

Hilarión era el único que no se avenía a tales demostraciones. Lloraba todos los días con amargura y decía desconsolado: «¡Ay de mí, que he vuelto de nuevo al mundo! Ya he recibido mi recompensa en la tierra».

Al fin tomó una decisión terminante.

Aunque sus hermanos le vigilaban constantemente porque se recelaban su intención, determinó abandonar aquel lugar y marcharse a donde no pudiera nadie conocerle.

Se hizo traer secretamente un jumentillo porque estaba tan extenuado de sus ayunos que apenas podía andar, e intentó la fuga.

Pero, fué en vano.

Palestina entera se puso en movimiento al saber la noticia y de todas partes corrieron a detenerle...

Lo consiguieron unos días, mas la decisión era irrevocable.

Para obligar al pueblo y a sus hermanos a que les dejases marchar acudió a un procedimiento extraño entonces aunque muy en boga en nuestros tiempos: a la huelga del hambre. Efectivamente, resolvió no comer ni beber nada hasta que dejaran de impedirle.

Siete días estuvo sin tomar nada de alimento, hasta que, al fin, temiendo por su vida, desistieron de detenerle.

Una multitud innumerable le siguió hasta Gaza. Allí se despidió y tomando como compañeros a cuarenta monjes, hizo su

viaje o peregrinación, a lo que era su tierra prometida, Egipto, el palenque y glorioso escenario de su padre San Antonio.

Visitó a los monjes de Tebaida, pero, sobre todo, los lugares santificados por el mencionado Patriarca.

Llegó a ellos en el aniversario de su muerte y pasó toda la noche en oración...

Era la montaña y la choza misma que se hiciera Antonio: allí se veían las palmeras y el arroyuelo y el estanque. «Ved, le decían los monjes del lugar: aquí cantaba y oraba; allí trabajaba; allá reposaba cuando se sentía cansado... Estas viñas fueron plantadas por su mano... esta la azada de que se sirvió tantos años» (San Jerónimo).

La muerte

¡Cosa insospechada!

A pesar de tanta penitencia y de salud tan precaria llegó el gran asceta hasta los ochenta años.

Al fin sintió que se le acercaba la muerte y se preparó para ella.

Ante todo hizo testamento.

A Hesiquio, uno de sus más observantes discípulos, le hizo heredero de cuanto tenía en este mundo: un evangelio, una túnica de saco, la cogulla y un pobre manto.

Estaba rodeado de sus hermanos.

El cuerpo yacía en el suelo ya casi yerto y frío, pero aún hablaba y tenía abiertos los ojos: y ¡caso emocionante! El mismo animaba a su alma a salir del cuerpo...

«Sal», le decía: ¿Qué temes? ¿Por qué dudas? Ya hace cerca de setenta años que sirves a Dios y aún temes la muerte?

Estas fueron sus últimas palabras con las que exhaló su espíritu y fué a unirse con los Padres.

V

EL MONACATO DE ORIENTE (IV)

La evolución del Monacato. — San Pacomio; su conversión y primeros años. — A los pies de Palestón. — El primer Cenobio. — La Regla. — Su muerte.

El Monacato de oriente no se presentó, como era natural, desde el principio, cual obra perfecta e intangible. Por el contrario, fué modificándose en el curso del tiempo, según las circunstancias lo exigían, y a medida que la experiencia, gran maestra de la vida, iba dando a conocer las deficiencias del método.

Comenzó, como ya vimos, por solitarios en Egipto, especialmente en la Tebaida, sin trabazón alguna entre sí, sin trato de unos con otros. San Jerónimo llama, en este sentido, a San Pablo, primer ermitaño, autor e iniciador de la vida monástica.

Pocos años después, por obra de otro varón insigne, San Antonio, tomó la vida solitaria una nueva modalidad inestimable. Aunque seguía aún la separación e independencia mutua entre los monjes, apareció ya un lazo que los unía: un Padre Espiritual común, a quien todos acudían en demanda de dirección y de consejo. Aun las mismas distancias materiales se acortaban agrupando sus chozas junto a la suya. Era el primer germe de Comunidad que brotaba y que pronto habría de perfeccionarse más.

San Hilarión acercó más las moradas de los suyos recogiéndolas todas, en sus *lauras*, dentro de un circuito amurallado.

Finalmente se llegó al verdadero monasterio o Cenobio, a la vida común bajo una misma regla y disciplina.

Esta nueva modalidad trascendental fué la aportada por San Pacomio y perfeccionada después por San Basilio.

San Pacomio

He aquí cómo nos cuenta él mismo, de una manera pintoresca, las notas más salientes de sus primeros accidentados años:

«Nací, dice, en Esneh, junto al Nilo y crecí oyendo las invocaciones de mis padres gentiles, a los falsos dioses y asistiendo a las oblaciones idolátricas: un secreto instinto me decía, sin embargo interiormente, que todo aquello era vanidad.

Un día me llevaron a un templo en que se ofrecía un sacrificio ritual en honor de los que habitan bajo las aguas, pero cuando me vieron, los demonios que hablaban por boca del ídolo tutelar, huyeron amedrentados. El celebrante, irritado por mi presencia ordenó que me arrojaran del sacro recinto. Mis padres entristecidos y llorosos, vieron un mal augurio en este suceso y se esforzaban en hacerme comprender los misterios del buey Serapis y de Isis, cabeza de becerra.

A los veinte años me alistaron para servir como remero en las galeras del Imperio. Entonces salí por primera vez de mi tierra y visité, en compañía de otros mozos de mi edad, los puertos del oriente.

Ibamos todos de mala gana por lo que no dimos buena cuenta de nosotros. Resultado de todo fué encerrarnos en una prisión.

Ello fué un gran beneficio para mí, pues me dió ocasión de conocer a los cristianos. Unos buenos hombres nos visitaban caritativamente y nos traían de comer.

Esta bondad conmovió mi alma y lleno de curiosidad pregunté qué Dios era el que ponía aquellos sentimientos en sus fieles. Entonces fué cuando oí pronunciar por primera vez, el nombre de Jesús.

Me sentí alborozado como si me dijeran una palabra que esperara con anhelo.

Poco después, hallándome en la galera remando por el Emperador, mis compañeros de servidumbre, se rebelaron contra los oficiales que los maltrataban y al llegar a un puerto de la Cirenaica, abandonaron los remos llevándose atados a los jefes.

Yo que había prometido a mi nuevo Dios no hacer nunca mal a mis semejantes, permanecí solo en la nave y quiso la suerte, que un viento ligero me condujera hasta Egipto. Dejé la galera en el puerto de Abjendrá y me encaminé a mi país natal resuelto a dedicarme de un modo absoluto al servicio de Jesús. Un sacerdote cristiano me inició en los misterios; me

bautizó y me enseñó a vivir evangélicamente. Despues repartí mis bienes entre los pobres, comencé a vivir muy pobemente y me puse a servir a los enfermos hasta que, cierta noche, una voz que salía de entre las zarzas del Camino, me dijo: "Pacomio: busca en el desierto a un santo hombre cuya vida es agradable delante del Señor".

A los pies de Palemón

Este era el santo hombre de referencia.

Al día siguiente ya llamaba tímidamente el joven candidato a la puerta de la choza del solitario, pero las primeras palabras de éste fueron para él una repulsa.

«No es pequeña cosa hacerse monje», le dijo, condensando en una expresiva frase, el heroísmo del monacato.

«Tú no puedes, en modo alguno, ser monje aquí. Mi regla es demasiado severa para un principiante. No como más que pan y sal y esto un día sí y otro no, más alguna legumbre durante el invierno... Empleo la mitad de la noche en cantar salmos, y no son pocas las que no pruebo el sueño».

«Espero en nuestro Señor, contestó humilde, pero decidido Pacomio, que ayudado de vuestras oraciones, permaneceré hasta la muerte». Y en efecto, se quedó con Palemón sin arredrarse por nada.

El yunque se había hecho para el acero.

Oraba incesantemente, trabajaba y leía las Sagradas Escrituras en aquella imperturbable soledad...

Los primeros meses fueron arduos. Su débil y enfermizo cuerpo no podía soportar el ayuno riguroso; experimentaba en carne propia que no era, en realidad «pequeña cosa hacerse monje», pero su gran carácter se impuso:

«Lo que hace este anciano, se decía, ¿no he de poder hacerlo yo que me hallo en plena juventud?»; y siguió adelante incombustible.

A las dificultades de la durísima penitencia añadíase el combate aterrador con el demonio.

Algo parecido al caso ya citado del primer Abad del yermo.

El mal espíritu le asediaba incesantemente para hacerle desmayar en el camino comenzado, o llenarle de orgullo y hacerle caer en pecados vergonzosos; pero el indomable antiguo remero, supo vencer todas las tormentas y sacó además, como San Antonio, la estrategia espiritual tan necesaria para el porvenir que le deparaba la Providencia.

El primer Cenobio

Seis años tan sólo llevaba Pacomio en el desierto y ya había alcanzado más fama que su maestro Palemón.

Este murió poco después y entonces nuestro héroe, seguido de unos cuantos, salió de entre las montañas y desierto de su noviciado y se trasladó al norte de Tebas, a un valle que llevaba el nombre de Tabenna, al norte de Tebas y cerca de Denderá.

Era sin duda la inspiración de Dios la que le llevaba a aquel sitio.

Apenas llegado a él oyó Pacomio una voz interior que le dijo claramente: «Detente aquí y construye un monasterio, porque muchos otros, deseosos de abrazar la vida monástica vendrán en seguimiento tuyo.»

El anuncio produjo un cambio radical en la mente y actividad de Pacomio. De seguir su propio impulso hubiera seguido la vida de soledad que llevaba con el viejo Palemón sin realizar mudanza alguna. Las innovaciones venideras que le hicieron fundador del Cenobio las llevó a cabo por inspiración de Dios, no por propia elección y voluntad.

Pronto quedó construida la nueva morada para sí y para sus compañeros. Era la primera Comunidad Monacal propiamente dicha y el primer Monasterio que se levantaba en el Cristianismo.

El hecho parece que no tiene importancia en su sencillez, pero puede figurar entre los más trascendentales de la Historia, ya que la vida monacal y religiosa ocupa en la espiritualidad cristiana un lugar preeminente, pues de los claustros salieron las más poderosas corrientes que fertilizaron y hermosearon la Iglesia.

Es deber del cristiano y del historiador inclinarse respetuoso ante él y agradecerlo a la Providencia.

Pronto comenzaron las adhesiones que aumentaban cada día.

La primera morada construida por Pacomio fué agrandándose incesantemente a medida que crecía el número de los discípulos. Cuando éstos llegaron al centenar, edificó una Iglesia en el mismo Monasterio. Poco después fué necesario construir otro Cenobio, luego otros: algunos años más tarde, ya eran nueve. El fundador se trasladó entonces al de Pebú, sitio céntrico para todos y éste quedó convertido en Casa madre de la nueva orden religiosa, la primera que se fundaba en la Iglesia.

Los Cenobios pacomianos formaban como una pequeña ciudad rodeada de muros. Nada tenían que ver ya con las chozas más o menos unidas de hasta entonces, ni con los Lauras de San Hilarión. Dentro había pabellones o cuerpos de edificios aparte, capaces para una cuarentena de monjes agrupados generalmente por el género de trabajo que ejercían. Incluso había calles y departamentos o barrios.

El trabajo era una de las cosas más recomendadas y de él vivían. Se dedicaban al laboreo de la tierra, pero, sobre todo, a hacer con juncos del Nilo espuestas y esteras que luego vendían. El precio se depositaba en común para el sustento de todos.

Comían en un mismo refectorio en comunidad y tenían repartidas las horas del día cuidadosamente entre el rezo y las labores.

Vivían todos, además, bajo un régimen de obediencia a Pacomio y a los jefes por él puestos. A su vez los Monasterios permanecían ligados entre sí en íntima confederación que presidía un Abad General o Archimandrita.

Refiere el biógrafo de Pacomio que un día se le presentó su hermana y le manifestó su deseo de abrazar la vida perfecta. Pocomio la dijo: «Piénsalo bien y si Dios te llama, mis hermanos te levantarán cerca de la aldea una celda y una capilla.»

Muy pronto fué todo un monasterio el que hubo de construirse, porque muchas mujeres se alistaban bajo la dirección de la hermana.

Este fué el origen de los Cenobios de monjas en oriente. También ellas vivían bajo la obediencia de una superiora o abadesa y practicaban en su medida la vida de los monjes. Llevaban un velo y una especie de mitra dorada en la cabeza.

El número, tanto de religiosos como de religiosas, era extraordinario. Ya en vida del fundador cobijaba el Cenobio de Tabenna 3.000 monjes, número que aumentó después hasta los siete mil. Todo el Instituto contaba a fines del siglo IV y en el V unos 50.000 hombres y otras tantas mujeres.

La Regla

Cierto día, leemos en el capítulo 21 de la Vida, estando Pacomio en oración le apareció un ángel y le dijo: Es la voluntad de Dios que, sirviéndole con mente pura, reúnas multitud de monjes y los enseñes a todos y establezcas conforme a la regla que te ha sido mostrada.

Concede a todos y a cada uno que puedan comer y beber conforme lo necesiten y, según la comida, oblígalo a trabajar.

No les prohibas comer honestamente ni tampoco ayunar a los que lo quieran.

A los más fuertes y que comen, imponles mayor trabajo; menor a los enfermos y que se abstienen.

Harás diversas celdas y los distribuirás de tres en tres en cada una.

La comida se ha de preparar y tomar en un lugar, el mismo para todos.

Vistan por la noche túnicas de lino: lleven a la cintura un cíngulo y cúbranse con una capa blanca de piel de cabra, sin la cual no podrán comer ni dormir.

Cuando se acerquen, sin embargo, a la comunión de los sacramentos, deben quitarse el ceñidor y la piel de cabra y usarán solamente de la cogulla...

Las oraciones durante la mañana serán doce, otras doce por la tarde, y doce en la noche...

Como Pacomio dijera que le parecían pocas, respondió el ángel: He puesto esas tan sólo, las que pueden tener sin gran trabajo aun los enfermos. Por lo demás, los que son perfectos no necesitan de esta regla, pues dentro de sus celdas no cesan de orar apacentándose en la divina contemplación.»

Termina *Paladio* la vida monacal pacomiana resumiéndola:

Se permitía a cada uno vivir según las exigencias de su salud. Las tareas estaban proporcionadas a las fuerzas. El alimento se tomaba en un local único... Se cantaba un salmo antes, y se comía en silencio con la capucha puesta. Cada uno había de aprender de coro el N. T. y ser capaz de recitar el salterio sin ayuda del libro. Al que se presentaba con deseos de ser monje se le imponía un noviciado de tres años; durante este tiempo aplicábase especialmente a trabajos corporales; terminados los tres años de prueba era admitido al coro. Llevaban todos encima de una túnica de lino sin mangas, ajustada con un cinturón, un manto de piel de cabra y una cogulla al modo de capilla. Dormían sentados, algo inclinados hacia atrás y con algún abrigo echado sobre el cuerpo.

La muerte

Fué en realidad digna de un Patriarca. De ella habla *La Vida* en el capítulo 53.

«Después de la fiesta del nacimiento del Señor, cuando ya había enviado por delante a muchos hermanos, cayó enfermo...

Y aunque aparecía extremadamente extenuado y débil, con todo mostraba un rostro alegre y radiante, manifestando con ello su piedad y sincerísima conciencia. Dos días antes de su muerte, convocando a todos los Hermanos les dijo: "Yo, carísimos, empiezo seguro el camino de los Padres, pues veo que Dios me llama. Acordaos de mis palabras, y vigilando en vuestras oraciones, sed sobrios en las obras. No os juntéis con... los enemigos de los preceptos de Dios: juntaos, más bien, con los que le temen y os pueden aprovechar con su vida santa y dar a vuestras almas espirituales consuelos.

"Yo me derramo como libación a Dios, pues se acerca el tiempo de mi partida" (Tim. II, IV).

Elegid de entre vosotros aquí en mi presencia a quien, después de Dios, presida a todos y lleve el cuidado de vuestras almas; yo pienso, según mi poco discernimiento, que Petronio es apto para este cargo, pero a vosotros pertenece la elección.

Recibieron todos, como hijos obedientes también en esto el consejo del Padre, pues era Petronio fuerte en la fe, humilde en la conversación y porte y de entendimiento prudentísimo, de santas costumbres y perfecto en discreción.

Por él dirigió Pacomio a Dios una plegaria.

Después, abroquelándose con el signo de Cristo, en frase de *La Vita*, y mirando con rostro alegre al ángel de luz al que se había dirigido, entregó a Dios su santa alma, el día décimo-cuarto del mes de pachú, según los egipcios y que es, según los romanos, el séptimo de los idus de mayo.

VI

EL MONACATO DE ORIENTE (V)

San Basilio. — Primeros estudios y crisis que le lleva a Dios. — Su monasterio junto al Isis. — La nueva regla monástica. — Obispo de Cesarea.

Llegamos a la última reforma y la más perfecta del monacato de Oriente.

San Pacomio había creado el Cenobio y con él la verdadera vida religiosa.

Parecía haberse llegado ya a la cumbre, pero aún cabían retoques y reformas en la gran obra, que debían hacerla más provechosa aún y de más altos alcances.

Ello entraba en la providencia de Dios que vela por la vida de la Iglesia y especialmente por la porción más escogida en ella, la que tiende a la perfección evangélica.

El hombre elegido para realizarla fué el gran Doctor y Obispo San Basilio, llamado el grande por su gran personalidad y méritos excepcionales.

Nos resta decir algo de él y de su obra.

Primeros estudios y crisis religiosa

Nació el gran reformador en Cesarea de Capadocia, en la primera mitad del siglo IV, en el seno de una familia noble y muy numerosa y más que todo, cristiana.

Tuvo diez hermanos, de los cuales tres fueron Obispos y una hermana que se consagró a Dios, llamada Macrina.

A pesar de tan religiosos antecedentes había ido Basilio difiriendo su bautismo año tras año y no lo recibió hasta poco antes de retirarse al desierto.

Llevado por sus ansias de saber marchó a Atenas para en-

tregarse de lleno al estudio de la Filosofía y de la elocuencia.

Tuvo por compañero a San Gregorio Nacianceno y trabó amistad con un hombre que había de ser más tarde fatal para la Iglesia, Juliano el Apóstata.

Volvió a su patria cuando ya contaba 25 años, embebido y deslumbrado por los problemas y afanes del saber helénico y dispuesto a crearse un nombre y porvenir en las letras, pero disipado en su espíritu y sin entusiasmos religiosos.

Dios quería, sin embargo, valerse de él para una gran empresa de su gloria en la que nunca pensara el joven; la empresa de reformador del Monacato.

Empezó, ante todo, por prepararle para el nuevo destino convirtiéndolo en cierto modo y ganándole para sí. Para ello se sirvió de su hermana. Esta santa joven vivía en su propia casa una vida ejemplarísima y penitente, apartada del mundo por completo, como virgen consagrada a Dios, entregada a las buenas obras.

Los ejemplos de sus virtudes fueron para el soñador Basilio un evangelio viviente que le hizo salir, como él mismo nos dice, de un profundo sueño y reconocer la vanidad de la humana sabiduría.

Era la fuerte crisis de espíritu con que Dios le llamaba a Sí.

Recibió el bautismo y se resolvió viajar para conocer mejor el destino a que Dios le llamaba.

Ya no le atraían los centros del saber humano, ni Atenas, ni Roma, ni Alejandría...

Había oído hablar con entusiasmo del mundo espiritual y evangélico de los monjes y quiso verlo por sí mismo.

Durante dos años viajó por el Oriente, parándose detenidamente en los desiertos monacales: estuvo en Egipto, en Mesopotamia, en Siria y, por último, en Palestina, en donde además veneró los lugares sagrados en que se desenvolvió la vida del Salvador.

Fruto de sus viajes fué la vocación decidida de dedicarse a Dios con toda el alma, apartándose definitivamente del mundo.

Él mismo escogió el sitio de su retiro: Un hermoso y risueño valle en la provincia del Ponto, junto al río Isis: allá se encaminó saliendo de su casa y de su patria, para vacar a Dios. No iba solo, sin embargo; con él marcharon también otros ascetas, entre los que se encontraban su hermano Gregorio de Nisa y su amigo también Gregorio, de Nacianzo.

Con ellos empezó a vivir en comunidad caritativa, entregado a Dios, a la penitencia y a los goces del espíritu.

Cuando más tarde, en medio del ajetreo y de las persecu-

ciones de que fué objeto siendo Obispo, se acordaba de estos años, los llamaba con nostalgia, los más dichosos de su vida.

Pronto se vió la ejemplar trifada del Isis acrecentada y convertida en floreciente familia religiosa. Nuevos ascetas acudieron, deseosos de compartir sus ejercicios. Ya no fué suficiente un solo monasterio y fueron erigidos otros varios.

La vida en todos era la propia del Cenobio: Alabar a Dios, rezar, hacer penitencia, trabajar...; pero se notaba en ellos algo nuevo y desconocido hasta entonces en los desiertos de penitentes.

Es que Basilio, quien ya desde el principio había sido reconocido como fundador y Padre de todos, había observado con grande perspicacia y talento en sus viajes por los Cenobios existentes en Egipto, Palestina y demás países orientales, lo bueno y lo malo, los aciertos y equivocaciones que como en toda obra humana, podía haber en ellos, y quitando sabiamente lo defectuoso había implantado lo mejor.

Con ello, sin pretenderlo él, pero muy preparado por la Providencia, se había constituido en reformador del Cenobio y creador de la última y más perfecta forma del monacato de oriente.

La nueva Regla monástica

La regla de San Basilio se basa esencialmente en la obediencia y en la vida común.

La obediencia debe ser absoluta.

La comunidad es un cuerpo cuya cabeza es el Superior y los súbditos los miembros. Aquel es el regulador y moderador de todas las actividades y aun iniciativas del monje, sin que a éste le sea posible desviarse en las austeridades y penitencias. La obediencia viene a ser de este modo, no precisamente la única virtud del cenobita, pero sí la primordial, la que garantiza las otras.

El religioso debe renunciar totalmente a su propia voluntad y ejecutar con toda exacción y puntualmente toda orden de arriba que no esté en abierta y manifiesta pugna con la divina.

La vida común debe ser también omnímoda. Todos habían de vivir bajo un mismo techo; comer, orar y trabajar juntos. A todos se trataba por igual, lo mismo a los súbditos que a los superiores, sin excepciones y privilegios, si no era a los enfermos con los que se debía tener cuidados especiales.

El trato, austero, pero sin horrores, humano y viable en todo y para todos. Ni comodidades muelles que enerven el espíritu ni ayunos y vigilias tantas que hagan inasequible la vida de perfección.

Una tercera nota debe también subrayarse: la distinta apreciación del valor y alcance de las penitencias. En la espiritualidad basiliana se da más importancia a la oración y al trabajo que a los ayunos y austeridades.

La oración se hacía seis veces durante el día y a media noche, en que debían reunirse también los hermanos para cantar y alabar a Dios en común.

El trabajo era apreciadísimo y revestía dos formas: la manual, en la agricultura, arquitectura, carpintería y otras artes mecánicas, y la espiritual, consistente en la meditación y estudio de la Biblia y en la copia de códices y manuscritos antiguos. El emolumento del trabajo era íntegro para el Monasterio, y en modo alguno de libre disposición del individuo, defendiendo así la pobreza, consejo evangélico tan principal y fuerte muro de la vida religiosa.

En resumen:

Como habrá visto el lector, en el Cenobio creado por San Basilio, afloran todos los elementos esenciales y característicos que practican cuantos siguen el estado de perfección en las órdenes y congregaciones religiosas aun modernas: Vida común, como de verdadera espiritual familia, apartamiento del mundo y consagración a Dios, tendencia decidida a la perfección con la fiel observancia de los consejos evangélicos, la pobreza, la castidad y la obediencia.

De hecho el régimen basiliano se impuso pronto en el oriente y perdura todavía en los monasterios greco-eslavos. En el Occidente fué el precursor de San Benito.

Obispo de Cesarea

De lo restante de la vida de San Basilio bástenos algunas breves indicaciones.

Muy a pesar suyo se vió obligado a salir de su retiro del Isis para entrar en el ajetreo y solicitudes pastorales del gobierno de la Iglesia. Fué consagrado Obispo de Cesarea y no hay que decir que puso al servicio del nuevo cargo todo el valer y virtudes que le adornaban.

Dos notas le distinguieron especialmente: la energía con

que resistió a los herejes y el amor y defensa de los pobres contra los ricos.

Índice de esto último fué su predicación y el Hospital que levantó para el socorro de los necesitados. En él no se desdenaba el celoso Pastor de cuidar y servir personalmente a los enfermos.

En un año de hambre que afligió a Cesarea se le vió asimismo repartiendo el alimento a los pobres que llenaban la plaza pública.

Contra los ricos que se dejaban cegar por la ambición tuvo palabras elocuentes y tremendas. No iba contra los particulares, sino contra el vicio. «¡Oh tú!, dijo un día en un sermón, ¡oh tú a quien arrastra la avaricia! ¿No te sientes ladron? Lo que sólo a título de administración recibiste de Dios, lo haces propiedad tuya. No lo olvides; el pan que tú no comes pertenece al que tiene hambre; el vestido que tú no usas pertenece al que va desnudo; el calzado que no empleas es propiedad del descalzo; el dinero que tú malgastas es oro del indigente; eres un ladrón de todos aquellos a quienes podrías ayudar.»

No menos energía desplegó en combatir a los herejes. Despues de San Atanasio, fué el más acerbo debelador del Arrianismo y por su causa hizo rostro hasta al Emperador Valente.

Un día le amenazó éste por medio de un delegado suyo con la confiscación de sus bienes, el destierro y aun la muerte. Basilio no se intimidó por nada. «¿La confiscación?, le dijo. Puedes ponerla en práctica inmediatamente, si es que te interesan unas pocas ropas usadas y algunos libros que constituyen todas mis riquezas... ¿El destierro? ¿Cómo podrá arredrarme? El cristiano se considera peregrino en todas partes y sabe que toda la tierra es de Dios... ¿Los tormentos? Pasarán antes de ensañarse con mi cuerpo, según lo débil que está, y la muerte no hará otra cosa que apresurar mi marcha hacia Dios por quien suspiro.»

El delegado exclamó estupefacto ante estas palabras: «Nadie hasta ahora me ha hablado así». «Será, continuó el Santo, porque nunca te has encontrado con un Obispo.»

VII

JUICIO SOBRE EL MONACATO DE ORIENTE

Es conforme al evangelio y muestra la vitalidad y santidad del Cristianismo. — Ejemplo sublime contra la molicie y ambición del mundo. — Impresión en los contemporáneos. — Conclusión.

¿Qué juicio debe formarse del monacato de Oriente?

No han faltado quienes hayan querido denigrar su memoria culpándole de extravagante, de inhumano y aun atentatorio contra la naturaleza; de verdadera locura.

Otro es muy distinto, sin embargo, el criterio imparcial, inteligente y comprensivo de los hechos.

Resumamos en tres afirmaciones su apología:

El Monacato es perfectamente evangélico; la demostración más patente de la santidad y vitalidad del Cristianismo y un gran ejemplo para el mundo.

Es, ante todo, *evangélico*.

Podemos extender el calificativo no sólo al de oriente, sino al de occidente y en general, a la vida religiosa.

¿Será necesario probarlo?

El llamamiento a la perfección, al renunciamiento de la propia libertad y de cuanto se posee por el amor de Dios y la virtud, lo hizo el mismo Cristo al joven del evangelio, como ya vimos, y por medio de él, a todos los que desean servirle y participar plenamente de su espíritu. «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo y ven y sígueme.»

La penitencia y apartamiento del mundo y del trato de los hombres para darse del todo a Dios y al espíritu, lo vemos preconizado, asimismo, en la Escritura. Recuérdense los ejemplos de Moisés en la soledad del Sinaí, de Elías en el Carmelo, de Juan Bautista y del mismo Jesucristo en el desierto.

¿Quién osará reprenderlo?

Del santo Precursor sabemos que ayunaba rígidamente, que no comía otra cosa que langostas y miel silvestre: que hacía rostro a las inclemencias del tiempo y del lugar, vestido de una túnica de piel de camello.

A pesar de tales austeridades, y aun en parte por ellas, dijo de él el Salvador que «entre los nacidos de mujer no se había levantado otro como Juan Bautista».

Del mismo Jesucristo leemos en el evangelio que se retiró al desierto y que ayunó en él cuarenta días y cuarenta noches.

Ni fueron tan inhumanos como se dice los rigores y la penitencia del desierto. A pesar de sus ayunos e increíbles vigilias, es notable la longevidad que alcanzaron muchos de los anacoretas. San Pablo vivió 105 años; San Antonio cerca de 100, San Hilarión, con ser de naturaleza débil y enfermiza y el más extremoso en sus ayunos, pasó de los 80, y San Pacomio frisó con los 90...

Según esta estadística, podríamos más bien decir que eran más humanos y aun higiénicos los rigores de los santos del yermo que la vida confortante y sibarítica del mundo. ¿Cuántos en éste llegaban entonces a esa edad? Más hombres llevó a la sepultura la crápula que la penitencia, más los banquetes opíparos y saraos que los ayunos.

No deja de ser escándalo farisaico, lamentarse airadamente y salir por los fueros de la naturaleza tan a ultranza, condenando los rigores monacales, cuando ninguna lanza rompen por tanta salud y cuerpo estragado por las demasías y los vicios...

Veneren más bien y ruboríicense ante hombres tan heroicos y superiores que tuvieron la suficiente fuerza de espíritu para dominarse a sí mismos, sobreponiéndose valientes a instintos y apetitos avasalladores que degradan a gran parte de la humanidad y la arrastran a mil abusos y demasías indignas.

Santidad y vitalidad del Cristianismo

De Jesucristo es la sentencia de que «por sus frutos se conoce el árbol». «No puede un árbol malo dar buenos frutos ni uno bueno darlos malos.»

Magnífica regla que aplica el Salvador a los hombres y que es extensiva también a las sociedades y de un modo particular a las religiones.

Religión que produce, como el Cristianismo, frutos ubérrimos de perfección, de virtudes tan heroicas y sobrehumanas como las que hemos observado, no puede ser mala; ha de estar asentada sobre la verdad; viene de Dios y es de Dios.

En capítulos anteriores vimos, con pasmo, el amor de Dios hasta el grado supremo a que puede subir una pura criatura: dar su vida por él. Miles y miles de mártires confesaron a Cristo denodadamente ante el tirano y puestos en la alternativa de apostatar o ser descuartizados por garras de animales salvajes, o reducidos a cenizas en las llamas de una hoguera, no dudaron un instante en el sacrificio...

Añadamos esta otra página no menos sublime de su historia.

Centenares de miles de hombres y de mujeres, inflamados en su espíritu, renunciaron por amor de Dios todos los bienes y goces de la tierra y se retiraron al desierto y pasaron en él años y años hasta la muerte, llevando una vida más angélica que humana, llena de infinitas privaciones...

Una religión que produce a un San Pablo, a un San Antonio, al gran Hilarión, a un Pacomio, podemos estar seguros de que es santa y divina.

Por sus frutos los conoceréis.

Y los frutos se suceden incesantes y en cada siglo y época.

Después del monacato de oriente, el de occidente: San Benito y su legión, a quien se debe la espiritualidad y cultura medieval... Y luego las grandes órdenes mendicantes, Santo Domingo y San Francisco y el Carmelo; San Ignacio y San José de Calasanz, las Ordenes y Congregaciones tan numerosas de la caridad y de la enseñanza.

Si por sus frutos se conoce el árbol, óptimo ha de ser el Cristianismo.

Un ejemplo para el mundo

Cierto diputado de las Cortes Constituyentes de la segunda República española, dijo un día dirigiéndose a los socialistas y comunistas que hacían alarde de impiedad y sectarismo: «Señores; debéis tener gran respeto a las creencias que profesan innumerables españoles, pues, queráislo o no, la religión es un gran bien para la patria: un freno y un estímulo» (Melquiades Alvarez).

¡Un freno y un estímulo!

Solamente podría negarlo el depravado o el inconsciente.

La religión es evidentemente un freno a la disolución, al vicio que arrastra y abate la dignidad humana... Es un estímulo, un acicate que le impele al bien y a la virtud.

«Buscad un pueblo sin religión, decía el mismo Hume, y si lo halláis, tened por cierto que no diferirá mucho de las bestias.»

He aquí el tercer capítulo de la Apología del monacato: el ejemplo dado al mundo de todos los tiempos y en especial a la sociedad de su época.

Eran aquellos, mitad del siglo IV y V de nuestra era, tiempos decisivos.

El paganismo agonizaba ya en sus postrimerías y el gran imperio romano, faltó del valor y de las virtudes de otras edades, se deshacía impotente. La voluptuosidad, la desenfrenada vida de placeres afeminaba los ánimos y pesaba en el ambiente como atmósfera nefítica.

Por otra parte, era tiempo también de numerosas conversiones al Cristianismo. Constantino acababa de dar la paz a la Iglesia y declarádola religión del Estado. Con ello la afluencia de gentiles al Evangelio se producía en masa y había gran peligro de que la corrupción del ambiente lo inficionara todo, arrastrando tras sí la misma moral y severidad cristiana.

En semejantes circunstancias nadie dejará de ver el efecto saludable y confortante de los rigores del yermo.

¡Qué ejemplo el de aquellos hombres!

En impulso incoercible hacia lo extraordinario y excelsa no ahorraban esfuerzos y sacrificios por satisfacer sus ansias de superación, de la más encumbrada santidad.

Eran auténticos héroes del Cristianismo, cuya vida rozaba ya la línea de lo sobrehumano.

Su morada era de pobreza tan extrema que no había nada en ella que recordase siquiera la comodidad de la más pobre casa.

No menos pobre era su alimentación corporal.

Unas hierbas y algo de pan con sal, unos higos o dátiles... Muchos no hacían uso del fuego y tomaban crudos los alimentos. Otros no comían más que cada dos o tres días; o una vez a la semana... No saciarse nunca, sino estar siempre con hambre y sed era su máxima, o, como ellos decían, «el verdadero ayuno consiste en tener hambre continua e incesante».

Por el estilo también era la indumentaria.

El mismo bastísimo y burdo vestido en invierno que en verano y prohibición de tener dos... Estrecha y extremada pobreza con la que tenían subyugado por completo el instinto sexual y sueño parco de unas cortas horas, generalmente sin acostarse...

¿Cómo no habían de conmover estos rigores?

Fueron como un soplo de vida, de energía vigorizante que venía del desierto. Un energético *sursum corda* que despertaba

del letargo y aun un flagelo despiadado que caía implacable sobre el vicio y la molicie y hacía levantar los espíritus a regiones más puras y serenas.

Los efectos se dejaron sentir muy pronto. No se hablaba de otra cosa entre las gentes. Antonio y sus rigores, Arsenio e Hilarión, Nitria y la Tebaida, Calcis y Siria, llenaban el ambiente.

Sabemos que en San Agustín, aún pagano, influyeron tanto estos ejemplos que ellos fueron la determinante, el impulso definitivo que le llevó a la conversión. Su célebre *surgent indocti et arripiunt regnum Dei*, «se levantan los sencillos y sin letras y arrebatan el reino de Dios», lo pronunció como un estallido de su corazón, fuertemente impresionado en la conversación sobre los mismos.

Hermosa página la que dedica a este punto.

«Empezamos a conversar, dice en el libro VIII de sus Confesiones, hablándonos (Nebricio) de Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre era tan esclarecido entre vuestros siervos, pero nosotros hasta aquella hora lo desconocíamos. Viendo él que nada sabíamos, detúvose más en la narración, dándonos a conocer a aquel varón tan insigne, y admirándose de nuestra ignorancia. Estábamos estupefactos al oír tales maravillas, perfectísimamente atestiguadas, tan recientemente obradas por Vos casi en nuestros días en la verdadera fe y en la Iglesia Católica. Todos estábamos admirados: nosotros de tan grandes sucesos; y él de que no hubieran llegado a nuestros oídos.

De aquí pasó a hablarnos de las muchedumbres que pueblan los monasterios, y del divino perfume de sus virtudes, y de la fertilidad de los desiertos del yermo; de todo lo cual nada sabíamos. Más aún: en el mismo Milán había un Monasterio, extramuros de la ciudad, poblado de buenos hermanos, bajo el gobierno de Ambrosio; y nosotros tampoco lo sabíamos.

Alargábbase en hablarnos, y le oímos atentamente en silencio. De una cosa en otra, vino a decir que en Tréveris, no sé cuándo, mientras el emperador se entretenía una tarde en los juegos circenses, salió él con otros tres compañeros a pasear por los jardines contiguos a la muralla; y allí como se iban espaciando en parejas formadas al azar, él con otro aparte por un lado, y los otros dos aparte por otro, vinieron a separarse. Los otros dos, paseando sin rumbo fijo, fueron a dar en una cabaña, donde moraban algunos siervos vuestros, pobres de espíritu, de los cuales es el reino de los cielos (Mt., 5, 3), y allí encontraron un códice en que estaba escrita la Vida de Antonio. Uno de ellos comenzó a leerla, y a admirarse y enardecerse y a pensar mientras leía en abrazar aquel género de vida, y dejada la milicia seglar, entrar a servirlos; eran ambos de los que llaman "Agentes de negocios públicos". Estando en esto, súbitamente, lleno de amor santo y virtuosa vergüenza, enojado consigo mismo, volvió los ojos a su compañero y le dijo: "Ruégote que me digas ¿a dónde ambicionamos llegar con todos estos nuestros trabajos?. ¿qué buscamos?. ¿cuál es el fin de nuestra milicia?. ¿Puede nuestra esperanza llegar a más, en palacio, que a ser amigos del emperador? Fues en esta privanza, ¿qué hay que no sea frágil y lleno de peligros? Y ¡por cuántos peligros se llega a este peligro mayor! Y esto ¿cuándo llegará? Pero amigo de Dios, si quiero, ahora mismo puedo serlo". Dijo esto, y turbado con el parte de la

nueva vida, volvió los ojos al libro; y leía, y se iba mudando interiormente en lo que Vos veáis; y su alma se iba desnudando del mundo, como luego se vió. Porque mientras leía y revolvía las olas de su corazón, dió por fin un gemido, y conoció y resolvió lo mejor; y, ya vuestro, dijo a su amigo: Yo he roto ya con toda aquella esperanza; y estoy resuelto a servir a Dios; y esto lo comienzo desde ahora y en este lugar. Tú, si no quieres imitarme, no quieras estorbarme. Respondió el otro que quería juntarse con él como compañero en tan alta milicia y en tan gran recompensa. Y ambos ya vuestros, comenzaron a edificar la torre evangélica, con las sencientes expensas de dejarlo todo y seguirlos a Vos.»

¡Preciosa y sublime institución la del Monacato!

Por eso nos asombra que haya llegado a tener detractores aun entre los mismos católicos. Se ha llegado a escribir que constituían «la antítesis del Evangelio»: mejor hubieran dicho la síntesis, la concreción, de lo más grande del Evangelio.

«Las Ordenes religiosas, dice el mismo protestante Nigg, son para la Iglesia católica la fuente de donde brotan las aguas de la salud, sin las cuales el campo de la Cristiandad quedaría agostado y reseco. Son la fragua en donde se han formado en su mayoría aquellos Santos que con la fuerza de su personalidad sostuvieron el Cristianismo y lo hicieron amable a todos...»

Por eso es natural que todos los que han querido herir de muerte al Catolicismo hayan dirigido sus ataques contra ellas como sus centros nerviosos... La Iglesia vive principalmente de la savia que brota en la penumbra de sus monasterios y conventos» (El secreto de los monjes, pág. 17).

Otro testimonio menos sospechoso aún es el de Adolfo Harnack:

«La Reforma suprimió, dice, la vida monástica y debía suprimirla para ser consecuente con sus ideas. Consideraba demasiado riguroso, austero y hasta loco, el ascetismo de unos votos perpetuos y duraderos por toda la vida. Ante Dios era igual para ella cualquier estado mundial que el estado monacal, mas sucedió entonces lo que ni previeron, ni quisieron los primeros reformadores: la desaparición del monacato que tiene profundas raíces en las enseñanzas evangélicas. Toda sociedad necesita personalidades fuertes y robustas que consagren su vida a la consecución de sus fines; así, nuestra Iglesia, la Iglesia evangélica, necesita hombres valientes y decididos que renuncien al mundo para consagrarse al servicio del prójimo, a remediar sus múltiples necesidades de todo género. Mas ello es imposible en la Iglesia Evangélica, que se ha propuesto seguir en todos los aspectos una conducta enteramente opuesta a la seguida por la Católica.

¡Cara estamos pagando la reforma! En vano se ha preten-

dido fomentar en el seno de las familias una piedad vana e indefinida, que no se acerca ni de lejos, a la piedad sólida de la vida monacal» (*Wesen des Christenthum*, 1900).

«El Protestantismo sufrió con la desaparición del monacato, continúa Nigg, una depauperación espiritual. La falta de vida monástica es un problema que la ha inquietado siempre, una herida que está sangrando a todas horas, un problema cuyo planteamiento y solución son hoy más candentes que nunca» (p. 20).

Conclusión

Resumamos y concluyamos.

El monacato y en general la vida religiosa, merece la aprobación y la estima de la Iglesia.

Es su mejor florón.

Nació del genuino espíritu del Evangelio y en sus líneas generales puede decirse que lo instituyó Jesucristo.

Demuestra asimismo la santidad y vitalidad de la Iglesia y fué altamente provechoso a la sociedad de su tiempo y a toda la posteridad por los altísimos ejemplos de austeridad y de virtud con que resplandeció estimulando a la seria moralidad y al bien.

Hubo, y no hay para qué negarlo, exageraciones y aun rarezas en ciertas penitencias espectaculares, tomadas por iniciativa propia y sin control alguno de prudente moderador, pero eso fué solo en los principios y ya se evitó en la regla propiamente cenobítica.

Se dió también falta de espíritu y de verdadera vocación en algunos tiempos e individuos. San Jerónimo se queja de monjes vagabundos y no faltaron Concilios que tomaron medidas contra ellos. Pero eso, nótese bien, eran excepciones, relajamientos particulares, decadencias a que está expuesta inevitablemente la fragilidad humana en hombres e instituciones.

La tónica general, fué por el contrario, como hemos visto, inmejorable; de santidad altísima, de austeridad y penitencia, de pureza y virtud a toda prueba.

El desierto se convirtió en morada de ángeles y escuela de sublime perfección donde brillaron las más bellas y heroicas virtudes cristianas.

Añádase a esos méritos, la aportación a la cultura con la copia de manuscritos antiguos. La obra se comenzó en los Cenobios basilianos y se agrandó y perfeccionó más tarde en San Benito para utilidad y gratitud eterna de las ciencias, de la literatura y de las artes.

Si ahora conservamos las obras de la clásica antigüedad, de Homero, de Esquilo y de Sófocles, de Platón y de Séneca y de Virgilio, a esos beneméritos monjes lo debemos.

Fueron también campeones invictos de la fe y de la ortodoxia.

De San Antonio leemos que murió anatematizando la herejía y cuando San Atanasio el grande debelador del Arrianismo en Nicea, se presentó en Egipto, y llegó a la Tebaida para visitar a aquellas comunidades de ejemplares monjes, le salió al encuentro San Pacomio con miles de los suyos, cantando himnos y salmos, inflamados todos del espíritu de la verdadera y apostólica fe.

PARTE QUINTA

EL DEPOSITO DE LA FE

I

LAS PRIMERAS HEREJIAS

Las primeras herejías. — Celo y vigilancia de la Iglesia por la pureza de la fe. — Apóstoles y Padres apostólicos. — San Ireneo y su Regla de fe.

El fundador del Cristianismo, no nos dejó nada escrito por sí mismo.

Sus divinas enseñanzas las esparció en su predicación, durante la vida pública, cuando recorría Palestina anunciando el Evangelio. Doctrina sublime, de alteza y profundidad incomparables, pero propuesta siempre tan humanada, que se hace comprensible a todos.

Siguiendo la costumbre de los orientales acudió, muchas veces, a la parábola, medio práctico y adecuado para que se grabaran fácilmente las más subidas lecciones en la mente de los creyentes a quienes se dirigía. El rico Epulón, el labrador rico, el hijo pródigo, los arrendatarios de la viña, la oveja perdida y tantas otras, han pasado a ser patrimonio de la humanidad y grabadas quedan en lo más profundo de la imaginación y corazón de los hombres.

Al subir al cielo encomendó a sus Apóstoles y discípulos la predicación de su Evangelio a todos los pueblos y naciones, judíos y gentiles. Ellos, fieles al mandato del Maestro, esparcieron por todas partes la buena nueva, lo que habían visto con sus propios ojos y oído por sí mismos de los labios del Salvador. Eran testigos veraces y oculares; su inteligencia estaba llena de las grandezas de Dios, y afirmada en la verdad.

Pero había un peligro evidente en la empresa. Dada la condición del hombre siempre novelero y de espíritu inquieto, propenso a añadir de lo suyo, a entretejer ideas o sistemas particulares, se corría el riesgo de que, al pasar las grandes verdades

evangélicas a los oídos de muchos, pudieran ser adulteradas, mal interpretadas o falseadas con mutilaciones o añadiduras de individual procedencia.

Era necesario, pues, vigilar, guardar incólume, intacto, el gran tesoro de las verdades divinas, el inapreciable depósito de la fe, y a ello se aprestaron, primero los Apóstoles y después sus inmediatos sucesores, y los de éstos en la sucesión de los siglos.

Hagamos mención de algunos de esos documentos.

Los Apóstoles

El cuidado por la pureza del Evangelio y aun la lucha contra la herejía insurgente la vemos ya en los primeros tiempos y en los mismos Apóstoles.

San Pedro insinúa en su segunda carta (III, 15) que:

«Hay en los escritos de San Pablo algunos puntos de difícil inteligencia que hombres indoctos e inconstantes pervienden no menos que las Escrituras para su propia perdición.»

Antes había dicho ya palabras más graves y fuertes:

«Verdad es que hubo también falsos profetas en el pueblo de Dios, así como vendrán entre vosotros maestros embusteros, que introducirán sectas de perdición, y renegarán del Señor que los rescató, acarreándose a sí mismos una pronta venganza. Y muchas gentes los seguirán en sus disoluciones, por cuya causa el camino de la verdad será infamado: y usando de palabras fingidas harán tráfico de vosotros por avaricia: mas el juicio que tiempo ha que les amenaza va viniendo a grandes pasos; y no está dormida la mano que debe perderlos» (II, 1-4).

De *San Juan* ya queda anotado que escribió el cuarto Evangelio y especialmente el solemne Prólogo que lo encabeza, para probar la divinidad de Jesucristo impugnada por los gnósticos.

En el Apocalipsis leemos también en la carta dirigida a la Iglesia de Efeso:

«Pero tienes esto en tu favor, que odias las obras de los nicoletas como yo también las odio.»

Se refiere a un tal Nicolás que seducía a los cristianos haciendo componendas, entre la doctrina y enseñanzas de nuestra religión con los principios corruptores de los paganos.

Y lo que pone el sello a su aversión a la herejía. Cuenta San Ireneo, haber oído referir a su gran maestro Policarpo,

siendo él aún joven, en Esmirna que «Juan, el discípulo del Señor, yendo un día en Éfeso a bañarse y viendo dentro al hereísta Cerinto, salió rápidamente del baño, aun antes de lavarse, diciendo: "Huyamos no sea que se hunda el baño, pues está dentro Cerinto el enemigo de la verdad".»

San Pablo es más fuerte e insistente todavía.

Y a los gálatas a quienes algunos judaizantes les habían alborotado con sus prédicas malsanas y turbado en su fe:

«Este precepto te recomiendo, hijo Timoteo, y es, que según las predicciones hechas antes sobre ti, así cumplas tu deber militando como buen soldado, manteniendo la fe, y la buena conciencia, la cual por haber desechado de sí algunos, vinieron a naufragar en la fe: de cuyo número son Himeneo, y Alejandro: los cuales tengo entregados a Satanás o excomulgados, para que aprendan a no decir blasfemias» (I, 18 s.).

Y a los gálatas a quienes algunos judaizantes les habían alborotado con sus prédicas malsanas y turbado en su fe.

«Me maravillo cómo así tan de ligero abandonáis al que os llamó a la gracia de Cristo, para seguir otro evangelio; mas no es que haya otro evangelio, sino que hay algunos, que os traen alborotados, y quieren trastornar el Evangelio de Cristo. Pero aun cuando nosotros mismos, o un ángel del cielo os predique un evangelio diferente del que nosotros os hemos anunciado, sea anatema. Os he dicho ya, y os lo repito: Cualquiera que os anuncie un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema. Porque, en fin, ¿busco yo ahora la aprobación de los hombres? Si todavía prosiguiere complaciendo a los hombres, no sería yo siervo de Cristo» (I, 6 s.).

El capítulo cuarto de la segunda a Timoteo es un grito angustioso contra los peligros de la fe:

«Te conjuro, pues, delante de Dios, y de Jesucristo, que ha de juzgar vivos y muertos, al tiempo de su venida, y de su reino: predica la palabra de Dios con toda fuerza y valentía; insiste con ocasión y sin ella: reprende, ruega, exhorta con toda paciencia, y doctrina. Porque vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que, teniendo una comezón extremada de oír doctrinas que lisonjeen sus pasiones, recurrirán a una caterva de doctores propios para satisfacer sus desordenados deseos: y cerrarán sus oídos a la verdad y los aplicarán a las fábulas. Tú, entretanto, vigila en todas las cosas, soporta las aflicciones, desempeña el oficio de evangelista, cumple todos los cargos de tu ministerio. Vive con templanza» (IV, 1 s.).

A Tito, su fiel discípulo le dice a su vez:

«Porque es necesario que un obispo sea irrepreensible o sin crimen, como que es el económico de Dios o el dispensador de sus riquezas; no soberbio, no colérico, no dado al vino, no percurso o violento, no codicioso de sórdida ganancia: sino amante de la hospitalidad, dulce y afable, sobrio, justo, reli-

gioso, continente, adicto a las verdades de la fe, según se le han enseñado a él: a fin de que sea capaz de instruir en la sana doctrina, y redarguir a los que contradijeren.

Porque aún hay muchos desobedientes, charlatanes y embaidores: mayormente de los circuncisos: a quienes es menester tapar la boca: que trastornan familias enteras, enseñando cosas que no conviene, por amor de una torpe ganancia» (I, 10 s.).

Al Clero de Efeso finalmente:

«Velad sobre vosotros, y sobre toda la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha instituido obispos para apacientar la Iglesia de Dios, que ha ganado Él con su propia sangre. Porque sé que después de mi partida os han de asaltar lobos voraces, que destrocen el rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que sembrarán doctrinas nerversas, con el fin de atraerse a sí discípulos. Por tanto, estad alerta, teniendo en la memoria, que por espacio de tres años no he cesado, de día ni de noche, de amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros» (Act. XX, 29 s.).

Los Padres apostólicos

Ya lo pudimos comprobar en los capítulos anteriores.

Puede decirse que son tan exigentes en la pureza de la fe como los apóstoles.

En la *Didaché* nos encontramos con estas fuertes palabras:

«Ahora, todo el que viniere a vosotros y os enseñare todo lo anteriormente dicho, recibidle. Mas si extraviado el Maestro mismo os enseñare otra doctrina para vuestra disolución no le escuchéis» (XI, 2).

Con semejante vigilancia escribe San Ignacio a los magnesios:

«No os dejéis engañar por doctrinas extrañas ni por esos cuentos de vieja que no sirven para nada» (VIII, 1).

«A lo que si os exhorto, no yo sino la caridad de Jesucristo, es que toméis sólo el alimento cristiano y os abstengáis de toda hierba ajena que es la herejía. Los herejes entretienen a Jesucristo con sus propias especulaciones, presentándose como dignos de todo crédito cuando son en realidad como los que brindan un veneno mortífero diluido en vino con miel. El incauto que gustosamente se lo toma, bebe en un funesto placer, su propia muerte... Alerta contra los tales» (VI)

De San Policarpo baste un famoso y conocido episodio.

Siendo ya muy anciano hizo un viaje a Roma para tratar con el Papa, que era entonces San Aniceto, sobre la fecha de la celebración de la Pascua. San Jerónimo afirma que en aquella ocasión se realizó un día el encuentro del santo Obispo con Mar-

ción, el peligroso heresiárca que fué capaz de levantar Iglesia contra Iglesia en la misma capital del Imperio.

«*¿Me reconoces?*», le dijo el hereje. Si, te conozco, repuso el Santo: conozco al primogénito de Satanás.»

San Ireneo

Detengámonos en él. Aunque no es Padre Apostólico, pues este título se reserva exclusivamente para los que convivieron con aquellos excelsos varones fundadores de la Iglesia: está, no obstante, próximo a ellos, y es digno de que le pongamos aquí por sus especiales merecimientos.

Nació en Esmirna o en sus alrededores, hacia el año 150 de nuestra era y fué discípulo y oí dor asiduo, cuando joven, del gran mártir Policarpo. Venido a las Galias en los terribles días de la persecución del año 177 fué designado Obispo de Lyón a la muerte de San Potino.

Apenas sabemos nada de su ministerio episcopal, pero nos queda de él un grandioso monumento imperecedero, su gran obra en cinco libros contra la herejía, *Adversus haereses*, compuesta hacia los últimos años del siglo segundo. Ella sola basta para enaltecer su memoria y le sitúa entre los más grandes Padres de la Iglesia.

Se le ha llamado con justicia «El martillo de los herejes», y es en toda la extensión de la palabra un formidable polemista de ingenio y de ciencia incomparables. Quizás pueda encontrarse en él contacto con el que había de ser más tarde el gran campeón del Concilio de Nicea, San Atanasio.

La herejía, refutada por su doctísima pluma, fué la propia de su tiempo, la *gnosis*, una especie de modernismo primitivo inventado por algunos cristianos literatos o filosofantes, para dar, como afirmaban ellos, una explicación sabia y coherente de los dogmas cristianos en armonía y consonancia con la filosofía neoplatónica.

Los referidos cristianos que hoy llamaríamos intelectuales, se habían arrogado el derecho de especular, sistematizar y dogmatizar en el Cristianismo como se hacía en las escuelas paganas. Afirmaban que la doctrina de la Iglesia era tan sólo para los *simpliciores*, para los iliteratos o indoctos. Hasta tenían lástima de la pobre e ignorante clientela de ésta y trataban a los católicos como gente vulgar: les apodaban «eclesiásticos».

«Si alguno, afirma el mismo San Ireneo, les presenta dificultades o les contradice, se alzan luego soberbios y dicen que los católicos no entienden la

verdad... Ellos son los perfectos, la semilla de elección; los católicos, idiotas e ignorantes» (1).

Eran, como se ve, una especie de sofistas griegos o de racionalistas de nuestros tiempos.

Este fué el campo de batalla de Ireneo y por cierto supo luchar sin tacha.

Otros habían combatido ya la herejía, pero ésta tuvo en el gran Obispo de Lyón su principal y fortísimo debelador.

Es comparable a Tertuliano en la fuerza y vigor aplastante de su lógica, pero más sereno que él y con más plenitud de sabiduría.

En el primer libro expone las doctrinas gnósticas, en el segundo las refuta con argumentos de razón y en el tercero y restantes con otros sacados de la Escritura.

La Regla de fe cristiana

Nadie supo proponerla con tanta fuerza y claridad como él.

En el Cristianismo no valen *gnosis* ni filosofías. Es una religión revelada y en ello hay que situarlo todo.

Las enseñanzas de los Apóstoles y sus inmediatos sucesores que recibieron la doctrina de los labios mismos de Jesús y se repartieron por mandato de él por todo el orbe para espaciar la buena y divina nueva, son la regla infalible de la verdad de nuestra religión.

Por eso es indiscutiblemente cierto, y de ello nadie puede desviarse si quiere ser verdadero cristiano, lo que enseñaron los Apóstoles y lo que está escrito en los evangelios y demás libros sagrados, lo mismo que lo que con toda certeza nos trasmitieron los primeros cristianos, las Iglesias fundadas por los Apóstoles.

«Esas opiniones, dice al hereje Florino, te lo aseguro, no son de sana doctrina; esas opiniones apartan de la Iglesia y precipitan en grandísima impiedad a los que a ellas asienten... Esas opiniones no son las que te enseñaron los Presbíteros que vivieron antes de nosotros y fueron inmediatos discípulos de los Apóstoles» (2).

Este fué Ireneo, el amante de la tradición, de las enseñanzas apostólicas, como regla única de fe. Policarpo e Ignacio mártir no hubieran podido ni siquiera comprender las novedades de los

(1) Adv. hacer. III, 24.

(2) Eusebio H.E. v. 20.

gnósticos porque la regla, el canon único de sus creencias, era la enseñanza dada al principio por Cristo y trasmitida por los Apóstoles y demás que vivieron con el Señor.

El invocar la autoridad de los Apóstoles no es un expediente de controversia, es algo integrante y esencial en el catolicismo.

En otro pasaje añade Ireneo:

«Estas enseñanzas las atestiguan todas las Iglesias de Asia y los que hasta hoy han sucedido a Policarpo testigo de la verdad, mucho más digno de fe, por cierto, que Valentín y Marción y los demás herejes.»

El gran principio de la autoridad inapelable de la Escritura y tradición lo esgrime Ireneo como un flagelo inexorable contra los gnósticos y podría esgrimirse del mismo modo hoy contra todas las herejías.

«Entre ellos no hay, dice, regla alguna de verdad. Cada uno se inventa su propia doctrina, ni más ni menos que se hace en las escuelas de la filosofía pagana...

La inconstancia de la doctrina es su cualidad esencial y característica. Son unos sofistas condenados a perpetua variación; traídos de acá para allá por las olas de sus errores, sin piedra en que fundar su edificio, puesto que todo es arena movediza.

Si se les opone la autoridad de la Sagrada Escritura, al instante ellos ins-
truyen el proceso de la misma, pretextando que es dudosa la autenticidad del texto o negando que el libro citado pertenece al verdadero canon.

Imposible entre ellos averiguar la verdad ni saber a qué atenerse: hoy está en Corinto, mañana estará en Valentín, pasado mañana en Basílides o en Mar-
ción, todos los cuales se oponen los unos a los otros... Y ahí tenemos una ve-rdad variable.»

Replican que estas variaciones son necesarias para hallar la verdad definitiva, lo cual ni fué herencia de los Apóstoles ni el objeto de la predicación del Señor. No hay que apelar, pues, a la tradición que derivándose de los Apóstoles se conserve auténticamente en las Iglesias por la sucesión de los Obispos o presbíteros... El gnóstico es más sabio que todos ellos porque ha descubierto la verdad pura y penetrado el misterio escondido... Su conducta constituye una *rebelión*, una *secularización* y una *profanación*; todo a la vez. Quieren coronar lo mismo las imá-
genes de Pitágoras, de Platón y de Aristóteles que la de Jesús y aún invocan las luces de Homero (2).

(1) Adv. haer. II, 27; I, 27.

II

LOS CONCILIOS (I)

Nicea. — Arrio y su herejía. — Divinidad de Jesucristo y su substancialidad con el Padre. — La solemne definición. — Muerte de Arrio.

Nicea

Si hay religión que se preste a extravíos doctrinales es ciertamente el Cristianismo por la alteza y sublimidad de sus dogmas.

Por eso ya en sus comienzos, como acabamos de ver, en el tiempo de los Apóstoles se levantaron herejías que obligaron a los mismos a anatematizarlas y a poner en guardia a los fieles contra los innovadores.

Las herejías han seguido su curso a través de la historia, variadísimas en su contenido y virulencia, y es cierto que hubieran terminado con la verdad evangélica, a no haber vigilado constante y solícitamente la Iglesia contra ellas poniendo, como diríamos ahora, fuera de ley y hasta expulsando de su seno a los autores.

En las emergencias ordinarias ha bastado la autoridad y competencia de los Obispos para reprimirlas, pero no han sido pocos los casos en que, o por la calidad de los insurgentes, o por el contagio peligroso que podía seguirse en los demás, se hizo necesaria una autoridad más fuerte y decisión inapelable de repudio.

Fué el recurso a los Concilios Ecuménicos, magnas asambleas de toda la Iglesia docente u Obispos de la Cristiandad «a los que puso el Espíritu Santo para regir y gobernar a su Iglesia» y encargados natos de velar solícitos por la conservación incólume del depósito de la fe.

Las decisiones de los referidos Concilios las ha considerado siempre el Cristianismo como regla de fe, pues manaban de la autoridad infalible en las cuestiones relacionadas con el dogma y la moral con que Cristo les adornó para el cumplimiento competente de su cargo y bien universal de la Iglesia.

Hasta el presente se han celebrado 19 de los referidos Concilios ecuménicos o universales, que eso quiere decir el nombre, en todo el decurso de la historia. El primero fué el de Nicea en el año 325, y el último, el Vaticano, que no ha terminado todavía.

Arrio

Poco sabemos de cierto de los comienzos de este célebre heresiárca.

Nació, según parece, en Libia, pero hizo en Alejandría toda su carrera eclesiástica.

Su edad, ya avanzada, su aspecto severo, su ciencia y las prácticas ascéticas de que hacía gala, le habían atraído numerosos discípulos, máxime entre el Clero y las personas ilustradas.

El núcleo de su enseñanza era el *Subordinacionismo*.

Insistía, ante todo, en la unidad de Dios, Eterno e Increado, con esencia y divinidad incomunicable.

El Verbo, según él, había sido creado de la nada y en el tiempo, pero no era una mera criatura como las otras, sino que tenía un relieve especialísimo y había ejercido un papel principal en la creación del mundo. Podía incluso decirse que era la imagen perfecta del Padre, de su esencia, de su voluntad, de su sabiduría, con tal que no se dijese que era Dios.

En otros términos.

Sólo el Padre merecía con justicia el título de Dios: El Verbo no tenía en todo caso más que una divinidad secundaria y subordinada.

Ambos eran una misma cosa, pero sólo por la concordia de las voluntades.

Como se ve, la doctrina arriana era peligrosísima y blasfema.

Echaba por los suelos la divinidad de Cristo, dogma fundamental del Cristianismo.

San Juan había dicho expresamente que el Verbo era eterno, que estuvo en Dios desde el principio, que era Dios»; San Pablo había llamado a boca llena a Cristo: «Dios bendito por los siglos»; el mismo Salvador había afirmado explícitamente su divinidad repetidas veces y supuestola siempre, hablando como

Dios, exigiendo como Dios, perdonando los pecados, como Dios; los mártires habían derramado su sangre en esa fe...

No podía, pues, la Iglesia permanecer impasible, ante tales negaciones.

El Obispo de Alejandría fué el primero en alarmarse al oírlas y sin pérdida de tiempo organizó una conferencia contradictoria entre el heresiárca y sus adversarios. Arrio habló ampliamente exponiendo sus ideas, pero no pudo convencer a nadie y fué rebatido reciamente con argumentos irrefutables.

Al fin se impuso el prelado y le prohibió propalar sus enseñanzas.

Arrio rehusó obedecer, como se preveía, apoyándose en que había muchos Obispos que compartían sus doctrinas.

En vista de eso, reunióse en Concilio a todos los Obispos de Egipto, en número de un centenar y expuestas las audacias de Arrio, todos, a excepción de dos, las anatematizaron.

Pero no era Arrio persona que se intimidara por poco. Lleno de ira y de despecho, se dedicó desde entonces a hacer propaganda de sus ideas: viajó por varias regiones de Oriente, visitó a Obispos y pudo atraer a algunos a su partido.

Los acontecimientos se desarrollaron velozmente. Un año sólo había pasado y ya pudo decir un escritor del tiempo que todo el Oriente estaba en llamas. Partidarios y enemigos del heresiárca se excomulgaban mutuamente y aun llegaron a tratarse de ateos.

No había más remedio que poner paz en la Iglesia y hacer brillar la luz en medio de tantas y tan opuestas doctrinas. La verdad no podía ser más que una y la verdadera Iglesia la había de poseer.

El Concilio

La iniciativa parece haber partido del mismo Emperador Constantino aconsejado por Osio de Córdoba.

Este insigne Obispo, tan benemérito de la Iglesia, le había enterado del desasosiego que reinaba en Oriente debido a la controversia arriana y persuadido de que sólo aquel medio supremo podía dirimirla.

El Emperador designó también la sede del mismo, la ciudad de Nicea en Bitinia.

La carta de la convocatoria dirigida por el Magnate a los Obispos era apremiante y respetuosa. «Ninguno de vosotros ignora, decía, que nada me interesa tanto como la piedad para

con Dios. Anteriormente me había parecido convocar una asamblea de Obispos en el valle de Ancira, en Galacia; hoy, por muchas razones, me ha parecido mejor reunirla en la ciudad de Nicea. El acceso será más fácil para los Obispos de Italia y Europa; la salubridad del clima nada deja que desear y a mí mismo me será mucho más cómodo el hallarme presente para tomar parte en la Asamblea... Evitad todo posible retardo al fin de que pueda asistir en persona a dichas sesiones. Dios sea con vosotros, hermanos muy amados». (Eus. Vida de Const., lib. III...)

Constantino puso además la Posta Imperial al servicio de los Prelados y con ella, a través de las grandes vías de comunicación del Imperio Romano, fueron llegando de las más diversas regiones los convocados.

Todo el Episcopado del Imperio y aun el de más allá de las fronteras, se había conmovido. «La esperanza de hacer un bien, dice Eusebio; las facilidades dadas por la paz que al fin se gozaba, lo raro del acontecimiento y el deseo de ver cara a cara al gran Emperador fueron irresistibles y pusieron en marcha no solo a los Obispos, sino también a sacerdotes y diáconos y aun a algunos legos, llevados por los prelados en calidad de consejeros y auxiliares.

¿Cuántos fueron los prelados concurrentes? A mediados de mayo del 325 se encontraban reunidos unos 300: San Atanasio habla puntualmente de 318.

Los primeros saludos debieron ser emocionantes.

La mayor parte no se conocían sino por referencia. Unidos por una misma fe y por pruebas comunes, pero separados por mares y montañas, no sabían los unos de los otros más que sus méritos y sufrimientos.

Se señalaban especialmente los más ilustres servidores de Dios: los mártires o mutilados en las persecuciones pasadas... Tales eran: *Pafnufio*, Obispo de Tebaida, que arrastraba una pierna cuyos nervios habían sido seccionados en el trabajo de las minas y dirigía a los asistentes la órbita apagada de un ojo vaciado. *Pablo*, Obispo de Cesarea del Eufrates que levantaba para bendecir su mano mutilada por el fuego...

No llamaban menos la atención los solitarios. *Santiago* de Nisibe que se daba a conocer por su vestido de piel de camello que le asemejaba a San Juan Bautista.

Espiridión, Obispo de Chipre que era de un candor tan infantil y tan humilde que aun siendo Obispo pastoreaba un rebaño de ovejas.

A la cabeza de los de occidente marchaba la diputación del Obispo de Roma San Silvestre, constituida por los presbíteros

Vito y Vicente y dirigida por el mencionado amigo de Constantino, Osio de Córdoba.

Finalmente dos bárbaros: Uno persa y otro godo completaban la reunión que representaba a toda la humanidad, en mezcla multicolor de acentos y de idiomas.

Apertura y definiciones

Era el 14 de junio del 325.

El Emperador había llegado ya y se procedió inmediatamente a la apertura solemne.

Eusebio de Cesarea describe de este modo la ceremonia: «Cuando entraron todos los obispos en el local destinado a las sesiones en cuyos costados se alineaban gran número de sitiados, cada uno fué a ocupar su puesto y esperó en silencio la entrada del Emperador. Muy pronto se presentaron los funcionarios de la corte. Llamó la atención que sólo prestasen servicio aquel día los que eran cristianos.

Después se anunció el *Emperador*.

Levantáronse todos y apareció Constantino, alto, hermoso, decidido, majestuoso...: llevaba un manto de púrpura resplandeciente de oro y de pedrería. Al atravesar la sala llevó la vista modestamente baja. En su paso noble, la dignidad real quedaba tan atemperada por la modestia cristiana, que todos vieron en él a un enviado de Dios. Llegado al fondo de la sala, ante el trono, que se le había preparado, Constantino volvióse a la asamblea con un ligero saludo, como pidiéndole permiso para sentarse. Los Obispos se inclinaron y no se sentaron hasta que él lo hizo». (*Vita Const.*, l. III, c. XII.)

Luego les habló con voz solemne en latín: «Doy gracias a Dios, Rey Supremo, que además de los beneficios innumerables con que me ha favorecido, me ha otorgado la gracia de veros reunidos aquí a todos y de ser testigo de la concordia de vuestros sentimientos...: las divisiones intestinas de la Iglesia me parecen más graves y peligrosas y me producen más angustia que las guerras y demás conflictos. Para que mis votos sean cumplidos, es necesario que sean unos nuestros corazones y que se vea reinar entre vosotros aquella paz de que vuestra consagración a Dios os crea el deber de ser apóstoles. Obrando de esta suerte seréis gratos al Dios Supremo y me prestaréis a mí, vuestro hermano en su servicio, un señalado favor» (*Vita Const.*, III, 12).

El título y función de Presidente del Concilio correspondió a Osio. En las listas de los Padres ocupa él invariablemente

el primer sitio, pero consta que fué ejercida esta presidencia en nombre del Papa. «El Obispo de Córdoba, dice Gelasio, vino a Nicea, en nombre del Obispo de Roma con los Presbíteros Vito y Vicente»; y Eusebio nos confirma que el Papa Silvestre no pudo trasladarse a causa de su edad ya avanzada.

Comenzaron sin demora las sesiones.

Se dió a conocer, ante todo el punto de la controversia, la herejía de Arrio y se citó a éste para que compareciera y expusiera sus enseñanzas.

El hereje se presentó confiado en sí mismo. La fama que se había creado alrededor de su nombre, las grandes influencias de sus partidarios, especialmente del Obispo de Nicodemia, el mundo entero puesto en movimiento por su causa, todo había infatuado al innovador.

Perdió toda noción de prudencia y en presencia del Concilio llegó hasta el extremo en sus opiniones. Repitió y aun acentuó las más atrevidas afirmaciones hechas en su poema *Thalía* que había compuesto como resumen de sus ideas y «sostuvo muy alto que el Verbo no era Dios, que no había existido siempre, que había salido de la nada como toda criatura» (San Atanasio., Disc. I. contra los Arr. n. ss.).

Cuando hubo terminado y aun durante su discurso, dice Teodoreto (Hist. Eccl. 1, I, c. XIX) se vió claramente que su causa estaba perdida. Venerables Prelados se tapaban los oídos para no oír semejantes blasfemias.

Arrio ya no compareció más en el Concilio, pero defendían su causa unos cuantos partidarios.

Sus argucias y argumentos eran magistralmente rebatidos por un diácono que fué el alma de la oposición: San Atanasio. Dice San Gregorio Nacianzeno (Elogio de Atan. P. G. t. XXIV) que cuando los arrianos contemplaban al terrible campeón, de pequeña talla, enfermizo, pero de porte decidido y frente alta, levantarse para tomar la palabra, se creía ver pasar por sus filas un estremecimiento de odio.

Al fin se convino ante los Padres venir a fórmulas terminantes y se redactó «el símbolo» llamado de Nicea. En él se definió claramente la divinidad de Cristo. Es, no Hijo de Dios en sentido ambiguo, sino de la misma naturaleza que el Padre, de idéntica substancia que él. «Esta fué la palabra sacramental y perentoria que no admitía subterfugios ni paliativos. *Omousios* se decía en griego, de igual substancia o naturaleza...

Esta consubstancialidad era, sin duda, un misterio, pero un misterio claramente revelado y que aclaraba todos los otros, un misterio que hablaba al corazón y elevaba a la humanidad reconocida. Jesucristo Verbo de Dios y consubstancial con el Padre

seguía siendo el objeto inefable de la adoración de los hombres, y él mismo muerto en la cruz y ofrecido en sacrificio, era también el amigo, el hermano, el redentor y portador de todas nuestras miserias.

El símbolo niceno

Fué la fórmula incomparable que sintetizó el resultado del Concilio clara y concisamente.

«Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador de lo visible y de lo invisible, y en el Señor Jesucristo Hijo de Dios, unigénito del Padre, esto es, de la substancia del Padre; Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero; engendrado, no creado, consustancial al Padre por quien todo ha sido hecho en el cielo y en la tierra; que por nosotros y por nuestra salvación descendió del cielo y se encarnó, se hizo hombre, sufrió, fué sepultado y resucitó al tercer día, subió a los cielos y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.»

Acababa el símbolo con el siguiente anatema:

«Los que dicen que hubo un tiempo en que no existía... que salió de la nada o defienden que es de otra hipóstasis o substancia que el Padre, o que el Hijo de Dios es creado, no inmutable, que está sujeto a cambio, quedan anatematizados por la Iglesia católica..

Todos los Obispos, a excepción de dos, el de Marmárica y el de Tolemaida, firmaron el símbolo.

El Emperador tuvo gran alegría al recibir la comunicación del mismo: «Semejante documento, dijo, tan perfectamente redactado que pone al fin término a toda disputa, no es obra de hombres sino del Espíritu Santo» (Socr. H. E. 1. I, c. LX).

No sólo desterró al punto al heresiarca y a los dos obispos que habían rehusado firmar, sino también a cuantos presbíteros se les habían añadido.

Muerte de Arrio

Aunque parezca extraño, Arrio alcanzó con sus influencias e intrigas, años más tarde, un decreto del Emperador, por el que se ordenaba su reintegración al clero de Constantinopla.

Un domingo hizo su entrada solemne en medio de una manifestación estruendosa preparada por los suyos.

El Obispo de la ciudad, apenadísimo, recurrió a Dios y pros-

ternado en tierra oró diciendo: «Señor, llamad a Vos a vuestro siervo o impedid que el hereje mancille vuestra Iglesia.»

Al anochecer de este mismo día, Arrio atravesaba la ciudad escoltado por un séquito numeroso, cuando cerca del foro de Constantino, una indisposición repentina le obligó a retirarse a un lugar excusado. Poco después se le encontró muerto en el mismo sitio.

Los antiguos escritores le aplicaron las palabras del Evangelio dichas del traidor Judas: «Difussas sunt viscera ejus» (San Atan., Carta a Serap., P. g. t. XX).

III

LOS CONCILIOS (II)

Efeso. — Nestorio y su doctrina. — Repercusión entre los monjes de Egipto. — El Papa San Celestino. — La divina maternidad. Procesión de antorchas.

Efeso

Imposible seguir todas las herejías y Concilios subsiguientes.

Añadamos solamente otro de singular relieve también y especial simpatía para todo católico. El de Éfeso.

En Nicea se había definido la divinidad de Jesucristo contra Arrio. En Éfeso, la divina maternidad de la Virgen.

El primero había sido un acto de amor y veneración al Hijo, el segundo un homenaje a la Madre.

Nestorio y su herejía

El protagonista de las escenas lamentables que van a sucederse, es el Obispo de una de las sedes más importantes de la Iglesia y la primera de Oriente, Constantinopla.

Su nombre, el que encabeza el subtítulo, Nestorio.

Es el año 428 y ha transcurrido cerca de un siglo del gran Concilio de Nicea.

Nestorio estaba dotado de una hermosa voz y hablaba con facilidad y elocuencia, aunque ésta, dicen sus contemporáneos, no era sólida, sino más bien de relumbrón y aparato.

Sólo pensaba en agradar y atraerse los aplausos del pueblo, al cual entusiasmaba además con la palidez de su semblante, su vestido pardo, su andar grave y acompañado.

Su herejía tuvo también, como la de Arrio, por centro y objeto a Jesucristo.

Distinguía en él dos personas, la divina y la humana, la del hombre Jesús de Nazaret y la del Verbo.

Este no se había hecho hombre, sino unido a un hombre solamente aunque de un modo muy íntimo y exclusivo.

La Virgen María no era madre de Dios, en modo alguno, sino solamente del hombre Jesucristo. Quedaba destruída en consecuencia la maternidad divina, el misterio de la encarnación, y la divinidad del Salvador.

El heresiárca había llevado consigo a Constantinopla, al ser nombrado Obispo de la misma, a un sacerdote llamado Anastasio, hecho a su imagen y semejanza, e imbuido en sus ideas. El fué la causa del primer estallido.

Un día se atrevió a decir predicando en la metrópoli, estas textuales palabras: «Que nadie llame a María Madre de Dios: ella era una mujer y es imposible que Dios nazca de mujer.»

El pueblo, acostumbrado a adorar a Jesucristo como Dios, y venerar a su Madre, no pudo oír semejantes afirmaciones. Muchos eclesiásticos y seglares se llenaron de indignación y acusaron a Anastasio de blasfemia, pero Nestorio, su Obispo, no sólo no lo desaprobó sino que en varios discursos hechos posteriormente, sostuvo sin cambiar un ápice, lo que Anastasio había predicado.

Especialmente recalcó una y mil veces la idea de que era incongruente y falso llamar a María Madre de Dios o *theotocos*, pues ello era justificar la locura de los paganos que daban madre a sus dioses.

Llegaron los rumores de tales audacias hasta los monjes y un día se presentaron muchos de ellos con el Abad Basilio de Talaso a la cabeza, ante Nestorio para saber a ciencia cierta de los mismos labios del heresiárca, la verdad de las acusaciones. Nestorio los mandó apresar a todos y meterlos en las cárceles del Obispado, en donde fueron tratados con excepcional crujidad e infamia.

Un contratiempo para el audaz hereje.

Sin darse cuenta sin duda de las consecuencias que ello podría acarrearle, invitó por sí mismo al Obispo de Císico, San Proclo, amantísimo de la Virgen, a que predicase en una fiesta de la misma, en la primera Iglesia de Constantinopla. El predicador, parece que intencionadamente, se propuso probar la doctrina católica sobre la encarnación.

Apenas comenzó su discurso, que aún se conserva, ya dió a la Virgen el título de Madre de Dios, título que merecía con toda justicia, ya que su Hijo era verdaderamente Dios y Hombre.

Dicir, añadió, que Jesucristo es solamente hombre es propio de los judíos; decir que es solamente Dios, es error maniqueo;

enseñar que Cristo y el Verbo divino son dos, es merecer ser reprobado de Dios y admitir una cuaternidad en vez de la Trinidad que adoramos.

El discurso fué muy sabio y elocuente y el pueblo lo aplaudió de todo corazón, pero se puede suponer lo que pasaría por Nestorio.

Quedó irritado enormemente, y sin poderse contener tomó la palabra en el mismo acto para deshacer las afirmaciones proferidas.

Nuevo escándalo e indignación popular.

Otro día, predicando sobre el tema, fué interrumpido públicamente y en alta voz por un seglar, cuyo nombre se nos ha conservado, Eusebio de Dorilea.

El celo del intrépido arguyente fué alabado y aplaudido por los circunstantes, pero Nestorio desfogó sus iras contra él, llenándole de injurias.

Repercusión en Egipto

Nueva intervención del Monacato en la contienda. Esta vez son los solitarios del país del Nilo, a los cuales han llegado también las doctrinas de Nestorio, dejando a algunos turbados e indecisos, faltos de luz y de consejo entre la verdad y el error. San Cirilo, el gran Patriarca de Alejandría, juzgó necesario escribirles para aquietar los ánimos de aquellos beneméritos penitentes, que siempre habían sido un baluarte contra la herejía, y lo hizo con una carta maravillosa, perfecto tratado de la materia.

Después de felicitarles por su observancia y celo les expone la amarga intranquilidad en que se encontraba por causa de ellos, pues había algunos que alucinados por la mentira, se insinuaban preguntando, si habían de llamar Madre de Dios a la Virgen. Si Nuestro Señor Jesucristo es Dios, decía el Santo Doctor, ¿cómo no se ha de llamar Madre de Dios a la Santísima Virgen de la cual nació? Esta es la fe que recibimos de los Apóstoles, por más que ellos no se hayan servido de la palabra.

Quizás me digáis: ¿Luego la Virgen es madre de la divinidad? Responderemos que es evidente que el Verbo es eterno y de la substancia del Padre, pero en el orden de la naturaleza, por más que las madres no tengan parte alguna en la creación del alma de sus hijos, a nadie se le ocurrirá decir que son exclusivamente madres del cuerpo y no del hombre entero. Sería una

sutileza impertinente afirmar: Isabel es madre del cuerpo de Juan y no de su alma.

Lo mismo decímos del nacimiento de Cristo. El Verbo se hizo carne y se llama hijo del hombre. Aunque el niño que nace de una mujer esté compuesto de dos diferentes naturalezas, alma y cuerpo, es un hombre mismo del cual ella es madre: de la misma manera están ambas naturalezas unidas en Jesucristo.»

El Papa San Celestino

Llegó también, como no podía ser menos, noticia de todo a Roma.

El Papa entonces reinante, San Celestino, y los Obispos que con él estaban, leyeron las homilías de Nestorio que les habían sido enviadas y no pudieron menos de quedar escandalizados y alarmados a la vez.

Vieron claramente que no había otro remedio que acudir al fallo definitivo de un Concilio para terminar con las osadías del heresiárca y no dudaron en acudir a él.

El Concilio de Éfeso

Se hizo sin demora la convocatoria y se señaló el sitio: La ciudad de Éfeso. ¿Fué escogida intencionadamente? Es muy probable. Éfeso era la ciudad mariana por excelencia por haber vivido allí la Virgen Santísima con San Juan, según la tradición, y quizás muerto también.

Además se celebraría el gran Concilio que había de vindicar la más excelsa prerrogativa de María, en la Iglesia de esta advocación.

El Papa nombró representante suyo, pues él por su ancianidad no podía acudir, a San Cirilo de Alejandría; envió también como delegados a dos Obispos, Arcadio y Proyecto, y al Presbítero Felipe, a los cuales hizo además portadores de una carta o memorial suyo a la Asamblea.

El documento es modelo de sabiduría y celo pastoral:

«La reunión de los Obispos, dice, da testimonio de la presencia del Espíritu Santo, por cuanto representa al Concilio de los Apóstoles. Nunca les abandonó el Maestro que les dió la orden de predicar... La obligación de enseñar ha sido patrimonio de los obispos y por un derecho ordinario nos incumbe a todos los que en lugar de ellos anuncian el nombre del Señor en los diversos países del mundo en conformidad con lo que el mismo Salvador les dijo: «Id y enseñad a todas las naciones...».

Debemos echar sobre nuestros hombros la carga de los trabajos de aquellos a quienes hemos sucedido en la dignidad, y todos unidos debemos concurrir para conservar el depósito de la doctrina apostólica.

La unidad debe ser tanto mayor cuanto más se encuentra en peligro la fe común en todos. Venga a juicio el que juzga al mundo, y quede confundido aquel que trae perturbados a los hombres infamando al Redentor. Revestíos, pues, con las armas de Dios.

Recordad las palabras del Apóstol que hizo venir a los Obispos del lugar en que vosotros estáis reunidos, para decirles: «Tened cuidado de vosotros y de vuestra grey en que el Espíritu Santo os ha puesto para regir la Iglesia de Dios que adquirió él con su sangre. Los efesinos abrazaron la doctrina de la fe; que ahora vean que nosotros la defendemos. Pedid reunidos como los Apóstoles que suplicaron con gran confianza el auxilio de Dios para predicar la divina palabra. Al presente ¿qué hay que pedir para vuestro Santo Concilio sino que aquel que trae perturbados a los hombres infamando al Redentor. Revestíos, enseñéis todos la única doctrina que él nos ha enseñado...?»

El Concilio se abrió el 22 de junio del 431, en la Iglesia de Santa María.

Ocupó la presidencia San Cirilo en lugar y representación del Papa como queda dicho y eran 198 los Obispos.

En medio de todos se colocó el Evangelio en un trono de honor, desde el cual parecía decirles: «Vosotros sois los jueces... sed sobrios y vigilantes.» Los Obispos se sentaron a uno y otro lado, en largas hileras de sitials.

El día anterior se había enviado a Nestorio cuatro Obispos para invitarle a presentarse ante el Concilio. El hereje respondió soberbio: «Ya veré. Iré si me parece que debo ir.» Le invitaron en comisión otra vez, tres Obispos acompañados de un Notario y una admonición escrita.

Nestorio la rechazó del mismo modo.

Los Padres no creyeron ya oportuno esperar más y se abrió el Concilio.

En la primera sesión, que pudo haber sido la última, quedó todo decidido. Se leyeron veinte artículos sacados de las homilías y escritos del heresiarca, y los Obispos, oyendo las blasfemias que contenían, procedieron sin demora a la última decisión.

La sentencia, una de las más solemnes de la Iglesia, fué tajante, aunque caritativa y llena de vivos sentimientos de dolor.

«Habiendo Nestorio, decía, rechazado entre otras cosas, obedecer a nuestra citación y recibir a los Obispos enviados de nuestra parte, nos hemos visto obligados a examinar sus impiedades, y habiéndole convencido, tanto por sus cartas como por sus escritos y por los discursos que recientemente ha predicado en esta ciudad, probado por testigos, de que piensa y enseña impiedades, nosotros, obedeciendo a los sagrados cánones y a la carta de nuestro Sto. Padre y Conministro Celestino,

Obispo de la Iglesia romana, nos hemos decidido por necesidad, después de haber derramado muchas lágrimas, a pronunciar esta lúgubre sentencia: Nuestro Señor Jesucristo, de quien él ha blasfemado, ha definido por este Smo. Concilio que sea privado de toda dignidad episcopal y separado de todo empleo eclesiástico.

Al fin la rúbrica:

Cirilo, Obispo de Alejandría, la firmó juzgando lo mismo que el Sto. Concilio. Juvenal, Obispo de Jerusalén, la firmó juzgando lo mismo que el Sto. Concilio. Todos los demás Obispos presentes en número de 198, firmaron del mismo modo, y a ellos se añadieron los que después de la 1.^a sesión llegaron al Concilio.»

La Procesión de las antorchas

La primera sesión del Concilio duró desde la mañana hasta muy entrada la noche; toda la ciudad estuvo el día entero esperando ansiosa la decisión, y cuando se supo que Nestorio había sido depuesto, todos a una voz alabaron a Dios porque había sido vencido el enemigo de la fe.

Cuando salieron de la iglesia los Obispos, todo el pueblo con hachas encendidas los acompañó a sus casas. Las mujeres llevaban en sus manos ricos braserillos en que quemaban perfumes. Se iluminó toda la ciudad y la alegría fué inmensa en todos sus habitantes.

PARTE SEXTA

LAS GRANDES FIGURAS
DE LA IGLESIA PRIMITIVA

I

TERTULIANO

Algunos datos biográficos. — Su carácter. — Sus obras. — El Apologético.

Quinto Septimio Florente Tertuliano nació en Cartago del año 150 al 160 de nuestra era en el seno de una familia pagana. Su padre fué centurión romano.

Recibió una educación esmerada y la mayor cultura que podía darse en su tiempo. Conocía a fondo la lengua griega y el Derecho.

Durante algunos años ejerció la profesión de Abogado y tras una juventud disipada y licenciosa, como él mismo dice, oyó la voz de Dios que le llamaba a la fe y al bautismo. Su conversión se efectuó en el año 197, cuando tenía unos 30 años de edad y fué debida a la admiración que le causaba la vida ejemplar de los fieles y el valor que mostraban en el martirio.

Fué, según parece, ordenado de Presbítero y desplegó una actividad increíble contra los enemigos de la Iglesia, gentiles, herejes y judíos.

Su carácter

Tertuliano es, ante todo, un polemista. Espíritu enérgico y de una erudición poco común al mismo tiempo que dialéctico formidable. Su genio impetuoso no sabía de contemporizaciones ni de términos medios.

Desde su conversión fué característico en él su desprecio por los filósofos paganos a los que llama «truhanes», despreciados de Dios y de los hombres, «patriarcas de todas las herejías».

Lástima que empañara sus glorias con la caída en el montañismo, herejía hosca y rigorista de su tiempo. A ello le llevó su mal domado temperamento, apasionado y extremoso, a pesar

de su gran apego a la tradición y de sus diatribas contra los gnósticos y herejes.

Sus obras

Los escritos de Tertuliano que han llegado hasta nosotros son 31, pero sabese también de otros siete ahora perdidos. De ellos 14 pertenecen al primer período, el católico, incluyendo los más principales, el *Apologético*, los dos libros *Ad nationes*, el *Adversus Judaeos* y *ad Scapulam*. Los dos primeros fueron compuestos al fin del año 197, el mismo de su conversión, y los otros en la primera mitad del tercer siglo. Murió hacia el año 220.

Todos los libros de Tertuliano son interesantes, pero especialmente el *Apologético*.

Dejemos los demás para detenernos en él, pues es el que más hace a nuestro caso:

Es un libro formidable, la mayor gloria del gran escritor y muestra espléndida de su elocuencia y talento. Jamás apologista alguno hasta entonces había rayado a tal altura y pocos habrán llegado a ella en épocas posteriores.

Fin y contenido del libro

Va dirigido especialmente a los Magistrados y Gobernadores de las Provincias para demostrarles la injusticia e ilegitimidad de las medidas de excepción tomadas contra los cristianos y consta de una larga introducción de seis capítulos y de dos partes.

Creemos nos agradecerá el lector le transcribamos algunos párrafos íntegros para conocer su estilo y aplaudir su lógica y su elocuencia.

Introducción (c. I-III) (1)

«Gobernadores del Imperio Romano, que presidís, para hacer justicia, en lugar descubierto y elevado, casi en lo más alto de la ciudad de Roma, el Capitolio: Si no podéis examinar a la faz del mundo entero y sopesar a vista de todos, la causa de los cristianos para dilucidarla; si sólo en este asunto vuestra autoridad teme o se avergüenza de inquirir en público con diligente justicia; si, finalmente, como acaba de suceder, el odio a nuestra "secta", demasiado

(1) La traducción está tomada, en gran parte, de la del P. Guzmán Prado; Ediciones Aspas, Madrid.

entretenida en juicios caseros, obstruye el camino a la defensa, déjese a la verdad llegar a vuestros oídos, siquiera sea por la oculta vía de un silencioso escrito. No pide ella favor alguno para su causa porque tampoco se asombra de su condición. Sabe que procede como peregriná en la tierra, que se halla entre extraños, los que fácilmente se tornan enemigos, y que, por lo demás, en los cielos tiene su familia, su mansión, su esperanza, su crédito y su dignidad. Entretanto UNA SOLA COSA PIDE: QUE NO SE LE CONDENE SIN SER CONOCIDA: UNUM, GESTIT INTERDUM, NE IGNORATA DAMNETUR...

La prueba de que no se la conoce, es, prosigue, que cuantos la odiaban antes de conocerla, dejan de odiarla en cuanto la conocen. Comienzan por odiar lo que eran y por amar lo que odiaban. De aquí esa multitud de ellos que os espanta. La ciudad está sitiada, se grita por todas partes; los campos, las aldeas, las islas, todo está lleno de cristianos. Lloráis como una calamidad que se alisten bajo este nombre personas de todo sexo, de toda edad y de toda condición, y ni siquiera sospecháis que debe haber para ello alguna causa, algún bien que escapa a vuestro conocimiento.

Todo malhechor teme ser visto, tiembla de ser descubierto, niega cuando se le denuncia. Sometido ya a juicio, no confiesa o sólo confiesa por temor; condenado, en fin, se aflige o se desconsuela, se hace el proceso a sí mismo, y culpa a la fatalidad o a su estrella; ¿se ve algo de esto en un cristiano? Jamás se queja, nunca se arrepiente sino de no haberlo sido. Denunciado como tal, hace gala de serlo, considerándolo como una gloria; acusado, no se defiende; interrogado, es el primero en confesar que lo es; condenado, da las gracias. ¡Extraña especie de mal que no tiene ninguno de los caracteres de tal, ni el temor, ni la confusión, ni el arrepentimiento, ni el disgusto! ¿Qué clase de crimen es éste, cuyos culpables se gozan en él, cuya acusación colma sus deseos y cuyo castigo es para ellos una felicidad? Y cuenta que vosotros no podéis decir que es una locura, porque estáis convencidos de ignorar lo que es.

Primera parte

Refutación de los crímenes de que se acusa a los cristianos: infanticidio, incestos en sus convites, impiedad con los dioses (c. VII-XV), delito de lesa majestad contra los Emperadores (c. XXIX-XLV).

«Se dice que somos unos malvados, que en nuestros misterios degollamos un niño, que lo comemos y después cometemos incestos...

Así se dice y desde hace largo tiempo se repite... y, sin embargo no habéis tenido la curiosidad de comprobar el hecho.

O probad estas acusaciones, si las creéis, o no las creáis, puesto que no podéis probárlas.

Vuestro mismo disimulo prueba que esto es falso, porque no osáis verificarlo.

Por lo demás, no son esas las instrucciones que dáis a los verdugos. Éstos nos piden no que confesemos o digamos lo que hacemos, sino que neguemos lo que somos...

Todos los días se nos asedia, todos los días se nos descubre, más de una vez se nos ha oprimido en medio de nuestras reuniones y asambleas... ¿Quién nos sorprendió jamás degollando un niño?

Pueblo turbado con la sangre de los cristianos, jueces tan integros para vosotros como para nosotros rigurosos, ¿cuántos habrá en esa multitud inmensa a quienes voy a herir en la conciencia, reprochándoles que sois vosotros mismos los matadores de vuestros hijos? No hay diferencia más que en el género del suplicio. Por refinamiento de la残酷, o los ahogáis, o los hacéis

morir de hambre y de frío o los exponés a los perros: para éstos sería una muerte demasiado dulce el perecer por el hierro.

No adoráis a los dioses, decís.

Así es, en efecto; hemos dejado de adorarlos desde que hemos reconocido que no eran tales dioses...

Si me vuelvo a vuestros libros, en los que os formáis a la sabiduría y a vuestros deberes de hombres libres, ¡cuántas ridiculeces encuentro! Vuestros dioses han luchado entre sí por causa de troyanos y aquivos, batiéndose como gladiadores. Venus fué herida por la flecha de un mortal (Diómedes) al querer salvar a su hijo Eneas, semimuerto por Diómedes mismo. Marte quedó semi-consumido tras de trece meses como estuvo entre cadenas. Júpiter, de no liberarle cierto monstruo, hubiera sufrido la misma violencia de los demás habitantes del cielo, y ya llora la muerte de Sarpedón, ya, vergonzosamente enamorado de su hermana Juno, recuérdale sus anteriores amantes, entre las que ninguna, dice él, le ha inspirado pasión tan violenta.

Tras de esto, ¿qué poeta, autorizado con el ejemplo de su príncipe, no se dedica a deshonrar a los dioses? Este destina a Apolo a guardar los rebaños del rey Admeto; aquél contrata a Neptuno como albañil a Laomedonte, rey de Troya. Hay también un poeta famoso entre los líricos —aludo a Píndaro—, quien cuenta cómo Esculapio, hijo de Apolo y nieto de Júpiter, fué herido por el rayo a causa de su codicia, pues ejercía de un modo criminal la medicina. Malo es Júpiter si de él es el rayo, despiadado con el nieto, envidioso con el hábil médico...

Mirad bien no sea ya un crimen de impiedad el quitar a los hombres la libertad de religión y prohibirles la elección de la divinidad... Mejor diríamos aún: Se otorga a los egipcios la libertad de practicar su religión..., cada Provincia, cada ciudad tiene sus dioses... Nosotros somos los únicos a quienes no es concedido tener religión propia. Ofendemos a los romanos y ni somos reputados por romanos, por cuanto no honramos a un dios que no es de romanos. Gracias a que es el Dios de todos los hombres, de quien, de grado o por fuerza, todos somos. Mas entre vosotros está permitido adorar a todo menos al Dios verdadero, *QUODVIS COLERE JUS EST PRAETER DEUM VERUM*, como si no fuese más bien el Dios de todos, del que somos todos...

El tercer crimen es el de lesa *majestad*.

Por nuestra parte invocamos por la salud de los Emperadores al Dios eterno, viviente y verdadero, a quien los Emperadores mismos desean temer propicio...

Tenemos, además, otra causa para rogar por ellos y por todo el Imperio y es que sabemos que amenaza al universo una terrible catástrofe y que aun el fin del mundo con todas sus desgracias se hallan retardadas por el curso del Imperio Romano... Más aún, sabiendo que así lo quiere Dios, el César es para nosotros más que nosotros mismos y que trabajamos mucho más útilmente por su salud, porque se lo pedimos a quien puede concederla...

Y no sólo a los Emperadores debemos hacer el bien; lo debemos a todo el mundo sin acepción de personas, sin esperar alabanzas ni recompensas de ningún hombre. Nuestro remunerador es Dios, únicamente Dios, que nos impone como ley este amor universal a todos indistintamente...

Y si, como hemos dicho, nos está ordenado amar a nuestros mismos enemigos, ¿a quién podríamos odiar?...

No obstante, aun habiendo sido perseguidos con tan furioso encarnizamiento que no se nos ha respetado ni aún en los brazos de la muerte, jamás se nos habrá encontrado buscando nuestra venganza. Y sin embargo, si nos fuera permitido rechazar el mal con el mal, nos hubiera bastado una sola noche y algu-

nas pequeñas antorchas para vengarnos de algún modo. ¡Pero lejos de nosotros la idea de que una sociedad divina se vengue por medio del fuego humano o que se alija de las pruebas que la hacen conocer!

Que si en lugar de obrar sorda y cautelosamente se tratase de represalias públicas y claras, ¿nos faltarían fuerzas y tropas para ellas? Los mauros, los mareomanos, los partos mismos o cualquiera otra nación encerrada en sus límites es, acaso más numerosa que la que no tiene otros que el universo? Nosotros somos de ayer y llenamos ya hoy todo lo que es de vosotros; vuestras ciudades, vuestras fortalezas, vuestras colonias, vuestras asambleas, vuestras campos, vuestras tribus, vuestras decurias, el palacio, el Senado, el foro; no os dejamos más que vuestras templos...

Segunda parte (c. 46-50)

Canto emocionado a la religión cristiana.

«Ahora voy a describiros a mi vez, las ocupaciones, de lo que se llama la facción cristiana. Hasta aquí he refutado el mal: mostraré, pues, el bien. Por el sentimiento y la práctica de una misma religión, por la unidad de la disciplina y el concierto de la esperanza, constitúmos un solo cuerpo. Nos reunimos para rogar a Dios y arrebatarle, como por la fuerza, lo que le pedimos. Esta especie de violencia le es agradable. Rogamos así por los Emperadores, sus ministros, las potencias, los reinos del siglo y por la paz del mundo y el retardo de su fin. En estas reuniones nos instruimos en las Sagradas Escrituras, que nos advierten o nos iluminan, según las circunstancias en que nos hallamos. Y en efecto; por medio de esta santa palabra alimentamos nuestra fe, levantamos nuestra disciplina inculcándonos sus preceptos. En estas asambleas tienen lugar exhortaciones, castigos y una censura divina; porque en ellas se juzga con gravedad y en presencia de Dios, y es un terrible prejuicio para el juicio futuro el pecar de manera tan grave que haya de verse excluido de la comunión de las oraciones, de las asambleas y de todo santo comercio.

Estas asambleas son presididas por experimentados ancianos que no deben tal honor al oro, sino al buen testimonio que se da por todos de ellos, porque nada de lo que se refiere a Dios puede comprarse. Aunque haya entre nosotros una especie de tesoro, no se forma de ningún tributo vergonzoso establecido para vender la religión. Cada uno aporta a él a fin de mes una módica suma, si así lo puede y lo quiere; porque no se obliga a nadie, y ésta es como el depósito de la piedad, de donde nada se saca para festines, ni para desagradables excesos, sino que se emplea en alimentar a los pobres, enterrarlos, sostener a los huérfanos, a los viejos criados, a los náufragos y a todos cuantos se hallan confinados en las minas y en las prisiones por la causa de Dios.

Y, sin embargo, estas obras de amor son las que más violentamente irritan contra nosotros a algunos de los vuestros. — *Ved cuánto se aman!* — dicen. ¿Pero es que vosotros os odiáis mutuamente — *Y cómo se hallan dispuestos a morir los unos por los otros!* — añaden. ¿Estaréis vosotros, sin duda, dispuestos a degollaros?...

Final del libro

Termina Tertuliano su *Apologético* con un reto valiente, como convenía y como lo es todo él: un verdadero desafío.

«¡Ea!, dice; seguid, buenos presidentes, que os hacéis mejores ante el pueblo si inmolaís cristianos. ATORMENTADNOS, TORTURADNOS, CONDENADNOS, TRITU-

RADNOS. Probación de la inocencia nuestra es la injusticia vuestra. Por eso sufre Dios el que suframos nosotros. Porque aún no ha mucho, al condenar a cierta cristiana al lupanar más bien que al león, habéis reconocido que una mácula en el pudor se reputa entre nosotros más atroz pena que todas las penas y que todas las muertes.

Pero de nada sirven cualesquiera de vuestras más refinadas cruelezas; antes son un estímulo para nuestra "secta".

NOS HACEMOS MÁS NUMEROSOS CADA VEZ QUE NOS COSECHÁIS: SEMILLA ES LA SANGRE DE CRISTIANOS.

Muchos entre vosotros exhortan a sufrir el dolor y la muerte, como Cicerón en sus *Tusculanas*, Séneca en sus *Fortuitas*, Diógenes, Pirrón, Galínico. Mas con sus palabras no hallan ellos tantos discípulos como con sus obras los cristianos.

Esa misma "obstinación" que en nosotros reprendéis es una lección magistral. Porque, ¿quién al contemplarlo no se siente impulsado a examinar qué hay en el fondo de tal fenómeno? ¿Quién tras de examinar el caso no se aceró a nosotros y, después de acercarse, no aspiró a padecer a trueque de comprar la plenitud de la gracia divina, a fin de alcanzar el perdón total mediante el precio de su sangre?

Porque no hay culpa que con el martirio no se perdone.

Cuando nos condenáis vosotros Dios nos absuelve.»

II

ORIGENES

Datos biográficos. — Director de la Escuela Catequística de Alejandría. — Persecuciones y triunfos. — Cesarea. — Sus obras. Su martirio.

Orígenes es uno de los hombres cumbres de la humanidad y, como tal, forma época en la historia del pensamiento humano.

No fué sólo un compilador de toda la ciencia de su tiempo, como San Isidoro, fué también un gran pensador, un creador de ideas originales. Añádase a todo ello una laboriosidad y constancia en el trabajo como se han visto pocas en el mundo.

Aunque no sea más que por sentimiento de justicia debe la Historia detenerse llena de admiración ante su persona y obra inmensa.

Datos biográficos

Orígenes nació en la ciudad de Alejandría el año 185, de familia eminentemente cristiana.

Tuvo por primer preceptor a su mismo padre, el gran Leónidas, mártir glorioso de Jesucristo.

De su infancia y juventud sabemos dos anécdotas emocionantes. Dice Eusebio que «hasta las mismas puntillas de su cuna le parecen dignas de memoria». Siendo aún niño se le veía interesado por las sagradas Escrituras que le enseñaba su padre y hacía tales preguntas sobre ellas que éste tuvo que reprimir sus ardientes impulsos.

Como padre, sin embargo, y como excelente cristiano, llegó Leónidas a sentir veneración y hasta respeto sagrado hacia un tan privilegiado hijo del que daba incesantes gracias a Dios, y por la noche, cuando dormía, le descubría el pecho y se lo

besaba religiosamente como a portador del Espíritu Santo.

Empezaron por aquel entonces los furores de la persecución de Severo. Leónidas fué detenido y llevado a la cárcel. Orígenes era aún un muchacho, pero lejos de intimidarse, lleno de verdaderos anhelos del martirio quiso compartir la suerte de su padre y decidió presentarse a la autoridad para confesar también él su fe y morir por Cristo. La madre tuvo que esconderle los vestidos para que no pudiera salir de casa a ejecutar su intento.

Ya que no podía imitar a su padre ni visitarle en la cárcel para animarle de palabra, el extraordinario joven le escribió una carta llena de la más viril valentía cristiana, felicitándole por su suerte y, para que no se mostrara débil por la solicitud de la familia, a la que su martirio iba a dejar en la miseria, le decía estas tajantes palabras: «Guárdate de mudar de ánimo por causa de nosotros.»

Con razón le llama San Jerónimo «magnus vir ab infantia»: fuerte y extraordinario varón desde su infancia.

Leónidas murió gloriosamente confesando a Cristo. Le fueron confiscados todos sus bienes a la familia, con lo que quedó en el más completo desamparo.

Una viuda rica alejandrina se interesó por ella y le socorrió en todo, pero poco tuvo que ejercer su generosidad. El animoso joven supo portarse como bueno y dando lecciones de Gramática y de Retórica pudo ganarse pronto lo suficiente para alimentarla por sí mismo.

Director de la Escuela Catequística

Fué un caso insólito y que manifiesta bien a las claras la gran estima de talento y de virtud en que se le tenía.

A los 18 años de edad tan sólo, el 202, fué nombrado por el Obispo de Alejandría, Demetrio, Director de la Escuela Catequística. Alto y prestigioso cargo.

Alejandría, capital de Egipto, era en el siglo III de nuestra era, una de las ciudades más florecientes del Imperio, la principal después de Roma y de Atenas. Floreciente en el comercio, pues por su posición favorable estaba en comunicación con el Oriente y el Occidente, Asia, África y Europa, era también un gran emporio de cultura griega y de especulaciones filosóficas.

Los cristianos habían fundado en ella un centro catequístico, instituido primordialmente para instruir en los dogmas del Cris-

tianismo a los paganos que se convertían, pero que pronto llegó a ser la más principal escuela de Alejandría.

El primer Maestro y Director había sido *Panteno*, antes filósofo estoico convertido al Cristianismo; el segundo más célebre aún, su discípulo *Tito Flavio Clemente*, ateniense y convertido también.

El tercero *Orígenes*.

No pudo ser más acertada la elección.

Ninguno ciertamente más apto y digno que él a pesar de edad tan corta. Por su genio extraordinario, por su saber y virtud a toda prueba, superaba en mucho a sus dos predecesores, con haber rayado éstos tan alto.

El novel Director, por su parte, tomó con tanto celo su cargo y desplegó en él una actividad tan asombrosa, que parecía imposible a todos que su cuerpo, débil por complejión y más aún por sus austeridades, no sucumbiese a tales esfuerzos. Los sostuvo, sin embargo, todos los años de su vida, hecho que le valió entre sus contemporáneos, el epíteto de «diamantino» y «entrañas de bronce».

Maravilla, en verdad, lo que este hombre pudo hacer y escribir.

El número de sus producciones se calcula en unas 2.000, en 6.000 rollos.

San Jerónimo dice que «escribió más que otros pueden leer» y se afirmó también de él que para llevar sus obras, se necesitarían varias camellos, «onus multorum camelorum».

En medio de producción tan ingente se veía absorbido también por otras ocupaciones perentorias.

La primera fué la enseñanza, en que alcanzó gran renombre y fama universal y a la que tenía que dedicar gran parte de su tiempo.

Sus clases consiguieron tal prestigio que acudían a ellas hasta los paganos y las mujeres: con frecuencia se daba el caso de tener que trasladar a su auditorio a más grandes locales.

Se daba también a nuevos estudios.

A la edad de 25 años emprendió con todo ahínco el estudio del hebreo para la mejor comprensión de las Sagradas Escrituras. Estudió asimismo muy a fondo los sistemas filosóficos de su tiempo, tomando por maestro al más insigne profesor de entonces, Ammonio Saccas. Lo mismo hizo con la Gnosis para poder refutar el Gnosticismo.

Ni perdonó largos viajes a Grecia, a Palestina, a Arabia y a Roma, a donde llegó ansioso de conocer su antiquísima Iglesia.

Mientras tanto Orígenes vivía pobreísimamente. Siendo Director de la Escuela Catequística de Alejandría no percibía más

sueldo que cuatro óbolos diarios, lo preciso para vivir. Dormía sobre la desnuda tierra, no usaba zapatos, comía poco y vivía sólo para la enseñanza y la oración.

Otro rasgo que muestra altamente su firmeza de carácter y al mismo tiempo lo profundo de sus convicciones religiosas y su fervor de espíritu. Por mala interpretación de las palabras de Cristo: «Hay eunucos... que se castraron a sí mismos por el reino de los cielos», se mutiló a sí propio.

La cosa objetivamente fué un desvarío, pero nadie podrá dejar de admirar la férrea voluntad y amor a su religión y a Cristo de aquel hombre extraordinario en todo.

Persecuciones y triunfos

Parece que un varén tan conspicuo, el mayor genio de su edad y uno de los más grandes de todos los tiempos, había de quedar fuera de los tiros de las pasiones y malquerencias humanas.

Sin embargo, no fué así.

También él tuvo que devorar los más amargos sinsabores aun de parte de los suyos y que más debieran venerarle.

El año 216 se vió obligado a salir de Alejandría y de Egipto para escapar a la persecución de Caracalla. Se refugió en Palestina, en donde permaneció varios años, hasta que en el 231 regresó a su ciudad natal.

Comienza con esta fecha el segundo período de su actividad en la Escuela Catequística, el más glorioso y fecundo del gran sabio llegado ya a la madurez y apogeo de sus conocimientos.

Se ausentó de nuevo para realizar algunos viajes y llegado a Palestina, sus dos grandes amigos, los Obispos de Jerusalén y de Cesarea, le ordenaron de Presbítero.

Ello fué la causa de los mayores disgustos del hombre insignie.

El Obispo de Alejandría que tanta estima había tenido de él y nombrádole Director de su Escuela Catequística, se trocó ahora en el mayor adversario. Ofendido porque creía que le había sido arrebatado a su diócesis con la ordenación de Orígenes por los referidos Obispos, cometió el poco noble acto de publicar el hecho de su mutilación, deponiéndole además de la cátedra y aun excomulgándole.

Ante esta actitud de su Obispo no tuvo más remedio el benemérito sabio que buscar refugio en Palestina, entre sus Obispos benévolos, los que le acogieron con el mayor agasajo.

Se instaló definitivamente en Cesarea y allí continuó su vida y sus estudios con fortaleza de espíritu.

Abrió nuevamente cátedras de Filosofía y Teología y de Sagrada Escritura que llegaron a eclipsar a las de Alejandría. Al mismo tiempo terminó varios de sus libros y particularmente el más notable de todos ellos, las *Hexaplas*.

Las obras

Hablemos ya de ellas.

Queda anotado más arriba que salieron de su pluma unas 2.000. Producción asombrosa que pocos han igualado en la Historia, pero que, por desgracia, ha desaparecido en su máxima parte.

En tres grupos principales podemos dividirlas: *Apologéticas*, *teológicas* y *escripturísticas*.

Apologéticas

A ellas pertenece su *Refutación a Celso*, en ocho libros.

Es una verdadera apología seria e irrefutable.

Celso era un filósofo pagano, platónico, de fácil pluma, pero devorado por un odio irreconciliable contra el Cristianismo.

Para atacarle publicó un verdadero libelo difamatorio, la diatriba más violenta quizás de todo el paganismo contra la religión de Jesucristo. Todo sale allí violentamente injuriado: los libros sagrados, los dogmas, el culto y la misma vida de los cristianos. La Biblia es para él una taracea grotesca de necedades y fábulas ineptas: El autor del Cristianismo y sus discípulos, unos meros vulgares impostores; y sobre todo, la inculpación que más impresión podía hacer a los paganos: Que el Cristianismo y su propagación constitúa el más grave peligro que jamás amenazara contra la prosperidad y aun seguridad del Imperio.

Para salir al encuentro del mal escribió Orígenes su obra en ocho libros. En ella hace resaltar, ante todo, la fuerza moral y perfección de la Iglesia. Sus obras son las que dan testimonio de ella, la defienden y exaltan. «Nunca hubo, dice, mago alguno que moviera a sus espectadores por la virtud de sus pretendidos prodigios a una reforma moral, a la santidad de la vida. Pues eso es precisamente lo que hace la Iglesia. La paciencia de los cristianos, su obediencia a las leyes, su fortaleza en el morir...».

todo demuestra que no deben su origen a un impostor ni a un ambicioso. La difusión constante por todo el mundo y las persecuciones llevadas a cabo contra los cristianos, dan, cada día, a nuestra fe un poder nuevo.»

Añádanse los signos supernaturales obrados por ella; los más estupendos milagros ciertos e irrebatibles; las profecías hechas ya hace milenios y cumplidas manifiestamente en su fundador.

Mas, para poder apreciar todo ese magnífico contenido, añade, se necesita un alma sincera que busque puramente la verdad; una investigación solicita y la aptitud para penetrar en el espíritu de la misma...

Por desgracia no es nada de eso lo que inspira a Celso en su obra. Él no se preocupa en lo más mínimo de comprender las Sagradas Escrituras; no consulta más que su odio: parodia, ridiculiza, desciende hasta la grosería inculta y con semejante proceder, lejos de proyectar claridad y luz, lo obscurece todo; lejos de elevarse se degrada a sí mismo.

Teológicas

Están comprendidas en el libro intitulado *Los principios*, obra filosófico-teológica, o si se quiere, una dogmática o exposición breve de los dogmas y principios de la religión cristiana. En ella es donde se encuentran todos los errores de que sus émulos le acusaron.

Enseña que, si bien la materia es creada, esto es, sacada de la nada por Dios, es eterna y ha existido siempre. La razón que aduce para probarlo es que si Dios hubiera podido no ser Creador un solo instante hubiera recibido después al crear en el tiempo, una perfección nueva.

Nuestro mundo actual, añade, no es más que un momento en medio de una infinidad de mundos que le han precedido y le seguirán... Las almas humanas que existen al presente, pecaron en una existencia anterior y por ello fueron aprisionadas en cuerpos terrenos hasta que sean elevadas a la vida superior a que están destinadas...

Es, como se ve, una especie de metempsicosis, enseñada ya en la antigüedad por los Pitagóricos y por Platón, y actualmente en la India por el Brahmanismo e Hinduismo.

De gran transcendencia ideológica es también lo que enseña respecto a la escatología.

Afirma que, al fin de los tiempos habrá una renovación de todas las criaturas, una especie de retorno a la unidad por la

fusión de todo ser creado en lo increado en la que toda criatura, aun la que es pecadora, purificada lentamente en el fuego vengador por la fiebre de sus remordimientos, entrará, al fin, en la amistad de Dios. Entonces quedará absorbida la muerte, espiritualizado el cuerpo y aun el mundo material transformado. Entonces comenzará el reino de la paz y concordia en el amor...

Ya ve el lector que en esta hipótesis no tiene lugar ni la condenación, ni las penas y apartamiento perpetuo de los réprobos de Dios, qué enseña la fe católica.

Sabemos ya qué opinar sobre estas ideas. Algún autor ha querido vindicar a Orígenes demostrando que esas inculpaciones son falsas, pero no parece seguro su empeño. Más bien hay que confesar que fueron errores verdaderos infiltrados en este libro, escrito en la edad juvenil, y debidos a resabios neoplatónicos.

Hay que añadir, no obstante, en justicia y para defensa suya, varias observaciones.

La primera es que Orígenes siempre fué hijo sumiso a la Iglesia y acató incondicionalmente sus enseñanzas. Hermoso testimonio el que da de ella:

«La Iglesia, dice, es la única que está en posesión de la recta y verdadera fe. Ella sola garantiza el canon de las Sagradas Escrituras. La fórmula de la fe legítima es la que se halla en el símbolo bautismal... Los herejes llevan el nombre de cristianos pero, en realidad, son ladrones y adulteros porque mancillan los castos dogmas de la Iglesia...»

Sus doctrinas, en segundo lugar, no las expone Orígenes con pertinacia ni las da como ciertas y definitivas, sino que las trata con miedo como él mismo afirma.

«Las discuto simplemente, dice, según mis facultades; ejercito en ellas mi espíritu sin querer establecer nada de cierto y definitivo.»

Si a todo esto añadimos que varias veces se quejó de que sus enemigos falsificaban sus escritos y que en no pocos casos, eran éstos reproducciones hechas por sus discípulos de su enseñanza oral o de su predicación, podemos absolver de buen grado, al benemérito sabio. Sus errores fueron meramente materiales e involuntarios; escarceos especulativos, osadías de un gran genio en materias arduas ya de por sí y abordadas por primera vez en la Teología cristiana sin tradición y sin el trabajo desbrozador de otros.

Exegéticas

Son las principales e innumerables: comentarios, escolios, homilías sobre el Antiguo y Nuevo Testamento.

No conservamos más que fragmentos de su ingente producción, pero, por lo que nos queda, podemos asegurar que su exégesis abarcó toda la Biblia.

Con razón ha recibido el nombre de Padre de la exegética. De sus trabajos se valieron todos los Santos Padres, incluso San Agustín...

Nota peculiar de su exégesis son los tres sentidos que distingue en los Sagrados Libros: el *literal*, el *moral* relativo a la formación moral del hombre y el *anagógico* o *místico*. El Antiguo y el Nuevo Testamento se avienen entre sí como el símbolo y la idea, como lo exterior o corteza, con lo interno y medular.

Entre todos los libros de Orígenes merece lugar aparte su obra cumbre, gigantesca para un solo hombre y para su tiempo y de alcance y aientos modernos: las *Hexaplas*. Para fijar el texto genuino de la Biblia que estaba muy deformado por los yerros de los copistas, concibió por primera vez en la Historia la idea genial tan seguida desde entonces, de hacer una edición políglota. Al efecto colocó en seis columnas paralelas y frente a frente: el texto *hebreo* sin vocales, el mismo con caracteres griegos, la traducción de *Aquila*, de *Simmaco*, de los *Setenta* y la de *Teodoción*.

La obra fué comenzada en Alejandría y los recursos cuantiosos para ella proporcionados por un discípulo suyo convertido por él, llamado Ambrosio, sumamente rico. Este gran Mecenas le costeó siete taquígrafos que escribían a sus dictados, más varios copistas que los sacaron en limpio. Se terminó en Cesarea y el original depositado en la Biblioteca de esta ciudad, de donde desapareció al ser tomada la misma por los árabes. Sólo poseemos algunos fragmentos traducidos al latín por San Jerónimo y Rufino.

El martirio

Ya queda dicho que el derramar su sangre y dar la vida por Cristo había sido la gran ilusión de Orígenes desde su juventud.

Envidió la muerte heroica de su padre y hubiera querido asociarse a ella. El martirio se alejó de él por entonces, pero le estuvo acechando durante toda su vida. Dios le guardó, sin

duda, en su providencia, para que fuera el ejemplo y gloria de su Iglesia, pero, al fin, se lo concedió.

Era el año 250, el 65 de su edad.

Corrían los días de la gran persecución de Decio y la furia vesánica del paganismo agonizante que no respetaba canas ni méritos literarios, se encarnizó en él.

Fué apresado y llevado al interrogatorio judicial cargado de cadenas, en que se mostró intrépido confesando sin vacilar su fe cristiana. En la cárcel se le sujetó al tormento de la separación de piernas, en que quedó muy maltrecho su cuerpo: se le amenazó con el fuego y sufrió otros duros suplicios. Pero nada pudo vencer su constancia. Otro cristiano amigo suyo, por nombre Alejandro, fué su compañero de torturas, pero más afortunado que él logró morir en la prisión a consecuencia de las mismas. Orígenes salió con vida y vivió cuatro años más. Con la suerte del amigo le veneraríamos hoy en los altares adorado con la inmarcesible y tan deseada corona del martirio.

Dios se contentó con el mérito.

Por fin murió el año 259 el hombre extraordinario que llenara su siglo, coronado de todas las glorias a que un cristiano puede aspirar en este mundo. Rico en merecimientos y en obras, pero pobre en extremo hasta el último día.

Tenía 69 años de edad y murió en Tiro. Bien puede descansar en paz el héroe del valor y de la santidad, el gran genio de su siglo. Dejaba en pos de sí la más luminosa estela de méritos: discípulos innumerables que le veneraban, libros salidos de su pluma que podían llenar una biblioteca y, sobre todo, ejemplos de virtud en la que sobresalió su fortaleza y humildad cristiana.

III

SAN JUAN CRISOSTOMO

La obra de una madre. — De anacoreta a Presbítero de Antioquía. — Patriarca de Constantinopla. — Eutropio. — El destierro. — Su muerte.

La semblanza de San Juan Crisóstomo hay que comenzarla por su madre.

Refiriéndose a ella exclamó lleno de admiración el retórico pagano Libanio, primer maestro de nuestro joven, según nos refiere su «Vida»: ¡Oh dioses y qué mujeres hay entre los cristianos!»

Santa Mónica se dice que fué dos veces madre de Agustín: de *Anthusa*, que así se llamaba la del Crisóstomo, podemos decir algo semejante. Muerto muy prematuramente su marido, *Secundus*, que desempeñaba el principal cargo militar de Antioquía, *Magister Militum*, quedó viuda cuando apenas contaba una veintena de años: sobre ella, pues, recayó toda la educación de Juan: le dió, por tanto, la vida del cuerpo y del espíritu, plasmando en él su piedad, su fortaleza y grandes dotes de carácter.

A los veinte años era ya abogado y el orador más famoso de Antioquía. Muchos le comparaban con Demóstenes. Todo sonreía en el mundo al superdotado joven y hasta el mismo Libanio quería dejarle su cátedra, pero otros eran los planes de Dios.

Juan no se había bautizado aún siguiendo la extraña costumbre de los tiempos. Se decidió, por fin, a recibir el sacramento y desde allí su vida se dirigió a Dios plenamente. Su índole sincera y amante de la verdad no le permitía ir a medias con el mundo. A su mente se le imponía el evangelio íntegro; quería tomarlo en serio todo él y pensó en retirarse a la soledad, hacer vida de monje.

Mas, ¡cosa terrible para su madre!

¿Qué haría la pobre viuda sin él, que constituía su único consuelo y aliento en el mundo?

El diálogo entablado entre ambos, a raíz de la declaración del joven, fué de lo más patético y conmovedor. Él mismo nos lo refiere:

«Cuando mi madre, dice, se enteró de mi propósito tomóme de la mano y llevóme a la habitación en donde me diera a luz; rompió a llorar y me dijo cosas más amargas que las mismas lágrimas... Me hizo una pintura realista y llena de razón, de los afanes y peligros de una viuda joven. La presencia del hijo querido había sido su sostén y su dicha en medio de la desgracia.

Mi muerte, prosiguió, no está muy lejos: luego podrás tú navegar por los mares de la vida y nadie te detendrá. Pero, mientras tanto yo viva, tolera mi presencia: no te hartes de vivir conmigo ni te atraigas la ira de Dios haciéndome infeliz, ya que en nada te he sido molesta.»

Si es verdad, como reza el adagio latino, *filii matrizant*, que los hijos son, ante todo, el reflejo de las madres, podemos reconocer en la fuerza persuasiva y elocuencia de Antusa, un antícpio de la del futuro Crisóstomo.

No hay que decir que venció la madre. Juan permaneció con ella, sin abandonarla un momento, como el mejor de los hijos, pero cuando ella murió, en el año 373, Juan dió de mano a todo y se retiró al desierto próximo a Antioquía, en donde permaneció durante seis años entregado a la ascesis como un severo monje y a los estudios teológicos. En estos años escribió los dos libros contra los impugnadores del monacato y los seis famosísimos sobre el *Sacerdocio*, en los que canta con el mayor entusiasmo la dignidad y grandeza del mismo, al par que las gravísimas obligaciones que le incumben.

El año 386, muy a pesar suyo, fué sacado de la soledad para crearle sacerdote. Quedó inscrito entre los clérigos de la Capital de Siria a las órdenes del Obispo San Flaviano. Éste, conocedor de las extraordinarias dotes de orador sagrado que le adornaban, le encendió especialmente la predicación. Con ello empezó la carrera que había de extender su fama por todo el Imperio. El entusiasmo que suscitó con sus sermones y el deseo de oírle fué tal que se veía obligado a predicar varias veces al día, aun antes de amanecer y en las primeras horas de la noche para que también los jornaleros pudieran escucharle. Hasta los judíos y los gentiles concurrían a sus sermones y según afirman documentos contemporáneos, tenía que hablar frecuentemente a multitudes de cien mil oyentes, quienes no podían contener a veces el entusiasmo y coronaban su elocuencia con grandes aplausos aun en el recinto sagrado. No eran del gusto del orador estas exteriorizaciones y las reprendía.

«De ninguna utilidad me son vuestros aplausos, les dijo un día; lo que yo quiero es la enmienda vuestra.» Y en otra ocasión: «La gloria del orador no está en los aplausos de los oyentes, sino en su fervor en el bien.»

Había taquígrafos que copiaban sus discursos a medida que él los predicaba; así han podido llegar hasta nosotros en tan gran número, más de mil, generalmente Homilías sobre la Biblia que comentó en casi todos sus libros.

Un acontecimiento desagradable turbó la paz y bienestar de Antioquía en su tiempo.

Con motivo de un impuesto extraordinario estalló en el año 383 una sedición en la ciudad. La turba enfurecida e incontrolada, asaltó la Curia y maltrató al Prefecto. No contenta con eso, se ensañó con las estatuas del Emperador Teodosio, de la Emperatriz y sus hijos.

Después de perpetrada la falta cayeron en la cuenta los antioquenos, de la gravedad del caso. Se temía, como era natural, la venganza y castigo por parte de los ultrajados y se corrió incluso la voz de que iba a ser incendiada la ciudad.

En circunstancias tan azarosas el pueblo estaba aterrado y como fuera de sí aguardando el castigo inexorable. El Obispo Flaviano tomó sobre sí el papel de mediador y marchó presuroso a Constantinopla a aplacar a Teodosio y pedir perdón por la locura del pueblo... Mientras tanto quedó el Presbítero Juan al frente de la Iglesia y con la fuerza de su palabra logró hacer reanimar los abatidos ánimos y moverlos a penitencia para merecer de Dios el perdón que gestionaba su Obispo. *Veinte días* duraron la ausencia y gestiones del Prelado que, al fin, volvió con el indulto. Durante ellos dirigió el Crisóstomo a los antioquenos los bellísimos discursos que se conocen con el nombre de las *Estatuas* y que son la demostración más grande de la elocuencia cristiana de los primeros siglos.

Patriarca de Constantinopla

La elevación de simple clérigo de Antioquía a la sede primada de Oriente le vino al Crisóstomo por mediación de un hombre funesto de su tiempo: El famoso eunuco *Eutropio*.

Era éste el favorito de Arcadio, hijo y sucesor del gran Teodosio, que acababa de morir, pero que de tal manera se portaba que, como dice un autor contemporáneo, gobernaba al Emperador y al Imperio.

En uno de sus viajes al Oriente había conocido los extra-

ordinarios méritos y cualidades que adornaban al joven sacerdote antioqueno y puso los ojos en el gran orador para llevarle a la corte. En efecto, muerto el Obispo de Constantinopla, le hizo sucesor suyo.

¿Quién hubiera podido adivinar entonces los terribles lances que habían de mediar más tarde entre ambos? Pero así son los contrastes de la vida.

Difícil era sacar a Juan de Antioquía, ciudad que le idolatraba, y era posible que si se procedía abiertamente se produjera un alboroto. Por eso procuró Eutropio que se hiciera sigilosamente y con engaño.

La consagración y nombramiento de Patriarca se efectuó con toda solemnidad. El pueblo recibió gozoso al nuevo Prelado cuya fama se había extendido ya por todas partes y desde el principio le amó entrañablemente y estuvo siempre de su lado en pruebas y bienandanzas.

«Una vez tan sólo os he hablado, les dijo uno de los primeros días, y ya siento hacia vosotros el afecto de los que se han criado juntos... Estoy unido a vosotros por los lazos de la caridad como si de mucho tiempo hubiera gozado de las dulzuras de vuestro trato. Esto proviene no de que yo sea accesible a la amistad precisamente, sino de que vosotros sois amables sobre todo el mundo.»

Uno de sus primeros cuidados fué ordenar la propia casa.

Examinó cuidadosamente las cuentas del Ecónomo que manejaba los bienes de la Iglesia y encontró varios gastos que le parecieron inútiles y en particular los que se referían a la persona del Obispo. Inmediatamente cercenó el abuso aplicando lo superfluo a la beneficencia hacia los pobres. Construyó varios Hospitales en Constantinopla, que fueron los primeros creados en la Iglesia y en el mundo y exhortaba a los fieles que tuviera cada uno su Hospital doméstico para los pobres.

Eutropio

¡Inconstancia de la humana fortuna!

El favorito de Arcadio era un cínico y malvado. Arruinaba las Provincias, vendía los cargos, proscribía a inocentes y se apoderaba de sus bienes y hasta se había empeñado en abolir el derecho sagrado de asilo en el templo para no encontrar escondite en ninguno de sus atropellos.

Al fin tuvo que expiar sus delitos. Cayó repentinamente en desgracia y un día recibió la orden tajante y aterradora de salir inmediatamente de la corte, con prohibición, bajo pena de muerte, de presentarse ante el Emperador.

Herido por este terrible golpe y más aún por el recuerdo de sus incontables crímenes, no tuvo más remedio el infeliz Eutropio que acogerse al asilo de la Iglesia que él tan encarnizadamente había combatido.

Corrió a ella enloquecido y se abrazó convulso a una columna junto al altar. El Emperador envió sus guardias para arrancarle de allí a la viva fuerza, pero ¡venganzas de la Iglesia! El Patriarca se opuso a la violencia y no permitió a los mismos la entrada en el templo... El Crisóstomo es conducido a la presencia del Emperador como rebelde, pero obtiene que se respete el derecho de asilo tan tradicional en la Iglesia y sólo combatido por el infeliz desalmado.

El pueblo se entera de lo que ocurre y renace en él el rencor hacia el favorito por tantos crímenes, vejaciones e injusticias cometidas y en grande muchedumbre se dirige a la Iglesia dispuesto a vengarse.

El espectáculo es soberanamente trágico.

El imperioso Ministro, tan honrado hasta la víspera, aplaudido en el Circo y en los teatros, rodeado de aduladores en todas partes, se encuentra ahora en la situación más desesperada y afflictiva. Allí aparece, pálido, temblando, asido a la columna sin otra ligadura que el terror. Las turbas hostiles le rodean: Es un león abatido sobre el que se blandía el afilado cuchillo.

En estas terribles circunstancias subió al púlpito el Crisóstomo para obtener uno de los mayores éxitos oratorios de la Historia: Hacer que se respetase el asilo santo; alcanzar el perdón para el hombre odiado a quien las turbas enfurecidas piden impacientes para la muerte.

El discurso del santo es improvisado, pero genial. Ni Cicerón ni Demóstenes hubieran estado a mayor altura.

Empieza echando en cara al delincuente sus crímenes, pero amansando, al mismo tiempo, a la muchedumbre por el espectáculo de la desgracia, de la inconsistencia de las cosas humanas y el estado lastimero del hombre desgraciado. Después acomete el reducto que parecía inexpugnable: el apaciguamiento del deseo de venganza por tantos crímenes y el perdón generoso para el inerme cogido como una fiera en su cubil. Y lo consigue en su magistral discurso.

Copiamos algunos párrafos del mismo:

«Vanidad de vanidades y todo vanidad, empieza diciendo en incomparable exabrupto: ¿Dónde está ahora el esplendor y brillo del consulado? ¿Dónde se esconden las hachas encendidas que precedían siempre a este hombre en su camino, las danzas y aclamaciones, los banquetes y las fiestas? ¿Qué se han hecho las coronas y ornatos de su cabeza, el ruidoso entusiasmo de la ciudad y los vítores en el Circo?»

Todo eso ha pasado ya. Ha venido inesperadamente la más fuerte borrasca y echó por los suelos las pomposas hojas y se muestra ahora despojado el esqueleto del árbol.

¿En dónde están los falsos amigos, los convites y cenas? ¿En dónde el enjambre de parásitos...?

Todo desapareció: no eran más que un sueño de la noche y ha venido el día, se esfumó; eran flores de primavera y pasada ésta se marchitaron, fueron una mera sombra y pasó de largo; humo y se disipó, burbujas de jabón y reventaron, telas de araña y se rompieron. Por eso decimos con frecuencia el dicho del Espíritu Santo: Vanidad de vanidades y todo vanidad... Sentencia que había de estar grabada en las paredes, en los vestidos, en la plaza, en las casas, en las calles, en las puertas y en los atrios y, sobre todo, en lo íntimo de la conciencia de cada uno para meditarla con frecuencia: Vanidad de vanidades y todo vanidad.»

Después de este exordio que desarma cayendo como una lluvia sobre la ira del auditorio, se vuelve al desgraciado Eutropio y le reconviene.

«No te acuerdas que te repetía con insistencia que las riquezas son fugaces...? ¿No te añadía que eran siervos ingratos de que nada podía esperarse? Pero tú cerrabas los oídos y no escuchabas. Pues mira la realidad. Ella te dice ahora elocuentemente que no sólo son siervos fugitivos e ingratos, sino homicidas que te han llevado hasta el trance en que te encuentras...»

¡Contraste aleccionador!

Aquellos numerosos paniaguados que antes apartaban adulones delante de ti a los transeúntes cuando tú pasabas por la calle, y por todas partes se deshacían en alabanzas tuyas... huyeron; más aún: niegan ya tu amistad, buscando su propia seguridad en tu peligro... En cambio la Iglesia por ti tan hostilmente tratada, ha abierto su maternal regazo para acogerte... Te lo decíamos frecuentemente: Combates locamente la Iglesia y con ello te precipitas en la ruina... y he aquí que hasta la multitud del Circo en el que derrochaste el dinero afila ahora contra ti la espada; la Iglesia, en cambio, mira cómo se mueve para poder socorrerte en el peligro...»

El auditorio está ya preparado: no se ven más que caras meditabundas y aun lágrimas en muchos ojos. Entonces continúa el orador, volviéndose a él:

«Digo todo esto, hermanos, no para insultar al desgraciado en su infortunio, no para hundir más el naufrago, sino para enseñanza de los que navegan prósperamente no sea que también ellos se vean caídos un día en el profundo... Y también para ablandar vuestro ánimo y llevarle a la commiseración. Conten-taos con la pena ya grande caída sobre él.

Me decís con indignación, que se acoge a la Iglesia el que continuamente la insultaba. Así es:

Pero piénsalo bien: eso es precisamente lo que más glorifica a la Iglesia y muestra su poder y su clemencia. Su poder, porqué Eutropio ha llegado a la desgracia por la guerra que le hizo: la clemencia, porque ahora saca ella su escudo y lo defiende en el apurado lance y, olvidada de las injurias pasadas, le abre amantísima su seno...

«Esto es, exclama imponente ya e irresistible el Crisóstomo: «esto es el mayor de los trofeos y la más ilustre de las victorias; esto lo que confunde a los judíos y a los gentiles: el que perdoná al enemigo vencido y, viéndole rechazado y perseguido por todos, ella sola, como una madre cariñosa le oculta

bajo su manto contra la ira del pueblo y del mismo Emperador. Este es el mayor ornato del altar..."

»Vaya un ornato, me contestas: permitir que se acoja a él a un hombre malvado, avaro y rapaz. No digas eso, hijo mío. También la meretriz tocó pies de Cristo, siendo tan impura; sin embargo no lo juzgó un crimen el Salvador, sino más bien, le dió la mayor alabanza y la admiró, porque no ofendió la impura al puro, sino que Cristo puro e inculpable purificó con su contacto a la meretriz pecadora...

No seas rencoroso oh cristiano, pues somos siervos de aquel Crucificado que dijo: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».

El triunfo fué completo.

El pueblo, que no había traído a la Iglesia más que sentimientos de odio y de venganza, salió gimiendo conmovido e implorando misericordia a Dios y clemencia al Emperador.

El destierro

El santo Obispo siguió la ruta trazada por su deber de Patriarca: El ejercicio de la caridad y la predicación asidua.

Su palabra era a veces terrible, sobre todo contra el lujo y el boato de muchos, especialmente de la corte.

En una ciudad en donde pululaban los pobres, los hambrientos, los que morían de inanición, era repugnante el espectáculo del lujo loco de otros.

Un día empezó su sermón de esta manera en Antioquía:

«Os traigo hoy una embajada, una triste noticia... Al atravesar la plaza he visto yaciendo en tierra los desgraciados que tiritaban de frío y padecían hambre...»

Siguió después la pintura desgarradora de la miseria y como contraste, la descripción de los palacios opulentos, de las telas bordadas, de los vestidos suntuosos, de los zapatos de seda que llevaban al ágora para que fueran la admiración de las gentes.

Todo esto podía verse más aún en Constantinopla.

El lujo allí era asiático; las fiestas y banquetes de algunos felices, opíparos; los derroches sin medida. La corte era la que más escándalos daba en esta parte.

No hay que decir que el Santo Patriarca no calló, ni podía callar. Levantó su voz energética en nombre de la Iglesia condenando tales abusos y llamando a los de arriba, sobre todo para que dieran ejemplo y se preocuparan más de los hambrientos que de lujos y orgullos inmoderados.

Pero esto, ya se ve, le había de acarrear la enemiga de los grandes, especialmente de la Emperatriz, mujer dominante y vanidosa.

Eudoxia le había cobrado odio a muerte.

El Patriarca lo sabía, pero seguía imperturbable.

«¿Qué puedo temer yo?», dijo en un sermón. «La muerte? Ya sabéis que Cristo es mi vida. ¿La pérdida de los bienes?»

Nada hemos traído a este mundo y nada de él nos llevaremos. Desprecio todos los terrores, y no hago caso de los bienes. Ni temo la pobreza ni deseo la riqueza, no me aterra la muerte; y si deseo vivir es únicamente por el bien de vuestras almas.»

Y añadió estas terribles palabras en que vieron una alusión a la rencorosa Emperatriz:

«Sabéis la verdadera causa de mi desgracia?

El no haber puesto en mi casa ricos tapices, ni vestidos de oro y de seda ni halagado a la moliecie y a la sensualidad de las gentes.»

«Algo queda aún de la raza de Iezabel y la gracia combate aún a favor de Elías. Herodías sigue pidiendo la cabeza de Juan y por eso danza.»

La conjuración empezó a urdir su trama contra el Santo Patriarca, amplia y sañuda.

Palaciegos, nobles, la familia imperial, incluso clérigos y obispos ambiciosos entraron en ella.

Llegado el momento arrebataron al Santo y lo metieron en un navío para deportarlo. El pueblo le despidió llorando, mientras él bendecía a Constantinopla.

Al día siguiente se sintió en la capital del Bósforo un violento temblor de tierra y todos vieron en él una demostración de la ira de Dios por el destierro del Patriarca. La misma Emperatriz quedó tan llena de pánico que dió inmediatamente los pasos necesarios para su regreso.

Este fué algo apoteósico. El entusiasmo y regocijo del pueblo fué desbordante. Los vítores y aclamaciones se sucedían sin interrupción en un río de público que llevaba como una ola gigantesca hacia la Iglesia, al Santo Patriarca.

De nuevo estaba el Crisóstomo en su cátedra sagrada. Las primeras palabras fueron éstas:

«¡Bendito sea Dios!»

«Lo dije al marchar y lo repito al volver y no me cansaré de decirlo...»

«Desterrado bendecía; vuelvo del destierro, sigo bendiciendo.»

«El verano y el estío tienen un mismo fin: la fertilidad de la tierra. Bendito sea el Señor que desencadena la tormenta y bendito sea el Señor que restablece la calma.»

Poco debía de durar la bonanza, sin embargo.

El orgullo femenil de Eudoxia estalló de nuevo.

Otra vez fué el gran Patriarca apresado y conducido a Arme-

nia. Allí vivió tres años con los de la región trabajando para traerlos a la fe.

El mundo cristiano se había conmovido ante su caso y de todas partes le llegaban visitas y cartas alentadoras, de lo mejor de la Iglesia que se acordaba de él. El mismo Papa le escribió y él, agradecido, le contestaba :

«El cuerpo habita en un punto de la tierra, pero la caridad está en todas partes. Aunque separado por tantas tierras estoy al lado de V. S.... Entre el hambre, la guerra, el contagio, los asaltos continuos, la soledad sin fin, la espada de los bárbaros, es para mí el mayor de los consuelos el que V. S. se acuerde de mí, me ame y me bendiga. Con semejante protección iría sin pena al lugar más desolado de la tierra.»

Al finalizar el tercer año fué trasladado a la costa oriental del mar Negro por el temor que abrigaba la corte al gran movimiento levantado en favor suyo. La marcha fué lenta por el agotamiento en que se encontraba el Patriarca.

Tres meses duraba ya el penoso viaje. Pero no pudo llegar al lugar del destino. Al pasar por el pueblo de Comana se sintió morir; pidió que le entraran en una ermita que se hallaba a la vera del camino y allí entregó su espíritu al Creador. Ni una queja, ni una inculpación contra sus enemigos.

Sus últimas palabras fueron : «Gloria a Dios en todo».

Así mueren los Santos.

Iabel había triunfado de nuevo y Herodías había conseguido el fruto de su danza.

Era una de tantas injusticias y maldades de la vida que salen incólumes y vencedoras. Mientras *arrastra cadenas la inocencia, sube la fraude al tribunal augusto.*

Pero no importa : *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.*

Eso demuestra, en todo caso, la necesidad en la providencia de Dios, de la existencia de otra vida en donde restablezca el orden y dé a cada uno lo suyo.

IV

SAN JERONIMO

Literato y clasicista. — En el desierto de Calcis. — Antioquia, Constantinopla, Roma. — El insigne escripturista. — Fundador de Cenobios.

Un autor moderno define así al gran Doctor Escripturista: «Gigante espiritual como San Agustín, pero de diverso género; más erudito y menos filósofo; menos Maestro que defensor de la fe, llamado por eso el león de la polémica cristiana» (1).

Fué natural de Stridón de Panonia, en la actual Dalmacia y nació probablemente en 331, de padres ricos y cristianos.

A los 15 años, sin haber recibido el bautismo todavía, fué llevado a Roma a perfeccionar sus estudios, para los que se le veía dotado extraordinariamente. En la ciudad eterna tuvo maestros tan distinguidos como el gramático Donato y el retórico Victorino, quienes le infundieron un amor apasionado a los clásicos latinos, especialmente a Cicerón y a Virgilio.

En la flor de la edad era ya un orador elocuente y un escritor erudito y clásico que escribía el latín como ninguno de su tiempo. Esta cualidad le distinguió toda su vida, hasta el extremo de tener escrúpulos de conciencia más tarde, cuando dedicado ya a Dios y a las divinas letras, escribía con la elegancia y casticidad latina de Marco. Tulio.

Famoso es a este respecto lo que él mismo nos cuenta, acaecido en sueños. Hostigado por los fantasmas de la fiebre se vió, una noche, emplazado repentinamente ante el tribunal de Dios. «¿Quién eres tú?», le preguntó el Juez divino. «Un cristiano», repuso él. «Mientes; tú no eres cristiano: eres un ciceroniano, pues donde está tu tesoro allí está tu corazón.»

En su vida como estudiante en la corrompida Roma, parece que cedió a los halagos de las pasiones y asistió con frecuencia a saraos y fiestas lascivas.

El recuerdo que conservó de ellas en sus años posteriores fué

(1) «Historia Universal», Weiss-Ruiz Amado, IV, p. 255.

muy triste por los pecados cometidos y por las huellas de fantasmas impuros que le dejaron y que le asaltaban continuamente en los primeros años después de su conversión, aun en medio de sus terribles austeridades en el desierto.

No vaya a creerse, sin embargo, que lo perdió todo el joven alegre en sus galanterías y amores frívolos. Conservó lo principal, lo que le había de regenerar y llevar a los altares: la fe cristiana y religiosidad recibida en el hogar doméstico y su amor y entusiasmo por los héroes del Cristianismo. Es significativo el hecho de que gustaba en aquel tiempo visitar frecuentemente las Catacumbas de Roma para meditar en la soledad de sus sombríos corredores y emocionarse ante los nichos de los gloriosos atletas de la fe, cuyas virtudes y santidad estaba entonces tan lejos de seguir.

En el desierto de Calcis

Hacia los veinte años de edad tuvo Jerónimo su camino de Damasco.

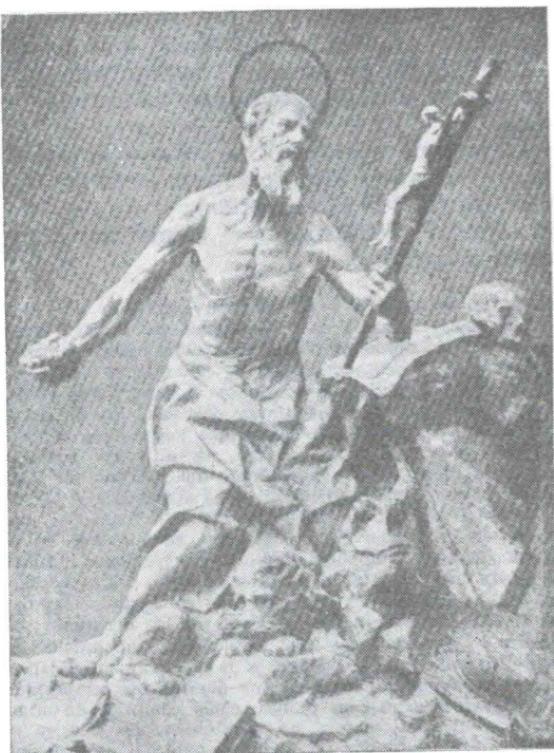
Acababa de morir inesperadamente a los 32 años el Emperador Julian el Apóstata, atravesado por una saeta en la guerra contra los persas. Muchos aun paganos vieron en tan súbita y desastrosa muerte un evidente castigo de Dios por su persecución al Cristianismo. «Dicen los cristianos, exclamaba un filósofo gentil, que su Dios es bueno y misericordioso; al menos no lo ha sido con Julian, pues su venganza contra él ha sido clara y fulminante.»

Parece que el caso impresionó vivamente al joven estudiante deslumbrado por el mundo, y le hizo entrar dentro de sí.

Se decidió a recibir pronto el bautismo que le administró el Papa Liberio y cambió por completo el rumbo de su vida.

Deja los devaneos mundanales, se da a lecturas y estudios cristianos y viaja largamente por Asia y por Europa. En 374 llega a Antioquía cuando apenas tenía 30 años. En esta ciudad se detiene una temporada: oye contar los hechos encantadores de Pablo primer Ermitaño y con el mayor entusiasmo y cariño escribe su vida. Fué su obra primeriza, pero verdadera joya literaria. A ella siguieron otras dos más: las de *Malco* e *Hilarión*, monjes también. Se perfilaba en él la vocación a la soledad y a la ascesis y se determinó a seguirla; le impulsaba también la necesidad sentida de hacer penitencia por sus pecados de Roma.

Salió, pues, de Antioquía y se encaminó al desierto cercano, llamado de Calcis, en donde había numerosos monjes y anacoretas que rivalizaban en austeridades con los de Egipto.



San Jerónimo en el desierto haciendo penitencia

(Salzillo. Murcia)

Días espantosos le esperaban.

Jerónimo iba a la soledad en busca de paz y de lágrimas sosegadas, pero Dios le quería hacer sentir toda la aceridad que con frecuencia hace gustar a los santos.

Los ayunos, las vigilias y penitencias más terribles apenas contaban. Eran las penas del alma: las tentaciones, los fantasmas lúbricos de su vida de estudiante, los escrúpulos y apuros de conciencia...

Había de ser guía espiritual de otros y entraba en la providencia hacer que antes experimentara en sí las lides del espíritu y las amarguras de la expiación.

He aquí el relato patético que él mismo nos dejó escrito, de sus memorables luchas:

«¡Cuántas veces en aquella vasta soledad calcinada por el fuego del sol creía yo encontrarme en medio de las delicias de Roma! Estaba solo y mi alma entregada a sus tristezas. Un saco sucio deformaba mi cuerpo y mi carne tostada presentaba el aspecto de un etiope. Lloraba y gemía a todas horas; y si, a pesar de mis esfuerzos, me dominaba el sueño, mis huesos mal unidos parecía que se quebraban sobre la tierra desnuda. No quiero mencionar mi comida y mi bebida; en aquel desierto apenas los monjes enfermos se atreven a probar un poco de agua fresca; tomar un alimento cocido se tiene por destemplanza. Pues bien, yo que por temor del infierno me había condenado a una cárcel en la que convivían conmigo las serpientes y las fieras, me veía, con frecuencia, entre las danzas de los jóvenes de Roma. El ayuno debilitaba mi cuerpo, pero en el cuerpo helado, el alma se abrasaba en deseos; en mi carne medio muerta ardía aún el incendio de las pasiones culpables. En medio de aquella desazón me arrojaba a los pies de Jesús; los regaba con lágrimas, los enjugaba con mis cabellos y con semanas de ayunos trataba de domar la materia rebelde. No me avergüenzo de confesar mi desgracia; lloro más bien por no ser ahora lo que entonces era. Me acuerdo que muchas veces exhalaba gritos lastimeros cuando el día sucedía a la noche y no cesaba de golpearme el pecho hasta que la palabra de Dios que domina las tempestades, restablecía la calma. Mi celda misma me era odiosa, como cómplice de mis pensamientos. Siempre irritado contra mí mismo me iba internando solo en el desierto. Al encontrar algún valle profundo, un monte áspero, algunos peñascos abruptos, los convertía en el lugar de mi prisión y en calabozo de mi cuerpo miserable. Pero el Señor me es testigo: a veces después de haber llorado mucho y contemplado largamente el cielo me sentía transportado y me veía entre los coros de los ángeles». (Epist. a Eustoquio, XXII.)

Antioquía, Constantinopla, Roma

Tres años duró la estancia de Jerónimo en el desierto, al fin de los cuales salió de él en dirección a Antioquía. Había quedado extenuado, con los huesos solamente y la piel ennegrecida. Cuando se presentó de nuevo en la capital de Siria era una perfecta imagen del Bautista.

El Obispo de la ciudad, Paulino, se empeñó en ordenarle de sacerdote, a lo que accedió él a condición de que podría seguir

siendo monje, cosa que no pudo realizar hasta más tarde, casi en los últimos años de su vida.

En el 378 pasa a Constantinopla y allí vive con su gran amigo el Patriarca del Oriente San Gregorio Nacianceno, tres años. En este tiempo se dedica especialmente a traducir al latín algunos Padres Griegos, en particular las homilías de Orígenes y la Historia Eclesiástica de Eusebio. En 382 le vemos en Roma en compañía de los Obispos del Oriente convocados en Concilio por el Papa San Dámaso. Da tan buena cuenta de saber en las consultas que se le hacen que el Papa le toma como *secretario* suyo.

Ha llegado la hora del apogeo de su gloria.

En Roma y en estas circunstancias es donde da comienzo a las dos grandes obras que le inmortalizaron y le hicieron tan benemérito de la Iglesia: La versión de las sagradas Escrituras y la dirección espiritual de personas selectas que le llevaron a ser fundador de Cenobios.

El Escripturista

El primer impulso en esta dirección de la actividad de Jerónimo le vino del Papa Dámaso. Este gran Mecenas de los méritos literarios hacia tiempo que abrigaba la idea de dotar a la Iglesia Occidental o latina de una versión completa y lo mejor lograda posible, de toda la Biblia. Le pareció que nadie más a propósito por su cultura y conocimientos especiales en la materia que el insigne dálmata que poseía perfectamente el griego y conocía lo suficientemente el hebreo para la empresa. En efecto, Jerónimo, estando en el desierto, en los años de su penitencia, había abordado con tesón el estudio de la lengua hebrea, como si presagiara los futuros trabajos bíblicos. Su maestro había sido uno de sus compañeros eremitas, judío de nacimiento, que convertido al Cristianismo vivía en aquellos mismos parajes y le ofreció caritativamente su ayuda. Más tarde, estando en su retiro de Belén, nos cuenta él mismo cómo recibió lecciones particulares de otro judío, aunque no tan caritativo y desinteresado como el de Calcis, pues le exigía una gran paga.

Jerónimo puso manos a la obra, y parte traduciendo directamente del original hebreo, parte revisando traducciones latinas ya hechas, después de un trabajo gigantesco que enaltece su memoria, pudo llevar a feliz término su cometido.

Era la llamada *Vulgata*, el texto oficial de la Iglesia latina durante tantos siglos y de que ésta le quedará eternamente agradecida.

La gran obra salía, al fin, en la paz y sosiego de Belén, en

su monasterio construido por él mismo junto a la gruta del Nacimiento del Señor. Santa Paula le proveía de los libros necesarios: y sus monjes escribían a su dictado, corregían y copiaban con asiduidad y celo infatigable. Se terminaba el gran monumento el año 405 y había costado quince de incesantes fatigas. Obra de crítica, de cotejo detenido de manuscritos, de erudición nada escasa y que sólo podía compararse con la de Orígenes.

El estilo y lenguaje que siguió San Jerónimo fué el apropiado para el caso: corrección y elegancia en cuanto se podía sin esclavizar jamás la idea y la exactitud al verdadero texto. Su lema fué: fiel interpretación del sentido, en primer lugar y sólo en segundo el lenguaje y la belleza de la parte literaria. La Sagrada Escritura es la palabra de Dios y ésta es un tesoro intangible que debe respetarse fielmente, aunque sea necesario emplear para ello palabras o estilo menos elegante y aun bárbaro.

Fundador de Cenobios

Durante su estancia en la ciudad eterna había el secretario del Papa atraído con su elocuencia y saber y, sobre todo, con su fervor religioso, un grupo de damas de la más alta aristocracia romana que acudían con asiduidad a oír sus enseñanzas y recibir su dirección espiritual.

Entre ellas se encontraban los nombres siguientes: *Marcela*, de origen nobilísimo, descendiente de los Escipiones. Casada en su juventud, había enviudado pronto y llevada del amor a Dios, rechazados muchos pretendientes, había tomado el partido de una continencia irrevocable. Repartió a los pobres sus joyas y pedrería, su túnica de oro y su anillo de patricia y vestida con un pobre sayal se entregaba a la lectura de los libros santos y a la más rigurosa ascesis.

La segunda era *Asela*, entrada ya en años, pero venerada de todos por su gran virtud. Muy jovencita había dejado también sus collares y adornos y comenzado a seguir de cerca a Jesucristo. Ayunaba semanas enteras, pero sumamente buena y afable con todos, amaba con predilección a los indigentes, con quienes compartía todo lo suyo.

La tercera *Lea*, viuda ejemplarísima, que después de abandonar una vida de gran fausto se había convertido en protectora de Catecúmenos, a los que había construido un espléndido edificio.

Seguía *Marcelina*, hija del Gobernador de las Galias, admitida ya desde su juventud entre las vírgenes del Señor. Venían después, *Feliciana*, *Felicidad* y *Fabiola*.

Era ésta del linaje de los Flavios. Poseedora de una inmensa

fortuna, la puso toda al servicio de Dios y de los pobres. Fundó un Hospicio de peregrinos en la desembocadura del Tíber y el primer Hospital de Roma, y con el amor de un ángel cuidaba aun de los afectados de las más asquerosas enfermedades. De Persia, de Egipto, de Britania venían acciones de gracias de personas a quienes había salvado. Cuando murió toda Roma acompañó su féretro, honrándola así paganos como cristianos.

San Jerónimo exclama: «No; ni Camilo triunfó tan gloriosamente de los galos, ni Escipión de Numancia, ni Pompeyo de los pueblos del Ponto.

Innumerables fué la muchedumbre que precedía al féretro, y la corriente del pueblo que se le juntaba; ni las plazas, ni los pórticos, ni los tejados de las casas bastaban para contenerla. Roma vió reunidos allí todos los diversos pueblos que contiene tanto amigos como aliados para alabar la gloria de una penitente» (Hist. de Santa Paula).

Finalmente *Paula*, con sus cuatro hijas, *Blesila*, *Paulina*, *Eustaquio* y *Rufina*.

Paula era descendiente de la primera nobleza, muy rica y de notable cultura, pues hablaba el griego y el hebreo y cantaba salmos en esta lengua. De ella decía San Jerónimo que «era imposible encontrar un espíritu más obediente y humilde que el suyo». Se había transformado de dama ostentosa en la mujer más sencilla, modesta, penitente y amable para los menesterosos.

La casa de esta gran dama era el punto de reunión, el distinguido Cenáculo espiritual del que hablábamos antes y para cuya dirección fué invitado Jerónimo.

Su cometido lo llevó el agraciado a plena satisfacción de la selecta concurrencia. El aclaraba sus dudas, gobernaba sus conciencias, explicábales las sagradas Escrituras y encauzaba acertadamente el ejercicio de su espléndida caridad y beneficencia.

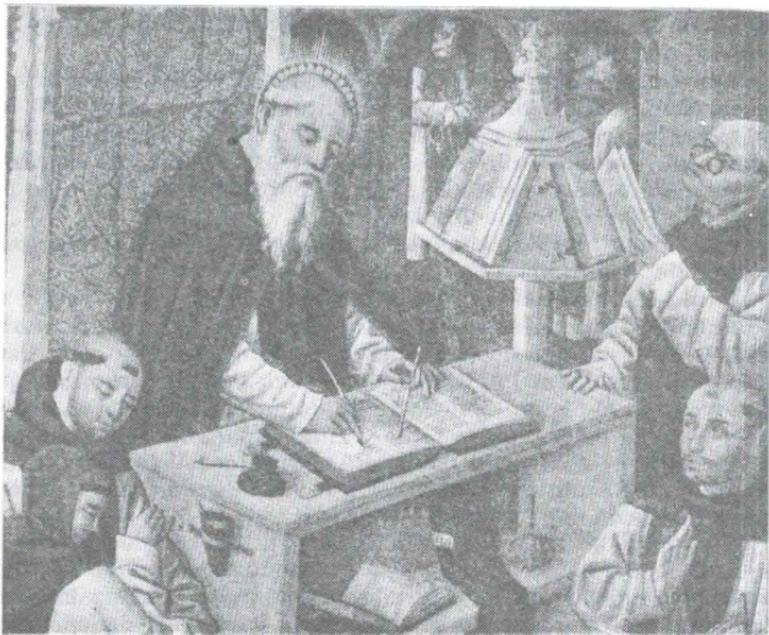
De este Cenáculo podemos decir también que salieron los futuros cenobios de Belén.

Trasladémonos junto al pesebre del Señor.

Allá ha llegado, por fin, el presbítero dálmata después de un año de peregrinar incesante por Chipre, por Palestina, por Egipto. Había visitado Cenobios orientales y Luras de Palestina y venía decidido a terminar sus días en la paz del Monasterio entregado por completo a la gran obra, anhelo e ilusión de su vida, la versión de las sagradas Escrituras. El Papa Dámaso, que tanto le apreciaba, había faltado ya y este triste suceso, unido a las envidias y persecuciones de que fué objeto, le habían determinado a abandonar definitivamente la ciudad de los Césares que seguía siendo para él una nueva Babilonia. La Pro-

videncia lo había permitido todo sin duda, porque iba a quedar libre al fin para dedicarse de lleno a la gran obra.

Llegó a Belén llevando consigo unos cuantos compañeros decididos a compartir también su vida de ascesis y de retiro y allí quiso morar lo restante de su vida. Con lo poco que le quedaba de su patrimonio y con la ayuda de Paula, construyó un monasterio suficientemente capaz para sí y para sus compañeros



El Estudio de San Jerónimo (*Maestro Segovia. Museo Lázaro*)

presentes y por venir. Lo levantó junto a la Iglesia de la Natividad.

Era el primero de la nueva orden que surgía en la Iglesia y que plasmada por él había de heredar su espíritu para el bien del Cristianismo.

No lejos erigió Paula otro para sus compañeras, y además una Hospedería para peregrinos.

De todas partes acudían a las nuevas fundaciones hombres y mujeres deseosos de los bienes de la vida monástica, la paz y el exclusivo servicio de Dios. La unión y caridad, al par que el fervor religioso, reinaban en ambas comunidades y Jerónimo

daba gracias incesantes a la Providencia de que, al fin, podía dedicarse a él sólo.

Del espíritu de humildad, de oración y amor al trabajo del monasterio de Paula nos habla San Jerónimo lleno de la mayor satisfacción y alegría. Es un rebaño de ovejuelas del Señor que le aman de todo corazón y con simplicidad de espíritu y cantan incesantemente sus divinas alabanzas.

Respecto del suyo no es menor el entusiasmo por la docilidad y espiritualidad de sus monjes.

En una carta dirigida a Paula, Eustoquio y Marcela, pinta con el mayor contento y gozo de espíritu la santidad que en él florece. Habla de los que continuamente vienen a cobijarse bajo el amparo santo de sus muros huyendo de los ardores y maldad del mundo y dice emocionado :

«De todas las regiones vienen acá para dar ejemplo de todas las virtudes. Son diversas sus lenguas, pero la religión es la misma... Entre ellos no se ve asomar la soberbia; ninguno se enorgullece de su castidad, y si disputan es por obtener el lugar más humilde y el último de todos no deja de ser estimado como el primero. No se juzgan los unos a los otros por el temor santo del juicio de Dios. La maledicencia, tan común en otras partes, donde unos devorarían a los otros, es desconocida aquí completamente. Nada hay tampoco que respire lujo ni sensualidad... En esta campiña de Cristo es todo simplicidad y, excepto cuando se oye el canto de los salmos, todo silencio.»

Se encontraba Jerónimo feliz.

«Mi gusto, prosigue, es la soledad y el campo. Comemos aquí pan muy rústico, hierbas segadas con nuestras manos, leche y otros alimentos campesinos, sencillos e inocentes. Con este género de vida, el sueño no puede descarriarnos de la oración; la pesadez del estómago no impide la lectura. En verano, la sombra de algún árbol ofréndonos refugio, en otoño nos brinda descanso, bajo un cielo benigno, algún techo de hojarasca; en la primavera las flores pintan los campos y el canto de los salmos resulta más dulce entre los trinos de los pajarillos. Cuando llega el invierno con sus fríos y sus nieves no siento necesidad de comprar leña; gracias al bosque próximo puedo velar o dormir, según me plazca, al buen calor de la lumbre... Guarde Roma para sí sus fiestas y tumultos; enrojezca de sangre sus arenas; resuenen en su Circo los gritos incesantes, reboseen sus teatros de luxuria:... Nosotros estamos aquí sabiendo que lo bueno es unirse al Señor y colocar en él la esperanza, a fin de que el día en que cambienos por el reino celestial nuestra pobreza actual, podamos exclar: ¿Qué deseo en el cielo y qué he deseado en la tierra más que poseeros a Vos, oh Dios de mi corazón?»

En resumen :

Repitamos lo del principio : Jerónimo es un gigante del espíritu. Tuvo un carácter demasiado fuerte que chocó no pocas veces. Un genio y mordacidad contra sus émulos y envidiosos, tajante; pero aún así nadie dejará de ver en él una santidad recia y a toda prueba. Es uno de los hombres cumbres de su tiempo, del que la Iglesia es acreedora de máximos servicios.

V

SAN AMBROSIO

De Gobernador a Obispo. — Actividades pastorales. — Orador y poeta. — Un gran carácter al servicio de la Iglesia.

Era el año 374.

Acababa de morir el Obispo de Milán y, reunidos en Asamblea los fieles, deliberaban sobre la elección del que había de sucederle.

No había unanimidad de pareceres y la reunión iba resultando agitada. Las discusiones eran, a veces, acaloradas y no faltaban hasta las riñas y los golpes.

Un día se presentó en ella de improviso el mismo Gobernador de toda la región, que era también lo que llamaríamos ahora Jefe de Policía de la ciudad, con el ánimo de poner paz y orden. Nadie se asustó, sin embargo: por el contrario, recibido agradablemente y puesto en medio de los asambleístas, tomó la palabra y en una arenga elocuente, pero llena de cariño, logró tranquilizar y aquietar la concurrencia.

Y, ¡cosa insospechada!

Apenas había acabado su discurso cuando se oyó una voz infantil que salía de en medio de la muchedumbre:

«Ambrosio sea nuestro Obispo...»

Estas palabras que parecían venir del cielo fueron coreadas por todos los concurrentes y se repitieron en medio de aplausos y entusiasmo. «¡Ambrosio Obispo!» «¡Ambrosio Obispo!»

Quedaba hecha la elección de una manera tan providencial como democrática e inusitada.

Sólo Ambrosio aparecía contrariado. Se negó a aceptar alejando como razón su condición de catecúmeno. Crefa de todo corazón y era católico en el alma, pero no estaba bautizado aún y era impropio que un neófito subiera de repente a tan elevado cargo. Pero el pueblo, que tiene a veces intuiciones geniales,

vió en Ambrosio la ideal solución del conflicto y siguió con insistencia: «Caiga sobre nosotros ese pecado»; «Ambrosio sea nuestro Obispo.»

¿Quién era el tan apreciado Ambrosio?

Ya lo supone el lector.

Era el futuro gran Doctor de la Iglesia y una de las figuras más egregias indiscutiblemente de su época.

Había nacido en Tréveris, de una familia fervorosamente cristiana y senatorial. Muerto prematuramente su padre, había retirado con su madre y hermanos a Roma, en donde se dedicó al estudio de las bellas letras y del Derecho. Se distinguió como abogado por su saber y elocuencia y el 370 fué nombrado Gobernador de las Provincias de Emilia y Liguria.

Su residencia era Milán. Se portó tan recta y acertadamente que se ganó pronto y por completo las simpatías y confianza del pueblo.

A pesar del fervor cristiano de la familia, Ambrosio no había recibido aún, a la edad de 30 años, que eran la fecha de estos acontecimientos, el bautismo, cosa que a nosotros nos extraña, pero que no era inusitada en aquellos tiempos.

Aceptó, al fin, el cargo; se bautizó y se instruyó pronto de tal manera en la fe cristiana, que en nada se notó la falta de prolongados estudios anteriores. Desde el principio estuvo a la altura de su cargo; más aún, desplegó tal sabiduría y elocuencia, al par que tanto esplendor de virtudes, que atrajo a sí las miradas no sólo de todo el imperio sino aun de los mismos bárbaros. San Basilio le escribía:

«No conozco tu rostro, pero tengo delante de mis ojos la belleza de tu alma.»

«Del seno de una ciudad regia, Dios se ha escogido un hombre eminentemente por su sabiduría, por su nacimiento, por la belleza de su vida y por la elocuencia de su palabra para ponerle al frente del pueblo cristiano.»

Testimonio significativo también:

Se cuenta que los mismos generales de Argobastro, al saber que este caudillo era amigo de Ambrosio, le dijeron: «Ahora nos explicamos que venzas en todas partes.»

Actividades pastorales

No hay que decir que si Ambrosio había sido ya, hasta entonces, tan recto y bueno, en la nueva dignidad resplandecería con nuevos destellos de virtudes.

Distribuyó, como primera providencia, todo cuanto tenía entre los pobres y se hizo austero y penitente.

Su actividad fué, en sentir de todos, prodigiosa. Su biógrafo llegó a decir que hacía él solo más que cinco Obispos juntos. El cuidado de los pobres era su especial solicitud. Fundó Hospitales y albergues para ellos, apaciguaba las contiendas y amparaba a los oprimidos.

Y lo que más admiraban todos; a pesar del ingente trabajo que sobre él pesaba y de las mil solicitudes que le atraían, estaba siempre dispuesto a recibir a todos. Grandes y pequeños, ricos o pobres, todos tenían acceso a él.

Orador y poeta

La incumbencia de San Ambrosio como Obispo era la de todos: Bautizar, confesar, la administración de los bienes de la Iglesia, la gestión de todos los asuntos eclesiásticos; las obras de caridad y beneficencia, pero, sobre todo, lo peculiar y privativo: la predicación.

Predicaba al pueblo no sólo los domingos sino aun muchas veces entre semana.

Su oratoria no fué nunca florida ni rebuscada. No tenía tiempo para limar sus homilías; hablaba con el corazón y sin retóricas inútiles para el provecho espiritual e instrucción de sus oyentes y a que tan aficionados eran los oradores paganos de su tiempo; pero, a pesar de todo, y quizás por ello mismo, arrebataba a sus oyentes. La plenitud de su persuasión lo hacía todo e influía hasta en la facilidad de su palabra y en la gracia de expresión.

San Agustín gustaba de oírle cuando aún era pagano y nos dejó de su oratoria un bello recuerdo en sus Confesiones:

«Y llegué a Milán, dice, y al obispo Ambrosio, conocido por todo el orbe de la tierra entre los mejores, piadoso siervo vuestro, cuyos discursos generosamente suministraban entonces a vuestro pueblo el *pan que sustenta, el aceite que da alegría, y el vino que sobriamente embriaga*. A él era yo llevado por Vos sin saberlo; para ser llevado a Vos por él sabiéndolo.

Recibíome paternalmente aquel hombre de Dios, y con solicitud harto episcopal se interesó por mi llegada. Comencé a amarle, al principio no todavía como a maestro de la Verdad — que ésta desesperaba yo totalmente de hallarla en vuestra Iglesia —, sino como a un hombre afable conmigo. Oiale con interés cuando enseñaba al pueblo, mas no con la intención que debía, sino para explorar si su facundia correspondía a su fama, o si flufa más o menos de lo que se decía. Estaba colgado de sus palabras, mas no prestaba atención a las cosas, antes las desdeflaba. Deleitábame con la suavidad de su palabra, aunque más erudita, menos festiva y halagüeña que la de Fausto, cuanto al modo de decir; porque cuanto al fondo, no había comparación, pues Fausto divagaba por las falacias maniqueas. Ambrosio, salubrírrimamente, enseñaba la salud. Mas la salud está lejos de los pecadores, como era yo entonces; aunque poco a poco, sin saberlo, me iba acercando a ella...»

También como escritor es digno de mencionarse. Sus obras no manifiestan ciertamente al teólogo profundo y original ni al exégeta erudito, pero se leen con placer y provecho. Su exégesis es siempre alegórica y moralista al estilo de Orígenes, San Basilio y otros orientales.

El catálogo de sus libros, bastante largo, lo recogió Migne en tres volúmenes de su *Patrología latina*, el XIV, XV y XVI en donde podrá encontrarlo el lector.

La mayor parte de sus obras son exegéticas, homilías por él predicadas sobre los más diversos puntos bíblicos; pero también tiene otras sobre asuntos morales. Tales son los 3 libros *De Officiis Ministrorum*, 3 *De Virginibus*, 1 *De Mysteriis*, 2 *De Spiritu Sancto*, *Tractatus de Trinitate*, *De Fide Orthodoxa*, *De Dignitate Sacerdotali*, *De Poenitentia*, Oración fúnebre *De Obitu Theodosii*, etc.

Un gran carácter al servicio de la Iglesia

Pero lo que más avalora y pone de relieve la gran figura de Ambrosio es su energía indomable ante el cumplimiento del deber y la defensa de los derechos de la Iglesia.

En dos ocasiones especialmente lo dió a conocer de una manera inequívoca: en su lucha contra los arrianos y sus autores y en el famoso lance con el mismo Emperador Teodosio.

Los Arrianos

Aunque condenado el arrianismo en el Concilio de Nicea, como recuerda el lector, perduraba aún en el siglo IV como una secta, aun en las mismas ciudades de hegemonía católica. Su influencia en Milán había llegado hasta el Palacio mismo del Emperador Valentiniano II, a cuya madre, la Emperatriz Justina, había conquistado para su causa.

Ambrosio no se daba tregua en combatir desde su cátedra y de cuantos modos tenía a su alcance, la herejía. Logró echarles de algunas Iglesias, como en Sirmio y Aquilea. Justina, irritadísima por esta causa contra él, movió a su hijo y a la Corte a que exigiera al gran Obispo la cesión de una Iglesia en la misma Milán para el culto de los herejes.

Ambrosio se opuso con la tenacidad que le era propia.

«Nunca un templo debe ser abandonado por el Obispo», dijo. «El palacio pertenece al Emperador, las Iglesias al Obispo: lo que es de Dios debe darse a Dios y al César lo que es del César.»

La tensión de ánimo duró casi un año entero. Hubo momentos difíciles.

Se llegó por parte de la Corte a enviar tropas a rodear la Catedral, pero todo fué inútil. La férrea constancia del Obispo lo venció todo. Todo Milán estaba con él, dispuesto a morir por su pastor si fuera necesario. Día y noche se veía la Basílica llena de fieles en guardia solícita para prevenir cualquier intento de asesinato o de secuestro. Llegó a tal punto la efervescencia del pueblo que fué preciso que San Ambrosio apaciguara los ánimos: incluso parte de los soldados enviados contra él se pasaban a su partido.

¡Días terribles, pero memorables aquellos! En ellos tuvo lugar la aparición del canto en la Iglesia de Occidente. Para que el pueblo que continuamente llenaba la Iglesia no se consumiera de tedio, mandó el santo Obispo que el Clero y los fieles cantaran a coro salmos e himnos sagrados. Fué un verdadero acierto y la impresión causada, enorme. El mismo Santo comparaba la alternancia de tantas voces, fuertes y débiles, varoniles y femeninas, al vaivén de las olas del mar. Un sentimiento de entusiasmo y de simpatía a su Obispo llenó los corazones todos y fué imposible al Emperador y a Justina seguir en sus pretensiones.

Terminó todo con el triunfo más completo del insigne Prelado. Hasta la corona imperial hubo de humillarse ante su virtud y entereza. El mismo Emperador decía con amargura que hasta sus propios soldados le hubieran preso y maniatado si Ambrosio se lo mandara.

Algunos años más tarde se repitieron las mismas escenas ante las pretensiones de Argobastro y el usurpador Eugenio de recibir la comunión después del asesinato de Justiniano II.

También en esta ocasión, puesto el pueblo de parte de su Obispo, llenó día y noche la Iglesia para defenderle y se oyeron los mismos entusiastas y sonoros cánticos. Entre los concurrentes más asiduos, sabemos, por el testimonio de San Agustín que estaba su santa Madre Mónica, siempre la primera cuando se trataba de las cosas de la Iglesia y en el aprecio de su Prelado.

Para el canto alternante de los fieles en los casos referidos y que se llamó «canto ambrosiano», compuso también el Santo algunos himnos de su propia inspiración que se han conservado y que la Iglesia ha incluido en su liturgia. Son tan bellos y de ideas y afectos tan elevados que bien merece su autor un puesto distinguido entre los vates cristianos: su estructura es de estrofas de cuatro versos en dímetros yámbicos. Se le atribuyen doce, pero los genuinamente auténticos son solamente cinco: «Aeterne rerum conditor — Deus Creator omnium — Veni Re-

demptor Gentium — Splendor aeternae gloriae — Oh lux, beata Trinitas».

Teodosio

Entramos en el trance más grandioso y significativo de la vida de Ambrosio.

Era Teodosio el gran Emperador cristiano a quien se debía la abolición definitiva del paganismo.

Hombre por otra parte religiosísimo y fervoroso amante de la Iglesia, pero propenso a dejarse llevar por los arrebatos de la ira.

El episodio terriblemente trágico lo cuentan Teodoretto (V, 17), y Sozomeno (VII, 25) y sucedió en Tesalónica.

Se encontraba en esta ciudad el jefe de las tropas Botarich, muy apreciado del Emperador, el cual tenía un hermoso muchacho que excitó la pasión de un auriga del circo, verdadero ídolo de los tesalonicenses por sus especiales habilidades.

Botarich lo encarceló sin miramientos y sin hacer caso de la protesta e indignación del populacho, pero éste llegó a tal punto en su apasionamiento que se lanzó contra la pequeña guarnición y asesinó a Botarich y a sus oficiales cuyos cadáveres arrastró además por las calles.

Teodosio recibió en Milán la noticia de tan injustificados y bárbaros sucesos y no hay que decir su indignación. Sus oficiales inflamaron más sus iras y dió orden de ejercer el más feroz castigo. Los habitantes de Tesalónica fueron atraídos al circo, y cuando estuvo lleno se mandó a los soldados acuchillarlos. Durante tres horas se entregaron a la matanza sin distinguir culpables e inocentes, edades, ni sexos: 7.000 hombres y, según otros 15.000, cayeron aquel fatal día.

Un clamor de indignación resonó en todo el Imperio. Habían pasado 80 años desde que se había puesto en el estandarte imperial la señal de Cristo y ahora se había ejecutado un hecho sangriento digno de los tiempos de Nerón o de Calígula. Teodosio revocó el decreto al percatarse de su atrocidad, pero fué ya tarde para remediar la catástrofe.

Espontáneamente todas las miradas se dirigieron a San Ambrosio que, por otra parte, era tan amigo del Emperador. Su posición como Obispo, su amistad con el Emperador exigían que amonestase a éste por su falta.

Teodosio se encaminó a Milán, pero Ambrosio lo evitó y salió al campo y desde allí envió al Emperador un escrito que debía leer él sólo (scribo manu mea quod solus legas). Con el calor de la amistad y el respeto del vasallo, y la unción de sacerdote, pintó a Teodosio la impresión que había producido en los ánimos

la sangrienta hazaña. Ningún sacerdote de su diócesis le daría la absolución; él mismo no se atrevía a ofrecer el santo Sacrificio en su presencia. Ya la sangre de un solo muerto inocentemente se lo impediría, ¿cuánto más la sangre de tantos inocentes? Le recordó el ejemplo de David y la necesidad de la penitencia a que le exhortaba.

La esperanza del Santo de que el Emperador procuraría la expiación, no se cumplió por lo pronto.

Teodosio parece haber mostrado la carta a sus privados y éstos le alentaron para no hacer caso de las amenazas del Obispo. Como para demostrar que nadie tenía derecho a vituperarle, el siguiente viernes el Emperador se dirigió a la Iglesia con la comitiva y ornato acostumbrado. Ya había pasado las puertas del vestíbulo y se acercaba a la entrada del templo cuando le salió al encuentro San Ambrosio con ornamentos episcopales y le dijo con gravedad sacerdotal :

«Veo por desgracia, oh Emperador, que no mides la gravedad del hecho sangíneo que por ti fué ordenado y que tu espíritu no comprende la magnitud del pecado, aun cuando tu ira se ha aplacado ya. Acaso la extensión de tu poder te impide reconocer tu falta y la libertad de hacer cuanto quieras obscurce tu vista. Pero piensa que eres mortal como nosotros, que has de volver un día al polvo de que todos hemos sido formados y que el brillo de tu púrpura cubre un cuerpo débil. Piensa en los hombres sobre que reinas: son, como tú, hijos de un mismo Criador y Rey. ¿Con qué ojos quieres contemplar ahora el templo de este común Señor? ¿Cómo osarás poner tu pie en su santuario? ¿Cómo osarán tus manos elevarse a él cuando todavía chorrean sangre de inocentes? ¿Cómo quieres recibir el cuerpo del Señor, acercar al cáliz tus labios de los que salió la orden del asesinato de inocentes? No añadas un nuevo crimen al que ya te mancha: retrárete y sujétate a la penitencia que te impone Dios, pues es el remedio para tu alma enferma. Si has pecado como David imítale también en la penitencia.»

El Emperador quedó conmovido: sintió que el Obispo no hacía más que cumplir con su deber y se volvió con lágrimas en los ojos...

Pasaron meses sin que él se presentara en la Iglesia, ni el Obispo en palacio. Cada uno guardaba silencio sobre el otro. ¿Qué pasó en el ánimo de Teodosio? No lo sabemos, pero sí que, al fin, venció la fe los movimientos del orgullo y la ira.

Ya se acercaba el fin del año. En la fiesta de Navidad el camarero Rufino halló a Teodosio por la mañana bañado en lágrimas. El semblante de Rufino se sonrió, pero Teodosio le dijo: «Tú te ríes y no sientes mi desdicha. La Iglesia de Dios está abierta para los esclavos y mendigos: a cada hora pueden acudir a rogar al Señor, pero para mí está cerrada y con ella la puerta del cielo.»

Rufino repuso: «No hay que tomar esto tan al pie de la letra:

yo reduciré a Ambrosio a que te absuelva...» «No, replicó el Emperador. Yo lo conozco. Por el temor imperial no hará cosa alguna contra la ley de Dios.» «Ya lo veremos», replicó el Camarero y corrió a la Iglesia. — «¿Qué quieres tú aquí, le dijo San Ambrosio, y qué significa tu aspecto descarado? Es sabido que tú aconsejaste al Emperador el sanguinario mandato y ¿no te oprome la memoria de ello?»

«El Emperador viene detrás de mí, dijo Rufino; no lo rechaces.» «Si viene le haré salir del vestíbulo y si quiere obrar como tirano habrá primero de herirme a mí.»

Rufino corrió a Teodosio que se acercaba al templo y le aconsejó que se volviera pues con Ambrosio no había nada que hacer. «No; ya no puedo tolerar esta pena, dijo Teodosio; voy y haré lo que él quiera.» El Emperador se detuvo ante las puertas: San Ambrosio estaba en el vestíbulo. — «Aquí estoy: llíbrame de mi pecado.» «¿Cómo te atreves a acercarte al lugar santo? ¿Dónde está tu penitencia?» «Dime lo que he de hacer y practicaré la penitencia.»

Entonces el Obispo aconsejó que en lo futuro hubieran de transcurrir 30 días entre la sentencia capital y la ejecución de ella.

Luego el Emperador volvió a la Iglesia, se postró en tierra con oración, y no se levantó hasta que comenzó el Santo Sacrificio, para ocupar su asiento en el Santuario. San Ambrosio hizo sacar el trono del coro, pues la púrpura hace Emperadores, pero no sacerdotes. Y desde entonces cesó el uso bizantino de colocar el trono del Emperador en el coro (Teod. V. 17).

En nada menoscabó la humilde suiección a la penitencia el prestigio del Emperador ante los ojos de sus súbditos. Más bien admiraron todos la grandeza del regio ejemplo.

Teodosio se mostró digno de sí y de su fe. Había pecado como hombre, pero lloró como cristiano su pecado.

No sólo no conservó animadversión al Santo Prelado que exigió de él humillación tan heroica, sino que decía de él lleno de admiración que no conocía otro obispo de la dignidad de Ambrosio.

El Obispo de Milán, por su parte, dijo de él en la sentida oración fúnebre pronunciada en la prematura muerte del magnate:

«Yo amaba a este varón porque le agradaban más las reprensiones que las lisonjas. Como Emperador no se avergonzó de la penitencia pública, y después no pasó día alguno de su vida que no llorara su pecado.»

VI

SAN AGUSTIN

Por los caminos del error. — La conversión. — Obispo de Hipona.
— Sus obras.

San Agustín nació en Tagaste de Numidia, hoy Suk-Ahrás, el día 13 de noviembre de 354.

Joven todavía perdió a su padre Patricio, convertido poco antes al Cristianismo. Ello fué causa de que su formación corriera providencialmente a cargo de su madre, Santa Mónica, a quien se puede decir que lo debió todo en la vida.

Se ha dicho, con razón, que Mónica fué dos veces madre de Agustín: madre en el cuerpo y en el espíritu, en lo natural y en lo sobrenatural. En el libro IX de las Confesiones lo reconoce agradecido el buen hijo y le rinde el más sincero tributo de agradecimiento.

Nada más emocionante y lleno de fe confortadora que el canto espiritual entonado por los presentes al expirar la santa y el desahogo de Agustín por medio de las lágrimas después del entierro:

«Apenas exhaló, dice, el postre aliento, el niño Adeodato dió un grito, y rompió en llanto; y reprimido por todos nosotros, calló. De un modo semejante lo que había en mí de pueril, que me arrastraba al llanto, era reprimido por la voz juvenil del corazón, y callaba. Porque no nos parecía decente acompañar aquella muerte con quejas lacrimosas y gemidos; pues con ellos se suele generalmente depurar la desgracia de los que mueren, o como su total extinción. Mas ella no moría desgraciadamente, ni moría totalmente: seguros de ello estábamos por el testimonio de sus costumbres, por su fe no fingida y por razones ciertas.

¿Qué era, pues, lo que dentro me dolía gravemente, sino la herida recién abierta, al romperse repentinamente la dulcísima y gratísima costumbre de vivir juntos? Congratulábame yo, ciertamente, con su testimonio: que en aquella misma última enfermedad, entremezclando sus caricias con mis cuidados me llamaba cariñoso, y recordaba con gran afecto de amor que nunca había oído de mi boca una palabra dura o injuriosa lanzada contra ella. Pero ¿qué tiene que ver, Dios mío, autor de nuestro ser, qué comparación hay entre la

honra que yo le tributaba, y los servicios que de ella había recibido? Pues como yo quedaba desamparado de aquel consuelo suyo tan grande sentía herida el alma y como desgarrada la vida, que de la mía y la suya se había hecho una sola.

Reprimido, pues, de aquel llanto el niño, tomó Evodio el Salterio y comenzó a cantar, respondiéndole toda la casa, el Salmo (100) *Misericordia y justicia os cantaré, Señor...*

«Y luego, poco a poco se renovaban mis sentimientos sobre vuestra sierva, y su santa conversación, plañosa para con Vos, y santamente blanda y condescendiente para con nosotros, de la cual súbitamente me veía privado. Y sentí ganas de llorar en vuestra presencia, sobre ella y por ella; sobre mí, y por mí. Y solté la rienda a las lágrimas, que tenía represadas, para que corrieran cuanto quisieran, tendiéndolas como un lecho bajo mi corazón, que descansó en ellas; porque estaban allí vuestros oídos, no los de hombre alguno, que despectivamente interpretelo como quiera. Y si hallare pecado en que llorase yo por una exigua parte de una hora a mi madre recién muerta delante de mis ojos, a mi madre que, por tantos años me había llorado delante de los vuestros, no se ría; antes, si tiene gran caridad, llore él también por mis pecados a Vos, Padre de todos los hermanos de vuestro Cristo.»

Estudió Retórica en la ciudad de Madauros, próxima a Tagaste y después en Cartago, dando muestras espléndidas de su privilegiado ingenio. Leyó el *Hortensius* de Cicerón y se sintió inflamado por el deseo de alcanzar la sabiduría, adhiriéndose con ese fin a la secta de los maniqueos, a la que perteneció durante nueve años para ser más tarde su más acervo impugnador e inconciliable enemigo.

En 374 le vemos enseñando Retórica en su ciudad natal y poco más tarde en Cartago. En esta gran capital del Africa, cede a la corrupción del ambiente y toma una concubina, de la que tiene un hijo, a quien, dando buena muestra de su religiosidad, llama Adeodato. Vuelve después de diez años a Tagaste y rompe con el maniqueísmo; después marcha a Roma, donde abre escuela y por sus relevantes éxitos atrae la atención del célebre Prefecto de la ciudad, Símaco, hombre famoso, elocuente orador y de singular talento.

Las malas artes de los estudiantes de Roma le disgustan y quiere trasladarse a Milán, a una cátedra allí vacante.

Para que pueda conseguirla, el mismo Símaco, a pesar de ser pagano, le recomienda a San Ambrosio. De esta manera se dió el caso singularmente providencial de que aquel hombre defensor acérrimo de las costumbres paganas, fué, sin saberlo, el que condujo hacia la religión cristiana al que estaba llamado a destruir por completo el ya medio derruido edificio del paganismos.

Abandonados los maniqueos volvió su mente, en el ansia de la verdad, a las ideas neoplatónicas; pero tampoco éstas pudieron satisfacerle,

La inquietud hacia Dios y el descontento de toda filosofía pagana le tienen algún tanto fuera de sí.

Iba a sonar pronto la hora de Dios tan anhelada.

Por fortuna grande para él ocupaba la sede episcopal milanesa un hombre insigne por su santidad y elocuencia, San Ambrosio.

Agustín fué a la Iglesia a ofrle, atraído por su fama, y empezaron a gustarle las enseñanzas cristianas. Poco después ya estaba su mente convencida. El Cristianismo llenaba las exigencias de su espíritu: había encontrado la verdad que tan ansiosamente buscara... Pero se oponía un obstáculo infranqueable. La religión de Cristo no era sólo dogmas, verdad y luz para la inteligencia; era también moral y norma de vida. Tenía preceptos que había que observar, virtudes que seguir... Agustín estaba encadenado al vicio; le arrastraba especialmente la lujuria: no sentía fuerzas para dominarse, para ser continente y casto...

Y comenzó para él la lucha, la gran lucha en que, al fin, salieron vencedores Dios y él.

La conversión

La conversión del Obispo de Hipona es uno de los hechos cumbres de la Historia, sólo comparable quizás con la del Apóstol de las gentes en importancia y transcendencia.

Este gran acontecimiento lo fueron preparando, como dijimos, el desencanto del maniqueísmo, de la Filosofía neoplatónica y pagana, el hastío de todo lo terreno, los discursos de San Ambrosio, pero tuvo también su golpe de gracia asestado al corazón.

Se ha ponderado mucho la magna inteligencia del Doctor de la Iglesia, pero no se ha reparado tanto en su corazón.

Este, sin embargo, fué también grande y a él, al imperativo del pundonor, al impulso del sentimiento, se debió el cambio en última instancia.

La ocasión inmediata del estallido, pues así puede calificarse el hecho, fué debida al relato de las proezas de San Antonio y sus monjes en Egipto, como ya queda anotado en otra parte. El lector nos agradecerá sigamos transcribiendo las admirables páginas de sus Confesiones en que él mismo nos lo cuenta:

«Cierta día — no recuerdo el motivo por qué estaba ausente Nebrídio — se presentó en nuestra casa a visitar a Alipio y a mí, Ponticiano, compatriota nuestro en calidad de africano, que desempeñaba un elevado cargo en palacio; ni sé cuál era el objeto de su visita. Sentámonos para hablar. Sobre una mesa de juego que estaba delante, reparó casualmente en un códice, lo tomó, lo abrió

y vió con gran sorpresa suya que era el Apóstol Pablo; pues pensaba que sería alguno de los libros de mí ya insopportable profesión. Al verlo se sonrió, y me miró, como dándome el parabién, y extrañándose de haber hallado de súbito, delante de mis ojos precisamente aquel escrito, y no otro: pues él era cristiano y fiel, y a menudo se postraba en la Iglesia delante de Vos, Dios nuestro, con frecuentes y largas oraciones. Como yo le indicara que a aquellos escritos consagraba preferentemente mi atención, empezamos a conversar, hablándonos él de Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre era tan esclarecido entre nuestros siervos, pero nosotros hasta aquella hora lo desconocíamos. Viendo él que nada sabíamos, detívose más en la narración, dándonos a conocer a aquel varón tan insigne, y admirándose de nuestra ignorancia. Estábamos estupefactos al oír tales maravillas, perfectísimamente atestiguadas, tan recientemente obradas por Vos casi en nuestros días en la verdadera fe y en la Iglesia Católica. Todos estábamos admirados: nosotros de tan grandes sucesos; y él de que no hubieran llegado a nuestros oídos...»

«Esto contaba Ponticiano, y mientras él hablaba, Vos, Señor, me trastocabais; y porque yo me había echado a mí mismo tras mis espaldas, Vos me poníais delante de mí mismo, para que viese qué feo era, qué contrahecho, qué sucio y lleno de manchas y llagas. Me veía, y me horrorizaba, y no tenía adón de huir de mí. Y si procuraba desviar los ojos de mí, Vos, con lo que Ponticano iba contando volvíais a ponerme delante de mí, y a empujarme sobre mis ojos, para que descubriese mi maldad y la aborreciese. Ya antes la había yo conocido; mas disimulaba, me dominaba y olvidaba.

Pero entonces, cuanto más ardientemente amaba yo a aquellos de quienes oía contar tan saludables afectos, que se habían entregado del todo a Vos para que los sanaseis, tanto más, al compararme con ellos, me aborrecía y me execraba. Porque muchos años míos se habían pasado conmigo — cerca de doce — desde que, el año diecinueve de mi edad, leyendo el *Hortensio* de Cicerón, desperté al amor de la sabiduría; e iba dilatando el consagrarme a su investigación, despreciada la felicidad terrena; siendo así que no ya el hallarla, sino sólo el buscárla se debía preferir a los tesoros hallados, y a los reinos del mundo, y a todos los deleites del cuerpo, aunque uno los disfrutase a medida de su deseo. Mas yo, adolescente desgraciado, sumamente desgraciado, había llegado en los mismos albores de la adolescencia, a pediros la castidad diciendo: «Dadme castidad y continencia, pero no ahora.» Porque me temía que me escuchaseis en seguida, y me sanaseis luego de la enfermedad de mi concupiscencia, la cual más quería satisfacer que extinguir. Y comencé a caminar por las sendas tortuosas de la sacrilega superstición maniquea; no porque yo la tuviese por cierta, sino porque la anteponia a las demás religiones, que yo no buscaba piadosamente, sino que hostilmente las combatía.

Pensaba que la causa de diferir de día en día el entregarme a solo Vos, despreciando las esperanzas del siglo, era porque no se me descubría ninguna cosa cierta adonde encaminar mis pasos. Pero llegó el día en que me vi al desnudo, y mi conciencia me increpó: «Dónde está lo que decías? Es así, que decías que por una incierta verdad no querías arrojar de ti la carga de la vanidad. He aquí que ya es cierta la verdad, y aun te oprime la vanidad, mientras en hombres más libres reciben alas los que no se consumieron tanto en investigar, ni por diez y más años meditaron este asunto.»

Con esto me carcomía interiormente, y me confundía con horrible vergüenza, cuando Ponticano nos contaba aquellas cosas. Acabada la conversación, y el negocio a que había venido, se fué; y yo a solas conmigo, ¡qué cosas no dije contra mí! ¡Con qué azotes de razones no flagelé mi alma para que me siguiese en mis esfuerzos por ir a Vos! Pero ella se resistía; rehusaba, aunque no se excusaba; todos los argumentos estaban ya agotados y rebatidos; quedaba muda y temblaba; temía a par de muerte que le cortasen la corriente de la costumbre, que la iba consumiendo hasta la muerte.

Entonces en aquella gran lucha de mi casa interior, que yo mismo había fuertemente excitado con mi alma en lo secreto de mi corazón, turbado no menos el semblante que el espíritu, acometí a Alipio, y a voces le dije: «¿Qué es esto que nos pasa? ¿Qué es esto que has oido? ¡Levántanse los inductos y arreban el cielo, y nosotros con nuestra ciencia, faltos de corazón, ha aquí que nos revolcamos en la carne y la sangre! ¡Acaso, porque aquéllos se nos han adelantado, no tenemos vergüenza ni siquiera de seguirlos?» No sé qué palabras como éstas pronuncié, y mi congoja me apartó del lado de Alipio, que atónito callaba y me miraba; porque no hablaba yo como solía; y mucho más declaraban mi ánimo la frente, las mejillas, los ojos, el color, el acento de la voz, que las palabras que profería.

Tenía la casa en que nos hospedábamos un huertecillo, del cual usábamos como de toda la casa, porque el huésped, dueño de ella, no la habitaba. A este huerto me llevó el alboroto de mi corazón, donde nadie me estorbase el aclarado combate que había yo emprendido conmigo mismo, hasta que terminase por donde Vos sabíais, y yo no; enloquecia no más, para recobrar el juicio; moría para vivir; sabedor del mal que tenía, pero ignorante del bien que de allí a poco iba a recibir. Retíreme, pues, al huerto, y Alipio, paso a paso, se vino tras mí; porque donde él se hallase, no dejaba yo de estar en secreto; y hallándome tan impresionado, ¿cómo me iba a dejar solo? Sentámonos lo más lejos de la casa que pudimos. Yo daba bramidos con el espíritu, enojándome con violentísima indignación, porque no iba a hacer las paces con Vos, y a daros gusto, Dios mío, como todos mis huesos clamaban que debía hacer, ensalzando esta acción hasta las nubes. Especialmente que no había de ir allá en barco, ni en coche de cuatro caballos, ni a pie, ni siquiera tantos pasos cuantos habíamos andado desde la casa hasta el lugar donde estábamos sentados. Porque no ya el ir, pero aun el llegar a Dios no era más que un querer ir; pero un querer fuerte y entero, sin inclinar ni balancear la voluntad que lucha lúgicamente, cuando la una parte del alma tira hacia arriba y la otra hacia abajo.

Finalmente, durante la misma agitación de la indecisión, ¡tantas cosas hacia con el cuerpo, que algunas veces quieren hacer los hombres y no pueden, o por carecer de algunos miembros o por tenerlos atados, o debilitados por la enfermedad, o de cualquier otro modo impedidos! Si mesaba el caballo, si golpeaba la frente, si con las manos cruzadas me cogía la rodilla, hacíalo porque quería. Puede quererlo y no hacerlo, si no hubiese obedecido la movilidad de los miembros. ¡Tantas cosas, pues, hacía yo, en las cuales no era lo mismo querer que poder; y no hacía, sin embargo, lo que con un afecto incomparable me agradaba más, y lo que, apenas hubiera querido, hubiera podido! Porque al punto de quererlo, ciertamente lo hubiera querido; y en esta materia poder es querer; y ese mismo querer es hacer. Y sin embargo, no acababa de hacerlo; y más fácilmente obedecía el cuerpo a un debilísimo querer del alma, y movía a su mandar los miembros, que no el alma a sí misma para ejecutar, con sólo querer, lo que tanto quería...»

«Así andaba yo, enfermo y atormentado, acusándome a mí mismo muchísimo acerbamente de lo que solía, volviéndome y revolviéndome en mi prisión, hasta que del todo se rompiera lo poco que me retenía, pero que aún me retenía. Y Vos, Señor, me apremiabais en lo interior de mi alma, y con severa misericordia redoblabais los azotes del temor y de la vergüenza, no fuera que cejase otra vez, y aquello poco y débil que quedaba, no acabase de romperse, y de nuevo se rehiciese, y me sujetase más fuertemente. Decíame yo dentro de mí: «Ea, ahora mismo, ahora mismo ha de ser!» Y casi pasaba de la palabra a la obra; casi lo hacía, pero no lo hacía. No recaía ya en las cosas de antes, pero estaba cerca de ellas y respiraba. Nuevamente lo intentaba, y por poco no llegaba, por poco, ya casi tocaba el término, para quedarme en él; pero el hecho es que no llegaba, ni tocaba al término, ni me quedaba en él; vacil-

lando en morir a la muerte y vivir a la vida. Y podía más consigo lo malo inveterado, que lo bueno desacostumbrado. Y aquel preciso momento en que yo había de ser otro, cuanto más se acercaba, tanto mayor horror me infundía. No me hacía tornar atrás, ni mudar de propósito, pero me dejaba suspenso.

Reteníanme frivolidades y vanísimas vanidades, antiguas amigas mías, y me tiraban de mi vestido de carne, y me decían por lo bajo: "¿Nos dejas? ¿Y desde este momento jamás estaremos contigo? ¿Y desde este momento jamás te será lícito esto y aquello?" ¡Qué cosas, Dios mío, me sugerían en lo que llamo "Esto y aquello"! ¡Qué cosas me sugerían, Dios mío! ¡Apartadías por vuestra misericordia, del alma de vuestro siervo! ¡Qué suiedades me sugerían! ¡Qué torpezas! Pero ya las oía la menor parte de mí; y no se me ponían descaradamente delante para cerrarme el paso, sino como musitando a la espalda, y como a hurtadillas pellizcándome al alejarme para que volviese los ojos a mirarlas. Pero me retardaban, vacilante para arrancarme y sacudirme de ellas, y pasar de un salto donde era llamado; en tanto que la costumbre violenta me decía: "Piensas tú que podrás vivir sin estas cosas?"

Pero ya lo decía con gran tibieza. Porque de aquella parte hacia donde yo tenía vuelto el rostro, y por donde temblaba de pasar, se me descubría la casta dignidad de la continencia, serena y alegre sin viviandad, halagándome honestamente para que me acercase a ella y no dudase, y extendiendo hacia mí para recibirme y abrazarme, las pládoras manos, llenas de multitud de buenos ejemplos: allí tantos niños y niñas, allí mucha juventud, y todas las edades, viudas venerables y vírgenes ancianas. Y en todos ellos la misma continencia no estéril, sino madre fecunda de hijos de los gozos de su Esposo, que sois Vos, Señor. Ella se burlaba de mí, y con donaire me alentaba, como diciendo: "No podrás tú lo que éstos y éstas? Acaso éstos y éstas lo pueden por sí mismos, y no en el Señor su Dios? El Señor su Dios me dió a ellos. Por qué estribas en ti, que no puedes tenerle en pie? Arrójate en Él; no temas, que no se apartará para que caigas; arrójate segura que Él te recibirá y te sanará." Yo tenía grandísima vergüenza de mí porque todavía oía el murmullo de aquellas frivolidades y seguía indeciso y suspenso. Mas ella como que volvía a decirme: "Hazte sordo para con tus miembros inmundos sobre la tierra, para mortificarte" (Colos., 5, 5). *Propónente deleites, mas no conforme a la Ley del Señor tu Dios* (Ps., 118, 85).

Esta disputa pasaba en mi corazón, altercando yo sólo contra mí mismo.

Mas Alipio, pegado a mi lado aguardaba en silencio en qué había de parar aquella agitación mía desacostumbrada.

Mas después que la atenta consideración sacó del fondo secreto y amontonó en presencia de mi corazón toda mi miseria, se desató en mí una deshecha borrasca, prefana de copiosa lluvia de lágrimas. Y para descargarla toda con sus voces, me levanté de donde estaba Alipio — la soledad parecía para llorar más a propósito —, y me retiré tan lejos, que ni su presencia me pudiera servir de estorbo. Así estaba yo entonces, y él se dió cuenta; porque al levantarme creo que dije no sé qué; y el acento de la voz parecía cargado de llanto, y así me había levantado. Quedóse él, pues, como atónito donde estábamos sentados, y yo fui a arrojarme debajo de una higuera, no sé cómo, y solté las riendas a las lágrimas, y rompieron dos ríos de mis ojos, sacrificio aceptable a Vos. Y muchas cosas os dije, no con estas palabras, pero sí en este sentido: "Y Vos, Señor, habéis de estar enojado?" (Ps., 6, 4). *No os acordéis de nuestras maldades antiguas!* Porque sentía yo que ellas me retenían y daba voces las timeras: "Hasta cuándo? Hasta cuándo diré: Mañana, y mañana? Por qué no ahora? Por qué no pone esta hora fin a mis torpezas?"

Esto decía, y lloraba con amargurísima contrición de mi corazón. Y he aquí que oigo de la casa vecina una voz, no sé si de un niño o de una niña, que decía cantando, y repetía muchas veces: "Toma, lee: toma, lee!" Y al punto,

inmutado el semblante, me puse con toda atención a pensar si acaso habría alguna manera de juego, en que los niños usasen cauturrear algo parecido; y no recordaba haberlo oido en parte alguna. Y reprimido el impetu de las lágrimas, me levanté, interpretando que no otra cosa se me mandaba de parte de Dios, sino que abriese el libro y leyese el primer capítulo que encontrase. Porque había oido decir de Antonio, que por lección evangélica, a la cual llegó casualmente, había sido amonestado, como si se dijese para él lo que se lea: *Ve, vende todas las cosas que tienes, dalo a los pobres, y tendrás tesoros en los cielos; y ven y sigueme;* y con este oráculo, luego se convirtió a Vos. Así que volví a toda prisa al lugar donde estaba sentado Alipio, pues allí había dejado el códice del Apóstol al levantarme de allí; lo arrebate, lo abrí, y lei en voz baja el primer capítulo que se me vino a los ojos: *No en comilonas ni embriagueces; no en alcobas y dishonestades; no en rivalidad y envidia; sino vestidos de nuestro Señor Jesucristo, y no hagáis caso de la carne en sus deseos.* No quise leer más, ni fué menester; pues apenas leída esta sentencia, como si una luz de seguridad se hubiera difundido en mi corazón, todas las tinieblas de la duda se desvanecieron.

Entonces, poniendo el dedo, o no sé qué otra señal, en el libro, lo cerré, y ya con el rostro sereno, se lo conté a Alipio; y él me indicó lo que yo había leído; se lo mostré, y se fijó también más allá de lo que yo había leído, e ignoraba lo que seguía. Seguía, pues: *Recibid al débil en la fe;* lo cual él tomó para sí, y me lo indicó. Y con esta amonestación se confirmó, y sin turbación ni tardanza, se asoció a mi buena resolución y propósito, tan perfectamente conforme con sus costumbres, en que desde mucho antes tanta ventaja me hacía.

De allí pasamos a ver a mi madre, y se lo indicamos; se regocija. Le contamos cómo había sucedido, y salta de júbilo, y triunfa, y os daba gracias a Vos, que sois poderoso para darnos más de lo que pedimos o entendemos; pues veía que le habíais concedido en mí tanto más de lo que ella os solía suplicar con lastimeros y llorosos gemidos. Porque de tal modo me convertisteis a Vos, que ya no buscaba esposa, ni esperanza alguna de este siglo, puesto de pie sobre aquella regla de fe, en la que tantos años antes me habíais mostrado a mi madre. Y trocasteis su llanto en gozo mucho más copioso de lo que ella había apetecido, y mucho más caro y casto, que el esperaba de los nietos de mi carne...»

Quedaba realizada la conversión del que había de ser el más grande de los Padres de la Iglesia. Esta podía exultar de gozo por la conquista.

Se debía a la gracia y providencia de Dios, ante todo, que miraba por el bien de su Iglesia, pero también a las oraciones de Mónica.

Se había cumplido la inspirada palabra que tanto le consolara en Milán.

La piadosísima madre, tan entrañablemente cristiana, sentía amargamente los descarríos de aquel verdadero hijo pródigo por el cual no hacía más que llorar y encomendarle al Señor. Un día desahogaba su corazón con un Obispo en Milán y éste, conmovido por lo que veía, exclamó, como en tono profético, consolándola: «Es imposible que un hijo de tantas lágrimas pueda perecer.» Y así fué en realidad. Más aún. Dios, en su generosidad, le concedió por encima de lo que ella pidiera.

Rogaba tan sólo que su hijo se convirtiera a la fe católica, se casara legítimamente y formara un hogar cristiano, y Dios le concedió en su hijo una de las mayores glorias de la Iglesia y del mundo, Padre de una benemérita Orden religiosa y autor de una regla que ha conducido a la santidad a centenares de miles de religiosos.

Obispo de Hipona

En rigor podríamos quedarnos aquí, pues nuestro intento es apologético.

Digamos, no obstante, algo de su vida posterior y de sus obras.

Fué bautizado en Milán con su hijo Adeodato el año 387, de manos de San Ambrosio, después de haberse retirado algún tiempo a Casiano para prepararse al gran acto.

No hay que decir que dejó por completo su cátedra de Retórica.

Determinó volver al Africa para llevar allí vida de monje consagrada a Dios.

Llegó a Ostia y mientras aguardaba la nave que había de regresarse a la patria murió su santa madre, que ya no suspiraba más que por el cielo.

«Hijo, le dijo a Agustín, en el famoso coloquio de poco antes de su muerte: Por lo que a mí toca, ninguna cosa me deleita ya en esta vida. No sé qué hago más en ella, ni para qué vivo sin tener qué esperar en este mundo. Una sola cosa había, por la cual deseaba detenerme un poco, para verte cristiano católico antes de mi muerte. Dios me lo ha concedido más colmadamente, pues te veo siervo suyo, despreciada la felicidad de la tierra. ¿Qué hago yo aquí?»

«No recuerdo bien lo que a esto le respondí; pero dentro de cinco días, o poco más, cayó en cama con fiebres; y estando enferma, tuvo cierto día un desmayo, y quedó un poco de tiempo sin sentido. Acudimos todos nosotros, mas pronto volvió en sí, y viéndonos presentes a mí hermano y a mí, dijimos como quien pregunta: «¿Dónde estaba?» Despues, viéndonos transidos de pena, dijo: «Aquí enterraréis a vuestra madre.» Yo callaba y reprimía el llanto; pero mi hermano dijo no sé qué, deseando, como cosa más feliz, que no muriese en tierra lejana, sino en su patria. Oyólo ella, y con semblante angustiado, y reconviiniéndole con la mirada porque tal pensaba, luego volviéndose a mí me dijo: «¡Mira lo que dice!» Y después a los dos: «Enterrad este cuerpo en cualquier parte; no os preocupe más su cuidado; solamente os ruego que donde quiera que os hallareis, os acordéis de mí ante el altar del Señor.» Y habiéndonos expresado este pensamiento con las palabras que podía, calló; y agravándose la enfermedad, entró en la agonía...»

En Sagaste se dedicó con el mayor fervor de espíritu, a los estudios teológicos durante tres años, en pleno retiro, pero fué

sacado de él y ordenado de sacerdote. El año 395 fué consagrado Coepíscopo de Hipona y poco más tarde, Obispo de la misma.

Las obras

Sus escritos llenan un catálogo considerable. He aquí los más salientes:

Treinta y tres libros contra Faustum y contra los donatistas y pelagianos.

Siguen en importancia, aunque no en extensión, los quince libros *De Trinitate*, en cuya composición empleó diecisiete años y que constituyen por su originalidad y profundo estudio de tan difícil problema una obra maestra.

Dos escritos polémicos contra los arrianos. Otro contra las herejías, *Adversus haereses*, y cuatro libros sobre «Doctrina Cristiana», que fueron durante la Edad Media, el Canon y guía de la hermenéutica.

Los *Soliloquios* y, sobre todo, *Las Confesiones* y *La Ciudad de Dios*.

Son éstas las dos grandes obras que han colocado al Doctor de Hipona en el pináculo de la gloria y que por la magna influencia que han ejercido en el Cristianismo a través de la Historia, le merecen un puesto de honor también en la literatura universal.

Las Confesiones son una verdadera autobiografía en forma de humilde Confesión hecha a Dios de sus pecados y de su vida pasada. No es completa, pues no llega más que hasta la muerte de Santa Mónica, pero está escrita con un estilo de sinceridad y devoción, brillan en ella ideas y sentimientos tan elevados y puros que no puede dejársela de las manos. ¡Cuántos millones de lectores no se han sentido conmovidos al recorrer sus hojas y las han mojado con sus lágrimas!

La Ciudad de Dios

Podríamos llamarla, con el nombre que ha prevalecido en nuestros tiempos, un gran libro de *Filosofía de la Historia*.

Su espíritu es netamente providencialista.

Jesucristo y su reino, la Iglesia, ocupan el centro en el desenvolvimiento e historia de la humanidad. Los hombres se mueven en el transcurso de los siglos, pero Dios guía sus pasos, dirige los acontecimientos humanos, el cumplimiento de sus altí-

simos designios. Los antiguos imperios prepararon al mundo para la venida de Cristo; los de más acá de la cruz, continúan la gran obra propagándolo y arraigándolo.

¡Cosa notable! El gran Doctor moría en las circunstancias precisas en que los vándalos, pueblo feroz que lo llevaba todo a sangre y fuego, asolaba el norte del Africa y ponía sitio a la ciudad de su misma sede episcopal, Hipona.

¡Tremenda desventura que abrevió sus días! Quizás el Santo, sobre cogido por el pesimismo ambiente, llegó a abrigar el pre sentimiento de que se acercaba el fin del mundo, pues no veía ya cómo en medio de tanta catástrofe podría subsistir la Iglesia. Pero precisamente lo que sucedía confirmaba más las grandes ideas expuestas en su libro.

El Imperio romano era ya inservible: Estaba afeminado y con la sangre corrompida; necesitaba la inyección de otra nueva y vigorosa, al par que expiar los grandes crímenes cometidos en la era de los mártires. A ello venían los bárbaros: Traían el castigo de Dios merecido, pero también la sangre nueva que hacía falta.

Domada por obra de la Iglesia su nativa ferocidad de horda y convertidos al Cristianismo, darían los bárbaros origen a las nacionalidades europeas esencialmente cristianas y viriles que traerían la fe y el valor de la Edad Media y prepararían los es plendores del presente.

Los bárbaros entraban también en los designios soberanos de Dios: ellos se movían, pero Dios lo permitía y guiaba sus pasos.

VII

PRUDENCIO

El gran poeta cristiano. — Datos biográficos. — Sus obras: Apotheosis, Hamartigenia, Psycomachia, Contra Símaco, Catharinon, Peristephon.

Prudencio es sin disputa el más grande de los poetas de los primeros siglos de la Iglesia y aun podemos llamarle el creador de la poesía cristiana.

Menéndez y Pelayo le llama «Cantor del Cristianismo heroico y militar, de los ecúleos y de los garfios», porque nadie como él ha sabido en realidad describir las horribles torturas de los mártires y la sublimidad de su fe y constancia en el holocausto doloroso de su vida.

No vaya a creerse, sin embargo, que en la paleta del gran vate no cabían más que colores fuertes y de sangre; los tuvo también delicados y suaves en escenas de idilio. Si se quiere, podemos también decir que su lira es multicorde y en ella tienen resonancia tanto el fragor de las tormentas como el susurro de la brisa.

Su nombre completo es Aurelio Prudencio Clemente y nació a mediados del siglo IV. Fué, por consiguiente, contemporáneo de varias de las grandes figuras cristianas ya mencionadas, como San Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Crisóstomo y el emperador Teodosio.

Su familia fué cristiana y noble y recibió la educación esmerada propia de las clases aristocráticas romanas, según puede desprenderse de sus escritos.

Todavía no se conoce con certeza su ciudad natal. Es seguro que fué natural de la Hispania Tarraconense, pues así lo da a entender en sus versos, pero no es probable, dice el P. Zacarías García Villada, que naciera en la capital; más bien debió ser de Zaragoza y con más verosimilitud, de *Calahorra*.

Fué orador y abogado.

Teodosio le tenía en grande estima y le nombró dos veces Gobernador y después Jefe del Cuarto Militar del mismo.

Pero ninguna de estas grandezas pudieron llenar el corazón de Prudencio. Era cristiano de corazón y tenía muy hondo en el alma la futilidad de las cosas y honores de la vida. Por eso a los 57 años, cuando, como él mismo nos afirma, las canas le recordaron ya que era tiempo de pensar más seriamente en lo futuro, renunció a todo y consagró su vida por completo a Dios en el retiro de la vida privada.

Creemos también que fué un llamamiento providencial de Dios que quería dotar a su naciente Iglesia bañada en la sangre de sus mártires, de un cantor digno de las hazañas de los mismos.

Oigamos al propio poeta contarnos en bellos y candorosos versos todo esto. Era hacia el año 405 cuando ya había escrito sus poemas y quiso hacer algo así como una recopilación de todos: hoy diríamos una edición de sus obras completas.

Al frente de ellas puso un célebre prefacio en que nos suministra los datos principales de su vida, al par que la prueba fehaciente de la sinceridad y humildad de su alma hondamente cristiana.

«Ya tengo, dice, cincuenta y siete años de edad.

Se aproxima el fin, y Dios va mostrando a mí ancianidad el día vecino. ¿Qué cosa de provecho he llevado a término en el decurso de un tiempo tan largo?

La edad primera la pasé bajo las férulas batientes de los maestros. La mocedad viciosa me enseñó luego a fingir y no pasó innocuamente por mi alma.

La insolencia peligrosa y la ostentación provocativa, ¡ay, me avergüenzo y me pesa!, manchó mi juventud con sus inmundicias y su lodo.

Luego, los pleitos predispusieron mi alma ya confusa, y la funesta obstinación del triunfo forense me guió en multitud de casos escabrosos.

Dos veces goberné ciudades nobles con las riendas de las leyes, e hice justicia, siendo la égida de los buenos y el terror de los malos.

Por fin, la liberalidad del príncipe me puso en el escalafón militar, destilándome cerca de sí en un orden próximo a su persona.

Mientras la vida me conducía voluntaria por estas vicisitudes, cayó sobre mi cabeza de anciano la canicie, arguyéndome del olvido del viejo cónsul Galia,

bajo cuyo consulado nací. Cuántos inviernos hayan pasado y cuántas veces hayan substituido las rosas al hielo de los prados, la nieve de mi cabeza te lo dices.

¿Aprovecharán, por ventura, tales bienes o tamaños males después de la descomposición de la carne, cuando la muerte destruya cuanto soy, cuanto yo he sido en el cuerpo?

Plegue a Dios que, mientras canto o escribo mis poemas, pueda verme libre de estas amarras y remontarme hasta el punto a que me llevará la móvil lengua con su última palabra...» (V. 5-45) (1).

Sus obras

En dos categorías pueden clasificarse los poemas de Prudencio: en líricos y épicos. A los primeros pertenecen el *Cathemerinon* y el *Peristhephanon*; a los segundos, los restantes y más voluminosos: La *Apotheosis*, *Hamartigenia*, *Psicomachia*, los dos libros *Contra Symmacum* y el *Ditoqueo*.

Digamos someramente nada más de cada uno de ellos.

Apotheosis

Es un poema de más de 1.000 versos hexámetros, de recio estilo y contextura y de clara y contundente demostración. Su propósito es la defensa, contra los judíos y herejes, del dogma cristiano de la Santísima Trinidad. Se detiene singularmente en la prueba de la divinidad de Jesucristo, a la que dedica los más preciosos y entusiastas versos.

Véase cómo describe la conquista del mundo por el Evangelio pregonando su triunfo.

«Se enteró de la venida del Señor el ibero en el Occidente y los habitantes del Oriente rosado. La voz del Evangelio blandió las escarchas escitas y dispuso las neblinas de Hircania, para que, disuelto el hielo, fluya el rodopeo Hebro más suavemente desde las rocas del Cáucaso. Se amansaron los getas, y la cruel fiera de los gelones, que ávidamente mezcla en sus copas la sangre con la leche, ya bebe el licor precioso de la sangre de Cristo. Lo conoció también la región infiel del moro del Atlas y ofrecieron a los altares de Cristo sus reyes enmelenados.

Desde que el Espíritu ensanchó el vientre virginal, aquel Espíritu de Dios que también es Dios y se vistió del cuerpo de la madre y formó al hombre de la virginidad, callaron ya los subterráneos de Delfos, frustrados todos los oráculos; no mueven ya a las mesas los secretos, no borbotlean ya entre espumarajos de los hados contenidos en los libros sibilinos. La mentirosa selva de Dodona perdió ya las víctimas nefandas, mudos quedan también los oráculos de Cumas, ni Amón da tampoco sus respuestas en los desiertos de Libia; el mismo Capitolio de Roma siente que sus príncipes creen en Cristo Dios y que

(1) La traducción está tomada de D. José Guillén, BAC, Madrid, MCML.

los templos cayeron derrumbados por el mandato de los jefes del pueblo. La púrpura de los descendientes de Eneas ya se postra suplicante en los templos de Cristo y el sumo emperador adora la señal de la cruz...» (v. 425-445).

Hamartigenia u origen del pecado

Poema también largo de 966 versos dirigido contra Marción y sus secuaces. Este hereje, para explicar la presencia del mal en el mundo había recurrido al medio tan socorrido de suponer la existencia simultánea de dos dioses en el mundo: El uno Creador de todas las cosas; el otro destructor y corruptor: uno bueno y malo el segundo.

Prudencio en su refutación expone bellamente la doctrina católica. No hay más que un solo Dios, el autor magnífico y omnipotente de toda la creación.

Dios sacó de la nada las cosas todas del universo y las hizo buenas; el mal vino al mundo por el pecado. Lucifer, lleno de envidia por el hombre, se esforzó por corromper a Adán: el pecado de éste arrastró consigo la rebelión de todos los elementos contra nuestro desgraciado linaje y por eso gemimos bajo el azote de tantas desventuras.

El poema es notable por la fuerza y belleza de sus versos y aun por la exactitud teológica.

Véanse, como muestra, algunos de ellos.

«Y si son dos dioses, ¿por qué no ha de haber muchos millares de ellos? ¿Por qué se ha contentado la divinidad con tan corto número? ¿No era mejor poblar los mundos de diversos enjambres de dioses y llenar los amplios horizontes por todas partes de monstruos semidioses en confusión horrenda, a los que el fiero paganismos sacrifica víctimas caducas?

Si tienen el cielo repartido dos divinidades distintas, hay también que asignar sus dioses propios a los nublados, a las fuentes, al rugiente mar, a las selvas, a los collados, a las cuevas, a los ríos, a los vientos, a los hornos, a los metales; a cada uno el suyo.

O, si te repugna el adorar las sombras del paganismos y quieres que haya dos dioses iguales con otros amigos, dime: ¿a cuál ha tocado en suerte el gobierno del mundo? ¿Cuál de los dos goberna con ley establecida las precipitaciones de las aguas? Indica la división de poderes de estos dos señores coherederos. «El uno — respondes — se asienta en lo alto, en un trono severo y triste; es el autor de la maldad, el dios de los crímenes, duro, injusto; él sembró cuanto malo hierve en el vicioso mundo, él infiló las nuevas semillas con su baba de áspid, de él proceden las cosas sometidas a la muerte. El mismo creador que hizo la tierra del mundo, el mar, las estrellas, creó también al hombre, y juntó y modeló sus miembros de barro, que se ha de comer la enfermedad, y ha de corromperse con muchos crímenes, y ha de disolverse el sepulcro con su carroña informe...» (v. 95-115);

Psychomachia

El tema de este libro, que consta de 915 hexámetros, es la lucha que se desarrolla en todo cristiano, atleta y soldado de Jesucristo, entre las virtudes y los vicios. Para dar más plasticidad y animación a su poema personifica Prudencio los vicios y las virtudes: es el medio usado en la literatura medieval, especialmente, pero que en Prudencio da origen «a un mundo moral espléndido y vigoroso».

He aquí cómo nos describe a la avaricia:

«Corre desalada la Avaricia, provista de nálida capaz y abriendo su boca hambriona hacia las preciosas bagatelas, recoge con su corva mano cuantas joyas abandonó el lujo voraz recogiendo los fragmentos de oro caído entre los montones de arena. No le basta el haber llenado los amplios senos; se complace en ir acumulando en montones el torpe lucro y ensanchar con sus rapifias los ya repletos sacos que guarda con su izquierda y cubre con el manto del lado siniestro, mientras su derecha arrebaña con todo y afila sus uñas de bronce en todos los despojos. El cuidado, el hambre, el miedo, la ansiedad, el perjuicio, la palidez, la corrupción, el dolo, la ficción, los insomnios, la vergüenza, las diversas furias, van de escolta del monstruo» (v. 453-466)...

Si un hermano ve que el yelmo de su propio hermano brilla con resplandores dorados, no perdona la espada y hiere con ella su cabeza para apoderarse de la joya que ostenta.

Si el hijo contempla el cadáver del padre muerto en la guerra y ve los correajes brillantes en piedras, goza de apoderarse de los sangrientos despojos. La discordia civil aconseja el robo del parente. El deseo insaciable de tener no considera ni sus allegados: el Hambre impía destroza a sus propios hijos» (v. 587-479).

Contra Simaco

Sabido es el caso de este pagano.

Cuando ya por voluntad de Teodosio habían desaparecido, mandados retirar, los dioses paganos del Foro y del Capitolio, Símaco, orador romano, elevó a los hijos de aquel príncipe un memorial en el que pedía se restableciese el culto a los mismos y se devolviera a su sitio la estatua de la Victoria. «Los dioses protectores de sus padres, se decía en el memorial, guardadores de la patria y creadores de nuestra grandeza, no podrán menos de castigarnos si así nos apartamos de su culto.»

Prudencio escribe sus dos largos libros de cerca de 2.000 hexámetros contra él, exponiendo al ridículo de la manera más real y despiadada las farsas del paganismo y aconseja que la razón se imponga sobre la rutina y triunfe la dignidad humana de tanta aberración indigna.

Hace un desfile maravilloso del panteón romano con todas sus lacras, tremenda diatriba en que quedan desprestigiados todos los dioses del Olimpo a que alude Símaco... De *Saturno* que vino a Italia, dice en son de burla el poeta:

«Ocultad al anciano, dice, a quien su propio hijo destronó y persigue con fiereza» (v. 45). «Luego Júpiter, habitante del enmarañado olimpo, mil veces peor aún que su padre, que corrompió a las doncellas espartanas ya en forma de buey, ya cubierto de plumas como un cisne» (v. 60-64). «Mercurio, hijo de Moya, que enseñó a los hombres a robar, maestro de ladrones» (v. 89). «Priapo (v. 103-107), un hombre griego y ahora convertido en el dios espantapájaros. Hércules, famoso por su pasión lasciva por los minos. — Baco, que ávido de vino se empapa hasta los huesos con las espumas de la copa preciosa, adulterio y borracho» (v. 123-128). «Marte y Venus: El primero viola a una Vestal y la segunda concibe de un frigio...» (v. 164-171).

El poeta hace después una invitación a Roma para que deje las reliquias de la idolatría... *Roma* puede exultar. Desde el triunfo de Constantino sobre el puente Milvio es ya cristiana. El senado, las familias nobles, los menestrales, la misma plebe, se dirigen hacia los sepulcros de los Apóstoles dejando desiertos los templos de la roca Tarpeya...

El libro segundo lo termina Prudencio con una súplica a Honorio hijo de Teodosio tan humanitaria como cristiana, para que termine ya con los bárbaros juegos gladiatorios en el Anfiteatro.

«Para que la Roma áurea no contemple ya crímenes de este género, te ruego, caudillo augustísimo del reino romano, que mandes hacer desaparecer también estos espectáculos como todos los demás.

Esto es lo que faltó al mérito paterno...

Emprende la obra, llena de fama eterna tus sienes y completa tú como heredero lo que al padre le faltó. El prohibió que la ciudad se tiñera con la sangre de los hombres. Nadie muera en la ciudad para llenar de placer a los espectadores, ni disfruten más las vírgenes vestales con estas matanzas humanas.

Contenta la arena con la lucha de las fieras, que no aparezca nunca el homicidio con sus armas ensangrentadas.

Que Roma, desconocedora ya del crimen, sea devota de Dios, sea digna de tan gran príncipe; y potente por la virtud, al jefe que sigue en las batallas, sigale también en la piedad...» (v. 1115-1130).

Cathemerinon

Libro de tierna devoción que muestra bien a las claras la piedad de Prudencio y en general la religiosidad sincera de los primitivos cristianos.

Lo componen una colección de himnos y poesías devotas para ser recitados durante el día por fieles, que esto significa el nombre.

Son 12 en total: «Al canto del gallo», «A la salida del sol», «Para antes y después de la comida», «Al terminar el crepúsculo», «Al acostarse», «Cántico de los que ayunan», «Para después del ayuno», «Himno para todas las horas», «En las exequias de los difuntos».

A los citados se añaden dos más que parecen fuera del plan de Prudencio: El himno del 25 de diciembre, *Natividad de Nuestro Señor Jesucristo*, y el de la *Epifanía*.

Son, sin duda, los más bellos y rebosan el entusiasmo de la fe y de los más finos sentimientos:

«¿Por qué motivo — dice el primero —, el sol, volviendo, deja ya su pequeño círculo? ¿No será porque en la tierra nace Cristo, que aumenta la órbita de la luz?

¡Ay qué beneficio tan exiguo nos acarreaba el día rápido, que, acortando poco a poco, negaba su luz apenas aparecido!

Brille el cielo con más esplendor; felicitese también la gozosa tierra; el resplandor del sol va subiendo de nuevo paso a paso por sus antiguas órbitas.

Ven a la luz, ¡oh preciosísimo Niño!, nacido de una madre virgen; madre ajena de todo contacto marital, mediador y partícipe de dos naturalezas.

Aunque hayas nacido como Verbo de la boca del Padre, existías ya antes en el seno paterno como sabiduría,

que manifestándose creó el cielo, la luz y cuanto existe; todo fué hecho por el poder del Verbo, porque el Verbo es Dios.

Pero el Creador y artífice permaneció en el seno del Padre, aun ordenados los tiempos y dispuesto el orden de todas las cosas,

hasta que volvieran sobre sí muchos millares de años y visitara al mundo pecador, movido por su misericordia.

Los vagidos de este niño iniciaron el principio de un mundo que florece, pues entonces el mundo, regenerado, echó de sí la pálida esterilidad.

Creo que la tierra sembró de flores todo el campo y que las mismas arenas de los desiertos se perfumaron con el nardo y el néctar.

Aun el mundo, insensible y bárbaro, advirtió, ¡oh Niño!, tu nacimiento, y, vencido el rigor de las piedras, se cubrieron de hierbas las rocas.

Corre la miel saliendo de los peñascos, la encina destila ungüento gota a gota de su duro tronco, el bálsamo crece a una con los tamarices.

A este rey que dieron a las gentes el vientre materno de una virgen, la cuna y la débil infancia,

lo verás ¡oh pecador!, sobre las brillantes nubes, siendo tú réprobo y llorando entonces tu pecado con lágrimas ineficaces.

cuando la gran trompeta dé la señal de consumir la tierra con el fuego y el eje roto desquicie los apoyos del mundo que se desploma.

Lleno de majestad y de potencia, pagará a cada uno según sus méritos: a éstos les dará el goce de la eterna luz; a aquéllos, la eterna pena del infierno.

Judea, cuando hayas sentido la maldición de la cruz, advertirás quién sea éste, a quien bajo el dominio de tu furor arrebató la muerte, restituyéndolo muy pronto a la vida...» (v. 5-115).

El de la *Epifanía* es más bello aún y lo incorporó la Iglesia en su liturgia.

«Oye el rey Herodes que ha nacido el Príncipe de los reyes; el que ha de gobernar a Israel y reinar en el trono de David. — Loco de furor exclama al oír la noticia: un sucesor me acosa; me veo impelido. Verdugo, ve; anpuña la espada e inunda las cunas de sangre — muera todo infante varón; escudriña los brazos de las nodrizas y manchen los aceros con su sangre los niños en el pecho de sus madres...

Felices vosotros primicias de los mártires — a quienes el perseguidor de Cristo os arrebató en el umbral mismo de la vida, como el torbellino arrebata los tiernos capullos de los rosales! Vosotros sois las primeras víctimas de Cristo; rebaño tierno de inocentes: delante de la misma ara del Cordero jugáis ingenuos con vuestras palmas y coronas. — ¿A dónde condujo tanta maldad? ¿Qué aprovechó su crimen a Herodes?

Cristo es el único que queda vivo entre tantos niños muertos» (v. 90-140).

Peristephanon

A propósito lo hemos dejado para el fin: El epígrafe griego significa «libro de las coronas» y, en realidad, es una guirnalda o corona magnífica de las más fragantes flores tejida por el poeta en honor de los invictos atletas de la fe, mártires de Jesucristo.

No dudaríamos en afirmar que es el libro por excelencia de Prudencio. Catorce himnos admirables, pletóricos de valentía, de fervor cristiano, de amor y entusiasmo por los héroes de la fe.

Se llevan la primacía en la musa del gran poeta los mártires españoles: San Emeterio y Celedonio, Santa Eulalia y Engracia y los 18 mártires zaragozanos, San Vicente, San Fructuoso, Augurio y Eulogio del circo de Tarragona, San Lorenzo, los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, San Cipriano, Santa Inés y San Casiano, Román e Hipólito y el crótalo San Quirino.

Nada más fuerte y patético que los dos himnos de San Vicente y Lorenzo; por el contrario, nada más tierno que el de la niña Eulalia de Mérida.

Transcribamos solamente algunos versos del gran canto a los 18 mártires de Zaragoza. La musa de Prudencio se muestra en él más poética y bella quizás que en ninguna otra parte.

La imagen de las ciudades ofreciendo cada una a Dios en

canastillas, como preciados dones, las reliquias de sus mártires, es bellísima y digna del mayor poeta.

«Dieciocho mártires guarda nuestro pueblo en un solo sepulcro; a la ciudad que ha cabido tamaña gloria la llamamos Zaragoza.

Casa siempre asistida por los grandes ángeles, aguarda impávida el desquiciamiento del mundo frágil, porque lleva en su seno tantos dones que presentar a Cristo.

Cuando venga el Señor sobre una nube blandiendo rayos con su diestra fulgurante a poner la justicia entre los hombres,

cada una de las ciudades, levantando su cabeza entre el globo terráqueo, saldrá regocijada al paso de Cristo a presentarle sus dones en canastillas.

La africana Cartago presentará tus huesos, ¡oh facundo doctor Cipriano!; Córdoba, a Acisclo y a Zoilo y tres mártires más.

Tú, Tarragona, madre de santos, ofrecerás a Cristo una preciosa diadema con tres perlas que ensartó Fructuoso con delicadas presas.

La pequeña Gerona, rica en miembros santos, presentará la gloria de Félix; nuestra Calahorra llevará a los dos que veneramos.

Barcelona se levantará apoyada en su esclarecido Cucufate, y a Pablo la hermosa Narbona, y Arlés será celebrada por San Ginés.

La ciudad capital de los pueblos lusitanos, Mérida, llevando por los aires las cenizas de la virgencita adorada, las depositará en el ara misma.

Alcalá de Henares se gozará en llevar en su regazo la sangre de Justo y de Pastor; dos cuerpos, dos sepulcros, dos tesoros.

Tánger, magnífico monumento de los reyes africanos, introducirá a su Cásiano, que, polvo ahora, sometió al yugo de Jesucristo las naciones vencidas.

Pocas ciudades presentarán un mártir solamente; algunas, tres o dos; quizás cinco, habiendo gozado antes de sus tesoros.

Tú, Zaragoza, amante de Cristo, cefiña la cabeza con los pálidos olivos, insignia de la paz, presentarás dieciocho santos mártires.

Tú sola preparaste la comitiva más numerosa de los mártires de Cristo; tú sola, riquísima por tu piedad, disfrutas de tanta gracia...» (v. 5-60).

EPILOGO

Terminada nuestra tarea, creemos oportuno dirigir la vista al camino recorrido en mirada de conjunto.

Hemos pasado revista, aunque sumariamente, a seis importantes capítulos de la Historia de la Iglesia primitiva :

La era apostólica.

La inmediata siguiente llamada de los Padres Apostólicos.

La era martirial.

El monacato de Oriente.

La lucha contra la herejía con los Concilios ecuménicos.

Las grandes figuras de la Iglesia primitiva.

No han sido estudios históricos sobre los orígenes cristianos. Nuestro intento fué, ante todo, apologético, como ya en el prólogo dejamos consignado : Mostrar en los hechos la mano invisible de Dios que los urdía conforme a la concepción providencialista de la Historia en la que «los hombres se mueven, pero Dios los agita».

En la era *apostólica* vimos el nacimiento de la Iglesia. Acontecimiento singular, único en el mundo ; explosión dinámica como la producida en el primitivo caos, según una de las teorías cosmogónicas recientes, de que salió el Cosmos.

Dios envía su Espíritu sobre el Cenáculo en que se encuentran reunidos los Apóstoles, los pone en commoción vibrante y los trueca en otros hombres, haciendo de ellos, antes cobardes y rústicos, los más extraordinarios caracteres de la Historia que ya no temen a nada ni a nadie, que se enfrentan con la autoridad Suprema de la nación reunida en Concilio y le echa en cara su gran crimen de la muerte de Cristo, el Mesías y Salvador venido al mundo, y cual reto formidable, el *non possumus*, no podemos dejar de predicar lo que hemos visto y oído, y el *hay que obedecer antes a Dios que a los hombres...*; que son azotados y salen de la presencia del Sanedrín y de sus verdugos gozosos de haber sido dignos de padecer contumelia por el nombre de Jesús»...

Sigue su ardiente predicación arrolladora, acompañada de estupendos y auténticos milagros con que Cristo les asiste desde el cielo y coronada por multitudinarias conversiones...

Luego el Martirio sublime del Protomártir Esteban... la conversión de San Pablo, hecho sobrenatural a todas luces, en que se han estrellado todos los esfuerzos de la incredulidad racionalista...

Todo ello crea al derredor del Cristianismo naciente un clima tan sobrenatural y de prodigo que está mostrando con el dedo a Dios, inspirador y Creador manifiesto de la nueva sociedad que para su salvación envía al mundo...

Después de la fundación de la Iglesia y de la obra de los Apóstoles nos adentramos en los *Padres Apostólicos*.

Tres de ellos han llamado poderosamente nuestra atención: San Clemente Romano, San Ignacio mártir y San Policarpo.

De sus cartas, llenas de unción y de fragancia evangélica, rezuma el cristianismo íntegro recibido de los Apóstoles con su auténtica jerarquía, su culto, sus dogmas, sus sacramentos.

El estudio detenido de esta época cristiana tan importante como poco conocida, ya dejamos consignado que lo emprendieron con ahínco los racionalistas y protestantes liberales, llevados del deseo de encontrar en él armas invencibles contra la Iglesia católica. Esta, decían ellos, se había desviado del verdadero cristianismo y las fuentes primitivas lo pondrían de manifiesto. Pero se engañaron. A medida que ahondaban en los orígenes cristianos más claro aparecía el entronque natural y único de la primera Iglesia con la actual *Católica*. Los mismos dogmas, el mismo régimen, el mismo culto centrado en la Eucaristía, verdadero sacrificio del cuerpo y de la sangre del Redentor.

Sigue el tercer capítulo: la *era martirial*. La intitulamos el *Cristianismo heroico y militante* y creemos que responde a la verdad.

Jamás religión alguna pasó por prueba tan tremenda y prolongada.

Tres siglos de persecución sangrienta, de guerra de exterminio que hubiera bastado para extinguir cualquier otra institución que no tuviera garantías divinas.

La persecución, cuando es pasajera o esporádica, enardece los ánimos y produce reacción y afianzamiento en la fe, pero cuando es crónica y más multisecular, ahoga insensiblemente el valor, apaga las energías y acaba por vencer toda resistencia.

Esta es la ley humana y biológica. Pero, ¡cosa singular!: en

el Cristianismo admiramos lo contrario. Tan fuerte aparece al principio como al medio y al fin del larguísimo período de su cruento calvario. Más aún: si hubiéramos de insistir, diríamos que en los últimos períodos se dieron muchos de los martirios más crueles, los combates más fuertes y los triunfos más gloriosos.

Fué el tiempo de la persecución de Valerio y de Diocleciano, en que recibieron sus invictas palmas San Lorenzo y San Vicente, Santa Inés y Santa Eulalia y tantos otros.

Milagro manifiesto y que va contra las leyes de la Historia...

Otro no menos maravilloso fué la fortaleza sobrehumana de los mártires.

Centenares y miles de hombres y de mujeres de toda clase y condición, soportaron las más espantosas torturas por no ser infieles a su fe.

Una sola palabra hubiera bastado a los más para que al instante cesaran sus tormentos. Sin embargo allí permanecieron firmes y constantes cual si fuesen refractarios a las llamas o a las torturas.

Dios, que daba fortaleza a sus mártires, es la única explicación al prodigo.

La pobre humana naturaleza no tiene fuerzas para tanto. El milagro, lo sobrenatural, se impone.

El cuarto capítulo lo dedicamos al monacato de Oriente.

Se calcula que en los tiempos posteriores a San Pacomio había unos cien mil monjes en solo Egipto. Si añadimos los de las otras regiones orientales, muy bien podemos afirmar que, durante los siglos IV y V, pasó con mucho del medio millón el número de los penitentes solitarios.

¡Medio millón de anacoretas!

Es el mayor prodigo colectivo jamás visto en el mundo: la demostración más clara de la savia divina del Cristianismo.

Los monjes orientales fueron auténticos héroes del Cristianismo, dignos del más grande de los poemas.

Hombres que siguiendo el consejo evangélico dejaron cuanto tenían, su casa, sus esperanzas e ilusiones, y se retiraron al desierto inhóspito y abrasador, para llevar una vida de austereidad y penitencia que sólo leída, espanta.

Nadie que sepa algo del tema dirá que fué un *modus vivendi*, ni que su existencia en la soledad fué un romántico y amable idilio. Fué, por el contrario, el más terrible palenque de pruebas, de tentación, de luchas contra los instintos más poderosos y dominantes del hombre y aun contra los poderes satánicos.

Es un milagro el que perpetraron que quizás supere aun al de los mártires.

Podríamos llamarles caballeros del espíritu, o aventureros a lo divino. Sintieron tan fuertes impulsos hacia Dios que no parecían de carne y hueso como nosotros. Ansias de santidad, de superación les llevaron valerosamente por el arduo camino de increíble penitencia, esforzándose por entrar por la puerta estrecha, por arrebatar violentamente el reino de Dios.

La lucha contra la herejía

Es el quinto capítulo.

Ya anotamos que aquellas aparecieron en el tiempo mismo de los Apóstoles y que ellos fueron los primeros en reprimirlas.

El hombre no puede cambiar la palabra de Dios que es intangible. Pero ya San Pedro declara que hay algunos que la falsifican y *depravan*.

Por eso es necesario estar siempre alerta.

El espíritu del hombre es esencialmente novelero y si, además se apodera de él el orgullo, el deseo de sobresalir, es capaz de las mayores aberraciones. La soberbia y la mala vida fueron siempre la raíz de todas las herejías: Así lo vemos en la historia de las mismas: Arrio, Nestorio, Pelagio, Lutero, Calvinio, Enrique VIII...

Ciertamente, repetimos: que de no haber vigilado constantemente la Iglesia se hubiera ya evaporado del todo la esencia del Evangelio en infinitas interpretaciones contradictorias.

Las mil sectas protestantes lo evidencian.

Por eso estamos cada día más firmes en nuestras convicciones. Es absolutamente necesaria una autoridad universal y competente en la Iglesia para el bien y aun simplemente para la existencia de la misma. Cristo, pues, no pudo menos de instituirla; una autoridad competente y universal, decimos, que pueda decidir con firmeza las cuestiones y obligar en conciencia a todos a seguir sus dictámenes... y por eso mismo infalible. Aunque no nos dijera nada el Evangelio sobre este punto, nos bastaría esta razón de sentido común para admitirla.

Finalmente,

Las grandes figuras de la Iglesia primitiva

De muchas de ellas ya se había hecho mención en sus respectivos sitios.

Después de los Apóstoles, las primeras incondicionalmente en

el Cristianismo, las de los Padres Apostólicos: *San Clemente* Papa, objeto por su relevante personalidad hasta de fantásticas leyendas; *San Ignacio* Obispo de Antioquía, mártir sublime, molido cual él lo deseara, como trigo de Cristo por los dientes de las fieras; *San Policarpo* discípulo inmediato de San Juan y quemado vivo en Esmirna de la que era Obispo, a la edad de 86 años; *San Justino* apologista y mártir; *San Irineo*, obispo de Lyon, varón sapiéntísimo y martillo de las herejías de su tiempo... Después, los monjes del Oriente, *San Pablo* primer ermitaño, *San Antonio* abad, *Palemón*, *Hilarión*, *Basilio*, cada uno de los cuales bastaría para inmortalizar un siglo...

Ni siquiera mencionamos a todos los que sobresalieron por su saber. Sólo algunos más señalados desde el punto de vista apologetico: *Tertuliano* genial y contundente; *Orígenes* fecundísimo escritor y la mayor inteligencia de su siglo. *San Juan Crisóstomo* modelo de oradores cristianos; *San Jerónimo*, doctor Máximo en las Sagradas Escrituras; *San Ambrosio* defensor acérrimo de los derechos de la Iglesia; *San Agustín* cuya conversión, sobrenatural a todas luces, es de por sí una prueba de la divinidad del Cristianismo; *Prudencio* el gran poeta cristiano de los primeros siglos:

En resumen:

El Cristianismo se nos ofrece ya en sus comienzos como la más grande Institución de la historia.

Es un cielo orplendente tachonado de los más lucientes astros.

El soplo de Pentecostés había sido una ráfaga de vida que renovaría la faz de la tierra, caduca ya y degenerada. El trocó a los Apóstoles en predicadores esforzados del Evangelio y todos murieron en la demanda pero les sucedieron otros, llenos de la misma convicción y espíritu que prosiguieron su obra.

Jamás en el mundo se había visto una floración semejante de todas las virtudes que puedan enaltecer la dignidad humana. La pureza inmaculada de Santa Inés, Eulalia y tantas otras y su amor a la misma hasta el martirio, suponía algo nuevo, una revolución verdadera en la estima de los valores humanos... La firmeza incontrastable unida a la sencillez y humildad más encantadoras, de que dieron muestras innumerables mujeres cristianas: Santa Perpetua y Felicitas, Blandina, Afra... La generosidad y el despego de todos los bienes de la tierra: la caridad entrañable con que socorrián y ayudaban los cristianos no sólo a sus hermanos en religión sino a todos los necesitados; el amor a Dios hasta el anonadamiento propio que mostraron un Fileas y Filoromo y mil otros...

El desprecio de la vida, la fortaleza invicta de los condenados a las minas de Fenos y de Numidia, el heroísmo increíble de

San Vicente en la cárcel, San Lorenzo en sus parrillas, los legionarios de Sebaste en el estanque de hielo, Germánico en presencia de las fieras, Fructuoso y sus diáconos en la hoguera parecen exceder la posibilidad misma de las humanas fuerzas...

Era, repetimos, la nueva era del mundo que comenzaba; el Espíritu de Dios que de nuevo se cernía sobre las aguas, el reino de Dios o mesiánico que había hecho, por fin, su aparición en el mundo para inyectarle nueva vida y transformarlo.

BIBLIOGRAFIA

(LIBROS ESPECIALMENTE CONSULTADOS)

Historia eclesiástica, Funk, Ruiz Amado. — Barcelona, 1908.

La Iglesia en el mundo greco-romano, D. Olmedo, S. I., volumen ... — México, 1956.

Historia de la Iglesia Católica, tom. 1, Edad Antigua. Bernardino Llorca — BAC — Madrid, 1950.

La Iglesia Primitiva y el catolicismo, P. Batiffol, Robles Dégano. Friburgo de Brisg, 1912.

Los Apóstoles, por Hophan. — Barcelona, 1957.

Histoire de l'Eglise, Fliche-Martin. — París, 1934-55.

Historia General de la Iglesia, F. Mourret, Echalar. — Barcelona, 1918.

Compendio de Historia de la Iglesia, J. Marx, Ruiz Amado. — Barcelona, 1919.

Historia Eclesiástica de España, Zacarías García Villada. — Madrid, 1929.

Compendio de Historia Eclesiástica general, Sanchís Sívera. — Valencia, 1934.

Los Padres Apostólicos, por S. Huber. — Buenos Aires, 1949.

Enchiridion Historiæ Ecclesiastical, P. Albers, S. I., tom. I. — Neomagi, 1909.

Compendio de Historia Eclesiástica general, Francisco Aguilar. — Madrid, 1885.

Historia Universal, J. Bta. Weiss, Ruiz Amado, tomos III, IV. — Barcelona, 1927.

Pablo Apóstol, G. Ricciotti. — Madrid, 1950.

San Pablo, Apóstol de las Gentes, Fr. J. Pérez de Urbel. — Madrid, 1940.

Die Mission und ausbreitung, d. Christ. in d. ersten drei Jhar. Adolf. Harnack. — Leipzig, 1923.

El martirio. Paul Allard. — Madrid, 1926.

El secreto de los monjes. Walter Nigg. — San Sebastián, 1956.

La Era de los mártires, G. Ricciotti. — Barcelona, 1955.

Año Cristiano, Fr. J. Pérez de Urbel. — Madrid, 1939.

Actas de los mártires, Texto bilingüe, por Daniel Ruiz Bueno. — BAC, Madrid, 1950.

Padres Apostólicos, Edic. bilingüe, por Daniel Ruiz Bueno. — BAC, Madrid, 1950.

Aurelio Prudencio, Obras Completas, Ed. bil., José Guillén, Isidoro Rodríguez. — BAC, Madrid 1950.

Las Confesiones de San Agustín, Trad. del P. Val M.ª Sánchez Ruiz. — Madrid, 1942.

El Apologético (Tertuliano), P. Germán del Prado. — Madrid.

Patrología Griega y Latina, de Migne, para las obras de *Orígenes*, *San Juan Crisóstomo, Eusebio, San Jerónimo, Ambrosio, Agustín*, etc.

Enciclopedia Cattolica (Città del Vaticano).

Enciclopedia de la Religión Católica (Barcelona).

The Catholic Encyclopedia.

INDICE ALFABETICO

A

Afra (Santa): Su martirio, págs. 188 y 189.

Agustín (San): Primeros años; su conversión; Obispo de Hipone; sus obras..., págs. 262-371.

Ambrosio (San): De Gobernador a Obispo de Milán; su gran carácter; su encuentro con Teodosio..., páginas 354-361.

Antorchas; procesión de... en el Concilio de Efeso... página 317.

Alejandro, m. de Lión... páginas 206-212.

Apocalipsis, págs. 92-94.

Apóstoles (Los) y su obra..., pág. 62; Nombres y campo de Apostolado..., páginas 64-67.

Antioquía, su primera evangelización..., pág. 47.

Antonio (San) *Abad*: Su vida y tentaciones en el desierto. Padre de un nuevo pueblo; su muerte..., páginas 261-267.

Ammon y *Macario*, monjes..., págs. 268-270.

Apologético de Tertuliano, págs. 322-326.

Arrio: Datos biográficos; su herejía y condenación en el Concilio de Nicea..., páginas 305-311.

Ascetismo cristiano..., páginas 254-293.

Atalo, m. de Lión..., páginas 206-212.

B

Babilonia, pág. 5 y sig.

Basilio (San): Datos biográficos; su regla monástica; Obispo de Cesarea..., páginas 281-285.

Bernabé (San): En Antioquía, pág. 41.

Blandina y *Biblis*, mártires de Lión..., págs. 206-212.

C

Candaces, ministro de...; su bautismo; es instruido por Felipe, pág. 39.

Carta a los Corintios de San Clemente romano..., página 114 y 115.

Caridad, Cristo y la..., páginas 135-137; *La caridad en el Cristianismo*..., páginas 138-141.

Canteras y minas: mártires condenados a..., págs. 173-174.

Clemente (San) Romano: Datos biográficos; destierro y martirio..., págs. 110-116.

Concilio jerosolimitano..., páginas 59 y 60.

Cornelio (el Centurión) y la visión de Joppe; su bautismo por San Pedro..., páginas 55 y 56.

Christianismo heroico y militante, págs. 159-226.

— Triunfo del..., págs. 235-239.

Constantino: Batalla del Puente Milvio; el lábaro; el Edicto de Milán..., páginas 235-239.

— en el Concilio de Nicea..., pág. 308.

Celestino (Papa): Su carta al Concilio de Éfeso..., páginas 215 y 216.

Concilios: Los dos primeros, Nicea, págs. 304-311, y Efe-so, págs. 312-316.

Crisóstomo (San Juan): De anacoreta a presbítero de Antioquía; Patriarca de Constantinopla; Eutropio, el destierro; su muerte..., págs. 336-344.

D

Diaconado: Su institución..., pág. 26.

Daniel: Su profecía sobre la sucesión de los imperios..., pág. 3 y sig.

Diáspora o dispersión..., página 17.

Didaché..., págs. 107 y 108.

Destierro como martirio, página 107.

Depósito (el) de la fe: Celo y vigilancia de la Iglesia por su conservación..., páginas 297-303.

E

Edicto de Milán..., pág. 238.

Espíritu Santo: Su venida, pág. 13 y sig.

Éfeso: Motín de..., pág. 84.

Epístola de Bernabé, pág. 107. — a Diognetes, pág. 108.

Esteban (San), Protomártir Su actuación y martirio..., pág. 25 y sig.

Eucaristía: En la Iglesia naciente, pág. 151.

— Fe de los primeros cristianos en la presencia real, págs. 152-157.

— Su institución y los Apóstoles, págs. 151-152.

Eulalia (Santa): Datos biográficos; martirio; himno de Prudencio, págs. 223-226.

Eutropio, págs. 339-342.

Eusebio: Testigo de martirios, págs. 171.

F

Felipe y Hermes, mártires, págs. 187-188.

Felicitas (Santa): Su martirio..., págs. 201-205.

Fenos (minas de...): Cristianos condenados a ellas; su vida y sufrimientos..., páginas 174-177.

Fileas y Filosomo, m. : Su martirio..., págs. 182-183.

Fructuoso (San) y sus diáconos: Las Actas de su martirio..., págs. 184-186.

G

Gamaliel: Su consejo al Sacerdote..., pág. 24.

H

Herodes: Encarcela a San Pedro y quita la vida a Santiago; los tres Herodes..., pág. 33 y sig.

Holsten: Su explicación racionalista de la conversión de San Pablo, pág. 51.

Herculano, págs. 139-141.

Hilarión (San), monje: Su pasmosa penitencia y muerte, págs. 270-173.

I

Ignacio (San), mártir: Datos biográficos; su heroísmo sublime en el martirio, páginas 116-122.

Inés (Santa): Biografía y martirio. Panegírico de San Ambrosio, págs. 219-222.

J

Jerarquía (la) en el sentir de los Padres Apostólicos, páginas 131-133.

Jerónimo (San): Literato; penitente; fundador de Cenobios, págs. 345-361.

Juan (San), Apóstol: Su llamamiento al Apostolado; especiales distinciones de Jesús para con él: mártir, evangelista, Profeta..., páginas 88-94.

Judíos (los): Una de las causas de las persecuciones contra los cristianos, página 228.

Justino (San) y compañeros mártires, pág. 178.

L

Líón, mártires de...: Potino, Santo, Maturo, Atalo, Blandina, Biblis, Póntico, Alejandro, Epágato, págs. 206-212.

Lorenzo (San), mártir: Datos biográficos; martirio; himno de Prudencio, págs. 213-218.

M

Macario (San), monje, página 268.

Martirio (el) y sus clases: Destierro, canteras y minas, la hoguera, las fieras, págs. 173-200.

— Valor apologético del..., páginas 232-234.

— Milagro moral, pág. 233.

Maturo, mártir de Lión, páginas 206-212.

Milvio (Batalla del puente...), pág. 237.

Misa bautismal en la primitiva Iglesia, págs. 154-155.

— dominical, págs. 155-157.

Monacato de Oriente, páginas 254-293.
— Juicio sobre él, págs. 286-293.

N

Nerón y sus persecuciones contra los cristianos, páginas 162 y 191-196.

Notas de la Iglesia saciente: Unidad; jerarquía; la caridad; la oración; eucaristía, págs. 129-157.

Nestorio: Su herejía y condenación en el Concilio de Efeso, págs. 312-317.

Numidia (Minas de...), páginas 175-177.

Número de mártires, págs. 169 y 170.

O

Obligatoriedad de la ley, página 58 y sig.

Orígenes: Biografía; director de la escuela Catequística de Antioquía; persecuciones y triunfos; en Cesarea; sus obras; las Hexaplas; su martirio, págs. 327-335.

P

Pacomio (San): Su conversión y primeros años; el primer Cenobio; la regla; su muerte, págs. 277-280.

Palemón, monje, p. 276.

Pablo (San), Apóstol: Su conversión; heraldo de Je-

sucristo; su dinamismo y viajes apostólicos; su martirio, págs. 77-87.

— Su conversión ante la crítica racionalista, pág. 50 y sig.

Padres Apostólicos: Escritos y nombres, págs. 103-109.

Pastor Hermas, p. 108.

Pentecostés: El primer Pentecostés cristiano, pág. 13 y sig.

Pedro (San): Su discurso el día de Pentecostés, pág. 16.

— Curación del tullido del templo, pág. 22.

— Resucita a Tabita, pág. 40.

— Su vocación y carácter, págs. 68-71.

— Jefe Supremo de la Iglesia, págs. 71-73.

— Su martirio, págs. 74-76.

Pfeiderer: Su explicación racionalista de la conversión de San Pablo, pág. 52.

Pablo (San), primer ermitaño: Datos biográficos; su vida; su penitencia; su muerte en el desierto, páginas 254-260.

Palmas y Coronas, págs. 201-226.

Perpetua y Felicitas: Datos biográficos y sublime martirio, págs. 201-205.

Persecuciones romanas: Datos generales, pág. 161.

— Nerón, Domiciano y Trajano, pág. 164.

— Marco Aurelio, pág. 165.

— Decio, págs. 165-166.

— Valeriano, págs. 166-167.

— Diocleciano, pág. 167.

— Causas de las..., págs. 227-231.

Perfección evangélica, páginas 247-253.

Paula (Santa), pág. 353.

Policarpo, obispo de Esmirna: Datos biográficos; su combate por la fe, páginas 123-128.

Pompeya, págs. 139-141.

Plutarco, pág. 9.

Polívio, pág. 9.

Primado Romano, págs. 133 y 134.

Prudencio: Datos biográficos; Sus obras: *Peristephanon*, págs. 372-380.

Porfirio (San), mártir, páginas 189-190.

Potino y Próstico, mártires de Sión, págs. 206-212.

R

Regla monástica de San Pachomio, págs. 278-279.

— de San Basilio, pág. 283.

— La Regla de la fe cristiana de S. Ireneo, págs. 302 y 303.

Reino mesiánico: Su preparación y presencia en la Historia, págs. 3-12.

Renán: Su explicación racionalista de la conversión de San Pablo, págs. 53 y 54.

Reprobación de Israel anunciada por Jesucristo: Sus causas, págs. 10-12.

Román (San), mártir: Su martirio narrado por Prudencio, págs. 199-200.

S

Samaria: La predicación del evangelio en ella por el diácono Felipe, pág. 37.

Sátiro, Revocato, Secundulio y Saturnino, mártires: Su martirio, págs. 201-205.

Salcillo: Su gran escultura de San Jerónimo en el desierto, pág. 347.

Saulo de Tarso: Datos biográficos, pág. 45.

— Perseguidor de la Iglesia, págs. 46 y 47.

— Su conversión, págs. 48 y 49.

Santiago (el Mayor): Su llamamiento al apostolado, págs. 94-96.

— Su martirio y restos en Compostela, págs. 98-101.

Sebaste: Los cuarenta mártires, págs. 197-199.

T

Tabita o Dorcas: Su resurrección por San Pedro, pág. 40.

Tito Livio, pág. 9.

Templo de Jerusalén, pág. 18.

Teodosio: Su ascensión al trono de los Césares; victorias contra Máximo y Eugenio, págs. 240-244.

Tertuliano: Datos biográficos; carácter; obras: el Apologético, págs. 321-326.

Testigos de la resurrección: los Apóstoles, pág. 19 y sig.

Transformación de los Apóstoles, pág. 15 y sig.